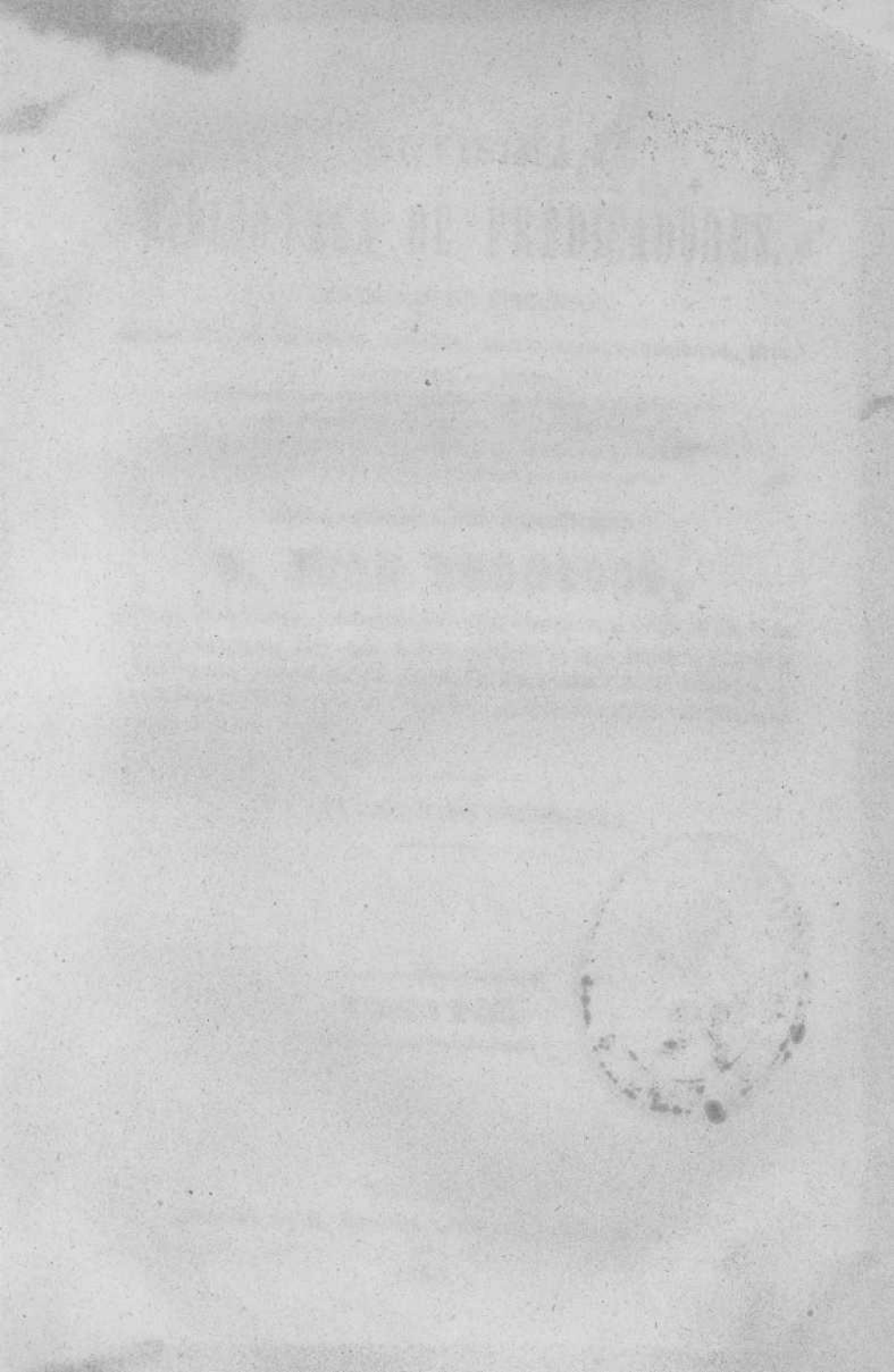




1159





NOVISIMA
BIBLIOTECA DE PREDICADORES.

COLECCION DE DISCURSOS

DOGMÁTICOS, APOLOGÉTICOS, MORALES, DOCTRINALES, PANEGÍRICOS, ETC.,

CLASIFICADOS POR SERIES,

ACOMODADOS A TODAS LAS DOMINICAS, MISTERIOS Y FESTIVIDADES

QUE ANUALMENTE CELEBRA LA IGLESIA CATÓLICA,

A LAS PARTICULARES DE LA IGLESIA DE ESPAÑA,

Y A OTROS ASUNTOS DE ACTUALIDAD RELIGIOSO-SOCIAL.

OBRA ORIGINAL DEL PRESBITERO

D. JUAN TRONCOSO,

Lector que fué de Filosofía, y destinado á leer sagrada Teología en su Colegio de San Carlos de las Cuatro Fuentes de la ciudad de Roma, predicador de varias diócesis, y autor de la **Biblioteca completa de Oratoria Sagrada** y de las **Glorias y triunfos de la Iglesia de España**, publicadas hace algunos años con general aceptación del clero español.

CON LAS LICENCIAS NECESARIAS.

TOMO VIII.



MADRID:

IMPRESA DE H. RENESES, calle de Valverde, n. 24.

—
1856.

NOVISIMA

BIBLIOTECA DE PREDICADORES.

COLECCION DE DISCURSOS

DOGMATICOS, LOGOGRAFICOS, MORALES, NOCTURNALES, PARRICIDIOS, ETC.

CLASIFICADOS POR TEMA.

ACORDADOS A TODAS LAS DIVISIONES, MINISTERIOS Y PREFERENCIAS

QUE SE REQUIERAN EN LA IGLESIA CATOLICA.

Y OTROS AUTORES DE CANTIDAD BASTANTE NOTABLE.

OBRA ORIGINAL DEL PREDICADOR

D. JUAN TORREDA.

La obra que se publica en esta Biblioteca es un Colegio de discursos católicos de los mejores predicadores de la edad de oro, y de los más célebres de la actualidad. Comprende la doctrina, la moral, la historia, y los hechos de la vida humana, y está dividido en varias clases, según el orden de las Ciencias y Artes. Es una obra de gran utilidad para los predicadores, y para todos los que se dedican al estudio de la teología y de las Ciencias.

CON LAS LICENCIAS NECESARIAS.



TOMO VIII.

MADRID:

IMPRESA DE H. RIVERA, calle de Valverde, n. 24.

1860.

El impreso de esta obra se ha impreso en la imprenta de la calle de San Mateo, número 10, en la ciudad de Madrid, a las expensas de don Juan de Dios, autor de ella, y de don Juan de Dios, impresor de ella, en el año de 1825.

CUARTA SÉRIE.

Panegíricos de Santos y festividades principales que se celebran en la Iglesia universal, etc.

TOMO I.

Este tomo contiene los panegíricos de los santos que se celebran en la Iglesia universal, desde el principio de la era cristiana hasta el presente. Cada uno de ellos está dividido en tres partes: la primera es la vida del santo, la segunda es su doctrina y la tercera es su ejemplo. Cada uno de ellos está precedido de un índice que indica el lugar que ocupa en el tomo. Este tomo es el primero de una serie de cuatro tomos que se publican en esta imprenta.

ADVERTENCIA.

Al emprender esta cuarta *série*, el autor se ve en la precision de hacer algunas salvedades que no se juzgarán inoportunas.

Varias son las exigencias que se le han hecho por algunos señores suscritores. Hubieran deseado unos que en esta *série* se diese cabida á todos los discursos de Santos españoles que en otra obra ha publicado; quisieran otros que en ella se hubieran reproducido de nuevo, es decir, distintos de aquellos; pero ambos extremos ofrecian graves dificultades atendidos los compromisos que el autor tiene contraidos con el público. Si en el primer caso pudiera argüirsele con justicia de haber refundido una obra en otra con perjuicio de los que ya poseen aquella, en el segundo hubiese sido preciso dar á la *NOVÍSIMA BIBLIOTECA* una estension que muchos no llevarían á bien; puesto que habiéndose dicho al principio que esta constaria de unos diez tomos, muy pocos verian gustosos que se la alargaba hasta catorce ó quince: que no serian menester menos para satisfacer la exigencia indicada. Aun sin esto, por haber querido el autor satisfacer otras demandas que creyó justas y atendibles, la obra habrá de constar indispensablemente de once tomos en vez de los diez anunciados; y lo siente en extremo teniendo, como por desgracia tiene, pruebas harto recientes de la poca tolerancia que alguno ha demostrado en este punto. Mas no por eso dejará de cumplir lo que prometiera, aun cuando esto le acarree un aumento de trabajo, que en el estado de su salud poco halagüeño, no deja de ser un sacrificio bastante costoso.

Por lo demas, sin omitir en la presente *série* la insercion de todos aquellos panegíricos que son de un uso mas general en el año, sin disminuir, antes bien aumentando, el número de discursos sobre los de la primitiva *Biblioteca*, y dando cabida en esta á varios que en aquella no se hallan, y que encarecidamente se han pedido al autor; deseando conciliar los extremos indicados del mejor modo posible y sin perjuicio de sus abonados, respecto de los Santos españoles se pondrán citas remisivas á la obra titulada *Glorias y triunfos de la Iglesia de España*, que está destinada á formar una seccion complementaria de la *NOVÍSIMA BIBLIOTECA*. De este modo los que ya poseen dicha publicacion (que son la mayor parte de los suscritores á esta), sin necesidad de los nuevos gastos que produciría el aumento de tres ó cuatro tomos mas en la *NOVÍSIMA*, tendrán la coleccion mas completa que se ha publicado en esta linea; y los que no hayan adquirido las *Glorias*, podrán hacerlo con lo mismo que les hubiera costado el aumento indicado.

En esta *série* van embebidas tambien algunas *Novenas* de las que debieran figurar en la *sesta*; pero creyendo oportuno incluirlas aquí por ser análogas á los asuntos de la presente *série*, ha accedido el autor á las consideraciones que varios señores se han dignado hacerle á este propósito, con tanto mas placer, cuanto que así queda mayor campo en la última para la insercion de otros asuntos, que de lo contrario no hubieran podido tener lugar en ella por falta de espacio.

Madrid 1.º de agosto de 1836.

JUAN TRONCOSO.

SERMON PANEGIRICO

PARA EL DIA DE SAN HILARIO, OBISPO DE POITIERS.

Contrivit inimicos undique, et extirpavit contrarios usque in hodiernum diem.... In omni opere dedit confessionem Sancto, et excelso in verbo glorie.

Donde quiera derrotó á los enemigos de Dios, y exterminó las huestes del error hasta el dia de hoy. En todas sus acciones y palabras confesó y engrandeció el nombre excelso del Señor.

ECCI. XLVII. 8, 9.

DESDE que en la cima del Calvario se enarboló el símbolo salvador de la redencion del mundo, aquella cruz vencedora del infierno á cuyos pies quedará aherrojado el príncipe de las tinieblas, inauguró nuevos combates y luchas no menos violentas para el porvenir. El destino de la religión proclamada y sancionada por el Hombre-Dios en aquella montaña misteriosa era pelear sin descanso. Los triunfos que estaba llamada á reportar debian ser el fruto de sangrientos sacrificios. En torno suyo levantaríanse á cada paso enemigos formidables; por donde quiera asaltaríanla émulos envidiosos de sus glorias; y la larga carrera que iba á recorrer hasta llegar á su término hallábase sembrada de escollos y de abismos.

Tiempo hacía que venia cumpliendo su gran mision, en la que á precio de innumerables combates conquistára preciosos laureles. Tres siglos de heroica resistencia contra el ódio y la tiranía de los Césares paganos, habíanla valido una influencia casi universal, puesto que ya en los altos alcázares del imperio Romano ondeaba victorioso el lábaro civilizador, estendiéndose desde allí á una gran parte del globo su accion regeneradora. Innumerables fueran las victimas sacrificadas ante los altares de la idolatria, abundante la sangre con

que fué regada la semilla evangélica; pero de ella brotaban los creyentes, como brotan en una tierra bien cultivada las bellas flores de la primavera cuando despues de una oportuna lluvia suceden los calores vivificantes del sol.

Sin embargo, á una leve tregua de calma y de reposo en que la religion pudo respirar y rehacerse de sus pasadas fatigas, no tardaron en sobrevenir nuevas persecuciones, nuevas luchas, y combates todavia mas arriesgados que en los que hasta entonces probára sus fuerzas. Al poder de la fuerza reemplaza el poder de la inteligencia: y de entre los escombros de la idolatría postrada á los pies de la cruz, surge el arrianismo insultante pertrechado de las armas del sofisma, escudado por la proteccion de príncipes poderosos, y protegido en sus miras destructoras por el valimiento de personajes influyentes interesados en el esterminio de la religion católica. Nunca quizás como entonces tuvo necesidad de desplegar la fé toda su energia, todo su celo y el poder de su divino origen para no sucumbir en tan porfiada lid. Pero el cielo, que velaba por ella, preparóla ilustres campeones, defensores aguerridos, hombres de profundo saber y de gran corazon capaces de hacer frente á aquel enemigo tan temible. Al lado de los Atanasios, Eusebios, Marcelos de Ancira, Dionisios de Milan y otros insignes apologistas de la verdad católica que á la sazón immortalizaban sus nombres en Oriente y Occidente peleando contra el mónstruo de la heregia que invadiera instantáneamente casi toda la tierra, vióse brillar en las Galias el esforzado Hilario de Poitiers, objeto de los presentes cultos, gloria y ornamento de la iglesia de Francia, y uno de los génios que mas poderosamente contribuyeron en el siglo IV al afianzamiento de los principios católicos, y al triunfo de la verdadera doctrina tan violentamente atacada y perseguida. El fué con toda propiedad el nuevo David suscitado por el Dios de los combates en época tan ominosa para destruir los gigantes del error y humillar la pujanza de los adversarios de la cruz, no con el hierro mortífero del guerrero, sino con la honda del pastor, con la fuerza de la palabra, con la elocuencia del verdadero saber, con la energia del génio, con el celo inspirado por la conviccion. Sus triunfos no se limitaron al tiempo

en que combatió, sino que hasta el día de hoy viven y vivirán siempre consignados en la historia del catolicismo. Páginas de oro transmitirán sus acciones heroicas y sus brillantes escritos hasta las mas remotas edades, y donde quiera será celebrado su nombre entre los de los héroes que mayor prez y gloria dieron á la Iglesia: *Contrivit inimicos undique, et extirpavit contrarios usque in hodiernum diem. In omni opere dedit confessionem Sancto, et excelso in verbo gloria.*

En estas breves palabras teneis trazado el carácter de San Hilario y el elogio de su heroismo. Su imperturbable constancia en sostener el dogma católico á despecho de las mas violentas persecuciones del arrianismo, su celo inquiescente por fomentar los intereses de la verdad de palabra y por escrito, sus importantes servicios en pro de la Iglesia universal le presentan « como el baluarte firmísimo que Dios opuso en su siglo á las embestidas del error para demostrar la divinidad de la religion cristiana y prepararla los mas bellos triunfos. » Digno por cierto de que la tradicion, por el órgano de sus dos mas ilustres génios (1), le haya decretado el honroso título de glorioso defensor de la fé y doctor insigne de la Iglesia. Vamos á demostrarlo, invocando ante todo las luces celestiales por medio de la Santisima Virgen, á quien saludaremos con las palabras del ángel:

AVE MARÍA.

REFLEXION UNICA.

Engañanse lastimosamente los que creen que el Señor haya dejado nunca abandonada su Iglesia á merced de sus enemigos. Túvolos siempre desde la misma cuna, porque estaba destinada á luchar constantemente; nació entre combates, creció entre ruinas, se desarrolló entre la sangre de sus hijos, marchó á sus sublimes destinos á través de persecuciones sin cuento; pero con ella estaba

(1) San Gerónimo y San Agustin.

Dios cuando peleaba, gozándose en contemplar su heroísmo y en admirar su constancia, preparándola laureles inmarcesibles y tejiéndola una aureola de inmortalidad. Si en alguna ocasión pareció dormir cuando á su alrededor zumbaba el trueno y arreciaba la tormenta, era para hacer mas visible la victoria que se proponia dar á su mística esposa: y en los momentos del peligro en que la navecilla de Pedro parecia próxima á naufragar azotada por las encrespadas oleadas del error, entonces era cuando su potente diestra suscitando pilotos hábiles que enderezasen su rumbo hácia el puerto, sacábala á salvo sin el menor detrimento.

Nadie ignora el estado lastimoso de la Iglesia bajo el imperio de Constancio, protector decidido del arrianismo, y la crueldad con que instigado por los fautores de aquella secta persiguió este des-acordado príncipe á los católicos de todas clases y gerarquías. Nunca la fé ortodoxa recibió heridas tan profundas, jamás el dogma se vió tan tenazmente combatido, en ninguna otra época fué mas universal la apostasia, porque no se habian visto hasta entonces mayores violencias, arbitrariedades mas inauditas, fanatismo mas furibundo, tanto lujo de despotismo y de tirania empleado para hacer enmudecer el grito de la verdad perseguida. En esta época, pues, floreció el insigne San Hilario, destinado por la Providencia á ser el campeón aguerrido de la religion católica en las Galias, el martillo mas temible de la heregía dominante, el gran génio que con su palabra y su accion debia desconcertar los proyectos de los enemigos de Dios, esterminar las huestes del error, y hacer triunfar el dogma de los que le corrompian con sus blasfemos sofismas. Nada os diré de sus primeros años. Nacido y educado en el paganismo, permitiéndolo así sin duda el Señor para hacer brillar mas las maravillas de su gracia, y dedicado con ardor al estudio de las letras humanas, la rectitud de su corazon y la penetracion de su inteligencia, hicieronle bien pronto conocer las extravagancias de la idolatria: y convencido con sus propias reflexiones de la unidad de Dios, acabó de ilustrarse con la lectura de los santos libros, iniciándose en las sublimes verdades del cristianismo. Purificado en las fuentes regeneradoras, hallóse repentinamente transfor-

mado en un nuevo hombre, consagróse con incansable perseverancia á profundizar las ciencias divinas, familiarizóse con la lección de las Sagradas Escrituras, estudió á fondo la teología, la historia, la tradición, la disciplina canónica, y en breve tiempo, consumado en todos los ramos del saber, encontróse dispuesto á emprender la mas heroica al par que gloriosa defensa de la religion, cuyos intereses se propuso vindicar con el mas ferviente celo. Todavía era secular, aun se hallaba ligado con los vinculos del matrimonio, y ya su nombre era citado con honra en todos los asuntos pertenecientes á la Iglesia, consultábasele como á maestro en las mas árduas controversias suscitadas acerca del dogma, y como escribe un autor antiguo, poseia con anticipacion la gracia del sacerdocio (1). Y prueba clara de cuán eminente era la virtud de Hilario, cuán admirable la pureza de sus costumbres, cuán ilustrado su celo, cuán vastos sus conocimientos, cuán raro su mérito y cuánta la influencia que se le consideraba llamado á ejercer desde entonces en el porvenir de la Iglesia y de la sociedad, cuando se atrajo los votos unánimes del clero y pueblo para ocupar la silla de Poitiers que habia vacado el año 353.

Aceptada esta dignidad, no sin estrema repugnancia y luchando con su profunda modestia, desde entonces comenzó Hilario á desarrollar todo su celo en pro de la verdad católica, cuyo depósito le estaba confiado. Dotado de un carácter enérgico y de una firmeza indomable, consagra todos sus talentos á la defensa de la fé, preséntase en la palestra como el jefe y caudillo del episcopado para combatir donde quiera la heregia arriana, persiguiéndola sin descanso hasta en sus últimos atrincheramientos, llevando el primero la voz en todas las discusiones promovidas con este objeto, y figurando al frente de toda empresa encaminada á fomentar y sostener la pureza del dogma contra sus poderosos adversarios. Poco es que Saturnino, obispo de Arlés, génio avieso y procaz herido en su orgullo, se declare paladinamente contra Hilario y los demás prelados ortodoxos, concitando en su daño la animadversión de los magistrados, y sirvién-

(1) Fortun. in vit. Hilar.

dose de mil artificiosos amaños para ganarse el favor y la proteccion del mismo emperador. Incapaz de acobardarse por las violencias que á la sombra de este se ejercian contra los católicos, y sin temor de las amenazas del poder, rompe abiertamente con Saturnino y sus sectarios; protesta en alta voz contra sus calumnias; toma á su cargo la vindicacion de los obispos acusados por los arrianos; se opone como una muralla de bronce á sus torpes amaños en el concilio de Milan; comparece en el de Beziers á dar razon de su fé y de la de sus hermanos, no sin haber representado antes con santa libertad al emperador acerca de las inmotivadas persecuciones que se les hacia sufrir por parte de los afiliados á la banderia de Saturnino Ursacio y Valente; reta allí á sus émulos á que presenten sin ambages ni reticencias los principios de su doctrina; desafiales á que entren con él en una discusion razonada; denuncia á la faz de aquella asamblea sus errores; acúsales de corromper el Evangelio, de mutilar los testos de la Escritura, y de abusar torpemente de ciertos pasajes truncados para introducir la confusion y el caos en el campo de la verdad. Pero la presion ejercida en aquel concilio por la influencia de Saturnino y demas obispos arrianos, ahoga su voz y no le permite esplanar su doctrina con la claridad y el detenimiento que exigia un asunto tan grave y de consecuencias tan inmensas. En vano insiste en que se le escuche, por demas es que reclame sean respetados sus derechos y la libertad que como á obispo le compete para hablar. Todo es inútil; temerosos los partidarios del apóstata de quedar vencidos en la lucha, é impotentes para triunfar en el terreno del raciocinio, apelan á la fuerza, preválense del crédito que les dispensaba Constancio, provocan contra Hilario todas las iras del príncipe, y depuesto de su silla episcopal, destiérranle á la Frigia con Ródano, obispo de Tolosa (1).

Hed ahí, señores, retratado al vivo el carácter de todos los errores que han impugnado la fé católica. La violencia, el despotismo, la injusticia, la arbitrariedad mas repugnante con las armas vedadas de que se vale para imponer á la verdad, cuando no alcan-

(1) Sulpic. Sever. lib. 44.

zan á hacerla enmudecer las armas legítimas de la discusion y del raciocinio. Mas ¡cuán triste, cuán menguado es el triunfo que por tales medios se consigue! Pues qué, ¿puede matarse la fé con cárceles y destierros? ¿Acaso se consigue destruir la religion con el terrorismo y la tiranía? ¿Por ventura se encadenan las convicciones profundas del corazon con las penas afflictivas del cuerpo? ¿No es libre, libérrima la inteligencia aun entre los hierros que oprimen al hombre justo? Traslado á nuestro siglo en que tantos y tan ilustres ejemplos de lo contrario tenemos á la vista. ¿Qué ha conseguido hasta ahora la presion de los hombres de estado declarados en lucha abierta contra los infalibles principios del dogma y de la disciplina? ¿De qué han servido las calumniosas invectivas, las acusaciones inmotivadas, las recriminaciones injustas que un ódio mal disimulado so pretexto de celo viene formulando sin cesar en descrédito de la Iglesia y de sus ministros? ¿A qué han conducido esas violentas deportaciones, esos confinamientos arbitrarios, esos destierros inspirados por el capricho y llevados á cabo sin salvar siquiera las formas legales, ese abuso del poder, ese lujo de fuerza contra inofensivos prelados, porque siguiendo el dictámen de su conciencia, se oponian á lo que, como jefes natos de la disciplina y maestros legítimos del dogma, no podian en manera alguna sancionar? ¿A qué? A lo que condujo la animosidad del arrianismo contra San Hilario, á hacer mas ostensible el triunfo de la religion, á poner mas en relieve sus eternos é invariables principios, á dar mayor lustre y esplendor á la verdad, y á aumentar la confusion y la derrota de los que apadrinando miserables errores, insultan á la conciencia de los siglos, y se empeñan en destruir lo que estos vienen edificando.

Ved á nuestro héroe en su destierro, y allí como en todas partes le hallareis luchando á brazo partido con los sectarios del error, descargando rudos golpes á la hidra ponzoñosa del arrianismo, y haciendo temblar á los gigantes que osan insultar al Dios de las batallas. ¡Cuál se multiplica Hilario para acudir á todas partes á donde le llama su mision sublime! ¡Con qué maestría maneja toda clase de armas espirituales para esterminar los baluartes de la heregía! Ora escribe al emperador Constancio justificándose de las

calumnias vertidas contra él por sus irreconciliables émulo. Ora dirige nerviosas exhortaciones á los prelados católicos de las Galias previniéndoles contra los artificios de los arrianos, y animándoles á continuar sin descanso en la defensa de la Iglesia y de sus sacrosantos dogmas. Ya compone eruditos y profundos tratados sobre la Trinidad, en los que con una elocuencia y solidez admirables demuestra los principios de la verdadera fé en este punto. Ya confuta con destreza inimitable las sofisticas argumentaciones de los Ebionitas, Fotinos, Sabelios y otros herejes, esplanando los pasajes de que abusaban para negar la divinidad y consubstancialidad del Verbo. Aquí desarrollando el caudal de su ingenio deshace los equívocos, esclarece las espresiones ambiguas, reduce al mas riguroso tecnicismo el lenguaje teológico, y descubre las falsedades en que los sectarios apoyan todo el sistema de su doctrina. Allí ardiendo en celo al ver el Asia assolada por el génio del mal, desterrada de ella la verdadera fé, inficionada por el gérmen mortífero de la heregía, cundiendo prodigiosamente la apostasía y el escándalo hasta el punto de no haber mas que tres obispos en las diez provincias Asiáticas que no profesasen el error dominante, provoca conferencias, escribe nuevos libros, predica, exhorta, y ni un momento descansa hasta conseguir la mas completa reforma, hasta borrar la última huella del mónstruo que con su envenenado aliento tantos estragos causára en aquel campo feraz del divino labrador. Entonces pudo comprenderse que no sin un designio providencial habia sido enviado Hilario á aquel pais para restablecer el reino de Jesucristo y resucitar la religion poco menos que muerta en los corazones de sus habitantes.

No basta esto: nuestro incansable héroe busca de continuo nuevos teatros en que desplegar su celo, á la manera de esos rios que, aprisionados en estrecho cauce, precipítanse en el mar deseosos de hallar espansion suficiente al caudal de sus aguas. Do quiera que la religion tiene un enemigo, en donde la verdad experimenta la mas leve resistencia, allí do la fé ortodoxa necesita de un campeón, preséntase Hilario lleno de generoso ardor dispuesto á medir sus armas con las de sus contrarios. Es el nuevo Macabeo que persigue

en todas direcciones á los profanadores del templo y del altar, es el Matathias intrépido que siguiendo la huella de los Lysias y Nicanores, en todas partes les presenta el combate, ganoso de luchar cuerpo á cuerpo en defensa de sus tradiciones triunfando ó pereciendo en la demanda. ¿Convócase en Rimini un concilio de todos los prelados de Occidente, en donde los fautores del arrianismo apoyados por el príncipe presentan numerosas profesiones de fé que destruyen la bella unidad de la doctrina católica? Hilario vuela á tomar parte en sus discusiones, y no hay quien resista al nervio y valentía con que dilucida los puntos del dogma mas embrollados por los sectarios. ¿Reúne otra asamblea en Seleucia de Isauria compuesta de los obispos orientales? Allá va Hilario en representacion de las iglesias de las Galias, cuyos obispos vindica victoriosamente de las imputaciones de Sebelianismo con que se intentaba amancillarles, declama victoriosamente contra los arrianos, demuestra su impiedad, descubre sus siniestros fines, pone de manifiesto sus parcialidades é injusticias, pulveriza sus sofisticos argumentos, réduceles al mas vergonzoso silencio, y el campo queda por suyo despues de un combate tenaz y porfiado. Los sectarios discordes entre sí, y en desordenada confusion recurrirán al emperador en Constantinopla: pero al mismo tiempo que ellos se presentará Hilario, espondrá á Constancio respetuosamente sus quejas, pedirá una pública conferencia en que se promete rebatir los argumentos de sus adversarios: y si esto no le es concedido, porque ellos se consideran harto débiles para admitir el reto, Hilario tiene la gloria de que sus mismos émulos sean los que inclinen al emperador á levantarle el destierro, no movidos por un sentimiento de justicia que desconocen, sino porque temen su influencia y presienten mayores derrotas.

Cierto no se le ocultaban á nuestro héroe las intenciones de los Arrianos, harto persuadido estaba de lo que se proponian restituyéndole á su diócesi, y por lo tanto no volvió á ella sin haber antes manifestado con energía á Constancio cuán injustamente protegía á los perseguidores de la iglesia de Jesucristo, y cuán reprobable era la conducta de un príncipe que bajo el nombre y las exteriores apa-

riencias de cristiano, coadyuvaba con su influencia y con el favor que dispensaba á la heregía, á minar por sus cimientos el indestructible edificio de la unidad católica. Mas cuando se hubo restituido al seno de su amada grey, ¿quién podrá referir el entusiasmo con que salían á su encuentro los pueblos saludándole como al vencedor del arrianismo, vitoreándole como al ilustre campeón de la fé, y solemnizando su tránsito cual lo hubiera hecho Roma pagana al ver entrar por sus puertas á sus ilustres capitanes cuando volvían del combate cargados de laureles y ricos con los despojos de cien victorias? Entonces fué cuando Martin de Tours, tan célebre despues en los anales de la Francia católica, abandonando la soledad en que á la sazón se hallaba, corrió á encontrar al generoso atleta de la fé, y acompañándole hasta Poitiers se hizo su humilde discípulo. Entonces fué cuando el cielo, queriendo honrar de una manera visible su santidad y remunerar sus sacrificios en pro de la religion, obró por su medio los hechos mas portentosos que le conquistaron una celebridad universal. Entonces.... Mas, ¿pensais acaso que Hilario, durmiéndose muellemente sobre las palmas que arrebatára á los enemigos de la verdad, se entregase á una vida tranquila y pacífica? No. Hasta su muerte continuará hostilizando al error, refutando la mentira, haciendo guerra al arrianismo. Su último suspiro será el postrer esfuerzo de su celo; y mientras pueda hablar ó escribir, su lengua, sus manos, su pluma, su inteligencia, su corazon, todo lo consagrará al servicio de Dios y de su Iglesia, á promover los intereses de la verdad, y á fomentarla y estenderla en todas partes. Vedle cuál se afana en hacer florecer en su diócesi la disciplina eclesiástica, en estirpar los vicios, en crear elementos de moralidad, en reformar las costumbres y en sembrar los mas fecundos gérmenes de todas las virtudes. Admiradle recorriendo las provincias vecinas infestadas por la heregía para oponerse á sus funestos progresos, y dejando donde quiera, ya con sus palabras, ya con sus elocuentes escritos, una huella luminosa que demuestra á las edades por venir su incomparable heroismo, su celo intrépido, su imperturbable constancia y los inmensos servicios que prestó á la religion combatiendo incesantemente á sus enemigos, destruyendo los baluartes del error

arriano, y llevando al sepulcro la gloria de haber sido en su siglo el mas ilustre campeón de la fé y el propugnador mas acérrimo de sus sagrados derechos: *Contrivit inimicos undique, et extirpavit contrarios usque in hodiernum diem.... In omni opere dedit confessionem Sancto, et excelso in verbo gloriae.*

Ahi tenéis, hombres de estado, hombres de génio, y vosotros émulos sistemáticos del catolicismo, un ejemplar visible de lo que deben esperar cuantos en su nécio orgullo aspiran á sobreponerse á los inconcusos principios de la religion civilizadora, á la cual tan tenaz como imprudentemente se obstina en combatir una ciencia bastarda que solo ha sabido crear elementos de devastacion y sembrar ruinas donde quiera estendió su horroroso nivel. El Dios que en los tiempos calamitosos del arrianismo suscitó á Hilario en las Galias para desconcertar los proyectos del error, y oponerse heróicamente á las violencias y arbitrariedades del poder á cuya sombra se escudaba, sabrá tambien suscitar prelados herederos del espíritu de aquel gran génio siempre que las necesidades de la Iglesia reclamen su apoyo y sus servicios. No se ha abreviado la mano del Omnipotente, ni es ahora menos fecunda que en los pasados siglos para crear héroes que salgan á luchar en el palenque en defensa de los santos fueros de la verdad, tan cínicamente hollada por los que tienen la alta mision de fomentarla y sostenerla prestándola la influencia que están llamados á ejercer en los destinos de los pueblos. Responsabilidad tremenda cargan sobre sí cuantos en vez de proteger la religion, la denuestan y calumnian. Lejos de declararse por la inviolabilidad de la Iglesia, disputanla los derechos legítimos que la dió su divino fundador, y persiguen á los que tienen valor bastante para protestar contra tamaños desafueros; y bien al contrario de afianzar los vínculos de la unidad católica que afectan profesar, ahogan el grito de quienes la vindican, y acogen sus palabras con risas sacrílegas. Tiemblen los que así insultan la conciencia pública, los que tan impiamente escarnecen la fé de unos pueblos que ven vinculadas sus glorias nacionales á sus tradiciones religiosas. No se abusa impunemente de la tolerancia de pueblos oprimidos, ni deja el cielo que triunfen por mucho tiempo los que tan tiránicamente intentan enca-

denar las creencias de una nacion hidalga cuanto religiosa. Un grito unánime de reprobacion se alzar4 en su dia contra arbitrariedad tanta, y 4 ese grito caer4n los baluartes del error, y rodar4n por el polvo las columnas de la impiedad, no de otra suerte que en los tiempos de Hilario de Poitiers se vieron reducidos 4 la impotencia los gigantes de la secta arriana con sus poderosos protectores. Y al modo que aquel campeon aguerrido aun desde el fondo del sepulcro no ha cesado de perseguir donde quiera 4 la heregia con sus luminosos escritos, con sus producciones inmortales, monumentos ilustres que eternizar4n su memoria en los anales de la Iglesia, as4 tambien la voz de las generaciones que pasan, transmitir4 4 las que las sucedan sus mismas convicciones, sus mismas creencias, su fé siempre viva y robusta, para oponerse al triunfo de los principios disolventes de una ciencia que solo aspira 4 levantar el ídolo de una razon estraviada sobre los escombros de la unidad cat4lica.

Confiamos en que no suceder4 as4, Dios protector de nuestra fé, y mucho esperamos de los ruegos de vuestro insigne siervo Hilario en favor de nuestra causa. No dudamos que se interesar4 en el cielo por la patria de los Recaredos, quien viviendo tanto trabaj4 por fomentar la verdad cat4lica en todas partes 4 donde le condujo vuestra admirable providencia. Hacedlo as4, Doctor ilustre, prelado magn4nimo, atleta denodado; y no ceses de interceder con el Se4or para que suscite g4nios que como t4 sepan luchar con los enemigos de la verdad, deshacer los artificios del error y promover las glorias de la iglesia espa4ola. En esto ciframos nuestra mayor ventura, esto anhelamos como nuestra mas cumplida honra, 4 esto aspiramos como el colmo de todas nuestras esperanzas, y lograndolo viviremos dichosos, seguros de serlo aun mas en el seno de la inmortalidad.

SERMON PANEGÍRICO

PARA EL DIA DE SAN ANTONIO ABAD.

Condemnat justus mortuus vivos impios.... Videbunt enim finem sapientis, et non intelligent quid cogitaverit de illo Deus.... Videbunt et contemnent eum: illos autem Dominus irridebit.

El justo, aun despues de muerto, condena la vida de los impios. Verán ellos el fin del hombre virtuoso, y no comprenderán los designios de Dios sobre él. Miraránle con desprecio: mas el Señor se burlará de ellos.

SAP. IV. 46, 47, 48.

No es nuevo en el mundo mofarse de la virtud y escarnecer la severa conducta del hombre justo que, huyendo de la corrupcion del siglo, se refugia al sagrado asilo de la inocencia sepultándose en la soledad. El vicio, la immoralidad, el libertinage, enemigos natos del Evangelio, siempre estuvieron en constante lucha con los que, ajustando á las máximas de ese eterno código sus costumbres, jamás fraternizan con la ley de las pasiones, que es la gran ley de los mundanos. Pero ¿qué pueden contra los que superiores á sí mismos han sabido triunfar de todas las frivolidades del tiempo y fijar sus aspiraciones en la eternidad, ni la maledicencia, ni el ódio, ni la calumnia, ni ninguna de esas armas que para desacreditar el positivo mérito emplea frecuentemente una raza cínica y descreida? ¡Ah! En vano el mundo, á pretesto de una ciencia atea y de un progreso puramente material, intenta ridiculizar á los hombres que por su vida ejemplar se sobreponen á las ilusiones de la vanidad y á las preocupaciones del error. Su virtud deja en pos de sí un aroma esquisito que encanta al alma y hechiza el corazon. Aun despues de la muerte álzase de su tumba una voz de anatema que condena elocuentemente la impiedad de sus émulos. Incapaces estos de comprender los designios de Dios sobre sus escogidos, mófense de ellos, escarnecen lo

que en su concepto es una debilidad, tachan de fanatismo sus austeras costumbres, afectan lastimarse de su crédula sencillez.... ¡Menguados! El cielo los contempla y se rie de su nécio orgullo; Dios observa sus pensamientos y se burla de los que así discurren, porque no hay en ellos inteligencia ni verdad: *Condemnat justus mortuus vivos impios.... Videbunt enim finem sapientis, et non intelligent quid cogitaverit de illo Deus.... Videbunt, et contemnent eum: illos autem Dominus irridebit.*

Para demostrar esta verdad, consignada ya hace muchos siglos en el gran libro de la Sabiduría, bástame citar entre otros innumerables héroes el que hoy forma el objeto de nuestros cultos. Antonio Abad, el ilustre patriarca de la vida cenobítica, el caudillo de toda esa gloriosa cohorte de Solitarios y Anacoretas que desde las primeras edades de la Iglesia vienen hermooseando el místico vergel del catolicismo con las mas preciosas virtudes, el propugnador acérrimo de la fé, el defensor heroico de las cristianas tradiciones, el terror del arrianismo, el que maridando prodigiosamente la vida activa con la contemplativa, y no menos celoso de la honra de Dios que solícito por santificarse á sí propio en la soledad de yermos inaccesibles, sabia multiplicarse en proporcion de las necesidades, saliendo de entre las breñas para penetrar en las ciudades á sostener los inviolables derechos de la religion, abandonando la paz del desierto para correr á protestar contra la insolencia del error do quiera que una voz profana se levantaba para impugnar el dogma.... Tal es, M. A. O., el Justo á quien os propongo como el mas bello ideal de todas esas magnificencias que resplandecen en la doctrina católica, como la apología mas brillante de sus elevados principios y de su accion altamente civilizadora contra la impudencia de un siglo que, parodiando á otros tan cínicos como él, se atreve á reproducir sus gastadas frases para menoscabar si pudiese la influencia del Evangelio. ¿Y no ve, no conoce que arrojando al cielo sus asquerosas salivas, solo consigue hacerlas recaer sobre su misma frente, imprimiendo en ella un sello indeleble de reprobacion y de odio? A los que haciendo gala de un profano saber y de una erudicion carnal hincan su diente venenoso en la vida de los héroes cristianos, y

muerden sin criterio sus intachables costumbres; á los que nécios cuanto deslumbrados por falsas teorías, evocan al jurado de su orgullosa petulancia las acciones de los que no adoptan sus erróneos principios, y depurándolas al crisol de una razon estraviada que se empeñan en tomar por único regulador de los deberes humanos, no dudan calumniar como producto de quiméricas ilusiones lo que hay de mas respetable y digno en la religion, á estos pues les presentaremos á Antonio Abad, su vida, sus virtudes, sus trabajos, su celo ardiente, su inquiescente laboriosidad, sus heróicos sacrificios en pro de la Iglesia y de la sociedad católica; y en vista de un cuadro tan magnífico, no vacilaremos en desafiarlos á que opongán, si les es posible, cualquiera de sus grandes génios, de sus hombres ilustres, de sus celebridades mundanas que pueda competir con el Solitario del siglo III. Mas ¿cómo? Jamás el racionalismo filosófico será capaz de sostener semejante confrontacion. Sus principios son de todo punto infecundos, sus teorías estériles, sus dogmas están heridos de muerte, y nada pueden crear de beneficioso ó positivamente grande en el órden moral sin el apoyo vivificante del catolicismo.

No nos detengamos en preliminares, vamos á los hechos. Consideremos á Antonio Abad bajo el doble punto de vista de sus virtudes privadas y de sus públicos trabajos, ó sea en lo que hizo para su propia santificacion, y en lo que ejecutó en beneficio de la Iglesia y de la sociedad. Su santidad condena altamente la corrupcion de un siglo insano, enemigo declarado de la virtud: *Condemnat justus mortuus vivos impios*. Su celo fecundo y beneficioso, es una demostracion tangible de la influencia siempre regeneradora del catolicismo contra la impiedad de los que no comprenden ó no quieren comprender los designios de Dios sobre el mundo: *Videbunt finem sapientis, et non intelligent quid cogitaverit de illo Deus*. Ambas cosas á la vez completan las glorias de la religion personificadas en nuestro insigne Antonio Abad, y forman la confusion y la ignominia de los detractores sistemáticos de las instituciones monásticas: *Videbunt et contemnent: illos autem Dominus irridebit*. He aquí el asunto de mi discurso, etc.

AVE MARÍA.

PRIMERA REFLEXION.

Combatido el cristianismo desde su misma cuna por toda clase de enemigos, haciase preciso que su triunfo fuese tan visible como violentas eran las persecuciones contra él suscitadas. No solamente debia demostrar la divinidad de su origen atacada en mil maneras por el error pagano, convenia tambien que la santidad de su doctrina brillase de un modo práctico y ostensible á fin de reducir á un vergonzoso silencio á los que mal avenidos con sus austeros principios le calumniaban sin criterio. Nunca como en la época á que nos referimos, se necesitaba de un heroismo á toda prueba para practicar las virtudes cristianas. Rodeados por do quiera los fieles de inminentes peligros, y objetos de un ódio irreconciliable, veíanse precisados á abandonar las poblaciones y á buscar en los yermos solitarios un asilo donde poderse ejercitar en los preceptos y consejos evangélicos. Entre los muchos que en el siglo III se distinguieron en Oriente por su vida ejemplar y su santidad eminente, sobresale cual refulgente astro de la iglesia católica el insigne y sin par Antonio cuyas glorias solemnizamos en este dia. Nacido en un pueblo del alto Egipto de unos padres cuyas virtudes heredára en alto grado, mostróse desde luego destinado por el cielo á las grandes empresas de su servicio. Debia ser con el tiempo el nuevo Moisés caudillo y conductor de un pueblo numeroso á quien llevaria á la tierra prometida á través de los ásperos desiertos de la virtud, enseñándole á observar los preceptos del Altísimo, y alimentándole con el suave maná de la doctrina evangélica. Debia cual otro Elías luchar un dia con los falsos profetas de Baal y convencerles de impostores presentando en toda su solidez y magnificencia los dogmas católicos. Debia ser como el precursor de Jesucristo, cuyos caminos prepararia en el desierto, haciendo florecer en él todas las bellezas de una religion llamada á ser, no solo en la eternidad si que tambien en el tiempo, el principio fundamental de la bienandanza de la humanidad.

No busqueis en Antonio uno de aquellos génius cuyo vasto saber llamaba la atención de las primeras edades. Escaso de conocimientos científicos, pero rico en felices disposiciones para la virtud, sin pretensiones de sabiduría mundanal, mas profundamente arraigado en la ciencia de los santos, sus únicas aspiraciones se limitan á servir y amar á su Dios con la mayor perfeccion posible. La semilla evangélica que en su alma echára hondas raíces solo necesitaba del impulso vivificante de la gracia para desarrollarse prodigiosamente. Este impulso le recibe en el templo en un dia que asistia á los divinos Oficios. La voz del sagrado Levita que canta aquellas palabras del Evangelio: «Si quieres ser perfecto, vé y vende lo que tienes, repártelo á los pobres, sígueme y hallarás un tesoro en el cielo,» hiere vivamente los oidos del jóven Antonio, penetra en su corazon, y cual si á él directamente se dirigiesen aquellas palabras, no bien ha salido de allí, cuando sin vacilar un instante las pone en ejecucion: realiza inmediatamente todo su patrimonio, distribuye su producto entre los indigentes, y mas satisfecho de verse reducido á aquel estado de voluntaria pobreza que cuando todo le sobraba para satisfacer sus necesidades, huye á la soledad á buscar las positivas riquezas de la virtud, únicas que ambiciona su alma generosa.

Conocemos bien lo que en vista de semejante resolucion diria un siglo ambicioso y egoísta que no conoce otra dicha que la que consiste en atesorar todos los elementos posibles de goce y satisfaccion material. Demasiado comprendemos cómo hubieran juzgado á Antonio nuestros modernos sabios, ellos que jamás supieron salir del estrecho círculo de sus abstracciones metafísicas, ni elevar sus miras mas allá del asqueroso polvo que huellan sus piés. Los mas benignos é indulgentes hubieran calificado de un exceso de fanatismo religioso su heróico desprendimiento, y lamentándose de que en la flor de sus dias se hubiese dejado arrastrar por ilusiones de una imaginacion ardiente quien mejor dirigido hubiese podido ser con el tiempo un miembro útil á la sociedad de que se divorciaba. Tal ha sido siempre el perpétuo tema que han variado en mil tonos los émulo de la virtud cristiana que so pretesto de un afectado celo solo aspiran á erigir en dogma la corrupcion y el libertinage. Pero Antonio,

superior á todas las preocupaciones del error y de la ignorancia, y sin cuidarse de lo que el mundo pudiera decir de él, continua en la marcha que ha emprendido, ganoso únicamente de agradar á Dios á quien ha consagrado todo su ser. Austeridades, vigiliás, ayunos, oracion continua, leccion de libros sagrados; hed ahí lo que forma su ocupacion constante en el desierto. Aunque jóven delicado, y acostumbrado á una vida cómoda y dulce, sabe sobreponerse al rigor de las estaciones, vencer denodadamente el hambre y la sed, sobrellevar con heroismo toda clase de privaciones, disponiéndose así á otra lucha mucho mas cruel y penosa que el cielo le reservaba para perfeccionar su santidad. No hay solitario en aquellos yermos á quien no consulte, ni hombre sabio cuyos consejos no busque con avidéz, ni accion heroica que no procure imitar, reuniendo á manera de solícita abeja lo mas florido y esquisito de cuanto en los demás observa, para formar un panal delicioso de todo género de virtudes.

En tanto el infierno apresta sus armas para derrocar á aquel que ya en sus principios se muestra un coloso, y amenaza dar un golpe mortal á su imperio. Jamás el génio de la seduccion manifestárase tan ingenioso y fecundo en escogitar elementos de ruina contra el jóven solitario. Cual si en él se hubiese propuesto vengar las derrotas que venia sufriendo en la persecucion suscitada contra los cristianos, no de otra manera multiplica por espacio de veinte años sus ardidés, por ver si logra hacer desistir á Antonio de sus santos propósitos. Poco era presentar á su imaginacion fantasmas impuros é imágenes voluptuosas, para encender en su corazon el fuego de la concupiscencia; poco despertar en su mente ideas ambiciosas desparramando el oro por do quiera que pasaba; poco aterrarle de continuo con espantosas visiones y amedrentadores ensueños; poco encarnizarse con él maltratándole con crueldad inaudita hasta dejarle casi muerto. No es posible reducir al estrecho círculo de un discurso, los combates que hubo de sostener, las tentaciones que tuvo que resistir, las sugeriones malignas á que hubo de hacer frente, y las sangrientas é intestinas luchas que esperimentó en tan largo tiempo. Cualquiera otro que no fuese Antonio no hubiera podido

menos de sucumbir en tan desigual pelea. Pero él sostenido por Dios, auxiliado por su gracia, é invulnerable á los tiros del enemigo comun, merced á una esquisita vigilancia sobre sí mismo, triunfaba gloriosamente del ángel apóstata, desconcertaba sus planes, inutilizaba sus proyectos, amurallándose contra la ambicion en el desprecio de todos los bienes mundanos que miraba como escoria vil á imitacion de S. Pablo, cifrando todas sus riquezas en la cruz de Jesucristo, oponiendo á los impulsos de la concupiscencia la mas portentosa austeridad, combatiendo con el insomnio la pureza, con el ayuno la gula, con la laboriosidad la indolencia, las distracciones con la lectura y la oracion..... Digno por cierto de que el Señor le manifestase su complacencia en verle combatir tan heróicamente, cuando acometido en cierta ocasion de unas visiones tan horrendas que llegaron á inspirarle un pánico irresistible, pues veía que todas las paredes de su habitacion se entreabrian por todas partes con espantosos crujidos, y acometerle á la vez multitud de tigres, leones, y otros mónstruos; y habiendo esclamado al disiparse aquellos fantasmas: Señor, ¿dónde estábais y por qué no vinisteis en mi auxilio?, una voz celestial le respondió: «Cerca de tí estaba gozándome en contemplar tu heróico valor.»

Con tales precedentes bien presto voló la fama de Antonio por todas partes, y se vió rodeado de multitud de personas que atraidas por la suave fragancia de sus virtudes corrian á pedirle consejo en las dudas, á consultarle en sus negocios, á admirar sus ejemplos, á alistarse bajo sus banderas y á someterse á su direccion. Los milagros, que sin cesar se multiplicaban por medio de aquel hombre de Dios, y mas que todo su misma vida que era el mayor prodigio, no pudieron tener oculta á aquella antorcha luminosa del desierto cuyos resplandores penetraban donde quiera. Por demás es que su humildad se resistía á los importunos ruegos de los que le solicitan por maestro y caudillo en las vías de la salvacion; en vano que trate de huir, y corra á esconderse en el fondo de los sepulcros; en la cima de las montañas, á la otra parte del Nilo, en las cuevas y subterráneos de la Tebaida, en cualquiera parte que se encuentre, allí se verá seguido, como en otro tiempo el Salvador, por turbas ham-

brientas del pan de vida eterna, por millares de hombres de todos rangos y condiciones, ansiosos de escuchar su doctrina y ponerse bajo su magisterio. Dios le tiene designado para ser el padre y fundador de la vida monástica, y preciso es que acepte aquella gran misión, pese á su repugnancia y á su profunda modestia. Ello es hecho; Antonio cediendo á la inspiración divina constitúyese el Moisés del nuevo Israel de la gracia, tras sus huellas marcha una cohorte brillante de solitarios que establece en diversos monasterios dándoles las reglas mas acertadas de virtud y perfección. El desierto cambia su faz y mírase convertido en un Eden delicioso do brotan los mas sazonados frutos de santidad bajo el esmerado cultivo y vigilancia de aquel varon insigne. Allí resuenan incesantemente las alabanzas de Dios cantadas por unas lenguas puras y sin mancilla. Allí reina la justicia, brilla la caridad, el amor fraternal es el lazo misterioso que une entre sí unos corazones consagrados á repetir en la tierra el himno perpétuo de los ángeles. Allí todo respira calma interior, todo revela abnegación y sacrificio, todo descubre las inimitables bellezas de una religión austera en sus principios, pero dulce en sus consecuencias, amarga en su tronco, pero deliciosa en sus frutos, rodeada de espinas en lo que á la vista aparece, pero interiormente fecunda en consuelos y rica de inmortales esperanzas. Allí la mas perfecta unión lo armoniza todo haciendo que hombres de distintos caracteres congenien maravillosamente tolerándose sus mútuas debilidades, corrigiéndose sus defectos, emulando los unos la perfección de los otros, pero sin envidia, aspirando cada cual á ser el primero en el cumplimiento de sus deberes, pero sin la menor rivalidad, procurando sobresalir todos en la práctica de los consejos evangélicos, pero sin ningún género de vanidad mundanal. Allí, en fin, se hermanan á la vez la humildad con el decoro, la obediencia con la dignidad, el silencio con el trato afable y expansivo, el retiro con la sociabilidad, la contemplación con el estudio, el descanso del espíritu con la actividad del trabajo. Y todo ello es debido al celo inquiscente de Antonio, quien corriendo sin cesar de un lado á otro á visitar sus monasterios, y atento á fomentar con sus exhortaciones y ejemplos aquellos nuevos planteles de virtud, aleccionan-

do á unos, corrigiendo á otros, reprendiendo paternalmente lo que cree digno de censura, promoviendo las mejoras que considera conducentes al buen régimen de sus subordinados, marchando siempre al frente de toda virtud y sin descuidar un solo instante su gran misión regeneradora, logra por fruto de sus desvelos y afanes crear una generación de héroes cuya numerosa posteridad debía poblar en su día todo el mundo y perpetuar en él las bellezas del catolicismo.

Así es como nuestro insigne Antonio Abad condenó en su vida, y viene condenando aun después de muerto con su santidad personal y la de los hijos que engendrara á Jesucristo, la corrupción y la impiedad de un siglo cínico é immoral enemigo declarado de la virtud: *Condemnat justus mortuus vivos impios*. Poco importa que éste se empeñe en desconocer el mérito y en negar los grandes servicios que tanto á la religión como á la sociedad resultaron de esas instituciones monásticas que la acción destructora del tiempo, ó mas bien el odio y la malevolencia de sus émulos han conseguido hacer desaparecer de entre nosotros. ¡Y qué! Porque hayan dejado de existir merced á tantas y tan inmotivadas persecuciones, ¿han podido ser borradas esas brillantes páginas en que la historia ha consignado sus hechos beneficiosos? ¿Han muerto los fecundos gérmenes del bien que donde quiera derramaron? ¿Ha logrado la calumnia y la sátira hacer olvidar á la humanidad lo que debe á aquellos institutos insignes? Jamás la impiedad podrá gloriarse de semejante victoria. Donde quiera la verdad sobrevivirá á la mentira; y allí donde el grito de la maledicencia sistemática se alce para desacreditar la sublime creación de Antonio, no faltará una voz enérgica que proteste altamente contra tamaño desafuero. De entre las escabrosidades del Pisper que ese varón insigne ilustró con sus virtudes, de las cimas del Colzín que pobló con sus ejemplos, de lo mas profundo de los valles de Arsinoe que admiró con sus milagros, arrancará un eco prolongado que estendiéndose de siglo en siglo, celebrará sus triunfos, preconizará sus hechos ilustres, immortalizará su memoria, y hará enmudecer á los que pretendan amancillar las glorias de la Iglesia, demostrando que si su santidad fue una apología constante de los

sublimes principios del catolicismo, su celo acreditó la influencia regeneradora de esa misma religion en sus relaciones con el hombre y con la sociedad. Hé aquí el asunto de mi

SEGUNDA REFLEXION.

A lástima mas bien que á indignacion provoca esa petulancia con que diariamente oimos apostrofar á los institutos religiosos por los que se dicen llamados á regenerar al mundo en los dificiles tiempos que atravesamos. ¡Mengua de nuestra ilustracion! ¡Vergüenza de nuestro pretendido progreso! ¡Baldón de nuestra civilizacion de ruina, de desconcierto y de sangre! Hasta en el santuario mismo de las leyes, hasta en el templo mismo de Temis, donde quiera oimos á cada paso preguntar en tono irónico y de desprecio: ¿Para qué sirven los monasterios? ¿Qué ventajas ha reportado de ellos el mundo? ¿Qué les debe la sociedad? ¿Dónde están sus servicios? ¿No han sido ellos por el contrario el producto de un fanatismo estéril que nada ha creado, nada ha fomentado, nada ha sabido promover como no sea la ignorancia y la molicie de sus moradores? ¿No es evidente y la historia lo acredita, que lejos de contribuir á la marcha progresiva de la inteligencia, solo han sido una rémora constante á todo adelanto social, encadenando el vuelo del génio, y dejando estacionarias las ciencias y las artes, merced á esa influencia funesta que han venido ejerciendo en épocas de estupidez y de barbárie?

Inútil seria, señores, combatir con raiocinios semejanates calumnias, cuando harto demostrado está que para unos hombres inspirados por la aversion y el ódio hácia el catolicismo, que tan visiblemente se revela en todos sus actos, no hay razon capaz de producir en ellos el convencimiento. Solo, pues, los hechos podrán responder victoriosamente á tan absurdos sofismas: y estos hechos no iré á buscarlos en ninguno de esos grandes génios á quienes el error mismo no ha podido escusarse de rendir homenaje. Bástame desen-

volver aunque ligeramente los insignes servicios que el ilustre Antonio prestó á la iglesia y á la sociedad, para poner de manifiesto cuán profundamente ignoran los designios de Dios sobre el mundo, y cuánta es la mala fé de los que á trueque de aclimatar en él sus ideas disolventes, calumnian sin criterio la beneficosa influencia que el catolicismo ha ejercido siempre por medio de los institutos monásticos.

Y en cuanto á lo primero, ¡cuánto no debió al celo de nuestro héroe la fé y la religion cristiana! No bien llega á sus oidos la sangrienta persecucion que sufren los fieles bajo la accion de los prócsules romanos, cuando abandonando su retiro vuela cual ángel de paz y de consuelo á llevar sus caritativos servicios á sus hermanos; penetra allí donde mas crudamente arde el fuego de la guerra emprendida contra el catolicismo, deseoso de compartir los laureles del mártirio con los valerosos confesores de Cristo; entra en Alejandria al frente de una nueva cohorte de Macabeos á quienes acaudilla, dispuesto á luchar con el error hasta sucumbir en la demanda. ¡Ah! El solitario de la Tebaida se ha convertido en el aguerrido campeón de los ejércitos del Dios de Sabaoth; el antiguo morador de los desiertos, es ya el celoso Matathias que revestido de una fortaleza sobrehumana se ha constituido en propugnador de las tradiciones católicas, para combatir las huestes de los nuevos Lysias enemigos de la Cruz. Introdúcese en las prisiones, penetra en los calabozos, descende á las minas, preséntase en los tribunales, sigue á los mártires al lugar del suplicio. Aquí sus palabras animan al débil, allí sus exhortaciones sostienen al vacilante, consuela á unos, fortalece á otros, abraza á estos, dá el ósculo de paz á aquellos, y de todos á la vez se declara defensor ardiente, sin temor de las amenazas ni hacer caso de los tormentos con que se pretende hacerle desistir de su intento. Contra la firmeza de su carácter se estrellan todas las disposiciones de los tiranos. Ordénanle que salga inmediatamente de la ciudad, y él se resiste; intímanle que cese de presentarse á los tribunales, y al dia siguiente sale al encuentro al magistrado; le conminan con el suplicio si no se retira con sus monges al desierto, y él ambicioso de conseguir la palma del mar-

tirio, corre á confesar públicamente su fé en presencia del mismo gobernador. Cierta que no obtuvo la gloria que ansiaba, pero neutralizó su sentimiento la satisfaccion de ver cesar aquella horrible tormenta suscitada contra la religion. Entonces, cuando ya esta no necesitaba de sus servicios, se le vió tornar á su amada soledad cargado de inmarcesibles laureles conquistados con su heroismo. Allí permaneció por mucho tiempo, huyendo constantemente del trato humano, haciendo una vida angelical, manteniéndose del pan y frutas que á veces le llevaban algunos sarracenos, ó del trabajo de sus manos; pero cuanto él mas se ocultaba, mayor era la afluencia de gentes que marchaban en busca suya, arrastrados unos por la reputacion de su santidad, llevados otros por la celebridad de sus curaciones portentosas, atraídos no pocos por la fama de sus profecías, y muchos por el deseo de conocerle y encomendarse á sus oraciones. Hasta los mismos filósofos paganos visitáronle en mas de una ocasion, saliendo atónitos de su presencia en vista de la sabiduría y solidez de sus discursos y de las luminosas pruebas con que demostraba la religion católica, siendo un hombre sin instruccion científica ni educacion literaria. ¡Ah! Es que no era Antonio quien hablaba, sino el Espíritu divino, que por medio de aquel débil instrumento proponíase desconcertar los planes del error y manifestar la influencia irresistible de la verdad.

No tardó en dar nuevos testimonios de ella tan luego como la religion se halló de nuevo amenazada, y con ella los mas caros intereses de la sociedad. Las persecuciones contra el cristianismo cesaron con el advenimiento del gran Constantino al sόlio de los Césares: pero al poder del acero habia sucedido el poder de la inteligencia; la espada del error habia reemplazado á la espada de los tiranos; la heregía habia ocupado el lugar del paganismo; y lo que no pudieran conseguir los tormentos materiales, propúsose lograrlo el influjo moral de hombres corrompidos y apóstatas de la fé. Arrio sembrára en Oriente el gérmen funestísimo de unas doctrinas que minando de raiz el edificio del catolicismo, comprometian al propio tiempo el equilibrio social: puesto que los intereses de la sociedad van siempre unidos á los de la fé, y allí donde se ataca á

ésta, no puede dejar de sufrir aquella terribles convulsiones. Ya un Concilio compuesto de los obispos de Egipto, de la Tebaida y de la Lybia, habian pronunciado anatema contra el heresiarca; ya Alejandria habia levantado un grito de reprobacion contra sus impías doctrinas; ya trescientos diez y ocho prelados congregados en Nicea habianla condenado unánimemente, sin que por eso consiguiesen hacer enmudecer á aquel hombre de perdicion. ¿Quién, pues, será el génio suscitado por Dios para defender la verdad en tan azarasas circunstancias? ¿Cuál será el robusto atleta llamado á destrozar al mónstruo del arrianismo, tan enemigo de Dios como de la humanidad, y no menos contrario al dogma católico que pernicioso á la reciente sociedad cristiana? ¡Oh! Vedle ya en la arena. Antonio el solitario es quien, atraido por el clarin de la fé, ha volado en su defensa á pesar de su avanzada edad. Él es quien con valentía sobrehumana se opone á los amaños del impío Arrio, deshace sus argucias, descubre sus intrigas, pone de relieve sus pérfidos amaños, le confunde, le aterra, y escribiendo de su mismo puño y letra al emperador en favor de Atanasio, á quien el heresiarca hiciera desterrar de su silla, arranca la máscara hipócrita con que éste intentára sincerar sus dañinas intenciones, muestra patentemente la odiosidad de sus ocultos planes, y consigue el triunfo de la inocencia oprimida devolviendo á aquel santo pastor al seno de su querido rebaño. No para aquí el celo de Antonio; do quiera que ve brotar el menor gérmen de aquella funesta semilla, allí está trabajando por arrancarla. Con idéntica presteza corre á defender la causa de la religion contra los Eusebianos, que á sostener los derechos de la Iglesia menospreciados por el ambicioso Filagro, quien, á trueque de sostener al patriarca intruso, persigue, depone, allige y se ensaña cruelmente en los indefensos ministros del Santuario. Con igual celo que influye en el ánimo de Constantino para que ponga coto á las demasias del usurpador Gregorio, se dirige al duque Balacio, su protector, dándole en rostro con las crueldades que ejercia sobre las vírgenes y los solitarios, en quienes satisfacía la mas torpe venganza; y sin temer sus fieros y amenazas le dice: «Veo caer sobre tí la cólera de Dios: cesa de perseguir á los católicos, no sea que te sorprenda aquella

porque te amenaza de cerca.» Al mismo tiempo consolaba á los fieles, afligidos por tantos males, y les anunciaba los futuros triunfos de la Iglesia. «No os desanimeis, les decia, estad firmes en la fé; la Esposa Santa del Cordero no tardará en recobrar su belleza y esplendor ordinarios; pronto vereis repuestos en su sitio los oprimidos, triunfante el dogma, abatida la impiedad, y predicada libremente la doctrina católica. Velad entre tanto, y no os dejéis sorprender y contagiar por los arrianos, su doctrina no es la de los Apóstoles sino la de los demonios.»

Tal fué la energía con que Antonio defendió de todas maneras los intereses de la verdad, ya de palabra, ya por escrito; ora por sí, ora por el ministerio de sus discípulos, de los cuales algunos merecieron la palma del martirio; unas veces en los concilios, otras en las cortes de los emperadores, y donde quiera que su presencia ó sus consejos eran necesarios, consagrando una gran parte de su vida de pensamiento y de accion á llenar esta mision sublime que el cielo le diera, sin admitir descanso hasta ver realizados sus incesantes votos. Así es como aun despues de muerto su santidad condena altamente la corrupcion de un siglo insano, enemigo declarado de la virtud, que se complace en motejar y perseguir á los que la practican, bien así como su celo fecundo y benefico es una demostracion visible de la influencia siempre regeneradora del catolicismo, bastante á confundir la impiedad de los que incapaces de comprender los designios de Dios, se empeñan en calumniar y desacreditar sus mas respetables instituciones. *Condemnat justus mortuus vivos impios.... Videbunt finem sapientis et non intelligent quid cogitaverit de illo Deus.* Bajo ambos conceptos se presenta á nuestros ojos la religion católica en la persona de Antonio, llena de bellezas y laureada con una doble diadema que engalana sus augustas sienes. Santa por esencia, ella crea todas esas virtudes que forman la dicha del hombre en la tierra y le preparan en el cielo una bienandanza perdurable. Eminentemente civilizadora, ella influye poderosamente en el bienestar de los pueblos, y promueve todos los elementos de vida y de positivo progreso en bien de las sociedades. Inspirando á los solitarios el instinto de la contemplacion, ha dado al mundo ejem-

plos maravillosos de piedad que han ejercido el mas saludable influjo en las costumbres y en los hábitos de los siglos posteriores. Animando el celo de los apologistas y defensores de la verdad, ha triunfado de mil principios disolventes, que hubieran ocasionado la muerte de la inteligencia y del génio y precipitado la ruina de los mas caros intereses sociales: puesto que nadie ignora que el error es tan enemigo de la Iglesia como de la civilizacion, y con la misma mano que marchita los laureles del catolicismo seca las fuentes de la prosperidad pública íntimamente identificada con la fé y las tradiciones de los pueblos católicos. Malamente, pues, se calumnian las instituciones religiosas como contrarias á los adelantos morales de nuestra época. Para sostener semejante absurdo, preciso es borrar todos los precedentes que en pro de ellas existen; negar los inmensos servicios que han prestado á las ciencias, á las artes, á la literatura y á toda clase de conocimientos útiles; desconocer la parte importantísima que las cupo en la conservacion de nuestras glorias nacionales, la accion que ejercieron en nuestro porvenir, los monumentos que nos han legado, los ingenios que produgeron, los hechos heróicos que nos han trasmitido; todo en una palabra es menester olvidarlo para incurrir en un anacronismo histórico tan impropio de los que se creen ilustrados, y decir que lo que un dia ofreció ventajas positivas y fué ostensiblemente beneficioso, sea hoy altamente perjudicial é inútil en la sociedad. ¡Desgraciados! Ellos desprecian y calumnian lo que se opone á sus impíos planes, conculcan lo que no se aviene con sus principios, destruyen lo que pugna con sus teorías de muerte.... No importa: el Señor se burlará de los que así piensan y obran, y dia llegará en que encuentren su misma ignominia donde ahora piensan adquirir prez y celebridad nada envidiables: *Videbunt et contemnent: illos autem Dominus irridebit.*

Insigne Antonio, solitario ilustre, denodado apologista y defensor acérrimo de la verdad católica; tú en quien admiramos personificadas las magnificencias de esa religion divina que tanto honraste con tus virtudes, y tanto engrandeciste con tu celo, desarrollando por un lado sus inimitables bellezas, y demostrando por otro su influencia siempre regeneradora: escucha hoy nuestros votos

en su favor, oye nuestros ruegos por su fomento y conservacion, admite nuestras súplicas por su engrandecimiento. Que el vicioso la conozca y ame; que el impío la tema y la respete; que el libertino enmudezca ante sus prodigios; que el sistemático incrédulo, convencido de sus propios errores, abandone las preocupaciones que alimenta contra ella; que nuestro siglo abra los ojos á la luz y se persuada cuán injustamente combate sus principios; que todos en suma la practiquemos como tú la practicaste, para que como tú consigamos un dia la corona de la inmortalidad.

SERMON PANEGÍRICO

PARA EL DIA DEL ESTABLECIMIENTO DE LA CATEDRA
DE SAN PEDRO EN ROMA.

Tu es Petrus, et super hanc petram ædificabo Ecclesiam meam.

Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia.

MATTH. XVI. 48.

El catolicismo, siempre combatido y siempre invulnerable á través de mas de diez y ocho siglos que cuenta de existencia; viene repitiendo con santo orgullo ese himno inmortal que le recuerda sus constantes luchas y sus multiplicadas victorias: «Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del averno jamás prevalecerán contra ella.» Estas palabras, dichas por Jesucristo al Príncipe de los Apóstoles al constituirle jefe visible de la sociedad cristiana, supremo pastor de su rebaño, y columna indestructible del grandioso edificio de la verdad, se han verificado á despecho de todos los errores y de todas las malas pasiones que en diversas épocas se han propuesto desmentirlas. Ni las sangrientas persecuciones de la antigua Roma, ni las invasiones de la ignorancia y de la barbarie, que arrancando del Norte se hicieron dueños de toda la Europa, ni los cismas, ni las heregias, ni las diversas escuelas filosóficas, ni los sistemas racionalistas, ni la incredulidad sancionada por la anarquía, nada en fin de cuanto se ha puesto en juego para destruir los robustos cimientos de la unidad religiosa ha sido bastante á conseguirlo. Mil ochocientos y catorce años hace hoy, M. A. O., segun el cómputo mas autorizado, que el apóstol San Pedro estableció su Cátedra pontifical en la ciudad de los Césares, convirtiéndola en

cabeza y metrópoli de todo el orbe cristiano : y desde entonces, ni un solo día ha cesado de derramar sus resplandores en todos los pueblos esa antorcha luminosa del catolicismo, destinado á ser el primer elemento de vida y de acción, de cultura y de progreso, de civilización y engrandecimiento en sus relaciones con la humanidad. No sin un designio altamente providencial fué Roma la elegida para ser la nueva Jerusalén vaticinada por los profetas, la Sion gloriosa de donde debía salir la ley por que habían de regirse en lo sucesivo todos los pueblos sometidos al Evangelio de Jesucristo, la montaña misteriosa á donde acudirían las naciones reengendradas por el sacrificio del Calvario á robustecerse con el alimento de la verdadera doctrina y beber en los dogmas sacrosantos del nuevo código los principios civilizadores á que estaban vinculados sus temporales y eternos destinos. ¡Ah! Ella que en otro tiempo fuera el hogar funesto de donde se estendieron por el mundo los más repugnantes errores del paganismo; ella que siendo la dominadora de todo el universo, era á la vez el punto de reunión á donde de los más remotos países acudían los filósofos, los oradores, los sofistas á aprender las aberraciones de la idolatría y á imbuirse en el culto de las mil divinidades del Capitolio; ella que apadrinara los más vergonzosos excesos, sancionara la corrupción más desmedida, y formara el apoteosis del vicio, del libertinaje, del despotismo brutal y de todas las tiranías, ella, dice elocuentemente el padre San León, debía ser el hogar inextinguible donde ardiese de continuo el fuego sagrado de la religión, donde se alimentase constantemente la llama de la verdad católica, donde se estrellasen todos los embates del error, y fuesen á fenecer todas las opiniones humanas, todas las escuelas filosóficas, todos los falsos sistemas de la sabiduría mundanal, y todas las prácticas sacrílegas que allí se hallaban como hacinadas (1). ¿Y quién era el genio llamado á cumplir una misión tan sublime? Un pescador de los mares de Galilea, Pedro, á quien el divino fundador del nuevo culto había confiado su fé, su Evangelio, su doctrina, su Iglesia, invistiéndole con su autoridad,

(1) S. Leo. Serm. I. de SS. Apost. ante med.

dándole las llaves de su reino, y proclamándole jefe y cabeza de la unidad católica. Él es quien con valor mas heróico que cuando en otro tiempo se arrojaba á las olas del mar por seguir á su Maestro, se lanza en ese océano de aberracion y de impiedad; y despues de haber sembrado la semilla evangélica en el Ponto, Galacia, Capadocia, Asia y Bithinia, despues de haber fundado la iglesia de Antioquia y trabajado con ardiente celo en la propagacion de la fé cristiana en diversos paises, marcha á Roma á plantar el estandarte de la cruz sobre la cumbre del antiguo alcázar de los Neronos y Caligulas, sin temor de los peligros, animado únicamente por sus convicciones profundas, escitado por el honor de su potestad, y alentado por la gloria de un martirio á que anhelaba como á la única corona de sus apostólicos trabajos (1). Allí establece esa cátedra príncipe, como la denomina un sábio ingénio, esa cátedra eterna destinada á sobreexistir á la ruina de todos los imperios; esa cátedra infalible depositaria del verdadero dogma, de la sana moral y de las legítimas enseñanzas del Hombre-Dios; esa cátedra, á cuya obediencia se hallan ligadas las promesas del cielo, la felicidad de la tierra, el presente y el porvenir de la humanidad entera. El establecimiento de esta cátedra por el apóstol San Pedro es la que hoy solemnizamos, y con él las glorias de la Iglesia y los triunfos de la unidad católica. Ninguna otra idea me parece mas conforme con la presente festividad. ¿Qué es pues el pontificado, cuya institucion forma el grandioso objeto de nuestros recuerdos en este dia? Bajo dos aspectos pudiéramos considerarle, á saber, en sus relaciones con la Iglesia, y en su influencia con la sociedad. Dejando para otra ocasion este segundo punto, limitémonos por hoy al primero, manifestando en la Cátedra de San Pedro «el principio fecundo de la unidad católica luchando y triunfando de todos los elementos que aspiran á su destruccion. Tengo propuesto, etc.

AVE MARÍA.

(1) S. Leo. loc. cit.

REFLEXION UNICA.

Jamás como en los tiempos que atravesamos se ha visto la verdad confundida con el error en un adulterino maridage; nunca el hombre divagó como ahora en la oscuridad mas espantosa, desprovisto de la única antorcha que pudiera guiar sus pasos; y sin embargo, ¡chocante contrasentido! hoy mas que nunca se habla de unidad, y se muestra el mas decidido entusiasmo hácia lo que tiene un carácter aparente de ella. A través de las ruinas de la sociedad, tal cual la ha parado el racionalismo filosófico, personificación exacta de la rebelion contra toda autoridad religiosa, el entendimiento busca con ardor las ideas de orden, las vastas armonías, y cuando cree haberlas hallado, salta de gozo, y se adhiere á unas utopias gratuitas que bien presto destruye y reemplaza con otras. De aquí resulta en nuestra opinion, esa multitud de sistemas absurdos é incoherentes respecto de las mas altas cuestiones sociales, sobre los que ciertas inteligencias estraviadas, erigiéndose en maestras, pretenden crear á su placer en el campo del pensamiento la sociedad y aun la verdad misma. Quimeras brillantes, ensueños seductores, que destruyéndose y combatiéndose recíprocamente, llevan al mundo de las ideas el desorden, la lucha y el caos, concluyendo por trastornar todo el mundo social. ¡Ah! ¿Y á qué fatigarse en perseguir quimeras, cuando por do quiera nos rodea la verdad? ¿A qué obstinarse en buscar ésta donde no existe? ¿Por qué desdeñarse de fijar la consideracion en las sublimes manifestaciones del plan infinito que contiene la religion? ¿En dónde podrá encontrarse la belleza y el orden, sino allí donde están escritos con caracteres indelebles en el frontispicio del augusto templo levantado por la divinidad?

Mi asunto me conduce naturalmente á desenvolver una parte del grandioso plan de la soberana inteligencia, y á descorrer una punta del velo que oculta la economía del catolicismo, mostrándoos sobre

la cabeza del Pontífice romano un reflejo de las armonías religiosas que brillan en esa admirable unidad de la Iglesia, de la que aquel es la expresión viva, el centro y el lazo misterioso. Elevémonos desde luego á la ciudad de las inteligencias, contemplemos el misterio de la unidad en su forma sustancial llenos de un respetuoso temor. El Infinito, fuente única del sér, contéplase y se ama necesariamente á sí mismo. El conocimiento y el amor producidos eternamente de su seno, se unen también eternamente con un abrazo inefable. Un himno incesante de adoración desciende y se remonta del Padre al Hijo y al Espíritu Santo, del Hijo y del Espíritu Santo al Padre, de quien procede; sociedad y unidad infinita, tipo y origen de toda sociedad finita, cuya belleza jamás será bastante á comprender mas que el Ser tres veces Santo que la posee. Si de las alturas de la naturaleza divina descendemos al mundo de los bienaventurados, allí también encontraremos maravillosamente reproducido el carácter de la unidad. Allí todos los ángeles, desde los mas elevados en la sagrada gerarquía, hasta los mas humildes, ocupan inviolablemente el sitio que les marcara el Omnipotente; todos bendicen, celebran y adoran á competencia la voluntad soberana que les rige; y el Rey Supremo sentado en medio de ellos, les distribuye á torrentes la vida intelectual y moral. Cada uno comunica según su grado de esa triple emanación del Sér infinito, océano sin límites y sin ribera: y de las estremidades del cielo sube incesantemente á su trono un grito de reconocimiento que le devuelve la gloria de sus dones. Digérase que es una espiral inmensa por donde la impulsión comunicada de lo alto baja gradualmente hasta el último sér de esa cadena misteriosa, para remontarse luego á su primer motor divino.

Ahora bien, según la frase del sábio Bossuet, el orden del cielo necesariamente debió reproducirse en la tierra. Cuando Jesucristo se propuso fundar su Iglesia, fijó en efecto su mirada en aquella celestial mansion, á fin de imprimir en su obra el sello inmortal de la unidad, conforme al plan divino. Trasladémonos á aquel momento solemne en que rodeado de sus apóstoles antes de subir al Calvario, zanjó los cimientos de ese augusto edificio: escuchemos sus palabras:

«Padre mio, esclama, yo deseo y quiero que asi como tú estás en mi y yo en tí, del mismo modo todos sean una misma cosa en nosotros, y que sean consumados en uno (1).» Espresiones de una profundidad sublime y que encierran todo el misterio de la unidad católica, y su realizacion en la única y esclusiva Iglesia verdadera. En ella comunicanse tambien gradualmente la vida, la verdad y el amor. Jesucristo, autor de todo don bueno y perfecto, confia á su mística Esposa todos sus tesoros, y ésta á la vez distribúyelos sin cesar entre sus fieles hijos. Mas como el Salvador se propuso constituir una sociedad visible, plúgole y debió constituir una unidad visible tambien, un cuerpo exterior, cuyos miembros prodigiosamente unidos entre sí, lo estuviesen al propio tiempo con la cabeza que los anima y dirige. Y vedlo verificado en esa maravillosa gerarquía católica, en la que el poder, juntamente con la verdad, circulan de rango en rango, de orden en orden, y cada cual obra, combate, enseña y muere en su lugar. Esto hacia esclamar al inmortal obispo de Meaux: «¡Oh iglesia católica, cuán bella te ostentas en tu unidad, cuando formada en orden de batalla, marchas en pos de tu jefe Jesucristo, y unida á tu cabeza visible, que moviéndote toda á la vez concentra todas tus fuerzas en una sola accion!»

Empero, ¿no defraudo yo vuestras esperanzas, cuando habiéndome propuesto hablaros del Pontífice Romano, apenas he pronunciado todavía su nombre? Mas no, M. A. O.: hablaros de la unidad católica, es hablar de aquel que la representa y la constituye, del que es su centro y su apoyo. ¿No es el supremo Pontífice quien coordina y vivifica todo el cuerpo religioso, que sin él no seria mas que un tronco mutilado é informe, incapaz de accion y de vida? ¿No es él quien ha sido revestido de la mas elevada dignidad que puede caber en la humana naturaleza, cual es la de representar en su persona visiblemente el invisible é inmortal principio de la unidad? Depositario de los tesoros de la divina munificencia, por él deben pasar todos para distribuirse entre los diversos miembros que le están

(1) el Jcan. XVII. 21.

sometidos. Imágen de aquel de quien se deriva toda paternidad en el cielo y en la tierra, tiene en sus manos las riendas que dirigen y gobiernan ese vasto imperio espiritual. Ningun pais puede sustraerse á su admirable influencia; todos los labios del universo católico, repiten do quiera su nombre, y le saludan en su idioma con ese nombre de Padre que le es privativo, porque él solo llena las funciones de tal respeto de la gran familia humana. Él habla, juzga, condena, absuelve, manda: y su palabra, recorriendo el globo como soberana, ve inclinarse ante ella á todos cuantos abrigan un corazon cristiano. Solo á él le ha sido dado realizar lo que ningun hombre hubiera creído posible, reuniendo bajo un mismo pensamiento y en un amor idéntico las dos estremidades del mundo, el Oriente y el Occidente, el europeo civilizado y el salvaje errante en los bosques de la Oceania. Y si acaso creéis que exagero los privilegios de la accion religiosa del sucesor de Pedro, cuya Catedral estableció en la ciudad de los Césares, respondan por mí los doctores ilustres de todos los siglos cuyas espresiones no hago mas que repetir, si bien harto desvirtuadas por mi ignorancia, y reproduzcan los titulos augustos con que á su paso vienen saludando a pontificado romano las generaciones católicas. ¿Decian ellos menos que nosotros, cuando nos representaban á los fieles como los rayos de un mismo centro luminoso, como los arroyos que fluyen de un mismo manantial, ó como las diversas ramas de un tronco idéntico? ¿Añadimos por ventura un solo ápice á lo que Jesucristo mismo digera al fundar sobre Pedro el edificio de la religion: «Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré yo mi Iglesia?» Palabras tan convincentes á la conciencia, que á través de mas de diez y ocho siglos viene estrellándose contra su invencible claridad la frente orgullosa del error.

No es de estrañar, católicos, la profunda emocion que á veces han experimentado los mas célebres incrédulos, cuando al llegar á la ciudad eterna, hánse encontrado frente á frente del Pontífice Romano. Ninguna admiracion me causa que mas de uno acercándose á su presencia con la duda irónica y mofadora en los labios, se haya sentido herido de un sentimiento sobrehumano, é inclinándose

á recibir la bendición del vicario de Jesucristo, se haya levantado, convencido y transformado. ¡Ah! Jamás la majestad divina resplandeció con luz mas viva sobre una frente mortal; nunca apareció tan visible la presencia de Dios como en ese anciano venerable que nada en el órden espiritual reconoce superior á si fuera de Dios mismo, con quien parece hallarse en inmediata comunicacion. Si alguna vez puede el hombre caer de hinojos ante su semejante sin degradar su dignidad, es ciertamente delante del sucesor del pescador de Galilea, del Pastor universal que tiene en sus manos los destinos del cristianismo, y por consiguiente del mundo, delante de ese imperio que bien pronto contará dos mil años de existencia, que solo reina por el pensamiento, y cuyo poder colocado entre los confines de la tierra y del cielo, en ambos mundos imprime á la vez la majestad del tiempo y de la eternidad.

Y no se vaya á creer que pretendemos divinizar al hombre. Conocemos bien los limites donde debe detenerse el poder de Pedro; Jesucristo los trazó y la tradicion nos los ha trasmitido. El mismo océano los tiene en su plenitud, segun la enérgica frase de Bossuet; y el dia en que llegase á traspasarlos, seria el de un nuevo diluvio que asolaria todo el universo. Sabemos distinguir el elemento divino inherente al Pontificado, al cual tributamos nuestros homenajes y prestamos ciega obediencia, del elemento humano que se halla siempre y donde quiera que está el hombre, y que á veces, si bien en muy contadas ocasiones, se manifestó sobre la cátedra de Pedro. ¿Mas qué hace esto á nuestro propósito? Si en la sucesion de los siglos ha habido algunos Pontífices no tan dignos como debieran serlo de la santidad de su carácter augusto, ¿ha dejado por eso de permanecer pura é invariable la religion, incapaz de ser amancillada por las debilidades de sus ministros? Los hombres han desaparecido; pero la religion sacudiendo el polvo que ellos arrojáran sobre su régio manto, ha continuado su magestuosa marcha á través de las pasiones del mundo.

No nos detengamos, pues, en esto, y apresurémonos á considerar el Pontificado que San Pedro estableció en Roma, en sus relaciones con la Iglesia. ¿Y cuáles son estas? Lo que es respectó de un edificio

la columna que le sostiene, lo que para los haces diseminados el hilo que los une, lo que en el cuerpo humano la cabeza que le anima é imprime el movimiento, lo que en una nacion el poder que la dá una personalidad moral, ved en estos similes lo que el Pontificado representa con relacion al cristianismo. Él representa, constituye y mantiene su unidad. Inútil, pues, sería seguir con la historia en la mano las pruebas del desenvolvimiento y de la realizacion de estos principios. Los hechos las hacen resaltar con una claridad invencible. De Roma parten en todas épocas los grandes impulsos dados al cuerpo religioso; de ese hogar vastísimo saltan á millares las chispas que llevan al mundo el calor y la vida. Nada se obra sin su cooperacion, todo en el catolicismo se verifica bajo su influencia. No ha habido heregía que el anatema del Vaticano no haya herido de muerte persiguiéndola hasta en sus mas tortuosos repliegues; no hay virtud vacilante que no reanime con sus exhortaciones; ninguna obra hay de interés general que no promueva y fomente. El que aspira á colocarse al frente de cualquiera empresa generosa, nada producirá que no sea enfermó é insubsistente si no le ha tocado el dedo fecundante del Pontífice supremo ó no ha escuchado las palabras creadoras de sus labios. ¡Admirable espectáculo! Los siglos todos unos tras otros ván á inclinar su frente delante de la Cátedra de Pedro, á implorar su bendicion, y á proclamar su poder divino. Desde que un pescador vino á sentarse en ella, Roma mucho mejor que antes es la metrópoli del orbe, la reina del mundo, y el centro de todos sus destinos; porque habiendo sido, como dice el citado P. San Leon, la maestra universal del error, se hizo la discípula humilde de la verdad (1). Allí reside desde entonces la sede de esa unidad indestructible que no han podido romper los cismas ni las heregías, y que estendiéndose á todos los reinos y provincias, y abrazando á todas las naciones, hace de ellas una sola, la nacion santa, la nacion escogida, el pueblo de predilección, donde caben igualmente el Bárbaro y el Scyta, el señor y el esclavo, el pobre y el rico, el hombre salvaje y el hombre civilizado. Desde entonces arde allí la antorcha misteriosa é inextinguible que hace brillar de

(1) S. Leo P. loc. cit.

Oriente á Occidente y desde Norte á Sur los resplandores de una misma fé, de unas mismas esperanzas, y de un amor idéntico que ilustra las inteligencias y purifica los corazones. Desde entonces se levanta en su seno aquel signo de salvacion y de ventura que llamando á todos los pueblos de la tierra á abrevarse en las puras aguas de la doctrina del Evangelio que fluyen como de una fuente inagotable, enriquecelos con la ciencia de la vida y derrama en ellos los tesoros de la positiva civilizacion. Desde entonces nació allí ese sol indeficiente de donde parten los rayos de la verdad que dán calor y fecundidad á la tierra estéril de unas almas agostadas por el error, y adonde convergen como á su único centro esos mismos rayos despues de haber proyectado su luz en todo el horizonte intelectual. Desde entonces subsiste allí esa Cátedra eterna, columna indestructible del edificio que Jesus levantó para ser el punto de reunion y de partida de todos los predestinados; esa Cátedra príncipe en frase de San Ireneo á donde como á último é inapelable tribunal son llevadas todas las cuestiones relativas al dogma, á la disciplina y á la moral, y en donde se deciden con el fallo infalible del sucesor de Pedro todas las controversias, se esclarecen todas las dudas, y se dilucidan todos los puntos de difícil solucion.

Y aun ahora mismo, cuando por do quiera se deja traslucir un ódio profundo á todo principio de autoridad en el órden religioso, y al grito de libertad lanzado por un siglo anárquico en todos conceptos, los pueblos se revelan contra ese poder que desconcierta todas sus ideas disolventes y destructoras; cuando todas las miradas se fijan espantadas en ese dique social que amenaza desaparecer si una mano divina no acude á sostener el desbordamiento de la impiedad que intenta romperle; en medio de tantos poderes humanos reducidos á la impotencia, de tantos tronos vacilantes al soplo terrible de las revoluciones; ¿no os admira ver el reino espiritual de Jesucristo todavía en pié sobre su sólido basamento, tan firme, y aun mas si cabe hoy dia, que hace diez y ocho siglos? Y notad que el venerable anciano que ocupa ese trono, ni tiene á sus órdenes numerosas legiones que puedan imponer su voluntad con la fuerza, ni oro con que comprar los sufragios de sus enemigos. Y sin em-

bargo de esto, él habla sin temor, y millares de voluntades esperan respetuosamente sus decisiones para recojerlas con amor y obedecerlas sin violencia. La confirmacion mas brillante de mis palabras, la suministran los mismos acontecimientos actuales. Ved el poder temporal del Pontificado considerablemente debilitado y casi destruido merced á los rudos ataques que viene sosteniendo por parte de la propaganda revolucionaria. Ved desconocida, mofada, é insultada esa soberania de institucion humana que el sucesor de Pedro reune á aquella otra de institucion divina que le fué dada por el augusto fundador de la Iglesia. Yo quiero suponer que llegue pronto el dia en que desapareciendo todo apoyo humano, la verdad quede sola y desnuda para luchar con su cruz en la arena. ¿Mas será por eso destruida la fé? ¿Dejará por eso de existir ese poder espiritual que no entra en el dominio del hombre y que en vano intenta este hacer que desaparezca del mundo? ¡Oh! Podrá muy bien arrancar de las sienes del Pontífice supremo esa diadema con que las ciñera un dia Carlomagno; empero despojarle de esa otra corona con que le embelleciera Jesucristo, ¡nadie, jamás! Poco importará que el tiempo destruya lo que el mismo edificó, y haga rodar por el suelo un trono perecedero. ¿Dónde está, empero, la mano osada que se jacta de poder despedazar esa Cátedra espiritual donde el Hombre-Dios colocó á su vicegerente en la tierra, y que la fé le erige en todas las conciencias cristianas? Nada tememos sobre este punto. La fé es mucho mas poderosa que todas las teorías gubernamentales. En tanto que ciertas voces salidas de entre las ruínas políticas proclaman que los dioses humanos se ván, y que la sociedad se disuelve ó se transforma, nosotros los verdaderos católicos nos complacemos en celebrar la duracion inmortal de la Cátedra de San Pedro á través de diez y ocho siglos que hace fué establecida en la ciudad de los Césares; y no hay dia, no hay hora ni momento en que no suba hasta ella ese eco de triunfo y de amor: «Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán jamás contra ella:» *Tu es Petrus, et super hanc petram ædificabo ecclesiam meam, et portæ inferi non prævalebunt adversus eam.*

Prez y honra eterna á tí, oh insigne apóstol, á quien el cielo dignárase elegir para una mision tan sublime. Recibe hoy nuestros parabienes, y los cultos que consagramos á celebrar la memoria de aquel dia para siempre memorable en que al lado del trono de los Nerones, fijaste esa Cátedra que hizo desaparecer el poder tiránico de los conquistadores del Orbe, reemplazándole con ese otro poder espiritual que une y estrecha en un centro comun las inteligencias y los corazones con los encantos de la fé, con los atractivos de la verdad, y con la influencia civilizadora del dogma católico. ¡Oh caudillo glorioso, oh jefe inclito, oh pastor universal del rebaño de Jesucristo y columna inquebrantable del majestuoso edificio de la unidad! Llama á tu redil todas las ovejas extraviadas, reúne en torno tuyo todos los entendimientos obcecados por el error, atrae á tu Cátedra eterna todos los pueblos que aun viven en las sombrías regiones de la muerte. Vela incesantemente por tus sucesores en el Pontificado para que conserven intacto el rico depósito que les confió el Salvador, y lleven á feliz término la mision regeneradora que les legaste á tu muerte. Vela por la Iglesia para que su unidad, lejos de amenguarse se vigorice de dia en dia á despecho de los amaños del racionalismo, y á pesar de las espantosas revoluciones que amenazan y hacen oscilar el equilibrio social. Que todos los redimidos con la sangre de Jesus vivamos constantemente adheridos á esa Cátedra, guarecidos en esa arca, protegidos en esa nave, á fin de que caminando con certero rumbo á través de los inmensos abismos de la vida presente, consigamos arribar al puerto seguro de la eternidad.

SERMON PANEGÍRICO

PARA EL DIA DE SAN SEBASTIAN MARTIR.

Est veritas Christi in me... hæc gloriatio non infringetur in me.

En mí está demostrada la verdad de la doctrina de Cristo, y esta gloria no padecerá en mí el mas leve menoscabo.

II. CORINTH. XI. 40.

La gloria esclusiva de la religion católica, el alto honor que ningun otro culto podrá jamás disputarla, el timbre que mas la ennoblece, el floron mas bello de su augusta diadema, es sin duda alguna el ser la única que desde su aparicion en el mundo viene reuniendo en torno suyo los testimonios de credibilidad mas incontestables, las pruebas mas auténticas de su divino origen, y las mas convincentes demostraciones de su perpetuidad indestructible. Sola ella ha podido decir donde quiera, y lo dirá mientras duren los siglos, lo que el grande Apóstol de las naciones escribia de sí mismo á los fieles de Corinto: «En mí reside y se halla demostrada de mil maneras la verdad de Cristo, su doctrina invariable, sus dogmas siempre idénticos, sus principios constantemente civilizadores: y esta gloria jamás padecerá el mas leve menoscabo: *Est veritas Christi in me... hæc gloriatio non infringetur in me.*» Y al decir esto, muestra á los que envidiosos ó preocupados osan impugnarla, los mil y mil trofeos que penden de aquel árbol victorioso que doméñó al mundo, los verdes laureles con que ciñeron sus frentes sus invictos campeones, las palmas que conquistaron á precio de innumerables fatigas sus denodados apologistas, las coronas que á costa de sangre generosa compraron sus mártires, y una cohorte brillantísima de héroes que habiendo peleado con incansable arrojo en la eterna lucha suscitada

contra esa religion divina por el paganismo idólatra, por el filosofismo orgulloso, por la sabiduría de las pasiones y por la ignorancia del error, entonan un himno perpétuo de alabanza al Cristo dominador del orbe.

Entre estos génios que tanto honran al catolicismo, ocupa un lugar muy distinguido el invicto mártir San Sebastian, cuya memoria solemniza hoy la Iglesia. Militar pundonoroso, cristiano fiel, defensor acérrimo de la verdad, apologista elocuente de la doctrina evangélica, confesor intrépido de la fé, mártir generoso, todos estos caractéres resplandecen en él de una manera extraordinaria: puesto que bajo el traje de guerrero y sin faltar á sus compromisos como tal hasta donde su conciencia se lo permitia, supo llenar los mas altos deberes en pro de unas creencias á que no le era lícito renunciar, constituyéndose propugnador constante de ellas contra los sofismas de la mentira, promoviendo los intereses de la verdadera fé en medio de una corte que la miraba como el mas mortal enemigo del romano imperio, trabajando en fomentarla á despecho de los horrores de la mas despótica tiranía, hasta sacrificar por ella su fortuna, su posicion, su porvenir, su gloria y su misma vida, no sin haber hecho las mas preciosas conquistas y conseguido triunfos de gran valía, que le merecieron el alto renombre que hoy obtiene y la celebridad inmensa que disfruta en el mundo católico.

Sebastian representa pues en su persona la veracidad de la doctrina de Jesucristo, la divinidad de la religion augusta del Calvario, la perpetuidad inalterable de la Iglesia fundada por el Hombre-Dios, y la influencia siempre regeneradora de los principios católicos en sus relaciones con la humanidad: *Est veritas Christi in me*. Su celo, sus fatigas, sus combates y sus victorias, son una demostracion tangible de esa gloria incomunicable que solo pertenece al único culto que ha sabido resistir todas las pruebas de la ciencia, sobrevivir á todas las astucias del error, sobreponerse á todos los recursos del ódio mas encarnizado, triunfar de las envenenadas pasiones de unos siglos de persecucion incesante y quedar solo en la arena sobre las ruinas de cuantos conspiraron á su estermínio: *Hæc gloriatio non infringetur in me*.

Bajo este doble punto de vista me propongo considerar á nuestro invicto mártir San Sebastian en el presente discurso. «Conservando sus creencias en medio de los mil elementos de oposicion que encontraba, y defendiendo y promoviendo con ardor los principios inconcusos del catolicismo fué su apologia viviente; combatiendo por ellos y muriendo con inquebrantable constancia en testimonio de su divinidad, glorificó la religion de Jesucristo y añadió una nueva perla á la diadema inmortal de esa reina del mundo.» *Est veritas Christi in me... hæc gloriatio non infringetur in me.* Tengo propuesto. Imploramos los divinos auxilios por la intercesion de la siempre Virgen y soberana de los mártires, en cuyos oidos resonará con gozo la salutacion angélica:

AVE MARÍA.

PRIMERA REFLEXION.

Siempre bella, siempre agraciada y maravillosamente fecunda la religion del Gólgotha, ofrece á nuestra vista reunidos en la persona del insigne mártir Sebastian, los caracteres al parecer mas encontrados, los tipos mas opuestos y los mas notables contrastes. En él vemos el soldado á la vez que el apóstol; el cortesano á la par del apologista; junto al fiel vasallo de los emperadores idólatras el discípulo celoso de Jesucristo; á una con el pundonoroso propugnador de las leyes de la patria, el escrupuloso observador de los principios evangélicos; el héroe de la verdad que nunca desmiente su adhesion á ella, sin que por eso deje de ser el mas obediente súbdito de los príncipes terrenos en cuanto no diga oposicion con sus deberes de cristiano. ¡Qué recomendacion tan brillante de una religion que así sabe unir los extremos mas distantes, dando á Dios lo que es de Dios, y á César lo que es del César! Solo esto bastaría para evidenciar la divinidad de su origen y la veracidad incontestable de sus doctrinas: *Est veritas Christi in me.*

Contémplese á Sebastian en la corte del emperador Diocleciano,

militando bajo las águilas de aquella Roma enemiga capital de la Cruz, en un siglo en que por do quiera triunfaba el error, levantábanse altares sacrilegos á las falsas deidades del paganismo, hormigueaban los adoradores de la mentira bajo mil formas repugnantes y vergonzosas, y los sacrificios ofrecidos á las más innobles pasiones multiplicábanse sin guarismo, y la ley del terror y de la muerte pesaba sobre todo el que osaba resistirse á quemar profanos incienso á los ídolos, y el nombre de Galileo, equivalente al de cristiano, era un título de persecucion atroz y un estigma de ódio y de venganza. Allí, pues, vive nuestro héroe, cual otro Tobías intachable en el foco de la corrupcion mas extrema, á manera de Daniel, puro y sin mancilla en medio de los estímulos mas poderosos del vicio, y sin que ni ligeramente contagien su mente los infectos miasmas del error que por do quiera impregnan la atmósfera que habita. Dedicado á la honrosa profesion de la milicia desde muy jóven, ni una sola vez desmiente su lealtad ni da motivo al menor reproche en su conducta. Siempre se le encontró el primero en las fatigas, el más incansable en el trabajo, el más exacto en la disciplina, el más intrépido en los peligros; prudente sin igual, previsor como ningun otro, obediente á la voz de sus jefes hasta la abnegacion, afable y tolerante con sus iguales hasta el sacrificio; modelo de caballerosidad, tipo de honradez, admirábanse en él todas las virtudes que constituyen el hombre de bien, el militar cumplido, el guerrero digno del aprecio y de las recompensas de la patria. Y prueba de ello, la confianza que de Sebastian hiciera Diocleciano honrándole con su favor y promoviéndole al empleo de capitán de sus guardias imperiales, como un relevante testimonio de lo satisfecho que estaba de sus servicios. ¿Qué demostracion puede darse mas auténtica y brillante del carácter divino y eminentemente social de esa religion que así consagra todos los estados de la vida, sanciona todos los derechos legítimos, y fomenta los verdaderos deberes del hombre en las diversas condiciones de su existencia? A los que sin ningun criterio calumnian sus principios como hostiles á los poderes terrenos, como opuestos á los gobiernos constituidos, sea cual fuere su sistema político, como enemigos del orden y

la paz de los imperios, aun cuando estos no sepan respetar como es justo las atribuciones del poder espiritual; á los que así intentan menoscabar la influencia de la doctrina católica con estudiados sofismas, bastarianos presentarles el ejemplo de Sebastian, suficiente por sí solo para reducir á silencio sus maldicientes lenguas. Antes bien, porque era cristiano, y en el cristianismo se halla el gérmen de todas las virtudes cívicas y religiosas que forman el hombre probo, el buen ciudadano, el patricio honrado, el digno magistrado, el soldado fiel, por eso supo nuestro héroe llenar tan cumplidamente sus deberes, servir los intereses de su príncipe con tanta abnegacion, y merecer bien del pais en el desempeño de los cargos que le confiára, no obstante distar tanto su fé, sus convicciones y sus principios religiosos de lo que Roma pagana venia creyendo y sancionando en este punto. Su gran mérito consiste en haber sabido conservar intacto el depósito de sus creencias como discípulo de Jesucristo, sin menoscabo de sus deberes como vasallo de Diocleciano, y defenderlas y promoverlas á través de tantos obstáculos como se oponian á su mision de apóstol de la verdad, sin faltar á pesar de todo á los compromisos contraidos como soldado del imperio.

En efecto, M. A. O.; con igual denuedo que Sebastian esgrimiera el acero en los campos de Marte cuando la patria le llamaba á la pelea, maneja la espada espiritual de la divina palabra en defensa del catolicismo, do quiera que los inviolables derechos de éste reclaman su generosa cooperacion. Allí está siempre dispuesto á desbaratar los robustos baluartes del error y á desconcertar los planes de la idolatría apoyados por la crueldad de un príncipe tiránico, y por la violencia de una legislacion opresora. Dificil es y altamente comprometida la mision de ese militar apologista; graves son los peligros que le rodean, y mucho lo que arriesga en tan singular combate. ¿Mas qué importa? ¿Habrán de prevalecer en su ánimo generoso los intereses mezquinos de una posicion honrosa, á los grandes intereses de aquella religion á que mira ligados sus destinos mas allá del tiempo y su eterno porvenir? ¿Acaso por no desmerecer la gracia y el favor de un monarca terreno, dejará sin

proteccion ni defensa la fé de los que luchan bajo las enseñas del rey del Calvario? ¿Quizás por conservar una existencia deleznable de algunos dias verá impasible sucumbir bajo los redoblados golpes de la persecucion los últimos restos de una fé vacilante y moribunda? ¡Ah! No es posible esto, no cabe tamaña cobardía en un corazon tan magnánimo como el de Sebastian. Sus convicciones son harto profundas para que pueda sacrificarlas al temor. Bajo el traje militar oculta el celo de un Pablo; como él desafía todas las situaciones difíciles, insulta los peligros, se hace superior á todas las eventualidades. En proporcion que encrudece la guerra contra el cristianismo, redobla él sus esfuerzos para contribuir en cuanto le es dado al sostenimiento del culto perseguido. Y cuando el despotismo desencadenándose furioso, promulga edictos, fulmina decretos de muerte, arrastra á los fieles al circo, levanta en todas partes cadalsos, y todo lo inunda en sangre inocente, Sebastian corre á llevar sus auxilios á sus hermanos, penetra en las cárceles, introdúcese en los calabozos, preséntase en los tribunales, acompaña á las víctimas hasta el suplicio; y aquí exhorta á estos á la constancia, allí recomienda á aquellos el valor, ora alienta al que vé titubear en su fé, ora prodiga todo género de consuelos y esperanzas á las familias de los invictos confesores de Cristo, y donde quiera presta los mas útiles servicios á la causa del catolicismo perseguido.

Jamás olvidará éste el heróico valor y el celo sin segundo con que se consagró Sebastian á sostener la fé vacilante de los dos santos hermanos Marco y Marceliano, próximos á abjurar sus creencias, vencidos por las lágrimas de unos padres afligidos y por la mal entendida ternura de unas esposas desacordadas. Poco faltára para que aquellos dos ilustres caballeros, que ya en presencia del vicario de Roma Cromacio hicieran la mas solemne declaracion de sus principios, perdieran en un instante el fruto de su constancia, en el momento mismo de ir á consumir su carrera con un glorioso martirio. En la cruel lucha trabada entre sus convicciones y los fuertes lazos que les unian á una familia querida, faltábanles las fuerzas para resistir á los porfiados asaltos de los autores de sus dias que les recuerdan los sacrificios hechos por su educacion, y de las compañeras

de su existencia que mostrándoles los tiernos frutos de un casto himeneo les representan su inconsolable viudez, y la horfandad terrible de aquellas desgraciadas criaturas. Cuanto en el amor hay de mas patético y elocuente, cuanto tiene de mas persuasivo é irresistible la seducción, cuanto con mas violencia puede obrar en unos corazones sensibles, empléase por espacio de treinta dias que se dilata la ejecucion de los esforzados atletas, para hacerles desistir de su propósito. Pocas veces sufrió un combate mas encarnizado la fé de un cristiano, nunca quizás se vió mas comprometida la constancia de un héroe. Ya la duda, la vacilacion, la flaqueza comienzan á manifestarse visiblemente en Marco y Marceliano; ya impotentes para sostener tan rudos golpes empiezan á deliberar sobre lo que deben hacer en trance tan apurado; ya está á punto de triunfar el amor carnal del amor divino, y solo faltaba pronunciar una palabra para ver marchitos en sus manos los laureles que conquistáran á precio de noble y generoso valor; cuando hé aquí que Sebastian corriendo en auxilio de aquellos ilustres confesores, preséntase á ellos, les habla con un fuego y una energia propios de quien tiene su alma abrasada en las llamas de la caridad mas sublime; exhórtales á sostener intrépidos la fé que han confesado; conjúrales que miren por su honor como caballeros y por su deber como discípulos de Cristo; opone á las ideas de la ternura y del amor natural, los sublimes principios de una religion cuya base fundamental es amar á Dios con preferencia á los mas caros objetos de este mundo; discurre con una elocuencia irresistible sobre las recompensas celestiales que están reservadas al que como bueno y leal sabe luchar en defensa de sus creencias; preséntales la maravillosa perspectiva de la inmortalidad; pintaes con los mas vivos coloridos la bienandanza suprema; y «¿qué vale, les dice, la existencia de un dia comparada con una vida que no tiene fin? ¿Habreis de renunciar á una gloria interminable y á un triunfo que sobrevive á la eternidad misma, por no desprenderos de lo que acaso mañana os arrebatará inclemente la sañuda mano de la muerte? ¿Quereis perder para siempre la posesion de una belleza infinita, de un tesoro inmenso, y de una felicidad perdurable, por conservar aquí lo que mas tarde ó mas temprano debe desapa-

recer de vuestra vista? ¿Dónde está vuestra religion? ¿Qué se hizo de vuestro antiguo heroismo? ¿Cómo habeis podido olvidar en un momento vuestras recientes promesas? No, no lo hareis por vida vuestra; mirad, mas allá del combate está el descanso; despues de la lucha se os reservan coronas de eterno verdor; tras un momento de pena y de dolor existe un gozo indefinible y una delicia que lengua humana es incapaz de esplicar; los sufrimientos no duran mas que leves instantes, y las recompensas nunca acaban; breves serán las horas de la pelea, y concluidas se abrirá para vosotros la inmensidad del placer y de la dicha.» Asi habla Sebastian, y sus palabras obtienen la mas prodigiosa victoria. No solamente los dos confesores de Cristo reanimando su antiguo valor corren intrépidos al martirio, sino que tras sus huellas vuelan Nicostrato y su esposa, convertidos instantáneamente á la fé, la familia de Marco y Marceliano hacen otro tanto, y hasta el mismo prefecto de Roma seguido de un considerable número de esclavos, aumenta los trofeos del Crucificado arrancados al paganismo por el esforzado campeon Sebastian.

Véd ahí católicos el nuevo Pablo que con razon pudo gloriarse de haber evidenciado en su persona la verdad eterna de Cristo, puesto que conservándola intacta en medio de tantos elementos de oposicion y promoviendo con ardor sus inatacables principios, fué su apología viviente: *Est veritas Christi in me*. Sólo le restaba combatir y morir por ella con heróica constancia, para consumir asi su triunfo y añadir una nueva perla á la diadema inmortal de esa reina del mundo. *Hæc gloriatio non infringetur in me*. Hed aquí el asunto de mi

SEGUNDA REFLEXION.

Grandes servicios prestára Sebastian á la causa de la religion. Contábanse á centenares las víctimas que arrebatára á la idolatría; la cruz triunfante en medio de las águilas romanas ostentaba gloriosos trofeos; y en el seno de aquella ciudad enemiga del culto cristiano mirábasele como el campeon decidido de los combates del

Dios de Sabaoth. Tan honrosos precedentes no podian menos de denunciarle ante la córte de Diocleciano como el enemigo mas temible de los destinos religiosos del grande imperio, y en el esterminio de aquel soldado-apóstol mirábase interesada la causa del paganismo. No pocas veces amigos fieles y desinteresados previendo las consecuencias de su arrojo, aconsejéronle que se ocultase para evitar una venganza que miraban como próxima. Con todo género de instancias le habian exhortado á huir de un suelo que abria á sus piés formidables abismos. Mas él lejos de temer las iras imperiales no vacila en provocarlas arrastrado por su vehemente deseo del martirio, desde el momento en que la voz del deber le llama á dar cuenta de sus creencias ante los públicos tribunales. A ellos es citado, en efecto, y acusado como supersticioso, impío y profanador, sobre ingrato y desleal á los beneficios del César. Hácensele severos cargos de haber conspirado contra su príncipe y contra su pátria, de haber fomentado la rebelion, y promovido la desobediencia á las leyes del poder.

Notad, señores, aunque de paso, cuán antiguo es en el mundo ese artificio con que intenta justificar el error su violencia y su tirania, cuando no encuentra motivos justos en que apoyar sus fallos arbitrarios contra la verdad. Donde quiera que esta no ha contemporizado con las exigencias injustas de un poder que se estralimita del círculo de sus atribuciones; siempre que los depositarios del dogma se han resistido á fraternizar con las doctrinas de los novadores que se han ingerido en el vedado campo de la revelacion; en cuantas ocasiones la voz autorizada de los destinados por Dios para apacentar el rebaño fiel se ha levantado para protestar contra las invasiones de los que sin mision ninguna legítima han pretendido disputar á aquellos sus derechos, otras tantas veces se ha visto fulminarse contra ellos una acusacion calumniosa y sangrienta, presentándoles á la faz de los pueblos como discolos perturbadores, inobedientes á la autoridad, enemigos del orden, con otras mil voces tan gastadas ya como inconvenientes. ¡Como si bastase esto á hacer traidores á sus compromisos á los que tienen la conciencia de su justicia y el convencimiento de su deber!

No, no bastaron para enervar el ánimo de Sebastian, ni para amenguar en lo mas leve su incontrastable heroismo. Con libertad cristiana representa al príncipe lo que de él exigen su deber como discípulo de Jesucristo y sus compromisos como súbdito de un monarca. Ni á aquel ni á estos, dice, he faltado jamás. Cuando la voz de mi pátria ha necesitado de mis servicios, he sido el primero en sacrificarme por ella como leal y como valiente. Mi fidelidad en el servicio del emperador es bien notoria para que pueda ponerse en duda. Nadie podrá decir que Sebastian ha faltado jamás á su puesto en los dias del peligro: do quiera que los intereses del imperio se han visto amenazados, allí estuvo combatiendo en su defensa y pronto á derramar la última gota de una sangre siempre pura y sin tacha. Mas ahora que los intereses mas caros aún de mi Dios exigen mi cooperacion y me llaman á la lid, héme aquí dispuesto á sostenerlos sin el menor temor. Mi vida pertenece á quien me la dió, suyos son mi corazon y mis miembros; arrostraré por él todos los peligros, y nada será capaz de hacerme cejar un ápice. Tan intrépido como me mostré un dia bajo las enseñas del imperio para vindicar el honor de las armas romanas y velar por su tranquilidad, me encontrareis ahora bajo los estandartes de Cristo confesando sus dogmas y sosteniendo su Evangelio.

Los hechos corresponden perfectamente á las palabras. Sentenciado Sebastian á ser asaeteado, recibe en su heróico pecho los envenenados dardos que sobre él arrojan los ejecutores de las órdenes del César. Ni la mas leve señal de flaqueza se nota en su semblante, ni un solo quejido sale de sus labios. Abrasado en el amor de su Dios parece insensible al dolor, y los tormentos no hacen sino vigorizar mas en él sus convicciones profundas; tanto que hasta los mismos verdugos reconocen en aquella constancia sobrehumana un principio superior que se burla de todos los esfuerzos de la venganza é inutiliza sus planes. Pero todavía le reservaba el cielo mayores triunfos. En vano creia el paganismo haber consumado su obra, dejando exánime al invieto confesor de la fé. No, Roma soberbia, no ha muerto Sebastian; aun respira ese hombre que tanto temes, y poco tardarás en verle de nuevo en la arena luchando contra

tus errores y confundiendo tu impotencia. El cielo quiere que sobreviva á ese primer combate, para que hacinando nuevos laureles acrecienta tu derrota y tu ignominia. Viérais, M. A. O., el sublime cuadro que la religion presentára en aquellos momentos en la persona del ilustre mártir oponiéndose á las instancias de sus hermanos que le conjuraban á evitar nuevos encuentros con la idolatría. Ellos lloran, y él lleno de gozo se prepara á la lid; ellos temen por su vida, y él nada ansía tanto como sacrificarla ante las aras de la fé; ellos le abrazan y le detienen para que no salga de la casa donde le han ocultado para curar sus heridas, y él apenas convalecido quiere volar á recibir otras nuevas por amor de Jesucristo. Arráncase de sus brazos sin atender á sus plegarias ni hacer caso de su llanto, y cual si el tiempo fuese tardo y perezoso, no espera ser llamado sino que espontáneamente vá él mismo á delatarse ante el emperador: «Aquí me tienes de nuevo, le dice; yo soy aquel Sebastian á quien mandaste asaetear, y cuya vida se dignó conservar milagrosamente el Dios por quien combato, para que en sus obras reconozcas su infinito poderío y no te obstines en perseguir á la inocencia y en verter la sangre cristiana.»

¡Heroismo sin igual! Asi se atreve á provocar las iras de Diocleciano quien sin mengua de su honra hubiera podido evitarlas una vez que ya con valor tan intrépido habia dado testimonio de su fé. Mas como no es su propia gloria la que busca, sino la de Jesucristo, aspira á completar el triunfo de la religion cuya defensa se ha propuesto, y lo consigue de la manera mas brillante en la sangrienta arena del circo. Allí es conducido en medio de una inmensa turba de espectadores ávidos de contemplar aquel repugnante espectáculo. Allí la mano robusta y vigorosa de los verdugos descarga sobre el invicto confesor fieros y redoblados golpes. Allí corre á torrentes su sangre generosa; allí lanza su último suspiro pronunciando el nombre de Jesus; los ángeles recojen su alma, y vuelan á presentarla en holocausto sobre las aras del Cordero immaculado; el cielo entona un himno de victoria; y la tierra respondiendo á los ecos de aquella mansion bienaventurada, los repite á través de los siglos, reconociendo en Sebastian un héroe en quien estuvo personificada la veracidad

de la doctrina de Jesucristo que supo confesar, defender y fomentar con ardiente celo, y la divinidad de una religion por la que combatió hasta morir con inquebrantable constancia, pudiendo decir como el apóstol: *Est veritas Christi in me... hæc gloriatio non infringetur in me.*

Descansa pacífico, oh mártir invencible, á la sombra de los laureles que conquistó tu admirable heroismo. Disfruta en buenhora de esa bienandanza que supiste merecer por fruto de tus combates. La fé que con tanto celo defendiste, la religion por cuya causa hiciste tan importantes sacrificios, la verdad cuyos derechos antepusiste á todo cuanto habia para tí de mas caro en la tierra, nunca olvidarán tus servicios. La historia perpetuará tu nombre entre los de los héroes, y donde quiera te consagrará brillantes páginas. La piedad católica te levantará altares é invocará tu intercesion para con el rey de las eternidades. Recompensa tú estas demostraciones de nuestro justo entusiasmo dispensándonos desde el cielo la proteccion que necesitamos los que todavía luchamos en la tierra. Vela por esos mismos objetos que escitaron tu ardiente celo mientras viviste en el mundo; comunicanos tu espíritu para imitar tu constancia. ¡Y plegue al Señor, que siendo como tú una apología viviente de esa doctrina que nos gloriamos de profesar, merezcamos un dia compartir tus triunfos, ceñir tus laureles, y disfrutar de tu eterna felicidad!

SERMON PANEGÍRICO

PARA EL DIA DE SAN FRANCISCO DE SALES.

Statuit ei testamentum æternum, et dedit illi sacerdotium gentis, et beatificavit eum in gloria.

El Señor asentó con él un pacto eterno, dióle el sacerdocio de su nación, y colmó de gloria sus trabajos.

ECCI. XLV. 8.

EN la sapientísima economía de la Divina Providencia con relacion á la humanidad, es de admirar la diversidad de medios y formas que adopta para comunicar á los mortales los efectos maravillosos de su amor y benevolencia. Y si licito nos es emplear aquí una locucion propia del grande Apóstol de las naciones, no vacilaremos en asegurar que la gracia de Dios, origen fontal de todo bien, hácese toda para todos, segun la diferencia de aptitud, de carácter y de condiciones domésticas y sociales de aquellos sobre quienes recae. Otro tanto puede decirse de la caridad con la que el hombre responde á las necesidades y á los interiores llamamientos de aquella. Así que nunca será posible confundir la caridad fogosa é intrépida de Pablo con la caridad tierna é insinuante característica del discípulo de la predileccion, al modo que siempre se hallará una diferencia notabilísima entre el celo ardoroso de un Borromeo, semejante al desencadenado torrente que salva todos los obstáculos y arrastra en pos de sí todas las dificultades, y el carácter dulce, amable y expansivo de un Francisco de Sales, en quien parece quiso el cielo personificar cuanto hay de mas bello en la mansedumbre evangélica, cuanto tiene de mas simpático y arrebatador la mision del sacerdocio católico.

Tal es efectivamente el especial distintivo del ilustre prelado de Ginebra que hoy venimos á festejar en este santo templo. No todos han apreciado del mismo modo el carácter de ese gran génio suscitado por Dios en los dias del mayor luto para la Iglesia, á fin de renovar en ella los prodigios de su poder y de su amor: sin embargo, todos convienen unánimes en designar como el sello privativo que marca todas las fases de su portentosa vida, aquella suavísima uncion de la gracia que pareció encarnarse en la persona de Francisco de Sales, imprimiendo en sus palabras, escritos y acciones un espíritu de atraccion, de fuerza y de fecundidad que rara vez se ven reunidas en un solo sugeto. Y ved lo que le constituye bajo todos conceptos el gran sacerdote de la nueva ley, el tipo del apostolado católico, el modelo de los pastores del rebaño de Jesucristo; pudiéndose decir de él con no menos propiedad que del ilustre hermano de Moisés, segun se halla consignado en los divinos libros, que el Señor hizo con él una alianza eterna, le confirió el sacerdocio de su nacion y colmó de gloria sus fatigas: *Statuit ei testamentum æternum, et dedit illi sacerdotium gentis, et beatificavit eum in gloria.*

Nunca como en la época á que nos referimos reclamaba la Esposa del Cordero sin mancha un génio á propósito para curar las hondas heridas que venia recibiendo de las manos de sus enemigos. Medio siglo hacia que unos hombres de triste celebridad en los fastos de la historia, enarbolando el pendon de la mas funesta heregia, abrieran al mundo el camino de todas las monstruosidades y aberraciones que puede engendrar la humana inteligencia. La Iglesia espuesta á los envenenados dardos de la sátira y de la calumnia; el Estado desquiciándose lentamente merced al desórden introducido en todas las clases sociales por las doctrinas disolventes y anárquicas de los novadores; los deberes mas sagrados desconocidos, á la par que se hollaban los legítimos derechos del poder espiritual; la fé vacilante, las costumbres adulteradas, la moral reducida á problemas, la verdad sumergida en un océano de dudas é incertidumbres; y como forzosa consecuencia de tales precedentes, la sedicion, las luchas intestinas, los ódios de familia, las escisiones de los partidos, el encarnizamiento de las facciones, el desbordamiento del vicio, el

imperio de las pasiones, la ley de la fuerza, la tiranía del despotismo, la sangre, los cadalsos, las ruinas... tal era el cuadro que Europa presentaba, y en especial aquellas comarcas en que brotaron los primeros gérmenes del protestantismo sembrados por Lutero y Calvino. Y en ese terreno estaba llamado á desplegar Francisco de Sales los prodigios de su celo, las bellezas de su caridad apostólica, los tesoros de unción que el cielo derramara en su alma para comunicarla á sus palabras y acciones, y conquistar con ella las inteligencias extraviadas y los corazones corrompidos. ¡Mision sublime al par que difícil! Veamos pues cómo la llenó nuestro héroe. «Su fiel correspondencia al divino llamamiento, ó sea al pacto que con él hizo el cielo; el celo infatigable con que desempeñó las funciones de gran sacerdote, y la gloria con que Dios recompensó sus tareas, son los tres puntos que van á demostrar mi idea, representándonos á Francisco de Sales como el tipo del sacerdocio en la familia, en la Iglesia y en la sociedad.»

Vos, oh Espíritu Divino, que inundaste el corazón de nuestro insigne prelado, haciéndole como una fuente perenne de unción y de gracia, que corriendo en abundancia por una tierra infecunda la hizo brotar los mas preciosos frutos de vida eterna, dignaos comunicar á mis labios esa misma unción que prodigios tantos obró en los de Francisco de Sales, para que pueda dignamente encomiar sus virtudes y preconizar sus glorias, etc.

AVE MARÍA.

REFLEXION UNICA.

El P. San Juan Crisóstomo hablando con la inimitable elocuencia que caracteriza todos sus escritos, ha dejado consignado un gran rasgo de su ingenio cuando dijo: «Cada casa es un templo consagrado á la divinidad, y cada hogar un altar dedicado al culto doméstico.» Hed ahí el místico santuario en que Francisco de Sales comenzó á ejercer desde bien temprano el sacerdocio de la familia.

Ya desde el seno materno fuera consagrado al servicio del Señor de una manera especialísima. En la iglesia de Chambery, y puesta de hinojos ante el venerable sudario que conserva impresa la semblanza del Salvador, fué donde la condesa de Sales hallándose en cinta hizo aquella fervorosa plegaria: «Señor, vos me habeis concedido la gloria de la maternidad; aceptad la ofrenda que os presento del fruto que llevo en mi seno. Empero esterilizad os ruego mi fecundidad, y no permitais salga á luz el hijo de mis entrañas, si la vida que debo darle segun la naturaleza, no ha de ir siempre acompañada de la vida aun mas preciosa de la gracia.» Tan nobles y sublimes eran los sentimientos de aquel corazon altamente cristiano. Razon y no poca tuvo el pequeñuelo Francisco para decir la primera vez que sus tiernos labios pudieron articular algunas expresiones: «¡Cuánto me aman mi Dios y mi madre!» Tales fueron las palabras con que ese hijo de bendicion inauguró su entrada en el mundo y, digámoslo, su sacerdocio doméstico. ¡Palabras dignas del que estaba llamado á ser el sacerdote, el apóstol, el tipo de la unción y de la caridad del catolicismo! Asi es que cuando los demás de su edad apenas poseen el culto de la familia, él posee ya el culto de esa adorable providencia que en su tierna solicitud imita los desvelos de una madre cariñosa y amante. De la suya aprende el tierno infante á dirigir sus pasos á la choza del pobre, á compartir con el desvalido su pan cotidiano, á condolerse de las ajenas miserias, á hacer suyas las necesidades y privaciones de sus semejantes; porque la condesa de Sales complaciase en redoblar el mérito de sus larguezas, distribuyéndolas por la mano de la inocencia. En su compañía iba Francisco al templo parroquial, asistia á los divinos oficios, y aspiraba ese espíritu que es la savia fecunda del árbol católico, nutriéndose de sus frutos para despues poder comunicarlos á los demás llegado el tiempo de emprender la mision que le estaba reservada. No es de estrañar la piedad precoz de un niño en cuya familia venia siendo hereditaria la religion: empero, ¿sabrà conservar intacta su inocencia, y los sublimes principios que con la leche mamó, separado del lado de aquella que siempre fué su ángel custodio, su génio tutelar, su Rafael, su conductor, su apóstol? No

temais, M. A. O., que la ausencia de la condesa infiera la mas leve herida á un corazon que lleva impresas como un eficaz preservativo contra las corrompidas máximas del siglo las prudentes y sabias lecciones de una madre tan virtuosa. Ellas le harán fuerte para resistir á la seduccion del ejemplo ; ellas le recordarán siempre su deber ; y en medio de la tempestuosa marejada de la pasiones, se servirá de ellas para sacar á salvo la frágil barquilla de su alma. Mas de una vez se halló esta espuesta á varar en los escollos que le presentó el mundo ; en mas de una ocasion hubo de luchar á brazo partido con las terribles oleadas del vicio que amenazaban sepultarle en sus abismos ; pero en todas ellas salió victorioso, merced á los recuerdos inolvidables de aquella madre querida que al arrancarse de sus brazos, le dijera inundada en llanto : «¡Mucho te amo, hijo mio, bien lo sabes : mas si algun dia debiera llegar á mis oidos que habias incurrido en un solo pecado mortal, mil veces preferiré á esto recibir la infausta nueva de tu muerte ! Y cuando funestos compañeros por arrastrar á Francisco en su propia ruina, llegaron al extremo de servirse en su daño de algunas de esas viles criaturas que parecen haber recibido de Satanás la mision de perder una juventud inesperta ; ¿en dónde sino en las enseñanzas y consejos maternales encontró armas poderosas para resistir á tan temibles lazos ? Y cuando Dios mismo queriendo probar la virtud del jóven escolar, rodeó su inteligencia de las mas espesas tinieblas, sumiéndole en un abismo de dudas que tocaba muy cerca al estado de desesperacion, estado violentisimo en que permaneció muchos meses sin atreverse á manifestar la honda llaga que devoraba su pecho al sabio y celoso director que era para él como el suplente de la ternura maternal ; ¿á quién recurre ? ¿á quién se confia ? ¡Ah ! Entonces ya que no le es dado descubrir su pecho á aquella madre querida que en mejores dias fuera su norte y su estrella bonancible, recurre á su segunda madre, póstrase ante las aras de la Santísima Virgen , á quien ya antes consagrara perpétuamente su pureza, y allí pronuncia esta sublime plegaria : «Señora, reina, madre, si para siempre debo perderme , os pido que al menos me concedais la gracia de amar á Dios siquiera mientras viva ; para que llegado el tiempo de mi des-

graciada eternidad, cuando ya no podré amar, lleve el consuelo de haber hecho todo lo posible por cumplir durante mi destierro ese primer deber de mi religion.» ¡Pensamiento generoso! ¡Idea digna del hombre destinado á personificar en sí la unción, la dulzura, la caridad, los encantos todos de la doctrina evangélica, y á ser el tipo del sacerdocio en sus diferentes acepciones!

Ya bajo la direccion de los mas hábiles profesores de Paris iniciárase Francisco en las ciencias humanas; ya su clara inteligencia enriqueciérase con un gran caudal de conocimientos, dedicándose al estudio de la elocuencia, de la filosofia, de las lenguas sabias; ya en Pádua se habia formado un consumado jurisconsulto oyendo las lecciones de los célebres Pancirolo y Possevino, hasta el punto de merecer los mas entusiastas elogios de aquella famosa universidad por el órgano de su primer oráculo, quien en un público discurso, le propuso por modelo á todos sus oyentes, anunciando con una entonacion profética que estaba llamado á ser la honra de su familia, de su patria y de la Iglesia; ya por orden de su padre recorriera las principales ciudades de Italia para perfeccionarse en las bellas artes, y completar su educacion con el estudio de los preciosos monumentos del génio que atesora aquel pais privilegiado; ya postrado sobre el sepulcro de los apóstoles habia bebido un nuevo ardor por la fé que estos predicáran, habia suspirado en las catacumbas por regar como ellos con su sangre el polvo de la ciudad eterna, deseando continuar la mision augusta de aquellos que transformaron la ciudad de Rómulo y de César en la ciudad de San Pedro y de Leon X; ya, en fin, en su peregrinacion á la Santa Casa de Loreto, habia llorado de enternecimiento y de gozo ante los vetustos restos de la morada de la Virgen de Nazareth, cuando atravesando los Alpes tornó al hogar paterno á consumir el sacerdocio doméstico cuyas funciones llenára hasta entonces con un celo y un fervor admirables. No me detendré á pintaros el regocijo de aquella ilustre familia. ¡Qué transformacion tan sorprendente se habia operado en ella! No era ya Francisco aquel adolescente de once años cuya cabellera cayera un dia bajo la tijera del santo prelado conducido providencialmente al castillo de Sales; es un hombre formado de

veinte y cinco años, un sabio, un génio de grandes esperanzas á quien sonrie un brillante porvenir. El duque de Saboya le ha honrado con el nombramiento de Senador, y su familia le tiene preparado un establecimiento digno de su rango. Mas ¡ay! que las aspiraciones de Francisco y sus solemnes compromisos distan mucho de las ideas que sobre él han concebido los autores de sus dias. Él ha consagrado su sér al servicio del Señor; ha empeñado ante los altares su palabra de renunciar al siglo y á sus esperanzas; ha jurado inscribirse en la sagrada milicia de Jesucristo, y nada será bastante á hacerle desistir de su propósito. Inútilmente se niega el padre á condescender con unos deseos que desconciertan de un golpe todas sus bellas ilusiones; en vano se enfurece y le apostrofa ágríamente por haber burlado sus designios; por demás es que le condene con su eterno enojo si no se plega á sus exigencias. No es posible: entre Dios y el hombre no hay eleccion dudosa. Francisco se arroja á los piés de su padre, riégalos con sus lágrimas, le ruega, le insta; y si bien de aquel corazon duro nada consigue, por último la ternura de su piadosa madre logra triunfar de tan tenaz resistencia, y obtiene el consentimiento apetecido. De este modo consumó nuestro Santo su mision doméstica, correspondiendo fielmente al llamamiento de Dios y cumpliendo el pacto que con él hiciera; *Statuit ei testamentum aeternum*. Le hemos admirado, pues, como el tipo del sacerdocio en el seno de la familia, contemplémosle ahora como el modelo de ese mismo sacerdocio en la Iglesia de Jesucristo.

No bien Francisco acaba de recibir la uncion sacerdotal, cuando se encuentra honrado por su prelado con la mision mas delicada y difícil que puede imaginarse. Desde luego habreis comprendido que aludo á sus trabajos apostólicos en aquellos desgraciados paises de Gex, de Faucigny y del Chablais, en los que la heregía de Calvino habia reemplazado á la religion católica. ¡Pasmosa empresa! Trátase nada menos que de recorrer inmensas comarcas en donde solo existen montones de ruinas, escombros hacinados de monasterios derruidos, de templos asolados, de altares demolidos bajo la hacha revolucionaria; en donde aun humea la sangre de los minis-

tros de Dios cruelmente degollados, y las huellas de la profanacion mas espantosa que ha hecho desaparecer la cruz del Salvador y hasta los últimos vestigios del culto cristiano. A aquella tierra de desolacion donde no existe apenas un solo católico, es enviado Francisco como el génio de la paz, como el ángel mensajero de la verdad menospreciada y proscrita, como el apóstol de una regeneracion harto difícil por no decir imposible, pues que nada lo es para aquel que tiene en sus manos el porvenir del mundo. Allá marcha como una oveja en medio de carnivoros lobos, sin mas defensa que la cruz, sin otro apoyo que el báculo del caminante, y sin mas prevenciones que el breviario del misionero. Inútilmente se le ofrecen tropas que le custodien, en vano se pone á su disposicion fuerza armada para prestar auxilio á su ministerio. ¡Pues qué! ¿Es acaso un conquistador terreno que aspira á imponer su yugo á naciones enemigas? ¿Se trata por ventura de una empresa puramente politica ó de una cuestion de territorio que es preciso ganar á precio de sangre humana? No, la Iglesia no conoce esos elementos; la verdad no necesita de otras armas que la persuasion y el convencimiento. Con ellas peleará el nuevo apóstol; con ellas se abrirá paso hasta las puertas de la orgullosa Ginebra, cuna y arsenal formidable de todas las sectas; con ellas avanzará hasta las fronteras del imperio del error; y cayendo de hinojos sobre aquella tierra malaventurada, la regará con su llanto invocando en favor de ella los auxilios del Dios de sus padres; con ellas penetrará en Thonon, capital de las provincias que va á evangelizar, y se anunciará desde luego ministro de una religion que solo encuentra allí ódios, antipatías y venganza.

Aquí, señores, la pintura podria hallar motivos para un cuadro encantador. La fortaleza de los Allinges parece desplomarse sobre aquellas comarcas desde una altura considerable. ¡Cuántos pueblos, qué de aldeas, cuán numerosas ciudades se ven como sembradas en la vasta superficie de aquellas llanuras! Y sin embargo, difícilmente se contarían cien católicos en tan estenso territorio. ¡Qué amargura para el corazon de Francisco! ¡Con qué ardor invoca el auxilio del que velaba un dia sobre las tiendas de Israel! ¡Con qué energia re-

anima el valor harto abatido de su digno pariente Luis de Sales que le acompaña en aquella espinosa mision, cuya intrepidez comienza á desfallecer en vista de los inmensos obstáculos que se presentan á la ejecucion de sus planes! «Vamos, le dice, volemós al combate, la gracia del Señor no nos abandonará en la lid.» Y diciendo marcha delante de él como un caudillo generoso á medir sus fuerzas con las de la herejía. Pero desde sus primeros pasos nada vé en torno suyo sino la soledad, el aislamiento, las ruinas de la religion, y los tristes trofeos que el cisma ha dejado donde quiera en su sangrienta marcha. Todas las puertas se cierran para él, se le niega hasta un pedazo de pan para satisfacer su hambre, no hay quien le ofrezca un vaso de agua con que refrescar sus adustas fauces. Quiere hablar, y nadie se digna escucharle; dirigese á los pocos católicos que encierra Thonon, va á buscar al labriego en sus faenas, al pastor en el campo, al menestral en su taller, y todos llenos de horror huyen de su presencia. A las palabras de paz con que saluda á los transeuntes, se le responde con desaforados gritos, con sensibles injurias y con horribles amenazas. Jamás se presentó el error en una actitud mas hostil, nunca la herejía mostró una oposicion tan ruda y temible; mas no por eso se desalienta el intrépido apóstol. Persuadido de que por medio de la uncion de la vida es preciso insinuarse en los corazones en quienes no puede penetrar la uncion de la palabra, como él mismo lo dejó consignado en sus admirables escritos, adopta este sistema, y como otro Pablo hácese todo para todos y para cada uno de los que aspira á ganar á Jesucristo. A trueque de conquistar un alma, no vacilará en predicar un sermón á una sola persona. Por prestar sus servicios á un desgraciado, no titubeará en permanecer casi toda una noche en medio del campo cubierto de nieve, aterido y espuesto á perecer de frio. Para socorrer la indigencia de los mismos que le insultan y persiguen, agotará todo su patrimonio y sus recursos particulares, despojándose hasta de sus vestidos, á fin de vencer el mal con el bien. No basta esto; convencido de la necesidad que tiene su propio corazón de abrevarse con frecuencia en las fuentes perennes de la gracia, para poder distribuir dignamente las aguas vivas de la verdad evangélica, irá á adorar al Señor con

inminente riesgo de su vida. ¡Oh! Aquí, señores, recuerdo la página quizás mas brillante de la historia de Francisco de Sales. Cuando yo le contemplo penetrando á través de dificultades inmensas por ir á orar ante una imagen del Crucificado estrechándola tiernamente entre sus brazos, é implorando la gracia del que consuela todas las aflicciones del hombre; cuando le veo pasar noches enteras encaramado en un árbol oyendo los rugidos de las fieras que le amenazan con una muerte inevitable, vagar á la ventura desorientado en los bosques, refugiarse entre las ruinas de algun edificio aislado esperando la luz del dia, atravesar diariamente por espacio de tres meses un caudaloso torrente por cima de un madero que ha reemplazado al puente que arrastrará el huracan, y todo ello por no abandonar en su obstinacion á aquellas almas desgraciadas que se ha propuesto convertir, no hallo espresiones para encarecer tanto celo y tan extraordinario heroismo. ¡Y si al menos hubieran sido fecundos sus trabajos! Mas ¡ay! que á pesar de tan costosos sacrificios, todavia no ha conseguido ningun triunfo ostensible sobre el error. Cuanto mayores son los esfuerzos del intrépido apóstol, mas crece el endurecimiento de aquellos herejes: y cuando él no duda en inmolarse por ellos consagrándoles toda su vida de pensamiento y de accion, ellos solo meditan contra su bienhechor proyectos de muerte. ¡Cuántas veces apelan al envenenamiento para deshacerse de tan importuno huésped! ¡Cuántas apostan viles asesinos que le acechen para poner término á una vida que les es odiosa! ¡Cuántas...! Pero Dios que le reserva para llenar sus designios providenciales, cúbrele con su égida y le salva en los momentos de mayor peligro. Fortalecido con el pan eucarístico que logra al fin recibir, no sin vencer inmensas dificultades, vuelve á presentarse en la arena: y cuando el gobernador de los Allinges le ofrece algunos soldados para proteger su vida contra las asechanzas de sus encarnizados émulos, responde con S. Cipriano: «Nunca está solo quien tiene á Dios por compañero.» Confiado efectivamente en su asistencia, emprende de nuevo sus tareas, llama con reiterados gemidos cual amante paloma al corazon de los infelices habitantes del Chablais, logra grangearse por medio de un acto de heróica caridad, el afecto y la estimacion de dos gentiles hombres

calvinistas á quienes convierte á la verdadera fé; éstos atraen otros amigos suyos á escuchar los discursos de Francisco; y por último al cabo de mucho tiempo de abnegacion y perseverancia logra tener oyentes.

Era llegada la hora del consuelo. El cielo determinára recompensar el celo y los sacrificios de aquella alma generosa; y desde entonces todo marcha segun los deseos de nuestro héroe. Sus palabras ponen en movimiento á todo el consistorio de Chablais; los cimientos del error crujen espantosamente; todo amenaza una modificacion próxima en las creencias de unos pueblos sordos hasta entonces á la voz de la verdad. Sus escritos quedan sin réplica; en sus conferencias hace enmudecer á los campeones del calvinismo; la confusion se introduce en las inteligencias de los falsos pastores de aquel rebaño descarriado; la luz de la religion católica empieza á iluminar á los mas ciegos sectarios. Francisco refuerza sus huestes rodeándose de nuevos cooperadores; el fanatismo herético nada omite por su parte para oponer la mas decidida resistencia, haciendo un llamamiento á las mas innobles pasiones; pero era inútil ya cuanto la calumnia y la venganza meditaban contra Francisco. Los mas admirables frutos de conversion coronan sus apostólicas fatigas. Aquí son seiscientos herejes que á consecuencia de un sermón, abjurán públicamente las doctrinas de Calvino; allí son poblaciones enteras que en vista de la caída de una de las principales columnas del protestantismo, corren presurosas á agruparse bajo el árbol misterioso de la unidad católica; mas allá son ochocientos fieles recién convertidos que en torno de la mesa eucarística entonan el himno de triunfo al Cordero dominador, ellos que poco antes no abrigaban mas que odio en sus corazones y blasfemia en sus labios. ¿Mas cómo seria posible referir todas las conquistas de ese esforzado apóstol? Decir que hasta el mismo Beza, sucesor de Calvino, no pudo escuchar la voz de Francisco sin sentirse conmovido; decir que á los dos años de su entrada en aquellas comarcas infestadas logró ver levantarse en Thonon un templo católico donde se celebraron por primera vez los santos misterios en la noche de Navidad de 1596; decir que otros dos años despues el Sacramento augusto de nuestros altares recorrió

las calles de Thonon bajo arcos de triunfo en medio de un entusiasmo nunca visto y entre las aclamaciones de un pueblo inmenso prosternado y humilde que adoraba lo que hasta entonces habia blasfemado; decir, en fin, que en tan corto espacio y á través de las conjuraciones mas horribles, consiguió recibir la abjuracion solemne de setenta y dos mil herejes, que por su celo tornaron al senõ de la verdadera Iglesia, es la corona mas preciosa y brillante con que puede adornar las sienes de Francisco de Sales. La historia no cuenta en sus anales un ejemplo semejante; nunca la verdad católica recogió por el ministerio de un solo hombre tan abundantes laureles. Solo ese gran génio escogido por Dios para ser el tipo del sacerdocio en su Iglesia, tuvo el gozo y la honra de ver volver una nacion entera á las antiguas creencias de sus mayores. Tú lo viste, oh sin par Francisco, tú tuviste el indefinible placer de contemplar á todo el Chablais, y las vecinas bailias bajo la obediencia del pontifice romano, desaparecer completamente el error, levantarse de nuevo los templos derruidos, resucitar el culto del Dios del Calvario, y dominar esclusivamente la religion católica sobre los informes escombros del calvinismo. Vé, pues, á disfrutar en paz del fruto de tus sudores, vé á descansar tranquilo sobre tus laureles tan justos como merecidos. Mas ¿qué digo? No lo hará asi Francisco; y ya que tan dignamente ha sabido desempeñar las funciones sacerdotales en la familia y en la Iglesia, irá á completar su gloria ejerciendo su sacerdocio regenerador en el seno de la sociedad: *Dedit ei sacerdotium magnum, et beatificavit eum in gloria.*

Pocas palabras podré deciros respecto de esto, pues el tiempo urge, y tampoco necesito de largos discursos para demostrar el último miembro de mi proposicion. Francisco de Sales á despecho de su modestia es elevado á la dignidad episcopal, primero como coadjutor del prelado de Ginebra, y poco despues como sucesor suyo en aquella silla vacante por su fallecimiento. ¿Y cuáles fueron sus ocupaciones en el nuevo cargo que pesó sobre sus hombros? ¿En qué se empleó durante todo el resto de su vida mas que en prestar los mas útiles y preciosos servicios á la sociedad, ya de palabra, ya por escrito, ora valiéndose de su influencia para con los reyes, ora

serviéndose del ascendiente que le daban donde quiera sus altos merecimientos? Si los sumos pontífices le confían los mas árduos negocios, si las córtes le llaman como árbitro de sus diferencias, si como á oráculo le consultan las primeras celebridades del orbe literario, en todas partes sin otro objeto que el de hacer bien conságrase con un celo desinteresado, puro y sublime á fomentar los elementos de paz y de concordia, á crear gérmenes de moralidad y de virtud, á hacer florecer las buenas costumbres, y á procurar que los pueblos juntamente con los beneficios de la religion disfruten de todas las ventajas posibles en el órden social. Tal fué el único punto de mira de ese hombre que hubiera podido figurar en su siglo en los primeros puestos de la gerarquía eclesiástica, y que sin embargo con el mas heróico desprendimiento supo renunciar las dignidades, despreciar las abadías, hollar la púrpura cardenalicia con que en diferentes ocasiones brindáranle Enrique IV y Leon XI, satisfecho únicamente con poder ser útil á sus semejantes dedicándose á su servicio por todos los medios posibles. Este deseo le impulsó á aceptar la mision de mediador en las disensiones suscitadas entre el archiduque y el clero del Franco-Condado, que tan á satisfaccion llenó como un ángel de paz. Guiado del mismo sentimiento, desempeñó la legacion que le confiára la Santa Sede para reformar las abadías de Talloires, Abundancia, Puitdorbe, Santa Calalina, y Six. Pero no es posible reducir á guarismos los eminentes servicios sociales prestados por nuestro héroe. El mundo no los ignora; todos saben que hasta la muerte trabajó sin descanso en llevar á cabo su mision regeneradora, y que do quiera que anunció la divina palabra, en todas partes donde desplegó su ardiente celo, en los campos como en las ciudades, en la choza del pastor como en los palacios del magnate, sus labios llenos de uncion divina, hicieron la religion amable á los soberanos, respetable á los grandes, benefica al pobre, útil al rico, agradable á la virtud, temible al error, y todo esto mas bien con el atractivo de su innata dulzura que con la fuerza de su elocuencia.

¿Y qué diremos de las producciones de su ingenio? ¡Ah! Cuando el Papa Clemente VII asistió á su exámen antes de ser elevado á la dignidad episcopal, asombrado de sus extraordinarios talentos, le

abrazó tiernamente diciéndole estas misteriosas palabras: «Bebe, hijo mio, de las aguas de tu cisterna y de la fuente de tu corazon. Haz que la abundancia de tus aguas se derrame por todas las plazas públicas, para que todos puedan beber y saciar su sed.» Este oráculo de los santos libros lo realizó Francisco en sus inmortales escritos. Nada hay comparable á esa doctrina tan pura, tan dulce, tan insinuante y que tan irresistiblemente cautiva el alma. ¿Quién no ha leído su «*Práctica del amor de Dios*» llamada con razon libro de oro por el sabio Alejandro VII (1)? ¿Quién no ha ojeado su «*Introduccion á la vida devota*,» antorcha brillante y encendida, en frase del citado Pontífice, que lleva la luz y fomenta el fuego de la caridad en todos los miembros de la Iglesia de Jesucristo (2)? Y su *Filotea*, y su *Teótimo*, y cuantos escritos salieron de su inimitable pluma, ¿no son otros tantos dardos penetrantes que atraviesan dulcemente el corazon mas empedernido, y creando en él el convencimiento y la persuasion de las eternas verdades que enseña, le aficionan irresistiblemente á la virtud? El mas que ningun otro ha demostrado la posibilidad de esta en todos los estados y condiciones sociales, ha facilitado su ejercicio, ha simplificado su práctica; y de este modo ha hecho á la sociedad en general servicios tan importantes que nunca sabrá agradecer demasiado; sin contar con ese instituto sublime de la Visitacion de que beneficios tantos viene reportando el mundo, siquiera no se le considere mas que bajo el aspecto de la educacion que en él recibe la porcion mas bella y candorosa de la humanidad. Titulos todos altamente honrosos que personifican en Francisco de Sales el tipo del sacerdocio católico en su triple relacion con la familia, con la Iglesia y con la sociedad: *Statuit ei testamentum æternum, et dedit illi sacerdotium gentis, et beatificavit eum in gloria.*

Gloria, pues, honra y prez á tí, oh insigne sacerdote del Altísimo que tan bien supiste merecer de tu Dios, de tu Iglesia, y de tu patria. El mundo entero preconizará tus grandezas, y donde quiera

(1) In bul. Canonizat.

(2) Ibid.

se pronunciará tu nombre con santo orgullo. La historia ha recogido tus brillantes hechos para consignarlos en páginas de oro, y la religion te decreta laureles inmortales. Entusiastas admiradores de tus heroicos servicios, haz que seamos á la vez imitadores fieles de tus virtudes: para que ya que ahora nos complacemos en celebrar tu memoria tan grata á nuestros corazones, tengamos despues la indefinible dicha de disfrutar de tu misma recompensa en la region de la inmortalidad.

SERMON PANEGÍRICO

PARA EL DÍA DE SAN BLAS, OBISPO Y MARTIR.

Propter veritatem... et justitiam deducet te mirabiliter dextera tua.

Tu diestra te conducirá á obrar cosas maravillosas por el camino de la verdad y de la justicia.

PSALM. XLIV. 5.

Si hay un placer positivo y una gloria verdadera para el catolicismo en medio de las amarguras que le inundan y de las violentas contradicciones de que constantemente es objeto, lo es sin duda y muy grande el recuerdo de aquellos héroes que en mejores días le engalanaron con sus preciosas virtudes y le honraron con sus importantes servicios. A través de esas antipatías inmotivadas que rodean á la religion salvadora del mundo, por entre los ódios que la suscitan las pasiones rencorosas de sus émulos, y á despecho de las calumniosas invectivas con que se intenta desprestigiarla, ella encuentra una compensacion sobreaundante á sus pesares en oponer á los que so pretexto de ilustrar á la humanidad la desmoralizan, aquellos génios celosos que con sus doctrinas se consagraron á hacer á los hombres mejores y mas dichosos; á los que so color de enriquecer á los pueblos los pervierten y oprimen, aquellos séres benéficos que sacrificaron su existencia á derramar en la tierra los gérmenes de la positiva civilizacion; á los que proclamando títulos ilusorios lejos de enaltecer la especie humana escarnecen su dignidad y se gozan en su deshonra, aquellos hombres llenos de fraternal amor que trabajaron por rehabilitar las sociedades envilecidas y hacerlas marchar á sus altos destinos. ¡Contraste admirable! Al lado de ese mundo,

enemigo sistemático de la verdad católica, solo se encuentra el desden mal disimulado hácia lo mismo que afecta defender, el error arruinando lo que levantó la fé de los pasados siglos, el libertinage destruyendo impiamente lo que edificó la piedad de nuestros mayores, el ódio de bandería ó de partido arrastrando por el cieno las mas preciosas glorias monumentales de la tradicion, la codicia sancionando el despojo de los mas inviolables derechos conquistados por la Iglesia, las pasiones en fin mas vergonzosas y repugnantes adoptando el hipócrita antifaz del celo para clamar contra todo cuanto viene respetando la humanidad ilustrada por el Evangelio. Por el contrario, al lado del catolicismo regenerador forman en vistoso grupo la verdad, la justicia, la virtud, la piedad, el verdadero heroismo creando elementos de vida y prosperidad social, fomentando los gérmenes de la moral cristiana, origen fecundo de bienestar y dicha, promoviendo todo género de concepciones útiles, y multiplicando sus beneficios proporcionalmente á las necesidades de la humanidad.

Por mas que parezcan inoportunos estos preliminares en el concepto de ciertas gentes, tratándose del elogio del ilustre prelado y mártir de Sebaste San Blas, yo no tengo inconveniente alguno en colocarle desde luego en el catálogo de esos grandes génios que tan dignamente han sabido contribuir á honrar y enaltecer la religion católica, y en los que esta encuentra siempre un justo motivo de gloria y de santo orgullo. Y si no, delante de nosotros tenemos la prueba mas convincente de su justa celebridad. ¿Por qué se consagran á su memoria estos solemnes homenages? Por qué ese culto tan universal que do quiera se tributa á su nombre? ¿Por qué tantos altares se levantan en todo el mundo cristiano para honrar sus imágenes? ¿Por qué apenas hay pueblo ó aldea en que no sea objeto de las mas tiernas demostraciones? ¡Ah! Buscad la solucion de este problema en sus virtudes, en sus prodigios, en su celo pastoral, en su heroica caridad, en los servicios que prestó á la Iglesia, en los beneficios que legó á la humanidad, mas todavía que en el valor imperturbable con que supo sellar con su sangre el testimonio de su fé. Porque, cual otro profeta del Carmelo, recibió de Dios la sabi-

duría del cielo para comunicarla á los mortales enseñándoles los caminos de la salvacion y los medios de honrar al que los criára; por que poderoso en obras y palabras, hizo frente al error do quiera que le descubrió, persiguió al vicio allí donde intentó insultar la majestad divina, sostuvo los derechos de la verdad siempre que la vió combatida, restauró las ruinas del Santuario cuando los ímpios descendientes de Edom se afanaban por esterminarle, y sin dejarse vencer de los fieros y amenazas del poderoso, ni ceder jamás á las exigencias de la arbitrariedad, tuvo energía bastante para oponerse cual muro de bronce á los proyectos de la impiedad, hasta el punto de sacrificar su vida antes que renunciar á sus creencias como católico y á sus graves deberes como pastor del rebaño de Jesucristo; por eso el mundo le paga hoy un justo tributo de admiracion, y el catolicismo, santamente envanecido, le opone como una demostracion palpable de su divinidad y de su saludable influencia á los fanáticos detractores de su doctrina.

Y yo á mi vez, cumpliendo con la mision que se me ha confiado, voy á proponérosle como un héroe que conducido en todas sus operaciones por las sublimes ideas de verdad y de justicia, características de los principios evangélicos, llenó cumplidamente los deberes del Episcopado, sostuvo con energía los derechos de la fé, y obró prodigios de celo, de caridad y de fortaleza que le han merecido el alto renombre que hoy disfruta en la historia de los grandes génios y de los santos eminentes: *Propter veritatem.... et justitiam deducet te mirabiliter dextera tua.* Os he manifestado mi pensamiento: invoquemos los auxilios divinos para desarrollarle dignamente, etc.

AVE MARIA.

REFLEXION UNICA.

Que la verdad sea el móvil que debe dirigir al hombre en la investigacion de todos los objetos que le rodean en la tierra, y la

consecucion de ella el fin principal y esclusivo de su existencia, bien así como el uso mas légitimo que puede hacer de sus facultades intelectuales, es una tésis tan incontestable, como cierto es por desgracia que en las ideas de nuestro siglo predomina un espíritu de marcada indiferencia, por no decir de sistemática oposicion, hácia todas las grandes verdades que enalteciendo nuestra naturaleza, descubrennos á la vez el hilo misterioso de nuestros destinos. Porque merced á una ciencia tan enemiga de Dios como homicida de las sociedades, tiempo há que vienen reduciéndose á meros problemas los principios mas inconcusos, y la razon imbécil y enferma ha querido erigirse en única reguladora del bien y del mal; porque se ignoran, ó mejor dicho se quieren ignorar los altos fines que presidieron á la formacion del hombre, y los vínculos que le estrechan con el sér infinitamente bueno, poderoso y benéfico que le amasó con sus propias manos; y de consiguiente ni se mira como cosa necesaria distinguir la virtud del vicio, ni se dá la menor importancia á la conciencia, ni se trata de saber si el alma es una sustancia espiritual é incorruptible, ó si por el contrario está destinada á sufrir la disolucion que debe un dia romper las bellas armonías de nuestro organismo; por eso se vé hoy mas que nunca á una parte no insignificante de la humanidad hacer alarde de un cinismo repugnante, vivir como los séres irracionales y aun sobrepujarlos en sus torpes instintos, marchar estúpidamente hácia un porvenir formidable, vegetar como plantas silvestres en una tierra que los rechaza indignada; ¡y todo esto á nombre de una civilizacion que escarnecen, y de un progreso que solo tiene de real y positivo el incremento incommensurable que ha dado á las pasiones mas indignas y á los mas vergonzosos escesos!

¡Qué confusion es para nuestro siglo oponerle la vida del insigne héroe cuya memoria venimos á solemnizar! Desde que pudo conocerse á sí mismo, la verdad es el grande objeto que donde quiera se propone; persíguela en todas direcciones, la busca con avidez, estúdiala en las obras todas de la naturaleza, empéñase en hallarla en toda la creacion, pídelas con ardor á la ciencia; y en cuantos conocimientos se propone adquirir, sola la verdad puede satisfacerle,

esa verdad eterna, inmutable y esencial que se deriva de Dios y en Dios termina como el complemento de toda justicia y la raíz de la verdadera inmortalidad (1). La Armenia, que le vió nacer en una de sus principales poblaciones, cuando el siglo III hacinando, digámoslo así, todos los errores y todos los vicios del paganismo hacia la mas encarnizada guerra á la verdad católica, admiró desde luego á ese génio marcado ya en sus primeros años con el sello de una predestinacion sublime, ocupado constantemente en la investigacion de los elevados principios de nuestro ser. Dedicado al estudio de las ciencias divinas y humanas, su inteligencia se remonta sobre la esfera comun, y vuela en pos de aquel que es el origen de toda sabiduría y fuente perenne de todo conocimiento útil. Todos los ramos del saber, que cultiva con éxito, sirvenle de pedestal para levantar un suntuoso templo á la divinidad. Si desentraña los secretos de la organizacion humana en la medicina, si como filósofo desenvuelve los diversos sistemas antiguos, si consulta á la astrología acerca de las periódicas revoluciones de los planetas, siempre y donde quiera su objeto culminante es engrandecer al Criador en sus obras, admirar sus infinitas perfecciones, adorar sus inesplicables atributos, bendecir su benéfica providencia; y de aquí armonizando los principios de las ciencias naturales con los dogmas inconcusos de la religion, deduce de ambos las consecuencias mas importantes con relacion á su espiritual perfeccionamiento. Reconoce que todo cuanto la tierra puede ofrecer al hombre no es mas que una ilusion pasajera; que sus glórias, sus encantos, sus grandezas, su prosperidad, sus honores, solo en cuanto al servicio de Dios se refieren pueden apreciarse y desearse, no como fin, sino cómo medio para llegar á la suprema felicidad á que está llamado el sér racional: y por lo tanto, persuadido de que dentro del hombre mismo, en las pasiones que nutre, en los errores que fomenta, en los vicios que le dominan radica el principio y el gérmen de todas sus desventuras y el enemigo mas temible de su bienandanza, provéese de todo género de armas espirituales para combatirle, trabaja por reducir su carne

(1) Sap. XV. 3.

á una justa servidumbre por medio de los ayunos y austeridades, vela sobre sí mismo para que jamás la pasión se sobreponga al deber, enfrena los menores movimientos de la concupiscencia, acalla los gritos de una razón estraviada cuando intenta emanciparse del yugo de la fé, y limitando todas sus aspiraciones á la posesión de lo eterno é infinito, mira con noble desprecio todo cuanto es mortal y perecedero.

¡Cuán cierto es, señores, lo que dijo el ilustre y sabio Bacon, que solo una ciencia superficial y un menguado saber apartan al hombre de Dios, pero que la ciencia verdadera, el positivo génio, el estudio profundo y la prolongada meditación de la naturaleza, son la escala misteriosa por donde el mortal sube á las alturas de la divinidad y se aproxima cada vez mas al principio de todo conocimiento y de toda luz! Los que con una levisima tintura de las ciencias, y quizás sin haber hecho mas que saludar sus primeros rudimentos, se lanzan osados á hablar de todo sin criterio; los que por hacer ridicula ostentación de unos conocimientos de que en realidad carecen, no vacilan en abordar las cuestiones mas abstractas del dogma y provocan polémicas importunas sobre lo que en la teología católica hay de mas elevado y respetable; los que profanos y de todo punto incompetentes en materias canónicas y disciplinares, se atreven no obstante á declamar contra lo que jamás aprendieron solo por desplegar un lujo de erudición que están muy lejos de poseer, poniendo así de manifiesto su ignorancia ó sus errores; los que piensan poder decidir dogmáticamente de todo, porque saben cuando mas citar algunos textos truncados y mal aprendidos del derecho ó de los libros santos; esos son los que convierten la filosofía, la historia y todas las ciencias de que malamente abusan, en otros tantos elementos de oposición y lucha contra la verdad; esos los que en vez de reconocer á Dios en sus obras, le blasfeman; esos los que lejos de inclinar su razón ante las aras de la fé, se empeñan en divinizar aquella derribando ésta de sus altares; esos los que en su fanático furor de innovar todo lo antiguo, tienden á la destrucción de lo que viene sancionando la conciencia de tantos siglos: esos en fin los que encuentran injusto, arbitrario, inútil, perjudicial, ilusorio y algo mas, todo lo que no

sea su propio capricho, las aberraciones de su inteligencia, los excesos de su libertinage, los absurdos de su impiedad! Tal es la ciencia de nuestro siglo, hedle ahí retratado con sus verdaderos coloridos. No me tachareis de exageracion, pues harto visibles son los frutos amargos de ese árbol funesto que plantó en el seno de Europa la mano homicida del filosofismo incrédulo.

Bien distante de semejantes ideas, nuestro héroe como verdadero sábio, cuanto mas profundiza en el vasto campo de la ciencia, mas estrechamente se une con Dios, mayor admiracion le causan las perfecciones que en él descubre, mas ardiente es el amor que su bondad le inspira, y mas insaciable la sed que en su pecho siente y que solo puede satisfacer aquel que es la fuente inagotable y el manantial perenne de toda verdad y de toda belleza siempre nueva. Hacia él suspira de continuo como otro Pablo deseando poder romper las ligaduras que le tienen aprisionado á un cuerpo corruptible (1). Por él anhela día y noche, y á manera del real Profeta mira la tierra que huellan sus plantas como una mansion de destierro que le impide volar al seno del que constituye su única y verdadera herencia, y envidia á la libre paloma sus alas para poder remontarse á donde su corazon le impele y en donde solo puede hallar descanso su fatigado espíritu (2). Con estos pensamientos tan elevados, mal podia Blas vivir en un mundo do todo conspira á separar el alma de su legitimo centro. La soledad es lo único que ansia para poder entregarse todo á Dios en el silencio de la oracion. Ya se prepara á realizar sus designios, ya está en camino para el desierto.... ¿Mas qué haces? ¿A dónde vas? No es ese el terreno que el cielo te tiene destinado; la Providencia te llama á otra parte; muy distintos son los proyectos que sobre tí ha formado el Señor. En otro campo mas escabroso y vasto habrás de desplegar tu celo por la verdad y el heroismo de tu alma grande y generosa. La voz unánime del pueblo y clero de Sebaste te aclama su pastor, y preciso es inclines tu cuello bajo ese nuevo yugo, pesado, sí, pero no

(1) Ad Philip. I. 23.

(2) Psalm. LIV. 9 et seq.

menos glorioso para quien sabe desempeñar dignamente las funciones del episcopado.

Imagínese, católicos, la sorpresa que esta eleccion tan inesperada debió causar á un hombre que tan distante se hallaba de aspirar á ella y cuyas ideas limitábanse únicamente á vivir ignorado del mundo. ¿Cómo! ¿Cargar sobre sus hombros la tremenda responsabilidad de tan árdua mision, quien solo ansiaba sepultarse vivo en donde nadie tuviese noticia de su existencia? ¿Aceptar el báculo pastoral, quien se consideraba la última oveja del rebaño de Jesucristo? ¿Ponerse al frente de la iglesia de Sebaste, quien jamás supo sino obedecer sumiso á las órdenes de sus prelados? No es posible. Blas opondrá una resistencia tenaz á un honor de que se cree altamente indigno. A las exigencias y sollicitaciones de un pueblo entusiasta que corre en busca suya para elevarle á la silla episcopal, responderá con sus ruegos, con sus lágrimas, y no habrá medio que no haga valer para dispensarse de semejante compromiso. Pero en vano: la eleccion es del cielo, y cuando éste ha dispuesto de sus destinos y le ha trazado su porvenir, inútil será que Blas se resista á la voluntad suprema. Él habrá de ceder á despecho de su modestia, porque Dios es quien le llama, la Iglesia quien le destina á defender sus dogmas, la verdad quien le busca y solicita para promover y fomentar sus derechos, la fé quien le necesita para hacer frente al error, y el catolicismo quien le designa aquel alto puesto para desplegar los prodigios de su caridad, la energía de su celo y el heroismo de una fortaleza inquebrantable, conducido en todo por las ideas de justicia características del espíritu del Evangelio: *Propter veritatem... et justitiam deducet te mirabiliter dextera tua.*

Muy por encima me veo precisado á recorrer estos tres caracteres del episcopado de nuestro Santo. Para desenvolverlos dignamente no bastan ni con mucho las cortas dimensiones de un discurso. ¿Y qué diré en primer lugar del celo enérgico que desplegó en el cumplimiento de sus funciones pastorales? ¿Oh! Viéraisle donde quiera solicitado por proporcionar á su querida grey los pastos saludables de la buena doctrina, negarse al descanso por acudir á donde le llamaban las necesidades de sus ovejas, correr de un lado á otro

con el amor mas entrañable en pos de las que seducidas por los encantos de las pasiones, vagaban á la ventura por las estraviadas sendas del vicio, multiplicarse prodigiosamente, y cual otro Pablo hacerse todo para todos por conquistar á todos para Jesucristo. ¿Quién no admiró la infatigable constancia con que como centinela avanzado de la casa del Dios de Israel, procuró ahuyentar los lobos del error que rodeaban su caro aprisco? ¿A quién no asombró la esquisita vigilancia con que se dedicó á desarraigar de aquel campo que el labrador divino encomendára á sus cuidados, las yerbas ponzoñosas de la inmoralidad que en él brotaban? Dijéranlo por mí las inauditas conversiones que obró en almas encallecidas ya en el crimen; dijéranlo los innumerables pecadores que tornaron al camino de la virtud dulcemente arrastrados por sus paternas exhortaciones; dijéranlo los que convencidos aun mas por la elocuencia práctica de sus acciones que por la sabiduría de sus palabras, abjuraron sus aberraciones y entraron en el redil de la unidad católica.

Pero si mucho me asombra el celo de este santo obispo, su caridad no puede menos de entusiasmarle profundamente. Austero consigo mismo hasta el esceso, sóbrio hasta privarse aun de lo necesario, rígido hasta no perdonarse la mas leve distraccion involuntaria, para con los demás era afable, condescendiente, tolerante, benigno, y suave en extremo. ¿Quién jamás se acercó á él que no saliese de su presencia socorrido? ¿Quién le manifestó sus necesidades sin que quedase consolado? ¿Quién imploró su proteccion que fuese desatendido? ¿Quién padeció hambre y no le vió desprenderse del pedazo de pan que llevaba á su boca? ¿Quién gimió víctima de la desgracia sin experimentar algun remedio? ¿A quién aquejó el menor infortunio en que él no tomase una parte activa? ¿Quién lloró delante de él sin que viese correr por sus mejillas el llanto de la mas afectuosa compasion? ¡Oh! Si dable me fuera poder hacer hablar á las inanimadas breñas del monte Argeo donde Blas arrastrado por sus aspiraciones de soledad se retiraba á conversar con su Dios en los momentos que podia robar á sus tareas pastorales, ellas nos contarían las maravillas de su caridad entrañable de que fueron testigos presenciales. Allí acudian en tropel de todas partes multitud de personas de diversas

clases y condiciones á buscar en el santo prelado el alivio de sus necesidades espirituales y temporales; allí el ciego pedía con viva fé la vista de que se hallaba privado, el tullido el uso de sus miembros, el desabuciado la salud que le era imposible conseguir con los débiles recursos de la ciencia: y todos á la vez como en una milagrosa piscina encontraban el instantáneo remedio de sus más incurables dolencias, merced á las oraciones de Blas, ó por el contacto de sus manos. ¡Tan grande era el poder que el cielo se dignara comunicar á ese nuevo Elías! ¿Mas qué hay de extraño en esto cuando el leon, el tigre, el leopardo, las fieras más carnívoras y feroces venían á rendirle vasallaje, á pedirle á su manera el alivio de sus males, respetando su reposo, velando su sueño, guardando su gruta, y esperando su bendicion para tornar á sus guaridas? Para el incrédulo materialista, para el cinico filósofo, ó para el sistemático detractor de nuestras venerandas tradiciones, nada de lo dicho pasará de ser un fabuloso ensueño, una relacion supuesta, una pura ficcion fraguada por historiadores entusiastas y preocupados: porque jamás la ciencia racionalista supo elevarse mas allá de la materia, é incapaz de conocer lo que puede hacer Dios por el ministerio del hombre cuando se propone desplegar su gloria y hacer ostensibles sus grandezas, lánzase en un vergonzoso pirronismo, y de todo duda, y todo lo niega, y hasta los hechos más demostrados y palpables se atreve á desmentir con arrogancia. Pero la religion que nunca necesitó de los incienso de sus enemigos, la verdad que jamás mendigó sus elogios ni buscó sus recomendaciones, porque ambas se bastan á sí propias y triunfan victoriosamente con las mismas calumnias de la mentira, se burlan y con justicia de las blasfemias del error, y nada les importan sus hostezos infernales.

Mas tiempo es ya de que admiremos en nuestro Santo la heroica fortaleza con que conducido por la justicia dió testimonio de su fé coronándola con un glorioso martirio destinado á completar la eterna áureola que le tenia preparado el cielo. La persecucion iniciada por los Césares romanos contra el cristianismo estallara en Oriente con una esplosion espantosa, y una de sus principales victimas debia ser el virtuoso prelado de Sebaste. Luciendo por sus

virtudes y milagros como uno de aquellos misteriosos candelabros que vió en sus dias un profeta, hallábase sobre la cima del monte Argeo, cuando los agentes del gobernador Agrícola en cumplimiento de las órdenes del magistrado, internándose en aquellas solitarias selvas en busca de fieras para llevar á cabo el detestable decreto del emperador Licinio, que condenaba á morir sin apelacion á cuantos se resistiesen á ofrecer incienso á las divinidades del imperio, llegaron por casualidad ó por providencia á la gruta habitada por el santo obispo. Al verle tranquilo en fervorosa oracion rodeado de una multitud de fieras que á su lado posaban cual mansos corderos, no se atreven á acercarse á él, pero inmediatamente dan parte al gobernador de tan sorprendente hallazgo. Intímale éste se presente sin demora en su tribunal: y al oír Blas esta noticia para él tan fausta y halagüeña, levántase presuroso, echa á andar alegre y rebosando júbilo celestial, y animando á los suyos á compartir los laureles del triunfo, les dice: «Vamos, hijos míos, corramos á derramar nuestra sangre por nuestro Señor Jesucristo. Tiempo hace que suspiro por el martirio, y esta misma noche me ha manifestado el Señor que se dignaba aceptar mi sacrificio.»

Como el atleta que en el dia del combate desciende entusiasmado al palenque donde espera recoger abundantes laureles, así el santo prelado se dirige lleno de gozo al tribunal del gobernador á luchar por su fé y á dar testimonio de su religion. Su tránsito es una ovacion continuada; de todas partes le salen al encuentro los fieles; rodéanle entusiasmados como las turbas hebreas al Salvador en la víspera de su sacrificio; pidenle les bendiga; manifiéstanle sus necesidades; y el ilustre confesor de Cristo, agradecido á sus filiales demostraciones, abrázalos con ternura, despídese de ellos para el gran viaje de la eternidad, y al separarse de sus caras ovejas las deja los mas gratos recuerdos obrando en su obsequio admirables prodigios. Pero su deseo del martirio le urge, y sin detenerse marcha á consumir la gran mision que le confiara el cielo sellándola con su sangre. Contempladle en presencia de Agrícola. Díjérase que este era el reo y no el juez, en vista de la turbacion de su semblante que desmiente su afectada calma, cuando por el contrario en el

semblante de Blas brilla un regocijo indefinible que demuestra el fondo de satisfaccion que inunda su alma. En vano el representante de los Césares le ordena sacrificar á los dioses del Imperio. «Bajo ningun concepto, contesta el animoso prelado, reconoceré yo por tales á unos objetos fabricados por manos de hombres, en los que la impiedad ha querido personificar todos los excesos y las pasiones mas repugnantes. El único á quien adoro y por quien estoy dispuesto á sacrificar mi existencia es aquel sér infinitamente santo, poderoso y benéfico que con su voluntad sacó del caos todo cuanto existe, y todo lo conserva con su admirable providencia. A él y á su unigénito Jesucristo es á quien todos los dias ofrezco una oblacion pura y aceptable, una hostia de propiciacion, un sacrificio de perpétua alabanza.» Decir esto y empezar á caer sobre el mártir una horrible granizada de golpes que le redujeron al estado mas lastimoso, fué todo obra de un momento. Mas no por eso cede un punto su constancia. Cuando todos sus miembros quedan descoyuntados y sin accion bajo el azote de los verdugos; cuando su sangre corriendo á torrentes deja su cuerpo casi exánime, su lengua tiene aun fuerza suficiente para repetir el nombre de Jesus y apostrofar á sus perseguidores. Multipliquen estos los medios de hacerle sufrir, rasguen sus carnes con uñas aceradas, aplíquense láminas candentes. ¡Impotentes recursos! Mas fuerte que todo eso es el amor divino que arde en el pecho del mártir, mas activa es su fé, mas poderosa la gracia que le sostiene. Lo único que conseguirá la venganza de Agrícola será aumentar los triunfos del catolicismo; porque el licor precioso que destilan los lacerados miembros de la víctima, es una semilla fecunda que produce instantáneamente nuevos héroes de la verdad. Testigos aquellas siete virtuosas matronas que denunciadas ante el gobernador porque recogian la sangre del valeroso atleta de Cristo, lograron antes que él la palma del martirio. ¿Qué, pues, le resta hacer al fanatismo idólatra para lograr el objeto que se ha propuesto? Arroje despechado al santo obispo en un profundo lago. Por cima de sus aguas le verá marchar como sobre una sólida superficie, cual en otro tiempo atravesaban los hijos de Israel las olas del mar Bermejo para confusion de los Faraones enemigos de Dios.

Desde allí le oirán predicar las grandezas del que así sabe burlar los proyectos de los impíos, y hacer á sus siervos superiores á todo el poder humano. Desde allí retará á sus tiranos á que demuestren el valimiento de sus divinidades tutelares obrando iguales portentos que el Dios de los cristianos. Desde allí hará ver á todo el mundo que solo merece el titulo de verdadera una religion que tiene en su apoyo tan insignes testimonios de credibilidad.

Fuerza es, pues, que Blas concluya de una vez de vivir, puesto que cuanto mas se prolongue su existencia, mayores son las derrotas que sufre la idolatría. Así lo reconoce mal de su grado Agrícola, y en su consecuencia ordena que el alfange corte de un golpe el hilo de una vida tan funesta á los intereses del imperio. Sucumbe en efecto Blas al acero homicida, pero es porque el Señor, satisfecho del valor con que ha combatido su siervo, quiere coronarle con la aureola de los héroes. Muere el santo prelado de Sebaste: pero dejando en pos de sí una memoria imperecedera de sus virtudes, de su celo, de su caridad, de su constancia, que eternizarán su nombre en los siglos venideros. Espira el venerable pastor bajo la cuchilla de sus verdugos: pero como un vencedor ilustre que luchando denodadamente en defensa de los invariables principios del dogma, sosteniendo con valentía sobrehumana los sagrados derechos de la verdad y de la justicia, y oponiéndose como una muralla de bronce á las exigencias del error y á las amenazas del despotismo, ha obrado prodigios que le han conquistado una celebridad universal: *Propter veritatem et justitiam deducet te mirabiliter dextera tua.*

Ecos de ese grito prolongado que viene proclamando tus glorias, oh insigne Obispo y Mártir, son los cultos que hoy te tributa do quiera la iglesia católica. Nosotros no hacemos mas que reproducir esa voz que á través de las pasadas generaciones no cesa de reconocer tus heróicas virtudes y tu inquebrantable fortaleza, colocando tu nombre en el catálogo de los grandes génios y de los santos eminentes. Porque conducido por las sublimes ideas de la verdad, y siguiendo en todo las máximas de la justicia que brillan en los principios evangélicos, supiste elevarte á una altura tan gigantesta, y prestar servicios tan preciosos á la causa de Dios y de su religion

augusta, por eso te honra y venera todo el mundo católico; y el grato perfume de tu santidad, y el recuerdo de tus combates y de tus triunfos, y la memoria de tus milagros, especialmente en ciertas dolencias de que fuiste siempre singular antídoto, traspasará los siglos, salvará las edades y llegará hasta la misma eternidad. Así quiere el cielo sean recompensados aun en este suelo los merecimientos de sus escogidos. Acepta, pues, benigno los testimonios de nuestra devoción y confianza; escucha nuestros ruegos en favor de esa fé y de esa verdad que tan heroicamente defendiste; interésate desde esa mansion de paz imperturbable por los que todavía zozobramos en este mar tempestuoso del error y de las pasiones. Consíguenos la gracia de dominar la deshecha tormenta que amenaza nuestras creencias, y haz que por tu intercesion merezcamos llegar incólumes al puerto de la eterna bienandanza.

Sobre mi pose el espíritu del Señor. Favoreme a curar los corazones que
plantados y a producir la redención de los camineros para conseguir los que
heredan en sí. y darles una corona de gloria en lugar de la ceniza que
cubren sus cabezas, y un ropaje de gozo en cambio de su aflicción. y los
que en esta vida, como en la otra, han sido los vencedores de la guerra y
planto del Señor para gloria suya.

¡Oh cuando hablo de mi alma me presiento hoy en este sagrado
santo! ¡Cuán dulce es para mi corazón, a pesar de mi recordada
indefinición, encontrarme hecho el órgano, el intérprete de las
glorias de mi escuela Padre y Patriarca San Juan de María, o mejor
dicho, de las intenciones de esa religión civilizadora que de él se
sustenta para realizar los más grandiosos designios en pro de la in-
mortalidad. En este día reposa en mi pecho el entusiasmo, mis ideas
se organizan, mis pensamientos se elevan, y en medio de mi nato-
ral poder me siento más grande, porque lo sobrepasa del objeto
que a mi vista se presenta me presta sus inspiraciones y me conduce
a las incomprendidas alturas de lo infinito.

Contra las tinieblas, planes atrevidos del género, proyectos de
emancipación y de libertad universal, conceptos brillantes de bien-
andanza, todo cuanto en la larga serie de los tiempos, y espe-

SERMON PANEGÍRICO

PARA EL DÍA DE SAN JUAN DE MATA, FUNDADOR DEL
ORDEN DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD.

Spiritus Domini super me... Misit me ut mederer contritis corde et predicarem captivis indulgentiam... ut ponerem lugentibus Sion coronam pro cinere pallium laudis pro spiritu mœroris; et vocabuntur in ea fortes justitie, plantatio Domini ad glorificandum.

Sobre mí posó el espíritu del Señor. Envióme á curar los corazones quebrantados y á predicar la redencion de los cautivos, para consolar á los que lloraban en Sion, y darles una corona de gloria en lugar de la ceniza que cubria sus cabezas, y un ropaje de gozo en cambio de su afliccion: y los que en ella habitaren, serán llamados los valientes de la justicia y plantio del Señor para gloria suya.

ISAIE. LXI. 1, 3.

¡CON cuánto júbilo de mi alma me presento hoy en este sagrado sitio! ¡Cuán dulce es para mi corazón, á pesar de mi reconocida insuficiencia, encontrarme hecho el órgano y el intérprete de las glorias de mi escelso Padre y Patriarca San Juan de Mata, ó mejor dicho, de las magnificencias de esa religion civilizadora que de él se sirviera para realizar los mas grandiosos designios en pro de la humanidad! En este dia rebosa en mi pecho el entusiasmo, mis ideas se agigantan, mis pensamientos se elevan, y en medio de mi natural pequeñez me halló mas grande, porque lo admirable del objeto que á mi vista se presenta me presta sus inspiraciones y me conduce á los incomprensibles abismos de lo infinito.

Teorías alucinadoras, planes atrevidos del génio, proyectos de emancipacion y de libertad universal, ensueños brillantes de bienandanza, todo cuanto en la larga série de los tiempos, y espe-

cialmente en los modernos siglos, viene ideando la ciencia para mejorar la suerte de la especie humana y crearla un lisonjero porvenir, ¡ cuán pequeño, cuán nulo y despreciable se presenta á mi vista comparado con lo que el catolicismo supo hacer por el ministerio de un solo hombre en épocas llamadas de oscurantismo y de ignorancia ! Lo que inútilmente ha intentado la filosofía despues de repetidos ensayos; lo que el racionalismo se ha encontrado impotente para resolver despues de conmovier el mundo con sus multiplicados cálculos; lo que no han podido llevar á cabo cuántos génios se han presentado como llamados á regenerar los pueblos proclamando la abolicion de la servidumbre y el reinado de la independencia : todo lo vió resuelto y realizado por medio del insigne Juan de Mata, fundador del orden de la Santísima Trinidad, á quien el cielo se dignó elegir un dia ungiéndole con su espíritu, para que llevase el dulce bálsamo de la caridad á los corazones ulcerados, para que predicase y fomentase el gran pensamiento de romper los hierros de las víctimas de la tiranía, para consolar el llanto de los que venian gimiendo en el cautiverio, y trocar en corona de gloria y en ropage de gozo el traje ignominioso de la servidumbre, legando á la vez al mundo un instituto sublime, cuyos afiliados llamarianse en las edades futuras los valientes de la justicia, los héroes de la caridad, los hombres del porvenir, los ángeles de la libertad, los heraldos de la positiva emancipacion, los amigos de la humanidad, los génios tutelares de los pueblos oprimidos, el plantío del Señor y la estirpe escogida para promover los triunfos de una religion basada en el amor y llamada á ser el origen secundo de todo lo grande y sublime con relacion al mundo moral: *Spiritus Domini super me... Misit me ut mederer contritis corde et predicarem captivis indulgentiam... ut ponerem lugentibus Sion coronam pro cinere pallium laudis pro spiritu mæroris; et vocabuntur in ea sortes justitiæ, plantatio Domini ad glorificandum.*

En estas breves palabras está trazado el mayor y mas digno elogio de mi insigne Patriarca. ¿ A qué estenderme en largos preliminares? Con decir que Juan de Mata es el gran génio que Dios tenia reservado en los tesoros de su bondad para impulsar el pensamiento

mas humanitario y civilizador que pudo concebirse; el primero que en la ley evangélica recibió de lo alto la misión sublime de continuar en la tierra la que el Hombre-Dios viniera á consumar en el Calvario; el que antes que ningun otro emprendió el arriesgado proyecto de despojar al despotismo musulman de las innumerables victimas que arrancára al cristianismo; el que poniéndose al frente de la civilización europea, hollada y escarnecida por los fieros y bárbaros descendientes de Islám, hizo un llamamiento general en favor de la dignidad humana ultrajada, y marchó á reclamar al bárbaro africano en su propio suelo la libertad de unos seres desgraciados á riesgo de su misma vida; y no sin grandes y costosos sacrificios; dicho esto, ¿qué mas se necesita para colocar á mi excelso Padre y Patriarca en el apogeo de la gloria y en la cúspide del heroísmo? No diré ya los génius cristianos, los mismos filósofos incrédulos, ¿no han sido los primeros en reconocer y consignar ese pensamiento y su ejecución como el rasgo mas sublime de beneficencia, como lo mas útil, beneficioso, heroico y civilizador que ha podido hacerse en la tierra (1)?

Razon, pues, tengo y sobrada, sin temor de ser tachado de pasión ni de un exagerado entusiasmo, para presentaros á mi insigne Patriarca como el ungido del Señor, llamado por él para personificar en sí y en su instituto el verdadero tipo de la caridad cristiana, realizando los mas grandiosos designios en favor de la humanidad. «La fidelidad con que supo responder á este divino llamamiento; y el heroísmo que desplegó en su ejecución, nos mostrarán en Juan de Mata el mas bello triunfo de la civilización cristiana contra la esclavitud, y el primer impulso dado en las vias del verdadero progreso y de la positiva libertad fundada en la doctrina católica.» Tal es el asunto que me propongo desenvolver en este breve rato, etc.

AVE MARIA.

(1) Essais sur l'histoire génér. C. 135.

PRIMERA REFLEXION.

Tiempo hacia que la Europa venia gimiendo inútilmente bajo la accion despótica del poder de la media luna, que insultando los pabellones cristianos cruzaba insolente los mares, hacia frecuentes correrías por las costas del Mediterráneo é invadía el continente, ejerciendo donde quiera el mas bárbaro vandalismo. Cargadas sus galeras de víctimas sin cuento, trasportábalas á las playas africanas para hacerlas sufrir allí todo linage de tormentos, sirviéndose de ellas como de instrumentos de su lubricidad, objetos de su implacable saña, ó cebo de su torpe codicia. Impotentes los gobiernos para poner coto á tamaños excesos, dejábanlas morir en suelo extraño; y la religion misma, incapáz de ofrecer á sus hijos en el cautiverio otro consuelo que la compasion y las lágrimas, escuchaba sus lamentos, oía sus gritos desgarradores, afectábase por sus miserias, pero no encontraba medio alguno de remediar éstas ni de acallar aquellos. Túnez, Marruecos, Argel, principales baluartes de la servidumbre musulmana, esperaban con ansia una mano auxiliadora: pero los suspiros de los cristianos allí hacinados perdianse en el espacio, y las turbulentas olas de los mares africanos parecian ahogar las voces de los nuevos Gabaonitas, que bajo el insupportable yugo de los modernos Adonisedec, no cesaban de tender sus brazos suplicantes en pos del génio que debia darles la suspirada libertad (1).

Esperad, seres infortunados, no está lejos el dia de la redencion; el Josué destinado á quebrantar vuestras cadenas no se hará aguardar mucho tiempo. Ya asoma por el horizonte de la Provenza el astro resplandeciente que ha de llevar la luz á vuestras oscuras mansiones. En Falcón acaba de nacer un niño que trae al mundo la alta misión de hacer triunfar la civilizacion cristiana de la esclavitud, personi-

(1) Cito ascende, et libera nos. Josue. X. 6.

ficando en sí y en la grande obra que le está reservada las magnificencias de la caridad mas sublime. Dejad que en Marsella, en Aix y demas puntos donde recibe Juan de Mata los primeros rudimentos de una educacion brillante, se vaya iniciando paulatinamente en los grandes misterios de esa religion de amor que en su dia debe conducirle á vuestro seno. A él es efectivamente á quien el cielo, lastimado de vuestra adversa suerte, ha llamado por su propio nombre, como á otro Isaias, para hacer con él una alianza de misericordia, y enviarle á libertar del cautiverio á los que gimen en la opresion (1). ¿Y cómo se dispone Juan de Mata para llenar tan alto destino? ¡Ah! Contempladle desde su mas tierna edad ejerciendo con el pobre y desvalido las funciones de padre y protector. En los asilos de la indigencia, en el seno de la desgracia, en el albergue del dolor, al lado del huérfano sin recursos, del triste encarcelado, de la viuda desconsolada, donde reina el llanto, triunfa la adversidad, y las lágrimas humedecen el pan del pordiosero, allí es donde aquel corazón, en quien parece innata la piedad mas heroica, se prepara para el gran porvenir que le está deparado. Llorando con el afligido, identificándose con el que sufre, haciendo suyas las ajenas privaciones, socorriendo con larga mano al miserable, auxiliando al débil, sirviendo al enfermo, buscando el infortunio do quiera que se halle para proporcionarle alivio y solaz; así es como se llena de aquel espíritu benéfico, que andando el tiempo obrará inauditos prodigios en favor de la humanidad oprimida. En esa escuela es donde se forman los héroes de la caridad, los verdaderos amigos del hombre, los génius positivamente benéficos; no en los liceos ni en las academias, no en el seno de la opulencia y del placer, no en los clubs tenebrosos do á pretesto de preparar á los pueblos ventajas sociales y un porvenir mas lisonjero, se fraguan las cadenas que los oprimen y se consuma su degradacion y su miseria. En ella aprendió Juan de Mata la sublime ciencia del amor del prójimo, en ella se inspiró su alma de aquellos nobles sentimientos que la hacian desear ardentemente, como al Apóstol, sacrificarse todo por sus hermanos cau-

(1) Isaiæ. XLII. 6, 7. *Cito sacando el liberto por Isaiæ. X.*

tivos; en ella, en fin, se preparó á llenar dignamente la difícil cuanto gloriosa mision á que estaba destinado. ¡Cuántas veces besando con emocion profunda las cadenas de los prisioneros, esclamó en tono profético: «Algun día libertaré yo á mis hermanos que gimen en la esclavitud y les devolveré al seno de sus familias!»

Tal era su pensamiento fijo, su idea acariciada, su sueño dorado en medio de las graves ocupaciones del estudio á que se dedicára con infatigable constancia. Cuando en Paris recogia los mas brillantes laureles por los rápidos progresos que hacia en las divinas y humanas ciencias; cuando la mas célebre universidad de aquellos tiempos se creia sumamente honrada con recibirle en su claustro invistiéndole de la láurea doctoral; cuando los mas eminentes ingenios de la época le felicitaban creyéndole llamado á conquistar los mas bellos triunfos en la carrera del magisterio, Juan de Mata solo ábriga un deseo, solo tenia una ambicion, solo aspiraba á una gloria, á la de ser el redentor de la esclavitud, el ángel de la buena nueva, el génio de la libertad en favor de las víctimas del despotismo musulmico. Solo le faltaba asegurarse de la voluntad del cielo, saber que Dios aceptaba su ofrenda, y esto no tardó en verificarse. Promovido al sacerdocio, dispónese á celebrar su primera misa; llega el dia apetecido, sube al ara santa, ofrece al Omnipotente las hostia pura de propiciacion; y en el momento de elevarla para que la adoren los fieles, su alma enagenada queda suspensa en un éxtasis de amor indefinible, y ve en medio de una claridad celestial que rodea el altar un ángel vestido de un cándido ropage, en cuyo pecho figura una cruz de color celeste y encarnado, estendiendo sus manos sobre dos cautivos cargados de grillos y pesadas cadenas. Entonces ya no pudo dudar mi escelso Patriarca de que el Señor habia escuchado sus votos, y desde aquel momento cesa de vivir para sí propio, y consagra toda su vida de pensamiento y accion á aquellos caros objetos de su compasion y de su amor. No partirá de ligero, porque la prudencia exige que medite con madurez tan árduo negocio, mas no por eso perderá un solo instante en preparar los medios para su ejecucion. Se someterá al parecer de los célebres abades de San Victor y Santa Genoveva, consultará á su prelado, invocará las luces del cielo,

redoblará sus austeridades y ayunos, orará incesantemente á fin de confirmarse mas y mas en su eleccion, y no satisfecho aun con esto, correrá á sepultarse en la soledad de Ciervo-Frío, donde como otro Moisés en el desierto, espera que el Omnipotente le dicte sus altos decretos en favor de la humanidad afligida... ¡Ah! No se engañaba aquel corazon generoso y heróico; la mano del Señor habiale dirigido á aquel sitio para designarle un nuevo Aaron, un compañero fiel de sus trabajos, y un insigne cooperador en la civilizadora empresa que le estaba confiada. Allí nuevos prodigios confirman la revelacion misteriosa que un día tuviera el insigne Domingo de Guzman, cuando postrado á los piés de Jesucristo pidiéndole por la libertad de un infeliz esclavo, oyó una voz del cielo que le dijo: «Otros son los designios que acerca de tí he formado. Para la santa obra de redimir á los cautivos cristianos tengo puestas mis miras en Juan, doctor parisiense, cuya caridad y heróicas virtudes tú mismo admirarás un dia (1).» Allí asociado al ilustre anacoreta Felix de Valois, que ya por inspiracion divina supiera la llegada de Juan de Mata, y hallándose ambos departiendo amigablemente al lado de una fuente cristalina, ven pasar por delante un gallardo ciervo, entre cuyas astas aperceben la misma cruz celeste y encarnada que mi Santo Patriarca viera sobre el pecho del ángel en su primer sacrificio. Entonces fué de ver el gozo indefinible de Juan y la admiracion y asombro de Felix; aquel siente saltar su pecho de placer, este experimenta un anonadamiento inesplicable, como que ignora el secreto que aquella vision encierra. Pero cuando el virtuoso solitario oye de los lábios de su huesped la relacion de lo ocurrido, cuando se entera de los precedentes misteriosos del asunto, uno y otro se abrazan mutuamente; únense con los indisolubles lazos de una caridad idéntica; juran ambos consagrar de consuno sus esfuerzos á la mision altamente civilizadora de quebrantar los hierros de la esclavitud; parten á recibir la bendicion de su obispo, y con ella vuelan á Roma aquellos dos ángeles de paz á implorar del Vicario de Jesucristo Inocencio III

(1) Fr. Jacinto Parra, del orden de Predicadores, en su *Rosa laureada*, triunfo 4, pag. 210. Lorca, *Vida de S. Raim. de Peñafort*, c. 7, p. 3, pag. 88.

la bendición apostólica para fundar un orden sagrado bajo la denominación de la Santísima Trinidad, cuyo principal instituto sea redimir los cautivos cristianos del poder de los infieles.

No me detendré á referir la cordial acogida que tuvieron mis dos Santos Patriarcas del ilustrado Pontífice, quien ya en misterioso sueño aprendiera su llegada y los sublimes designios que sobre ellos formará la Divina Providencia. Nada diré de las sabias precauciones que adoptó para asegurarse de la voluntad del cielo en un asunto de tamañas consecuencias, y del fervor con que imploró las luces celestiales antes de pronunciar su soberano fallo. Pero era aquella la obra del Altísimo que se propusiera poner término á las desdichas de una numerosa porcion de la humanidad afligida, y en su consecuencia no podia menos de manifestarse visiblemente. ¡Oh! Jamás podré olvidar aquel gran dia, acaso el más bello y feliz que amaneció para los pueblos oprimidos desde que el sol viene marcando con su sombra la duracion del tiempo, cuando dirigiéndose el Sumo Pontífice á la basilica de San Juan de Letran acompañado de mis dos escelsos Patriarcas y del sagrado Colegio para ofrecer el augusto sacrificio, al llegar á la elevacion de la sagrada Hostia se reproduce la misma vision que Juan de Mata tuviera en su primera misa. Si: allí ve Inocencio III el ángel vestido de blanco con la cruz bicolor en el pecho (1); allí le revela Dios que acepta la fundacion del orden Trinitario; y tal es el convencimiento, y tan sólida la certeza que adquiere sobre el negocio, que al darle su sancion apostólica no pudo menos de esclamar: «Hé aquí un orden cuya aprobacion viene del cielo, pues no ha sido fabricado por los hombres sino que es obra esclusiva de Dios: *Hic est ordo approbatus, non à Sanctis fabricatus, sed à solo Summo Deo* (2).»

(1) Brev. Rom. in offic. S. Johan. de Matha. Lect. 2.^a 2. Noct.

(2) Esto mismo consignó en las Bulas espedidas en favor del orden Trinitario, haciendo mencion de la revelacion antedicha y del especial impulso que tuvo para aprobarle. Confirmanlo los Sumos Pontífices Pio V en su Bula *Cum sicut accepimus*, año 1571; Clemente V, Gregorio XIII y Urbano VIII en varios Breves y Bulas citados por el Maestro Arcos, y Macedo. (Véanse las Decretales de Inocencio III y el Bulario de Cherubini.)

Hed ahí, C. O., el gran triunfo conseguido por la civilización cristiana contra el principio de la esclavitud, y el paso mas gigantesco dado en las verdaderas vias del progreso europeo y de la positiva libertad fundada en la doctrina católica. Bien pudo desde entonces respirar la humanidad afligida bajo el enorme yugo de la tiranía musulmana, viendo llegado el dia de su emancipacion. Los derechos del hombre hasta entonces villanamente hollados, su dignidad ultrajada, su conciencia escarnecida, todo fué reconocido desde el momento en que la caridad personificada en el insigne fundador del grandioso instituto de la redencion de cautivos, tomó á su cargo defender, sostener y reconquistar lo que el despotismo de un poder victorioso usurpára en grave daño de la religion y con no menor mengua de la nacionalidad europea. A mi escelso Patriarca Juan de Mata se debe la gloria de haber iniciado ese gran pensamiento con su correspondencia fiel al llamamiento del cielo; bien así como suyo fué el lauro de haberle llevado á feliz término con inimitable heroismo. Asunto será esto de mi

SEGUNDA REFLEXION.

De poco sirve iniciar un pensamiento útil y beneficioso para la humanidad, si despues de concebido, la ejecucion no corona la obra. ¡Cuántos planes, cuántos proyectos, qué de bellas teorías humanitarias hemos visto abortar antes de salir á luz, burlando mil esperanzas y mil deseos á cuya realizacion estaba vinculado un brillante porvenir! ¡Desgraciados pueblos á quienes ni la historia de lo pasado, ni las lecciones de lo presente bastan para hacerles desconfiar de las promesas de unos hombres que diciéndose en su orgullo los regeneradores de la sociedad, no vienen dejándola otra cosa mas que decepciones amargas, y crueles desengaños, desesperacion y ruinas! No así la caridad cristiana: inspirada por Dios en cuyo seno se nutre, sabe realizar lo que proyecta, y dar cima á las empresas que concibe. Nunca dejó defraudado un buen deseo, jamás

burló una esperanza; do quiera sus obras correspondieron á sus promesas.

El gran pensamiento de libertad iniciado por Juan de Mata era hijo de ese amor divino, rama de ese fecundo tronco. La semilla de la civilizacion estaba arrojada en un suelo fecundo, y no podia menos de brotar prontos y maduros frutos; porque el cielo era quien por el ministerio de mi escelso Patriarca se propusiera impulsar y fomentar aquella grandiosa obra de regeneracion social. Permitidme que omita aquí los numerosos detalles de su vida portentosa que no pueden caber en mi designio atendidas las cortas dimensiones de un discurso. No le seguiré, pues, á Paris, á donde regresa despues de obtenida la sancion apostólica de su nuevo instituto; no le acompañaré á Ciervo-Frío, donde levanta el primer plantel del orden de la Santísima Trinidad; ni tampoco os le mostraré ocupado en redactar las mas sábias leyes y constituciones para el régimen de su religiosa familia. Seguidle vosotros si os place en sus continuas correrias, trabajando infatigable en la fundacion de nuevos conventos que ve multiplicarse prodigiosamente en todas partes, bien así como crece, á manera de las doradas espigas que se alzan en las fértiles llanuras de Egipto, la descendencia de ese nuevo Abraham. Admiradle en buenhora ya en Roma gestionando por la confirmacion de su instituto: ya en Dalmacia y Dioclia reformando las costumbres en su cualidad de legado apostólico cerca del rey Vulcano; ora presidiendo el concilio de Antivari, y estableciendo los mas sábios cánones para el gobierno de aquella diócesis gangrenada por la simonia, degradada por la usura, relajada lastimosamente por toda clase de vicios, y muy en especial por el infame tráfico que los pueblos ejercian con los fieles cautivos que compraban á precio de oro, no para darles la suspirada libertad, sino para reducirlos á una servidumbre mas sensible y dura: ora levantando su elocuente voz en los púlpitos en favor de los desgraciados que gimen en las prisiones de Africa, objeto constante de su inquiescente celo; aquí animando á los príncipes cristianos á la conquista de los Santos Lugares ocupados por los mahometanos: allí enviando sus dos hijos Juan Anglico y Guillermo Escoto con cartas del Papa Inocencio III

al reino de Marruecos para tratar con Mirámamolín del rescate de ciento ochenta y seis cautivos, primicias de su caridad ardiente.

Pero no bastaba todavía esto para el nuevo Moisés cuyo corazón hería de continuo el grito desgarrador de aquellas víctimas. El mismo desea ir á llevarlas la nueva de su libertad, ó á compartir con ellas sus cadenas. Rescatarlas del ominoso yugo africano, ó morir á su lado en sus insalubres viviendas, devolverlas al seno de la patria, ó quedar allí cautivo para prodigarlas sus consuelos y servicios es todo lo que apetece. No conseguirán detenerle en su empresa, ni las ofertas de la púrpura cardenalicia, ni el destino de inquisidor general con que le brinda Su Santidad, ni las honrosas distinciones de los reyes que se disputan su posesion, ni los negocios de la Iglesia que la Silla apostólica tiene confiados á su celo. Despues de haberse immortalizado en la lucha contra la herejia de Albi; despues de haber sostenido con gloria la fé de la augusta Trinidad y fomentado en todas partes el culto de este Misterio; cuando Francia, Italia, España y otros diversos países han visto ya fundarse multitud de conventos de su orden, nuevos baluartes de la religion, y dulce esperanza de la sociedad; ¿qué cosa habria capaz de hacerle cejar en su propósito? ¡Oh! Nada basta á reprimir los ímpetus de aquel corazón heróico. Ya salta al bajel que ha de conducirle á las playas africanas, ya el amigo de la humanidad afligida marcha á través de los mares á llevar el consuelo á los que lloran ausentes de Sion; ya el libertador del oprimido Israel, se acerca al país de los Faraones endurecidos á reclamar el rescate de sus hermanos. Vé, alma generosa, vuela á ser la corona de gloria para los que visten el ropaje del duelo y cubren sus cabezas con el manto de la afliccion; marcha á clavar el estandarte de la civilizacion en el seno de un pueblo bárbaro que goza como en un delicioso festin con la desgracia de sus víctimas, bebiendo en copas de oro las lágrimas del infortunio; apresúrate á hacer resonar el grito de libertad en el seno de la servidumbre y renazca á su eco la paz y la alegria en tantos corazones destrozados que tiempo há solo escuchan los insultos de la tiranía.

Hed en efecto á mi excelso Patriarca pisando las playas de Túnez y penetrando con el pendon sagrado de la cruz en aquella capital,

do le esperan rudos combates, amargos sinsabores, penalidades sin cuento. No importa, empero, esto para quien como Pablo ansía ser anatema por sus hermanos, y gustoso alargará su cuello al hierro infiel á trueque de libertarles á ellos de la opresión. Aflictivo sobre manera es el cuadro que se presenta á su vista. Ancianos cadavéricos que arrastran difícilmente sus cadenas; madres estenuadas que le presentan los tiernos frutos de su amor casi espirantes porque se han agotado en sus pechos las fuentes de la vida con que los alimentaban; jóvenes simpáticos que le muestran sus espaldas surcadas por el azote de un amo desapiadado; doncellas agraciadas que han perdido el carmin que embellecía sus semblantes bajo la acción de duros trabajos á que les condenó la brutalidad de un señor que no pudo triunfar de su virtud; hijos que lloran la muerte desastrosa y cruel de los autores de su ser; padres que han visto sucumbir en los tormentos á los que eran su único apoyo y solaz en el cautiverio; párvulos inocentes que buscan en vano un protector en su horfandad; tal es el espectáculo que desde luego se ofrece á mi escelso Patriarca. ¿Cómo remediar tanta desgracia? ¿Cómo aliviar tanto infortunio? ¿Cómo consolar tanta aflicción? ¡Oh! A los que tan enfáticamente predicán la filantropía filosófica; á los que tanto ensalzan los principios humanitarios del racionalismo; á los que con voz hueca y sonora declaman en favor de la estincion del despotismo y abogan por la libertad de los pueblos, mientras no saben manejar otra arma que la pluma, ó la lengua, pero sin tener valor bastante para hacer el menor sacrificio en pro de los intereses que afectan defender; y sobre todo á los que ingratos á los beneficios que el catolicismo ha hecho en todos tiempos á la civilización europea, se desatan en inyectivas calumniosas para desprestigiarle, ya que ellos son incapaces de prestarla el menor servicio; á estos quisiera yo poder trasladar al teatro en donde Juan de Mata desplegó las bellezas de su mision redentora, para que aprendiesen dónde está la verdadera filantropía, la humanidad, la fraternidad, el amor positivo del prójimo. ¡Ah! Allí verian á mi escelso Patriarca descender á los hediondos calabozos á llevar la palabra de paz á las infortunadas víctimas del despotismo; curar al herido, alentar al vacilante, abrazar al moribundo,

sostener al débil, reanimar al que veia próximo á sucumbir en el tormento, y fomentar en todos la verdad católica, á la vez que les prodigaba los consuelos y servicios de una caridad activa é ingeniosa. Verianle designado como el blanco de las iras de la barbarie africana que no pudiendo tolerar los triunfos de su celo y las conquistas que diariamente reporta para la fé, convierte contra el inofensivo rendidor toda su rabia, vejándole, maltratándole, apaleándole con inhumanidad hasta dejarle cubierto de heridas y de sangre. Verianle gozoso en padecer todo género de tormentos por el nombre de Jesucristo, arrostrar con santa intrepidez los mayores peligros, esponerse á la muerte, luchar con la sórdida codicia del insaciable musulmán, hacer frente á su inconsecuente volubilidad, y ajustar por fin el rescate de mas de doscientos esclavos. Verianle, mal satisfecho de este insigne triunfo, gestionar por la redencion de los que aun quedaban en el cautiverio, ofrecerse generosamente á quedar por ellos en rehenes, aceptar gustoso las cadenas de todos á trueque de devolverlos á la madre patria, y no pudiendo conseguir su deseo de la barbarie mahometana, recurrir fervoroso á la divina Madre de la piedad, quien por medio de un prodigio le proporciona abundantes recursos para comprar la libertad de cuantos cristianos gimen en las mazmorras de Africa.

Renuncio, señores, á describir el tierno cuadro de aquella escena hasta entonces nunca vista. No basta la mas patética elocuencia á pintar con sus verdaderos coloridos el bello triunfo de la Caridad cristiana reportado por mi escelso Patriarca. Jamás la Europa civilizada presenció un espectáculo tan conmovedor como el que presentaban aquellos centenares de hijos suyos de todas clases, condiciones y sexos, saludando despues de muchos años el suelo natal de donde les arrancára la tiranía, entre las aclamaciones y los vitores de una muchedumbre entusiasmada que les tiende sus brazos desde el puerto. En vano el mahometismo despechado al ver escapárseles las víctimas de su crueldad hace la última tentativa por impedir el triunfo de la religion. Rompa en buenhora los mástiles del buque portador de aquellos preciosos despojos de la victoria de Juan de Mata, despedace la quilla, inutilice el timon, rasgue las velas y destroce casi

por completo la embarcacion... Mi escelso Patriarca confiado en el cielo enarbola su manto sobre un pedazo de mastil en forma de vela, iza el escapulario de la Santisima Trinidad en lo mas alto del buque, abraza la cruz del Redentor, habla á los vientos, y obedeciendo estos su voz poderosa conducen felizmente el destrozado bajel hasta el puerto de Ostia. Id, felices cautivos, libres ya de vuestra servidumbre á recibir los plácemes y felicitaciones de los mas caros objetos de vuestro corazon; id á disfrutar bajo el hogar doméstico de los puros goces de la libertad que el cristianismo os devolviera á costa de tan heroicos sacrificios; id á abrazar á vuestros padres, hijos, esposas, hermanos, deudos y amigos, y á contarles vuestros pasados sufrimientos y martirios; id á llorar de júbilo con los que por vosotros derramaron lágrimas de pesar y de amargura; y cuando en medio de la tranquilidad y del reposo gustéis de las delicias de una dicha que no esperábais, no olvidéis al modesto y generoso sacerdote que á riesgo de su libertad y de su vida corrió á llevaros ese precioso don. Sepan ellos y sepa la Europa entera que por él respirais libres el suave ambiente de la patria, y que á su heroismo debéis lo que nunca hubiérais conseguido por los impotentes esfuerzos de una política débil y cobarde que no conoce los sublimes secretos del amor divino que emana del cielo. Mientras vosotros tal vez con el tiempo dejareis marchitar en vuestra alma esos bellos recuerdos de lo pasado, Juan de Mata continuará hasta el fin de sus dias su mision civilizadora; marchará á Valencia sojuzgada por los moros, y allí rescatará millares de cautivos que, como vosotros en otro tiempo, sufren los tormentos de la esclavitud. Tornará á Italia, y allí resplandecerá como un astro de primera magnitud por sus acertados y sabios consejos en el Concilio de Letrán. Irá á Francia, y á pesar de los honoríficos títulos de limosnero, consejero y teólogo con que el gran Felipe Augusto se empeña en demostrarle su veneracion y afecto, huirá á su amado retiro de Ciervo-Frío á sepultarse en la oscuridad y trabajar allí en el fomento de su instituto. Cargado por último de abundantes laureles, morirá en el ósculo del Señor; pero dejando en pos de si una estirpe inclita que continuará á través de los siglos la grande obra de regeneracion iniciada por su génio creador.

19 Ahí están en efecto los monumentos que la caridad de Juan de Mata ha legado al mundo. Las numerosas casas del orden Trinitario que fundó y que después se multiplicaron de una manera casi fabulosa (1); las maravillosas redenciones de cautivos que por sí y por sus hijos hiciera en los países dominados por el mahometismo (2); los servicios sin cuento que prestó á la religion y á la humanidad desgraciada, hablan mas alto en su favor que cuantos elogios pudieran hacerse. Donde quiera podrá decirse sin temor de ser desmentido, que Juan de Mata fué el primero á quien el cielo plugo elegir para hacer alianza con un pueblo de predileccion; para llevar el consuelo y la dicha á los corazones quebrantados por la mas dura servidumbre; para dar el primer grito de libertad cuando todo el continente europeo se veia amenazado por el mas fiero despotismo; para realizar en su persona el mas bello ideal de la fraternidad cristiana y el triunfo mas brillante de la civilizacion contra el principio de esclavitud, y para dar el primer impulso en las vias del verdadero progreso y de la libertad positiva fundados en la doctrina católica: *Spiritus Domini super me... Misit me ut mederer contritis corde, et predicarem captivis indulgentiam; ut ponerem iugentibus Sion coronam pro cinere, pallium laudis pro spiritu mœroris, et vocabuntur in ea fortes justitiæ, plantatio Domini ad glorificandum.*

20 Hé ahí tus glorias, oh escelso Padre y Patriarca mio, glorias que jamás podrá disputaros la envidia ni arrebataros la calumnia. Consignadas están en la historia; ella responderá á los que con torpe ingratitud intentasen amancillar vuestra memoria. Tambien lo son del catolicismo de quien fuisteis el eco fiel y el órgano visible;

(1) Honorio III, en su Bula espedita el año 1216 (diez y ocho años después de la fundacion del orden de la Santísima Trinidad), espresábase en estos términos: «Cum ordo Santæ Trinitatis modernis temporibus inceperit, ei que Dominus tantum dederit incrementum, quod à mari usque ad mare palmites suos jam extendit, etc.» (Cherub. in Bullar).

(2) En treinta mil calcula un sábio escritor los cautivos rescatados por San Juan de Mata y sus hijos en el espacio de 400 años. (V. Histoire des bienfaits du Christianisme. Chap. IX. pag. 153. Paris 1833.)

y por eso hoy os tributa un justo homenaje de reconocimiento ensalzando vuestro nombre, cantando vuestras alabanzas y eternizando vuestros triunfos. Hijos vuestros los que en este momento rodeamos vuestros altares, si bien ramas violentamente arrancadas de su robusto tronco, hacia vos levantamos nuestros ojos mojados con el llanto. Hednos lanzados de aquellos hogares en que á vuestra sombra crecimos y nos alimentamos con vuestra doctrina. A manos extrañas pasaron nuestras casas, y cual piedras dislocadas del augusto edificio que vos levantásteis, esparcidos andamos por las calles y plazas de Babilonia, ausentes, quizá para siempre, de nuestra amada Sion. Aun así, jamás olvidaremos á la que nos cobijó en su seno maternal y en sus amantes pechos nos amamantó en días mejores. Al menos, si en los inescrutables decretos de la Providencia se halla consignado nuestro indefinido ostracismo, seamos donde quiera hijos dignos de tan escelso Padre, y merezcamos mediante la imitación de vuestras virtudes, lograr un día á vuestro lado un sitio preferente en la mansion de la inmortalidad.

SERMON PANEGÍRICO

PARA EL DÍA DE SAN MATIAS APOSTOL.

Cecidit sors super Mathiam, et annumeratus est cum undecim apostolis.

Recayó la suerte sobre Matias, y fué agregado al número de los once apóstoles.

ACT. I. 26.

¡Cuán incomprensibles son los designios de Dios sobre sus criaturas! ¡Cuán investigables las vías por donde conduce á sus escogidos al fin para que los ha destinado! Jamás el hombre fué capaz de medir los abismos de la infinita sabiduría ni de sondear el inmenso océano de su justicia. ¡Y ay del que intentase escudriñar arrogante la majestad del Altísimo! Su temeridad no tardaria en sentir el peso de la gloria del Señor quedando oprimido bajo de ella. Con estas palabras espresaba el Apóstol su asombro ante el inefable misterio de la predestinacion del hombre, secreto inconcebible que plúgo á la Divina Providencia ocultar á la ciencia carnal del siglo, reservándose el privilegio de disponer á su beneplácito de los destinos de los mortales, sin menoscabo de su libre alvedrío. ¡Y cuán visiblemente ostenta á nuestra vista los efectos de su poder y de su soberania! Con la misma mano que coloca al príncipe sobre un radiante sόlio, hácele descender de él cubierto de baldon y de ignominia. Con igual facilidad que eleva al simple pastor David á ocupar el trono de los reyes de Judá, hace rodar por el polvo al prepotente Manasés. Del mismo modo que prolonga la existencia de Ezechias en su lecho de muerte para que siga reinando en Israel, cuenta los dias de Balthasar, y fija la época de la ruina de su imperio en lo mas animado de un festin.

El que hace de Saulo, perseguidor de la Iglesia, un vaso de eleccion destinado á llevar el nombre de Dios hasta los últimos confines de la tierra, permite que Judas caiga de la cumbre del apostolado en la mas horrible apostasia. Y á la par que reprueba al indigno discípulo que reniega de su Maestro entregándole á sus enemigos, dispone que Matias entre á ocupar el puesto que aquel dejara vacante en el apostolado.

Tales son, M. A. O., las importantes reflexiones que me inspira la presente solemnidad. En vista de la eleccion del santo apóstol, cuya memoria hoy celebramos, mi alma experimenta sensaciones bien diversas, de justo temor unas al contemplar los terribles efectos de la caida de su predecesor, de admiracion y entusiasmo otras al ver reemplazado en su puesto al objeto de nuestros cultos, con tanta gloria para el que le eligiera como utilidad para el naciente cristianismo. Olvidemos por hoy la reprobacion del apóstata para gozarnos en la predestinacion del justo; prescindamos en lo posible de las causas que motivaron la ruina del discípulo traidor, para ocuparnos exclusivamente de las glorias del discípulo fiel. El dolor que justamente ocasiona el recuerdo de la trágica escena verificada en la persona del primero, compénsanla sobreabundantemente las conquistas que la fé reportara por el ministerio del segundo, y el heroismo con que supo llevar á cabo la alta mision que le confiara el cielo.

Un apóstol que lleno de generoso ardor por la religion sancionada en el Calvario, se lanza intrépido á la arena, y marcha á llevar el Evangelio de Cristo á las diversas provincias de aquella nacion incrédula, que acaba de sacrificarle á su venganza condenándole á morir en un suplicio; un héroe que con abnegacion magnánima secundando el gran pensamiento de su divino Maestro, se consagra á sembrar en un terreno, humeante aun con la sangre del Justo por excelencia, los gérmenes de la cristiana civilizacion, luchando hasta morir con sus envejecidas preocupaciones y con los envenenados ódios de un pueblo que en su ciega obstinacion juró el estermínio de la doctrina del Nazareno crucificado, ¿no es ciertamente un objeto digno de nuestro mas cordial entusiasmo? Pues ved ahí lo que hoy somos llamados á admirar en San Matias, cuyos triunfos canta la

Iglesia católica, eco fiel de aquel himno inmortal que en su loor resuena en la patria de los bienaventurados. «Consideremos su prodigiosa vocacion al apostolado, y la constante fidelidad con que supo corresponder á ella llenándola á satisfaccion del que le eligiera;» y á la vez que rendimos un justo homenaje al heroismo cristiano, encontraremos poderosos motivos que nos estimularán á su imitacion. Tal es el fin que me propongo en el presente discurso, etc.

REFLEXION UNICA.

— Cuanto distan las obras de Dios de las obras del hombre, otro tanto se diferencian los medios con que uno y otro proceden en la ejecucion de sus designios. Por parte del primero, brillan donde quiera la sabiduria, la bondad, la justicia y todos esos caractéres que marcan el sello de la divinidad en cuanto sale de su mano: por parte del segundo, frecuentemente se observa en sus acciones la pasion, la arbitrariedad, el cohecho, la injusticia y demas vicios que son como inherentes de una naturaleza enferma en su origen y desordenada en su progresiva marcha, merced á los mil elementos de corrupcion que viene haciendo á través de los siglos. Tal vez en ninguna otra cosa se manifiesta tan visible esa diversidad de caractéres como en la eleccion que Dios hace de los que predestina á su servicio, y en la que hacen los hombres de aquellos á quienes llaman al desempeño de ciertas funciones sociales. En esta la fuerza, la coaccion, la intriga, el favoritismo y otros cien resortes que se ponen en juego, predominan casi siempre sobre el derecho ó el mérito, y son la suprema ley á que se subordina el porvenir de las criaturas. En aquella, por el contrario, la mas estricta equidad, pesa en su balanza los merecimientos del hombre, y nada influyen en sus destinos ni el poder, ni las riquezas, ni el génio, ni ninguna de esas vanas esterioridades que á veces encubren las mas torpes miserias.

Observemos esta conducta admirable de la Providencia respecto del apóstol San Matías. ¿Cuál resplandecen en su elevacion al apóstolado todos los caracteres de una eleccion divina! ¿Por qué medios tan extraordinarios pero á la vez tan procedentes y justos le llama á ocupar el puesto que dejara vacante el pérfido Judas! Nada hay en este hecho que no revele la accion de la infinita sabiduria; todo en él descubre que es Dios quien mueve las voluntades, crea en los demas apóstoles unos pensamientos tan concordés, dirige sus sufragios, y sanciona desde las altas cumbres del cielo lo que ellos fallan en la tierra. Aun estaban recientes las sangrientas huellas de la victima del Gólgota. El Salvador glorificado acababa de subir al reino de su Padre celestial á presencia de sus discípulos que quedaban lamentándose de su horfandad y esperando el cumplimiento de las promesas del divino Maestro. Reunidos se hallaban en el Genáculo, cuando Pedro en su qualidad de jefe del colegio apostólico y cabeza visible de la nueva Iglesia, levántase en medio de los demas, y con su voz autorizada hace presente la necesidad de proceder con toda urgencia á proveer la vacante del traidor Judas dándole un sucesor. Unánimes convienen todos, y proponen al efecto dos sugetos de reconocida virtud y de indisputable mérito entre los que habian seguido al Salvador en sus expediciones, á saber, Barsabás denominado el Justo, y Matías. Mas no acertando á cuál de ambos dar la preferencia, recurren á la oracion, suplican fervorosamente al Señor se digne manifestar su divino beneplácito en la eleccion; y hecho esto, proceden desde luego á sortear entre los dos concurrentes segun costumbre antigua de los judíos, recayendo la suerte en Matías que fué inmediatamente agregado al número de los apóstoles de Jesucristo: *Cecidit sors super Mathiam, et annumeratus est cum undecim apostolis.*

De este modo refieren los sagrados libros la eleccion de nuestro Santo Apóstol: y ¿quién no admira en ella manifestada de un modo prodigioso la voluntad suprema de Dios? ¿Quién no observa con asombro las circunstancias especialísimas que en ella concurrieron, y que evidencian su origen celestial? Quizás haya algunos géneos frívolos y descontentadizos que mal satisfechos con este género de

eleccion hubieran preferido mas bien una manifestacion visible de la diuinidad, tal cual en el Thabor se verificó respecto de Jesucristo cuando la voz del Padre Eterno le aclamó su hijo predilecto, ó como en los caminos de Damasco cuando el eco de este derribó á Saulo del fogoso corcel para llamarle á ser el conquistador intrépido de las naciones. Pero aparte de que no es al hombre á quien cumple designar á Dios los medios que debe adoptar para la realizacion de sus altos designios, y de que hay una arrogancia sobradamente insensata en querer disputarle su sabiduría; ¿qué hay en la eleccion de San Matías que no sea extraordinario y milagroso de cualquier modo que se considere, ya se atienda al principio de donde dimana, ya á las formas en que se verifica? Ciertó que no fué Jesus en persona quien, como allá en las orillas de los lagos ó en las ocupaciones del fisco llamára á los demas apóstoles, designó á nuestro Santo para tan elevada dignidad; ciertó que no intervino aquella voz mágica y poderosa que con sólo decir: «venid en pos de mí,» transformaba los rústicos pescadores de Galilea en fervorosos heraldos de la verdad. ¿Mas qué importa esto á nuestro propósito? ¿Desmerecerá por eso en lo mas mínimo la corona brillante que el cielo colocó sobre las sienes de nuestro Apóstol, accediendo á los ruegos de sus discípulos que le confiaran la direccion de las suertes que debian decidir entre los presentados para la vacante de Judas? ¿No están en las manos de Dios los destinos del hombre, y no es él quien de ellos dispone conforme á las ideas que se ha propuesto? ¿Achacariase por ventura á un mero azar la eleccion de Matías, tratándose de un asunto de tal importancia y de consecuencias tan inmensas? ¿Abandonaria el Señor al acaso un negocio en que tan interesada se hallaba su gloria? La simple hipótesis repugna y se resiste altamente al buen sentido, mucho mas á la idea que tenemos de los divinos atributos y en especial de esa Providencia admirable, que desde lo mas elevado del empireo vela sobre el mundo, y dirige y gobierna todos los acontecimientos humanos. ¿Cómo pues admitir el hecho sin ofender la majestad del Señor?

No, M. A. O., antes bien si alguno pudo decir con verdad con San Pablo que su vocacion al Apóstolado no fué obra de los hombres,

sino directamente de Dios, nadie podrá negar esta gloria á San Matías, y en mal hora intentaria el error ó la incredulidad marchitar con envenenados sofismas los laureles de su diadema. Jesucristo fué quien con su gracia le llamó suavemente á seguir sus huellas cuando por las ciudades y pueblos de la Judea ejercia su mision regeneradora; él fué quien le hizo perseverar constante en su servicio á través de los peligros y de las duras pruebas que hubo de experimentar su fé; él fué quien inspiró á los demás concólegas para que le propusiesen como uno de los mas dignos sucesores de aquel puesto que tan indignamente ocupára el discípulo avaro y venal; él fué quien desde el cielo dirigió las suertes haciendo que por unanimidad cayeren sobre su persona. ¿Pudo ser mas espresa la voluntad de Dios? Bien sea que admitamos la opinion de ciertos espositores sagrados que interpretan esta eleccion por un asentimiento uniforme de los apóstoles reunidos en concilio; bien adoptemos con preferencia la version mas autorizada del sorteo por cédulas, ó por sufragios, conforme á la costumbre hebrea; de cualquier modo es constante é indudable que la Providencia influyó directamente en esta eleccion y que ella fué obra esclusivamente del cielo, quien se propuso sustituir á Matías por piedra firmísima del cimiento de la Iglesia de Jesucristo en lugar de aquella otra que la mano del ángel apóstata arrancára del augusto edificio. Y si á lo dicho se añade, segun una tradicion no impugnada hasta el dia, que en el acto de ser elegido nuestro Santo para llenar las ruinas del Apostolado, una luz brillantísima que posó sobre su cabeza inundó el cenáculo como para confirmar visiblemente la eleccion; ¿qué mas necesitaríamos para persuadirnos de que él era el destinado en los decretos del Altísimo á desempeñar la mision del réprobo Judas, llevando el Evangelio hasta las estremidades de la Judea y proclamando donde quiera el gran principio de la civilizacion cristiana?

¡Oh! Nada mas admirable que la fidelidad con que nuestro Santo supo corresponder al llamamiento divino; nada mas digno de nuestro entusiasmo que el heroismo con que llevó á cabo su mision regeneradora. No bien el Espíritu Santo descende sobre los apóstoles el dia de Pentecostés, cuando ardiendo en celo por la gloria de Jesu-

cristo se le vé lanzarse al combate sin mas armas que la cruz, sin otro apoyo que su fé, sin mas elementos que la confianza en las divinas promesas. ¡Lucha terrible en que tenia por enemigos todas las pasiones de una nacion obstinada é incrédula que se negára á reconocer por Mesias á Cristo; todas las preocupaciones de un pueblo que le condenára á morir como impostor y sacrilego; todos los odios de una generacion que mirando en el Dios-Hombre un conspirador hábil y temible habia aceptado su sangre derramándola gota á gota, y posponiendo su vida á la del mas infame bandido! Con enemigos tan formidables debia medir sus fuerzas Matias, puesto que en el repartimiento del mundo que hicieron los apóstoles para llevar la luz del Evangelio, tocárale en suerte la Judea, país tanto menos dispuesto á admitir la nueva doctrina y el nuevo culto, cuanto era él el que habia consumado el mas horrendo deicidio en la persona del Mesias. No importa: muchas y terribles podrán ser las contradicciones que experimente; innumerables los trabajos que sufra, inminentes los peligros que haya de correr, sangrientas las persecuciones que le esperen en tan apostólicas tareas; pero mayor que todo ello es todavía su fé, mas grande su esperanza, y superior de todo punto la caridad que arde en su pecho. Animado por estas tres virtudes, ganoso únicamente de sellar con su sangre el testimonio de la divinidad de Jesucristo, y de fomentar y promover su gloria en todas partes, le vereis recorrer toda la Judea predicando el nombre de Jesus, confundiendo á los enemigos de la Cruz, refutando los errores de la Sinagoga, anunciando las sublimes verdades de aquel código que reemplazára á las antiguas enseñanzas, proclamando los eternos principios de orden, de fraternidad, de union, de amor mútuo y demás consignados en la nueva legislacion del Calvario, inculcando la penitencia como primera condicion para ser reengendrado en Jesucristo é iniciado en los misterios de su religion. Le vereis penetrar hasta lo interior de la Etiopía llevado en alas de su celo, padeciendo innumerables trabajos, tolerando privaciones sin cuento, acechado constantemente por enemigos encarnizados, siendo el objeto de los mas crueles tratamientos; pero siempre imperturbable, siempre animoso, siempre heroico, dejando á su paso gérmenes fecun-

disimos de civilizacion cristiana, haciendo asombrosas conversiones, creando elementos de moralidad, rectificando las creencias, los hábitos y las costumbres de los pueblos que evangelizaba recogiendo abundantes frutos de fé, y haciendo inmensos laureles que añadir á la diadema del rey inmortal del Calvario. Cuenten otros los trofeos con que ese insigne conquistador evangélico engalanó á la Esposa mística del Cordero; digan los prodigios de celo obrados por él en su larga vida apostólica; enumeren los tormentos que le hizo sufrir la perfidia judáica mal avenida con sus predicaciones é impotente para hacerle desistir de su gloriosa mision; consagren himnos de victoria á su preciosa muerte tolerada con valor imperturbable bajo una nube de piedras por anunciar la divinidad de la víctima del Gólgtha. Por mi parte, en la imposibilidad de referir detalladamente sus altos merecimientos, heroicas virtudes, hechos insignes y servicios importantísimos, me limitaré á admirar en silencio cuán poderosa es la influencia de esa religion que desde su cuna y por entre tantos elementos de oposicion y ruina, viene triunfando de todos los errores, disipando uno á uno todos los sofismas de la inteligencia y las pasiones todas del corazon que en su daño se conjuraron, abatiendo la arrogancia de tantos y tan encarnizados enemigos, abriéndose paso á través de todas las escuelas que la han impugnado, sojuzgando todos los poderes que intentaron disputarla un terreno conquistado á fuerza de abnegacion y de heroismo, y plantando donde quiera sus estandartes á despecho de cuantos en el trascurso de mas de diez y ocho siglos la han jurado guerra á muerte y pretendido abrir su sepulcro. Todo esto me recuerda hoy la solemnidad del apóstol San Matias, uno de los primeros héroes que tan eficazmente contribuyeron al establecimiento, propagacion y fomento de esa religion de caridad y de amor, de ventura y progreso positivo, iniciada por el Hombre-Dios y con su sangre sancionada en el árbol del sacrificio. ¡Gloria pues á los grandes génios que, proponiéndose llevar á cabo el gran pensamiento de regeneracion allí proclamado, supieron inmolarse generosamente ante las aras de la fé, consagrando su vida de pensamiento y accion á desenvolver el plan divino, y á desarrollar los inmensos gérmenes

de dicha social que envuelven los principios evangélicos! ¡Honra y prez á los héroes cristianos que fieles á la mision que les confiara el cielo, nos legaron intacta y pura esa doctrina que contiene todos los elementos de dicha temporal y eterna que el hombre necesita para caminar en la tierra hácia sus verdaderos destinos! ¡Bendicion perpétua á los que á costa de fatigas y trabajos lograron trasmitirnos ese precioso depósito de verdades que alientan nuestras esperanzas, consuelan nuestras amarguras, nos fortalecen en la adversidad, nos enseñan á obrar el bien y á practicar la justicia, y á cuyo constante ejercicio hállase vinculado nuestro dichoso porvenir!

Y tú, apóstol santo, Matías heróico, que tan dignamente correspondiste á la portentosa eleccion que de tí hiciera el Señor para la alta dignidad de heraldo de sus grandezas, recibe hoy los plácemes y parabienes de este pueblo católico, que encuentra una indefinible satisfaccion en celebrar tus glorias y en solemnizar la memoria de tus ilustres triunfos. A tí, que tanto contribuiste á propagar la fé y la religion que tenemos la dicha de profesar, que tan constantemente trabajaste por fomentarla, y con generosidad tan heróica ofreciste ante sus aras tu preciosa existencia, á tí consagra hoy el catolicismo un himno de alabanza, y nosotros, ecos suyos, le repetimos complacidos. Defiende desde el cielo las verdades que en la tierra con tanto valor sustentaste. Vela por ellas, para que nunca prevalezcan los que en su odio satánico ó en su lastimosa ceguedad las impugnan y aspiran á desterrarlas del mundo. No lo harán, no, porque ellas están mas altas que esos pigmeos, y vanamente intentan llegar con su mano profana al arca santa en que están depositadas. Empero no por eso necesitamos menos de un auxilio poderoso los que estamos llamados á vivir en el seno de un siglo que no pierde ocasion de calumniar nuestras creencias. Si estas son invulnerables, no lo somos nosotros, débiles cañas que el mas leve soplo puede fácilmente tronchar. Ayúdanos pues, apóstol santo, con tus plegarias; consíguenos del cielo las gracias que necesitamos para permanecer constantes en nuestra fé hasta el fin de nuestros días, y merecer en recompensa de ella la diadema inmortal de la gloria.

SERMON PANEGÍRICO

PARA EL DIA DEL ANGÉLICO DOCTOR SANTO TOMAS DE AQUINO.

*Cor suum tradet ad vigilandum diluculo ad Dominum qui fecit illum...
Tamquam imbres mittet eloquia sapientia suae... Non recedet memoria ejus,
et nomen ejus requiretur à generatione in generationem.*

Desde muy temprano dirigirá su corazón al Señor que le crió... Derramará como la lluvia las máximas de su sabiduría... Será imperecedera su memoria, y su nombre será repetido de generacion en generacion.

ECCI. XXXIX. 6, 9, 13.

CUANDO el ilustrado Apóstol de las gentes traza el bello catálogo de aquellos hombres que con sus heroicas acciones supieron conquistar-se un gran renombre y una loa eterna; cuando forma el elogio de Abél, Enoch, Noé, Abraham, Isaac, Jacob, José, Moisés, David, Samuel, entre otros muchos personajes célebres por su fé cuyos nombres pasa en silencio en gracia de la brevedad (1), nos da á conocer de un modo incontestable que en todos tiempos ha habido almas privilegiadas dignas de Dios á quien fielmente sirvieron, y no menos dignas de figurar en la historia como objetos de una alabanza justa. El mismo Espiritu Santo se encarga de celebrar en los divinos libros (2) á los hombres ilustres en quienes el cielo hizo brillar sus magnificencias, embelleciéndoles con una virtud sobrehumana, y derramando en ellos las riquezas de una sabiduria sin limites, con la que anunciaron á los pueblos cuanto hay de mas recóndito y misterioso en los venerables monumentos de la antigüedad, y depositando en

(1) Ad Hæbr. XI.

(2) Eccí. XLIV. 15.

sus buenos hijos el Testamento del Señor, lo trasmitieron felizmente de una á otra generacion, mereciendo por ello que sus nombres sobrevivan á las ruinas del sepulcro, y que su memoria se perpetúe hasta la mas remota posteridad.

Y ved lo que hoy hace la Iglesia católica aleccionada por su divino Maestro y Fundador, llamando á todos sus fieles hijos á celebrar las glorias y á admirar las grandezas del incomparable Tomás de Aquino, del Angel de las Escuelas, del Doctor universal, del génio mas fenomenal que conoció el mundo científico, del modesto cuanto erudito hijo del gran Guzman, del aventajado discípulo de Alberto Magno, del hombre que asombró al orbe con su ciencia y le edificó con su virtud, del compendiador esceleste de los Padres de doce siglos, del oráculo de los Concilios, del norte fijo á quien las mas insignes academias de Europa han seguido en sus doctrinas, y hasta el mismo Vaticano ha citado siempre con respeto y entusiasmo en sus canónicas decisiones.

Tal es, M. A. O., el grandioso objeto de estos solemnes cultos, y el héroe á quien debo elogiar. Mas ¡ay! que mi embarazo crece considerablemente en proporcion de mi reconocida insuficiencia ante tan vasto é inagotable océano de maravillas. ¿Qué podré decir que sea digno de Tomás, á quien recomiendan altamente cincuenta años de una vida preciosa empleada esclusivamente en el ejercicio de las mas heroicas virtudes, en el continuo trato con Dios, en la maceracion de la carne, en la ilustracion de su espíritu, en la defensa de la religion, en el estudio de las ciencias, en la enseñanza del mundo con la doctrina mas pura y clara que bebió á torrentes en las mismas llagas del Salvador (1)? Los sábios han publicado su gloria, los Santos han respetado su piedad, los Pontífices han aplaudido sus milagrosos escritos, la Iglesia entera ha hecho suya la doctrina del gran Maestro. Jesucristo mismo se ha declarado satisfecho de sus trabajos (2). ¿Qué mayor elogio puede hacerse de él? La Italia que le vió nacer, la Francia donde enseñó, Roma á quien

(1) Brev. Rom. ad diem 7 Mart.

(2) Ibid.

(1) Ad Hebr. XI.

(2) Eccl. XIVA. 18.

edificó, el catolicismo que beneficios tantos reportó de sus talentos, la tierra toda que ilustró con sus inmortales páginas, el cielo donde fueron premiados tan heroicos servicios, ¿no son otras tantas voces que con elocuente, si bien mudo lenguaje, preconizan los prodigios de Tomás de Aquino tejiéndole una aureola de gloria y de inmortalidad?

Constituido no obstante hoy órgano é intérprete harto débil de los votos de este religioso claustro, y precisado á pronunciar el panegirico de mi angélico Doctor, voy á simplificar cuanto me sea posible mis ideas, temeroso de perderme en ese insondable mar de virtud y de sabiduría. Su especial mérito á mi ver consiste en haber sabido reunir á sus superiores talentos la mas acendrada piedad, armonizando con la bondad de una vida pura é intachable todas las riquezas del génio, que tan frecuentemente deslumbran al débil mortal. Puede decirse muy oportunamente de nuestro héroe, que la Sabiduría infinita dirigió su inteligencia, y el amor divino se encargó de formar su corazon. Tomás de Aquino se santificó por la donacion que hizo de su espíritu al Señor: *Cor suum tradet ad vigilandum diluculo ad Dominum qui fecit illum.* Tomás de Aquino ilustró á la Iglesia universal con su doctrina: *Sicut imbres mittet eloquia sapientie suæ.* O mas conciso en una sola proposicion: «Tomás de Aquino fué UN SABIO, SEGUN EL ESPÍRITU DE DIOS, cuya memoria es siempre grata al catolicismo, y cuyo nombre repiten con orgullo todas las generaciones:» *Non recedet memoria ejus, et nomen ejus requiretur à generatione in generationem.* Ved descubierto el plan de mi discurso, etc.

AVE MARÍA.

REFLEXION UNICA.

Varias son las dotes que el espíritu de verdad exige del hombre que aspira á merecer la denominacion de sábio segun Dios. Entre estas la primera y como la base en que descansan las demás, consti-

túyela una donacion completa de la inteligencia y del corazon á aquel de quien depende todo conocimiento útil, toda luz y todo don perfecto. Y ved, señores, lo que desde luego hiciera Tomás de Aquino, preparándose de este modo á recibir el inmenso caudal de ciencia con que en su dia debia ilustrar al mundo. Basta observar la aurora de ese Sol de la Iglesia, para inferir cuáles serán los resplandores que derramará llegado al zénit de su carrera.

Aun no habia cumplido un quinquénio, cuando por la amabilidad y modestia de su semblante, por la compostura de todas sus acciones, por la clara comprension de su entendimiento, por la buena inclinacion de su voluntad, por su amor al retiro, por la fuga de los entretenimientos pueriles y por la innata piedad que le era característica, reconocieron los ilustres condes de Aquino que aquel fruto de bendicion estaba llamado á grandes destinos, y á ser con el tiempo la honra de su stirpe, el blason de su familia, la gloria de la Iglesia; por lo que determinaron confiar su educacion á los virtuosos y sábios hijos del gran Benito. Allí en el monte Casino donde se reproducia el fervor de la antigua Tebaida entre los mas preciosos monumentos del humano saber, que huyendo de la barbarie buscáran un asilo á la sombra de los góticos cláustros, fué donde Tomás aprendió los primeros rudimentos de las letras. Allí se veia al nuevo Samuel pendiente de la voz del Señor, y echando los sólidos cimientos de aquel suntuoso edificio de santidad y sabiduría que andando el tiempo asombraría el orbe. Allí su vasto ingenio aunque oculto bajo ciertas esterioridades que parecian prevenir muy poco en su favor, nutriase de las eternas verdades que emanan de la divina esencia cuya grandeza era el tema constante de sus meditaciones. Allí, en fin, con un corazon tan recto, con tan soberanas ilustraciones, movido por Dios, guiado por maestros virtuosos, y parapetado contra la corrupcion del siglo, pasaba los dias y las noches perfeccionando su espíritu, y ofreciendo continuamente su corazon en aceptable holocausto á la majestad divina. Todo lo observan cuidadosamente los escelentes cultivadores de aquel tierno arbusto plantado en la casa del Señor: complácense en verle producir los mas sazonados frutos de honestidad y de virtud; y conci-

biendo acerca de él las mas halagüeñas y fundadas esperanzas, persuaden á sus padres le destinen á alguna de las mas florecientes universidades donde pueda ilustrar su bello entendimiento y recibir una educacion digna de su ilustre rango.

Vedle de hecho dedicado al estudio de la filosofia y de las letras humanas, y haciendo en ellas marcados progresos, á pesar de la modestia con que trataba de ocultarlos, atrayéndose por ello las censuras y amargos apóstrofes de sus condiscipulos. Mas nada le afecta á Tomás el epíteto de buey mudo con que frecuentemente le hieren, y mucho menos bastan los malos ejemplos de una juventud licenciosa á separarle un punto de la senda que se ha trazado y de sus hábitos de religiosa piedad. ¿Quién no le admiró asistiendo diariamente con suma edificacion al santo sacrificio, buscando los sitios mas ocultos para consagrarse á la oracion, sin faltar por eso á sus tareas escolásticas, y practicando con la mayor constancia los ejercicios de la mas sólida y tierna devocion? ¡Oh! Dijéranlo los maestros que dirigian su educacion, sus mismos compañeros de clase, y cuantos tuvieron ocasion de observar su conducta irreprehensible, que mas de una vez hizo saltar el rubor al semblante de los discipulos y dispados. Asi es que, no teniendo otra idea que la de ser todo de su Dios y ordenando á este sublime fin todos sus pensamientos, palabras y acciones, desde luego experimentó una proteccion decidida del cielo, que nada parecia omitir para hacer suyo aquel corazon tan bueno y generoso. ¡Qué de gracias, qué de auxilios no le concedió para llevar á cabo su heróico empeño de consagrarse al servicio de Dios en el silencioso retiro del cláustro! Era á la sazón el insigne órden de Santo Domingo de Guzman, el precioso plantel que atesoraba los gérmenes mas fecundos de ciencia y de santidad. Distinguiase como el mas firme baluarte de religion, como el apoyo mas incontrastable de la Iglesia, como el núcleo de la verdad católica y el azote de la heregia. En aquel asilo de la inocencia y de la virtud, determina Tomás refugiarse contra el libertinage y la corrupcion, cual otro David en la soledad del Carmelo, como Elias en el desierto, como Bernardo en el Claraval, como Romualdo en el Apenino, deseoso de levantar entre él y el mundo

una muralla impenetrable, y finar sus dias en la oscuridad lejos de un siglo cuyo aliento pestilencial inficiona y mata las almas menos accesibles á su impresion funesta. Ni la sangre real que por sus venas circula, como entroncado por ambas líneas con las primeras familias de Europa, ni la ternura de sus padres, ni las caricias de sus deudos, ni el brillante porvenir que se le presenta... ¿qué digo? Posesion de estados, honor de empleos, valimiento de príncipes, blasones militares, amor, riquezas, pasatiempos, nada basta á hacer desistir de su propósito á aquel gran corazon para quien las ilusiones todas y las glorias con que el mundo le brindaba, solo merecian el mas alto desprecio. Pero ¿á cuánta costa no hubo de conseguir Tomás el logro de sus deseos? ¿Qué pruebas, cuántos martirios, qué de tormentos no sufrió hasta consumir su sacrificio? Fuego, agua, hambre, desnudez, privaciones de todo género, por todo tuvo que pasar antes de verse en pacífica posesion de aquel santo hábito que contra la voluntad de sus padres vistiera á los diez y ocho años de su edad. No bien semejante nueva hiere los oidos de la que le dió á luz, cuando trocándose para él en una hiena implacable, corre á Nápoles, de allí á Roma, y con ojos centellantes de cólera, con semblante demudado, con el corazon rebotando furor, su mano temblorosa decreta la prision de su antes amado hijo. No basta esto; sus hermanos Laudulfo y Raynaldo con sus hábitos de despotismo militar, se ensañan contra el indefenso Tomás, enciérranle en una torre, cárganle de grillos, niéganle hasta el necesario sustento, ejercen sobre él todo linage de crueldades; y no satisfechos con esto, llevan su incalificable maldad hasta el punto de introducir en su prision una mujer lasciva, una de esas Circes venenosas, que añadiendo al funesto talento de la seduccion el arte peligroso de agradar, son la tentacion mas terrible para el hombre. Pero el heroico Tomás, escudado con la fé, ceñido de la justicia como de una coraza, y embrazando á falta de otra arma un ardiente tizon, confunde al crimen, y pone en precipitada fuga á aquel emisario del infierno. Poco es que le obliguen á pasar á Nápoles, donde á la sazón reinaba el vicio, triunfaba la disolucion, hervia la licencia, y las pasiones mas seductoras ejercian un imperio

universal. Allí vive nuestro virtuoso jóven como otro Moisés entre los idólatras Israelitas, como Joseph en medio de la corrupcion de Egipto, como Loth entre los Sodomitas, como Jonás en Ninive, como Pablo en Corinto, como Juan en Epheso, viendo y experimentando todos los males del mundo, pero sin contaminarse con ellos. Así se disponia á cumplir sus gloriosos destinos: y para consumir su obra, la Providencia hace lucir el dia de la libertad para aquel varon atribulado, le arranca de la prision en el tiempo establecido en sus adorables designios, restitúyete á su convento, le conduce á Roma, enviale á Paris, y últimamente le pone bajo la direccion del sapientísimo Alberto que enseñaba en Colonia. ¿Quién será capaz de decir cuánto aprende Tomás al lado de aquel ingenio sólido, brillante, universal, tan temible al error como útil á la verdad? Su penetracion se adelanta á las esplicaciones del preceptor, su vasta erudicion confunde y asombra á cuantos le escuchan; y tan rápidos son los progresos que hace en todos los ramos del saber, que cuando los demás hombres se hallan en el caso de sujetarse á agena doctrina, él la presentaba ya como propia, concurriendo á oírle los primeros literatos de Europa.

Sábio segun el espíritu de Dios, aplicase á desentrañar los monumentos de la antigüedad, lee con avidéz las obras de los que le han precedido; de unos toma la concision, de otros la facilidad en el decir; de estos la sublimidad en los conceptos, de aquellos la elocuencia persuasiva; aquí bebe la fluidez del estilo, allí la valentia de las imágenes; de quiénes adopta la claridad espositiva, de quiénes el nervio del raciocinio; de todos en fin y de cada cual lo mas útil y precioso, personificando en sí de una manera admirable los génios de los pasados siglos. Ahí están sus prodigiosas producciones. ¿Quién no ha observado en ellas que siente como Pitágoras, divide como Sócrates, esplica como Platon, epiloga como Aristóteles, confuta como Lactancio, instruye como Gerónimo, defiende como Agustin, se exalta como Hilario, corrige como Basilio, consuela como Gregorio, es fluido como Ambrosio, correcto como el Crisóstomo...? Mas ¡qué! ¿Intentaria yo limitar los conocimientos de Tomás, cuando parece haberse hecho familiares todas las ciencias

sobre las cuales dicta y escribe á la vez como oráculo universal, como Doctor consumado?

El es un apologista de la religion como Tertuliano. Véase la *Suma* que escribió contra los gentiles, en la cual sirviéndose de los mismos sentimientos de los filósofos antiguos, persuade con testimonios de la misma razon natural el conocimiento del Criador, su existencia, unidad y acertada providencia. En Tomás parece resucitado Atanasio probando la eternidad del Verbo, su consubstancialidad con el Padre, y la divinidad de Jesucristo, como lo demuestra en la tercera parte de su admirable *Suma*, donde nada deja que desear acerca de estos dogmas de nuestra fé. Con Tomás parecen reanimarse las venerables cenizas del ilustre prelado de Milan por la elocuencia y nervio con que habla de los deberes de los príncipes en sus opúsculos y en su inmortal *Cadena de oro*. En la pluma de Tomás se ve reproducida la profunda y vasta erudicion del Solitario de Belen, interpretando las Escrituras, comentando los Evangelios, y reasumiendo cuanto de mas sublime y edificante escribieran los sagrados intérpretes de la iglesia griega y latina. Con Tomás vuelve á dictar San Leon la esplicacion de los Sagrados Misterios contra la inmensa turba de incrédulos que los impugnaban, siendo de admirar la concision y claridad con que en la primera y tercera parte de la *Suma Teológica* destruye todos los argumentos y desmenuza los sofismas de los contrarios. Como el Nacianceno se eleva Tomás sobre todos los seres sublunares y vá á beber en el cielo las aguas puras de una ciencia mas bien angélica que humana, discurriendo sobre los espíritus con una maestría y lucidez inimitables. ¿Y quién no ha visto con asombro cual sondea los abismos de la gracia, con igual tino y no menor copia de conocimientos que el águila de los doctores?

Mas no satisfecho con haberse apropiado el carácter, la fraseología y el dialecto de todos los Padres y doctores de doce siglos, reproduciendo con admirable novedad y esquisito método las ideas, los pensamientos, los discursos, las pruebas de tantos ingenios que le habian precedido y cuyas voluminosas obras apenas pudo leer, deseoso de formarse un verdadero sábio segun el espíritu de Dios, dedícase á esplicar lo mas oscuro é impenetrable de la divina reve-

lacion, profundizando los Profetas, penetrando en el gran laberinto de los Proverbios, y descifrando las Parábolas del hijo de David. Tomás comentó á Isaías con una erudicion que dá bien á conocer que no era él sino Dios, quien dirigia su pluma. El esplicó á Job sin haber tenido en el transcurso de tantos siglos un solo ejemplar á quien seguir en tan atrevida idea, logrando hacerse admirar, tanto por la sencillez, naturalidad y vehemencia de sus sentimientos, cuanto por la abundancia de luces que allí descubre. Tambien comentó al Rey Salmista, dando una concordancia de sus vaticinios con la ley Evangélica, que persuade la evidencia de aquellos, estrayéndolos en cierto modo de la esfera de lo futuro. ¿Y cuál de los treinta y un capítulos del libro de los Proverbios dejó de penetrar la inteligencia de Tomás? ¿Quién no ha visto en sus voluminosas obras el plan maravilloso que traza del cristianismo, manifestando los premios reservados á la justicia y los castigos decretados á la iniquidad, cual si hablase por la boca misma del sapientísimo rey de Israel? ¿Quién no ha observado las luminosas antítesis que presenta entre el hombre sábio y el hombre necio, entre el virtuoso y el impio, entre el corazon sencillo y el alma llena de duplicidad, entre la laboriosidad y la pereza, entre la lengua veraz y la lengua maldiciente? ¿Quién no ha tenido ocasion de admirar las bellisimas pinturas que presenta del Salvador, trazando con inimitable pincel su dulzura, su bondad, su tolerancia y todos los demás caracteres de aquel padre benévolo, de aquel amante pastor, de aquel misericordioso dueño, de aquel amigo insinuante, siguiéndote bajo las diversas alegorías bíblicas con una uncion y una naturalidad sorprendentes, haciendo hablar por su lengua á los historiadores sagrados que nos legaron ese precioso depósito de la verdad revelada?

¿Qué doctrina la de Tomás, tan fija en sus principios, tan luminosa en sus razonamientos, tan útil en sus consecuencias, tan sublime en sus ideas, tan universal por su objeto, y tan inmensa en su estension! ¿Qué verdad hay que no probase? ¿Qué error que no combatiere? ¿Qué cuestion que no dilucidase? ¿Qué dificultad que no resolviese? ¿Qué misterio que no penetrase? ¿Qué punto de moral sobre que no instruyese? Su ciencia se elevó á la esencia de Dios, á la

Trinidad de la personas, á la predestinacion y reprobacion de las criaturas, á la Providencia que todo lo rige y gobierna. Su ciencia alcanzó á la naturaleza de los espíritus celestiales, á las acciones de los hombres desde la creacion hasta su último fin, á los pecados, pasiones y vicios. Su ciencia tocó el derecho, la justicia, las leyes, sondéó los abismos de la gracia, enseñó todas las virtudes, abrazó todos los deberes. A manera de copiosa lluvia, derrámase benéfica en todos los estados, condiciones y gerarquias, y arrancando del seno mismo de la divinidad donde se enriquece con el caudal de las puras aguas que de allí manan sin cesar, fecundiza de un modo maravilloso todas las inteligencias. Los reyes, los pontífices, los obispos, los magistrados, el pobre, el rico, el sábio, el ignorante, el noble, el plebeyo, el anciano, el jóven, el esposo, la esposa, el padre, el hijo, todos encuentran en el inagotable océano de las obras de Tomás documentos de vida y reglas sábias de conducta para llenar sus respectivos destinos. No para aquí. La sabiduría de ese génio universal fluye copiosa, lucida y victoriosamente, contra Aberroes, confutando invenciblemente el deismo; contra Guillermo de Santo Amor (1); contra el libro titulado «el Evangelio eterno», y otras plumas ponzoñosas que sembraban doctrinas impías y anticatólicas; derrámase ante Inocencio IV en la vindicacion que hizo de los Padres griegos (2) y en la resolucion de las varias opiniones sobre los accidentes eucarísticos (3); en el oficio del Santísimo Sacramento que compuso por decreto de Urbano IV (4); en la Suma contra los gentiles escrita por encargo de San Raimundo de Peñafort; en sus opúsculos y en la Cadena de oro que publicó de orden de Gregorio X; en los Comentarios á Aristóteles y Pedro Lombardo, á Isaias, Job y San Pablo; en su esplicacion de los Salmos, del Cántico de los Cánticos, y en su nunca bien ponderada Suma Teológica: *Sicut imbres mittet eloquia Sapientiae suae*. No es, pues, de estrañar que Paris

(1) Opusc. XIX.

(2) Opusc. I. Cont. errores Gregor.

(3) Vid. Brev. Alex. IV an. 1256.

(4) Este Pontífice quiso honrarle con la sagrada Púrpura; pero la renunció su humildad.

y Nápoles le mirasen como el astro que presidia sus estudios; que Pádua y Lovaina le llamasen el águila de la Teología; que Turin y Dovain le aclamasen Doctor angélico; que Tolosa y Fondi le denominasen Maestro universal; que Pisa y Orvieto le titulasen Restaurador metódico de la sublime ciencia; y que Bolonia, Cambridge, Salamanca, Alcalá, y las mas célebres escuelas y universidades del mundo adoptasen su doctrina y la defendiesen con ardor. ¿Mas, qué! ¿No ha fertilizado Tomás con sus aguas toda la redondez del globo? Francia, Inglaterra, Alemania, España, Italia, Rusia, la Europa entera, pueden responder por mí. Es poco: la Siria, la Armenia, el Egipto, la Arabia saben cuán poderosamente contribuyó á ilustrar los países de Oriente la Suma de Tomás traducida á los idiomas Griego, Hebreo, Armenio y Siriaco. De polo á polo, y desde donde nace el sol hasta donde se oculta apenas hay pueblo alguno que haya dejado de experimentar las beneficiosas influencias de su doctrina (1). Ella fué como una saludable piscina que curó las almas de los can- cerosos errores de Arrio, Macedonio, Eutiques, Sabelio, Paulo Alciato, Fausto, Lelio, Valentino, de los Nestorianos, Monotelitas, Iconómacos, Maniqueos, Husitas, Albigenses, Pelagianos, Abelardos, Bruis y Waldenses. ¡Oh admirable Siloe! ¡Oh agua puri- ficadora de la sabiduría de Tomás, que aniquilas á Donato en Africa, en Bohemia á Gerónimo de Praga, á Espinosa en Holanda, en Prusia á Zisca, á Lutero en Sajonia, en Francia á Calvino, á Servet en Cataluña, en Alemania á Bucero, en Inglaterra á Wielef, á Focio en Grecia, y en todo el mundo á cuantos han osado combatir la verdad, atacar el dogma, y calumniar á la Iglesia católica!

¿Y qué merece un hombre tan singular, tan piadoso, tan sábio segun el espíritu de Dios? ¿A qué son acreedores tantos desvelos, tan heróicos servicios, y escritos tan doctos? ¿Qué exigen de justicia tantas luces como derramó en el mundo, tan preciosas conquistas como ganó á la Iglesia, y triunfos tan admirables como proporcionó á la religion? ¡Ah! No otro premio, no otra recompensa sino la con- signada por el mismo Espíritu Santo: *Non recedet memoria ejus,*

(1) Bolland. pág. 714 n. 83. in vit. S. Thom.

et nomen ejus requiretur à generatione in generationem: que el catolicismo publique sus glorias, que los pueblos todos entonen un himno de alabanza y prez, que su memoria se perpetue en los fastos de la historia, y que su nombre pase honrado y venerado á las mas remotas generaciones. ¿Y por ventura no lo ha logrado Tomás? ¡Ah! Oid ese grito universal que donde quiera resuena en el gabinete del sábio, en las escuelas, en las universidades, en los púlpitos, en los cláustros, en los senados, en los tronos, y en el mismo Vaticano. Escuchad entre los filósofos á Erasmo, Muratori, Wolfio, y Leibniz; entre los Teólogos á Cayetano, Estio, Silvio y Melchor Cano; entre los Jurisconsultos á Barbosa, Sanchez, Gregorio Lopez y el de Luca; de entre los oradores, á Flechier, Señeri, Laffitan, Massillon y Bossuet; entre los Historiadores á Bolando, Surio, Natal y Moreri; de entre sus mismos émulos á Pablo Burgense Judío, á Du-Perron calvinista, á Teovaldo luterano, y al novador Bucero; entre los obispos á Antonino, Carlos Borromeo, Francisco de Sales y Alberto Magno; entre los purpurados á Buenaventura, Aguirre, Belarmino, Baronio y Pallavicini; entre los reyes á San Luis de Francia, Carlos I de Nápoles, Roberto de Sicilia, Hugues de Chipre, y Paleologo de Oriente; entre los Pontífices á los Juanes, Alejandros, Urbanos, Clementes, Inocencios, Benedictos, Pios, Gregorios, Paulos, Nicolaos y Sixtos; y por último entre los Concilios, á todos los celebrados en el espacio de quinientos años, y especialmente los cuatro generales de Florencia, Leon, Constantinopla y Trento; que todos á la vez preconizan la sabiduría de Tomás, y eternizan su memoria en páginas de oro. ¿Qué mas? Los mismos ángeles le ciñen con un precioso cingulo trabajado en el cielo; los Santos apóstoles Pedro y Pablo le dictan sus epístolas; la augusta Virgen María le regala frecuentemente con su presencia (1); Jesucristo en persona le visita y aprueba sus escritos (2); el Espíritu Santo bajo el símbolo de una paloma le inspira, instruye y santifica. Premio dignísimo del que habiendo consagrado su corazon al Señor desde la aurora de su ser, se hizo un sábio se-

(1) Croisset, en la vida de nuestro Santo.

(2) P. Turon. Lib. V. c. 14 ejus vit.

gun el espíritu de Dios, cuya doctrina á manera de copiosa y benéfica lluvia fertilizó la Iglesia de Jesucristo, llenó el mundo de los mas sazonados frutos de santidad, creó abundantísimos gérmenes de cristiana civilizacion, é hizo triunfar donde quiera la verdad católica: *Cor suum tradet ad vigilandum diluculo ad Dominum... Sicut imbres mittet eloquia sapientiæ suæ... Non recedet memoria ejus, et nomen ejus requiretur à generatione in generationem.*

¡Plegue al cielo que aprovechándonos todos de sus ejemplos y enseñanzas, merezcamos un día ceñir la verde aureola que ciñen sus sienes, y disfrutar con él de esa gloria inmarcesible que durará mas que los siglos, en el seno de la eterna inmortalidad!

SERMON PANEGÍRICO

PARA EL DÍA DE SAN JUAN DE DIOS.

Ab infantia crevit mecum miseratio, et de utero matris mee egressa est mecum.

Desde mi infancia creció conmigo la compasión, y conmigo salió del seno de mi madre.

JOB. XXXI. 48.

¡CUÁNTOS motivos de justo regocijo nos proporciona el catolicismo en medio de las violentas crisis por que venimos pasando en estos tiempos de indiferencia religiosa y de la mas lamentable incredulidad! A pesar de esas persecuciones mas ó menos embozadas con el prestado manto del progreso social que viene sufriendo la religion de nuestros mayores; á despecho de las virulentas declamaciones que en la tribuna, en la prensa, y donde quiera se oyen, con no poco escándalo de la piedad y no menor mengua de nuestra decantada civilizacion, contra cuanto de mas respetable y santo nos legó la fé á través de diez y ocho siglos, todavía ésta levanta su frente noble é invulnerable, y muestra á los pueblos descreidos mil monumentos de gloria que forman la mas bella apología de su doctrina, y evidencian su influencia siempre beneficosa y altamente regeneradora en sus relaciones con la humanidad.

Con solo pronunciar el nombre del héroe cristiano cuya memoria solemniza hoy la Iglesia católica, responde ésta victoriosamente á todos los sofismas que el racionalismo y la impiedad han hacinado con ímprobo trabajo para desprestigiarla á la faz de unas generaciones predisuestas de suyo á aceptar por verdades inconcusas los

mas repugnantes absurdos. El nombre del ilustre Juan de Dios, despliega á nuestra vista una de las mas brillantes páginas de la historia del cristianismo, el triunfo mas admirable de la caridad divina sobre el egoismo humano, la lucha mas gloriosa de la fraternidad evangélica con las pasiones que nutre el corazon, el rasgo mas sublime del heroismo católico fundado en el amor que es su fuente y su sólida basa, y la demostracion mas visible de la inagotable fecundidad de ese principio creador que malamente combate hoy una ciencia superficial, cual si no se necesitase ya de él atendido el desarrollo del progreso humano. ¡Ceguedad lastimosa! ¡Impotentes proyectos! Rásguense si se quiere las hojas todas del gran libro que conserva los insignes hechos que han inmortalizado la existencia de ese elemento salvador de los hombres y de los pueblos; háganse trizas, y arrójense por el inmundo lodo los girones de ese manto augusto con que la religion viene cubriendo todas las grandes miserias y los infortunios todos de la humanidad desgraciada. ¡Y qué! ¿Dejarán por eso de subsistir los hechos que nunca mueren, aunque sea posible matar la historia que los contiene? ¿Desaparecerá por ventura de la tierra lo que trae su origen del cielo, porque manos ingratas se empeñen en relegarlo al olvido? Nunca. Por entre los escombros y las ruinas, por entre las pasiones y los ódios de un mundo que aspira á fundar el reinado de la mentira sobre los mutilados restos de la verdad, esa matrona destronada, pero no vencida, condenada al ostracismo, pero siempre adorada, desafiará á sus impotentes émulos á presentar como ella sus títulos de soberanía universal. Desde su destierro evocará los timbres de gloria que á nadie cedió jamás; desde el fondo de su opresion y de su abatimiento hablará á los siglos; y estos despertando del profundo sueño de la muerte, apresuraránse á ofrecerla un homenaje de entusiasmo depositando á sus piés los monumentos que en cada uno de ellos levantó su génio creador.

Tú nos bastas por hoy, oh ilustre Juan de Dios. El instituto que inspirado por la religion fundaste, y que al cabo de mas de trescientos años continúa siendo uno de los mas insignes testimonios del poderoso principio de la fé, es mas que suficiente para evidenciar

que solo en ésta, y no en las brillantes teorías de la ciencia humana, se halla el origen de las grandes acciones, de los servicios útiles y de las empresas beneficiosas que reclama la humanidad. Tú que supiste comprender la gran doctrina del Apóstol que exhorta á poseer ante todo y con preferencia á todas las demás cosas la dulce é insinuante caridad de Jesucristo, lazo precioso y primer móvil de toda perfeccion (1); tú que fiel imitador del Hombre-Dios, pasaste toda tu vida haciendo bien, prodigando socorros al pobre, consolando al enfermo, protegiendo al desvalido y sembrando donde quiera los gérmenes de la mas heroica beneficencia (2); tú formas hoy la mas cumplida apologia del catolicismo, contra los que en su ciega obstinacion intentan arrancarle los mas preciosos laureles de su diadema.

Hed aquí, M. A. O., lo que me propongo manifestaros en este breve discurso, presentándoos á Juan de Dios como un hombre en quien fué como innato el espíritu de la caridad cristiana, con cuyos hechos evidenció que ella es el génio dominante y característico de la verdadera religion cuyos principios están fuera del dominio de la humana ciencia. *Ab infantia crevit mecum miseratio, et de utero matris meæ egressa est mecum.* Prestadme os ruego vuestra atencion, etc.

AVE MARÍA.

REFLEXION UNICA.

No hay duda que todos los cultos y las religiones todas tienen su fisonomía propia y característica, que las distinguen entre sí, al modo que á los individuos de diversos paises y razas. En la religion católica domina la caridad como elemento esencial y origen fecundo de las virtudes que produce y de las acciones heroicas que inspira.

(1) Ad Colos. III. 44.

(2) Act. X. 38.

Y tan exacto es esto, que hasta los mismos émulos del catolicismo lo han reconocido á pesar suyo, y consignándolo en sus escritos. El gran caudillo de la incredulidad filosófica, no pudo menos de confesar que ninguna de las sectas ó comuniones separadas del centro de la unidad católica habian hecho mas que parodiar imperfectamente la caridad característica de aquella, y que solo en sus principios podia residir el origen de esa inmolacion generosa y voluntaria que transforma á unos hombres de suyo débiles en héroes del amor fraternal (1). No necesitaba ciertamente la religion de estos testimonios: empero ¡cuán glorioso no es para ella ver á sus mayores adversarios detenerse é inclinarse respetuosos ante los resplandecientes rayos de la verdadera fé!

No es hoy mi objeto mostraros la ancha y brillante huella que por todas partes ha dejado la caridad cristiana en sus relaciones con la humanidad desvalida y menesterosa. Bástame descorrer una sola punta del velo que encubre tantas bellezas, refiriéndoos algunos rasgos de la historia del ínclito Juan de Dios, para convenceros de que solo esa religion tan mal conocida y no mejor apreciada en nuestros dias es capaz de crear esas maravillas que vienen llenando de asombro al universo. Y no juzgueis, M. A. O., que el cielo se valiera de los sábios y de los grandes personajes del siglo para llevar á cabo los mas importantes designios de su providencia. Ni en la cuna de nuestro héroe, ni en sus precedentes genealógicos, ni en su educacion, encontrareis ninguno de esos hechos que á veces parecen presagiar los futuros destinos de un hombre. Pobre por su nacimiento, abandonado desde sus primeros años, sin amigos ni protectores en su infancia, sin apoyo en su juventud, le vereis pasar por las mas duras pruebas de una vida azarosa y agitada, ya perdido y errante á los nueve años de su edad por los caminos, ya viviendo á la intemperie en el ejercicio de pastor; ora militando como soldado bajo las banderas del emperador Cárlos V, ora pasando á Hungría á las órdenes del duque de Alba en la espedicion formada para combatir á los turcos; aquí corriendo los mas inminentes ries-

(1) Voltaire. *Essai sur les moeurs*.

gos á consecuencia de su génio fogoso é intrépido, allí acusado falsamente de graves crímenes y próximo á terminar sus dias en un vergonzoso patíbulo. ¿Y es este el designado por Dios para ser la providencia visible del pobre y menesteroso, el ángel protector del enfermo y desamparado, el grande apóstol de las almas ulceradas por el crimen, y el consuelo universal del infortunio? Sí, lo será, porque cual otro Job, le ha cabido en suerte un corazón bueno en el que anida como innata la mas tierna compasion, cuyas ideas mamó con la leche del seno maternal, porque en medio de su ignorancia posee un inmenso tesoro de caridad, y abriga sentimientos los mas nobles y generosos. Cierta que esa llama celestial que en los primeros albores de su infancia arrojára una claridad tan sorprendente, quedó como apagada, pero no muerta, en medio de los ejercicios de la milicia, dejándose arrastrar por la disolucion y la licencia propias de esa profesion peligrosa; pero no tardará en reanimarse merced á las adversidades é infortunios con que el cielo procurará hacerle despertar de su funesto sueño. Como á otro Saulo en los caminos de Damasco, el dedo del Omnipotente le herirá para sanarle, le cegará para hacerle abrir sus ojos á la verdadera luz, y le manifestará los proyectos que sobre él tiene formados. Justamente porque Juan de Dios estaba llamado á identificarse con todas las grandes miserias y privaciones de la humanidad y á hacer suyos propios los agenos sufrimientos, hubo de pasar primero por cuanto mas sensible y amargo hay en la vida: y no sin un adorable designio de su infinita sabiduría permitió el Señor que fuese por algun tiempo víctima de las ilusiones del vicio quien en su dia debia combatir contra él heroicamente y conquistar los mas bellos triunfos para la virtud.

Este dia llega: Juan de Dios iluminado por la gracia conoce todo el fondo de su degradacion, ruborízase de sí mismo, concibe el mas hondo pesar de sus estravíos, y en su natural inclinado á lo sublime y heroico, no reconoce otro medio mas á propósito para indemnizar los pasados males y satisfacer condignamente á la divina justicia, que el de correr á buscar entre los infieles la corona del martirio. El Africa es el teatro que su imaginacion le ofrece para ir á evangelizar la verdad. Tunez, Argel, Marruecos, se presentan á su pensa-

miento con todos los alicientes capaces de entusiasmar un alma que solo anhela padecer y morir por la gloria de Jesucristo. Ya está en marcha para realizar su propósito; se embarca en Gibraltar, de allí se dirige á Ceuta; sus piés pisan las costas africanas, y su corazón rebosa de júbilo al considerarse tan próximo al término de sus aspiraciones. ¿Mas adónde vas? ¿Qué intentas? ¡Ah! No es esa la vía que el cielo te ha trazado. Otra misión no menos gloriosa está reservada á tu celo; otro martirio no menos meritorio y heroico te tiene preparada la Providencia. Renuncia á esos ensueños de una imaginación febril, y vé á ofrecer en las aras de la caridad el holocausto de tu vida. Allí en medio del pobre que solo tiene por testigo de sus privaciones al Dios que se las envía, al lado del doliente que en su acerbo padecer carece de un ser benéfico á quien tornar sus angustiados ojos, en el seno de las mas repugnantes miserias que pasan desapercibidas á la vista de un mundo indiferente y glacial, junto al llanto del huérfano y de la viuda á quienes los dichosos del siglo ni siquiera se dignan consagrar un recuerdo compasivo, temiendo que los ajenos males vayan á turbar el placer de sus infames orgías; allí te llama la voz del cielo, y aun te ha designado el sitio donde debes desplegar el heroismo de tu caridad. ¿No has oido ese grito que te dice: *Juan de Dios, Granada será tu cruz?* ¿Pues á qué esperas? ¿qué te detiene? Nada en efecto, señores, es capaz de oponerse á este divino llamamiento. Ya en Ceuta habíase ensayado en el ejercicio de la mas sublime beneficencia consagrándose á los mas penosos trabajos por atender al alivio de una familia indigente, ya en otros puntos habia mostrado los quilates de su caridad, privándose del alimento que se proporcionaba con su sudor ó con su industria, por socorrer la necesidad de cuantos veia en la miseria, y aun despojándose de sus propios vestidos para cubrir la desnudez del mendigo. Pero en Granada era donde debian desarrollarse sus instintos humanitarios y benéficos. ¡Oh! Dejadle que dando allí expansión á sus deseos de padecer por Jesucristo, se finja dementado para concitar sobre sí, los desprecios y las iras del público, y en especial de la infancia, siempre dispuesta á tomar parte activa en semejantes espectáculos. Dejadle recorrer las calles de aquella ciu-

dad, seguido de turbas numerosas que le insultan, le escarnecen, le maltratan hasta el extremo, ejerciendo con él toda clase de crueldades, mientras él gozoso lo tolera todo por amor de Dios y en expiación de sus pasadas faltas. Dejadle que encerrado en el asilo de los dementes experimente cual si lo fuese de hecho, los mismos castigos é idénticas pruebas por que pasan esos seres desgraciados. Dios le enviará un nuevo profeta que le anunciará sus futuros destinos, y le obligará á desistir de aquella ficcion piadosa para dedicarse á llenar la mision que le ha cabido. Tal fué para Juan de Dios el insigne Juan de Avila, denominado entonces el Apóstol de Andalucía. Sus consejos bastaron para hacer de aquel un nuevo hombre; y el que poco antes no era conocido mas que como un insensato, no tardó en ser admirado como el gran génio de la caridad, como el héroe de la mas sublime beneficencia.

¿Y dónde va á ejercer esta virtud característica del catolicismo? Allí en el seno mismo de aquella ciudad que fuera testigo de sus estravagancias. Vedle de repente buscando un local á propósito para reunir en él cuantos enfermos desamparados encuentra por las calles; contempladle de puerta en puerta pidiendo limosna por amor de Dios, é interesando la compasion pública hácia aquellas víctimas del mas cruel abandono; observadle al lado de los dolientes, curando sus heridas, limpiándoles sus mas asquerosas llagas, haciéndoles el lecho, barriéndoles la estancia, sirviéndoles en los mas humildes ministerios, tolerando sus importunidades, sufriendo sus desdenes, devorando sus ingraticudes, todo con la mayor dulzura, con una paciencia inalterable, y sin manifestar jamás la mas leve señal de resentimiento ó de disgusto. En torno suyo hállase reunido todo linage de miserias, cuanto de mas nauseabundo é irresistible puede aquejar á la humanidad desvalida; empero su heroismo no se disminuye, su solicitud no se desmiente un ápice, sus desvelos se multiplican en proporcion de las necesidades, y su caridad no reconoce limites. Donde quiera que existe una desgracia que remediar, una necesidad que aliviar, un enfermo que curar, un pobre que socorrer, allí está Juan de Dios: porque su corazon se encuentra en todas partes; y en los caminos, y en los despoblados, y en los templos, y en las

viviendas mas ocultas é ignoradas va buscando objetos con quienes ejercer su tierna compasion. Y todo esto, ¿con qué fin? ¡Ah! Aquí es donde salta á mi vista toda la belleza y el inimitable heroismo de esa virtud que en vano ha pretendido apropiarse la filosofia racionalista del siglo; aquí es donde descubro ese carácter dominante de la religion católica que nunca podrán disputarla los cultos disidentes, las sectas separadas del centro de la unidad, por mas que ensayen parodiar sus prodigios, puesto que no basta el simple entusiasmo para hacer el sacrificio de sí mismo en ciertas ocasiones, cuando es preciso luchar con cuanto el hombre tiene de mas caro y estimable, sino que es preciso un principio mas alto, sobrenatural en su origen, divino en su esencia, infinito en sus efectos, que sostenga nuestra natural debilidad, reanime nuestra cobardía, y triunfe de nuestra sensualidad. Que cuando el incendio devora un edificio, se halle un corazon generoso que lanzándose á través de la viga abrasada corra en busca del inocente niño que duerme en la cuna, lo concibo sin dificultad: en la accion misma de devolver aquel objeto querido á los brazos de una madre que llora inconsolable tamaña pérdida, encuentra el hombre en cierto modo la mas dulce recompensa. Que cuando el contagio invade una poblacion, haya almas nobles que desafiando el peligro vuelen á prodigar sus servicios á los invadidos, digno es de elogio y admiracion: mas en ese mismo concierto de alabanzas de que el hombre se vé rodeado en tales casos recibe ya el premio y no insignificante de su heróico proceder. Empero, ¿qué recompensa, qué premio, qué satisfaccion puede caber al que en la oscuridad de esos asilos do yacen la indigencia ó el dolor, consagra sus dias al servicio de unos seres desgraciados de quienes nada tiene que esperar mas que desvíos é ingraticudes, sacrificando tal vez una juventud rica de esperanzas, una existencia llamada á un brillante porvenir, por vivir sepultado en medio del espectáculo desgarrador de las mas sensibles desgracias sin otro testigo de su heroismo que Dios que se lo inspira? ¡Hed ahí la caridad cristiana! ¡Hed ahí la grande obra de la religion católica! ¡Hed ahí lo que fuera de la órbita en que gira ese gran principio jamás será posible hallar, por mas que digan los modernos novadores tan

entusiastas por el mejoramiento de la especie humana! ¡Hed ahí las columnas de Hércules que no podrá traspasar, ni aun abordar la ciencia económica del siglo con todas sus armoniosas frases, con sus bellos proyectos de asociacion, con sus brillantes teorías, con sus campanudos discursos en favor de la humanidad, con su celo por la fraternidad universal, con sus meetings, sus declamaciones y sus sociedades en comandita para estinguir la miseria y desterrar del mundo el pauperismo!

Volved vuestra vista á nuestro héroe, y le vereis realizando á impulso de ese elemento divino, todas las teorías, todos los bellos ideales, todas las tentativas mil veces fracasadas del racionalismo, impotente de suyo para llevar á término ninguna obra de eterna duracion. Inspirado por la caridad emprende Juan de Dios levantar un suntuoso edificio al dolor y al infortunio: y lo que tantas veces son incapaces de hacer los gobiernos mas opulentos despues de presupuestar gruesas sumas y de invertir cantidades inmensas, lo logra un hombre desvalido recorriendo las calles de Granada con un talego al hombro, los pies descalzos, vestido de harapos, de humilde semblante, y sin mas recomendaciones que su ardiente celo, edificando un espacioso y cómodo hospital, que aun subsiste para perpetuar en las generaciones venideras la memoria de su fundador. Armado de la caridad, resiste Juan de Dios las mas violentas persecuciones, hace frente á los gritos con que toda Granada se alza en masa contra él llamándole visionario, triunfa de las mas furiosas pasiones, vence los mayores obstáculos, hace enmudecer á todos sus enemigos, facilita las cosas al parecer mas imposibles, y salva su obra de una tormenta que amenazaba hundirla en el abismo de la rivalidad y de la intriga. El arzobispo visita su hospital, y queda maravillado del orden que allí reina, declarándose su protector. Y hasta el mismo monarca Felipe II, noticioso del heroismo del *Padre de los pobres*, con cuya denominacion era conocido, no puede menos de mostrarle cuán satisfecho estaba de su caridad, poniendo á su disposicion cuantiosas sumas para enriquecer su establecimiento. Con la caridad multiplica las casas de refugio, donde el enfermo, el afligido, el menesteroso encuentran cuanto para su alivio y solaz

necesitan, santificando al propio tiempo el don corporal con los espirituales auxilios que proporciona á las almas que allí se albergan. Hinchido de caridad vuela como otro Elías á buscar á la triste viuda en su oculta vivienda, no solo para llevarla el pan material que reclama su indigencia, sino para salvar á la vez la virtud vacilante de sus hijas, espuesta á sucumbir bajo el peso de la miseria. La caridad le guia al asilo del crimen donde la inocencia padece el mas funesto naufragio y tantas víctimas sacrifica diariamente la disolucion y el escándalo, para evitar á todo trance y por cuantos medios le sugiere su celo, la ruina de unas almas redimidas con la sangre de Jesucristo; y ya á manera de Moisés ora al cielo por ellas ofreciéndose en holocausto por los pecados ajenos, ya á manera de Jeremías llora inconsolable los crímenes de sus prójimos, y les pide por las entrañas del Redentor que cesen de ofenderle; aquí se postra delante de las mas despreciables criaturas sacrificadas al poder de Asmodeo exhortándolas á abandonar su vida lúbrica; allí se coloca de centinela á la puerta de esos focos de infeccion para impedir la entrada á una juventud ciega que corre á arrojarse en el precipicio. ¡Oh! ¡Cuánto no le debió bajo este aspecto la religion y la moral pública! ¡A cuántos no arrancó de las garras del leon infernal! ¡A cuántos no convirtió á la virtud! ¡Cuántos triunfos, qué de ilustres conquistas no hizo para Jesucristo! Digno era por cierto quien con caridad tan ardiente se consagraba á curar las dolencias corporales y espirituales de sus prójimos, de que el mismo Jesus en persona le manifestase cuán gratos le eran sus servicios, aceptándolos cual si fuesen hechos á su persona; digno de que la Santísima Virgen María apareciese y consolase en sus mas amargos momentos al que de sus mismas manos recibiera una corona de espinas, prefiriéndola á otra de rosas con que le brindaba su amor; digno de dominar el furor de las llamas en un espantoso incendio ocurrido en su hospital de Granada, y de triunfar de las impetuosas corrientes del Genil, sobre cuyas aguas marchó como en otro tiempo Pedro en el mar de Galilea, aquel en cuyo pecho ardia el incendio del amor mas puro, y en cuyo corazon rebosaban las aguas vivas de una caridad inagotable. Esta le bastó despues de tantos trabajos, fatigas y

desvelos, sin contar con otros mil servicios que prestó á la humanidad, para fundar un órden ilustre que estendiéndose por la redondez del globo, y sobreviviendo á las mas violentas revoluciones, viene demostrando al mundo cuán poderoso es ese gran principio que forma el génio dominante de la religion católica, que ha presidido á todas las concepciones de reconocida utilidad, que ha creado gérmenes inmortales de positiva beneficencia, que ha aliviado todas las miserias humanas, y está llamado á ejercer en la tierra mientras duren los siglos su accion regeneradora.

Tal es la obra de Juan de Dios: he ahí el gran prodigio de su caridad. El fué el amigo constante del pobre, el protector incansable del enfermo, la providencia visible del infortunado, el compañero inseparable del infeliz demente, á cuyo lado vivió muchos años, á quien consagró largas vigiliass, por quien trabajó y padeció considerablemente, bien así como despues de él han venido haciéndolo sus hijos, esos hombres que el siglo ha lanzado de sus hogares como inútiles á la sociedad, esos ángeles de consuelo enviados á la tierra para restaurar las ruinas del corazón humano, esos gigantes del amor, cuyo heroismo ha desconocido una generacion egoista, incapaz de imitar su abnegacion y sus sacrificios. Los hombres familiarizados con las maravillas de la creacion, rara vez fijan su mirada en esos astros que Dios sembró en el espacio como una alfombra de brillantes. Del mismo modo miran con indiferencia tantas fúlgidas estrellas de caridad como el catolicismo ha esparcido en el firmamento de la Iglesia; y alucinados con insensatas y seductorass teoríass, solo se cuidan de desenvolver planes quiméricos que no dan por resultado sino decepciones, engaños y un aumento progresivo de errores y miserias. ¡Ah! Los pueblos llorarán, ¡qué digo! lloran ya la ausencia de aquellos seres que velaban por la desgracia y se consagraban á vivir en el seno del infortunio. Ellos no sabian, es verdad, formar discursos sonoros, ni aturdir los oidos con frases estudiadas; pero sabian hacer obras maestras de caridad, sabian levantar asilos para toda clase de adversidades, sabian sufrir con el que padece, llorar con el afligido, derramar el bálsamo de la religion en las almas destrozadas, y legar á la humanidad monumentos tan imperecederos

como el principio que los inspiraba. También lloró España, y el mundo entero celebró con sus lágrimas los funerales del insigne Juan de Dios, porque con él cayó el fuerte de Israel, desapareció el protector del desvalido, dejó de existir la segunda providencia del dolor en este suelo, y la mendicidad perdió su mas firme auxiliador. Sin embargo, aquel llevaba el consuelo de dejar aquí herederos dignos de su espíritu, que en Italia, Alemania, Bélgica, y hasta en el Nuevo Mundo han estendido despues los beneficios de su caridad heroica. ¿Queda, empero, este mismo consuelo á nuestra actual sociedad, una vez arrancados de sus asilos por el génio revolucionario, los ilustres hijos de aquel escelso patriarca? ¿Quién enjugará el llanto del pordiosero? ¿A quién recurrirá en sus dolencias el pobre? ¿Quién velará al lado del infeliz demente? ¿Quién... Ya oigo decir que la filantropía sabrá hallar recursos para llenar el vacío que han dejado esos institutos incompatibles en nuestra época con los adelantos de la civilización... En horabuena; la historia juzgará y muy pronto. El fallo de los mismos pueblos que no tardarán en tocar las consecuencias de esa innovación, será mas elocuente que todos los discursos. El tiempo hará ver en un breve plazo, cuán imposible es parodiar las obras de Dios, y reemplazar con la beneficencia racionalista, la caridad inspirada por el catolicismo. ¡Decid si os place que pasó ya la época de su dominación!... Eso quisieran los que así se espresan: pero vive y vivirá á su despecho, y do quiera haya desgracias que remediar, úlceras que curar, miserias que consolar, adversidades que aliviar, y un solo ser abandonado en la tierra, allí se encontrará con sus encantos y esperanzas esa religion de amor, en los hijos de Juan de Dios, siquiera disfrazados con extraño traje, ofreciendo sus sacrificios, multiplicando sus desvelos, triunfando de todas las repugnancias de la naturaleza, y perpetuando los prodigios de su amor hasta el seno mismo de la eternidad.

SERMON PANEGÍRICO

PARA EL DIA DEL PATRIARCA SAN JOSÉ, ESPOSO
DE MARIA SANTÍSIMA.

*Jacob genuit Joseph virum Mariæ, de qua natus est Jesus qui vocatur
Christus.*

Jacob engendró á José el esposo de María, de la cual nació Jesus, por
sobrenombre Cristo.

MATTH. I. 16.

HAY una grandeza esencial, incomunicable, infinita, eterna, que
sobrepuja á todo cuanto el humano entendimiento puede compren-
der. Esta pertenece exclusivamente á Dios, fuente primordial de
todo sér, origen de toda escelencia, principio de toda santidad,
manantial fecundo de todo bien. La creacion entera se postra en su
presencia, el universo le adora, la naturaleza angélica anonádate
delante del que es su monarca; sirvenle las nubes de trono, el cielo
es su tabernáculo, la tierra la peana de sus piés, el espacio no
basta á contener su gloria, y su dominio abarca la inmensidad.

Hay otra grandeza derivada de esta, que aunque limitada en su
esencia, toca muy de cerca lo infinito, y va á confundirse en la
imaginacion con la de aquel de quien depende, puesto que participa
en grado eminente de las magnificencias del Supremo Sér, á quien
la unen vinculos admirables y estrechísimos. Tal es la de aquella
criatura destinada en los designios de la Providencia á encerrar en
su seno al engendrado antes de los siglos, y á dar á luz en tiempo
al autor del tiempo y de la eternidad, María verdadera Madre del
Verbo humanado Jesucristo Hijo de Dios. Inferior á él por naturale-

za, es no obstante por gracia superior á todo cuanto no es él. El ángel la admira, el arcángel la sirve de mensajero, el querubín la cubre con sus alas, el serafín ejecuta sus órdenes, adornan su tálamo las virtudes, rodean su sólio los tronos, cantan sus triunfos las dominaciones, y todas las gerarquías celestiales aclámanla su Emperatriz soberana. Dista infinitamente de la divinidad por su humano origen, y sin embargo participa prodigiosamente de su poder, comparte con ella en cierto modo el imperio del universo, y nada en él se verifica en que deje de sentirse su influencia. ¡Bellas armonías de amor y de bondad! ¡Portentos inconcebibles de ternura y misericordia!

Entre estas dos grandezas figura otra intermedia, que aunque tan distante de ambas como lo está la tierra del cielo, escede sin embargo á cuanto puede imaginarse en un puro mortal, porque ninguna se aproxima tanto á esos dos extremos, ninguna tiene tantos puntos de cohesión, ni relaciones tan íntimas con ambas personalidades, ninguna en fin bebe tan de cerca en esas fuentes inagotables de toda perfección y virtud. Ya habreis comprendido que aludo al escelso Patriarca San José, lazo misterioso que une y estrecha en la esfera de lo humano esos dos Séres, anillo precioso que eslabona esa cadena de magnificencias que se encierran en el Hijo y en la Madre, llave destinada á custodiar el tesoro mas rico que jamás poseyó el mundo, génio protector de la divinidad encarnada, querubín que vela á la puerta del paraíso animado donde reside aquella, velo místico que encubre el propiciatorio de Jehová y el altar de los holocaustos. Todas estas alegorías fueron realizadas por el varón *justo* por excelencia, cuyas glorias venimos á solemnizar en este día. Ningun hombre mereció ser elevado á dignidad tan alta, ninguno poseyó tanta dicha, ninguno ejerció derechos tan inefables sobre el Hombre-Dios y su augusta Madre, ninguno fué enriquecido con títulos tan sublimes, ninguno fué llamado á cumplir una misión tan importante como José, puesto que solo él fué el escogido en la larga série de generaciones trascurridas desde el génesis de la creación para dar su mano á la Esposa agraciada del Espíritu divino, para unirse con los sagrados vínculos del matrimonio á la futura Madre del Salvador de la huma-

nidad, para ser padre presunto del Hijo del Altísimo y llenar con él en la tierra los deberes de tal. Decidme si despues de esto necesitaremos ir á buscar la grandeza de nuestro escelso Patriarca ni en el árbol genealógico de los reyes de Jerusalem, ni en los antiguos blasones de la casa de David, ni en los anales históricos de la monarquía de Judá, ni en la sangre heróica de los Zorobabeles, sus abuelos, y demas caudillos del pueblo escogido, ni en la noble descendencia de los Aaronidas, con quienes entroncaba por su cuna, ni en los brillantes recuerdos de la tribu que mereció llevar el estandarte nacional á la cabeza de los millares de Israel... No, todas esas grandezas no harian mas que oscurecer la positiva gloria del que por el solo hecho de ser esposo de Maria y padre putativo de Jesus, no reconoce rival ni semejante entre todos los hombres ni entre todos los santos: *Jacob genuit virum Mariæ, de qua natus est Jesus qui vocatur Christus.*

En esta doble circunstancia fundaré todo el elogio del gran Patriarca San José. Decir que fué el digno esposo de la Santísima Virgen, equivale á asegurar que ninguno hubo tan virtuoso y capaz de llenar á satisfaccion del cielo esta importante y alta mision. Decir que fué el padre presunto de Jesucristo, vale tanto como afirmar que ninguno atesoró tan sublimes merecimientos para contribuir de una manera tan directa á la realizacion del plan divino de la Encarnacion del Verbo. Ambas circunstancias forman su mayor timbre y su mas acabado panegirico, puesto que nos le presentan como el tipo de la perfeccion colocado entre ambos testamentos, y como el modelo acabado de toda justicia, digno de figurar en primer término en la inauguracion del cristianismo al lado de su augusto Fundador. » Tengo propuesto, etc.

AVE MARIA.

REFLEXION UNICA.

¡Qué analogías tan misteriosas descubre nuestro entendimiento, qué bellas y armónicas relaciones admira nuestra fé en la eleccion de nuestro augusto Patriarca para la alta dignidad de Esposo de María Santísima! Si mucho nos asombra ver una Virgen humilde y pudorosa, sin mas títulos al parecer que su raro candor, ni otros precedentes que su incomparable inocencia, llamada á ser el tálamo de la divinidad, el santuario viviente donde el unigénito de Dios tomára aquella carne con que debia verificar la redencion del mundo, no confunde y abisma menos el contemplar á un simple artista, á un menestral oscuro, á un hombre que vivia del trabajo de sus manos, elegido para unir su suerte á la de aquella criatura única entre las hijas de Sion á quien cupo tamaña gloria. Cierto que nada de extraordinario se hallará en ese enlace, si solamente se considera como un acontecimiento meramente personal y en la esfera de lo humano, puesto que nada se oponia á su realizacion como no fuese la diferencia de edades, siendo María una doncella de pocos años, y José por el contrario un varon entrado ya en edad provecta. Por lo demas, nobles ambos por su cuna, si bien igualmente reducidos á la mayor oscuridad por efecto de la desgracia que presidiera á los destinos de su familia, ningun obstáculo podia impedir aquella union. Sin embargo, elevando nuestras reflexiones á la esfera de los designios providenciales, ¡qué grandeza, qué gloria, qué magnificencias no encierra la eleccion de José para un destino tan sublime! Él es el ángel tutelar á quien se confia la custodia de aquel Huerto cerrado do la infernal serpiente nunca consiguiera vomitar su venenoso aliento; él es el mas venturoso Noé á quien Dios coloca por jefe y conductor de la mística Arca de la nueva alianza que atesora las riquezas de la reparacion en medio del gran diluvio en que voga la triste humanidad; él es el centinela avanzado que defiende los muros de la Ciudad animada del Dios vivo

para impedir que se acerque á ella el incircunciso y el inmundo; él es el tronco robusto á que se enlaza cual amante yedra, la que estaba destinada á llevar en su casto seno la dicha de los siglos pasados y venideros; él es el erguido ciprés sobre el cual inclina sus ramas la mas esbelta y gallarda Palma de Cades; él.... Pero omitamos los tipos alegóricos ante la brillante realidad. José es el esposo de Maria, es decir, el compañero, el custodio, el protector fidelísimo de la mas pura de las vírgenes, de la mas santa de las mujeres, de la mas perfecta de las criaturas, de la mas digna de las madres, del sér fenomenal que crió el Omnipotente para traer al mundo la esperanza, la felicidad y la mas sólida ventura.

Y esta dignidad de nuestro escelso Patriarca, ¿no presupone en él una perfeccion y una santidad análogas al sublime destino que era llamado á desempeñar, y por consiguiente superiores á cuanto hasta entonces se habia visto entre los mortales? ¿Hubiera procedido Dios conforme á las reglas de su inviolable justicia, dando por esposo á su futura Madre á ese humilde varon, si en la tierra existiese otro que pudiese rivalizar con él en merecimientos ó disputarle la gloria de su inocencia? ¿Hubiera cumplido con lo que á sí propio se debia, si no hubiese elegido para tan alto y grave cargo al mas intachable, al mas puro, al mas rico en virtudes, al mas privilegiado con los dones y gracias del Espiritu Santo? Ni por un instante cabe abrigar tamaña sospecha. El esposo de Maria debia ser si no igual en esta línea á tan augusta Esposa, puesto que no cabia una perfecta identidad con aquella que ni tuvo ni tendrá jamás semejante, lo que mas se acercase, al menos, á aquel cúmulo de perfecciones sobrehumanas, lo que mas se armonizase con aquel fenómeno de santidad casi infinita. Exigíalo así la dignidad del que en su dia se denominaria Hijo suyo, exigíalo el honor de tal Madre, exigíalo todas las razones de equidad y de conveniencia, y el Señor no podia prescindir de ellas en un negocio en que se interesaba su grandeza personal, y al que estaba vinculado el porvenir de la humanidad. Y ved la razon por qué, como observa un sábio ingenio contemporáneo, «Dios no dió por esposo á la Virgen predilecta del cielo un hombre cuyo mérito consistiese en sus campos, en sus viñas, en

sus ciclos de oro, cosas que frecuentemente cambian de dueño, y no son mas inherentes al rico que el vestido de que por la noche se despoja: sino que la dió un varon justo, lo mas perfecto de sus obras, y que poseia tesoros de gracia y santidad que hubiesen podido emular los mismos ángeles.» Otros hubieran ofrecido en dote á la agraciada doncella de Nazareth fértiles campiñas, numerosos rebaños, vastos olivares, y pueblos de esclavos conquistados en el combate, ó bien hubieran puesto á sus pies cadenas de piedras preciosas, ricos brazaletes, pendientes que equivaliesen al rescate de un príncipe, perlas del golfo pérsico, turquesas de Irán, esmeraldas de Egipto, y todas las magníficas y esplendentes insignias de la esclavitud del sexo débil; pero José la ofreció un alma sencilla, un corazon radiante de candor, una virtud á toda prueba, unas costumbres irreprensibles, una vida angelical, un fondo de merecimientos superior á todos los tesoros de los reyes, y que le colocaba sobre la púrpura de los césares, mas alto que los conquistadores, el primero entre los justos en el gran libro de la eternidad.

Nada digo, señores, que no esté apoyado en las mas concluyentísimas razones que con tanta lucidez como buen criterio han desenvuelto en sus admirables páginas los primeros génios del catolicismo. Convenia, escribe San Juan Crisóstomo, que al aproximarse el advenimiento del Salvador, brillasen en el mundo los rayos precursores de una perfeccion hasta entonces no vista. A la manera que cuando el sol comienza á levantarse, colórase el Oriente de una viva claridad aun antes que las primeras ráfagas del dia hayan teñido el horizonte, así Jesucristo en los momentos de ir á salir del seno de una Virgen, hacia reflejar en el universo los resplandores de una luz anticipada. Por eso todavía no habia nacido, y ya los profetas saltaban de júbilo en el seno maternal, las mujeres vaticinaban el porvenir, y José desarrollaba una virtud sobrehumana. ¿Qué hay, pues, de extraño, y que no se halle en la mas perfecta armonía con tan sublimes precedentes, en suponer á ese escelso Patriarca dotado de la mayor suma de perfeccion que puede caber en un hombre á quien estaban reservados los destinos mas augustos y el mas alto porvenir? ¿Habrà exageracion en conside-

rarle enriquecido con una fé superior á la de los antiguos patriarcas, con una esperanza mas firme que la de todos los primitivos justos, con una penetracion mas viva que la de todos los profetas que venian anunciando al Mesías reparador, con una caridad mas ardiente que la de todos los héroes, siendo él el elegido para protector de la mas digna de todas las madres, apoyo de la mas pura de las vírgenes, poseedor y dueño de la mujer tipo á quien el Espíritu divino venia poseyendo desde el principio de sus caminos segun la frase de los santos libros? No, no habia, ni existiera jamás otro mas digno que José: pues de haber existido, hubiérale reservado el cielo para tan elevada mision. Esta prueba es concluyente, y por lo tanto no vacilaré en asegurar con el Damiano que nada es posible añadir á la perfeccion y santidad de nuestro escelso Patriarca; con San Agustin, que tocó cuan de cerca pudo la linea divisoria que le separaba del inconmensurable abismo de dones que caracterizaban á su augusta esposa; con San Bernardino de Sena, que hubo de ella por participacion todo cuanto fué capaz de recibir en su respectiva esfera; con el doctísimo abad de Claraval, que existió entre ambos esposos, sino una identidad absoluta que era imposible, la mas completa asimilacion, la analogia mas perfecta, y la armonia mas admirable; de suerte que asi como María aventajó en riquezas y carismas celestiales á todas las virgenes de Judá, del mismo modo ningun nacido de mujer pudo rivalizar con José en gracias y virtudes, ni fué tan á propósito como este para llenar á satisfaccion del cielo la altísima mision de esposo de la Madre de un Dios.

Y si bajo este primer concepto se muestra á nuestros ojos el Patriarca San José tan grande y privilegiado, ¿cuánto no subirá de punto su dignidad en el concepto de padre presunto de Jesucristo, y como tal llamado á contribuir de un modo tan maravilloso y extraordinario á realizar el plan divino de la Encarnacion del Verbo? Seguramente es este un ancho abismo en que la inteligencia se pierde, y la razon humana tiene que ceder el campo á la divina revelacion para poder engolfarse en él. Un hombre que ve nacer del seno de su esposa al esperado de cuarenta siglos, cuyo nombre

es el Admirable, el Fuerte, el Príncipe de la Paz, el Padre de las generaciones venideras, el Consejero del Altísimo, el Dios de las eternidades; un hombre que de pública voz y fama se considera padre de ese mismo Mesías ó Cristo, cuyas funciones ejerce sobre su persona, cuyos derechos le son reconocidos universalmente, que manda y es obedecido, habla y sus órdenes son preceptos, dispone y al instante ve ejecutados sus mandatos; un hombre en quien las leyes acatan todos los privilegios de la paternidad respecto del hijo de María, que en uso de ellos le recibe en sus brazos y va á presentarle sobre el altar de la Circuncision, vela por sus destinos, protéjele en sus peligros, preside á su educacion, le inicia en los misterios de la vida doméstica, le asocia á sus fabriles ocupaciones, y que aun despues cuando el Hombre-Dios en el cumplimiento de su pública mision asombra á la Sinagoga con su doctrina, y á todo Israel con sus milagros, todavía se oye denominar públicamente su padre, puesto que Jesus es llamado el hijo del artesano de Nazareth; tal hombre, repito, ¿no es el fenómeno mas extraordinario que jamás se conoció, y cuya dignidad escede á cuanto puede concebir la razon humana? Podrá haber habido hombres que como Moisés se apelliden *dioses de Faraon* en virtud de la influencia que ejercian sobre los monarcas mas déspotas y tiránicos de Egipto (1). Podrán hallarse personajes ilustres como el antiguo hijo de Jacob que llegó á gloriarse de ser como un segundo padre del rey su Señor y príncipe de su familia por la abundancia de privilegios que de él obtuvo, confiándole la direccion de sus vastos dominios y la distribucion de sus larguezas (2). Empero, ¿dónde existió jamás otro que como nuestro excelso Patriarca pudiera denominarse y de hecho fuese llamado generalmente padre de aquel á cuyo imperio se somete la creacion entera, en cuyas manos giran los ejes del universo, cuya voluntad avasalla los príncipes, hunde las monarquías, hace rodar los tronos por el polvo, reduce á la nada el poder de los ejércitos, y es el árbitro supremo del tiempo y de la eternidad?

(1) Exód. VII. 1.

(2) Genes. XLV. 8.

Desaparezcan, esclama el padre San Bernardo, todas esas frivolidades humanas, todas esas soñadas apariencias de grandeza que tanto entusiasman el orgullo y la vanidad de los hijos del polvo, ante la positiva grandeza de José. Solo es verdaderamente grande y digno de admiracion aquel que entre todos los hombres pudo dictar sus órdenes al que humilladas obedecen las celestiales inteligencias, hacerse respetar del que confundidos y anonadados sirven los coros seráficos, disponer á su arbitrio del que fija sus lindes al océano é imprime su movimiento á los orbes. Solo es grande y escelso entre los hijos de Adan aquel á quien el Eterno confió al engendrado antes de los siglos para que le sirviese de sombra en los caminos de la vida, á quien comunicó sobre su personalidad humana los mismos derechos é iguales prerogativas que él ejerce en el cielo sobre su persona divina. Solo, en fin, es grande quien elevado en cierta manera á un órden hipostático en razon de su doble carácter de esposo de Maria y de padre putativo de Jesucristo, pudo decir á este: « ¡Tú eres mi Hijo! » Así la paternidad, atributo esencialmente incomunicable en Dios Padre respecto de las otras dos divinas Personas, parece haberse comunicado á José de un modo tan maravilloso como fenomenal, pero que sin menoscabar en nada el dogma inconcuso de nuestra fé, nos ofrece un espectáculo nunca visto, que eleva la dignidad y la gloria de ese Justo hasta un punto que jamás podrá tocar mortal alguno, por grandes que sean sus merecimientos y virtudes.

Yo concibo pues á José bajo este punto de vista como un esposo y un padre casi divino, valiéndome de la atrevida espresion de un sábio, puesto que, despues de la Santísima Virgen Maria, ningun otro contribuyó tan directamente al desarrollo de los inefables misterios de la infinita sabiduria con relacion á la humanidad; ninguno fué llamado á ejercer tan de cerca su influencia en la Encarnacion del Verbo en las purisimas entrañas de la Doncella de Nazareth; ninguno realizó con tanta propiedad la imágen de aquel que en el cielo y en la tierra es la fuente de toda paternidad, segun San Pablo; ninguno en fin desempeñó un cargo mas sublime y una mision mas noble. Unido con vínculos indisolubles á la sagrada familia, vió crecer

á su lado al Salvador del mundo, le prodigó sus caricias en su infancia, le estrechó contra su seno, imprimió en su divino semblante dulces ósculos, le durmió en sus brazos, recibió de él todas las demostraciones del amor filial, oyó de sus lábios esa palabra que envuelve la suma de la felicidad para un hombre en este suelo, le recostó en su propio lecho, le prestó su calor cuando el frio le aquejaba, le proporciónó sustento y solaz cuando en el ostracismo sufría las privaciones que van vinculadas á la desgracia, é hizo con él cuanto un padre puede hacer con un verdadero hijo.

Imagínese despues de esto cosa capaz de igualar, mucho menos de esceder, á tanta gloria. ¡Ah! Solo sus merecimientos pudieran quizás rivalizar con sus recompensas; únicamente sus virtudes pudieran aventajar dones y gracias tan singulares. O al menos, ¿quién puede dudar que debió existir una justa proporcion entre unas y otras? Pero esto nadie hasta ahora que sepamos se atrevió á negarlo. El cristianismo complácese en reconocer en el Patriarca San José el tipo de la mayor virtud posible colocado entre ambos testamentos, para dar complemento á toda justicia con relacion al antiguo, é inaugurar en la nueva ley el reinado de la perfeccion evangélica. Por eso donde quiera viene descollando en primer término en el vasto cuadro de la religion al lado de su Fundador augusto, y de la que le dió á luz para dicha del universo. Por eso en los homenajes que la piedad tributa á los héroes cristianos viene distinguiéndole entre todos ellos con un culto de amor y de ternura que se identifica en gran manera con el de su sacratísima esposa. Por eso no hay pueblo alguno en el mundo católico que al nombre de Jesus y de María no asocie tambien el de José, como inseparable á ese grupo augusto que representa en la tierra un destello de la Trinidad divina. Por eso, en fin, es tan universal la confianza que inspira su proteccion, como tan cercano á la fuente de todos los dones que fecundizan al mundo.

No sea estéril, oh escelso Patriarca, la que nuestros pechos abrigan en vuestro valimiento. Aceptad nuestras plegarias, escuchad nuestros ruegos, oid las fervientes súplicas que hoy te dirige la Iglesia en favor de sus mas importantes objetos. Entusiasmados al contemplar vuestras magnificencias, no nos olvidamos empero de

nuestras miserias y necesidades. Graves son los dolores que nos punzan, hondas las desgracias que nos afligen, muchos los peligros que nos rodean. Velad pues por nosotros, vos que tanto podeis ante el acatamiento de Dios; presentad á Maria, vuestra dignisima esposa, nuestro llanto, para que apiadada nos otorgue lo que forma el único objeto de nuestras aspiraciones, reducidas á vivir en el tiempo inseparablemente unidos al Señor por la gracia, y á gozar despues por eternidades de su gloria.

NOVENA

AL ESCELSO PATRIARCA SAN JOSÉ,

ESPOSO DE MARIA SANTISIMA.

NOVENA

AL ESCRIBO PATRIARCA SAN JOSE

ESPOSO DE MARIA SANTISIMA

SERMON

PARA EL PRIMER DIA DE LA NOVENA DEL PATRIARCA
SAN JOSÉ.

Ex quo honorabilis factus es in oculis meis et gloriosus, ego dilexi te. Ab Oriente adducam semen tuum, et ab Occidente congregabo te.

Desde que te hiciste estimable y glorioso á mis ojos, te distingui con todo mi amor. Desde el Oriente y el Occidente reuniré en derredor tuyo tus hijos que vendrán á ensalzar tu nombre.

ISAÍE. XLIII. 4, 5.

ENTRE las grandes solemnidades que la Iglesia consagra á celebrar la memoria de sus héroes, descuella en primera línea la festividad del escelso patriarca San José, esposo dignísimo de la Madre del Verbo humanado y padre presunto de Jesucristo. Razones de estricta justicia exigian que despues de esos dos objetos de veneracion y de amor para el cristianismo, ningun otro nombre fuese tan glorioso y honrado como el del hombre justo que mereció ser escogido en los designios de la Divina Providencia para desempeñar en la inefable obra de la reparacion un cargo tan importante y una mision tan sublime. El catolicismo pues, fiel á sus deberes, no tardó en manifestar públicamente su entusiasmo, levantando al lado de los altares del Salvador y de su Santísima Madre, un monumento de admiracion y de gratitud á las virtudes y escelencias de ese varon privilegiado que por tantos títulos era acreedor á recibir los mas sinceros homenajes de la piedad cristiana. No bastaba empero que la Iglesia hubiese designado un dia en el año para tributar un culto respetuoso á sus grandes merecimientos, y otro para fomentar la confianza de los fieles en su poderoso patrocinio. La devocion universal hácia

San José, encarnada, digámoslo así, en los sentimientos del mundo católico, fué todavía mas allá, y no satisfecha con solemnizar en esos dos días al esposo de la Virgen-Madre, le consagró un Novenario, durante el cual se complace en recordar las maravillas y prodigios que en él desplegó la omnipotente diestra, el cúmulo de dones y singulares gracias con que enriqueció su alma, el fondo de perfeccion que envuelve la eleccion que de él hiciera para la sublime dignidad de padre putativo del Unigénito de Dios, su fiel correspondencia á los altísimos decretos del cielo, sus trabajos, penalidades y sufrimientos en el desempeño de su mision augusta, las satisfacciones con que plugo al Señor recompensar sus sacrificios y la gloria que de todo esto le resultára.

Hed aquí, M. A. O., la idea, el objeto y el fin de estos solemnes cultos, sancionados por la Iglesia, y que de tiempo inmemorial venis consagrando al ínclito Patriarca José. Embebidos están en esta santa Novena todos los bellos recuerdos históricos de su prodigiosa vida, los rasgos mas preciosos que los divinos libros nos han conservado acerca de su heroismo, cuanto una tradicion constante é inalterable viene trasmitiendo á las generaciones respecto de sus escelencias y prerogativas. Hechos asombrosos que admirar, ejemplos edificantes que seguir, virtudes peregrinas que imitar, modelos de conducta cristiana que adoptar por norma, tipos de perfeccion que elevan el alma al amor de la divinidad, todo esto nos ofrecen las consideraciones en que se halla distribuida esta santa Novena. No es, pues, una estéril admiracion de las grandezas de José lo que debe llenar estos dias dedicados á su culto. Reducir á la práctica las sublimes enseñanzas que encierra una vida tan rica en merecimientos; identificarse en lo posible con ese ejemplar acabado de todas las virtudes religiosas y sociales, hed lo que de nosotros exigen la fé y la piedad cristiana, y en lo que, en cumplimiento de mi deber, insistiré en el curso de las exhortaciones que estoy llamado á dirigiros. ¡Plegue al cielo bendecir mis tareas y hacer fecundos mis trabajos, para honra y gloria del Señor y provecho de vuestras almas! No ambiciono la elocuencia superficial del tiempo, lo único que ansío es la elocuencia de la eternidad.

Sea pues el asunto de este primer discurso considerar en globo las virtudes, perfecciones y escelencias de nuestro augusto Patriarca, con las que cooperando dignamente á la eleccion que de él hiciera el Señor para la dignidad mas alta que cupo en un puro hombre, se hizo acreedor al aprecio y al amor de su Dios y á los homenajes de toda la tierra: *Ex quo honorabilis factus es in oculis meis et gloriosus, ego dilexi te... Ab Oriente adducam semen tuum, et ab Occidente congregabo te.*

Invoquemos ante todo los divinos auxilios, etc.

AVE MARIA.

REFLEXION UNICA.

Principio es de inconcusa justicia, reconocido por todos los sábios y admitido como dogma de todas las escuelas, que en la eleccion de una criatura para cualquiera mision importante, los medios deben corresponder á los fines que se propone acerca de ella la Providencia; y por consiguiente no podria ésta dejar de proporcionarla las gracias necesarias para el desempeño de su cometido sin faltar á uno de sus primeros atributos, lo cual ni aun presumir es lícito. Así que, si el Señor escoge á Moisés para ser el libertador de un pueblo oprimido y jefe de una nacion llamada á conservar sus tradiciones, dótale de un espíritu de admirable mansedumbre bastante á tolerar los reve- ses que deben preceder á su triunfo, al par que de un heroismo á toda prueba para oponerse á las exigencias y arbitrariedades de un tirano indomable. Si llama á David á ocupar el sólio de Israel y restablecer en él el culto de Jehová en medio de las profanaciones de los cultos idólatras, embellece su alma con una piedad innata, dándole á la vez un corazon rico en nobles sentimientos que le hacen captarse el amor y la benevolencia de sus mismos enemigos. Si destina á Josué á luchar con las naciones incircuncisas y á inmortalizar su nombre en los campos de Madian y de Amalec con la derrota de los reyes conjurados contra la nacion santa, dále un carácter enérgico

y guerrero, capaz de acometer las mas difíciles empresas y de llevarlas á feliz cima á través de todo linaje de contrariedades. Siempre en suma y donde quiera se observa esa misma ley de correspondencia entre los medios y los fines en la eleccion que preside á los futuros destinos del hombre.

¿Y fallaria ese principio respecto de nuestro escelso Patriarca San José, siendo su eleccion la mas prodigiosa por los importantísimos cargos que debia desempeñar, no menos que por la gerarquía especial en que le colocaba en la esfera de lo humano? ¿Pudiera presumirse que teniéndole el cielo reservada la mision mas augusta que jamás se confió á mortal alguno en la tierra, no le enriqueciese desde luego con todo el tesoro de gracias y virtudes que debia necesitar para llenarla dignamente? ¡Ah! El simple buen sentido basta á concebir que cuanto una criatura toca mas de cerca á la divinidad, tanto mas debe participar de su influencia y virtud. Así los planetas que mas se aproximan al sol reciben de él mayor claridad; y el arroyo que está mas cercano al manantial toma de él un caudal mas abundante de aguas; porque en el mundo moral como en el mundo fisico hay ciertas leyes que se armonizan prodigiosamente, como fundadas en un principio eterno é invariable. Y en este supuesto, ¿quién, salvo la Santísima Virgen María que mereció ser el templo animado del Dios vivo, se aproximó tanto como José á ese foco perenne de la infinita sabiduría, á ese inestinguible hogar del amor increado, á esa fuente inagotable de la suma verdad y de la mayor perfeccion? Otros pudieron como el caudillo de los hebreos vislumbrar la majestad de Adonai entre los resplandecientes rayos del Siná; pudieron como Samuel oír la voz de Jehová bajo las bóvedas del santuario de Silo; pudieron como Jacob ver en misterioso raptó la escala del cielo, y á los ángeles ministros del Dios de sus padres subir y bajar por ella para traer á la tierra las órdenes de su soberano; pudieron como los profetas penetrar á través del porvenir y contemplar de lejos la gloria del Mesías venidero, caracterizar sus cualidades, vaticinar sus triunfos, indicar sus nombres, consignar su historia anticipada. Pero solo á José estaba reservado ver por sus propios ojos lo que tantos reyes y patriarcas ambicionaron en

vano, tocar con sus manos al deseado de los collados eternos, estrechar contra su pecho al Salvador de Israel, acariciar en sus brazos al que es la delicia de los ángeles, denominarse padre del engendrado desde la eternidad, y todo ello en virtud de los derechos que debía darle su desposorio con aquella Virgen única y singular, llamada á realizar en sus castas entrañas el misterio mas profundo de la sabiduría, del amor y de la omnipotencia de Dios.

Inferid ahora, si os es dado, el abismo de gracias y virtudes que debió atesorar el cielo en ese varon privilegiado, á fin de que fuese, no solo digno, sino el mas á propósito de todos los nacidos y por nacer para desempeñar el doble carácter de esposo de María y padre putativo de Jesucristo. ¡Qué fé tan viva era preciso existiese en aquel que iba á unirse con los mas estrechos vínculos á la mujer que por haber creído sin vacilar los misterios mas incomprensibles, mereció ser el instrumento de los amorosos designios de Dios respecto de la humanidad! ¡Qué pureza tan extraordinaria debía embellecer el alma de quien estaba destinado á proteger la virginidad de la agraciada doncella, cuyo epitalamio cantó Salomon, cuya inocencia inspiró las mas sublimes páginas de los profetas, cuyo candor pintó el Espíritu divino en la azucena que brota hermosa y fresca entre las espinas! ¡Qué caridad tan sublime debía arder en el corazon del que en su dia poseeria todos los encantos, todas las gracias, todas las bellezas de la Madre del hermoso amor, de aquella Paloma predilecta que supo enamorar al Rey celestial con una sola trenza de sus blondos cabellos y herir su corazon con una mirada de sus penetrantes ojos! ¡Qué humildad no debió resplandecer en el que iba á unir sus destinos á los de aquella que por ser la mas humilde y modesta de todas las criaturas conquistó las bendiciones y alabanzas de todos los siglos!

Detengámonos, A. M., ante ese abismo que se presenta á nuestra vista. La imaginacion podrá ir cuan lejos quiera en el vasto horizonte que se descubre; la inteligencia podrá lanzarse en el ancho campo de las conjeturas y discurrir á su placer respecto de las perfecciones y gracias con que debió dotar el cielo á nuestro escelso Patriarca en virtud de su eleccion para la mayor de las dignidades.

que caben en la esfera de la humanidad; pero nunca le será dado á la razon por sí sola comprender á fondo la realidad de tanta grandeza. Lo único que podemos asegurar fundados en los acontecimientos posteriores de su vida, á pesar de la parsimonia con que en su relato procedieron los sagrados historiadores, es que la correspondencia de ese varon justo á los designios Providenciales fué tal cual lo exigia su mision. Colocado como faro luminoso entre los confines de dos mundos, á saber, el mundo de las profecías y el mundo de las realidades, el de la revelacion y el de los hechos, el de la espectacion y el de la consumacion, el de la ley mosaica y el del Evangelio, José debia presentarse como el modelo de ambos, siendo á la vez el tipo acabado de las virtudes patriarcales, y el ejemplar perfecto de las virtudes cristianas, el sello de la santidad de un culto que iba á prescribir, y la prueba visible de la perfeccion de una doctrina que reemplazaba y sustituia á los antiguos ritos. Lo primero está evidenciado por su misma eleccion para padre presunto del fundador de la ley evangélica: lo segundo harto lo demuestran los hechos históricos. Él, cuando todavía no se habia sancionado la virginidad como un estado mas perfecto que el matrimonio, supo unir ambos extremos al parecer tan contradictorios, viviendo en su union con la casta doncella de Nazareth como un custodio y centinela vigilante de su integridad prodigiosa. Él, cuando aun no existia una ley prohibitiva del divorcio, y mucho antes que el augusto legislador del cristianismo pronunciasse su fallo sobre la indisolubilidad del lazo conyugal, supo respetar los sagrados derechos de ese nudo á pesar de las aparentes razones que le autorizaban para romperle. Él, cuando todavía no se habian deslindado los poderes ni trazádose una linea divisoria entre la potestad espiritual y la temporal, supo dar á César lo que era de César, sin faltar á lo que á Dios debia, sometiéndose al cumplimiento de las disposiciones civiles, aunque emanadas de príncipes idólatras, cuando esto no se oponia á la obediencia que de él exigian las leyes divinas. Él, cuando el orgullo y la soberbia no reconocian otros títulos de gloria que el saber y las riquezas, porque no se habia predicado aun la fraternidad evangélica que nivela á todos los hombres ante Dios dándoles idénticos de-

rechos, sabia amar á su prójimos como á sí mismo, auxiliar al pobre, socorrer al menesteroso, ayudar al débil, partir su pan con el necesitado, respetar el infortunio, condolerse de las ajenas miserias, hacer propias las desgracias de sus hermanos, y llenar todos los deberes que impone la caridad cristiana.

Recorred sino las diversas fases de la vida trabajosa de nuestro escelso Patriarca, y le hallareis desplegando todas las bellezas del cristianismo, y todas las grandes virtudes del Evangelio que mas tarde debia proclamar el Hombre-Dios. ¿Qué resignacion igualó jamás á la de ese hombre obligado por los azares de la suerte á imponerse las mas duras ocupaciones para satisfacer sus necesidades, cuando contaba en el catálogo de sus ascendientes á los mas opulentos monarcas de Israel? ¿Qué paciencia pudo rivalizar con la de ese varon magnánimo luchando constantemente con la adversidad, haciéndose superior á los mas sensibles infortunios, obligado á llevar una vida nómada por huir de las asechanzas de una persecucion inmotivada, y sin desmentir en una sola ocasion su inalterable calma en medio de las mas crueles aflicciones? ¿Qué prudencia pudo parangonarse con la de un esposo que ve en la compañera que Dios le ha deparado señales evidentes de su deshonor y de su afrenta, y sin embargo recela de sí mismo antes que dar crédito á la existencia de un crimen ageno, teme engañarse lejos de juzgar culpable á su esposa, y mas bien que atribuir á realidad lo que sus ojos registran, prefiere consentir en que es una ilusion de sus sentidos? ¿Qué heroismo mayor pudo concebirse que, el de un santo que, probado por el cielo con todo linage de reveses y sufrimientos, bendice en todo tiempo la mano que se los envia, y sin cuidarse de sus propios males, solo se afecta por lo que de ellos participan una esposa á quien ama con ternura y un hijo presunto á quien adora?

Así llenaba el Patriarca San José su mision gloriosa, si bien acibarada con los mas crueles pesares; de este modo retrataba fielmente en su persona el tipo del cristianismo con sus rasgos característicos; hed ahí como se anticipaba á la promulgacion del Evangelio practicando su doctrina y haciendo brillar todas sus magnificencias. ¡Cuánto no le amaria por su parte aquel Dios que con tanta exacti-

tud veáale cumplir el alto destino que le confiara! ¡Cuán satisfecho no estaria de su eleccion! ¡Cómo le enriqueceria con sus dones y gracias celestiales! ¡Con qué profusion derramaria en él la lluvia benéfica de sus bondades! Plantado como robusto árbol al lado de aquella que escede en gallardía á los cipreses de Sion, á los cedros del Líbano, y á las palmeras de Cades, nutriríase de su sávia y crecería de virtud en virtud hasta descollar sobre los montes santos, segun la alegoría de los sagrados libros. Siempre en contacto con aquel Ser que en frase del Apóstol atesora las riquezas inagotables de la divinidad corporalmenté, se elevaría de continuo á un grado de perfeccion imposible de describir, porque abrevándose su alma en los puros manantiales de la santidad por esencia, participaría de ella cuanto cabe en un puro mortal. He dicho poco: los mismos ángeles hubieran podido descender á la tierra sin rebajarse, á aprender de ese varon santísimo á amar á su Dios y Señor. Mucho le envidiaran la dicha que gozaba como padre presunto del monarca celestial; pero aun mas motivo tuvieran de emular su virtud y su inocencia. Objeto de asombro debia ser ver á un hombre obedecido por su mismo criador, dictando sus mandatos al que le sacó del caos de la nada, ejerciendo una visible superioridad respecto de aquel en cuya presencia las criaturas todas son en sentir de un profeta cual si no existiesen; pero no menos debia admirar contemplarle en medio de tanta elevacion y tan sublime gloria, siempre modesto, siempre humilde, siempre inalterable en sus sentimientos y digno siempre de tamaña honra.

Es, pues, inconcuso que nuestro escelso Patriarca correspondió cual cumplía á la mision que le reservó la divina Providencia, y que con su fidelidad en llenar los deberes que le imponia su doble cualidad de esposo de Maria Santísima y padre putativo de Jesucristo, supo captarse la estimacion y el amor de su Dios, quien no satisfecho con recompensarle con la gloria extraordinaria que disfruta en la mansion de la supremã bienandanza, quiso que desde el Oriente al Occidente toda la tierra festejase su nombre y celebrase sus magnificencias: *Ex quo honorabilis factus es in oculis meis et gloriosus, ego dilexi te... Ab Oriente adducam semen tuum, et ab Occidente congregabo te.*

Nosotros somos ecos de ese coro de alabanzas que en todo el globo resuena en este día. Do quiera el dignísimo esposo de la Virgen-Madre es hoy objeto de un entusiasmo universal. Raro será el pueblo donde elocuentes y animados acentos no preconicen las grandezas de José. Pero no basta esto, M. A. O., para honrar debidamente la memoria de ese justo por excelencia; preciso es que participemos de la suave fragancia que despiden sus virtudes, aspirando á apropiarnos las que mas en armonía están con nuestro respectivo estado. Para todas las condiciones de la vida hay en la historia de nuestro héroe preciosos ejemplos y utilísimas enseñanzas. De él pueden aprender los que se hallan unidos con el vínculo del matrimonio á santificar su union mediante el ejercicio de las virtudes que forman la corona de los esposos cristianos. En él tienen las vírgenes el modelo del candor y del recato que deben embellecer á un alma consagrada al servicio del Señor. Él ofrece al hombre laborioso el tipo de la constancia en el trabajo, primera necesidad de nuestra condicion social, y primera virtud de un alma honrada á la cual eleva y ennoblece aun en el seno de la indigencia. Él es en suma la norma y el ejemplar de toda la perfeccion evangélica reducida á la práctica, en quien brilla la abnegacion mas profunda, la mas heroica tolerancia en los trabajos, la resignacion mas admirable en la adversidad, el mas puro celo por la gloria de Dios, la caridad en su mas bello ideal, la prudencia llevada hasta su mas alto grado, la magnanimidad en su mas sublime expresion, cualidades que le merecieron el aprecio de su Dios y que el catolicismo se complace en proponernos como el modelo de nuestra conducta. ¡Quiera el Señor que tan brillantes ejemplos no pasen desapercibidos! ¡Haga el cielo para nuestra dicha que el recuerdo de tantas virtudes nos sirva de aliciente para conformar á ellas nuestra vida y nuestras costumbres.

Harta necesidad tenemos de ello, oh José Santísimo. Nunca como en estos tiempos de corrupcion y de libertinage en que el vicio pasea insultante su carro victorioso sobre las ruinas de la virtud, há menester el mundo un dique poderoso que le contenga para no precipitarse en el abismo del mal. Cuando todo en torno nuestro

despide infeccion, y brotan donde quiera gérmenes funestísimos de muerte, nada es tan eficaz para obrar una feliz reaccion en los hábitos de nuestra sociedad como la imitacion de tu santa vida, tan fecunda en enseñanzas saludables para todos los estados y condiciones. Inspíranos, pues, á todos un deseo sincero de marchar tras tus huellas, para que cumpliendo cada cual nuestros respectivos destinos, al modo que tú llenaste el que te cupo en los designios de la divina Providencia, merezcamos en la tierra la paz y bienandanza que ansiamos, y despues la corona inmortal de los predestinados en la mansion eterna de la gloria.

SERMON

PARA EL SEGUNDO DIA DE LA NOVENA DEL PATRIARCA SAN JOSÉ.

Cum esset desponsata Maria Joseph, antequam convenirent inventa est in utero habens de Spiritu Sancto. Joseph autem vir ejus cum esset justus, et nollet eam traducere, voluit occulte dimittere eam.

Estando desposada María con José, sin que antes hubiesen estado juntos, se halló que había concebido en su seno por obra del Espíritu Santo. Mas José su esposo, siendo como era justo, y no queriendo infamarla, deliberó dejarla secretamente.

MATTH. 1. 48, 49.

LA historia del cristianismo debía ser la historia de todos los combates, de todas las luchas, y de todas las contrariedades que la virtud y la verdad estaban llamadas á experimentar en el mundo despues de la promulgacion del Evangelio. Sus triunfos hallábanse vinculados al heroismo, debian ser frutos de las lágrimas y de los pesares, y brotar del seno de la abnegacion y del martirio. Y la Providencia que preparaba el terreno para esa eterna lucha, al acercarse los tiempos designados para la realizacion de los grandes misterios que iban á cambiar la faz del universo, quiso mostrar anticipadamente como en compendio toda la historia de esa religion de sufrimiento y de sacrificio, en la persona del hombre escogido para figurar en su primera página al lado de su fundador divino. Graves conflictos, amargos sinsabores, fuertes compromisos y hondos pesares estaban reservados al Esposo de la Virgen prometida. Contados estaban en el libro de los eternos destinos los pasos de ese varon justo; á caro precio debía comprar la incomparable gloria de considerarse padre del Salvador de la humanidad. Un calvario prematuro, una cruci-

fixion anticipada, un martirio incruento, pero no menos cruel que el de la espada ó el fuego, preparábasele á aquel á cuya sombra creceria la augusta víctima del Gólgotha antes de consumir con su sangre los vaticinios de cuarenta siglos.

Tal era, M. A. O., el destino de José, y su realizacion comenzó desde los primeros días de su union á la mujer bendita de cuyo seno iba á brotar la salud de Israel y la luz del mundo. Poco era haber pasado por todas las fases de una existencia sembrada de humillaciones y fecunda en peripecias harto sensibles para un alma generosa y noble. No bastaba haber visto desmembrada su tribu, ajados los antiguos timbres de su familia, marchitos los laureles de sus ascendientes, confundida su raza con las últimas clases de la sociedad, y él, leve vástago de aquel arbol desgajado, lanzado en un oscuro rincon de la Judea buscando en el taller de un artista el sustento que proporciona al pobre el sudor de su rostro. Todo esto no era mas que los precedentes de otras pruebas mas duras é insupportables en las que pluguiera al cielo acrisolar su rara virtud. Su matrimonio con María, que segun las humanas apariencias debiera ser para él el origen de una dicha que compensase con usura sus pasados sufrimientos, no fuera en realidad sino la inauguracion de nuevas penas, la fuente de nuevas y aun mas envenenadas contrariedades, la arena de nuevos combates, el teatro de nuevos triunfos, pero triunfos conquistados á fuerza de sublimes sacrificios. No bien ha comenzado á gustar las dulzuras de una vida envidiable por la paz y celestial concordia que reinaba entre ambos esposos, estrechamente identificados en sus ideas, en sus deseos, y en sus aspiraciones igualmente divinas, cuando una inesperada tormenta viene á anublar repentinamente el horizonte de su inteligencia, llevando al fondo de su corazon el desasosiego, la turbacion, la tristeza, y una agitacion que desgarrá sin piedad sus entrañas. María se halla en cinta; José ignora de todo punto el misterio de su asombrosa fecundidad; sabe, sí, que él es completamente extraño á aquel acontecimiento; tiene la conciencia de su propia justicia, pero no puede asegurarse de la inocencia de su consorte. ¡Cielos! ¿Habrá sido sorprendida su credulidad? ¿Pesará sobre él una nota infamante? ¿Será

victima de una cruel decepcion? ¿Habrá quedado burlada su confianza en aquella mujer para él tan respetable y digna?

En esta situacion nos presenta hoy el catolicismo al Patriarca San José, entregado á un dolor penetrante, padeciendo indecibles tormentos, y ofreciendo á nuestra consideracion el tipo del esposo fiel, del varon prudente, del hombre celoso de su honra, del justo por escelencia probado por Dios hasta donde puede rayar la paciencia de un simple mortal, y recompensando al propio tiempo su heroismo y su recto proceder con una satisfaccion superabundantisima que trueca en gozo indefinible sus pasadas amarguras. Y ved el asunto que me propongo desenvolver en el presente discurso, siguiendo el orden de esta Santa Novena, etc.

AVE MARÍA.

REFLEXION UNICA.

Era llegada la hora señalada en el reloj de la Providencia para la encarnacion del Verbo. El Señor enviára á Nazareth uno de los siete espíritus que asisten constantemente ante su eternal sόlio, el cual habia presentado á María el celestial mensage. El consentimiento de la doncella predestinada arrancado bajo una solemne promesa que garantizaba su perpétua integridad, pusiera el sello á los decretos del infinito; y la Virgen pudorosa y limpia desposada con el virtuoso artesano de la Judea, quedára hecha Madre del futuro Redentor del mundo, del Cristo ó ungido de Dios. Entre tanto José, á quien su digna esposa habia ocultado aquel misterio, bien porque su profundisima humildad se resistiese á publicar las maravillas que el Señor obrára en ella, bien porque un impulso divino la impedía descubrir su augusta maternidad, pasaba tranquilamente sus días al lado de aquel ser tan dulce, tan simpático, tan amable y tierno, embelesado en contemplar sus gracias, y en admirar sus virtudes. ¡Qué felicidad tan pura reinaba bajo aquel modesto hogar que abrigaba dos corazones tan inocentes, tan concordes y animados de un

mismo pensamiento y de un fin idéntico! ¡Qué suaves se deslizaban para ambos las horas, ocupados de consuno en sus respectivas labores, él en labrar las maderas que su robusto brazo cortaba en la cumbre del Carmelo ó en dirigir la construccion de las cabañas del valle, ella tejiendo las palmas cogidas en las orillas del Jordan ó lavando las ropas en las corrientes del vecino arroyo! ¡Con qué fervoroso entusiasmo ofrecian á Jehová las primicias del día orando al despuntar la aurora con sus manos estendidas hácia el templo de Jerusalem, y consagraban los últimos crepúsculos del astro que iba á ocultarse en el Occidente dirigiendo al Dios de Jacob la plegaria de la tarde!

Mas ¡ay! breves fueron aquellas horas de indefinible dicha, y no tardaron en cambiarse para José en dias de mortal angustia. El virginal embarazo de María comienza á manifestarse con señales inequívocas; estas adquieren progresivamente proporciones mas ostensibles; José encerrado en una prudente reserva nada dice, nada habla, ni una sola espresion atrevese á pronunciar acerca de un hecho para él tan extraño; pero en el interin, en el fondo de su corazon, se traba el mas cruel y encarnizado combate. Al principio no es mas que una incertidumbre dolorosa, despues una perplejidad punzante, mas tarde una congojosa angustia, luego una lucha de sentimientos que le ponen en tortura. ¡Qué situacion para un alma tan recta y pundonorosa como la suya! Él que siempre ha mirado á su esposa como un prodigio de candor y santidad, ¿se atreverá ahora á sospechar en ella un crimen tan infame por solo el testimonio de sus propios sentidos? Él que jamás observó en su fiel compañera nada que no fuese púdico y casto, cuya beldad sin semejante no podia menos de inspirar afectos puros y pensamientos celestiales, ¿podria creer que hubiese faltado á sus deberes hasta el punto de echar sobre el nombre de quien la acogiera en su casa una mancha tan fea é indeleble? No es posible. José trabaja por desechar semejante idea como una sugestion del espiritu infernal, y antes que dar entrada en su alma á una suposicion tan injuriosa al honor inmaculado de María, consentirá en juzgarse á sí mismo víctima de una ilusion óptica, mañosamente dispuesta por Satanás para

sembrar la cizaña é introducir la discordia en el hogar de la paz. Pero no, no es ilusion, es un hecho lo que se presenta á la vista del santo esposo; ya no há lugar á dudas, el embarazo progresa, y llega á un período en que ya es inadmisibile toda clase de tergiversaciones. Todo Nazareth hállase enterado del suceso; donde quiera se refiere que la mujer del carpintero está en cinta; José lo escucha todo con la resignacion del hombre justo, y recibe sin inmutarse los crueles parabienes de unos deudos que ignorantes del casto vínculo que le une á aquella doncella, felicitanle inocentemente por la perpetuacion de su raza. Entre tanto su alma, fluctuando cual leve navecilla azotada por las olas, no acierta á tomar un partido. Su misma indecision añade á sus amargos pesares el mas intolerable tormento. ¿Qué hará en tan terrible conflicto? ¿Se decidirá á mantener en su compañía á aquella esposa infiel? Pero esto le cubriria de afrenta, marcaria su noble frente con el estigma de la vergüenza, sobre contravenir terminantemente al testo de la ley mosaica, harto clara en este punto. ¿La repudiará sin esponer los poderosos motivos que á ello le autorizan? Mas entonces toda la deshonra de tamaño escándalo caería de lleno sobre María, puesto que nadie dudaria de su culpabilidad en vista de tamaña determinacion en un hombre de costumbres tan severas y sencillas, y de una rectitud y justicia generalmente reconocidas. ¿La llevará ante el consejo de los ancianos para ser juzgada con arreglo al código de su nacion? En este caso su condenacion era segura en un pueblo donde el adulterio era vengado con una muerte infalible, y apedreada públicamente descenderia al sepulcro execrada y maldecida. Testigos irrecusables, monumentos terribles de esa ley de espacion, las Dinas, las Thamaras y Mariamnas, víctimas de esa pasion que el rey sábio asemejó á las llamas del infierno, y que los judíos llevaban hasta el esceso del fanatismo. «Cierto, dice un ilustre escritor, que el vínculo fraternal que unia á José con su jóven esposa, excluia los trasportes de la pasion y los furoros de los celos: pero quedaba el honor israelita; quedaban los tormentos del padre, y la cruel decepcion del hombre que ve cambiarse su tesoro en un objeto despreciable; quedaba la sentencia imponente y rigurosa de Jehová que dijera por su

profeta legislador: ¡muera la adúltera! Mil vidas hubiera dado José porque un nuevo Daniel le dijera: «Esa mujer es inocente y pura;» mas ningún profeta le daba tal seguridad, y la misma María parecía confirmar el fallo de su culpabilidad encastillándose en el mas absoluto silencio (1).»

Nada es comparable á ese espectáculo que la virtud de José ofreció en aquellos momentos á las miradas del cielo, entusiasmado en contemplar su heroísmo en medio de una prueba tan dolorosa y repugnante. Jamás el mundo admiró en un hombre sentimientos tan nobles, miras tan delicadas, ideas tan sublimes, prudencia tan consumada, resignacion tan heróica. Digna era una conducta tan superior á lo que humanamente podia y debia esperarse en un esposo tan altamente ofendido, de aquel que estaba llamado á ser en la tierra el representante del Eterno. Consultando consigo mismo y pesando en la balanza de su recto corazon todas las eventualidades del suceso, decídese por último á adoptar el partido que considera mas conforme á sus instintos caritativos y generosos. Renunciará, pues, al derecho que le dá la ley mosaica, y preferirá practicar el deber evangélico que aun no existe; sacrificará gustoso su honra, su independencia, su porvenir, y hasta el aprecio público que le conquistára su vida intachable, á trueque de salvar la reputacion de su esposa á quien compadece; huirá del suelo que le vió nacer, dará un eterno adios al hogar de sus abuelos, se resignará á no respirar en lo sucesivo el aura suave de la patria tan grata para el hombre al declinar el sol de la vida; se condenará á un perpétuo ostracismo, marchará á mendigar en tierra estraña el pan amargo de la limosna, é irá á morir lejos de la tumba de sus mayores; aceptará las mas odiosas calificaciones, cargará con todo el peso de un abandono de que en su dia le pedirá cuenta la posteridad, y ocultamente dejará á su esposa, prefiriendo ver marchita á sus piés la corona de su propia fama, antes que ofenderla con una sola mirada ni con la mas leve expresion de amargura. Tal es la resolucion que segun el testo sagrado tomó el santo Patriarca: *Cum esset justus et nollet eam*

(1) Orsini, Hist. de la Madre Dios, l. X.

traducere, voluit occulte dimittere eam. Resolucion estraña, pero heróica, y tan gloriosa para su memoria como el mas bello de sus triunfos, puesto que envolvia un linaje de martirio voluntario que rayaba en lo mas sublime é incomprendible. Razon tuvo el Crisóstomo para calificar de sobrehumana la virtud de José en este acontecimiento; pues no cabia en un simple mortal tan estraordinario sacrificio, á no ser impulsado á consumarle por un principio sobrenatural y divino.

Pero harto habia probado el Señor la justicia de su siervo, y tiempo era ya de que á tan furiosa tempestad sucediese la calma y la bonanza. En efecto, M. A. O., el cielo tenia reservado á José una satisfaccion y un gozo correspondientes á sus pasados tormentos. Cuando mas récia era la lucha trabada en su alma, cuando mas horrosamente zumbaba el trueno y relumbraba el relámpago en la tenebrosa noche de su imaginacion, cuando las hinchadas olas de la amargura llegaban ya ahogarle, é incapaz de resistir por mas tiempo tan cruda tormenta, disponíase á huir de aquel funesto hogar donde no se ofrecia á sus ojos sino visiones fatidicas, ni brotaban en su alma mas que siniestros presentimientos, hé aquí que un angel le aparece en su agitado sueño y le dice: «No temas, José, conservar» en tu casa y compañía á esa mujer que tú crees infiel, y á quien» ninguna mancha deshonra; pues has de saber que lo que en ella ha» nacido es obra del Espíritu Santo. Dará á luz un Hijo, á quien tú» mismo pondrás el nombre de Jesus porque él salvará á su pueblo y» le libertará de la servidumbre del pecado;» *Noli timere accipere Mariam conjugem tuam: quod enim in ea natum est, de Spiritu Sancto est.*

¡Feliz anuncio! ¡Palabra consoladora! Tú llevaste el bálsamo de la paz á aquel corazon destrozado; tú calmaste las crueles angustias de aquella alma lacerada; tú obraste la mas súbita reaccion en los destinos del hombre honrado y justo próximo á ser triste victima de su hondo dolor; tú cambiaste en corona de gozo y en diadema de gloria lo que hasta entonces fuera para él el objeto del mas duro martirio; tú aseguraste la felicidad de aquella union formada por el cielo para ser en la tierra el tipo de todas las virtudes cristianas que

debían embellecer el hogar doméstico; tú en suma al par que disipaste todas las dudas de José, tranquilizando su espíritu y serenando su borrascosa imaginación, fijaste el porvenir de aquella sagrada familia, evitando una separación cuyas funestas consecuencias hubieran afectado principalmente al divino fruto que María llevaba en su seno. La simple idea de lo que en esta hipótesis hubiera resultado, basta á helar el corazón de espanto. ¡Qué de ultrajes no hubiese sufrido la Virgen de Nazareth en un pueblo donde tan sagrado era el honor de las mujeres! ¡Qué borron tan negro no hubiese recaído sobre su sospechosa maternidad! ¿Y qué se hubiese dicho de aquel Mesías cuyo nacimiento según el vaticinio de David, debía ser tan puro é inmaculado como el rocío de la aurora? ¡Desgraciada madre y aun más desgraciado hijo! Ambos durante su vida hubieran llevado impreso cual otro Cain fratricida el sello de su reprobación. Sin honra la una, sin porvenir el otro, infamada aquella y éste despojado de todo derecho ante la ley, ni María hubiese podido presentarse en público sin esponerse á la venganza de los de su raza, ni Jesús hubiera tenido entrada en las sinagogas, y en las asambleas, ni encontrado en su misma patria un asilo hospitalario, ni gozado de los privilegios civiles de su nación, condenado á vivir en el aislamiento más vergonzoso.

No podía, pues, permitir la Providencia tamaños resultados que desconcertarían todo el plan divino de la reparación prometida al mundo; y en su consecuencia, si bien por algún tiempo plúgola probar la fé y la prudencia del Santo Patriarca José, cuando ya estuvo satisfecho de su heroísmo, le envió el ángel de la calma para apaciguar la tormenta suscitada en su pecho, dándole á beber la copa del honor más extraordinario que jamás cupo en un mortal en cambio del amargo caliz que habían gustado sus labios. El Padre San Juan Crisóstomo no acierta á encomiar dignamente la fé de José en este lance tan grave y comprometido. ¿Cómo es, dice, que á una simple palabra del celestial emisario, dicha en sueños, y no de una manera manifiesta, cree sin titubear los inefables misterios que le anuncia? ¿No podía juzgarse engañado por una excitación febril efecto de su imaginación tan trabajada? ¿No tenía motivos poderosos

para dudar racionalmente de la autenticidad de la revelacion, bien asi como con menor fundamento vacilará en admitir la realidad de sus pasadas sospechas? Si como á Maria y á los pastores se le hubiese aparecido en vigilia y demostrádole con señales positivas lo que venia á anunciarle, nada tendria de extraordinaria su creencia: pero que crea tan firmemente cuando solo tiene por garantía un ensueño pasajero, es á no dudarle el colmo del heroismo, el rasgo mas sublime de aquella misma fé que le sostuvo en los mas crueles combates.

Esta fé, este heroismo quisiera yo, M. A. O., fuese el objeto de nuestra santa emulacion, y el fruto de las consideraciones que dejo espuestas. ¡Dichosos nosotros si á consecuencia de tan sublimes y edificantes ejemplos, nos animásemos á imitar de hoy mas esas virtudes que tanto honran la memoria del augusto esposo de la Santísima Virgen Maria! Ocasiones mil se nos ofrecerán en el curso de la vida en que necesitaremos ejercitarlas para hacer frente á los arriesgados trances que pondrán á prueba nuestro corazon. Y especialmente los que como José se hallan ligados con el vinculo sagrado del matrimonio, ¡cuánto no han menester de esa prudencia que salvó la fama de la Madre de Jesucristo, para no precipitarse en esos hondos abismos á que frecuentemente arrastran los celos devoradores, las amargas sospechas, las desconfianzas infundadas, y otras mil pasiones que el infierno agita en el corazon humano! Cuando por efecto de una presuncion injuriosa introdúcese en el hogar doméstico el génio de la discordia, y huye de las familias la dulce paz que formaba el encanto de la union conyugal, por admitir con sobrada candidez ciertas espresiones que una lengua enemiga esparce imprudente con el malévolo designio de sembrar la perturbacion y el desórden bajo el ageno techo, ¡qué de desgracias, qué de escándalos, cuántos trastornos se evitarian procediendo con la cautelosa reserva y con el delicado tino con que se condujo nuestro escelso Patriarca en un asunto de suyo gravisimo y comprometido! Pero, lejos de ser así, se prefiere dar publicidad á unos hechos que deberian quedar sepultados en el mas profundo silencio, se procede de ligero en la apreciacion de unas pruebas que quizás distan mucho

de tener todos los caracteres de autenticidad; se fomenta la escision dando proporciones gigantescas á unas sospechas que tal vez no pasan de ser imaginarias: y de aqui todos esos males que con mengua de la religion, y no menor perjuicio del orden social, dejan tras de sí hondas huellas de desolacion y ruina. Contribuyamos todos de consuno á evitar semejantes resultados, y al efecto, ningun medio hallaremos mas eficaz que la imitacion de ese varon justo que hoy nos propone la Iglesia como el tipo del esposo fiel, del hombre honrado, de la prudencia mas consumada y de la resignacion mas sublime.

Sé nuestro modelo, oh José Santísimo, sirvenos de norma y de guia en los escabrosos senderos de la vida, tan fecunda en sucesos adversos y en lances dificiles. Inspíranos los nobles sentimientos de tu alma, particípanos las generosas ideas que abrigaste, embellece nuestro corazon con las virtudes que en tan heróico grado desarrollaste. Y pues tu valimiento es tanto delante del Señor que como á padre te obedeció en la tierra, consíguenos de él las gracias necesarias para seguir tus ejemplos, á fin de merecer un día las recompensas á que te hiciera acreedor tu justicia, y gozar contigo las delicias del amor divino en el reino de la inmortalidad.

SERMON

PARA EL TERCER DIA DE LA NOVENA DEL PATRIARCA
SAN JOSÉ.

Ascendit Joseph à Galilæa de civitate Nazareth in civitatem David quæ vocatur Bethlehem, ut profiteretur cum Maria desponsata sibi uxore prægnante. Factum est autem cum essent ibi, impleti sunt dies ut pareret. Et peperit filium suum primogenitum, et pannis eum involvit, et reclinavit eum in præsepio: quia non erat locus eis in diversorio.

Vino José desde Nazareth, ciudad de Galilea, á la ciudad de David, llamada Belen, para empadronarse con Maria, su esposa, que se hallaba en cinta. Y estando allí la llegó la hora del parto, y parió á su hijo primogénito, y envolvióle en pañales, y le reclinó en un pesebre, porque no hubo lugar para ellos en la posada.

LUC. II. 4, 5, 6, 7.

Las mas brillantes imágenes, los mas ricos atavíos con que la elocuencia sabe engalanarse, quanto de mas poético es capaz de crear la imaginacion en momentos inspirados, no bastan á pintar ciertos asuntos que por su sublimidad se hallan fuera del alcance del hombre. El advenimiento del Mesías al mundo en la plenitud de los tiempos, su nacimiento temporal del seno de una Virgen con las circunstancias que le refieren las sagradas páginas, es uno de esos cuadros que los mas diestros pinceles no han hecho sino trazar con pálidas tintas. ¡ Ah! La mano de un mortal no es á propósito para bosquejar dignamente los misterios del cielo. Esa mezcla inefable de grandeza y de humillacion, esa amalgama sublime de flaqueza y de inmortalidad, esa cohesion incomprensible de lo humano con lo divino, son motivos harto elevados para que nadie pueda interpretarlos con propiedad sino aquel Espiritu de sabiduria y de amor que presidió á la ejecucion de los eternos designios.

Sin embargo nada se opone á que el hombre, reconociendo siempre su impotencia, procure describir lo mejor que le sea dable ese arcano de la ciencia infinita, oculto, segun San Pablo, en el misterio del pesebre. En él figura tambien como uno de los principales personajes nuestro Santísimo Patriarca José, objeto de los presentes cultos, participando de esa misma mezcla de dolor y de gozo, de pesar y de entusiasmo, de abatimiento y de gloria, que caracterizan el gran secreto de nuestra salud. En él nos le muestran los sagrados libros desempeñando un papel importantísimo, una mision grave y autorizada, por la que, si inmensa honra le cabe, no son menores los sufrimientos que le proporciona. Iban á realizarse los vaticinios del ángel protector de sus sueños; próximo estaba á verificarse el anuncio del alumbramiento de su virgen esposa; y no bien habia transcurrido el tiempo necesario para reconquistar la calma de su corazon ulcerado y rehacerse de sus pasados disgustos, cuando nuevas contrariedades esperábanle ya lejos de su modesto hogar. Y no vaya á creerse que el haber de abandonar el techo tutelar de sus mejores dias, es lo que motiva la pena de ese corazon grande y heróico en medio de su estremada pobreza. Gustoso ó al menos resignado hace el sacrificio de su reposo por ir á cumplir una ley de Augusto César, que convoca á Belen á los descendientes de David para verificar el empadronamiento general de su imperio. Nada le afecta el tener que obedecer las prescripciones de un poder idólatra, toda vez que no se oponen á los mandatos del Rey de los reyes, persuadido como está de que los monarcas son la representacion de la divinidad en la tierra, y mas aún cuando el orgullo mismo de los nuevos conquistadores era justamente el medio que Dios eligiera para hacerles ciegos instrumentos de sus providenciales decretos. Pero haber de llevar consigo á su tierna y delicada esposa, y en un estado que exigia los mayores cuidados y las mas esquisitas atenciones, hé aquí lo que José no podia ver con indiferencia, lo que necesariamente debia afligirle en extremo.

Preciso era no obstante que el justo Patriarca bebiese este segundo trago del inmenso cáliz de amargura que el cielo le habia destinado; fuerza era apurarle todo hasta la última de sus heces; y por

lo tanto en su sublime resignacion dispónese á cumplir la voluntad suprema, y á compartir con María las adversidades ó las dichas que le esperan en aquel largo y penoso viaje. No anticipemos, pues, las ideas que deben formar el fondo de nuestro asunto. Vamos á desenvolver, siguiendo el orden de esta santa Novena, esa segunda fase de la vida de José, contemplándole en el nacimiento del divino Salvador, ora anegado en la mas amarga pena, ora henchido del júbilo mas inefable; y si en el discurso anterior le visteis hecho el modelo del esposo prudente y del varon honrado y fiel, hoy le admirareis como el tipo de la ternura paternal y del amor mas elevado hácia su presunto hijo, hombre verdadero, y verdadero Dios. Ayudadme á implorar las divinas luces por la intercesion de la castisima madre del Verbo, saludándola con el ángel:

AVE MARIA.

REFLEXION UNICA.

Cerca de ochocientos años hacia que el profeta de Morasthi, habia pronunciado aquel célebre vaticinio: «¡Oh Belen llamada Ephrata! Pequeña eres entre las ciudades de Judá: empero de tu seno ha de salir el que ha de reinar en Israel, y cuya generacion se cuenta desde el principio, desde los dias de la eternidad. El Señor dejará obrar á sus enemigos hasta que llegue el tiempo EN QUE PARIRÁ LA VIRGEN QUE HA DE PARIR AL DOMINADOR; entonces las reliquias de sus hermanos se reunirán con los hijos de Israel, y él será glorificado hasta en los últimos confines del mundo (1).» Por la misma época oyérase tambien la voz autorizada de Isaías que decia: «Se levantará en presencia del Señor como un vástago que brota de una tierra árida; no tiene belleza ni esplendor, y parece al mas despreciable de los hombres (2).» Mas tarde designára Ageo

(1) Mich. V. 2 et seq.

(2) Isaïæ LIII. 2 et seq.

la próxima aparición del DESEADO DE TODAS LAS GENTES (1); y Zacarías su contemporáneo, henchido de júbilo esclamaba: «Regocíjate, oh hija de Sion; salta de gozo, oh hija de Jerusalen, porque ha de venir tu Rey, el Justo, el Salvador; aparecerá pobre á tu vista, pero él es quien trae la paz á todas las gentes (2).»

El plazo prefijado para la realizacion de estos oráculos habíase cumplido. Hacia la pequeña Ephrata caminaban en un día de invierno del año 748 de la fundacion de Roma, dos humildes viajeros que se dirigian á dar cumplimiento á un edicto de los Césares. Eran estos un humilde nazareno llamado José, y su jóven esposa que se hallaba en dias de parir. No sin gran trabajo y con harta incomodidad llegáran al cabo de cinco dias de marcha á dar vista á la antigua ciudad de los reyes, á la Belen venturosa destinada á ser el teatro de las grandes maravillas anunciadas por los Videntes. Pero ¡ay! en vano José conociendo que el interesante estado de su cara esposa se agravaba progresivamente, apresúrase á avivar los pasos del jumento portador del mas rico tesoro, deseoso de lograr alguno de los reducidos aposentos de la posada cercana. Al llegar á ella, todo estaba ocupado por los numerosos viajeros que allí affluían; tal vez no hubiese faltado un sitio donde guarecerse, si hubiera podido disponer de mas recursos pecuniarios; mas como estos le faltaban, y le era imposible satisfacer la codicia del dueño del hospedage, fuéle preciso buscar fuera de la poblacion un albergue donde pasar la noche. Entonces fué cuando aquel Santo Patriarca comenzó á comprender los designios de Dios respecto de su Unigénito; entonces recordando las palabras de los profetas y reflexionando en silencio sobre los antiguos oráculos relativos al Mesías, sufría indeciblemente su corazon al ver el desamparo y la suma pobreza con que iba á presentarse al mundo el que le traía la dicha suspirada. ¡Qué ideas tan melancólicas cruzaríanse en la mente de José, mientras con una solicitud paternal discurría por las calles y plazas de Belen, esperando inútilmente que alguno le

(1) Agg. II. 8.

(2) Zachar. IX. 9.

ofreciese un asilo por amor de Dios para cobijar á María y al fruto que llevaba en su casto seno! ;Cómo se despedazarían sus entrañas al contemplar la indiferencia con que los habitantes de aquella ciudad, generosos con otros extranjeros favorecidos por la fortuna, cerrábanles á ellos bruscamente las puertas porque eran pobres y carecían de ese vil metal con que se compran las comodidades y regalos de la vida! ;Cuánta sería su aflicción viendo aumentarse considerablemente la palidez de la Virgen, incapaz ya de sostenerse por la fatiga, en tanto que él redoblando sus tentativas por proporcionarle el descanso, no encontraba mas que desaires y desprecios en aquella población inhospitalaria donde un día vivieran sus abuelos! Pero era preciso que se cumpliesen al pié de la letra los incomprensibles secretos del cielo; José desesperanzado de encontrar un asilo prestado dentro de la ciudad, hubo de resignarse á buscarle fuera de ella; y caminando á través de los campos iluminados por el último crepúsculo de una tarde estremadamente fría, llega por fin á una oscura caverna que servía de establo comun á los Belemitas, ó de abrigo á los pastores de las cercanías en las noches tormentosas. ;Aquel era el palacio que la Providencia reservaba al rey de los reyes! ;Allí estaba la cuna que debía recibir al ilustre vástago de David! ;Tal era el asilo donde la Virgen-Madre iba á dar á luz al Redentor de los hombres, al Salvador del linage desheredado de Adán!

Yo me figuro, M. A. O., á María en un maravilloso éstasis, en un divino arrobamiento de amor, esperando sentada sobre la dura y fría peña la hora del cumplimiento de las profecías de cuarenta siglos, y entre tanto á José abismado en la contemplación de un misterio que era para él una fuente inagotable de amargura y sufrimiento. ;Es posible, diríase á sí mismo, que el Dios fuerte, el Dios sábio, el Dios omnipotente haya de presentarse en la tierra en una humillación tan profunda? ;Para esto fué preciso que precediesen cuatro mil años de promesas y esperanzas, y que toda la antigua ley contribuyese á anunciar su cumplimiento con sus ritos y sacrificios, con sus alegorías y símbolos? ;Era este el gran pensamiento, la grandiosa idea, el prodigio de la omnipotencia y de la misericordia

del Eterno, que escitaba los trasportes de los profetas, motivaba los suspiros y los votos de los patriarcas, henchia de júbilo á todos los justos, inspiraba los sublimes cánticos de los vates de Israel, y promovia el entusiasmo universal de todos los pueblos? ¿Tanto aparato de predicciones y figuras habian de terminar en un espectáculo de abatimiento sin límites, en una oscura gruta, en un establo despreciable? Semejantes reminiscencias debian torturar dolorosamente el corazon de José á pesar de su viva y ferviente fé. Pero cuando al punto en que las estrellas señalaban la media noche, vió el Santo Patriarca que su jóven esposa daba á luz un sér débil, paciente y misericordioso, radiante de belleza encantadora, á quien no le era dado ofrecer por cuna ni siquiera una cestilla de mimbres como la que recibió en su infancia á Moisés, viéndose obligado á depositarle en un pesebre sobre un puñado de paja húmeda que acaso dejára olvidada algun viajero egipcio; cuando contempló en un estado de indigencia tan estremada al que proporciona el nido á la nómada avecilla que hiende los aires, al que venia á enriquecer á la humanidad trayéndola los tesoros del cielo, al que en la cumbre del empíreo adoran los serafines cubriéndose con sus alas, al que sirven de trono las nubes y los orbes de peana, al Mesías de los oráculos, al Dios fuerte y poderoso de Jacob, al Señor formidable de David, al restaurador de los siglos venideros: ¿cuánto no debió sufrir el alma apasionada de José! ¿qué sentimientos tan punzadores no debió experimentar en aquellos instantes criticos! Ver á un Dios humanado espuesto á todos los rigores de una estacion cruda, y no poderle dar mas calor que el de su amante pecho; contemplarle en la mas completa desnudez, y no tener mas que unos pobres pañales en que envolverle; observar sus lágrimas efecto del frio que aqueja sus tierneccitos miembros, y no poder evitarlas; todo esto para un corazon que tanto amaba como el de José, era el tormento mas intolerable, el martirio mas doloroso, la angustia mas cruel. Ciertó que no ignoraba que aquel Dios niño consumaba allí los vaticinios de los profetas, é inauguraba el reinado de la felicidad y ventura del universo por tantos siglos esperada; cierto que sabia por una luz superior que así convenia hiciese su entrada en el mundo el

que á precio de su vida venia á salvarle libertándole de la mas dura servidumbre; cierto, en fin, que no desconocia que aquel pesebre, aquella paja, aquellos pañales, envolvian un tesoro de valor inapreciable, puesto que, como ha dicho San Bernardo, ni la púrpura de los reyes, ni los palacios de los señores del mundo pueden competir en gloria y en riquezas con esas esterioridades de la indigencia del Salvador recién nacido. Empero, no obstante esto, ¿cómo era posible dejase de sentir el mas hondo pesar, aquel que en su cualidad de padre presunto de Jesucristo, poseia un alma llena de ternura y de amor indefinibles, y concentraba en él todos sus afectos, identificándose con sus privaciones y doliéndose de sus sufrimientos infinitamente mas que si fuesen propios?

Digno era de que el cielo le proporcionase un consuelo que compensase abundantemente tantas amarguras: y de hecho no tardó en experimentarle su corazón destrozado. No lejos de aquel sitio, ciertos pastores apacentaban sus rebaños, velando alternativamente durante la noche. De repente un resplandor celestial estiende en derredor de ellos la mas bella claridad: y perciben la voz de un angel que les dice: «No temais; vengo á traer os una nueva que ha de llenar á todo el pueblo de alegría. Hoy ha nacido en la ciudad de David vuestro Salvador que es Cristo. Y ved la señal que os servirá para reconocerle: Hallareis un niño envuelto en pañales y reclinado en un pesebre.» A esta voz únese la de una asombrosa multitud de espíritus celestiales que entonan en armoniosos coros: «Gloria á Dios en las alturas, y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad (1)». La vision desaparece; cesan los cánticos, la oscuridad torna á estender su lóbrego manto; los pastores permanecen estáticos apoyados en sus nudosos báculos, hasta que vueltos en sí, esclaman: «Vamos á Belen y veamos ese acontecimiento portentoso que acaba de suceder y que el Señor nos ha manifestado (2).» Y diciendo abandonan sus rebaños, diríjense hácia la ciudad de David, llegan al establo, y allí presencian el grupo mas interesante que jamás presenció mortal alguno. La Virgen-Madre que inclinada

(1) Luc. II. 8 et seq.

(2) Ibid. 45.

ante el pesebre adora en silencio á aquel Ser humillado do plugo á la divinidad depositar todas las riquezas de su sabiduría y de su amor; el anciano José ensimismado y absorto en la contemplacion del Dios niño que por la salud del universo manifestábase desde sus primeros momentos lleno de un amor infinito hácia la humanidad; y este mismo Dios-Hombre bajo la forma de un tierno infante recibiendo las primeras adoraciones de aquellos á quienes segun su ser humano era deudor de los mas esquisitos cuidados. Entonces los pastores uniendo sus afectos á los de María y José, reconocen y adoran en aquel ser pobre y desvalido al árbitro de sus destinos, al futuro Redentor de los hombres, al Monarca de las eternidades, al Mesias prometido á través de las generaciones; ofrecen los sencillos presentes del pobre al que se complacia en ocultar bajo las apariencias de una pobreza estremada los resplandores de su gloria; refieren la aparicion de los ángeles, sus celestiales armonías, sus palabras de esperanza, sus promesas de paz y de amor; y José al escuchar tamaños prodigios, experimenta en su alma una satisfaccion imposible de describir y un gozo que no cabe en lo humano. ¡Cómo ha cambiado para el Santo Patriarca la escena del pesebre! Ya no hay en él nada que no le parezca grande, majestuoso y digno del que así dispone los sucesos para manifestar su divinidad. La fé de aquellos pastores que vienen á tributar al recién nacido los homenajes de su corazon; los coros de los ángeles que anuncian paz y bendicion á la tierra, y gloria en el cielo al que en ella se muestra en el mayor abatimiento; los obsequios de aquellos inocentes campesinos, primicias de la redencion que Jesucristo viene á realizar; todo tiene para José encantos indefinibles, bellezas incomparables, seductores atractivos. Olvida las pajas del establo, desentiéndose de los pañales, ya no piensa en la incomodidad del pesebre; ó mejor dicho: todos esos objetos que poco antes eran para su corazon un manantial de pensamientos que le atravesaban dolorosamente, conviértense en objetos de admiracion, de júbilo y de felicidad, desde que ha visto á su hijo adoptivo proclamado Dios y Salvador, y adorado como tal á despecho de las esterioridades que le hacen aparecer como mero hombre y hombre despreciable.

Gózate, oh Santo Patriarca, en la contemplacion de ese espectáculo que mi débil lengua no acierta á describir. Tú solo pudieras decirnos lo que tu pecho experimentó en aquellos momentos en que á la rojiza luz de la luna que proyectaba sus rayos sobre la humilde gruta de Belen, viste á tu presunto hijo recibir los primeros homenajes de un culto que en su dia debia estenderse á todo el universo. Nadie sino tú es capaz de comprender los éxtasis de júbilo que inundaron tu alma al contemplar en aquel establo abandonado que recogió los primeros gemidos del recién nacido Jesus, el origen de aquel imperio que en el porvenir abarcaria los limites todos del universo, puesto que su cetro habia de dominar de uno á otro extremo del mar, y desde los rios hasta los últimos confines de la tierra, segun la prediccion de los profetas. Todo lo viste en aquellas horas supremas en que el hijo de la Virgen predestinada llenaba los oráculos de Isaías, y esa luz celestial que te abrió los abismos de lo futuro, fué para tí la mas justa y cumplida compensacion de tus pasadas penas.

Lo fué efectivamente, M. A. O., bien así como la realizacion de ese inefable misterio viene siendo el origen de una felicidad que el mundo en su necio cinismo no ha sabido dignamente apreciar. ¿Y por qué no habíamos de imitar los ejemplos sublimes de divino amor que en la escena del pesebre nos dió ese escelso Patriarca? ¿Por qué como él no habíamos de reconocer los inmensos tesoros de gracia y salvacion que envuelve el nacimiento pobre y humilde del hijo de María aprovechándonos de ellos, puesto que para enriquecer nuestras almas dignóse el Salvador despojarse de cuanto el mundo estima? ¿Por qué no habíamos de despreciar el orgullo y la vanidad, ídolos á quienes ofrecemos nuestros honenages é inciensos, cuando para combatirlos y destronarlos quiso el Unigénito del Padre inaugurar en un establo la gran carrera de sacrificios que venia á hacer por nuestro bien? Entonces sí que experimentaríamos como José aquellas avenidas de gozo divino que inundaron su pecho, y en los mismos objetos en que los mundanos hallan motivos de pesar y de quebranto, surgirían para nosotros fuentes perennes de consuelos y esperanzas. De nosotros, pues, depende que esto se verifique, y para

conseguirlo, nada hay tan á propósito como identificarnos con los sentimientos de nuestro Santo Patriarca, y procurar seguir en lo posible sus huellas, sufriendo con resignacion, tolerando con paciencia las adversidades de la vida presente, adorando humildes los decretos providenciales del cielo, seguros de que por vías á nosotros desconocidas nos conduce al término de nuestros verdaderos destinos.

Alcanzadnos, oh José Santísimo, esas virtudes que tan heroicamente practicásteis, y con cuyo ejercicio os elevásteis á una perfeccion tan alta. Rogad al Señor que nos conceda los medios de adquirir lo que hoy forma el objeto de nuestros votos. Con una fiel cooperacion á su gracia tendremos lo suficiente para llegar al fin apetecido; pues ella es omnipotente de suyo, y solo nuestra resistencia la hace esteril é infecunda en la tierra ingrata de nuestros corazones. Mucho podeis en nuestro obsequio, y no dudamos que empleareis vuestro valimiento en favor de los que os honran y veneran. Así lo esperamos con viva confianza, y por vuestro influjo nos prometemos permanecer justos en el tiempo, y gozar de la recompensa eterna en la mansion de la inmortalidad.

es posible que el alma se purifique por el sufrimiento y la penitencia, y que así se prepare para el cielo. Este es el camino que el Señor nos ha señalado para llegar a su gloria. No debemos desanimarnos por las dificultades que encontramos en este camino, sino perseverar con confianza en la misericordia de Dios. Él es quien nos da la gracia necesaria para vencer los tentaciones del mundo, de la carne y del maligno. Siempre que nos acordemos de las virtudes de nuestro Santo Patriarca, nos daremos cuenta de lo que nosotros mismos debemos hacer para imitarle. Su ejemplo es para nosotros una luz que nos guía en la oscuridad de la vida terrenal. Que el Señor nos conceda la gracia de seguirle con pureza de corazón y de conciencia, y así merecer su eterna recompensa. Amén.

SERMON

PARA EL CUARTO DIA DE LA NOVENA DEL PATRIARCA SAN JOSÉ.

Joseph, fili David, noli timere accipere Mariam, conjugem tuam, quod enim in ea natum est de Spiritu Sancto est. Pariet autem filium, et vocabis nomen ejus Jesum: ipse enim salvum faciet populum suum.

José, hijo de David, no receles en permanecer en compañía de María, tu esposa, pues lo que en ella ha nacido es obra del Espíritu Santo. Parirá un hijo á quien tú mismo impondrás el nombre de Jesus, porque ha de ser el Salvador de su pueblo.

MATTH. I. 20, 21.

Postquam consummati sunt dies octo, ut circumcideretur puer, vocatum est nomen ejus Jesum, quod vocatum et ab angelo priusquam in utero conciperetur.

Llegado el dia octavo, en que debia ser circuncidado el niño, le fué puesto por nombre Jesus, el mismo que le impuso el ángel antes de ser concebido.

LUC. II. 21.

Como las aguas del torrente que precipitándose de una grande altura estiéndense rápidamente por el valle, y á la vez que en unas partes producen los espantosos fenómenos de la inundacion, en otras fecundizan los áridos surcos de una tierra sedienta que al salir el sol muestra las riquezas de una vegetacion abundante, no de otra suerte en el corazon del escelso Patriarca San José sucedianse gradualmente los efectos del mas acerbo dolor y las expansiones del mas puro consuelo, producidos por las continuas influencias del cielo, ya tempestuoso ya sereno, tan pronto preñado de negros nubarrones como ostentando las galas de un bello y trasparente azul. Era una víctima designada á pasar continuamente de los extremos del pesar á los extremos del gozo, y á vivir siempre fluctuando entre la

adversidad y la dicha, si bien esta era de corta duracion, mientras aquella rara vez abandonaba el albergue del justo.

Solo pasáran ocho dias desde aquel en que habia visto nacer al deseado de los collados eternos, entre los coros de las celestiales gerarquías que proclamaban su invisible gloria, y los parabienes de los pastores que festejaban al que traía al mundo la mision de dar á los hombres la paz. Todavía resonaban en el corazon de José los ecos de los ángeles, semejantes á las leves vibraciones de un harpa, cuyas cuerdas hiere el viento del desierto, cuando un nuevo deber que le impone su cualidad de padre presunto del divino recién nacido, viene á proporcionarle nuevas penas, sufrimientos indefinibles é inconcebibles amarguras. Era el dia en que, segun la ley mosáica, debía someterse el niño á la dolorosa prueba de la Circuncision: y el Salvador, que viniera á cumplir la ley, y no á disolverla, no podia, no debía, atendidos los ocultos designios de la Providencia, eximirse de ella. Iba pues á correr por primera vez la sangre purísima del Cordero de la espiacion bajo la cuchilla del sacrificador; iba á ofrecerse sobre el ara de los holocaustos la primicia de aquel licor sagrado, que mejor que la sangre de las antiguas victimas debía borrar para siempre las manchas del pecado. La misma gruta en que naciera el Ungido del Señor y el Príncipe de las eternidades, debía ser, en la opinion mas autorizada, el lugar de la cruenta inmolation (1): y la mano de José, si hemos de adherirnos al sentir de San Bernardo, estaba llamada á ejercer aquel ministerio tan sensible á su alma apasionada.

Como quiera que esto sea, y sin necesidad de aceptar como indudable esta presuncion, harto verosimil atendidas las antiguas costumbres del pueblo hebreo, bástanos considerar el hecho aislado, para comprender cuánto no debió sufrir el Santo Patriarca en aquella escena, teniendo un claro conocimiento de la grandeza de la victima, y viéndola humillada y dolorida en la aurora de sus dias por el amor de un mundo ingrato que le negaba aun el triste obsequio de la hospitalidad. Hed aquí lo que nos propone hoy por objeto de nues-

(1) Así opina San Epifanio y algunos otros Padres.

tras meditaciones el orden de esta santa Novena, y el asunto que me cumple desenvolver en el presente discurso. Pero á la par de ese dolor que le proporcionó el cumplimiento de aquella legal ceremonia, vereis tambien surgir del fondo de su alma un destello de celestial bienandanza al imponer al divino infante el nombre de Jesus que le indicára el ángel, leyendo en él escrito el decreto de la regeneracion del hombre y de la salvacion de todo el universo: *Vocabis nomen ejus Jesum: ipse enim salvum faciet populum suum à peccatis eorum.* Tengo propuesto, etc.

AVE MARIA.

REFLEXION UNICA.

Jamás la ley que sujetaba á la Circuncision á todos los varones antes de la promulgacion del Evangelio, podia afectar al Dios-Hombre que era segun la frase de San Pablo, Santo por excelencia, inocente, puro, incontaminado, y mas elevado que los mismos cielos (1). Era en la antigua alianza aquella ceremonia, segun algunos Padres, lo que en la nueva el bautismo que reengendra al hombre en la gracia, borrando la mancha hereditaria del pecado de origen; y por lo tanto ninguna necesidad tenia de someterse á ella el que traía al mundo la alta mision de redimirle y salvarle. Empero, por lo mismo que para realizar el gran misterio de nuestra reparacion, plúgole nacer del seno de una mujer bajo la accion de la ley general de la humanidad, como se espresa el citado Apóstol (2), quiso cumplirla en toda su estension para mostrar en su adorable persona el mas sublime ejemplo de sumision y obediencia á las disposiciones de lo alto. Conocedor sin duda de la escelencia y santidad de aquel que bajo la forma de un niño de ocho dias era no obstante el soberano legislador de los hombres, bien hubiera podido el Patriarca

(1) Ad Hæbr. VII. 26.

(2) Ad Galat. IV. 4.

San José oponerse al cumplimiento de un precepto que en nada ni para nada comprendía á Jesucristo. Empero, lejos de hacerlo así, aun cuando su piedad paternal se resiste á someter el tierno infante á tan cruel operacion, y por mas que su alma rehuse entregarle al afilado cuchillo que debe cortar las divinales carnes de la adorable victima, su virtud con todo le obliga á prestarse á una ceremonia, no solo aflictiva, si que tambien en extremo humillante, puesto que imprimia sobre aquel Dios humanado la infamante marca de la culpa en que no incurriera. Escede á toda ponderacion el dolor que José debió experimentar al resignarse á tan ruda prueba. «¡Cómo! discurriria entre si aquel varon justo; ¿es posible que el que viene á abolir el imperio del pecado haya de recibir hoy el sello de los esclavos de Satanás? ¿Habrà de tolerar la pena de la rebelion primitiva, quien por restaurar las quiebras que en el Paraiso sufrió la humanidad, se despojó del brillante ropaje de su gloria á fin de devolverla los derechos perdidos? ¿Ha de llorar bajo la accion del mas agudo dolor, el que ha sido enviado del cielo para enjugar el llanto de la mísera descendencia de Adan? Y yo á quien la Providencia se dignó constituir custodio de su infancia, protector de sus preciosos dias y padre adoptivo suyo, ¿he de presenciar tan sensible sacrificio?»

Todo en aquella escena contribuia á inspirar en el corazon de nuestro Santo Patriarca los sentimientos mas tiernos, y los afectos mas punzadores. La edad de la victima que aun no sabia expresar sino con gemidos los padecimientos de una naturaleza débil que por amor nuestro adoptára; su inocencia infinita, su belleza sobre manera interesante, y sobre todo su divinidad, que para padecer por el hombre ocultábase bajo el velo de una carne inmaculada, pero escesivamente sensible, eran circunstancias que José no podia menos de tener presentes, y que se convertirian para él en otros tantos motivos de indecible pena. Mas si á esto se añade que, segun la version mas autorizada, á él le pertenecia ser el ejecutor de aquel triste deber, él debia armar su diestra del cortante instrumento, y consumir en la humanidad del Verbo el cruento sacrificio; ¿quién alcanzará á penetrar lo que pasaria en su interior, y la lucha cruel

que entre tantos sentimientos encontrados trabaríase en el fondo de su alma? La historia ha perpetuado el heroísmo de aquel antiguo Abraham, que por dar cumplimiento á un mandato del cielo, no titubeó en inmolar á su hijo predilecto sobre la cumbre de un monte, cuya accion hubiera consumado á no habérselo impedido la voz de un ángel que se interpuso entre el sacrificador y la víctima, dándose Dios por satisfecho con su obediencia. Empero, ¿cuánto mas no sube de punto la heroica resignacion de José obligado á verter la sangre purísima de su hijo putativo, que á esta cualidad suficiente de suyo para hacer sumamente sensible la ejecucion del decreto, añadia la de ser el hijo verdadero del Eterno Padre, el Dios Salvador del mundo, el Mesias prometido á través de cuarenta siglos, el príncipe de las eternidades? ¡Oh! ¡Cómo temblaria su mano al coger el afilado instrumento designado por la ley, afectado á la vez de lo que iba á ejecutar, del dolor que iba á ocasionar al tierno infante, y de la pena que refluiria en el pecho de su casta esposa! ¡Qué agitacion sentiria su pecho, cómo latiria su corazon al acercarse al Salvador para cumplir aquella mision terrible! Y no hay un ángel que como en el Moriah le intime la suspension del sacrificio; no hay una voz que le grite: ¡detente, no viertas la sangre del niño, pues el cielo ha aceptado el testimonio de tu obediencia! Nada de esto se verifica en la gruta de Belen. El Dios-Hombre recién nacido ansia ofrecer las primicias de aquel licor sagrado destinado á curar las hondas heridas que el pecado abriera en el seno de la humanidad. El regazo de su Madre-Virgen debe ser el altar donde comience la inmolacion que un dia ha de terminar en el Calvario; y José su presunto padre está llamado á inaugurar con sus propias manos el sacrificio regenerador que concluirá en la Cruz.

Asi se ejecuta como lo tenia dispuesto la Providencia. José empieza á cortar las delicadas carnes de Jesus, procurando abreviar lo posible el doloroso martirio que padece. La sangre corre de aquel cuerpecito formado por el Espíritu Santo... El seno de Maria se vé salpicado de ella; los vestidos de José participan tambien de tan rico tesoro; y esa sangre de infinito precio, unida á las lágrimas de la victima y á las que destilan á torrentes los ojos de ambos esposos,

es la primera ofrenda que se hace por un mundo rebelde que dejó perder la herencia del Padre celestial, es el primer grito de misericordia y perdon que de la tierra sube al cielo en favor de la humanidad pecadora; es el primer holocausto espiatorio que inaugura en el universo el reinado de la caridad y del amor. ¡Ofrenda penosa! ¡Doloroso sacrificio! Hed ahí el fruto amargo del placer de un padre y de una madre criminales, que empieza á reparar el Salvador en su Circuncision, y en cuya reparacion toman una parte activa un padre virtuoso, y una madre purísima mas que los mismos ángeles. Momentos preciosísimos son estos, M. A. O., para mover nuestros corazones á la mas tierna piedad. En presencia de un Dios-niño, que busca el alivio á su dolor en el pecho de una madre que se lo alarga conmovida; ante el espectáculo de una Virgen que quiere desahogar su honda pena llorando con su hijo y estrechándole fuertemente contra su seno; en vista de un padre adoptivo que con mayor ternura que si realmente lo fuera, vendar las heridas del divino infante y le acaricia suavemente, y solloza afligido al oír los gemidos del que ama mas que su misma vida; ¿quién podrá dejar de conmoverse? ¿quién no llorará recordando que solo por enriquecernos vertió el Salvador aquella inocente sangre? ¿quién no detestará sus desórdenes, puesto que ellos fueron los que motivaron tanta afliccion y tan doloroso sacrificio? ¿y quién no admirará la resignacion heroica del Santo Patriarca llamado á ser el ejecutor de aquel penoso deber que le imponia su obediencia á las órdenes del cielo? ¡Quisiera el Señor que al menos ya que de otro modo no podamos expresar los sentimientos que inspiran tan bellos recuerdos, lo hiciésemos imitando los sublimes ejemplos que nos legara José, manifestando como él con hechos positivos nuestra pronta obediencia á los mandatos que emanan de Dios, ejecutando sin vacilar los deberes que nos impone el cristianismo, acatando las órdenes supremas del cielo, aceptando resignados las disposiciones de la Providencia por mas que contrarién nuestros instintos ó se resistan á nuestra sensualidad! ¿Quién jamás tuvo que hacerse mayor violencia que él para llenar la mision que le cupo en ese drama sangriento? ¿Quién como él necesitó luchar con las mas caras afecciones para decidirse á consumir

tan costoso sacrificio? ¿Quién como él hubo de renunciar á cuanto de mas caro reconoce el hombre para aceptar un compromiso que heria en lo mas vivo su amante corazon? Y á pesar de todo, José le aceptó porque así lo disponia el Señor, porque lo exigia su cualidad de padre adoptivo, porque lo demandaba una ley terminante, siquiera no fuese obligatoria, y porque lo necesitaba el mundo, contribuyendo de este modo por su parte á realizar los amorosos y misericordiosos designios del Verbo humanado en bien de una estirpe proscripta y anatematizada. Su corazon se resistia, pero su heróica justicia triunfaba de la resistencia; temblaba su brazo, pero su fé le impulsaba á consumir la cruenta oblacion; despedazábanse sus entrañas, pero su virtud le hacia superior á todo sentimiento humano; negábase su afecto paternal á verter la sangre inocentísima de aquel manso cordero, pero su amor hácia Dios dábale valor bastante para llevar á cabo la obra comenzada. ¡José heróico! Jamás el mundo sabrá apreciar dignamente tan sublime abnegacion, ni calcular los sufrimientos de tu alma en ese episodio de tu santa vida. ¡Ojalá que al menos supiese circuncidar sus pasiones, sus vicios y sus errores, ya que tan incapaz se muestra de imitar tus virtudes y de seguir las enseñanzas prácticas que le legó tu historia! Entonces comprenderia algo del misterio que hoy recordamos, y conoceria cuán justamente plugo al cielo compensar tus amarguras con el gozo inefable que esperimentó tu alma al imponer al recién nacido infante el nombre augusto de Jesus en el que veias escrito con caracteres divinos el sello de nuestra libertad, el decreto de nuestra salvacion, y la prenda mas inequivoca del dichoso porvenir que se abria al mundo desde aquel venturoso momento.

Tal es, en efecto, la satisfaccion que cupo á nuestro Santo Patriarca, segun se lo anunciara el angel del Señor cuando se encontraba vacilante á consecuencia de su ignorancia del gran misterio operado en el seno de su castisima esposa. «No temas, habiale dicho: María ha concebido por operacion del Espíritu divino. Ella dará á luz un hijo á quien tú mismo pondrás por nombre Jesus; por cuanto él es quien debe salvar á su pueblo del cautiverio del pecado:» *Pariet autem filium, et vocabis nomen ejus Jesum. Ipse enim salvum faciet*

populum suum à peccatis eorum. El día de la realización de este oráculo llegára, y fué segun la costumbre hebrea, el mismo en que el divino infante cumplió la ley de la Circuncision. ¡Qué contraste tan singular esperimentó entonces el corazon de José! ¡Qué júbilo inundó su alma al pronunciar aquel nombre á que veia vinculados los destinos de toda la humanidad! Indudablemente debieron presentarse á su imaginacion como en un vasto cuadro los felices resultados que el mundo obtendria bajo la influencia de un nombre superior en frase de San Pablo á todos los que se han dado jamás á mortal alguno, puesto que ante él inclinaríanse los cielos, arrodillariase la tierra, huirian confundidos los principes del abismo, y todos los idiomas preconizarian sus glorias y propagarian sus magnificencias (1). En el nombre de Jesus veria José el antidoto universal de todas las dolencias, el remedio eficaz de todos los males, el alivio poderoso de todas las miserias, el escudo impenetrable contra todas las adversidades. Ante él veria caer el paganismo, destruirse los altares de los falsos ídolos, fundarse el imperio de la verdad, abrirse el camino de la civilizacion del Evangelio, é inaugurarse una nueva era de felicidad positiva para todos los pueblos sometidos á su cetro tutelar. Veria al cristianismo triunfar de todos los poderes enemigos, sojuzgar las naciones rebeldes, uncir á su carro victorioso las inteligencias, y levantar sobre las ruinas de los cultos idólatras un monumento imperecedero que resistiria á la accion de los siglos y permanecería invulnerable hasta la misma eternidad. Cuantas bellezas encierra ese nombre augusto, cuantos beneficios ha proporcionado, cuantas victorias viene reportando á través de las generaciones, todo debió manifestársele en aquellos momentos al Santo Patriarca; y de consiguiente su júbilo hubo de exceder incomparablemente á las penas que su alma sufriera en la Circuncision del divino infante, al contemplarle designado ya desde su cuna para ser el libertador del hombre esclavo, el regenerador de una raza desheredada y el Salvador de todo el universo.

No insistiré en desentrañar ese misterio de dolor y de gozo que

(1) Ad Philip. II, 9, 10.

se verificó en la persona de José, incompetente como me reconozco para espresar lo que mi inteligencia no alcanza á concebir. Dejo á vuestra consideracion la grata tarea de reflexionar acerca de ese fenómeno, que si bien nunca llegareis á comprender á fondo, os facilitará no obstante materia abundantísima para meditar con fruto las escelencias y prerogativas con que plugo al Señor honrar á su presunto padre, proporcionándole los consuelos con relacion á sus sufrimientos, y haciéndole gustar las delicias inefables de una bienaventuranza anticipada, á la vez que probaba su heroismo con los mas sensibles reveses.

Hed ahí, M. A. O., una leccion elocuentísima de lo que está llamada á ser la vida del hombre justo en la tierra. Si su destino es padecer, porque la lucha y el sacrificio constituyen las condiciones esenciales de su existencia, tambien es cierto que la Providencia le tiene reservadas aun en este mundo satisfacciones positivas, goces reales y verdaderos que en vano buscaria en todos los objetos que le rodean. En los dias mas amargos, en las horas solemnes del infortunio, en los momentos críticos de la adversidad, sabe el cielo hacer brotar en el alma virtuosa que con abnegacion se resigna á los decretos providenciales, una fuente fecunda de dulzuras que neutralizan abundantemente sus padecimientos; y cuanto es mayor el heroismo del cristiano en los lances comprometidos, tanto mas generoso se muestra el Señor en prestarle sus auxilios y en enriquecerle con sus dones. Aspiremos, pues, á ellos mediante una imitacion fiel de las virtudes de nuestro escelso Patriarca; hagamos como él frente á todos los infortunios con la resignacion y la paciencia; luchemos á su ejemplo contra los sucesos adversos, parapetados en la fé y en la confianza en las divinas promesas; mostrémonos no menos que él dispuestos siempre á aceptar cuanto de amargo y sensible plazca al cielo enviarnos; y haciéndolo así, nuestro triunfo no será problemático, seguros podremos estar de que no nos faltará la gracia necesaria para llenar nuestros destinos, y tras la tempestuosa noche que enluta frecuentemente el horizonte de nuestra vida, veremos surgir la aurora radiante del dia de las eternas recompensas que nos hará olvidar nuestros pasados combates.

Por vuestra intercesion, oh José benditísimo, esperamos ver realizados nuestros votos y satisfechas nuestras aspiraciones. Nuestra única ambicion se cifra en vivir justos y dignos del Dios que nos crió para su gloria, para merecer despues ser participantes de sus bondades. Por lo demás, prontos estamos á aceptar las pruebas que el Señor tenga á bien permitir para labrar en la tierra nuestra corona, toda vez que no nos falten los auxilios oportunos para conseguir el triunfo. A vos pues, escelso Patriarca, confiamos nuestro porvenir: usad en nuestro obsequio de la influencia que ante Dios os conquistó vuestro heroismo; y haced llegue el momento en que por premio de nuestra constancia en su servicio recibamos la palma inmarcesible de la inmortalidad.

SERMON

PARA EL QUINTO DIA DE LA NOVENA DEL PATRIARCA
SAN JOSÉ.

Erat pater ejus et mater mirantes super his quæ dicebantur de illo. Et benedixit illis Simeon, et dixit... Ecce positus est hic in ruinam et in resurrectionem multorum in Israel, et in signum cui contradicetur.

El padre y la madre de Jesus escuchaban con admiracion las cosas que de él se decian. Simeon los bendijo, y en seguida hablóles de este modo: Hed ahí el que está destinado para ruina y resurreccion de muchos en Israel, y para ser el blanco de toda suerte de contradicciones.

LUC. II. 33, 34.

¡CUÁN ignorante vive el hombre de su porvenir en este mundo!
¡Con cuánta frecuencia ve cambiar repentinamente su suerte y operarse las mas inesperadas transformaciones en sus destinos! Triste juguete de mil circunstancias imprevistas nunca sabe lo que le sucederá: y el declinar del dia mas sereno de su vida es tal vez el precursor de la aurora mas borrascosa que ha de hundirle en el abismo de la desdicha. ¡Tan cierto es que el que no cuenta siempre con los inescrutables designios de la Providencia y no se encuentra dispuesto á someterse á ellos, se espone á cada paso á ver burladas sus mas gratas ilusiones y fallidas sus mas lisonjeras esperanzas! El justo, por el contrario, que pone sus miras en el cielo, y todo lo espera de ese Sér infinitamente pródigo que rige la marcha constante de la humanidad y preside á todos los acontecimientos del tiempo, aun cuando sienta los efectos de esas variaciones inesperadas que desconciertan sus proyectos, halla en su misma resignacion á la suprema voluntad un principio de compensacion que neutra-

liza no poco su pena, dándole fuerza suficiente para sobreponerse á la adversidad.

Harto necesitaba de esa virtud nuestro escelso Patriarca San José, á quien el cielo parecia haber destinado á pasar por todas las alternativas de la suerte, para poder sobrellevar tantos reveses y tan graves disgustos de que se halló sembrada su existencia. Dijérase que el Señor complaciéndose en hacer prueba de la santidad de su siervo, no le permitia sino el tiempo preciso de reponerse de una lucha, para esponerle á nuevos combates en que ostentar su heroismo. Pocos dias transcurrieran desde que bajo la cortante cuchilla de la Circuncision viera á Jesus niño hacer la ofrenda de su sangre regeneradora; mal enjutas se hallaban todavía las lágrimas que aquella cruenta escena hicieran verter á sus paternales ojos, cuando un dardo agudisimo viene á atravesar su pecho juntamente con el de su castisima esposa. Ambos habian subido al templo de Jerusalem á cumplir la ley de la purificacion, conduciendo en sus brazos aquel tesoro inestimable que encerraba los destinos del mundo; ambos llevarán los sicles del rescate y las palomas del sacrificio segun lo prevenido en la legislacion mosaica, ya que como pobres no les era dado ofrecer el cordero de un año, José tomando en sus brazos el tierno infante, adelantárase hácia la sala de los primogénitos, donde no podia penetrar María; cuando hé aquí que un venerable anciano llamado Simeon, movido de un superior impulso acércase á los santos esposos, toma de sus manos el recién nacido, le contempla con un indefinible éstasis, reconoce en él al Mesias cuya vista le prometiera Dios, y levantándole en alto, esclama anegado en llanto y henchido su corazon de júbilo: «Bien podeis Señor disponer ya de vuestro siervo segun vuestra santa palabra, pues que he » logrado ver con mis propios ojos al Salvador que prometisteis para » ser espuesto á la faz de todos los pueblos, como luz de las nacio- » nes y gloria de Israel.» Estáticos escuchaban José y María estos magníficos elogios, cuando de repente viene á herir sus corazones un anuncio funesto. «Ese niño, diceles el santo anciano, está desti- » nado á ser un principio de ruina y de resurreccion para muchos en » Israel, y el blanco de todo linage de contradicciones:» *Ecce positus*

est hic in ruinam et in resurrectionem multorum in Israel, et in signum cui contradicetur.

Estas breves pero profundas espresiones envuelven un misterio de dolor incomprensible para el corazon de nuestro Santo Patriarca, si bien mezclado con un gérmen de gozo no menos inefable; puesto que si no cabe en lo humano explicar lo que experimentó de pesar y amargura al considerar á su presunto hijo colocado en el mundo como un objeto de ódio y de sangrienta persecucion, tampoco es fácil espresar la satisfaccion que debió causarle el claro conocimiento de los felices resultados que en bien de la humanidad desgraciada debian obtener sus sacrificios. Tal es el punto que hoy nos cumple meditar, y el que me propongo desenvolver en el presente discurso, etc.

AVE MARÍA.

REFLEXION UNICA.

¡Qué espectáculo tan sorprendente nos ofrece el misterio que hoy recordamos! Un niño en quien nada hay que le distinga exteriormente de los demas hijos de los hombres; una madre jóven y bella, pero humilde y pobre, que va á presentar á su recién nacido infante en el templo de Jerusalem; un modesto artesano que hace las veces de padre, y como tal le acompaña y cumple respecto de él todos los deberes que impone la ley mosáica: hed ahí el interesante grupo que se presenta á nuestra consideracion. Ni el mas leve signo de fuerza y de poder descúbrese en aquella débil criatura que solo sabe llorar y lanzar dolorosos gemidos: y sin embargo él encierra en sí los futuros destinos del mundo; de su voluntad pende el porvenir de todas las generaciones; á él se halla ligada la suerte de los imperios, y ya desde la cuna dispone á su arbitrio de los cetros y de las coronas. Todo esto envolvía el solemne vaticinio del venerable anciano Simeon cuando dirigiéndose á María y José dijérasles con profético acento: «Hed ahí el que ha sido colocado en el mundo

para ser el principio de ruina y de resurreccion de muchos en Israel, y el blanco de toda especie de contradicciones:» *Ecce positus est hic in ruinam et in resurrectionem in Israel, et in signum cui contradicetur.*

Prescindamos por hoy de otras muchas consideraciones á que prestaria abundante materia esta prediccion siniestra, y limitémonos únicamente á estudiar los efectos que debió causar en el alma de nuestro Santo Patriarca. Débiles son y estremadamente pálidas todas las imágenes que pudiéramos pedir prestadas á la humana elocuencia, para ponderar debidamente el hondo sentimiento, el profundo dolor que en él ocasionáran aquellas fatidicas palabras. Ni la sorpresa producida en el viajero por la súbita detonacion del trueno cuando en una noche tempestuosa vaga á la ventura á través de bosques desconocidos; ni la sensacion originada por la momentánea luz del relámpago que muestra al desorientado caminante el inmenso abismo en que iba á precipitarse con un solo paso mas que hubiese dado; ni la impresion causada en unas carnes vivas y ensangrentadas por el contacto de un hierro candente; nada de esto basta á espesar suficientemente aquella escena muda de sufrimiento y de martirio que se verificó en el corazon del amantísimo José, cuando llegaron á penetrar en él las breves, pero significativas frases del profeta del Templo. San Anselmo refiriéndose á Maria Santísima, no duda asegurar que la hubiera sido imposible soportar por un solo instante tan cruel dolor á no haberla sostenido el mismo autor de la vida (1), puesto que en aquel momento comprendió á fondo los futuros destinos de su divino hijo, y vió con una luz sobrenatural todo cuanto por la salud del mundo debía padecer. Convengo sin dificultad en que nuestro escelso Patriarca José distaba mucho de tener un conocimiento tan claro y circunstanciado como su casta esposa respecto de los misterios de humillacion y de dolor que debian verificarse en el Hombre-Dios; supongo desde luego que no penetraria tan profundamente como ella en el anchuroso abismo del porvenir de su presunto hijo; mas no por eso deja de ser cierto que el cielo

(1) De plant. Virg.

le habia manifestado las principales circunstancias de la pasion de Jesucristo, y que veia ya á lo lejos una gran parte de los dolorosos sacrificios que debia costarle la reparacion de un mundo criminal. Unase, pues, á este conocimiento anticipado, la vivisima luz que las palabras de Simeon debieron proyectar en la inteligencia de José sobre los futuros destinos del Mesías, y facil será comprender que ellas debieron ser un dardo penetrante capaz de envenenar los dias de su existencia, y de tener en perpétua tortura á su alma tierna y apasionada. ¿Seria acaso menos sensible que David? ¿Amaria menos que aquel á su hijo, al divino infante cuya tutela le confiara el cielo? ¿Afectarianle menos los reveses y sufrimientos de Jesus, que á aquel los del fruto de sus ilegítimos amores? Y sin embargo, no bien la voz de un profeta le notifica de parte de Dios que el niño habido de la mujer de Urias debia morir, cuando herido del mas vivo dolor no encuentra consuelo alguno en medio de los mil elementos de distraccion que le proporciona una corte brillante, llora amargamente, ayuna muchos dias, elige por lecho la desnuda tierra, padece crueles insomnios (1), y donde quiera persiguelo como un fatídico espectro la imágen de su hijo, tierno arbusto cortado en flor, y arrojado á la huesa casi en el mismo instante de haber visto la luz. Y cuando algunos años despues el siniestro eco de un mensajero le anunció que su amado Absalon habia quedado pendiente de la encina del bosque de Ephraim y atravesado por los dardos de Joab: ¿no se le oyó gemir inconsolable, y gritar en su desesperacion: ¡Absalon hijo mio! ¡hijo mio Absalon! ¿quién me diera poder morir por tí (2)? Pues compárese al padre de este desgraciado y rebelde jóven con el padre adoptivo del mas inocente y santo de los nacidos de mujer; pónganse en parangon los afectos de ambos, teniendo en cuenta la infinita distancia de los objetos que motivaban respectivamente el dolor del uno y del otro; y poco costará penetrarse de la intensidad inconcebible del sentimiento que debió experimentar nuestro escelso Patriarca al ver pasar por su mente en aquel solemne momento de la revelacion del sacerdote de Jerusalem, como un rápido panorama, toda la his-

(1) II. Reg. XII, 43 et seq.

(2) II. Reg. XVIII. per tot.

toria de las ignominias, abatimientos, contradicciones, tormentos y muerte cruelísima de Jesús. Es mas que probable que el cielo le diese á conocer entonces todo cuanto hasta aquel punto le habia ocultado respecto á los futuros acontecimientos que debian formar la historia del reparador de la humanidad. Hay motivos barto fundados para creer que José nada ignoró desde aquella hora de cuanto el encono, la envidia, la malevolencia, y las pasiones todas de un pueblo ciego y fanático debian hacer en daño del que venia á traerle la bienandanza por que durante tantos siglos suspirára. No es posible dudar que el vaticinio de Simeon desarrolló á su vista todas las profecías relativas al Cordero dominador del orbe que debia ser inmolado á la venganza de torpes y crueles enemigos, muriendo en un leño infame despues de haber apurado hasta la última vez el gran cáliz de la espiacion de todos los delitos del mundo. Y al contemplar anticipadamente tanta humillacion, tanto desprecio, dolores tan atroces, martirios tan desusados, agonias tan crueles en un tierno niño de cuarenta dias, tan bello, tan simpático, tan inocente y encantador; al mirar de antemano cárdenos aquellos labios de los cuales brotaba una sonrisa celestial que causaba su mas indefinible éstasis, y taladradas con el hierro aquellas manos y aquellos piés que él besaba con emocion profunda, y apagados por la muerte aquellos ojos cuya mirada derramaba en su alma la dicha mas inesplicable, el corazon del Santo Patriarca sentia despedazarse á manera de una piedra que choca violentamente con otra; pero en medio de tan imponderable martirio no desmentia su sublime resignacion, y aplicando su boca á aquella copa de agenjo y de hiel apurábala en silencio adorando la voluntad suprema que todo lo disponia para realizar los designios de nuestra reparacion. ¡Con cuánto gozo hubiera reservado José para sí los tormentos que esperaban al divino infante! ¡Qué dichoso hubiera sido en poder trocar sus destinos muriendo él en lugar de aquella inocente víctima! ¡Cuán gustoso hubiera aceptado el horrible porvenir vaticinado al hijo de Maria, si en su mano hubiese estado operar una modificacion en los decretos inalterables de la Providencia! Pero nada de esto le era permitido; solo podia condolerse y sufrir; solo le estaba reservado padecer en su alma

sensible los efectos anticipados de la escena del Calvario; solo le era concedido llorar, llevando atravesado en su pecho durante su vida aquel dardo agudísimo que los labios de Simeon lanzáran sobre él en el templo. ¡Saeta envenenada, preparada en la aljaba del Dios de las justicias! Tú despedazas las entrañas del hombre mas justo que nació en la tierra; tú abres en su alma una ancha herida que no se cerrará jamás mientras exista en este valle de quebranto; constantemente sentirá tu accion desgarradora; sus efectos renovarás á cada momento sin permitirle el mas leve alivio; dia y noche manará la sangre de ese corazon ulcerado; porque donde quiera tendrá presente las contradicciones de que ha de ser objeto aquel Hombre-Dios, á quien ama infinitamente mas que á sí mismo: *Ecce positus est hic in signum cui contradicetur.*

Sin embargo, hubo un momento supremo en que allí mismo donde el corazon del virtuosísimo José viérase abismado en el mas profundo océano de dolor, vió surgir repentinamente un rayo de celestial bienandanza, y experimentó, siquiera por leves instantes, el gozo mas inesplicable que puede caber en un sér mortal. Al lado del oráculo que anuncia las contrariedades y persecuciones de Cristo, está tambien el que profetiza sus triunfos y sus conquistas; la misma voz que le presenta como un principio de ruina, píntale como un elemento de resurreccion; á la par de sus sufrimientos vaticinanse sus magnificencias; y el dia que inaugura ser él la víctima de todas las malas pasiones del mundo, es el mismo en que se le proclama luz de las naciones, antorcha brillante de los pueblos y gloria y ventura de los siglos venideros: *Quod parasti ante faciem omnium populorum, lumen ad revelationem gentium, et gloriam plebis tue Israel.* Y no es solo el caduco sacerdote de Jerusalem quien tales maravillas prevee. A la sazón que así hablaba, preséntase allí una profetisa llamada Ana, hija de Phanuel de la tribu de Aser, que permanecia constantemente en el templo sirviendo á Dios con oraciones y ayunos; y apenas vislumbra al divino niño, cuando llena de gozo comienza á alabar á Dios en voz alta, hablando de él á cuantos esperaban la redencion de Israel (1). «¡Qué serie de pro-

(1) Luc. II. 36 et seq.

digios, esclama á este propósito el P. San Ambrosio! No son ya solo ángeles, los profetas y los pastores los que anuncian el advenimiento del Salvador; sino que tambien hacen patente este hecho los justos y ancianos de Israel. Las personas de ambos sexos, los jóvenes y los de edad avanzada, todos autorizan una creencia apoyada por tantos milagros. Una Virgen concibe, pare una mujer estéril, habla un mudo, Isabel profetiza, adora el mago, salta de gozo un niño en el seno materno, proclama una viuda el gran suceso, y él es objeto de la espectacion del justo.»

¿Qué mayor motivo de júbilo y de entusiasmo podia concebirse para el Santo Patriarca José, que el ver de este modo reconocido en Jerusalem como el Mesías deseado á aquel tierno niño á quien los descendientes de Aaron no concedian sino miradas de indiferencia y desden? ¡Ah! Poco importára que todo se mostrase frio y distraido ante el recién nacido Sol de Justicia que se levantaba en el horizonte para bañar un dia con sus resplandores la vasta estension del globo. José iluminado con un repentino fulgor de la infinita sabiduría, vé en el tierno infante que tenia en sus brazos el gran tesoro del cielo y de la tierra, y su santa alma penetrando á través de la inaccesible luz de los decretos eternos, descubre las profundas y adorables razones de la Providencia sobre los futuros destinos de aquel cuyos padecimientos previstos tanto habian contristado su paternal ternura. Contempla estasiado la utilidad que debian reportar los hombres de los oprobios de Jesucristo y del endurecimiento del pueblo judío; preséntase á su mente la Iglesia militante engalanada con los trofeos de millares de mártires que engrandecerán á Dios con su heroismo, haciendo brotar de su sangre pueblos enteros de fieles que compensarán abundantemente la apostasia de la Jerusalem incrédula. Mira los tiranos desarmados por la debilidad del Evangelio, los Césares convertidos por el oprobio de Jesucristo, los filósofos sojuzgados por la locura de la Cruz, la pompa y la magnificencia del culto católico reemplazando á la oscuridad de las catacumbas, las conquistas de la religion estendiéndose sus dominios mas allá de los mares, el Dios del Calvario adorado sobre las ruinas de la idolatría, la tierra entera entonando un himno de victoria al leon

fuerte de la tribu de Judá, y prosternándose ante la víctima de la infiel Sinagoga que pidió á voces su sangre y su muerte. Ve... Mas ¿quién seria capaz de concebir los altísimos misterios que en aquellos momentos solemnes fueron revelados á nuestro escelso Patriarca, ni por consiguiente de comprender las dulces avenidas de gozo que inundaron su alma virtuosa? Fuerza es renunciar á describir lo que está fuera del dominio del entendimiento humano; y contentándonos con admirar las sábias y benéficas miras de la Providencia en proporcionar á José tan inefables dichas en medio de amarguras tan indefinibles, procuremos merecer otro tanto con nuestra resignacion á los decretos del cielo y con nuestra constante fidelidad en el servicio del Señor. Si tal vez ahora no nos es dado descubrir todas las razones de la divina sabiduría en los diversos acontecimientos de nuestra existencia, tiempo vendrá en que á la luz clara de la revelacion que en los últimos momentos despide sus mas bellos resplandores, podamos comprender las ocultas pero beneficiosas relaciones que hay entre los reveses é infortunios que Dios nos envia, y nuestra eterna predestinacion. Entonces veremos que su mano pròvida y misericordiosa no nos affigia sino para proporcionarnos mayores consuelos; que las contrariedades que sufríamos se enlazaban maravillosamente con nuestra salvacion, probando nuestra virtud en el crisol de la adversidad; que aun aquellos sucesos que creíamos fortuitos, habian sido ordenados de antemano para purificar nuestra fé y robustecer nuestra esperanza; y que nada por insignificante que nos pareciese, dejaba de tener un fin altamente útil para nuestras almas.

Asi lo reconocemos, oh José fidelisimo; y en vista de tus ejemplos á nada aspiraremos de hoy mas, sino á hacernos acreedores á experimentar como tú esas satisfacciones puras que nacen del constante ejercicio de la virtud, y son el fruto de la constancia en el sufrimiento; puesto que no hay corona para el que no lucha, ni laureles para el que no vence, ni palmas para el que cobarde huye del peligro, ni gozo positivo para el que no le conquista á fuerza de abnegacion y de heroismo. Infúndenos, Santo Patriarca, una pequeña parte del valor que desplegaste en tu azarosa vida; consiguenos si-

quiera un destello de tu fé, de tu confianza, de tu amor, y de esas brillantes cualidades que tan digno te hicieran de las recompensas del cielo. Haz que á imitacion tuya atravesemos maguánimos los escabrosos senderos de esta vida, para que al terminarla disfrutemos igual gloria que tú por siglos y siglos.

SERMON

PARA EL SESTO DIA DE LA NOVENA DEL PATRIARCA

SAN JOSÉ.

Angelus Domini apparuit in somnis Joseph, dicens: Surge, et accipe puerum et matrem ejus, et fuge in Ægyptum, et esto ibi usque dum dicam tibi. Futurum est enim, ut Herodes querat puerum ad perdendum eum.

El ángel del Señor apareció en sueños á José y le dijo: Levántate, toma al niño y á su madre, huye á Egipto, y estate allí hasta que yo te avise. Porque Herodes ha de buscar al niño para matarle.

MATTH. II. 43.

¡CUÁN pronto empieza á ser una triste realidad el vaticinio del anciano sacerdote de Jerusalem! ¡Qué breves son las horas de descanso que se conceden á aquel Santo Patriarca á quien se confiara el cuidado y la proteccion del recién nacido Salvador y de su purisima madre María! Las campiñas de Nazareth habíanles visto apenas pasar á su regreso despues de cumplida la ley de la purificacion; aun no habian hecho mas que saludar aquel techo hospitalario que con tanto placer vieran despues de su forzada ausencia; todavía resonaban en sus oidos las fatidicas espresiones del viejo Simeon que ocupaban todos sus pensamientos, cuando la terrible mano de la adversidad viene á llamar de nuevo á la puerta de aquel hogar donde moraba la mas pura virtud, la inocencia y el candor mas sublimes, y la santidad esencial; y llega á anunciar á la sagrada familia que ya es hora de disponerse á ver realizados los oráculos relativos á las contradicciones de que debe ser objeto el Mesias, y que urge abandonar el suelo natal si ha de salvarse la preciosa existencia de aquel niño á quien están vinculadas las esperanzas de

Israel. En una tranquila noche dormía José el sueño del justo, no lejos de la estancia de la pudorosa Virgen-Madre velaba el reposo de su divino infante: y ved que apareciéndosele el ángel del Señor le dice: «Levántate, José, toma al niño y á su madre, huye presuroso á Egipto, y permanece allí hasta que yo te avise. Porque Herodes abriga negros designios contra el niño, y á todo trance le buscará para matarle.» *Surge, et accipe puerum et matrem ejus, et fuge in Ægyptum. Futurum est enim ut Herodes querat puerum ad perdendum eum.*

¡Qué nueva espada de dolor para aquel corazón lacerado! ¡Qué nueva y terrible prueba de la virtud del justísimo José! Un fondo de resignación sobrehumana necesitábase para aceptar aquella nueva copa de amargura. ¡Pues qué! ¿No había en los designios de la Providencia otro medio de burlar la política artificiosa de un tirano sanguinario, mas que la fuga y el destierro? ¿No era posible al que tiene en sus manos los destinos de los reyes, arrancar de las de aquel monarca vengativo y suspicaz el tierno é inocente objeto de sus asechanzas, sino á costa del ostracismo y de la emigración de tres seres virtuosos y dignos, entre los cuales figuraba como víctima especial el mismo hijo del Eterno? ¡Oh! Indudablemente hubiera podido éste salvar la vida de su unigénito sin mas que querer, porque un mero acto de su voluntad omnipotente equivale á la ejecución de sus mandatos: empero convenia al plan divino seguir el curso ordinario de los humanos sucesos, y no forzar la marcha natural de las causas y de los efectos para llegar al término que la infinita sabiduría se propusiera con relación á la humanidad. Exigían los decretos providenciales que el hijo de Dios en su cualidad de hijo de María y de reparador del linage proscripto se sujetase á todas las eventualidades y peripecias de la vida humana, para que cada una de sus circunstancias pudiese servirnos de modelo y de útil enseñanza. Por eso se ve obligado á huir en su cuna, dice el sábio Bossuet (1), y á buscar un asilo en tierra estraña por inutilizar las pesquisas de Herodes, al modo que algunos años despues en el ejer-

(1) Elvat. sur les Mystér. T. II.

cicio de su público ministerio, ocultábase en el fondo de los desiertos para librarse de los lazos que le tenderian enemigos encubiertos. Verdad es que nuestro Santísimo Patriarca penetraba estos misterios: empero no lo es menos que este conocimiento no era bastante á evitar la honda pena y el profundo dolor de su alma al ver padecer de tantas maneras y sin la mas leve tregua á aquel divino niño á quien amaba como á hijo adoptivo, y á quien adoraba como á su verdadero Dios. Esta nueva fase de la vida de José cúmplenos considerar hoy, procurando comprender en cuanto nos sea dado por una parte lo que su corazon debió sufrir en su fuga á Egipto con los dos caros objetos de su mayor ternura; y por otra el consuelo que esperiméntó en medio de su destierro al ver amenguarse y debilitarse el imperio del error en aquel pais idólatra en presencia del que venia á fundar el reinado de la verdad. En lo primero hallaremos una enseñanza importantísima para huir prontamente toda ocasion de ruina espiritual: lo segundo afianzará nuestra fé y nuestras convicciones en el poder é influencia del catolicismo, etc.

AVE MARÍA.

REFLEXION UNICA.

La muerte del nuevo príncipe que naciera en Belen de Judá habia sido decretada por el sanguinario Herodes. Burladas sus esperanzas por los magos de Oriente, que no volvieron á llevarle nuevas acerca del recién nacido, su despecho subió de punto hasta el extremo de envolver en la sentencia fulminada á todos los niños menores de dos años que habitasen en los contornos de la antigua ciudad de David. No, no permitirá el receloso tirano que un pequeño infante marchite los laureles de su corona comprada á tan subido precio. No será el hijo de María quien logre hacer de su cetro una caña de maldición que el soplo de la muerte quebrante sobre su tumba. ¿Ha de eclipsar su estrella un débil niño, en los momentos críticos en que empieza á despedir un nuevo brillo, cuando

todo en torno suyo le augura mayores glorias y le promete mas ilustres victorias? No, dijera para sí el tirano : cualquiera que sea, príncipe de la tierra ó enviado de Dios, fuerza es que quede sacrificado á mi venganza : y perecerá, pese á su raza, siquiera con su débil existencia perezcan tambien todas las glorias que predijeron los Videntes....

Cuando así discurría Herodes, y daba sus órdenes para ejecutar la cruel matanza de los Inocentes, no contaba con los decretos del cielo, que sabe inutilizar cuando le place los planes mas hábilmente concertados; no contaba con un nuevo Jojada quien, como aquel en otro tiempo libertó de la sangrienta venganza de Athalia al pequeño Joás, único vástago de la familia real de Judá, estaba asimismo destinado á salvar á Jesus de sus garras para que en su dia reinase en toda la vasta estension del globo. Este hombre privilegiado, este génio tutelar era José, á quien el Angel del Señor intimára la órden de huir con la sagrada familia á tierra de Egipto, para éviar las asechanzas del que habia jurado la ruina de su hijo adoptivo. A José habíase confiado tan honrosa como difícil empresa; José era el llamado á desconcertar los proyectos del desacordado príncipe; José debia ser quien burlase la vigilancia de los esbirros y satélites encargados de llevar á cabo los decretos de su ambicioso señor; José, en fin, tenia la mision harto comprometida de salvar la preciosa existencia del futuro reparador del linaje humano, burlando las pesquisas y sorprendiendo las maquinaciones de emisarios pagados á precio de oro, para satisfacer las aspiraciones de un déspota, que en la muerte de un niño cifraba todo su porvenir, y el afianzamiento de su estirpe en un trono cimentado sobre la noble sangre de los Macabeos y sobre los escombros de otros poderes sacrificados á su insidiosa política.

Mas ¿cómo podia llenar esta mision un hombre sin proteccion ni defensa alguna, obligado á huir en medio de la noche á través de montes y desfiladeros, por entre horribles precipicios y sitios peligrosos, él que no podia oponer otra resistencia mas que los ruegos y las lágrimas al bandido oculto en los bosques, ó al vengativo soldado de Herodes que tal vez tendria tomados todos los caminos y

encrucijadas para no dejar escapar tan codiciada presa? ¡Oh! ¡Cuántos temores, qué de sobresaltos, cuántas congojas debieron afligir el corazón de José en su larga y penosa travesía con aquel rico depósito que se había confiado á su custodia! ¡Cuántas veces mirando á su esposa al resplandor de la luna, pálida y muda como la muerte, se despedazaría su alma candorosa y sensible! ¡Cuántas contemplando á Jesus niño durmiendo tranquilo el sueño de la inocencia en el regazo maternal, derramaria amargo llanto al verle huyendo como un criminal, acosado en su cuna por un tirano implacable! ¡Cuántas estendiendo sus timidas miradas por los solitarios y tortuosos senderos que elegia como mas á propósito para evitar el encuentro de algun agente del pérfido monarca, se heló su sangre en sus venas creyendo vislumbrar una sombra siniestra en el valle, ó apercibir una figura humana en el hueco de una roca! Tal vez podia tropezar aquí con un vil asesino apostado para esperarles á consecuencia de un aviso oculto; quizás podia encontrarse allí con un espía que acechase tras de un matorral el paso de los viajeros indefensos; acaso podia hallarse mas allá frente á frente de un saltador que no pudiendo satisfacer su codicia en unas gentes pobres, los delatase ante el tirano con la esperanza de obtener una recompensa proporcionada al hallazgo. Y cuando despues de no pocos peligros y grandes incomodidades hubieron de pasar los santos viajeros por las inmediaciones de aquella Jerusalem, foco de la persecucion suscitada contra el recién nacido Salvador, ¿quién podrá decir cuánto se multiplicaron las inquietudes y recelos de José al ver espuesto á Jesus á cada momento á dar con algun desconocido delator que le inmolasen á las iras del monarca? ¡Cómo procuraria apresurar el paso del pobre jumento portador del mas rico tesoro! ¡Cómo sacaria fuerzas de flaqueza para alejarse cuanto antes de un suelo que sentia hundirse á sus pies! Siempre huyendo de las poblaciones, siempre buscando senderos extraviados á través de sitios cuya imponente soledad acrecentaba sus temores, buscando unas veces abrigo bajo el húmedo follaje de los sombríos bosques, parándose otras á descansar y tomar aliento en el fondo de las cuevas, caminando de noche, escondiéndose de dia, padeciendo los rigores del frio y del

hambre por no atreverse á salir de los despoblados á renovar sus agotadas provisiones, ni un solo momento habia en que José no experimentase el mas cruel martirio, no por sí, que poco ó nada le afectaba una existencia que comenzaba á declinar hácia el sepulcro, sí empero por aquellos dos caros objetos de su amor y de sus desvelos. Tal vez por ellos tuvo que aceptar el techo hospitalario que le ofreciera la compasion del bandido que vaga por los desiertos de Siria; acaso hubo de recibir el pedazo de pan que por un movimiento instintivo le alargára la tostada mano del árabe en las cercanías de Ramla; quizás se vió precisado á abandonar por algunos momentos á Cristo dormido en el regazo de María bajo las palmeras contiguas á Belen ínterin dirigia sus agitados é inseguros pasos á la poblacion para cambiar de cabalgadura, ó buscar una caravana á que agregarse para atravesar el desierto. Y despues, salvado ya el primer peligro de la persecucion de Herodes, ¿pensais que debieran ser menores los padecimientos de la sagrada familia en aquella larga y penosa travesía por entre los abrasados arenales, por entre las inmensas soledades, en donde ni la menor señal de vegetacion, ni un torrente do satisfacer la sed se encontraba en parte alguna, como no fuese tal vez algun manantial salobre y cenagoso bastante apenas para humedecer los labios? Mas de una vez creyendo apercibir á lo lejos un hermoso y cristalino lago, José apretó los pasos del perezoso camello por llegar pronto al sitio bendecido, y de repente la triste realidad vino á mostrarle la ilusion de sus bellas esperanzas. Entonces su alma viendo á María desfallecer de sed é inclinar su lánguido cuello como la rosa de Saron agostada por el cierzo abrasador, despedazábase de pena, y experimentaba un martirio indefinible.

Renunció á describir los continuos sobresaltos que hasta llegar al término de su viaje debió sufrir aquel corazon destrozado, unas veces en medio de la noche silenciosa velando el agitado sueño de su esposa, que posaba en tierra sobre una esterilla de junco sus delicados miembros quebrantados por el calor y la fatiga: otras levantándose al grito de alarma que resonaba en medio del desierto, para proteger la vida de sus dos amados seres de una lluvia de flechas que se cruzaban por los aires dirigidas por los árabes nómadas de aquellos

contornos; y siempre rodeado de objetos de terror que le ponian en el mayor tormento. Nada os diré de otras mil circunstancias desconocidas y que plugo al cielo reservarse para sí, todas afflictivas y sobremanera angustiosas para los augustos fugitivos. San Buenaventura hacia de ellas el objeto de sus mas tiernas meditaciones, y lloraba como un niño al pensar en aquel viaje de mas de ciento cuarenta leguas verificado en medio de todo género de privaciones. ¿Dónde, exclamaba, se albergaria por las noches aquella sagrada familia? ¿Qué sitios elegiria durante el dia para reponerse del cansancio? ¿Dónde hallaria el frugal alimento que necesitaba para reparar sus fuerzas (1)? Nada nos ha trasmitido la tradicion acerca de estas y otras particularidades sumamente curiosas é interesantes. La historia contesta con el mas profundo silencio á las investigaciones del génio cristiano, y nada nos dice que pueda satisfacer nuestros piadosos deseos. Bástenos empero, saber, que, segun la opinion unánime de todos los Padres y Doctores de la Iglesia, los padecimientos de José fueron superiores á las fuerzas del hombre, y muy bastantes á haberle hecho sucumbir, si el cielo no le hubiese tenido sostenido para dar cima á la mision que le confiára.

Un solo gozo, un solo placer, una sola satisfaccion cupo á aquella alma destrozada en medio de tantos y tan crueles dolores. Ya habian llegado los santos peregrinos á los confines del pais del silencio y de los sepulcros; ya dieran vista á aquella antigua metrópoli, cuna un dia de todas las ciencias y de todas las aberraciones, tan rica y opulenta por sus soberbios obeliscos y colosales pirámides, como abundante en prestigios y conocida por ser el foco de la mas repugnante idolatria; ya penetráran en Helioconia, ciudad natal de Moisés. «Alli, segun el relato de uno de nuestros primeros gé-
» nios (2), levantábase el templo de Jehová que Onias hiciera cons-
» truir conforme al plano de la casa santa, cuyos adornos casi igua-
» laban á los de su modelo, pendiendo de sus bóvedas una lámpara
» de oro macizo, en vez del candelabro de los siete brazos de Jeru-

(1) S. Bonav. de vita Christi.

(2) Orsini, varias veces citado, Hist. de la Madre de Dios. T. 4. L. XIII.

»salen. A la puerta de aquella ciudad cuya poblacion componiase
»en su mayor parte de egipcios y árabes idólatras descollaba un
»majestuoso árbol, al cual tributaban cierta especie de culto los
»árabes del Yemen establecidos á las orillas del Nilo.» ¿Cuánta y
cuán agradable no debió ser la sorpresa del virtuoso José, cuando
al pasar por aquel sitio vió á aquel árbol idolatrado inclinar sus som-
brías ramas, como para ofrecer un homenaje de respeto al recién
nacido infante que bajo las esterioresidades de la debilidad mas lastimosa,
ocultaba los resplandores de la divinidad, y era el rey de la naturaleza
y el soberano del mundo (1)? Y cuando al atravesar los esbeltos arcos
de granito de la puerta principal de Heliópolis, vió caer destrozados
todos los ídolos que decoraban aquel suntuoso edificio, si ha de pres-
tarse asenso á la opinion autorizada de unos escritores tan piadosos
y sabios como Paladio, Doroteo, Sozomeno, San Anselmo, San Bue-
naventura, Dion de Halicarnano y otros (2); ¿qué gozo no debió
inundar el corazon del Santo Patriarca en presencia de aquel triunfo
que el fundador del nuevo culto reportaba ya en el seno del error,
preludio feliz de los que andando el tiempo conseguiria la religion
salvadora que venia á sancionar con su sangre? Si niño aun y
fugitivo era Jesus el terror de la idolatría, y ante él rodaban
por el suelo los objetos de un culto que venia á proscribir con su
doctrina; ¿qué sucederia cuando llegado el tiempo de desenvolver
el plan divino de la reparacion hiciese gala del poder irresistible
de su brazo? Si cuando temeroso de un tirano condenábase al os-
tracismo, y no podian soportar su presencia las falsas deidades
creadas por el orgullo y las pasiones humanas, y protestaban visi-
blemente su nulidad é impotencia; ¿qué harian cuando triunfante
y glorioso enviase sus heraldos á la conquista del universo invistién-
doles de su soberana autoridad y armándoles de su invencible poder?

Concíbese, M. A. O., que estas reflexiones debieron ser para

(1) Hace mencion de este suceso el autor antes citado con relacion á Sozomeno; y añade que Niebuhr encontró en el Yemen el árbol aludido que es de la familia de las sensitivas, tenido en gran veneracion entre los árabes.

(2) Véase el mismo en el lugar citado.

José un manantial riquísimo é inagotable de dulzuras y satisfacciones bastantes á compensar abundantemente todos sus pesares y quebrantos. Entonces no debió serle ya tan pesada su prolongada estancia en una tierra estrangera, lejos del perfumado ambiente de la patria. Entonces debió serle mas soportable la miseria y demas privaciones consiguientes al destierro en un pais do mirábase desdeñosamente al estrangero, y se conservaban antipatías hereditarias contra la raza judía. Entonces no debió afectarle tanto aquella vida de sufrimiento y de incesante martirio que hubo de atravesar José reducido al estado de triste bracero, siendo descendiente de David, y mas aun viendo á la hija de cien reyes trabajando noche y dia para suplir la insuficiencia de sus recursos, cual les contempla San Basilio. Entonces ya no debió serle tan amargo el pan de la limosna, que mas de una vez hubo de mendigar en sentir de Landolfo de Sajonia, para acallar las lágrimas del hambriento Jesus; puesto que venia á neutralizar un tanto sus pesares la idea de los futuros triunfos que esperaban al que balbuciente aun mostrára su omnipotencia para destruir el imperio del error.

Dejemos por hoy, M. A. O., á nuestro Santo Patriarca cumpliendo en el destierro los decretos de la Providencia, y apliquémonos á deducir de los hechos referidos las consecuencias que para nuestra instruccion se desprenden. Preciso es huir los peligros que nos cercan, como huyó José de las asechanzas del tirano Herodes: fuerza es aceptar todo linage de sufrimientos por salvar el tesoro de nuestra fé y de nuestras creencias, cual las aceptó nuestro Santo Patriarca para salvar la vida de Jesus que atesoraba los destinos del mundo. Aprendamos, pues, de él á escuchar la voz del cielo, á ponerla en ejecucion, y á no diferir los medios de poner á cubierto nuestros eternos intereses evitando los peligros que amenazan nuestra alma, seguros de que en los combates contra cierto género de enemigos á la fuga se halla vinculado el triunfo. Aprendamos asimismo á confiar en todo evento en el poder de Dios, y á no dudar jamás de la influencia del catolicismo siempre victorioso, siempre invulnerable por mas que contra él se conjure el despotismo, la tiranía, el ódio, el sofisma, el génio ó la ignorancia, y todas las malas pasiones del

hombre, impotentes á destruirle cuando tiene por defensa al que le fundó en la tierra para ser un elemento de vida y de prosperidad para los hombres y los pueblos.

Y vos, Patriarca Santísimo, confirmad en nosotros estas mismas convicciones, ayudadnos á perseverar en estas ideas, robusteced nuestras creencias; para que cumpliendo en la tierra nuestros respectivos destinos, logremos en recompensa disfrutar un día esa eterna bienaventuranza que coronó vuestros triunfos en la mansión de la gloria.

SERMON

PARA EL SÉTIMO DÍA DE LA NOVENA DEL PATRIARCA
SAN JOSÉ.

Defuncto Herode, ecce angelus Domini apparuit in somnis Joseph in Egipto, dicens: Surge, et accipe puerum et matrem ejus, et vade in terram Israel, defuncti sunt enim qui quærebant animam pueri... Audiens autem quod Archelaus regnaret in Judæa pro Herode patre suo, timuit illo ire: et admonitus in somnis, secessit in partes Galileæ.

Muerto Herodes, el ángel del Señor apareció en sueños á José en Egipto, y díjole: Levántate, toma al niño y á su madre, y vete á la tierra de Israel, porque ya han muerto los que atentaban contra la vida del niño... Mas oyendo que Arquelao reinaba en Judea en lugar de su padre Herodes, temió ir allá: y avisado en sueños, retiróse á tierra de Galilea.

MATTH. II. 19, 20, 22.

BREVES son las dichas, largos los pesares, pocas las dulzuras, muchos los sinsabores, contadas las horas de consuelo, frecuentes los días de agonía que el hombre experimenta en esta mansion prestada, donde habita como el triste peregrino que pasa de largo por poblaciones opulentas para sepultarse despues en eternos bosques sin hallar morada fija, siempre errante, nunca tranquilo, porque su suerte le aleja de los hombres, y la sociedad le niega un asilo hospitalario. San Pablo ha dicho que el cristiano no tiene en el mundo ciudad permanente, sino que camina siempre hácia aquella Jerusalem celeste que es la verdadera patria de los predestinados (1). ¿Cómo pues podia tenerla aquel que descendió á la tierra á mostrarnos el camino de nuestros destinos? Así se le ve desde su misma cuna vagar fugitivo de un lado á otro, á impulso de la Pro-

(1) Ad Hæbr. XIII. 14.

videncia que dirige sus pasos y le traza las sendas que debe seguir. Así se ve á José su presunto padre en continuo movimiento, ora relegado del suelo que le vió nacer, ora ocultándose en países desconocidos, ya buscando en Galilea un asilo donde dedicarse tranquilamente á sus fabriles tareas, ya dejando estas por marchar á Egipto do le envía la voz del cielo, y siempre siguiendo la suerte de aquel de quien Dios le constituyera amparo y protector, consuelo y solaz en sus infantiles necesidades. No hay día en que no se encuentre á ese Santo Patriarca luchando con la adversidad, haciendo frente al infortunio, devorando amargos disgustos, abrevado de hieles, y hecho una víctima inocente de todo linaje de contrariedades: pero en medio de todo, siempre grande en la desgracia, superior á sí mismo en la tribulacion, digno en los mas graves conflictos, y lleno de resignacion sublime en los mas apurados lances.

El que hoy nos recuerda la historia evangélica, es uno de los que mas pusieron á prueba su nunca desmentida justificacion, su paciencia invencible, su heroica constancia y su imperturbable fé. Largo tiempo comiera en Egipto al lado de su cara familia el pan de la limosna; mucho hacia que amasaba con el sudor de su frente el escaso alimento con que venia sosteniendo la preciosa existencia de aquellos dos seres tan simpáticos, objetos de sus desvelos y de su llanto. Llegára el momento de poner término á tan prolongado ostracismo y de recompensar tantos años de angustia soportada con admirable abnegacion. El ángel protector de la inocencia, aparécese nuevamente á José en su agitado sueño: «Levántate, le dice, y acompañado del niño y de su madre, restitúyete á la tierra de Israel, pues Herodes no existe ya, y han muerto los que atentaban contra la vida del niño:» *Surge, et accipe puerum et matrem ejus, et vade in terram Israel, defuncti sunt enim qui querebant animam pueri.*

¡Qué anuncio tan feliz! ¡Qué nueva tan satisfactoria! Respira, alma afligida, olvida tus pasados infortunios con la dulce idea de tu próximo regreso al pais de tus abuelos. Cerca está el momento de saludar ese suelo que tan bellos recuerdos deposita en su seno, y tan halagüeñas esperanzas inspira al que lejos de él sufrió todos los

rigores del destierro. Saboréate á tu placer con el pensamiento de la patria, el mas tierno y embelesador para un corazon sensible. Sus encantos serán tanto mayores para tí quanto larga fué la privacion de ellos... Mas ¿qué digo? ;Cómo me estravía mi imaginacion entusiasmada! No: José no disfrutará de esos encantos, ni verá realizados esos dorados ensueños: porque el cielo le depára nuevas ocasiones de labrar su corona, sufriendo nuevos é imprevistos reve-ses. No bien obediente á la voz del celestial mensajero tomára el camino de Israel, cuando una idea funesta, un siniestro presentimiento viene á desconcertar sus planes y á acibarar sus breves instantes de placer. Arquelao, hijo del sanguinario Herodes, es quien ha sucedido á su padre en el trono de Judea. Heredero de su poder, lo es quizás tambien de su tiranía, de su venganza, y de sus prevenciones contra el Mesías. ¿Irá pues á esponer la existencia del divino infante en un pais do brota todavía la sangre inocente vertida en ódio á él? Esta idea estremece al Santo Patriarca, y es para su alma amante una fuente envenenada de nuevos martirios: preciso es pues renunciar á las momentáneas ilusiones de dicha que concibiera y resignarse á marchar á Galilea segun el aviso de su génio tutelar: *Audiens autem quod Archelaus regnaret in Judea pro Herode patre suo, timuit illo ire: et admonitus in somnis secessit in partes Galilee.* Mezcla confusa de dolor y de gozo que vamos á considerar en este breve rato, despues de saludar á la Santísima Virgen con las palabras del ángel.

AVE MARÍA.

REFLEXION UNICA.

Cuando por largo tiempo se han experimentado las amargas y privaciones consiguientes á un estado escepcional y violento; cuando despues de muchos años de sinsabores y disgustos se llega á vislumbrar un horizonte sereno y un halagüeño porvenir; aquella idea súbita, aquella inopinada esperanza causa en el alma una im-

presion tan vehemente, que la hace olvidar cuanto de adverso y desagradable hay en lo pasado. Solo lo presente la afecta: y reconcentrando todos sus pensamientos en lo que espera gozar, parecela un ensueño lo que ha sufrido. Pero ¡ay de ella si un incidente inesperado viene á burlar aquellas bellas esperanzas concebidas en un momento de grata ilusion! Entonces todas las llagas tornan á abrirse con mayor recrudescencia que antes, renuévanse los tormentos, acreciéntanse los pesares, toma un carácter mas grave la situación del engañado mortal, y es tanto mas difícil el consuelo cuanto el desengaño es mas cruel.

En este estado se presenta á mi imiginacion en este momento el Patriarca San José. Para comprenderle bien, procurad formaros una idea de la alegría que debió experimentar cuando el enviado del Señor le anunció que habiendo fallecido ya el cruel tirano que jurára el esterminio de Jesús, podia restituirse libremente al pais de Israel á respirar el puro y embalsamado ambiente de la patria. Naturalmente debió entregarse aquel varon virtuoso á las expansiones de un júbilo tanto mas extraordinario, cuanto mayores y mas prolongados fueran sus pasados infortunios, y menos probable la esperanza de verlos terminar. Siete años, segun el cálculo mas autorizado, transcurrieron desde la llegada de la sagrada familia á la tierra de Egipto. Siete años, dia por dia, habia visto José ponerse el sol sobre su cabeza sin llevar á su corazon destrozado el mas liviano consuelo. Siete años viviera en la mas penosa indigencia y en las mas duras privaciones, rodeado de estraños que ni siquiera una mirada compasiva concedian á su angustiada situacion. ¡Cuántas penalidades, cuántos sobresaltos, qué de insomnios, qué de humillaciones no hubo de soportar en este tiempo! Viérase al hijo de David, al nieto de Zorobabel, al noble vástago de los valientes de Israel ocupado de dia en penosas faenas, y vertiendo abundante sudor para ganar un escaso salario insuficiente á sostener las primeras y mas perentorias necesidades de la vida. Viósele de noche ayudandó á su esposa en las ocupaciones domésticas, cuando fatigada y rendida volvia ésta á su hogar desde la fuente en que lavaba los pañales de su divino hijo despues de haberlos secado al sol en un blanco

matorral. Viósele tambien implorando ¡y cuántas veces en vano! la compasion de un pueblo en quien el instinto de la beneficencia no era ciertamente el que mas le distinguia, cuando carecia de trabajo ó éste no sufragaba para el sostenimiento de aquellos dos séres tan amados de su corazon. ¿Cómo pues no habia de causarle el mas vivo placer aquel anuncio que venia á poner fin á su destierro y á inaugurar una nueva era de ventura para aquella familia desgraciada? ¿Cómo se apresuraria el Santo Patriarca á comunicar á su esposa tan feliz nueva! ¿Con qué gozo la felicitaria! ¿Con cuánto entusiasmo estrecharia y besaria á Jesus! ¿Cuán poco tardaria en disponer su viaje y en tomar el camino de Israel! Figúraseme oir la voz del venerable anciano, despidiéndose de aquel suelo donde tanto padeceria su alma, y exclamando: ¡Adios, tierra ingrata, que me obligó á pisar el ódio y la venganza de un tirano implacable! ¡Adios, pais odioso, donde tanto tiempo comí el pan del destierro tan áspero á la boca como el del malvado, y bebí el agua comprada con sangre, amarga á los lábios mas que el licor que destila el ajenjo! ¡Adios, Egipto, que tan cara me hiciste pagar una hospitalidad prestada, en cuyos arroyos jamás encontré mi oido un grato recuerdo, cuyas aves ni una sola vez me hicieron experimentar el menor encanto, cuyos sepulcros no hablaron á mi alma sino el lenguaje de la muerte, y cuyos soberbios obeliscos solamente me recordaron tus errores é idolatrías! ¡Adios para siempre, region solitaria, que recogiste mis suspiros y mis lágrimas cuando á las orillas de tus rios y á la sombra de tus sauces suspiraba por mi amada patria do quedára mi triste y angustiado corazon! A ella me dirijo, bien presto aspiraré el aire natal, poco tardaré en contemplar unos objetos embelesadores que inútilmente busqué en el seno de tu opulencia. ¡Adios....! Y así discurriendo José en compañía de su amada esposa y de su presunto hijo, dirigiese cuan presuroso podia hácia el pais de sus infantiles ensueños do posaban las cenizas de sus padres.

Sin embargo, Dios pensaba de una manera muy distinta, y el Santo Patriarca gozabase en unas ideas que no debian verse realizadas. Cierto que Herodes no existia, y por lo tanto cesára el pri-

mer peligro que amenazara la existencia de Jesus. Empero reinaba en su puesto Arquelao, su hijo, y bien podia éste conservar las mismas antipatías é iguales proyectos que el padre respecto del niño á quien se propusiera sacrificar á su venganza. Y en esta duda, ¿cómo esponerle á nuevos riesgos? ¿Cómo fijar su residencia en un pueblo donde la existencia del hijo de Maria estaria á la merced de un delator cualquiera, que por congraciarse con el nuevo príncipe pudiera fácilmente despertar sus mal apagadas sospechas? Idea fué esta que sembró en el corazon de José la mas cruel alarma. Sus pasadas ilusiones convirtiéronse en humo; reemplazaron á sus gratas esperanzas los mas fundados temores; presentimientos horribles anublaron su inteligencia, y tornó de repente á encontrarse en un estado de irresolucion y de incertidumbre que casi le hacia arrepentirse de haber abandonado su destierro. Menester fué que su ángel tutelar le apareciese de nuevo mandándole cambiar de rumbo y dirigirse hácia Galilea, como de hecho lo ejecutó marchando á buscar su antiguo retiro de Nazareth, para que tuviese cumplido efecto el oráculo del Señor por sus profetas. Será llamado Nazareno: *Et veniens habitavit in civitate quæ vocatur Nazareth, ut adimpleretur quod dictum est per prophetas. Quoniam Nazarenus vocabitur* (1).

Cierto que allí encontró José nuevos motivos de tristeza y desconsuelo al contemplar el estado ruinoso de su antiguo hogar. Hallábase casi inhabitable por efecto de los huracanes y de las fuertes lluvias de los equinoccios, hundidas en parte sus paredes, amenazando próxima ruina su techumbre, lleno todo de humedad el pavimento, tal, en fin, cual puede calcularse despues de tantos años de completo abandono. Y en tal conflicto, ¿dónde hallar recursos para atender á una recomposicion que era urgentísima? ¿Cómo arbitrar medios para hacer frente siquiera á las primeras necesidades? Preciso les seria enagenar las pocas tierras que aun les restaban de la herencia paterna; fuerza seria entablar la mas estricta economía sujetándose á lo único indispensable para vivir, y tolerar apuros y

(1) Matth. II. 23.

privaciones sin cuento hasta desempeñarse á fuerza de trabajo y de abnegacion. ¡Cuántos y cuán amargos sacrificios no debió imponerse el Santo Patriarca en una situación tan precaria á fin de proporcionar sustento, ya que comodidades no era posible, á aquellos dos objetos tan amados! ¡Con qué afán trabajaria dia y noche en su taller porque no les faltase el pedazo de pan con que sostener su penosa existencia! Durante el dia, Jesus á pesar de su corta edad ayudábale en sus fabriles faenas en cuanto se lo permitian sus escasas fuerzas; con él subia á las cumbres del Carmelo á cortar los añosos cedros y demas maderas necesarias á su arte; á su lado iba cargado con el hacha do quiera que le llamaban sus ocupaciones; jamás faltó á María el pobre recurso del trabajo de aquellos dos seres, harto anciano el uno para poder acometer graves empresas, demasiado niño el otro para entregarse á duras fatigas, pero ambos llenos del mas generoso deseo de complacerla é incansables por contribuir á mejorar su suerte. Y por la noche, cuando la madre y el hijo tomaban el necesario reposo para reponerse del cansancio del dia anterior, ¡cuántas veces José continuaba trabajando á fin de adelantar la conclusion de alguna obra con cuyo producto poder atender á una necesidad urgente!

Asunto es este que ha prestado abundante motivo á las sublimes meditaciones de los génios cristianos. Nada hay tan poético y embelador como el espectáculo que ofrece á nuestra imaginación esa Trinidad terrestre, como la han denominado los Padres y Doctores de la Iglesia, en su humilde retiro de Nazareth. Ciertamente que su vida interior es un enigma desconocido, un problema que en vano intentaria descifrar el hombre, un misterio que escede á su limitada capacidad, y como elocuentemente ha dicho el sabio autor de la Historia de la Madre de Dios tantas veces citado, «es la corriente que se pierde entre la yerba, es el santo de los santos con su nube de perfumes y su doble velo; empero estudiando sériamente y examinando con minuciosidad los hechos consignados en el Evangelio, lo averiguado ayuda á adivinar hasta cierto punto lo que se ignora, proyectando una viva luz sobre la vida oculta de la sagrada familia.» San Bernardo especialmente encontraba en estas escenas una fuente inagotable de entusiasmo. Para él nada habia tan bello y en-

cantador como contemplar aquella armonía de sentimientos, aquella conformidad de ideas, aquel querer idéntico, nunca turbado por el menor incidente en medio de tantos y tan poderosos elementos de disgusto y de quebranto. ¿Y qué decir de aquella gerarquía maravillosa en la que un anciano encorvado bajo el peso de los años y de las adversidades figuraba como jefe, á quien obedecía una Virgen bella y pudorosa y servía con profunda humildad un niño tierno que era á la vez un Dios? ¡Oh! esclamaba el apóstol de las Cruzadas: «Humildad es sin ejemplo que un Dios esté sumiso á un ser mortal; pero que la criatura mande al Criador, que el hijo del polvo ejerza su autoridad sobre el que trae su origen del cielo, que el hombre de un dia intime sus órdenes al rey de las eternidades, esto es el colmo de la grandeza, el apogeo de la mayor gloria posible,» es un honor sin par que solo fué concedido á José, á quien la tradicion católica ha dado el título de *padre de segunda majestad* del hijo del Altísimo.

Si esto no era para nuestro Santo Patriarca en medio de sus amarguras el manantial del mas puro consuelo y del gozo mas indefinible, imagínese otra cosa que mayor satisfaccion pudiera causarle. ¡Ah! No es posible. Cuando todo en torno suyo conjurábase para acibarar los dias de su existencia; cuando los reveses sucedíanse unos á otros en el seno de aquel hogar tantas veces regado con su sudor y humedecido con su llanto; cuando escaseaban los humanos recursos y la miseria se presentaba á sus ojos con semblante amenazador; cuando mas sensibles eran sus privaciones y menos probable la esperanza de verlas terminar, tenía consigo á Jesus y con él era mas rico y feliz que todos los potentados de la tierra; en mirarle experimentaba su alma goces indefinibles; en verle á su lado hallaba su corazon una bienandanza suprema; en presidir á su educacion gustaba unas delicias que no hubiera cambiado por todos los tesoros del mundo; en oirse apellidar su padre elevábase su alma hasta el éstasis; en contemplarle trabajando en su mismo taller gozaba de una dicha que le hacia olvidar momentáneamente largos años de sacrificios y de lucha. ¿Y cuánto no se entusiasmaria al observar sus dotes, al contemplar sus cualidades, al considerar los tesoros de

inocencia y de virtud que ocultaba bajo aquellas apariencias el que aunque niño era el resplandor de la gloria del Eterno Padre, la figura de su substancia, el heredero de su reino, el depositario de todas las riquezas de la divinidad, como ha dicho San Pablo? Callen ante tanta grandeza todos los elogios humanos; enmudezca la voz del hombre cuando la voz misma del Dios es la que traza el panegirico de nuestro escelso Patriarca. ¿No es el Espíritu Santo quien ha consignado en las sagradas páginas todos esos sublimes rasgos que caracterizan su dignidad sin par? ¿No es él quien nos ha dicho que en todas partes era considerado como padre de Jesucristo, que la misma Virgen María le honró con este dictado, y que las turbas admiradas de la sabiduría y milagros del Salvador mas de una vez le llamaron el hijo del Carpintero? Yo concibo que el amor paternal llegase en el gran Tolomeo hasta el exceso de juzgarse el hombre mas dichoso el día en que por abdicacion suya vió subir al trono de un vasto imperio á su querido hijo. Encontró muy natural que en el acto de su coronacion, espresase este júbilo ante la córte del nuevo príncipe con demostraciones de marcado entusiasmo, diciendo que no cambiaria aquel momento de satisfaccion por todos los reinos de la tierra. Pero cuando considero á José constituido padre, custodio, protector, y en cierto modo soberano del monarca inmortal de los siglos, no me es posible espresar mi admiracion. Aquel pudo envanecerse de ver á su hijo en un sólio deslumbrador, obedecido y acatado por numerosas legiones, y recibiendo vasallage de millares de súbditos postrados á sus piés. Este pudo gloriarse de decir: «Mi hijo es un Dios, su córte es el cielo, su trono se apoya sobre los serafines, los ángeles forman sus ejércitos, la tierra entera es su dominio: y sin embargo yo le mando, y él me obedece; yo le intimo mis órdenes, y él las ejecuta con prontitud; yo le amo, y él me respeta; yo le adoro, y él me sirve.»

¡Satisfaccion incomparable! ¡Gozo sin segundo que excede á todo cálculo porque la humana inteligencia es impotente para sondear ese abismo! Así compensaba el Señor las amargas que por su causa devoraba aquel corazon noble y generoso; de esta suerte complaciase en premiar en la tierra su heroica resignacion y sus altísimas vir-

tudes, interin llegaba el tiempo de colocar sobre sus sienes la inmortal aureola que en el cielo le tejian los ángeles.

Aspiremos nosotros, M. A. O., á esa misma recompensa, ya que no nos sea dado optar á tanta felicidad y á tan comunicable honor. Sirvanos el ejemplo de José de un estímulo poderoso, para conllevar con paciencia y humilde resignacion los trabajos y adversidades de una vida que está destinada á ser una continua pelea contra todo linaje de reveses y aflicciones. Si la miseria nos acongoja, si las privaciones nos rodean, si los acontecimientos tristes anublan nuestros dias, si nos vemos obligados á tolerar las amarguras del destierro, si nos persigue inclemente la calumnia, si la injusticia ó la venganza nos condena á vivir lejos de nuestro patrio suelo, cualesquiera que sean nuestros infortunios fijemos la consideracion en José; nada sufriremos que él no sufriese, ninguna desgracia nos afligirá que él no espermentase; para todo género de reveses hallaremos en la vida de ese varon justísimo enseñanzas eficaces, que nos ayudarán á sobrepornernos á ellos venciendo el mal con el bien, y triunfando de nosotros mismos con el heroismo de la virtud.

De tí, Patriarca Santísimo, esperamos una proteccion decidida con la cual podamos conseguir tan felices resultados. No nos la refuses, pues harto necesitamos de ella para no sucumbir en la lucha. Con ella burlaremos la accion de unas pasiones que no cesan de promover y fomentar en nosotros los elementos de ruina espiritual; con ella seremos invencibles en el dia del peligro; con ella encontraremos dulzuras celestiales en los mas amargos sufrimientos; con ella terminaremos como héroes nuestra carrera, é iremos á recibir los laureles del triunfo á la mansion de la inmortalidad.

SERMON

PARA EL OCTAVO DIA DE LA NOVENA DEL PATRIARCA SAN JOSÉ.

Cum factus esset (Jesus) annorum duodecim, ascendentibus illis in Jerusalem, secundum consuetudinem diei festi... cum redirent remansit puer Jesus in Jerusalem, et non cognoverunt parentes ejus... et requirebant eum inter cognatos et notos. Et non invenientes, regressi sunt in Jerusalem, requirentes eum... Et post triduum invenerunt illum in templo, sedentem in medio doctorum, audientem illos, et interrogantem eos.

Siendo el niño de doce años, habiendo subido á Jerusalem con sus padres, segun costumbre en la solemnidad de la Pascua, al volverse se quedó Jesus en Jerusalem sin que sus padres lo advirtiesen. Buscábanle entre los parientes y conocidos; mas no encontrándole, tornaron á Jerusalem; y al cabo de tres dias le hallaron en el templo, sentado en medio de los doctores, escuchándolos y preguntándolos.

LUC. II. 42 et seq.

DECRETADO estaba en los incomprensibles consejos de la Divina Providencia, que toda la vida del Santo Patriarca José estuviese sembrada de disgustos y sinsabores. Hasta en sus últimos dias debia experimentar la mano pesada de la adversidad que marcára sus destinos desde el momento en que fué elegido para la alta mision de padre adoptivo de Jesucristo. Preciso era que entre el porvenir de ambos se hallase la mas perfecta analogía, y que así como el Salvador era una víctima que crecia para el sacrificio á la sombra de aquel hombre justo que le deparára el cielo por génio tutelar de su infancia, del mismo modo este probase anticipadamente las amarguras del gran cáliz que en su dia habia de apurar Jesus hasta las heces. ¡Y á cuán caro precio hubo de pagar José la dicha inapreciable y la honra sobrehumana de ver á un Hombre-Dios sometido á

sus órdenes y rendido á su voluntad! Mucho sufriera aquella grande alma en el trascurso de su azarosa existencia; indefinibles quebrantos habia experimentado su heroico corazon; harto probára los quilates de su fé, de su amor y de su resignacion sublime. Mas como si todo ello fuese todavia insuficiente para perfeccionar la diadema de tribulacion que le ciñó el cielo en el dia de sus desposorios con la castísima Virgen de Nazareth, teniale reservado un acontecimiento que debia poner el sello á todos los que formaron la larga série de infortunios que vienen siendo objeto de nuestras reflexiones. ¡José debia perder un dia á su hijo putativo! ¡Debia verse privado de la presencia de aquel que con tanto esmero cuidára, y en quien cifraba toda su ventura, sus mas puros encantos, su mas indefinible éstasis! ¡Debia buscar solícito á su Dios por los caminos, las calles y las plazas de la enemiga Jerusalem! ¡Debia correr en vano tras sus huellas, llorar su pérdida, padecer angustias mortales en la incertidumbre de la suerte de aquel objeto de su cariño! ¡Debia devorar los mas siniestros presentimientos, luchar con las ideas mas horribles, ser presa de los mas crueles temores, y padecer el martirio mas intolerable que hay en la tierra para un padre!

Tal era, M. A. O., el último anillo que debia cerrar la prolongada cadena de sufrimientos que eslabonára la vida de ese justo. Hed ahí el último florón de su pesada corona, segun nos refiere el sagrado testo: « Solian ir, dice, los padres de Jesus anualmente á Jerusalem » por la fiesta solemne de la Pascua. Siendo el niño de edad de doce » años, subieron con él á la ciudad santa á celebrar dicha solemnidad. Concluidos los dias de está, al regresar, se quedó el niño » Jesus en Jerusalem sin que sus padres lo advirtiesen. Antes bien » persuadidos de que venia con alguno de los de la comitiva, anduvieron la jornada entera buscándole entre los parientes y conocidos. Mas como no le hallasen, tornaron á Jerusalem en busca suya. » No debemos anticipar nuestras ideas respecto á las amarguras y sufrimientos que tamaña pérdida hubo de ocasionar á nuestro Santo Patriarca. Concíbese desde luego cuán imponderable debió ser su dolor, cuán honda su afliccion, cuán excesivo su quebranto, haciendo contrastar estos afectos con el gozo y la satisfaccion que le cupo al

hallarle al cabo de tres días de inútiles pesquisas, como de hecho, dice el sagrado evangelio, «que le encontraron en el templo, sentado en medio de los doctores, escuchándolos é interrogándolos, con admiracion y pasmo de cuantos eran testigos de su sabiduria.» Tambien José y su castísima esposa participaron de este mismo asombro; tambien ellos vieron compensados sus anteriores martirios con el dulce placer de ver al hijo de su cariño desplegando en aquella respetable asamblea los tesoros de ciencia infinita que bebiera en el seno del Eterno Padre. Y ved lo que nosotros somos llamados á meditar en este breve rato, considerando por una parte á nuestro excelso Patriarca «sumido en el colmo de la afliccion por la pérdida de su hijo adoptivo, y por otra elevado al apogeo de la dicha al contemplarle recibiendo los honores de un triunfo que presagiaba lo que en lo sucesivo debía reportar de la ciencia carnal del mundo.» Tengo propuesto, etc.

AVE MARIA.

REFLEXION UNICA.

La elocuencia mas patética, las mas brillantes imágenes, los rasgos mas atrevidos de una imaginacion rica y fecunda, no son otra cosa que pálidos reflejos y sombras sin efecto cuando se trata de pintar ciertas escenas que por su naturaleza y especiales circunstancias están fuera del alcance del hombre. Y tal es sin duda la que hoy ofrece á nuestra consideracion el Patriarca San José en la pérdida de su hijo adoptivo Jesus. Cuando la sagrada historia nos representa á un Tobías llorando inconsolable la ausencia del que era todo su consuelo, su único apoyo, la esperanza de su ancianidad, y el dulce báculo de sus mas tristes días (1); cuando nos propone á un Jacob rasgando sus vestidos, mesándose el cabello, entregándose á todos los excesos de un profundo dolor, é invocando el sepulcro como el

(1) Tobíæ. V. 41.

único solaz que podía dar á su alma, quebrantada por la presunta muerte del mas querido de sus hijos (1), concibo sin el menor esfuerzo cuánta debió ser la pena de aquellos ilustres personajes del antiguo testamento, puesto que en los instintos de la ternura paternal y en los afectos que la naturaleza misma imprimiera en el corazon humano respecto de aquellos séres á quienes le unen relaciones tan íntimas, encuentro un fondo de pensamientos y de ideas bastantes á esplicar ese fenómeno de amor y de quebranto. No sucede empero lo mismo con relacion á nuestro escelso Patriarca. Su paternidad reunia caractéres y circunstancias escepcionales; el objeto que esta tenia por término no era un simple mortal, sino un Dios que ocultaba los tesoros infinitos de su gracia, sabiduría y bondad bajo el traje prestado del hombre pecador. El amor pues de José, su ternura y demas afectos hácia Jesus, participaban de cierto perfume de divinidad que hace imposible todo género de comparacion entre él y el resto de los humanos: siendo incontestable que estos aman á sus hijos como puede amar un sér limitado é imperfecto á otro sér de igual condicion, sienten sus penas como hombres, conduélense de sus desgracias como hombres, y como hombres se afectan por todo cuanto les atañe; en vez de que aquel Santo Patriarca, si bien hombre débil é imperfecto por naturaleza, elevado empero por la gracia á una esfera de conocimientos, de ideas y sentimientos casi sobrenaturales, no podía menos de amar, sentir y padecer proporcionalmente á la grandeza del Sér que motivaba todas sus aflicciones y desconsuélos. ¿Cómo pues seria dable espresar dignamente lo que debió afectar á su corazon la inopinada pérdida de su hijo adoptivo en Jerusalem? ¿Cómo colocarse á la altura de sus ideas y ponderar los presentimientos horribles, los negros recelos, las tristes sospechas con que lucharía durante aquellos tres dias que mediaron entre el extravío del niño y su hallazgo en el templo?

Bien pudiera yo evocar en este momento los recuerdos mas elocuentes de la historia para formar algunas comparaciones capaces de abrirnos luz en esa noche oscura de las angustias de José. ¿Mas de

(1) Genes. XXXVII. 35.

qué nos serviría todo ello sino para aumentar nuestras incertidumbres y nuestra ignorancia? Figuraos en buen hora á un Ruben girando en torno de la cisterna, do la envidia de unos hermanos vengativos arrojára al menor de ellos que formaba las delicias del anciano autor de sus dias; consideradle gritando en vano desde el borde de aquella cueva, llamando al niño por su nombre, bajando á ella por cerciorarse de si existia, y viendo fallidas sus ilusiones, llorar sin consuelo y esclamar en su horrible desesperacion: «El niño no parece. ¿Dónde iré pues yo su desgraciado hermano (1)?» Acercaos si os place al hogar de Jacob, contemplad su dolor y sus mortales angustias al presentarle la túnica ensangrentada de su hijo, á quien creia victima de una fiera carnívora (2)... Pero ¡ay! ¡Cuán leves son estas imágenes, cuán descoloridos estos rasgos, cuán imperfectos estos tipos, ante la realidad de los padecimientos de aquel varon justo á quien plugo á la Providencia brindar con tan amarga copa! Yo le contemplo abismado en una angustia indefinible bajo la accion de una doble espada que traspasaba cruelísimamente su alma sensible. Heríale á la vez el amor del hijo y de la madre; sufría todo el peso de la ternura paterna y del cariño conyugal; padecia como padre del mas bello y agraciado de los nacidos de mujer, y como esposo de la mas pura y santa de todas las hijas de Adan; afectábanle los quebrantos de esta, y desgarrábanle los males que en aquel le pintaba su exaltada imaginacion. Cuando los gemidos de Maria, que cual cierva herida corria en pos de su cachorro, penetraban en sus oidos, el corazon de José sentíase destrozado: y era mayor la impresion que en él hacian sus ayes lastimeros, que el que hubiera podido causarle la aguda punta de un afilado puñal. «¡Ay mi hijo!...» esclamaba la Virgen de Nazareth... «¡Ay mi Dios y mi tesoro!» gritaba acongojado el Santo Patriarca... «¡Me han robado el dulce pedazo de mis entrañas!» decia la una... «¡Me han quitado la luz de mis ojos y el encanto de mi existencia!» repetia el otro... «¡Yo no puedo vivir sin Jesus!...» decia sollozando Maria... «¡Des-

(1) Ibid. 30.

(2) Ibid. 33.

cenderé á la tumba abrumado por el dolor si no le encuentro!» contestaba José.... Y este coro de suspiros entrecortados, de acentos dolorosos, de voces angustiosas, resonaba en el fondo de los valles, en lo alto de las montañas, en la espesura de los bosques, en el borde de los precipicios, en los desfiladeros y en los torrentes, do quiera que pasaban, pues que durante aquellos días ni un momento cesáran de buscar al niño, preguntando á todos los viajeros, interpelando á cuantos se hallaban al paso, inquirendo en los paradores, penetrando en las cabañas del pastor, sin que nadie les diese la menor noticia ni la mas leve esperanza acerca del objeto de sus pesquisas. Nunca como entonces pudo decir José con toda propiedad lo que de sí decia en otro tiempo David: «Día y noche no tuve por alimento mas que lágrimas, al escuchar en el fondo de mi alma una voz que me gritaba: ¿Dónde está tu Dios (1)? ¿Qué se ha hecho de tu presunto hijo? ¿Cómo has dejado perder al que estaba confiado á tu custodia?» *Ubi est Deus tuus?*

Desisto, señores, de una empresa que conozco ser superior á mis fuerzas. No quiero desfigurar con mi torpe ignorancia una escena que el corazón podrá sentir, pero que nunca será capaz de espresar la lengua. Ensayad vosotros á imaginar cuanto hay de horrible en la pérdida de un Dios, cuanto de angustioso y atormentador envuelve la ausencia aunque momentánea de aquel único centro en que puede hallar el alma felicidad y descanso. Personificad todas esas ideas en nuestro Santo Patriarca, sin perder de vista el altísimo conocimiento que debemos suponer en él acerca de las infinitas perfecciones de aquel Sér incomprendible, y su amor casi sobrehumano hácia él. Tal vez vuestro mismo corazón os hablará un lenguaje mucho mas elocuente que mis palabras, y podreis vislumbrar algo en la sombría noche de aquella alma abismada en el mas hondo sentimiento. Entre tanto, yo no tendré inconveniente en asegurar de José, guardadas las debidas proporciones, lo que respecto de María han escrito los mas ilustrados ingenios del catolicismo, á saber; que su angustia y tormento en los tres dias que se halló ausente de Jesus,

(1) Psalm. XLI. 4.

escedió tanto mas su intensidad y vehemencia á los dolores de cualquier mártir, cuanto era mas tierno, mas afectuoso, mas vehemente el amor de su alma (1), puesto que le queria, le adoraba cuanto podia hacerlo quien en los consejos de la Providencia fué elegido para representar en la tierra la paternidad divina y ejercer sus oficios con el engendrado en la eternidad. Y si á esto se añade que aquel varon justísimo pudo muy bien sospechar, como suponen graves doctores, que aquella ausencia fuese motivada por su propia indignidad, ó porque el Señor no estuviese satisfecho del cumplimiento de la mision que le confiára (2); ¿quién podrá medir la profundidad del dolor que semejante idea le ocasionaria? Buscaba á Jesus solícito el humilde José, escribe Orígenes, no solamente por el natural deseo de hallarle, si que tambien porque en la horrible incertidumbre de haber incurrido en su desgracia, no le era dado encontrar alivio ni reposo (3). Circunstancia que en opinion de los Padres de la Iglesia, hacen subir de punto este estado angustioso de José sobre cuanto hasta entonces venia tolerando en su larga carrera de martirios.

No era, empero, como el Santo Patriarca imaginára, un castigo aquella ausencia del divino niño, era, si, una nueva prueba de su virtud, un nuevo eslabon añadido á la cadena de sus merecimientos, una nueva perla de la diadema de tribulacion que presto debia trocar por una corona de gloria indefinible, el último sello destinado á cerrar la historia de sus destinos en el gran libro de la vida. Por eso plugo al cielo depararle aun en este mundo un vislumbre de los goces inmortales que le tenia reservados, dándole á gustar algunas gotas del cáliz de su amor, en cambio de los torrentes de amargura que bebiera en la envenenada copa de la adversidad. Tres dias habian transcurrido de inesplicable alarma. Cansados José y su fiel esposa de recorrer inútilmente las calles y plazas de Jerusalem en busca de su hijo, sin encontrar en los bárrios de aquella dilatada ciudad ni una huella que les indicase su paso, ni una persona que les diese

(1) Orig. Hom. infraoct. Epiph.

(2) Así lo siente el devoto Lanspergio.

(3) Ap. Corn. et Lap. in Luc. II.

la menor noticia de él, dirígenle al templo.... ¡Ob! ¡Qué asombro! ¿Qué es lo que se presenta á la vista de aquellos desconsolados esposos? ¿Es una ilusion fantástica, ó una realidad? ¿Es un ensueño de sus imaginaciones exaltadas, ó un hecho real y positivo? Bajo el pórtico frecuentado por los doctores de la ley, y en medio de ellos aperciben un niño tranquilamente ocupado en escuchar á aquellos maestros y en contestar á sus observaciones. Los profundos discursos que salen de los labios de aquel infante apenas entrado en la edad de la adolescencia, dejan atónitos á los ancianos de Israel; y sus terminantes respuestas, y sus convincentes soluciones á las cuestiones mas intrincadas, sorprenden, admiran, y hacen enmudecer á los sabios del Sinedrio. Toda la concurrencia contempla entusiasmada la precoz sabiduría de aquel Sér tan simpático. Tal vez es Daniel, dicen los unos; quizás es un ángel, reponen otros... ¡Ah! no, esclama repentinamente María.... ¡Es mi hijo!... ¡Es mi Jesus! grita á su vez José... Y ambos en el dulce delirio de su amor atraviesan por medio del concurso; acércanse al Salvador llenos de júbilo; y... «¿Por qué así lo has hecho con nosotros?» dicele la acongojada madre con la espresion de la mas acendrada ternura: ¡Ay! «¡Con cuánto dolor te hemos buscado tu padre y yo!» Cierta que en aquel momento, como dice un sabio escritor, «el niño habia desaparecido, y quedára el Dios, quien al oír las palabras de María, contestó en tono misterioso: «¿Para qué me buscábais? ¿Ignorábais que me conviene ocuparme en los negocios de mi Padre?...» Sin embargo, Jesus se levantó y los siguió á Nazareth; disipándose aquella ligera nube merced á la perfecta sumision con que se sujetó á la voluntad de la Virgen y de José: *Et venit Nazareth, et erat subditus illis.*

Entonces pudo comprender el Santo Patriarca con inesplicable satisfaccion de su alma los futuros triunfos que esperaban al que en edad tan temprana desconcertára la ciencia de los génios de Israel, y confundiera la vana y afectada sabiduría del mundo. Entonces pudo vislumbrar las conquistas que en su dia alcanzaria la verdad sobre el error, y la influencia que estaba llamada á ejercer en los destinos de la humanidad la doctrina civilizadora del Evangelio. Entonces pudo preveer el dominio universal que en los pueblos todos

de la tierra obtendria en lo sucesivo aquella religion, cuyos primeros elementos eran tan poderosos para cautivar las inteligencias menos dispuestas á aceptar sus enseñanzas. ¡Oh! En aquellos instantes de indefinible dicha para José, debió presentarse á su imaginacion el cristianismo en toda su belleza y magnificencia, cayendo á sus piés todo el mundo antiguo con sus errores, sus ídolos, sus leyes sanguinarias, sus dogmas opresores, sus preocupaciones inhumanas y sus vergonzosas doctrinas; debió verle marchando á través de los pueblos recibiendo de ellos un homenaje de admiracion y de respeto, despedazando los cetros de los Césares, quebrantando el orgullo de los conquistadores, hundiendo los tronos, plantando su lábaro victorioso en las eminencias de los palacios y en las diademas de los monarcas, venciendo los poderes rivales ó envidiosos, sobrenadando á través de lagos de sangre, invadiendo la tierra y los mares, santificando todos los estados, rehabilitando todas las condiciones sociales, proclamando libre al hombre, realzando la dignidad de la mujer, emancipando al esclavo, y haciendo germinar donde quiera la fecunda semilla de una doctrina que es la base del edificio social, el principio de la dicha verdadera en la tierra, y la garantía segura de unos destinos inmortales. Debió en suma contemplar de lejos á todos los siglos venideros arrodillados delante de Cristo, y entonando un himno de alabanza cuyo eco repetiríase en todos los puntos cardinales del globo hasta la misma eternidad.

Tales debieron ser, oh excelso Patriarca José, las ideas que en tu alma virtuosa y en tu inteligencia ilustrada por la luz del cielo, surgirían á consecuencia del primer triunfo de la sabiduría de Jesus en el templo de Jerusalem. Harto debió compensar tus pasadas angustias el verle anticipadamente hecho un objeto de admiracion y pasmo entre los ancianos y doctores del pueblo privilegiado; empero mucho mas debió entusiasmarte el glorioso porvenir que viste abrirse ante aquel que un dia estaba destinado á hacer con su doctrina la mas vasta revolucion que jamás presenciára la humanidad, llevando sus estandartes hasta donde nunca penetraron los piés de ningun conquistador, y haciéndose adorar y amar allí do ni siquiera llegaría á oirse la palabra de la adoracion y del amor. Con toda la efusion

de nuestras almas te felicitamos, oh José venturoso, por esa inefable dicha que alcanzaste en premio de tus prolongados martirios. Contigo nos congratulamos de ver hoy realizadas tus ideas y cumplidamente satisfechas tus esperanzas; puesto que Cristo Jesús tu hijo adoptivo es quien triunfa y reina en el mundo, á despecho de la ciencia homicida de la heregia, del error y de las pasiones, empeñada constantemente en hacer cruda guerra á la verdad que por vez primera enseñó en el templo de Jerusalem el Salvador de los hombres. Haga el Señor que esa verdad sea siempre nuestra inseparable compañera, que jamás abandonemos esa doctrina regeneradora, que ni un solo instante dejemos de obrar conforme á sus principios; para que si como tú, oh Patriarca Santo, probamos en la tierra las amargas heces del cáliz de la afliccion, podamos al menos esperar vernos recompensados tambien en el cielo con tu misma gloria por siglos de siglos.

SERMON

PARA EL ÚLTIMO DÍA DE LA NOVENA DEL PATRIARCA

SAN JOSÉ (1).

Tu eris super domum meam, et ad tui oris imperium cunctus populus obediet: uno tantum regni solio te precedam.

Tú obtendrás el gobierno de mi casa, y al imperio de tu voz obedecerá el pueblo todo: no tendré sobre tí mas precedencia que la del solio real.

GENES. XLI. 40.

ENTRE los muchos tipos que en la ley antigua prefiguraron al ilustre Patriarca cuyos solemnes cultos terminamos en este día, ninguno hay que ofrezca tantos puntos de contacto, analogías tan bellas, y una identidad de caracteres tan marcada como aquel hijo predilecto del gran Jacob cuya interesante historia se lee en el libro del Génesis. Ambos tuvieron un mismo nombre y ejercieron una influencia maravillosa en los destinos de sus respectivos siglos. Ambos atravesaron una larga série de penalidades y sinsabores para llenar la mision que les confiara la Divina Providencia. Ambos comieron el pan del destierro en tierra estraña, y hubieron de luchar con todo linaje de contrariedades para llegar á la altura de la gloria que el cielo les reservaba en recompensa de su virtud. Ambos merecieron el dictado de salvadores, el uno porque libertó al pueblo egipcio de la mas espantosa calamidad, el otro porque burlando los proyectos de la tiranía salvó al Redentor del género humano de las manos de sus enemigos. Ambos en fin fueron objetos del mas digno

(1) Este discurso, con ligerísimos variantes en el exordio, puede servir para el día del Patrocinio del Santo Patriarca.

triunfo, puesto que si el antiguo José mereció ser colocado al frente del gobierno de Faraon, y recibir junto á su mismo sólio los honores de un príncipe, hasta el punto de disponer con un poder omnimodo de todos los tesoros de aquel vasto imperio y hacerse obedecer de todos sus vasallos, el nuevo José hizose acreedor á que Jesucristo, monarca supremo de cielo y tierra, le constituyese jefe de su casa y familia, custodio de sus destinos, protector de su infancia, superior á sí mismo en virtud de los títulos de la maravillosa paternidad que le confiriera, árbitro de su voluntad, y por consecuencia dispensador de sus inefables riquezas, de las que dispone indudablemente desde el radiante trono en que muy cerca del suyo le colocára en el cielo el rey de los Faraones, el supremo dominador del orbe. De nuestro escelso Patriarca no menos que de aquel otro que tantos siglos antes le prefiguró, pueden, pues, decirse aquellas palabras que la Escritura pone en los lábios del monarca de Egipto al dar á su protegido la investidura de su gloriosa mision: «Tuyo será de hoy mas el gobierno de mi casa; al imperio de tu voz obedecerá todo el pueblo; y yo mismo no tendré sobre tí otra preferencia que la de mi real sólio:» *Tu eris super domum meam, et ad tui oris imperium cunctus populus obediet: uno tantum regni solio te præcedam.*

Nadie hasta ahora, que sepamos, osó jamás tachar de injusta ó inmerecida la honra que el opulento Faraon hiciera al antiguo José, enaltecíéndole á la primera dignidad de su reino, vistiéndole la régia púrpura, ordenando que todos hincasen en su presencia la rodilla, y protestando que nadie moveria pié ni mano sin su voluntad (1). Todo el mundo ha visto en este hecho un rasgo de generosidad tan digno de un corazon noble, como fundado en los mas altos principios de justicia hácia aquel hombre que le prestára los mas importantes servicios, descifrándole un sueño de cuya solucion pendia el porvenir de su imperio y sus mas graves destinos, como que á su inteligencia hallábanse vinculadas la prosperidad ó la miseria de todo el pais egipcio. ¿Quién, pues, pudiera juzgar que el Señor se mostrase menos liberal y pródigo de sus dones con el varon justo por esce-

(1) Genes. XLI. 44.

lencia, que mereció entre todos los nacidos el sublime honor de dar la mano á la Virgen prometida para ser la Madre del futuro Mesías, de desempeñar respecto de Jesucristo la inefable cualidad de padre adoptivo, de presenciar su nacimiento, de velar los dias de su infancia, de sustraerle de la venganza herodiana, de proporcionarle el sustento, de iniciarle en las primeras ideas de la vida social, de presidir á su educacion, y de sufrir á su lado y por su amor cuantas adversidades y quebrantos eslabonaron la cadena de su azarosa existencia? Si tan largamente recompensó aquel rey la fidelidad y servicios de su vasallo, ¿ con qué largueza no derramaria los tesoros de su munificencia el monarca de las eternidades sobre su padre putativo, cuya fidelidad, constancia y abnegacion en su servicio escedieron á cuanto puede imaginarse en la esfera de lo humano? ¿Será mucho decir que en proporcion de los dolores y martirios que le acarreará el cumplimiento de su mision augusta, fueron los grados de gloria con que le distinguió en la mansion de la bienaventuranza? ¿Será avanzar demasiado creer que José ocupa en el reino de Jesus un lugar el mas preferente despues del de su Santísima Esposa, y que desde allí ejerce en los destinos del mundo moral una influencia tan omnimoda como cumple al que en la tierra tuvo la dicha indecible de ver sujeto á su voluntad al mismo Unigénito de Dios? ¿Será incurrir en una exageracion punible afirmar que quien con el Salvador y por el Salvador apuró en la tierra el amargo cáliz de la tribulacion hasta sus últimas heces, comparte hoy en el cielo el ejercicio de su soberanía, en virtud de ese poder de súplica y de valimiento á que tan acreedor le hicieron sus virtudes, y las íntimas relaciones que le estrecharon con la divinidad?

Hed aquí lo que nos cumple considerar al dar fin á esta santa Novena. Despues de haber admirado su portentosa eleccion y la fidelidad con que á ella correspondió; despues de haber meditado sus sufrimientos y martirios juntamente con sus satisfacciones y gozos; despues de haber ponderado sus virtudes heróicas y sus altísimos merecimientos, nada mas justo que ocuparnos hoy de la gloria que de todo esto refluyó en su alma, y de su proteccion poderosísima en bien del mundo. Yo no tengo inconveniente en ase-

gurar que José, mucho mejor que aquel otro Patriarca de su mismo nombre, fué lleno del espíritu de Dios en un grado superior á todos los mortales, puesto que fué el que mas de cerca trató con él, y á él estuvo unido con los mas tiernos y estrechos vínculos: y por lo tanto que nadie con mas justos títulos puede reclamar ante su trono el derecho de patrocinar á la humanidad, ni obtener en favor de ella mas abundantes beneficios. Voy á procurar demostrarlo cuan brevemente pueda, seguro de que de la esplanacion de este pensamiento brotará en vuestros corazones una confianza ilimitada en el patrocinio de nuestro escelso Patriarca, etc.

AVE MARÍA.

REFLEXION UNICA.

Si la influencia para con Dios en los que éste se dignó escoger para los grandiosos designios de su gloria, debe medirse por los méritos contraídos con él, y por la mayor participacion de sus dones, es incontestable que bajo ambos conceptos nadie hay que pueda disputar á nuestro escelso Patriarca la preferencia. Harto hemos demostrado ya en los discursos precedentes el inmenso caudal de merecimientos que acumuló durante su trabajosa vida ese varon justísimo. Hémosle visto asociado al Salvador en sus trabajos y adversidades, sufriendo con él y por él con una resignacion sublime las mayores privaciones, los mas terribles quebrantos, las mas crueles amarguras, las angustias mas indecibles, los horrores del hambre, las aflicciones del destierro, las consecuencias de la miseria, los azares de la persecucion, los temores de la muerte: y todo ello con esa nobleza de alma, con esa sublimidad de sentimientos, con esa dignidad que caracteriza á los grandes héroes. Le hemos contemplado ejerciendo respecto de Jesucristo los deberes y los derechos de una paternidad maravillosa, fenómeno singular que solo en el cielo tiene ejemplo en un orden mucho mas elevado; siendo para él en el tiempo lo que desde la eternidad viene siendo el Padre increa-

do; representando hasta cierto punto la persona divina de aquel Dios sin principio, en sus relaciones con el Verbo hecho hombre, y funcionando en un todo cual si fuese verdadero padre de aquel que antes del nacimiento de la aurora fuera engendrado entre los resplandores de la divinidad. ¿Qué mas pruebas necesitamos, pues, para suponer en José una participacion la mas abundante, la mas completa de los dones de Dios, tanta en suma cuanta caber puede en un simple mortal? Si nadie le escedió, ¡qué digo! ni le igualó con mucho en méritos personales, puesto que de haber sido así, indudablemente no hubiera recaído sobre él la eleccion para el sublime destino de esposo de María y presunto padre de Jesucristo; si en ningun sér criado viéronse atesorados tantos privilegios, tan inefables prerogativas, derechos tan preciosos, riquezas tan inmensas como en José; ¿cómo será posible concebir mayor valimiento, influencia mas eficaz, poder mas universal ante aquel que tan visiblemente le distinguió en la tierra confiándole su propia persona, poniendo en sus manos su porvenir, entregándole sus mas caros intereses, haciéndole donacion de su voluntad y constituyéndole árbitro de sus destinos?

Nada en la historia de los hombres grandes y de los grandes acontecimientos hallamos que pueda compararse ni muy de lejos á este suceso fenomenal y único en el mundo. El caudillo del pueblo hebreo pudo recibir el dictado de Dios (1) para hacerse temible ante los prepotentes reyes de Egipto, como ya en otra ocasion os he manifestado; pero esto no pasaba de ser un título de honor, un sello de distincion, una marca de fuerza y de soberanía, una sancion del cargo que era llamado á ejercer con un príncipe procaz y obstinado, á quien se hacia necesario deslumbrar con un poder sobrehumano ya que no estaba dispuesto á ceder ante el simple mandato del cielo manifestado por un hombre vulgar. Josué pudo interrumpir por breves horas la majestuosa y constante marcha del gran planeta que marca la sucesion del tiempo; obedeciendo Dios á la voz de un hombre, segun la frase de la Escritura, cuando éste para completar

(1) Exod. VII. 1.

la derrota de los cinco reyes coligados contra Israel, mandó al sol que permaneciese inmóvil ante las tiendas del Gabaon (1); pero en este suceso, si bien nunca visto hasta entonces, nada hay mas que un rasgo de la omnipotencia divina que queriendo manifestar su protección á aquel pueblo que eligiera por testigo de sus promesas, mostró por el ministerio de un hombre que era el soberano árbitro de la naturaleza. Sin embargo todo cede, todo se eclipsa y desaparece ante el espectáculo de un simple mortal constituido por Dios en la altísima dignidad de padre adoptivo de su Unigénito, jefe y superior en la esfera de las relaciones humanas de aquel en cuya presencia póstranse millares de millares de espíritus angélicos, á quien entona un himno perpétuo de alabanza la inmensa turba de bienaventurados, ante quien el cielo se humilla, la tierra se conmueve y tiemblan los abismos, porque es el rey de los reyes y el señor de los que dominan. ¿Y no fué á José á quien obedeció el verdadero sol de justicia Jesucristo durante su mansión en este suelo? ¿No fué á las órdenes de José á las que estuvo constantemente sometido el que crió los astros, y dá movimiento á los planetas, y siembra de refulgentes luces las bóvedas del firmamento? ¿No vivió dependiente de la voluntad de José, el que manda á los elementos, y se hace obedecer de los orbes, y sostiene con uno de sus dedos la inmensa mole del globo, segun la alegoría profética? ¡Ah! Ved ahí el prodigio de los prodigios, el fenómeno de los fenómenos: ¡Un hombre mandando á un Dios! ¡Un Dios ejecutando los mandatos del hombre! José diciendo á Jesucristo: «tú eres mi hijo!» Jesucristo diciendo á José: «¡vos sois mi padre!» Aquel disponiendo: éste sumiso á su voz; el uno como jefe usando del poder que le ha conferido el cielo: el otro como súbdito haciéndose un deber de acatar sus disposiciones. Todo ello va envuelto en aquellas breves pero sublimes palabras del testo evangélico: *Et erat subditus illis.*

¿Qué me resta decir despues de esto para encarecer los privilegios de nuestro escelso Patriarca, y su poderoso valimiento, y su influencia eficacísima ante el origen esencial de todo don bueno y per-

(1) Josue X. 42 et seq.

fecto? El que tanto le distinguió en la tierra con su bondad y con su amor, ¿podria mostrarse con él en el empíreo ménos pródigo de sus magnificencias? Quien viviendo entre los mortales se complació en hacer á José depositario de las riquezas de su divinidad oculta bajo las esterioridades de la humana naturaleza; ¿no tendrá en el seno de la bienandanza suprema el mas grato placer en confiar á su padre putativo la dispensacion de una gran parte de los tesoros de su gracia? Pensar lo contrario repugnaria aún al sentimiento de gratitud que el Criador grabára en los humanos corazones. Nada tan natural en un alma noble y generosa como recompensar cuan largamente puede los servicios recibidos, sobre todo cuando estos se han experimentado en los dias amargos del infortunio. Ejemplo elocuentísimo de esta verdad nos ofrecen las sagradas páginas en las liberalidades de Faraon con el antiguo Salvador de Egipto. Todo le parece poco para manifestar su reconocimiento hácia aquel extranjero, que con su maravillosa prevision libertára á todo un pais de los horrores de la esterilidad y del hambre. No satisfecho con hacer los mas sinceros elogios de José en pleno consejo de los ministros de la corona, quiere evidenciar con hechos positivos cuán digno es de su consideracion y aprecio. Constitúyete su virey, confiérole el gobierno de su palacio, levántale un trono al lado del suyo, coloca en sus dedos su propio anillo, y en su cuello un preciosísimo collar de oro, mándale subir en su segunda carroza, y paseándole en triunfo por toda su corte, intima á todos á voz de pregon que le hagan los honores debidos á un principe de sangre real.

Ahora bien, encarézcanse cuanto se quiera los servicios prestados por el hijo de Jacob á aquel monarca; compárense con los que nuestro Santísimo Patriarca José hiciera al rey de las eternidades; pónganse después en parangon ora los diversos sentimientos de ambos personajes, ora el poder de Faraon relativamente al de Jesucristo; y ó es preciso renunciar al buen sentido, ó convenir en que supuestos los principios de la mas estricta justicia, debió mostrarse el Señor infinitamente mas pródigo de sus favores con su presunto padre que aquel con su protegido, tanto cuanto distan las ideas de Dios de las del hombre, cuanto va de un ser infinito y sin límites, á un ser im-

perfecto y limitado. Si á lo dicho se añade que nadie en la tierra, salvo la Santísima Virgen María, estuvo tan próximo á la divinidad, trató con ella tan de cerca, se unió á ella con vínculos tan estrechos, y tuvo con ella tan íntimas comunicaciones, como ese justo que mereció conversar familiarmente con el hijo de Dios, que á la vez fué llamado de pública voz y fama hijo suyo; ¿quién con mas justos títulos podrá reclamar el derecho de patrocinar á la humanidad, y obtener en favor de ella mayores dones y beneficios? ¡Oh! Ninguno como José, dice San Basilio, á quien el Señor se complació en comunicar de una manera tan insólita el único atributo que en él hay incomunicable, cual es el de su propia paternidad, en virtud de la cual ejerció el poder, la autoridad y los derechos del Padre celestial respecto del Verbo humanado, puede en la actualidad entrar en los abismos de la misericordia infinita de Dios, y estraer de sus inagotables tesoros caudales copiosísimos con que enriquecer al mundo. Ninguno como ese varon justo, en quien se realizaron los ensueños del primitivo José, viéndose reverenciado y casi adorado por el brillante sol de las eternidades Jesucristo, y por la mística luna del universo María, descollando entre ambos como el misterioso haz de aquel Santo Patriarca entre los de sus hermanos, participa hoy de los resplandores de uno y otro para beneficiar y fecundar la estéril tierra del corazon humano. No disputaremos á los génios del cristianismo el origen de esos privilegios, de esas prerogativas, de esos derechos que tan justamente reconocemos en nuestro Santísimo Patriarca. Derívenlos unos de su viva y escelente fé, fúndenlos otros en su heroica resignacion, atribúyanlos estos á una compensacion de justicia con que plugo al Altísimo indemnizarle de sus pasadas amarguras, plazca á aquellos cimentarlos en un principio de gratitud con que quiso el Señor pagar las deudas que contragéra con su presunto padre; de cualquier modo que ello sea, lo que está fuera de toda cuestion es, que así como entre los hombres ninguno hubo mas amado y favorecido, ni que con mayor efusion participase de las escelencias y grandezas de la divinidad mientras vivió en este valle de quebranto, tampoco es posible suponer otro que glorificado ya y en el lleno de su bienandanza suprema, pueda acercarse con

mayor confianza al trono del Eterno, invocar con mas seguridad sus bondades, rogar por la humanidad con mas certeza de ser escuchado, é interesar su mediacion sin el menor recelo de ver rechazadas sus plegarias. «José, dice San Agustín, figura en el cielo entre los bienaventurados como el astro gigante del día en medio de los demás planetas, puesto que así como el sol los deslumbra á todos con su claridad y derrama sobre la tierra á la par que una luz brillante las mas beneficiosas influencias, del mismo modo aquel Santo Patriarca, depositario de las gracias de Jesucristo, su hijo adoptivo, escede incomparable á los demás santos en gloria, y su proteccion es mucho mas eficaz en favor de los afligidos mortales (1).» «José, escribe el sabio Gerson, continua en el empireo ejerciendo en obsequio del hombre aquel derecho de superioridad con que el mismo Salvador le honrara en la tierra respecto de su humanidad sacratísima.» «José, en sentir de S. Bernardino de Sena, es la llave del antiguo testamento en quien se vió realizado cuanto los patriarcas y profetas venian prefigurando á través de los siglos, puesto que poseyó corporalmente lo que á ellos solo les fué dado vislumbrar en las promesas de Jehová. Mas dichoso que el antiguo hijo de Jacob, conservó á las futuras generaciones el verdadero pan celestial que alimenta y robustece á los escogidos durante su peregrinacion en este suelo. Y por consiguiente, ¿quién podrá dudar que el Señor, bien lejos de disminuir la reverencia, familiaridad y confianza con que viviendo se dignó honrar á su presunto padre, la ha completado, consumado y elevado á un grado mas alto en la region de los inmortales (2)?»

Harto convencido está el mundo del poderoso patrocinio de nuestro escelso Patriarca. Ese sentimiento universal de confianza en su valimiento es el que ha multiplicado en el universo los templos consagrados á su nombre, los altares dedicados á su culto, las solemnidades destinadas á engrandecer su memoria, las congregaciones erigidas bajo su advocacion. Despues del Salvador y de su Santísima

(1) «Joseph velut sol.» S. Aug. de Sto. Joseph.

(2) S. Bern. Sen. Serm. I. de S. Joseph.

Madre, ningun santo hay que inspire en el catolicismo mayor entusiasmo y á quien con mas fervor recurra la humanidad en sus conflictos y necesidades; porque la creencia de su poderoso influjo para con Dios hállase encarnada en las tradiciones de todos los pueblos, y forma como un dogma de nuestra religion augusta. Así se explica esa innata piedad que asocia casi siempre el nombre de José á los de Jesus y de María en sus invocaciones y suspiros. Así se comprende que no haya clase ni condicion alguna en la sociedad que no muestre el mas simpático afecto hácia él; y que el sabio y el ignorante, el potentado y el mendigo, el anciano y el niño, la madre y la jóven doncella le veneren á porfia confiándole sus necesidades, é implorando por su mediacion los divinos auxilios. ¿Y no veis como los reinos se colocan bajo sus auspicios, las cortes sancionan sus festividades, los grandes génios se honran con su protectorado, el mundo científico le consagra sus mas bellas inspiraciones, y los cetros y las coronas rivalizan en celo por propagar su devoicion? Digéralo la Francia que por medio de su gran Rey (1) se declaró un día la mas entusiasta propugnadora de las glorias de José. Digéralo España que siempre y donde quiera se distinguió por su fervoroso celo en celebrar la fiesta del Santo Patriarca con la mayor pompa y ostentacion, hasta el punto de no encontrarse en todos sus dominios un solo pueblo, una sola aldea por insignificante que sea, donde no reciba un culto majestuoso. Dijéranlo Italia, Cerdeña, Nápoles, Roma... Basta: no hay por que citar paises ni pueblos particulares, cuando en todo el orbe resuena un eco general que celebra las magnificencias de José y su eficaz patrocinio.

Nada, pues, nos resta sino recurrir confiados á ese génio benéfico á quien el Señor, mejor que Faraon al antiguo José, confió la dispensacion de sus tesoros. Id á José, os diré á todos usando de las

(1) En 16 de marzo de 1665 espidió Luis XIV un decreto en el que ordenaba que la festividad del Santo esposo de la Virgen se celebrase en todos sus estados, no solamente con la solemnidad propia de los dias clásicos, si que tambien con la cesacion de todo trabajo; lo cual sancionó el Parlamento el dia siguiente, recomendando severamente á las autoridades respectivas la mas estrecha vigilancia en el cumplimiento de este decreto.

REFLEXION UNICA.

Cuando no se discurre con criterio, cuando bajo la inspiracion de mezquinas pasiones y de sistemáticas antipatías se confunden las épocas y se tergiversan los hechos de la historia, fácil es encontrar razones, al parecer plausibles, para desacreditar ciertas instituciones altamente beneficiosas, y lanzar el ridículo sobre lo que solo es digno de admiracion y de respeto. Si los que hoy se dicen hombres ilustrados, y rinden culto á la idea civilizadora que salvó al mundo de la barbarie y de la ignorancia, buscasen de buena fé el origen verdadero de los triunfos por ella conseguidos á través de las edades, hallarianle indudablemente en el elemento católico, único que supo y pudo realizar lo que ningun otro elemento humano fué capaz de llevar á feliz cima, verian el cristianismo destruyendo en su majestuosa marcha cuanto la estravagancia de los cultos idólatras y el poder del vicio divinizado levantára para desdicha de la humanidad, creando fecundos gérmenes de progreso moral y social, y obrando una feliz revolucion en los instintos, en los hábitos, en las ideas, en las aspiraciones y en el porvenir de los pueblos regenerados por su influencia; verian tomar una parte importantísima y muy principal en esta obra de restauracion á las órdenes monásticas, objetos hoy del mas incalificable menosprecio, y entre ellas á la del ilustre San Benito, dando el primer impulso á ese pensamiento, y desarrollándole constantemente en toda la Europa.

Nadie hubiera creído efectivamente que de un principio tan oscuro é insignificante en apariencia, hubiese surgido un monumento tan gigantesto, que andando el tiempo debia hacerse visible en todo el mundo por sus portentosos hechos y por sus eminentes servicios. Nacido nuestro héroe en Norcia, en el ducado de Espoleto, por los años de 480, vástago de una rica familia que contaba en su árbol genealógico ilustres personajes, se le vió á la edad de doce años oyendo en Roma á los primeros maestros en las letras humanas, y distinguiéndose por sus brillantes disposiciones, raros talentos y así-

dua aplicacion al estudio. No tardó empero en disgustarse de un mundo hondamente trastornado; aquella misma Roma, que en los recuerdos de su pasada gloria, y en el espectáculo de su actual envilecimiento, ofreciale una leccion elocuente de la caducidad de las cosas humanas, contribuyó poderosamente á inspirar á Benito miras mas elevadas, pensamientos mas nobles, aspiraciones mas sublimes, deseos mas dignos del hombre reflexivo; y renunciando tempranamente al brillante porvenir con que le brindaba su posicion social, huye de los placeres de un siglo corrompido y corruptor, y elige por morada una caverna en los desiertos de Subiaco, dando allí principio á una vida que pudo desde luego asombrar á los hombres mas provecos en la virtud.

De allí debian brotar en su día raudales copiosos de aguas puras bastantes á fertilizar toda la tierra, agostada por las pasiones, abrasada por la concupiscencia, talada por la barbarie y la ignorancia. Pero antes hacíase preciso que Benito se preparase á llenar la gran mision que el cielo le tenia reservada, mediante los rigores y austeridades de la mas estremada penitencia. Dejadle que vestido de un áspero cilicio, y de las pieles de las fieras, se entregue enteramente á la meditacion de las cosas eternas, orando sin intermision, tomando nada mas que el preciso alimento para sustentar la vida, recostando sus delicados miembros sobre el duro peñasco, y olvidando todo lo que no es Dios. Dejad al descendiente de los cónsules y senadores romanos sosteniendo una difícil y prolongada lucha, ya con el hambre que le aflige hasta el punto de peligrar su vida, ya con su propia carne, que instigada por un fuego infernal, se revela contra su espiritu, poniendo en inminente riesgo su inocencia. ¡Duro combate! Su memoria le representa, como á Gerónimo en la Palestina, la imágen de alguna belleza admirada en sus primeros años; el ángel apóstata fomenta esa idea, derramando á la vez en todos sus sentidos un soplo contagioso que aviva la impura llama encendida en el hogar de Asmodeo; y el que con tanto heroismo trocará antes las delicias de la sensual Roma por la espantosa soledad de Subiaco temeroso de contaminarse con sus fétidos miasmas, con dificultad puede resistir á tan terrible tormenta. Mas no por esto triunfa el enemigo de

su virtud. Esta le impele á lanzarse en una porcion de punzantes zarzas, revuélcase en ellas con intrépido valor, y aunque nadando en sangre y todo destrozado, levántase victorioso del infierno y libre del importuno aguijon de su carne.

Este hecho decide de los destinos del gran Benito. Desde entonces los resplandores de su prodigiosa virtud atraen en torno de él una innumerable multitud de personas de todas condiciones, deseosas de ponerse bajo su direccion. Iba á realizarse el vaticinio de los profetas. Los arroyos de la divina ciencia iban á correr por los sitios solitarios; y de un manantial casi imperceptible, debian brotar en breve rios caudalosos de cristiana civilizacion que en su largo curso llevarian á todas partes sus beneficiosas influencias: *Dedi in deserto aquas, flumina in invio, ut darem potum populo meo electo*. Los monjes de Vicovaro eligen á Benito por superior; el descendiente de los Anicios que tan generosamente renunciára á toda aspiracion de mando, se resiste á aceptar aquel cargo que le imponia el deber de oponerse á los torpes abusos de que se hallaba infestado aquel monasterio; acéptale no obstante rendido por sus importunas súplicas; mas bien presto cansados ellos é incapaces de adoptar la radical reforma emprendida por el Santo, conciben contra él el mas negro designio é intentan envenenarle en el cáliz. ¡Vano proyecto! Al bendecirle como de costumbre salta en mil pedazos, descúbrese la trama infernal; Benito, lejos de exasperarse, perdona cordialmente á sus asesinos, despídese de ellos, y torna á su amado retiro de Subiaco. Entonces ya no fué aquello una soledad. Legos y sacerdotes, campesinos y ciudadanos acuden á oirle y consultarle en sus dudas. Equicio y Tertulio, nobles Romanos, confianle la educacion de sus hijos Mauro y Plácido, que fueron sus primeros discípulos y dos de los principales ornamentos de su futuro instituto. Doce monasterios fundados en aquellos contornos, apenas bastan á contener el número de adeptos que solicitan su magisterio; el desierto es un nuevo paraiso; sus moradores son ángeles. Allí resuenan de continuo las alabanzas del Señor; la oracion, el ayuno, la lectura de los libros sagrados, el trabajo de manos, las vigalias y austeridades, distribuyen metódicamente las horas del dia y de la noche; ni un solo

momento hay perdido ; todo se enlaza maravillosamente ; la quietud con la actividad , el reposo de la virtud con el ejercicio de las ocupaciones beneficiosas , la tranquilidad del claústro con las tareas del campo. ¡Oh! Era menester ver á los primeros hijos de Benito en aquel primer plantel formado por su mano para persuadirse de lo que en sus principios fueron esos monasterios que hoy escitan las envenenadas sátiras de una generacion que solo ha estudiado la historia en los libelos infamantes de la impiedad sistemática. Los que tergiversando maliciosamente los hechos , se representan súbito la holganza personificada en el nombre de monje , ¿han olvidado acaso que en una época en que la ociosidad se tenia á honra y por cosa innoble el trabajo , Benito fué quien impulsó el amor hácia este primer elemento de prosperidad pública y de moralidad social , imponiendo á sus monjes ocupaciones manuales para evitar los funestos resultados de la ociosidad? Los que faltos de criterio tachan de fanatismo supersticioso el instinto de retiro que arrastraba á los monasterios á sus antiguos habitantes , ¿no advierten que antes por el contrario debe agradecerse como un beneficio que existiesen aquellos asilos abiertos á todos los que deseaban huir de las opresiones de los gobiernos Godo y Vándalo , y sustraerse en la tranquilidad de los claústros de la tiranía y de la guerra? Los que injustos sobre preocupados se atreven á calumniar la vida de aquellos hombres cual si ninguna utilidad hubiese reportado de ellos la civilizacion , ¿ignoran que antes bien fueron los que la fomentaron , ya mitigando con su ejemplo y con la suavidad de sus costumbres los hábitos feroces de las hordas del Norte , ya echando los primeros cimientos de las artes y de la industria que cultivaban con ardor , ora ofreciendo hospitalidad al viajero , ora consagrándose al alivio del infortunio , y desenvolviendo en todos sentidos los preciosos gérmenes de dicha social contenidos en el Evangelio á cuyos principios arreglaban su conducta?

Pero no nos detengamos en estos primeros ensayos del gran Benito , quien perseguido en Subiaco por la calumnia y la envidia , si bien victorioso de ella , abandona aquel sitio para seguir las inspiraciones del cielo que le llama á ser el instrumento de una obra

grandiosa, el fundador de un instituto inmortal destinado á restaurar las ruinas de la Iglesia y de la sociedad, el padre de un nuevo y numeroso pueblo que ha de estender por toda la tierra la gloria del Señor y las magnificencias de su religion augusta, desarrollando la idea de regeneracion concebida é iniciada por el Santo solitario en bien de la humanidad: *Populum istum formavi mihi, laudem meam narravit*. El monte Casino que alzándose junto á las riberas del Mellá, ofrece en perspectiva en una situacion de las mas deliciosas los risueños valles que serpentean entre los Apeninos, y van abriéndose hácia el horizonte en la fértil Campánia, es el sitio á donde la Providencia conduce á nuestro héroe para zanjar los fundamentos de su ilustre Orden y plantear esa legislacion nueva en los anales del mundo, que obró por mas largo tiempo y sobre mayor número de individuos, con tanta honra para el cristianismo y tan beneficiosos resultados para la sociedad. Aun estaban allí en pié el templo y la estatua de Apolo, ante cuyas aras quemaba sacrilegos inciensos y ofrecia víctimas sangrientas la supersticion idólatra. Allí se atrincheráran los últimos restos del paganismo, desalojados de las ciudades por la cruz vencedora de Cristo. A su vista enciéndose en el pecho de Benito la ardiente llama de la fé, y no pudiendo contener el celo que le devora por la honra de su Dios, derriba el altar, hace menudos pedazos el ídolo, incendia los bosques que miraba como sagrados la estúpida gentilidad, y sobre las ruinas del templo devastado levanta un templo al verdadero Dios á quien muy luego adoran los idólatras convertidos, y edifica un monasterio que viene á ser el Sináí donde el moderno Moisés intima á su pueblo las leyes de vida que debian reorganizar una sociedad corrompida, bárbara, incivilizada y casi salvaje, y prepararla los mas bellos destinos.

No nos detengamos á referir los prodigios obrados sobre las cumbres del Casino. En él escribe Benito aquella regla que al decir de los mas eminentes génios envuelve los mas ricos tesoros de ciencia gubernamental (1), y los mas fecundos elementos de civili-

(1) Cosme de Médicis y otros legisladores tenian siempre á la mano esta regla, como una coleccion que contiene las máximas mas útiles para gobernar bien la sociedad.

zacion cristiana: tanto que el gran P. San Bernardo no dudó asegurar ser mas bien obra de Dios que produccion de un hombre mortal. En él le encontrareis trabajando incesantemente en promover y entender á todas partes los beneficios de su instituto creando donde quiera nuevos monasterios que incontinenti se hallan ocupados por los numerosos prosélitos que atrae su prodigiosa virtud. En él le admirareis presidiendo á la educacion de los hijos de los cónsules y de los nobles patricios romanos; formando la inteligencia y el corazon de una juventud que atesora las mas bellas esperanzas de la sociedad; recibiendo la espada del guerrero que viene á trocarla por el cilicio y la cogulla; deteniendo los pasos del bárbaro Totila que tiembla y se estremece, y llora en presencia del monje á quien intentára sorprender, al escuchar su voz autorizada que le predice su próximo fin y el término de sus sangrientas conquistas. En él en suma, le vereis asiduamente ocupado en disponer, fomentar y desenvolver los elementos civilizadores que debian salvar á la Europa, atajando la devastadora corriente de la inmoralidad y de la ignorancia que la invadieran convirtiéndola en un vasto monton de escombros y de ruinas. Todos estos bienes, mal que pese al error, á la calumnia y á la envidia, son, sí, obra de Benito y de su insigne instituto. Poco importa se obstinen en negarlo ciertos espíritus aviesos dispuestos siempre á disputar al catolicismo sus mas bellas glorias, toda vez que lo proclaman los monumentos mas respetables de la historia. Cuando despedazado en mil trizas el Coloso romano por los fieros golpes de los vándalos, alanos, suevos, hunos, y demás hordas salvajes desprendidas de las regiones del polo, se vió apagarse en Oriente y en Occidente la luminosa antorcha de la ciencia, y el mundo todo quedó hundido en la noche oscura de la mas espantosa barbarie, y donde quiera reinaba el caos, y cundia la tirania, y la esclavitud estendia sus dominios, y se veia atropellada la dignidad del hombre y hollada su libertad, y escarnecida su independencia; cuando lo mismo en el palacio del monarca que en la choza del pastor introdúcese la inmoralidad, triunfa el vicio, mora de asiento el libertinage y la violencia prepondera sobre el derecho, y el capricho sobre la ley, y la fuerza sobre el deber, y no hay

diques bastantes á resistir el empuje de aquel movimiento que arastraba á toda la sociedad europea á su última disolucion, siquiera hubiese hombres que como el Papa San Leon se atreviesen á impedir el paso á los Atilas y Gensericos; en aquellas épocas de conflicto incesante, de horrenda lucha, de oscurantismo inconcebible, de repugnante ignorancia, de dislocacion universal, de retroceso inevitable; ¿quién sino Benito ó sus hijos son los génius llamados á dominar una situacion tan desastrosa, meditando en el silencio del retiro los medios de volver á encender en el mundo la apagada antorcha de la civilizacion, acogiendo bajo sus góticos cláustros los esparcidos restos de la ciencia, dando asilo en sus bibliotecas á las producciones del talento escapadas á la tea devastadora, conservando con esquisito trabajo las obras maestras de Roma y Atenas, protegiendo las ruinas de los templos en los que brilláran en otro tiempo el génio de los Fidias y Apeles, copiando con escrupulosa minuciosidad los escritos de los clásicos, y prestando otros mil servicios no menos importantes que vanamente ha intentado sepultar en el olvido la ingratitud de los siglos modernos? ¿Y cuánto no debe á ese Orden insigne la agricultura, la industria, la mecánica y las artes todas que jamás hubieran vuelto á renacer sin el celo y laboriosidad de los Benedictinos? ¿No fueron ellos los que desmontando terrenos incultos, desaguando lagunas, abatiendo bosques, abriendo nuevas vías de comunicacion, legaron á las generaciones futuras numerosos elementos de progreso social y las aseguraron su porvenir? Y todo esto, y mucho mas que omito, porque no es dado abarcar en los límites de un discurso cuanto en gloria de ese Orden ilustre pudiera decirse, sin contar con la enseñanza de la moral, sin la predicacion de la divina palabra y demás funciones del sagrado ministerio, ¿no basta á demostrar hasta la evidencia que al génio de Benito y á su incansable celo debe el mundo el primer impulso dado á la idea regeneradora que presidió á sus brillantes destinos? Desconózcalo en buen hora nuestro siglo, que al presente recoge los sazoados frutos del árbol católico que en su loco furor tronchó con mano aleve. No por eso será menos cierto que los hijos del héroe cuya memoria solemnizamos, inspirados por el pensamiento civilizador de su digno

padre, fueron los que do quier se opusieron al torrente devastador de la ignorancia, que á la sombra de los cláustros de Benito se refugiaron las ciencias, hallaron asilo las artes, brotaron los mas fecundos gérmenes de moralidad, se conservaron los principios evangélicos que paulatinamente modificaron los instintos feroces de los conquistadores, y ardió constantemente la brillante antorcha de la religion, foco perenne de luz y de ventura de donde salió en su dia para esclarecer unas sociedades bastardeadas, unos pueblos incultos, unas razas sin dignidad, una humanidad sumida en el envilecimiento mas profundo. Sólo los que tienen un interés conocido en sofocar la verdad para hacer triunfar sus ideas de muerte, pueden desconocer lo que narra la historia, lo que saben cuantos la han saludado, lo que hoy dia no ignora ninguna persona de mediana ilustracion y buen criterio. Oigamos á un escritor nada parcial ciertamente, ni menos apasionado por las glorias del Orden Benedictino, y cuyo fallo por consiguiente es decisivo en este punto.

«Las bellas artes, dice, en tiempo de su renacimiento, despues de su mayor brillo, las reprodugeron y perpetuaron por todas partes los hijos de Benito; pero en ningun lado afectan mas vivamente que en el monte Casino, cuna y asilo el mas venerando de aquellos monjes. El aspecto de un castillo fuerte dado al convento, que se vió muchas veces precisado á repeler invasiones de que no siempre pudo preservar sus muros; la estension de sus ricos dominios atestiguada por títulos inseritos sobre restos de antigüedades; la magnificencia del edificio adornada con lo mas esquisito del arte; el recuerdo de doctos personajes que en los siglos mas sombríos encontraron allí un abrigo; la abundante coleccion de documentos y libros allí reunida, se asocian admirablemente á la humildad primitiva de la ciencia del Santo y á la pobreza de la tumba, en la cual descansaron sus huesos hasta el momento en que fueron violados por el furor sarraceno. El que sube á la antigua abadía, vacilante entre la admiracion, la curiosidad y la devocion, puede leer allí toda la historia de aquella Orden ilustre, en la cual se conoce en gran parte las diferentes fases de la civilizacion. La encina á cuya sombra administraba San Luis justicia, no nos causa mas emocion que el plátano

bajo el cual, en el claústro de San Severino de Nápoles, recitaba Benito los Salmos, hacia nuevos prosélitos y en cuyas antiguas ramas han echado raíces dos higueras, á la manera que otras órdenes han nacido de siglo en siglo de la orden de que fué fundador... Los monasterios mal que pese á los que otra cosa creen en el dia, convertianse en centros de actividad y en asilos de libertad. No eran sus moradores, cual place decir á nuestros modernos reformadores, brazos robados al trabajo; eran tal vez brazos robados al crimen y al pillage; y no era poco encadenar el vicio y las pasiones en tiempos en que no habia cárceles, prisiones, policia ni ninguno de los medios represivos con que cuentan los gobiernos civilizados. Cuando donde quiera reinaba la fuerza arrogante y el derecho del sable; cuando el mundo no tenia union ni seguridad, ni podia ofrecer campo á propósito para las altas meditaciones, solo los asilos del gran Benito ofrecian una vida enteramente social y activa en la cual trataba de desarrollarse la inteligencia y propagar las ideas... Los benedictinos supieron merecer la triple gloria de haber convertido la Europa al cristianismo, desmontado los desiertos, y conservado y reanimado la antorcha de las letras. Quién de entre ellos proclama el movimiento de la tierra, quién inventa el reloj para medir las horas canónicas, éste descubre la pólvora, aquel inaugura el mecanismo de los molinos de viento, un tercero confecciona un telar, viéndose poco á poco surgir de los claústros una prodigiosa multitud de inventos útiles (1).» ¡Y esos son los hombres que un siglo orgulloso de su decantada civilizacion calumnia como inútiles, lanza de sus hogares como perjudiciales, y les acusa de intentar detener el carro victorioso del progreso social!

¡Mentís, miserables, los que tal decís! ¡Ecos sois del infierno los que á la sombra de una civilizacion que nada os debe como no sea su descrédito, os atreveis á insultar tan descocadamente á las órdenes monásticas y á sus respetables afiliados! Nada les importa, es cierto, vuestro desdén, ni vuestras calumnias; pero les importa mucho su honra que villanamente hollais, les importa su brillante pa-

(1) César Cantú Hist. univ. Epec. VIII. Cap. XVI.

sado que ingratos empañais, les importa su glorioso porvenir que quereis sepultar en el cieno de vuestras pasiones. No lo lograreis, no, ni vuestra inmunda mano será bastante á marchitar unos laureles que siempre reverdecerán á la sombra de la religion, justa apreciadora de sus servicios, por mas que haya podido arrancarlos del robusto tronco que los alimentára con su savia. A pesar de cuanto el ódio invente para oscurecer las glorias del Orden Benedictino, sú ilustre fundador bastará para formar de él la mas cumplida apología. El encontró un mundo degradado por la inmoralidad, y le legó gérmenes fecundísimos que le regeneraron completamente. El halló una sociedad inculta y bárbara, y creó una sociedad ilustrada y culta. El vió surgir á su alrededor un siglo lleno de preocupaciones, de vicios y de estúpida ignorancia, y al dejarle habia preparado ya los elementos de una nueva era de virtud, de ciencia, de progreso y de civilizacion. ¿Y quién ha proporcionado servicios mas útiles, ventajas mas positivas, adelantos de mayor valia en todos conceptos bajo el órden religioso y social? Pero baste lo dicho; y en su defecto, venticuatro Papas, ciento ochenta y tres cardenales, mil cuatrocientos ochenta y cuatro arzobispos, mil quinientos dos obispos, quince mil setenta abades, cinco mil quinientos cincuenta y cinco santos, que en el siglo XIV contaba ya la Orden Benedictina (1) sin los que desde entonces se han agregado á este largo catálogo que son en prodigioso número, y los casi innumerables sábios que de él han salido para honra del catolicismo y prez de la sociedad, formáran la mas bella aureola de aquel que realizando la sublime alegoría de Isaias, hizo brotar en el desierto torrentes de aguas puras y rios abundantes de virtud y de ciencia, formando un pueblo escogido que viene proclamando á través de los siglos las magnificencias del Señor, y desarrollando los principios civilizadores del Evangelio en sus relaciones con la sociedad: *Dedi in deserto aquas, flumina in invio; ut darem potum populo meo electo.... Populum istum formavi mihi, laudem meam narrabit.*

Recibe hoy nuestros parabienes, oh ínclito Benito, acepta las fe-

(1) Juan XXII. ap. Magnum Chronicon Belgicum. T. III, p. 389.

que en realidad no pasa de ser una utopia brillante y seductora. Si capaces fuesen de convencerse de esto por los hechos los autores de semejante doctrina, muchos y sobrado elocuentes podriamos presentarles en la persona del insigne Francisco de Paula. No nos prometemos sin duda que ellos sean bastante eficaces para desterrar ciertas preocupaciones hondamente entrañadas en el carácter y en los hábitos de nuestro siglo: sin embargo, nuestro deber es desenvolverlos, siquiera no conduzcan mas que á alimentar la piedad de las almas verdaderamente religiosas y á estimular á su imitacion á los que aspiran á ser sólidamente sábios y virtuosos.

Echemos un velo sobre la primera edad de nuestro héroe; prescindamos de las prodigiosas señales que antes y despues de su nacimiento anunciaron sus futuros destinos; nada digamos de su infancia edificante bajo la direccion de unos padres que como los del antiguo Isaac recibíanle como fruto de oraciones y de lágrimas; pasemos en silencio la vida angelical que á la edad de trece años emprendiera á la sombra de los cláustros del orden Seráfico á donde le condujo la promesa de una madre que le consagró al servicio del Señor desde antes de salir de su seno. Materia abundantísima prestarian los tres primeros lustros de su existencia para formar el mas bello panegirico: pero por extraordinarias que fuesen las virtudes en que se ejercitó durante este tiempo, llegando á ser un modelo digno de emulacion para los hombres mas avanzados en la carrera de la perfeccion evangélica, nada me asombra tanto como aquella humildad profundísima y aquella completa abnegacion de sí mismo en que cimentó el edificio de una grandeza y de una gloria que quizás no tienen igual en la historia del cristianismo. Sígasele á Asis á donde se dirige deseoso de visitar el Santuario de nuestra Señora de los Angeles; con témplesele en Roma postrado sobre los sepulcros de los santos apóstoles, y orando en sus respetables basilicas; considéresele en lo mas oculto del desierto do se sepulta para entregarse tranquilamente á la contemplacion de las cosas eternas; y donde quiera se le hallará tan modesto, tan humilde, tan abismado en su propia nada, que no solo se juzga el mas indigno de los mortales, sino que en consecuencia de este convencimiento, huye como de la mayor desgracia de los

aplausos mundanos: y no bien algunas personas atraídas á aquel sitio por los resplandores que despide su santidad, le manifiestan el deseo de ponerse bajo su direccion, cuando para sustraerse á aquella honra inmerecida en su concepto, corre precipitadamente á esconderse en la concavidad de una roca azotada por las olas del mar. Allí para tener á raya su carne y evitar que se rebele contra el espíritu, mortificala de continuo con la abstinencia mas estremada, martirizala con el áspero cilicio y la dura disciplina, niégala el descanso necesario, trátala como á un enemigo indomable, sin que á pesar de todo esto crea hacer algo que no sea un deber, llorando amargamente su inutilidad y lamentándose de su cobardía y flaqueza en el servicio del Señor.

No lo juzgaba así por cierto el que se complace en ensalzar al humilde y glorificar al modesto. Vanas son todas las precauciones adoptadas por Francisco de Paula para vivir ignorado del mundo. Desde aquella especie de tumba en que se enterrára en vida, llega á los pueblos circunvecinos el resplandor de sus virtudes, al modo que los rayos del sol, ocultos durante la noche, no tardan en desplegar su claridad vivificante al despuntar la aurora de un dia sereno. De todas partes se ven correr á aquella horrenda gruta personas deseosas de tener por director al jóven Calabrés, que á la edad de diez y ocho años se muestra ya un gigante capaz de medir su talla con los antiguos habitantes del desierto. Inútil es decir que el humildísimo Francisco rechaza estas proposiciones y se resiste á aceptar semejante cargo. ¿Mas qué importa su resistencia cuando en ello está empeñado el mismo Dios, que le destina á ser el Moisés de un nuevo pueblo de eleccion, el fundador de un instituto único en su clase, el padre de una larga generacion de héroes que deben llevar por divisa y distintivo el sobrenombre de *Minimos*, para ser en la Iglesia los modelos de la abstinencia mas constante y de la mas profunda abnegacion?

Tal fué, M. A. O., el origen de esa Orden monástica que con este título se estableció en aquel sitio en medio de los mas visibles prodigios para estenderse un dia en toda la Europa. ¿Qué hubieran pensado nuestros modernos sábios al ver contribuir á la construccion

del primer monasterio, á lo mas noble y florido del pais, no solo con sus fortunas, sino con sus mismas manos? ¿Cómo hubieran juzgado á las personas de mas alto rango en la gerarquía social, á las señoras de mayor distincion, á los jóvenes de mas bellas esperanzas, al contemplar el entusiasmo con que todos á la vez se disputaban la honra de trabajar en el edificio aun en las ocupaciones menos propias de su ilustre cuna? ¡Oh! Indudablemente hubiéranse burlado de tamaño fanatismo, que tal hubiera sido la calificacion dada á la piedad de aquellos personajes, y no hay dicitario ni apóstrofe que no hubieran empleado para desacreditar semejante conducta tan opuesta á los principios del humano orgullo. Pero entonces no estaba tan adelantada esa ciencia disolvente que hoy es tan general en nuestra sociedad; y por otra parte el Señor que queria manifestar al mundo dónde radica el principio de la grandeza y de la gloria positivas, complaciase en hacer servir al desenvolvimiento de su plan á lo que en el siglo habia de mas respetable y autorizado. Así se explica que en su cuna misma el instituto de Francisco de Paula adquiriese un incremento que pudiera juzgarse fabuloso; que los prelados de diversas diócesis solicitasen de él nuevas fundaciones, brindándole con todos los elementos necesarios para realizarlas; que Paula, Paterno, Specia, Casigliano y otras poblaciones de Italia viesen levantarse en un breve plazo conventos de Mínimos; que Sicilia le enviase sus representantes para pedirle operarios que llevasen á aquella isla los beneficios de su naciente Orden. Y de todos estos honores era el objeto un monje modesto que, en medio de una numerosa prole que engendrara en Jesucristo con sus ejemplos y doctrina, ni siquiera abrigaba la menor aspiracion de superioridad, reservándose únicamente el dulce placer de servir á sus hermanos en los mas humildes ministerios, barriéndoles los aposentos, cuidándolos en sus enfermedades, velando al lado de su lecho de dolor, consolándolos en sus aflicciones, y siendo su ángel protector, su amigo, su siervo, sin acordarse de que era el fundador, el general de aquella sagrada milicia, y en este concepto acreedor al respeto y á las consideraciones de todos sus súbditos.

¿Mas cómo habian de tener cabida semejantes ideas en un hombre

en quien parecian luchar á la vez Dios empeñado en engrandecerle, y él trabajando por empequeñecerse y abatirse, aquel en mostrar al mundo la gloria de Francisco y éste en oscurecerla bajo el velo de una humildad sin limites? ¡Lucha gloriosa, mas digna de asombro que los combates de esos héroes mundanos que buscan en los azares de unas guerras homicidas laureles de un dia que marchita el mas leve soplo! Viérais por una parte al Papa Sisto IV llamando á Roma al modesto Francisco, mandándole sentar á su lado, y pronunciando el mas brillante panegírico de sus virtudes en presencia de los purpurados allí reunidos; y por otra al pobre ermitaño de Calabria anonadándose, confundiendo, y suplicando con instancia y amargo llanto al sucesor de Pedro que no le obligue á aceptar la dignidad sacerdotal de que se considera indigno. Viérais aquí á los príncipes salirle al encuentro y postrarse á sus piés, allí las ciudades de Nápoles y Tours recibirle en triunfo como á un enviado de Dios, mas allá á la corte de Francia instándole á aceptar la honra de ser el consejero y director de Luis XI en su última enfermedad; y á todo esto el humilde Francisco indiferente á todas estas demostraciones cual si no fuese el objeto de ellas, sin impresionarse ni menos envanecerse en el apogeo de tanta gloria, y ambicionando únicamente vivir ignorado y desconocido en el retiro de un cláustro. ¿Puede concebirse mayor magnanimidad? ¿Es posible imaginar heroismo mas sublime? Cuando nada hay que mas lisonjee al hombre que una sonrisa de un monarca; cuando tantos se juzgan dichosos si llegan á conseguir una palabra de benevolencia, ó una leve demostracion de aprecio de esas divinidades terrestres; cuando por hallar gracia ante un poderoso tantos y tan costosos sacrificios se imponen frecuentemente esos viles parásitos que rodean los palacios; ¿á quién no admira ver á Francisco de Paula esquivando las distinciones y las honras con que le brindan las cortes mas opulentas de Europa, y huyendo de ellas como de un contagio? Sabido es que para obtener de él que visitase á Luis XI, fué preciso un mandato espreso, un breve pontificio de su Santidad; que nada fué bastante á hacerle decaer de su espiritu de abnegacion en medio de las consideraciones con que le tratára el mismo Delfin, hasta el punto de salir á re-

cibirle á Amboise; que en el palacio de Plesis rodeado de una corte que le venera y respeta como á un ángel del cielo, se mantuvo siempre invariable sin que los inciensos y adulaciones consiguieran trastornar su ánimo; y que cual otro Isaías al ver postrado á sus piés al monarca encomendándose á sus oraciones para conseguir de Dios la salud deseada, lejos de lisonjearle con mentidas esperanzas, le anunció desde luego que era llegado el término de sus dias, y por lo tanto preciso renunciar á las ilusiones de una corona que bien presto iba á pasar á otras sienes, como de hecho sucedió segun su prediccion. Igual conducta observa con su sucesor en el trono Carlos VIII, empeñado en retenerle á su lado para oir sus consejos, consultarle en los negocios árdulos del Estado, y regirse por sus sábias y prudentes lecciones en la direccion de su vasto reino. Nada se hace en Francia en aquella época sin la direccion del ermitaño Calabrés, nada se emprende sin su consulta; de él penden los destinos de aquella nacion grande y opulenta, y sin embargo no sé qué admirar mas, si el acierto de sus disposiciones que revelan en él una ciencia no adquirida sino infusa, ó la abnegacion prodigiosa con que se muestra superior á todos los honores humanos, despreciándolos con dignidad y mirándolos como un poco de humo que se disipa en el aire al menor viento. ¿Y no es esto el colmo de la verdadera sabiduria? ¿No es lo mas elevado de la grandeza? ¿No es el triunfo mas glorioso que puede conseguir el hombre? Pues bien, estas ideas tan sublimes, estas miras tan elevadas, estos pensamientos tan nobles, estas aspiraciones tan características de un corazon grande y generoso, ¿no fueron en Francisco frutos de su humildad? ¿Quién si no esta virtud pudo enseñarle ese menosprecio heroico de las frivolidades humanas, que equivale á mostrarse mayor que todas ellas? ¿En dónde sino en los principios de esa religion basada en el conocimiento de Dios y de sí propio, aprendió á apreciar como verdaderamente grande y digno de la ambicion del hombre, lo que no está sujeto á la versatilidad del tiempo y dura aun despues de los siglos?

Y cuenta que si algun mortal pudiera alegar justos titulos para envanecerse, nadie disputaria á Francisco de Paula este privilegio: como que en él parecia haber derramado con profusion el cielo los

tesoros de su grandeza y poderío. El habia dominado en varias ocasiones el poder de la muerte arrancándola sus víctimas; él marchára incolume sobre las brasas encendidas, y á través de las olas del mar desde Calabria á Sicilia, sin otro esquiife que su mismo hábito estendido sobre las aguas; á él habian obedecido repetidas veces los espíritus malignos, las dolencias inveteradas, obrando las mas portentosas curaciones en Bormes y otros puntos infestados por el contagio; á su contacto brotáran raudales cristalinos de los peñascos como bajo la vara de Moisés en el desierto; á su voz la naturaleza entera parecia conmovirse, cual si solo esperase sus órdenes para ejecutarlas.... ¡Tan grande era la influencia que el cielo le diera en toda clase de acontecimientos! Y con todo eso, tantos prodigios, milagros tan visibles, rasgos de poder tan extraordinarios, no hacian en Francisco de Paula sino afianzar mas su humildad, y dar un nuevo realce á la modestia con que procuraba ocultarlos. ¿Pero cómo era posible que tanta luz permaneciese invisible á los ojos del mundo, por mucho que trabajase en humillarse un hombre que parecia tener en sus manos la llave de los tiempos, que leia en el gran libro del porvenir, que referia como presentes los sucesos cuya realizacion distaba muchos años? No se le vió predecir las nuevas adquisiciones que habia de hacer su instituto, hasta el punto de designar la época y los sitios en que se verificaria la fundacion de varios monasterios? ¿No se le oyó vaticinar al Cardenal Julian de la Rovere su exaltacion al sόlio pontificio veintidos años antes, y que él seria quien confirmase el cuarto voto de abstinencia perpétua, con que se ligaban los religiosos Míminos? ¿No fué él quien anunció á Cárlos VIII de Francia, los riesgos que correria en la batalla de San Aubin, y á Fernando el Catόlico de España la conquista de Granada del poder de los Sarracenos? ¿Y por quién si no por él se supo anticipadamente el sitio de Constantinopla por Mahόmeto II, y su dominacion en aquella opulenta capital, no menos que las devastaciones que en 1562 habian de promover los Hugonotes y su sacrilego furor contra los sagrados restos de los santos (1)?

(1) Todo lo dicho puede verse en el P. Croisset, vida de San Francisco de Paula, en Ballet, sermon del mismo Santo, y otros autores que de él han escrito.

Ved, pues, si con razon decia yo en el ingreso de mi discurso que dificilmente se hallaria en una sola persona tan admirablemente reunido ese conjunto de humildad y de grandeza, de abnegacion y de gloria, de modestia y popularidad, que caracteriza á nuestro héroe. En él parecieron renacer los dias de los Moisés, Josués, Elias, Ezequiel, Jsaías, y demás grandes tipos del antiguo Testamento, á la vez que los portentos y virtudes de los Hilarios, Atanasios, Ambrosios y Taumaturgos de la ley evangélica. Por eso el sepulcro de Francisco de Paula no cede en celebridad á los mas renombrados de las antiguas Galias. Por demás es que la impiedad de los novadores se cebe en las venerables reliquias del Santo, arastrándolas por el suelo, y arrojándolas á las llamas juntamente con la Cruz del Redentor. Nada consiguen sino hacer mas interesante su memoria, y acrecentar el entusiasmo de los pueblos católicos, que se disputan á porfia la posesion de sus sagrados huesos milagrosamente escapados al incendio. Todavía se envaneecen con ellos Paula, Génova, Nápoles, Paris, Aix, Tours, Nigeon, Plesis, Madrid, Barcelona y otras poblaciones que han sabido conservarlos como un tesoro de inestimable precio, experimentando mas de una vez los saludables efectos de una proteccion debida á la invocacion del Santo Calabrés, que á pesar de su humildad profundísima se ha conquistado una gloria superior á la de los mas ilustres héroes. Sin hacer mencion de los innumerables milagros con que el Señor se complació en honrar su tumba, sin necesidad de referir las fundaciones que llevó á cabo en Francia, Italia, Alemania, Sicilia, España y en casi toda la Europa, bastaríale para formar la mas bella diadema que puede adornar sus sienes, el haber sido en las manos de Dios el instrumento de que se valió para confundir y anatematizar la ciencia superficial y el orgulloso poder de un mundo altivo y arrogante, que funda el origen de la gloria y de la grandeza en unos elementos tan despreciables como insubsistentes: demostrando con hechos positivos que en los principios del catolicismo radica exclusivamente el gérmen de las acciones heróicas, de las grandes empresas, de los proyectos útiles, de las ideas elevadas, y por lo tanto el presente y el porvenir de los hombres y de las sociedades.

Nunca como en los tiempos que alcanzamos, es de urgente necesidad persuadirnos de estas verdades á que están vinculados nuestros destinos. No olvidemos jamás que por el camino de la humillacion y de la virtud, se elevó Francisco de Paula á esa altura en que en la tierra le colocó el mundo mismo, justo apreciador de sus indisputables merecimientos. Mayor sin comparacion es la gloria que al presente disfruta en la region de los inmortales: y esa misma se nos brinda y ofrece toda vez que tengamos el valor suficiente para caminar tras las huellas que nos dejó trazadas el héroe Calabrés. Alentémonos á marchar por ellas: difícil es la empresa, largo y espinoso el camino, costosa la peregrinacion en ese nuevo desierto; pero en cambio un paso mas allá está la tierra prometida, el verdadero Gesen, la patria de los bienaventurados donde descansaremos disfrutando los laureles del triunfo por toda la eternidad.

SERMON PANEGÍRICO

PARA EL DIA DE SAN JORGE, SOLDADO Y MARTIR.

Arma militiæ nostræ non carnalia sunt, sed potentia Deo ad destructionem munitionum, consilia destruentes, et omnem multitudinem extollentem se adversus scientiam Dei.

Las armas de nuestra milicia no son carnales, pero son poderosísimas en Dios para derrotar fortalezas y destruir los proyectos humanos, y toda altanería de espíritu que se alza contra la ciencia de Dios.

II. CORINTH. x. 3, 4, 5.

LA religion cristiana, nacida entre combates, é inaugurada á través de poderosos émulos, brotára bella y majestuosa de un leño ensangrentado. Los afiliados á esa bandera sabian desde luego que su destino era luchar un dia y otro y siempre con todo género de elementos destructores que en su daño se reunirían, segun los vaticinios proféticos, para hacer cruda guerra al Señor y á su Cristo. Este sucumbiera gloriosamente en el combate, y tras él mil y mil héroes debian seguir la misma suerte; pero el cristianismo, bien lejos de perder con el sacrificio de sus leales defensores, ganaria un terreno inmenso y llegaria á consumir el triunfo que le estaba reservado salvando hecatombes de mártires. La historia ha demostrado la veracidad de estas predicciones, y al lado de las páginas que perpetúan la memoria de las cruentas lizas sostenidas por los invictos soldados del Rey del Calvario, conserva las palmas que conquistaron al error. Los anales de los tres primeros siglos de la Iglesia son un canto sublime de las victorias con que ornó su augusta frente, la epopeya inmortal que ha celebrado las bellezas de esa religion de amor personificada en una cruz.

A esa misma época, tan fecunda en héroes, pertenece el que hoy motiva nuestros festejos. Soldado de Cristo á la vez que de los Césares romanos, fué el insigne San Jorge, honra y lauro del catolicismo, y una de las mas preciosas perlas que embellecen su diadema. Generoso en el combate contra las supersticiones idólatras, no menos que aguerrido campeón de los ejércitos de Diocleciano, bajo ambos aspectos supo merecer bien de la religion y de la patria: y jamás esta hubiera tenido que lamentar su pérdida como honrado y leal vasallo de sus príncipes, si hubiese sabido respetar en él los derechos y creencias del cristiano y del súbdito del Rey de las eternidades.

¿Y cuáles fueron las armas que esgrimió en la lucha provocada contra él bajo este segundo aspecto? ¿Apeló por ventura á la rebelion, á las sediciones, á los manejos de una torpe política, ó á alguno de esos resortes que frecuentemente ponen en juego las malas pasiones para sacudir un yugo que arrastran de mal grado? No; Jorge desconoció siempre semejante táctica; jamás supo manejar esas armas vedadas por los principios que profesaba. Las únicas de que hizo uso en defensa de su fé y de sus tradiciones fueron las del espíritu, no las de la carne; esas armas tan poderosas, segun San Pablo, que bastan para dar por tierra con las mas inespugnables fortalezas, para destruir los proyectos mas hábilmente combinados, y para humillar la arrogante altanería de los que osan levantarse contra la ciencia de Dios: *Arma militiae nostrae non carnalia sunt, sed potentia Deo ad destructionem munitionum, consilia destruentes, et omnem altitudinem extollentem se adversus scientiam Dei.*

La fé, pues, la constancia, el sufrimiento, la abnegacion hasta el martirio, hed abí las armas con que nuestro invicto soldado logró hacerse superior á todos los embates de la seduccion, desconcertar los hábiles designios del poder pagano, triunfar de las arterías del error, deshacer sus maquiavélicos proyectos, inutilizar sus planes ofensivos, y conservar intactas sus creencias á despecho de la tiranía armada de todo género de suplicios, consumando con una muerte heroica una vida ajustada á los principios del Evangelio; heroismo tanto mas digno de elogio, quanto que en el seno mismo de la corrupcion y de la mentira supo atesorar un alma llena de roctitud y

de inocencia. A este pensamiento voy á reducir todo mi discurso. Os presentaré en San Jorge « un soldado mártir de Jesucristo, que muriendo en defensa de sus dogmas con el mismo valor que viviendo en el paganismo habia sabido conservarlos puros é intachables, demostró prácticamente cuán en vano se arma contra el poder y la ciencia de Dios todo el poder y la ciencia del hombre. » Imploramos ante todo los divinos auxilios por la intercesion de la augusta Virgen, etc.

AVE MARÍA.

REFLEXION UNICA.

De muy antiguo viene reinando en el mundo una preocupacion harto lastimosa y que conduce á tristes consecuencias. Entre las muchas armas que el error ha empleado en todos tiempos contra la religion católica, no es la menos temible la del descrédito que sobre ella han querido lanzar sus detractores, presentándola como reñida con el verdadero valor é incapaz de inspirar el heroismo en los lauces comprometidos y arriesgados. Consideránla ademas incompatible con ciertos estados de la vida humana, cual si sus máximas no se ajustasen á todas las clases y condiciones sociales, y de aqui no vacilan en asegurar dogmáticamente que es imposible maridar las virtudes que prescribe con los ejercicios de la milicia, y que si bien la perfeccion cristiana puede hallarse en los cláustros, sería inútil buscarla en los ejércitos y en los campamentos.

En mil ocasiones se ha visto desmentido semejante absurdo. Los anales católicos conservan preciosos monumentos de fé y de cristiano heroismo en personas dedicadas á la peligrosa profesion de las armas: y á falta de otros bastarianos reproducir la memoria del inclito mártir San Jorge para reducir á menudo polvo los sofismas del error, demostrando que la perfeccion evangélica puede hallarse en todas partes, y que muy lejos de enervar el valor guerrero, sus principios sublimes inspiran las acciones mas nobles y generosas.

¿Qué ocasion pudiera imaginarse menos oportuna para ejercitar esas virtudes que aquella en que la corrupcion y el libertinage disfrutaban en el mundo de la mas completa impunidad? ¿Qué época menos á propósito para conservar intactas las creencias del Evangelio que aquella en que el profesarlas era título suficiente para ser considerado como enemigo del grande imperio que daba sus leyes al Oriente y al Occidente? Pues en aquella época, en la corte del emperador Diocleciano, enemigo el mas declarado del cristianismo, bajo sus mismas banderas, y siguiendo donde quiera las águilas romanas como soldado de aquel principe, es donde Jorge supo llenar con la mas exacta escrupulosidad los deberes que le imponia la religion, sin faltar por ello en un ápice á los que contrajera en el acto de emprender la carrera militar. Intachable y puro á manera de los Danieles, Misaeles y Abdenagos en el palacio del rey de Babilonia, virtuoso y morigerado como los Tobías en medio de los escesos del vicio y de las profanaciones idólatras, adora á su Dios en el templo místico de su corazon, ofrécele sus homenajes é inciensos con un culto invisible pero sublime é inspirado por el mas ardiente amor, atesora un alma llena de candor y de inocencia, fomenta cuidadosamente las ideas católicas que recibiera con la educacion paterna, y en vez de relajar entre el ruidoso estrépito de los campos de Marte los vínculos que le unen con la divinidad, no hace sino estrecharlos cada dia mas, mediante una esquisita vigilancia sobre sí mismo, tanto mas necesaria, cuanto mas peligrosa era su posicion y mas poderosos los elementos de ruina con que le era preciso luchar.

¿Qué tacto tan fino, qué prudencia tan rara, qué fondo de virtud tan extraordinaria no se necesitaba entonces para no incurrir en ninguno de esos extremos á que fácilmente conduce un celo imprudente ó una pasion mal enfrenada! Jorge habia comprendido bien la sublime doctrina de aquel que asentó por máxima fundamental de su religion: «Dad á Dios lo que es de Dios, y á César lo que es del César:» y consiguiente á este principio, ni falta como soldado del romano imperio á lo que de un fiel servidor y vasallo exige la persona del principe, ni tampoco como afiliado á las banderas del rey del Calvario cede un punto de lo que ha prometido y jurado en las fuentes

regeneradoras. Lo primero pruébanlo mejor que ningun raciocinio, los ascensos que obtuvo en la milicia y las distinciones con que le honraron sus jefes, incluso el mismo emperador. ¿A quién sino á su valor en los lances mas arriesgados, á su arrojo imperturbable en la refriega, á su heroísmo en los campos de batalla, á su conducta irreprochable, á su loable comportamiento, al fiel desempeño de cuantas comisiones se le confiaron, y á su constante disciplina, debió Jorge las condecoraciones que brillaban en su noble pecho? ¿Qué otra cosa sino los altos merecimientos contraídos en cien combates y su reconocida disposición para las mas árdudas empresas, y su lealtad nunca desmentida, y su fidelidad á toda prueba, le hicieron acreedor al nombramiento de tribuno ó maestre de campo que le confirió Diocleciano? ¿Por qué éste utilizó los servicios de Jorge en cuantas ocasiones necesitó de un gran corazón, sino porque le eran harto conocidas sus escelentes cualidades, y no dudaba de su capacidad para llevar á cabo cualquier negocio del mayor interés? Y todo eso, M. A. O., digan lo que quieran los eternos detractores del catolicismo, era en nuestro héroe el fruto de sus creencias, el resultado de las doctrinas que profesaba, la práctica de los principios evangélicos, fuentes perennes de toda justicia y de toda virtud lo mismo en el orden social que en el orden religioso. Enseñábanle estos á obedecer á Dios en los que representan su soberanía en la tierra, mientras no pretendan usurpar sus derechos; inculcábanle la sumisión á los poderes constituidos aun á los perversos y díscolos, siempre que no atenten contra el supremo poder del que dá y quita á su beneplácito los cetros y las coronas; hacíanle un deber gravísimo de conciencia de acatar las disposiciones de su príncipe, de servirle con fidelidad, de no rebelarse contra él, de observar las leyes emanadas de su trono, y de sacrificarse en su defensa toda vez que no se le exigiese ninguna cosa contraria á las leyes divinas; y de aquí aquella abnegación con que Jorge se consagró siempre al cumplimiento de los penosos deberes de su profesion, y la exactitud que mostró en su observancia.

Pero llegó un día en que los intereses de Dios se vieron en lucha con los intereses del hombre; en que un monarca terreno pretendió

invadir los derechos del rey celestial, y el poder del César intentó disputar su soberanía á Jesucristo; y entonces cambió la escena. El que antes fuera un vasallo sumiso y un militar honrado, mostróse un cristiano impertérrito y un héroe incapaz de faltar á los compromisos contraídos ante las aras de la fé. El que hasta entonces probará con hechos visibles que sabia respetar las atribuciones del soberano, obedecer ciegamente sus mandatos, y dar si preciso fuese la vida defendiendo su imperio, evidenció que tambien sabia sostener sus creencias, defender su fé, y morir por su religion cuando ésta se viera atacada ó menoscabados sus divinos dogmas. Y para cumplirlo así y desconcertar los proyectos del error, no necesitaba Jorge de otras armas que las del espíritu, poderosísimas de suyo para triunfar de todo poder y de toda ciencia que aspiren á usurpar el trono del Altísimo y á combatir su infinita sabiduría. En mal hora se empeña Diocleciano en hacer á nuestro invicto soldado tomar parte activa en los negros designios que se propone contra el cristianismo. En vano es que cuente con su cooperacion para esterminar de sus dominios el nombre del Crucificado, en la sangrienta persecucion que medita contra los que profesan su doctrina. Él, lejos de acceder á una propuesta tan impía, descubrirá de plano sus creencias, no se avergonzará de proclamarse discípulo de Jesus, no temerá manifestar su religion, y se ofrecerá á las iras del César como una de sus primeras víctimas. Sublime fué el espectáculo que entonces se presentó á los ojos de la religion entre el vasallo y el monarca, entre el soldado y el emperador. Este prometiéndole brillantes recompensas en premio de su apostasia, aquel rechazándolas con dignidad; el uno pintándole un halagüeño porvenir si consentía en abjurar su fé, el otro protestando que antes de hacerlo preferirá mil veces una muerte honrosa; Diocleciano insistiendo en que ofrezca incienso á los dioses del imperio si quiere continuar mereciendo sus régios favores, Jorge renunciando á una proteccion ofrecida á precio de sus convicciones religiosas, y agradeciendo á su príncipe lo que no puede aceptar sin incurrir en desgracia de su Dios. «Salva tu vida, le dice repetidas veces el primero; no te obstines en malograr una juventud rica en bellas esperanzas; no

marchites en un dia los verdes laureles que ciñen tu frente, no pierdas en un momento el fruto de largos años de heroica constancia.» «Mi vida no me pertenece, repono el segundo, es del que me la dió y á él se la ofreceré gustoso. ¿Qué me importan las esperanzas del tiempo, si pierdo las de la eternidad? ¿Qué pueden afectarme los bienes de la tierra, si por gozarlos renuncio á los del cielo? ¿Qué temor pueden inspirarme los tormentos de un dia, si con ellos consigo los placeres de una inmortalidad sin término? No te causes, pues, oh emperador, en persuadirme lo que nunca podrás lograr. Respeta los derechos de mi Dios si quieres que yo respete los tuyos; déjame en libertad de profesar mis creencias, y por mi parte nunca faltaré á mis deberes respecto de tu real persona; como honrado y leal combatiré en pró de tu imperio y continuaré sirviendo bajo tus banderas cual lo hice siempre, y bien lo sabes: empero no intentes que por hacerlo sea perjuro y traidor al que tiene el dominio eterno de mi corazon. Bien puedes si no aprestar suplicios, preparar todo linage de tormentos, multiplicar tus rigores contra mí. No por eso creas que me revele contra tu autoridad, porque mi fé me lo prohíbe y lo rechazan mis convicciones. Tuyo es mi cuerpo, dispon de él como te plazca: mas ten entendido que donde quiera me encontrarás el mismo, igual será mi lenguaje en medio de las llamas ó en la arena del circo; idéntica mi fé triturado por las fieras ó bajo la cuchilla del verdugo; invariables mis creencias agobiado por las cadenas ó en el fondo de las aguas.....»

Tal ha sido siempre el idioma de la religion católica llamada á comparecer ante los tiranos especialmente en los primeros siglos de la Iglesia, en que esta se cimentaba sobre hecatombes de mártires, y crecía y estendia sus majestuosas ramas regada con la sangre de sus heroicos defensores. Así habla Jorge en presencia de aquel monstruo cuyo nombre proyecta aun al cabo de tantos siglos como una negra sombra en la historia de la humanidad. Y ¡cómo triunfa en él la ciencia de Dios de la ciencia carnal del hombre! ¡Cuál destruye con las armas de la verdad los baluartes del error! ¡Cuán maravillosamente demuestra la impotencia de todos los elementos humanos para sobreponerse á los designios divinos! Varíe cuanto quiera

Diocleciano los puntos de ataque para demoler aquella fortaleza inespugnable; multiplique los medios estratégicos á fin de debilitar aquel corazon mas robusto y firme en sus convicciones religiosas que un torreón amurallado. Todo es inútil: si los halagos no le conmueven, las amenazas le inspiran noble menosprecio; si las promesas no le hacen mella, los rigores vigorizan su diamantino pecho; si nada pueden conseguir de él las reconvenciones amistosas, menos aun logran los fieros de la tiranía; si es insensible á la seduccion, el terror ni le alarma ni le intimida. Repetidas veces es llevado ante los tribunales, y de allí conducido de nuevo á una penosa prision; mas no por eso pierde en nada de su constancia aquella alma superior á todos los contratiempos y aflicciones. Su carne es atormentada en una horrible máquina erizada de aceradas puntas, que girando sobre un eje despedaza cruelmente sus miembros; mas en tanto que su sangre corre á torrentes por el suelo, sus lábios cantan himnos de gloria al Señor: y aquella sangre, gérmen fecundísimo de eterna verdad, produce instantáneamente nuevos héroes que aumentan los triunfos de la Cruz, tales como los pretores Anatolio y Protoleo, y otros idólatras que ante el heroismo de Jorge se sienten iluminados de un rayo celestial y llenos de ardor para volar al martirio.

No son, empero estos solos los trofeos que Jorge arranca al paganismo. En el templo de Apolo, ante el Senado Romano reunido allí para presenciar el sacrificio que creían iba á ofrecer el invicto soldado, espéranle victorias mucho mas brillantes que acabáran de evidenciar cuán impotentes son los esfuerzos de la mentira para vencer aquellos corazones donde ha sentado su trono la verdad, y que do reina el Rey del Calvario todos los poderes humanos trabajan inútilmente por arrancarle su soberano cetro. No bien ha entrado Jorge en el templo y hecho la señal de la cruz ante los infames idolos hacinados allí por la supersticion y las pasiones, cuando á este signo victorioso caen precipitados de sus altares y hácese menudos pedazos. El pueblo se amotina, irrítanse los sacerdotes, braman de despecho los cónsules, cunde por do quiera la alarma, más todavía que por la derrota sufrida, por los muchos idólatras que en vista del prodigio se convierten al cristianismo.... Preciso es que muera

cuanto antes el sacrilego,» gritan las masas; «fuerza es que espie tanta profanacion;» y diciendo, abalanzanse al ilustre soldado, amarrándole fuertemente, hacen llover sobre él una nube de palos, le arrastran por tierra con inhumana violencia, condúcenle á ser degollado.... Pero antes de consumir su triunfo, puesto ya de rodillas bajo la cuchilla del verdugo, levanta Jorge sus ojos y manos al cielo, ora fervoroso por aquella nacion ciega y obstinada, pide á Dios perdone á sus enemigos y tiranos, y pocos momentos despues recibiendo el golpe del afilado acero, vuela su alma á ceñir en el cielo la inmarcesible laureola de los héroes.

Ahí teneis, M. A. O., el testimonio mas auténtico del poder irresistible de la fé, y la prueba mas convincente de la fuerza de la verdad contra las arterias del error. Bajo cualquiera forma que este se presente, ora armado de la seduccion, ora del terror y de la tirania, nunca logrará prevalecer sobre los dogmas eternos del Evangelio; siempre encontrará una heroica resistencia en los pechos de los verdaderos católicos; y por mas certeros que sean sus tiros, irán á estrellarse sobre la roca firme de Cristo levantó el edificio de su Iglesia, el trono de su imperio, la columna de su religion, y el baluarte de sus doctrinas. Los sucesores de los antiguos enemigos de ese culto civilizador, podrán si se quiere aguzar las armas de la calumnia, apelar al ridiculo, servirse de la sátira, multiplicar en varios tonos el sofisma; podrán desenterrar las añejas preocupaciones de un siglo que pasó marcado con el estigma de la infamia, decir que el catolicismo ha prescrito, que su reino ha concluido, que no es ya de esta época, que es un viejo caduco, impotente para realizar nada nuevo y benefico, con otras mil voces gastadas de que se avergonzarian hoy sus propios autores; pero entre tanto el catolicismo continuará su majestuosa y civilizadora marcha á través de las falanges de sus émulos, burlaráse de sus invectivas, menospreciará sus desprecios, y donde quiera creará héroes que como Jorge sepan confundir la ciencia superficial del mundo, demostrando prácticamente cuán en vano se alza esta é intenta altanera y arrogante triunfar de la ciencia de Dios: *Arma militiæ nostræ non carnalia sunt sed potentia Deo ad destructionem munitionum, consilia destruen-*

tes, et omnem altitudinem extollem se adversus scientiam Dei.

Haced invicto mártir que arda en nuestros pechos esa misma llama que abrasó el vuestro, comunicadnos un destello de ese heroísmo con que supisteis morir en defensa de vuestras creencias. Si no se nos exige igual sacrificio en la actualidad, no por eso necesitamos menos estar dispuestos á defender á todo trance nuestra fé, espuesta á nuevas luchas, y rodeada de enemigos mas temibles aun que los tiranos de Roma. Sus armas envenenadas abren cada dia mas hondas heridas en el corazon de la Iglesia, la verdad experimenta constantemente rudos golpes, de donde menos debiera esperarse, sobrevienen persecuciones mas violentas, y todo anuncia que se preparan encarnizados combates. Seamos, pues, soldados aguerridos del Dios del Calvario; hallémonos siempre prontos á acudir á donde nos llame el peligro. Para esto imploramos vuestro valimiento, oh Jorge glorioso, y con él esperamos llenar dignamente nuestra mision en la tierra, y merecer despues en el cielo la palma inmortal del triunfo.

SERMON PANEGÍRICO

PARA EL DÍA DE SAN PEDRO, MARTIR DE VERONA.

Dilatavit gloriam populo suo, et induit se lorica[m] sicut gigas, et succinxit se arma bellica in præliis, et protegebat castra gladio suo.

Dió un nuevo lustre á la gloria de su pueblo, revistióse cual gigante la coraza, ciñóse sus armas para combatir, y protegia con su espada todo el campamento.

I. MACHAB. III. 3.

ENTRE los grandes héroes suscitados por Dios en los antiguos tiempos para proteger la nacion privilegiada y defender los derechos de la verdad, ninguno ha dejado recuerdos tan gratos como aquel Judas Macabeo, cuyo elogio, consignado en las divinas escrituras con los mas brillantes caracteres, ha pasado lleno de gloria á la mas remota posteridad. En los peligros y reveses de aquel pueblo, objeto de ódio y de persecuciones sangrientas por parte de las naciones infieles, su nombre despertaba el entusiasmo patrio, infundia el valor, escitaba la confianza, y tras las huellas de tan esforzado campeón Israel marchaba al combate, y conseguia las mas ilustres victorias. Poco importa que ejércitos formidables cercasen los muros de la ciudad santa, enviéndola á la vez el malvado Apolonio, el pérfido Seron, el astuto Nicanor, y Timoteo, y Bakhides, y Lysias, y Tolomeo, y Gorgias jurando su esterminio. Poco es que haya sucumbido en la pelea el insigne Matathias, primer vengador de la religion ultrajada, restaurador del verdadero culto y de la libertad perdida. La espada del Señor se halla en las manos del aguerrido Judas, y nada tiene que temer, y si mucho que esperar de su arrojo y decision la raza escogida. Él está destinado á domar la pujanza de sus

:

enemigos: superior á los antiguos guerreros de su tribu, revestido cual gigante de la coraza de la fé, y cubierto con un escudo impenetrable, marchará á la lid, y todo el campo estará seguro bajo la proteccion de su acero.

Viósele en efecto correr á manera de leon entre los peligros, y como el cachorro de la leona que ruge tras su presa. Levantó de nuevo y acrecentó considerablemente la honra de su patria. A imitacion de su padre, persiguió do quiera á los impíos hasta en sus mas ocultas guaridas; hizo perecer con el fuego á los apóstatas que eran el escándalo de sus hermanos; su nombre sembró el terror entre las huestes enemigas; á su vista quedaron consternados los inícuos; consoló á los fieles hijos de Jacob; venció á todos los ejércitos contrarios; voló en breve su fama hasta los mas remotos confines del mundo; coronóse de gloria vertiendo su sangre en la justa lucha emprendida en favor de las tradiciones patrias, y su memoria vive para siempre en bendicion: *Dilatavit gloriam populo suo, et induit se loriam sicut gigas, et succinxit se arma bellica in praeliis, et prótegebat castra gladio suo.*

Esté elogio que el Espiritu divino traza del antiguo Macabeo, envuelve un vaticinio y una brillante pintura de los héroes cristianos que en su dia debian combatir victoriosamente hasta la muerte en defensa de la Religion y de la Iglesia de Jesucristo. El angélico doctor Santo Tomás ve en esas palabras retratado al vivo el carácter de heroísmo que viene distinguiendo desde el Calvario á los que han recibido la árdua pero gloriosa mision de luchar contra los enemigos capitales del Evangelio, que tan luminosamente caracteriza el mismo Santo Doctor, clasificándolos en tres especies, á saber: «Los hombres de corazon corrompido por las pasiones mas abominables, los de corazon cauteloso por los ardidés de su ánimo seductor, y los de corazon temerario y orgulloso por la soberbia de su espíritu luciferino,» en los cuales se hallan personificados el libertinage, la herejía y la incredulidad.

Hed ahí, M. A. O., los mismos enemigos que combatió el ilustre defensor de la fé, Pedro de Verona, cuya memoria solemnizamos en este dia. Él fué el invencible Macabeo de la ley de gracia, en quien

se reunieron todas las dotes y las circunstancias todas que inmortalizaron el heroísmo del antiguo Judas. Hijo dignísimo del segundo Matathias, Domingo de Guzman, vástago tierno de aquella familia macabea protectora del pueblo oprimido, que tan fielmente supo conservar y sostener las tradiciones paternas, Pedro Veronense fué el tipo consumado de la fortaleza, de la magnanimidad, del valor y de la inquebrantable constancia del propugnador invicto cuyo elogio hemos bosquejado. Como él se propuso fomentar y estender la gloria de su nacion luchando generosamente en pro de la fé: *Dilatavit gloriam populo suo*; como él, á ley de gigante, abrazó el escudo de la verdad, y se revistió de las armas espirituales para hacer frente al error y perseguirle en todas direcciones: *Induit se lorica sicut gigas, et succinxit se arma bellica in præliis*; como él, en fin, protegió con su espada los campamentos del Señor, ahuyentando de él á los que aspiraban á su esterminio: *Et protegebat castra gladio suo*; y no menos generoso que él supo sellar con su sangre el testimonio de su heroísmo.

En el panegirico que de nuestro Santo me propongo hacer, voy á tomar hoy un giro muy distinto del que en ocasiones análogas he adoptado. El carácter de los enemigos de Pedro de Verona, contra quienes sostuvo los inviolables derechos de la verdad, será el claro oscuro que hará realzar el brillo de sus méritos, el lustre de su espada, y el verdor de sus laureles, al modo que plugo al Señor manifestar la gloria del antiguo Macabeo por la infamia de sus adversarios, que lo eran de cielo y tierra en frase de los divinos libros. «Los vicios y los errores de los émulos del Veronense hicieron sobresalir las virtudes de éste, la inocencia de su vida, la pureza de su doctrina, y la firmeza de su celo, armas invencibles con que defendió gloriosamente la religion católica.» Hed aquí trazado mi asunto, etc.

AVE MARÍA.

REFLEXION UNICA.

En las épocas mas turbulentas, en los dias mas aciagos, cuando mas desmedidamente crecen los desórdenes y la impiedad adquiere mayores triunfos, entonces es precisamente cuando movido el cielo á compasion, hace brotar la luz del seno de la tinieblas; restablece el órden en medio del caos; hace surgir de una cisterna rota y enlodada de Samaria un rio cristalino de donde fluye pura la santa verdad; al lado del veneno prepara la triaca; entre las espinas del error muestra llena de lozania la cándida azucena de la fé, y la embellece con la fragancia de todas las virtudes. Con estos símiles celebra la Iglesia el nacimiento y los sublimes destinos de Pedro de Verona (1), bien así como la situacion del mundo cristiano en el siglo XIII, y la corrupcion en que se hallaba envuelta la familia de nuestro héroe. Al modo que una serpiente ya arrastrándose insensiblemente por el polvo, ya deslizándose cautelosa entre las flores, ya erguiendo ufana su soberbio cuello, atrae con su ponzoñoso aliento á las simples é incautas avecillas, no de otra suerte los padres y parientes de Pedro intentáran desde muy temprano seducir con promesas, halagos y amenazas á aquella inocente paloma, que prevenida y sostenida por la gracia, iba sobrenadando entre el diluvio de la corrupcion general, sin hallar en el hogar paterno un sitio donde fijar su pié, que no estuviese cubierto de abominacion y escándalo. Basta solo decir que todos sus deudos estaban infestados del maniqueismo, para deducir lo que podia esperar en medio de unos seres que fingiéndose un Dios autor y protector del mal, siempre en lucha con otro Dios principio del bien y siempre victorioso de él, encadenaba la libertad del hombre arrastrándole á todo linage de vicios y obscenidades. Sin embargo, el Dios de toda bondad, que sembrára en el tierno corazon de aquel niño el gérmen de las mas preciosas

(1) V. offic. propr. S. Petr. Veron. in Cod. Ord. prædic.

virtudes, dotándole de un entendimiento despejado, de un alma sensible y generosa, y de un carácter de entereza heroica; él que le tenia reservados los mas sublimes destinos, puesto que debia ser en su dia el reformador de las costumbres de su siglo, el consuelo de la Iglesia, el firme apoyo de la religion, el azote del error, y el antemural de la fé católica, protege su inocencia, defiende su debilidad, y le saca á salvo de todos los peligros. En vano le asaltan desde la cuna prepotentes adversarios; en vano se despliega á sus tiernos ojos el maniqueismo con toda la fuerza de la seduccion. El amor y el respeto filial no serán bastantes á encadenar su espíritu y á hacerle traidor á su conciencia. Se realizará en Pedro de Verona la ficcion mitológica de los Hércules sofocando al nacer las mas monstruosas serpientes. Se verá en él un nuevo David desquijarando los leones de los bosques en su juventud. Luchen en buen hora contra él las huestes del averno; la gracia le sacará victorioso en tan descomunal pelea, y la religion recogerá los verdes laureles de este temprano triunfo.

Coronado en efecto á los siete años con una victoria tan brillante como inesperada, corre á Bolonia á enriquecerse con los despojos de los egipcios, como llamaba San Gerónimo á las ciencias humanas, en aquella célebre universidad. Mas no era este puerto bastante seguro para conservar ilesa su inocencia. El concurso de una juventud licenciosa, el lujo desmedido, la vanidad y el orgullo, la corrupcion y la inmoralidad triunfantes, ármanle á cada paso peligrosos lazos, le persiguen donde quiera, le insultan y apostrofan.... Preciso es que buya ese Sanson esforzado, si no ha de ser víctima de otra Dadila seductora; fuerza es que esa paloma sin manchilla remonte su vuelo y busque un arca de salvacion donde posar seguramente, pues hay muchos vestigios del diluvio en esa tierra anegada. ¿Y en dónde hallará Pedro ese asilo que busca? ¿Dónde fijará su planta que no lo encuentre todo contaminado con los pestilentes hálitos del error? ¡Ab! Yo os saludo, cláustros venerables del gran Guzman, Orden insignie de predicadores, montaña misteriosa do cae sin cesar el eterno rocío de las celestiales bendiciones, campo feraz en cuyo suelo crecen robustos gigantescos árboles, cargados de maduros frutos de san-

tividad (1), cielo animado, habitado por ángeles de paz y pregoneros del Rey eterno (2), baluarte inespugnable de donde salen los héroicos atletas de la fé y las verdaderas antorchas del mundo (3). ¡Cuán bellos son tus tabernáculos, oh nuevo Jacob, y cuán hermosas tus tiendas, oh Israel! Allí es, M. A. O., donde vuela á refugiarse Pedro de Verona. En la casa de Domingo y al lado de ese invicto Matathías que le cubrió de su armadura celestial, se forma el nuevo guerrero y cobra alientos para salir á la lid, heredero de su fé y de su valor. Ciertó que tambien en aquel pacífico asilo encontró émulo su virtud, viéndose perseguido por la envidia, sombra perpétua del verdadero mérito, calumniado con furor por falsos hermanos, y reducido á estrecha prision, víctima de ruines y torpes manejos de hombres mal intencionados, incapaces de sufrir los celestiales favores que le dispensára la reina de los ángeles, á quien plugo dar á su siervo un visible testimonio de cuán complacida estaba de sus servicios. Su vida tan austera como inocente, su silencio jamás interrumpido, su continua oracion que mas de una vez le remontaba á las regiones de lo invisible, su heroico sufrimiento en las mas crueles dolencias, su abnegacion y humildad en medio de los mas intolerables desconsuelos, movieran á la sin par y bellisima María á visitarle en compañía de dos vírgenes bienaventuradas en una silenciosa noche. Mas ¡ay! ¿quién jamás hubiera siquiera sospechado que estos regalos con que el cielo premiára el ejercicio de sus virtudes y la exactisima observancia de todas las reglas de su Orden, fuesen motivos suficientes para que la malignidad cebase en él su venenoso diente, interpretando siniestramente sus acciones, y formulando contra él cargos tan inmerecidos como deshonorosos? Pues así sucedió, y sabido es cuánto hubo de sufrir nuestro héroe hasta vindicar completamente su honra, y poner de manifiesto su intachable inocencia.

Mas estos preliminares de su vida privada y de sus ocultas batallas contra la carne y la sangre, y contra los poderes invisibles que

(1) Honor. III. Const. *Ligna* 11.

(2) Gregor. IX. Const. *Gaudiorum* 169.

(3) Honor. III. Const. *Nos attendentes*.

turban la armonía de este mundo, no eran sino la perspectiva de otras guerras públicas, donde en campo abierto debía encontrarse Pedro de Verona con enemigos aun mas formidables. ¡Cuántas veces comparecieron los demonios bajo la forma de animales horribles para turbarle en sus sermones y públicas conferencias, cuando en las plazas y en los campos anunciaba las eternas verdades rodeado de numerosos concursos que le escuchaban pendientes de sus lábios con mas interés que los atenienses á sus Pericles y Demóstenes! No era, empero, el infierno con sus horrendas visiones lo que podia intimidar al Veronense; mas aun que los espíritus del averno dábanle que hacer los herejes cuya obstinacion pareciase en mucho á la de los condenados. Para ahuyentar á aquellos bastábale la señal de la cruz; pero necesitaba hacer prodigios inauditos para convertir á los Maniqueos, renovando los portentos del antiguo Elias contra los sacerdotes de Baal. Ocasión hubo en que nuestro Santo quedó casi anonadado y confundido por las argucias y sutilezas de uno de los maestros del error. Pide una corta tregua para meditar la respuesta; sus enemigos le silvan, escarnecen, y entonan ya un himno de triunfo.... ¡Ay de la religion! ¡Ay de la fé!... Mas no hay por qué temer. Pedro vuela á un templo vecino; póstrase ante una imagen de la Madre de la Sabiduría encarnada, clama al cielo como Judas Macabeo para que de allí le venga el valor que produce la victoria. Maria escucha su plegaria; la que ha recibido la gran mision de destruir en la tierra todos los errores, asegúrale que ha rogado por él para que no desfallezca su fé y confirme en ella á sus hermanos. Con esta seguridad cobra nuevo aliento, torna al combate, reduce á menudo polvo los artificiosos sofismas de su competidor; éste se turba, anúdasele la lengua, no puede proferir una sola palabra, esfuerzase á sostener su causa por señas, é impotente para resistir á los contundentes golpes de la verdad católica, se enfurece contra sí mismo cual vívora pisoteada, y sucumbe bajo el peso de su desesperacion. Allí se ve renovado el castigo del primer hereje Simon Mago, cuando la oracion del príncipe de los apóstoles le hizo caer del aire y romperse las piernas; el del heresiarca Arrio arrojando las entrañas en el exceso de su furor; el del apóstata Juliano mu-

riendo de un flechazo y arrojando su sangre contra el cielo victorioso; el que han experimentado los mas célebres incrédulos de estos últimos siglos, y el que está reservado al último de los perseguidores de la Iglesia, el Antecristo, herido con la espada que saldrá de la boca del Redentor.

Desde este señalado triunfo de la sabiduría y oracion de Pedro de Verona contra la herejía maniquea, yo veo en sus manos aquella espada celestial que el antiguo Macabeo recibiera un dia en una vision misteriosa para destruir los enemigos de su querido Israel. «Recibe, le dijo el gran sacerdote Onías, recibe esta espada triunfadora; su fuerza es del cielo; en su punta está el terror y el espanto de todos los adversarios de la religion y de la patria; con ella mantendrás en paz los pueblos, seguros los altares y los tronos, y rebatirás los impetus de los que hacen la guerra á la verdad.» Esta espada espiritual dada por Cristo á Pedro, ha sido manejada por todos sus sucesores. Ella ha cortado todos los miembros gangrenosos del cuerpo místico de la Iglesia, ha conservado la pureza, unidad y santidad del dogma, y ha arrancado la cizaña que hombres enemigos sembráran en el fértil campo del divino labrador. Con ella los primeros pastores ahuyentaron de su grey los hambrientos lobos que disfrazados con piel de oveja introducíanse en el redil de Cristo; y blandiéndola diestramente cuantos han luchado en defensa de las católicas tradiciones, han conquistado una gloria imperecedera, derrotando á los Apolonios, Filarques, Nicanores, Antiocos, y demás enemigos de la Nacion Santa.

¿Y cuáles pensais eran los que el Veronense hubo de combatir en su tiempo? ¿Acaso algunos hombres sólidamente sábios, piadosos, benéficos, humanos, respetuosos, sumisos á las potestades del cielo y de la tierra, que procurasen la dicha de los pueblos? Tal ha sido siempre el lema que han adoptado todos los novadores para mejor llevar á cabo sus funestos planes. Empero, oid á nuestro Santo describir con elocuente lenguaje el carácter de sus adversarios, el mismo de todos los que hacen frente á la verdad católica. «¡Ay de mí! esclamaba en el ejercicio de su ministerio; yo me veo forzado á proceder como el invicto Macabeo, á recorrer las ciudades y purgarlas

de los impíos profanadores que las corrompen, atrayendo sobre ellas con sus blasfemias las iras del cielo. Preciso es defender las riberas del Aino, las floridas provincias de Italia, y conservar nuestros propios hogares. Los Cataros, los Valdenses, los Albigenses y Maniqueos, no son solamente enemigos ocultos que aspiren á triunfar con las ideas. Unos con semblante compungido, continente hipócrita, y afectada modestia, van de casa en casa engañando á los incautos, seduciendo los corazones sencillos, pervirtiendo á las doncellas, estafando á las viudas, poniendo asechanzas á la virtud, persiguiendo á la inocencia, y todo esto con blandas palabras y falsas bendiciones. Otros avanzando en la carrera del mal, arrastran en sus propios errores á cuantos pueden sorprender, y sin mas Dios que el Dios de Epicuro, y sin otro norte que su misma ignominia, aspiran á establecer en el mundo un cinismo universal. ¿Y habrá de sufrir la Iglesia tal trastorno? ¿Y habrán de tolerar en silencio tamaños desórdenes y la relajacion universal de las costumbres unos gobiernos justos, ilustrados y previsores? ¿A qué esperan, cuando entre nosotros se ha cumplido el funesto vaticinio del Apocalipsi, y ya los impíos han invadido toda la tierra, y circunvalado el alcázar de la santidad, y puesto sitio á la ciudad predilecta del Señor (1)? ¡Ah! Ellos han tomado las armas, han apelado á la fuerza, y acechan nuestras vidas para lograr con nuestro esterminio la ruina de la religion. Mas no importa, exclamaba lleno de heróico celo, no importa que un asesino espie mis pasos para vengar en mí su despecho. Lo sé; nada se me oculta de cuanto contra mí se fragua en silencio; estoy seguro de que moriré á manos del crimen; empero cesad, queridos Milanenses, de llorar por mi vida; contento y consolado descenderé al sepulcro, porque con mi sangre afianzaré las verdades que os predico, y los dogmas que defiendo con la espada del Macabeo.»

Así se espresaba Pedro de Verona, y sus palabras nos trazan el cuadro de su vida apostólica, de las empresas de su celo, del ardor con que llenó su mision de inquisidor general, y del carácter de los

(1) Ascenderunt super latitudinem terræ, et circueverunt castra sanctorum et civitatem dilectam. Apoc. XX, 8.

enemigos contra quienes tuvo que luchar hasta la muerte. No se hizo esperar esto mucho tiempo, pues urgía á la impiedad quitar de en medio á tan terrible adversario. Barlasina era el lugar destinado para el sacrificio; allí le espera la palma del martirio. Armado está el brazo que ha de descargar el golpe sobre su sagrada cabeza; el momento llega, y en la oscuridad de una sombría noche, cual otro Judas sorprendido por las tropas de Bachides, sucumbe Pedro bajo el acero de Carino; pero ceñidas sus sienes con laureles que jamás se marchitarán, coronado de ilustres victorias, rico con mil despojos que ha arrebatado al maniqueismo, y escribiendo en el suelo con su propia sangre el símbolo de la fé católica.

Desplomóse la piedra angular del santuario, y el pueblo cubierto de tristeza lloró por muchos dias cerca de su sepulcro. «¿Cómo ha caído, esclamaban á manera de los hebreos en la muerte del Macabeo, aquel héroe á quien debe su salud el pueblo de Israel? ¡Ah! ¿Qué será de nosotros? ¿Quién sabe si el Señor enojado nos ha quitado ese defensor magnánimo á cuya vida y celo tenia tal vez ligada su proteccion contra nuestros enemigos?» Tal era el llanto general de la Italia, el clamor de los hijos del gran Guzman, y el duelo de toda la Iglesia. Empero enjugad todas vuestras lágrimas. Si ha sido derribada la piedra angular del edificio de la religion, y los apóstatas é impíos han mirado su muerte como una especie de triunfo, sobre esa misma piedra colocada en la Jerusalem soberana vendrán á estrellarse los designios de nuestros adversarios, y por ella serán aplastados aquellos sobre quienes caiga con todo el ímpetu de su peso. ¡Pues qué! Cuando mayor es la necesidad, mas inminente el peligro, la persecucion mas cruda, y mas formidable el combate, ¿podrán fallar las promesas hechas por Jesucristo al principe del apostolado, y por la Madre augusta del Hombre-Dios al insigne campeón de la fé, Pedro de Verona?

No fallarán, no, porque consignadas están en el gran libro de los destinos del mundo. Tiemblen, pues, los mónstruos recientes, que con mas furor que los Arrianos, Circunceliones, Donatistas, y demás turba de antiguos sectarios se han levantado del seno del abismo para sitiar la ciudad santa. Ellos quisieran borrar la idea de toda

verdad y de todo dogma, y hasta el nombre de Dios, de sobre la haz de la tierra. Discípulos dignos de los Lametrie, Hobbes, Tollando, Collins, Volston, Tindal y otros célebres maestros del error, aspiran á acabar con toda revelacion, y hasta con la misma luz natural, formando aquella república de Ateos que con tanta maestría describe un sábio (1), y que Dios ha reducido á pavesa con el soplo de su indignacion. Obstinados en su incredulidad no cesan de dar los mas terribles asaltos á los altos alcázares de Sion. Pero los guarda la espada del héroe de Verona, y donde quiera los dignos sucesores de su celo blandiéndola con singular pericia vengan la causa de la religion ultrajada, defienden los fueros de la verdad, y confunden á los émulos de la Iglesia, que en todas partes se ostenta victoriosa de sus ardides y negros proyectos. Calumnien, porque no les quedá otra arma mas ofensiva, calumnien en buen hora al catolicismo, porque á veces se ha visto en la precision de apelar á medidas extremas para enfrenar la osadía del error y poner coto á sus destructores planes. Contra ellos mismos responde su propia historia escrita con caracteres sangrientos. Recientes están todavía las huellas de esterminio que han dejado á su paso la heregía, el filosofismo y la impiedad moderna. ¿Y son ellos los que se dicen protectores de la humanidad? ¿Son ellos los que se atreven á quejarse del rigor de las penas canónicas y civiles? ¿Son ellos los que infaman los procedimientos de un tribunal que ya no existe, pero cuya justicia han reconocido no pocos de entre los mismos adeptos del error? ¡Ah! No son ya solamente los Bossuet, Bergier, Valsechi, Gauchat, y otros sábios apologistas de la religion, los que han demostrado con la historia de las guerras promovidas por los herejes, la necesidad de reprimir prontamente su vuelo insolente y cohibir su temeraria audacia. ¡Ojalá se hubiesen sofocado con tiempo las primeras chispas de la incredulidad absoluta! Indudablemente no se hubiera propagado el incendio que ha hecho de la Europa un vasto campo de desolacion

(1) El cardenal de Bernis. Véase su admirable poema sobre *el triunfo del cristianismo*, dedicado á Pio VI y publicado por el Excmo. Sr. Azara, con notas del cardenal Gerdil.

y de ruinas. Hasta los filósofos ilustrados y cuerdos han convenido en que la contemplacion y la tolerancia mal entendidas con hombres que carecen de fé divina y humana, es siempre perjudicial, y se torna en daño de los mismos que la ejereen. ¡Felices los pueblos que al experimentar las primeras conmociones eléctricas de la impiedad, han tenido atalayas fieles que colocadas sobre los muros de la militante Jerusalem han dado el grito de alarma para impedir las consecuencias de un volcan devorador!

Aspiremos, pues, á hacer revivir en nuestro patrio suelo el celo y el heroismo de Pedro de Verona. Gloriémonos como él de tener por enemigos á los que lo son de Dios y de su religion sacrosanta. Honra y no pequeña es verse combatido por los que hacen frente á la verdad; sus injurias son laureles, sus calumnias perlas preciosas que embellecen la corona del verdadero creyente. San Gerónimo y San Agustín infamados por los libelos de Vigilancio y Celestino, si bien lloraban por su ceguedad y oraban por ellos al cielo, no por eso se juzgaban menos dichosos en verse calumniados por unos hombres apóstatas, sin creencias y sin virtudes. Este fué y será siempre el patrimonio de los héroes cristianos, el laurel que mas gloriosamente ciñe sus sienes, y la prenda mas segura de su inmortalidad.

¡Señor! Que la sangre del ilustre mártir Veronense sea una semilla fecunda de defensores íntegros, sábios, celosos, caritativos y enérgicos de vuestra santa Iglesia. Que su espada diestramente manejada por sucesores dignos de su heroismo, purifique la tierra de los monstruos del error que aspiran á corromper con su venenoso aliento los puros dogmas de nuestra fé. Que defendido el alcázar de Sion por nuevos Macabeos, veamos prosperar el culto, fomentarse los buenos principios, desenvolverse los gérmenes de la verdadera piedad, triunfar el catolicismo, y con él la civilizacion positiva de los pueblos sometidos á su cetro tutelar, á fin de que todos unánimes podamos un dia entonar ese himno inmortal de victoria cuyos ecos se pierden en el vasto seno de la eternidad.

SERMON PANEGÍRICO

PARA EL DIA DE SANTA CATALINA DE SENA.

Fortis est ut mors dilectio... lampades ejus lampades ignis atque flammarum.

Fuerte como la muerte es el amor... sus brasas son brasas ardientes y un volcan de llamas.

CANT. VIII. 6.

CUANTO con mas esmero se estudia el carácter del catolicismo y los sentimientos que inspira en las almas bien dispuestas á recibir sus impresiones, mayor convencimiento se adquiere de que en sus principios radica el gérmen de todo lo bueno, grande y generoso. Él sabe elevar un sexo de suyo débil y tímido á la altura de los héroes, y á los séres en apariencia menos á propósito para las empresas gigantescas, háceles instrumentos admirables de los portentos de su gracia. Es que esa religion divina está fundada en el amor, y el amor es en frase de la Escritura mas fuerte que la muerte misma, sus brasas son ascuas ardientes, y de él brota un volcan de llamas capaz de encender á todo el universo: *Fortis est ut mors dilectio... lampades ejus lampades ignis atque flammarum.*

Bastaria para justificar esta verdad fijar la consideracion en la ilustre heroína del siglo XIV Santa Catalina de Sena, flor bellisima del ameno vergel de la Italia, honra del orden de Santo Domingo, orgullo de la Iglesia universal, escogida por Dios en una de las mas aciagas épocas que registra la historia, para oponerla frente á frente de un mundo corrompido y vicioso, y mostrarle lo que el amor divino puede hacer en una criatura cuando ésta corresponde fiel-

mente á las inspiraciones de la gracia. Poco sería decir que abrasada de esa llama consumidora y activa, supo luchar mejor que Jacob, no ya con un génio amigo y benéfico, sino con todo el poder del averno conjurado para arrebatarla la diadema virginal que ciñeran sus sienes. Nada habría de exagerado en afirmar que se sobrepuso en valeroso arrojo á las antiguas Judithes, combatiendo y postrando á sus piés, no ya Holofernes orgullosos y prepotentes, si empero al mismo príncipe de las tinieblas empeñado en hacerla víctima de sus impuros dardos. Y si asemejándola á Moisés os la representase espuesta como él por la crueldad de los autores de su existencia á perecer en las cenagosas aguas del libertinage, que arrastraban furiosas á una sociedad en disolucion; y si como un segundo Job os la mostrase herida por la omnipotente diestra y probada con todo linage de adversidades y padecimientos, pero siempre y donde quiera victoriosa de sí misma, del mundo, del infierno y de las pasiones, conduciendo una bella cohorte de castas vírgenes que tras sus huellas cantan incesantemente las alabanzas del Cordero y le siguen heroicas hasta la cresta de un nuevo Calvario; ¿qué juicio formaríais de la ilustre hija del gran Guzman?

¡Ah! Raro es ver reunidas en una sola alma las múltiples cualidades que embellecieron á Catalina de Sena. Asómbreme contemplar en ella en prodigioso maridaje el celo de los apóstoles, la ciencia de los doctores, el valor intrépido de los mártires, el silencio de los anacoretas, el fuego de los apologistas, pues todo ello resplandeció de una manera ostensible en las diferentes fases de su vida. Pero sobre todo, al recordar que ella fué en sus días el oráculo de la Santa Sede, el génio pacificador de unos pueblos conjurados contra la autoridad del sucesor de Jesucristo en la tierra, la propugnadora del dogma católico, y la que acaso mas poderosamente contribuyó á anudar los vínculos de la unidad religiosa que intentára romper el cisma, ya no me estraña que el mismo Vaticano hiciese de ella el elogio mas brillante que quizás se ha oído, apellidándola por boca del Sumo Pontífice Pio II, «el compendio de todos los Santos.»

En la imposibilidad de desenvolver uno por uno los triunfos que está insigne heroína consiguió en su vida, voy á ceñirme á un solo

pensamiento, en que procuraré reasumirlos todos lo mejor que me sea dable, presentándoos á Catalina «henchida de amor divino, acometiendo bajo su inspiracion una heroica lucha contra el mundo, contra sí misma y contra el error, y alcanzando la mas ilustre victoria, que colocó en sus sienes la triple aureola de virgen, de santa y de apologista insigne de la verdad católica.» Imploremos ante todo los divinos auxilios, recurriendo á la Madre de la gracia y saludándola con el Angel:

AVE MARÍA.

REFLEXION UNICA.

Todos al nacer entramos en una arena en donde desde el primer dia de nuestra existencia nos es preciso combatir: porque lucha es y terrible la vida del hombre en la tierra segun la brillante metáfora del Santo Job. Ese mundo que nos recibe en su seno al salir del cláustro materno es el primer enemigo de nuestra dicha; su aliento inficiona el alma, sus máximas corrompen el corazon, sus costumbres y su libertinage son dardos envenenados que hieren nuestra inteligencia y perturban nuestros sentidos. En la copa misma en que nos ofrece el placer, va envuelta la ponzoña que acibára nuestros mejores dias; y bajo las doradas esterioridades de una supuesta bienandanza, oculta el gérmen de muerte que nos abre el abismo de nuestra desgracia.

Cuantos elementos puede poner en juego para realizar sus proyectos homicidas, otros tantos desarrolló en grande escala para triunfar de Catalina. De ella misma tomó prestadas las armas mas terribles y mortíferas para sacrificarla ante sus nefandas aras. Sirvióse de su rara belleza para hacerla caer en los lazos de la seducción; utilizó sus dotes naturales para desvanecerla con el humo de la lisonja; se aprovechó de su prematura virtud para presentarla un sangriento combate; y del cariño mismo de sus padres formó el principal baluarte para echar por tierra el edificio de una santidad,

que se dejaba vislumbrar ya á través de las debilidades de la infancia. Dijérase que el amor divino se habia anticipado en ella á la razon, puesto que mucho antes que esta apuntase en Catalina, se la veia obrar impulsada por aquel altísimo principio. Todavía estaba pegada á los pechos de la nodriza que la amamantaba, y ya ilustrada por un conocimiento sobrenatural desprendíase de ellos y no permitía tomar el alimento que la ofrecia aquella mujer viciosa. Aun no sabian sus lábios mas que balbucir algunos sonidos mal articulados, y sin embargo asombraba ver cuán perfectamente pronunciaba la salutación angélica, complaciéndose en repetirla incesantemente. Niña tierna era de cuatro años, y ya en toda la ciudad de Sena nombrábasela con el dictado de Santa. Si tal vez consigue de ella el mundo que cediendo á las exigencias paternas se atavie con lujo, y adorne su cabeza segun la costumbre de las doncellas de cierto rango, el amor divino que en su pecho anida, y cuya fuerza es mayor que la de la muerte, no tarda en hacerse superior á las conveniencias sociales; y temerosa Catalina de que una pueril frivolidad pueda hacerla objeto de miradas libres ó de importunos galanteos, resuélvese á cortar de raiz la dorada madeja de sus cabellos, cubriendo su bello semblante con un blanco velo, como otra Sara en Egipto, para cerrar de una vez la puerta á toda pretension que no esté en armonía con sus ideas virginales.

Este primer triunfo de la virgen de Sena es el origen de los que en adelante debia conseguir de un mundo enemigo declarado de su virtud. Jesucristo enamorado de un alma tan heroica escógela por esposa; hácese visible á la inocente doncella; trueca con ella su corazon; únense ambos con un juramento irrevocable; conságrale Catalina su virginidad perpétua; márcala Jesus con el sello indeleble de su diestra; y desde entonces ni la muerte, ni la vida, ni las persecuciones, ni los contratiempos, ni ningun acontecimiento es bastante á romper el fuerte lazo formado por el amor divino. Bien pueden sus padres, despechados al ver fracasar los proyectos de un enlace ventajoso que la tenian preparado, trocarse para Catalina en verdugos desapiadados, tratándola con el mayor rigor, apelando á todo linaje de violencias, ocupándola como una despreciable esclava

en los mas repugnantes servicios, denostándola frecuentemente, escupiéndola al rostro, y ejerciendo con ella las mas inauditas crueldades. ¡Y qué! ¿Lograrán por eso triunfar de su constancia y hacerla cambiar de resolucion? ¿Cómo, si ella no conoce placer mas dulce que sufrir por su amado? ¿Cómo, si no hay para su alma encanto mas bello que asemejarse en lo posible al esposo de sangre á quien ha consagrado todo su ser? ¿Qué dicha mas cumplida para Catalina que vivir crucificada en un nuevo Calvario para identificarse con el que por su amor tuvo por trono una cruz? Ni la afecta tampoco que la prohiban ir al templo y entregarse como María á las dulzuras de la oracion. Para quien ha sabido formar de su pecho un santuario do mora de continuo el amado de su alma y el objeto único de sus castas delicias, la actividad de Marta no es un inconveniente que pueda privarla de la presencia de su adorado esposo. Con él vive siempre estrechamente unida, con él conversa en dulcísimos coloquios, con él se embriaga del vino que engendra las vírgenes; y fortalecida por él, vence al mundo, le derrota, le postra á sus piés, y ciñendo á su despecho la aureola de la virginidad, menospreciando su oro seductor, burlándose de sus halagüeñas esperanzas, renunciando á sus lisongeras promesas, logra por último á fuerza de constancia huir de esa maldecida Babilonia cuyo infame cáliz jamás tocaron sus labios, y consumir su apetecida union con Jesucristo en la tercera Orden de Santo Domingo.

Allí la esperaba un combate incomparablemente mas duro y arriesgado, como que ella misma era el formidable enemigo que se lo presentaba. Consigo llevó á la mansion de la inocencia el elemento mas poderoso de ruina espiritual. Poco es que macere con inaudito rigor una carne de suyo rebelde, privándola del sueño, martirizándola con abstinencias, afligiéndola con el cilicio y reduciéndola á la mas estrecha servidumbre. El infierno que ha jurado vengarse de la derrota sufrida, atiza por todos los medios imaginables aquel fuego abrasador que levanta por do quiera vapores infectos, presentando á la imaginacion de la casta doncella imágenes lascivas, fantasmas impuros, visiones abominables, cuanto de mas feo y repugnante puede caber en la materia. ¡Situacion harto comprometida

y cruel para un alma tan inocente y candorosa! ;Lucha horrenda para una vírgen que hubiera preferido perder uno á uno sus miembros en el mas prolongado tormento, antes que ver amancillada su pureza siquiera con el mas leve pensamiento contrario á esta virtud objeto de sus encantos! Mas no por eso se abandonará al desaliento. La fé, la esperanza, el amor la servirán de yelmo para combatir con el infernal gigante. La penitencia mas estremada, la privacion de todo descanso, las cadenas aceradas, el ayuno constante, la oracion fervorosa serán las armas que embrace para hacer frente al importuno Asmodeo. No la sorprenderá éste en el sueño, porque jamás sus párpados se cerrarán mientras dure el combate; no la cogera desprevenida en la ociosidad, porque cada dia redoblará mas su vigilancia. A los piés de Jesucristo la encontrará siempre abrazada con su cruz, enviándole los suspiros de su angustiado pecho, presentándole sus ruegos y su virginal llanto, invocando su auxilio, renovando sus juramentos y protestas de amor inviolable. Y parapetada en aquel baluarte firmísimo, ¿cómo será posible que los envenenados dardos del inmundo Pithon logren abrir la menor brecha en el casto corazon de Catalina? Sufrirá tormentos indecibles, experimentará mortales angustias, será víctima de crueles temores; empero jamás se gloriará el enemigo de haber conseguido de ella el mas leve triunfo. Cuando en su desesperacion apele á un nuevo linage de armas contra ella, hiriéndola, abofeteándola, arrastrándola por el suelo, dislocándola los miembros con furibundos golpes, permitiéndolo así el Señor para embellecer mas la corona de su esposa, ella cual firme roca azotada por las olas de un mar embravecido permanecerá asida á su dulce Jesus; y éste satisfecho del heroismo de su alma generosa y sin par amante, hará renacer la calma disipando la tormenta de las pasiones, y devolviéndola su antigua tranquilidad.

¿Mas qué es lo que de nuevo sucede? ¿Qué es lo que pasa en el espíritu de Catalina? ¿Qué horror! Su esposo ha huido de ella; la ha abandonado á sí misma; la mas negra noche rodea su inteligencia; su corazon se encuentra sumergido en un abismo sin fondo de amargura.... ¿Habeis visto á mi amado? grita de continuo como la es-

posa de los Cánticos. Corro tras él, y no le encuentro; le busco en la oracion, y se me esconde; le llamo á través de los montes y vallados, y ni siquiera el menor eco responde á mis voces: *¿Num quem diligit anima mea vidistis?* No es fácil apreciar debidamente esta nueva prueba por que hubo de pasar la virgen de Sena. ¡Amar á un Dios cuanto es posible amarle en la tierra, y verse de él desdenada! ¡Arder en brasas encendidas de una caridad que hace de su pecho un volcan, y encontrarse rechazada del objeto de sus deseos! ¡Ambicionar la vista del que ha concentrado todas sus aspiraciones y afectos, y no experimentar sino sequedad, tinieblas, abandono completo, desvío cruel!... Y en medio de esto ni siquiera puede contar Catalina con un profeta compasivo que la indique la senda de la ciudad santa á donde camina, porque su mismo director espiritual recela de ella y aumenta sus perplejidades. Ni aun tiene el leve consuelo de que un Moisés piadoso la designe el derrotero que ha de seguir en aquel horrible desierto, porque el sábio conductor de su conciencia ha llegado á sospechar de su virtud. No hay, pues, alivio para aquella desolada virgen de Sion; hiel de áspides amarga su alma; llanto incesante es el alimento continuo de su corazon, interin en el fondo de este oye resonar dia y noche un grito que la dice: *¿Qué se ha hecho de tu Dios?* Y entre tanto Raimundo de Cámpua su confesor, bien lejos de endulzar con su báculo las ingratas aguas de aquel nuevo Marat, contribuye mas bien á hacerlas mas intolerables, privando á Catalina de acercarse á la mesa eucarística, quitándola el pan de los fuertes con que su alma se robustecia para trepar la escarpada montaña del Calvario, á ella que tanto tiempo hacia no probára otro alimento mas que el cuerpo adorable de su divino Salvador; á ella acostumbrada á llegarse diariamente al festín de los ángeles.

Quizás fué este, M. A. O., el rasgo mas brillante de la resignacion heroica de Catalina, el triunfo mas prodigioso que consiguió sobre si misma, y la prueba mas auténtica de su heroismo. Grande era el que se necesitaba para sostener tan duro combate. Y sin embargo, ¿qué hace la obedientísima virgen? Callar, someterse, sufrir, llorar, gemir, querellarse á su amado sordo á sus plegarias, pero

sin desmentir ni una sola vez su completísima abnegacion á las disposiciones del que en la tierra representaba para ella la persona y autoridad del mismo Dios. No importa que al querer tomar algun sustento conforme al precepto de su director, su debilitada naturaleza se resista á aceptarlo, su estómago lo rechace, y experimente nauseabundos vómitos, cual si hubiese tomado un manjar envenenado. Ella lo hará, porque obedecer es su suprema ley, y ni siquiera osará solicitar la mas leve dispensa de un mandato que pone á riesgo su existencia. A estos padecimientos naturales, añadirá la heroica virgen otros voluntarios; llegará en su ánsia de padecer hasta zambullirse en agua hirviendo de donde sale hecha una horrible úlcera; no titubeará en lamer la podre que mana de las llagas de los enfermos á quienes consagra su amorosa solicitud; por tres veces al dia se azotará con acerados garfios, y ejercitará otras austeridades que parecerian imposibles en una mujer tan débil y flaca, á no sostenerla la gracia del Señor y el amor divino que se las inspiraba. No basta esto para labrar la diadema de su segundo triunfo. Vióse á los mismos en cuyo obsequio hiciera Catalina los mas heroicos sacrificios tornar contra ella las armas de la envenenada calumnia, vertiendo las sospechas mas injuriosas á su intachable reputacion, acusándola de mujer disoluta y procaz, llamándola públicamente visionaria y fanática, persiguiéndola en las calles, zumbándola en las plazas, y denostándola do quiera como no pudiera hacerse á la criatura mas vil y despreciable. Y á todo esto, aun duerme el custodio de Israel, todavía permanece insensible á tantas angustias el amante esposo de Catalina.... Mas no, católicos, llegó la hora del consuelo; Jesucristo que invisible presenciara los triunfos de su esposa, muéstrase á ella radiante de belleza y esplendor; la imprime sus sacratísimas llagas, traspasa su diestra con un clavo, transverbera su pecho con un agudo dardo, ciñe sus sienes con una corona de espinas que ella ha preferido á otra de fragantes rosas, y la convida á subir con él á las cumbres de Amaná á abrevarse de las indefinibles delicias de una union que no será quebrantada sino para estrecharla mas con los lazos de la eternidad. ¡Oh! ¿Quién será capaz de comprender lo que entonces pasó entre Jesucristo y su casta esposa en aquellas in-

timas comunicaciones con que se dignó compensar sus pasadas amarguras? Allí se deja ver de ella sin nubes ni celajes; permítela llegue sus lábios á su sacratísimo costado; María tomando parte en tan señalados favores, la brinda con el dulcísimo nectar de sus pechos maternos; sirvenla los ángeles el pan celestial; conviértense los hombres poco antes enemigos encarnizados en públicos apologistas de su santidad; donde quiera es proclamada su virtud como un prodigio, y poco falta para que la decreten en vida los honores que el cielo la reservaba para despues de su muerte.

No han concluido, sin embargo, los combates de Catalina. Victo-riosa del mundo y de sí misma, debia triunfar tambien del error. El Señor la tenia destinada á llenar una gran mision en su Iglesia, afligida á la sazón por un largo cisma, y cercada por todas partes de elementos de ruina que amenazaban destruir la unidad católica. Roma viera trasladar la cátedra del sucesor de los apóstoles á la ciudad de Aviñon donde reinaba Gregorio XI, mientras los Florentinos divididos en banderías rehusaban prestar obediencia al Pontífice, y conspiraban contra su soberanía temporal, sin que los rayos que aquel fulmina desde su sόlio, consigan otro resultado que encender mas la tea de la discordia y exasperar los ánimos de los que habian jurado el esterminio de la Iglesia.

En circunstancias tan críticas, el pueblo santo tenia en su seno á una nueva Judith á quien el Señor reservára la colosal empresa de decapitar á los gigantes del error y devolver la paz al catolicismo. Ya en su silencioso retiro lamentára amargamente Catalina los males que pesaban sobre la religion, y levantára sus puras manos al cielo pidiendo no permitiese fuese hollada por los incircuncisos la heredad santa. Pero no satisfecha con esto, y ardiendo en celo por la honra de su Dios, levántase cual la heroina de Betulia, dirigese al campamento de los nuevos Asirios, corre á Florencia, traspasa los Alpes, salva las gigantescas cordilleras que separan la Italia de la Francia, se presenta en Aviñon, de allí vuelve á Roma, y donde quiera como un apóstol habla á los unos el lenguaje severo de la verdad, exhorta á los otros á deponer sus prevenciones contra la Iglesia, reprende á varios miembros del sacro colegio sus in-

trigas con las que fomentan y propagan la escision, representa á Gregorio XI los graves inconvenientes de unas medidas poco meditadas, y á todos á la vez les manifiesta la urgente necesidad de reanudar los lazos de la unidad católica imprudentemente rotos, contribuyendo cada cual por su parte á la reedificacion del desmoronado edificio.

Malamente se agitan contra ella las pasiones de un siglo turbulento, calificándola de ilusa y persiguiéndola de muerte; en vano el mismo Papa la arroja indignado de su presencia; inútil es que los purpurados la insulten y escarnezan, y que el populacho amotinado se subleve para matarla como á un sér pernicioso y ridiculo. Dios que la ha investido de esa mision difícil la protege con su égida, la alienta al combate, la asegura su proteccion; y Catalina nada recelosa y cada vez mas firme en su propósito de reconstruir los muros de Sion, no se deja intimidar por los peligros ni sucumbe ante las amenazas. ¿Quién no admiró el heroismo con que presentándose al intruso Pontífice que pretendia justificar sus ambiciosos planes con especiosos pretestos, le dijo cual otro Nathan á David: «Tú eres el que has arrebatado la Iglesia á su legítimo esposo, no te pertenece su posesion?» ¿Quién no la vió oponerse intrépida á una turba de conjurados que saliendo del castillo de Sant Angelo iban á incendiar la ciudad de Roma, desarmar al jefe de la conjuracion, y evitar la ruina de la capital del orbe católico que indudablemente se hubiera consumado sin su poderosa influencia? ¿Y no fué Catalina el instrumento de reconciliacion de que Dios se sirvió entre los Florentinos y la Silla apostólica, eligiéndola aquellos para que con el carácter de mediadora presentase á Gregorio sus proposiciones de avenimiento, y confiándola éste el arreglo de tan árduo negocio? ¡Así triunfó la virtud de la vírgen de Sena del encarnizado ódio de los unos, de los amargos desprecios de los otros, y de las antipatías de todos, que poco antes la perseguian cruelmente, y ahora la constituyen árbitra de los destinos de la Iglesia y de la sociedad, designándola para que cual la paloma de Noé trajese á la humanidad abismada en el diluvio de un horroroso cisma el verde ramo de oliva mensajero de la concordia entre Dios y el hombre!

No para aquí el celo de Catalina; su idea culminante es ver restituida á Roma la silla de San Pedro. Difícil es la empresa, graves y sin cuento los inconvenientes que á su realizacion se oponen. Luchan contra ella preocupaciones inveteradas, intereses nacionales, hábitos de conquista, ambiciones particulares, influencias poderosas dispuestas á sostener á todo trance la permanencia del Pontificado en Francia. ¿Mas qué importa todo ello cuando Dios se propone llevar á cabo sus irresistibles decretos? Habia escogido á Catalina para conseguir este nuevo triunfo, y no tarda en verificarse el deseo de la mayor parte de la cristiandad. Habla en efecto al Papa Gregorio; descúbrele los mas profundos secretos de su alma, haciéndole ver cuán inútilmente se resiste á cumplir lo que tiempo há habia prometido á Dios; y esta prediccion maravillosa acaba de determinar al Pontífice á restituir á la ciudad de Rómulo la cátedra apostólica, como de hecho se verifica en 1373 en medio del gozo universal del mundo católico. ¿Y no fué nuestra insigne heroína quien poco despues, cuando por fallecimiento de Gregorio XI se vió de nuevo la Iglesia dividida entre dos pontífices, legítimo uno, intruso el otro, trabajó con la mayor constancia por hacer cesar aquel cisma que renovára las llagas mal cicatrizadas que en el corazon de la Esposa del Cordero brotaban todavía sangre? Al ver huir del Vaticano al legítimo sucesor de Pedro, Urbano VI, mientras el Cardenal Roberto, bajo la denominacion de Clemente VII, se hace prestar obediencia en la silla usurpada; al considerar á aquel errante y alligido sin tener quien se declare defensor de sus derechos hollados por éste; cuando todo era confusion, alarma, desórden y perturbacion, el generoso corazon de Catalina, ardiendo en celo y lleno de magnanimidad, emprende la obra colosal de reorganizar la sociedad religiosa. Aquí escribe, allí exhorta, ora combate, ora ruega; su infusa sabiduría convence á los obstinados jefes del error; sus palabras de fuego desarmar á los corifeos de la impiedad; donde quiera la verdad se muestra bella y persuasiva en sus lábios; en todas partes su pluma victoriosa destruye los baluartes del cisma; hasta que por último, contribuyendo el cielo al triunfo de Catalina, pone el último sello á su obra con la muerte del supuesto Pontífice, devolviendo á la Igle-

sia su legítimo pastor, y restableciendo con él la unidad católica.

A tí, oh ilustre Catalina, pertenece una gran parte de esa victoria. Vencedora del error, no menos que lo fueras del mundo y de ti misma, supiste merecer la triple aureola de virgen, de santa y de defensora insigne de la verdad. Adornada con ella volaste á la edad de treinta y tres años á recibir el premio de tantas virtudes y de tan altos merecimientos al seno de tu esposo celestial. El cristianismo entusiasmado de tantos prodigios en una vida tan corta, y justamente agradecido á los eminentes servicios de que te es deudor, publica hoy tus glorias y convida á todo el orbe católico á entonar tus alabanzas. Los pueblos bendicen tu nombre, al que van vinculados tan gratos recuerdos; las castas vírgenes de la militante Jerusalem que siguiendo tus huellas abandonaron el siglo para adherirse al divino esposo de las almas puras, se congratulan de tener por madre á la virgen de Sena, y te felicitan en este día aniversario de tu mayor triunfo. Acepta nuestros sentimientos, escucha nuestras plegarias, atiende á nuestros votos, y llegue el tiempo en que reunidos contigo en torno del s6lio del Cordero immaculado, disfrutemos por siglos de siglos tu misma dicha é idéntica bienandanza.

SERMON PANEGÍRICO

PARA EL DÍA DE SAN GREGORIO, OBISPO DE OSTIA.

Pro salute vestra misit me Deus ante vos... Non vestro consilio, sed Dei voluntate huc missus sum.

Para vuestra felicidad y salvacion me ha enviado Dios delante de vosotros; pues mi mision no ha sido un designio vuestro; sino que he venido aquí por la voluntad del Señor.

GENES. XLV. 5, 8.

No hay palabras con que ponderar dignamente la solícita providencia de aquel Dios que desde lo mas encumbrado del cielo vela continuamente por los que habitan en la tierra. Desde allí, dice el Salmista, tiene fijas sobre ellos sus miradas, preside á todos los acontecimientos de los pueblos, observa sus necesidades, y conforme á ellas proporcionales los oportunos auxilios. ¡Y cuán admirables son los medios que elige para realizar sus beneficiosos designios! ¡Qué ingeniosa es su paternal bondad! Aquí ve una nacion desgraciada que arrastra mal de su grado las cadenas del mas duro cautiverio bajo el yugo de tiranos prepotentes: y apiadado de sus miserias y humillaciones, envíala un Moisés que mediante mil prodigios de fortaleza y de valor la arranca de la servidumbre y la conduce á través de una larga peregrinacion al pais de sus padres. Allí ve un pais amenazado por los horrores del hambre y de la esterilidad; y antes que esto acontezca, lleva allá á Joseph para que por vias desconocidas y en virtud de sucesos muy distantes de la prevision humana, sea el génio protector de aquel pueblo que le vió llegar como esclavo y despues le honró como príncipe. Siempre en fin y en todas partes se han visto multiplicarse esos maravillosos fenómenos

providenciales que evidencian de una manera incontestable cuán esquisita sea la vigilancia de Dios respecto del hombre, y cuán poderosamente influya en los destinos de los pueblos.

Bastariano para poner de manifiesto esta verdad consoladora, á defecto de otros mil y mil monumentos que la historia conserva en sus anales, recordar el rasgo de proteccion con que, segun una piadosa y constante tradicion, se dignó el Señor favorecer á nuestra España afligida en el siglo XI por una calamidad terrible que presagiaba otras muchas no menos lamentables y desastrosas, enviándonos al que hoy es objeto de los presentes cultos, como un ángel de consuelo á enjugar nuestro llanto y traernos el remedio de nuestros males.

Sí, católicos, nuestra patria tiene contraidos compromisos de gratitud con el ilustre obispo de Ostia, San Gregorio, que nunca podrá olvidar, y que de hecho jamás ha olvidado, bien que en la larga revolucion de tristes acontecimientos y violentas crisis por que ha pasado desde aquella época, haya podido lanzar al olvido otros recuerdos de distinta índole; porque todo desaparece y deja de existir ante la acción destructora del tiempo, salvo aquellos hechos que se ligan con las creencias y con las tradiciones religiosas de un país católico. Quizás ningun otro héroe cristiano podrá decir con mas razon que ese insigne prelado respecto de España, lo que el antiguo virey de Egipto decia á sus hermanos despues de una larga ausencia: «Hedme aquí, deponed todo recelo; pues para vuestra felicidad y salvacion me ha enviado Dios delante de vosotros. No ha sido mi mision un hecho aislado ó fortuito, ni dependiente de un mero designio vuestro, sino que he venido aquí por la voluntad del Señor para hacer vuestra ventura y proporcionaros importantes servicios:» *Pro salute vestra misit me Deus ante vos... Non vestro consilio sed Dei voluntate huc missus sum.*

¿Y cuál fué la mision de San Gregorio Ostiense para con España? ¿Qué vínculos le ligan con el país de los Leandros, Isidoros, Fulgencios y esos otros mil génios que tan alta reputacion han adquirido en la historia de nuestras glorias nacionales? ¡Ah! Duéleme en sumo grado que hayan desaparecido de nuestros archivos los documentos relativos á la venida de ese ilustre extranjero á nuestro suelo;

duéleme que entre el polvo y las conflagraciones de los campos de batalla, ó al soplo de las irrupciones vandálicas que devastaron la antigua Iberia, se hayan perdido los interesantes pormenores históricos de la mision que aquí ejerciera. No obstante esto, á la luz de ciertos monumentos tradicionales conservados en los pueblos que tuvieron la dicha de poseerle como su ángel tutelar y experimentar su benéfica influencia, procuraré demostraros que la mision de San Gregorio respecto de España, fué una mision providencial de caridad y de celo que llenó cumplidamente á satisfaccion del que se la confiára, haciendo inmensos beneficios en el órden material y moral, y sembrando fecundos gérmenes de cristiana civilizacion á la vez que hacia desaparecer los elementos de ruina que afligian á la humanidad. A esta sencilla idea voy á reducir todo el asunto de mi discurso, etc.

AVE MARÍA.

REFLEXION UNICA.

Para los grandes males, para las crisis violentas que trabajan á los pueblos, para las espantosas calamidades que afligen á la humanidad, tiene el Señor reservados en los tesoros de su misericordia medios poderosísimos, elementos eficaces de consuelo, y remedios positivos que no siempre conoce el hombre. Lo que éste por sí solo es impotente á evitar, consíguelo fácilmente la divina Providencia, y no hay revés ni desgracia que no alcance á dominar su omnipotente diestra. Y ¡cosa singular! por medio del hombre mismo complácese en hacer ostensibles las magnificencias de su gloria y los mas maravillosos rasgos de su amor. Tal vez de donde menos pudiera esperarse sobreviene el auxilio deseado; quizás del seno de la mayor oscuridad brota la luz mensajera de dias venturosos; frecuentemente surge un génio benéfico portador de las riquezas de la paz de allí á donde nunca se dirigieron los suspiros de un corazon destrozado.

No necesito salirme del asunto que hoy soy llamado á desen-

volver para evidenciar estas consoladoras reflexiones. En suelo extraño y lejos de nuestra patria nació el génio que Dios tenía depurado para llenar la mas importante mision en España á principios del siglo XI. Para hacer mas visible la obra del cielo, plúgole que quedase para siempre ignorada la procedencia del héroe destinado á salvarla en los dias de su infortunio. La cuna del insigne bienhechor de un país aquejado por horrorosas calamidades, ha sido siempre y sigue siendo un misterio para nosotros, bien así como los sucesos de sus primeros años. Sábese únicamente merced á ciertas piadosas tradiciones, que á la sombra de los góticos cláustros del gran Benito, creció Gregorio, cual tierna flor que andando el tiempo debía ser trasplantada del vergel de la Italia al ameno jardín de la Iberia, para exhalar en él el suave y vivificante aroma de sus virtudes y beneficios. Por lo demás, ese Orden insigne que conserva en sus fastos el nombre de nuestro héroe al lado de los innumerables que ha dado á la religion y á la sociedad, á la literatura y á la virtud, al génio y á las artes; esa Roma que recogió los primeros frutos de su ilustracion y de su santidad cuando en el monasterio de San Cosme y San Damian le admiró siendo el modelo del monje, el tipo del sábio, el ejemplar de la observancia religiosa, el fiel retrato del hombre científico segun Dios, y ornando sus sienes con los laureles de mil brillantes triunfos que le merecieron el respeto y las atenciones de aquella culta capital del orbe cristiano; ese país venturoso que tuvo la dicha de poseerle, y beber en las límpidas fuentes de su doctrina las puras aguas de unos conocimientos nada comunes; ellos únicamente pudieran franquearnos los tesoros de su historia, y descubrirnos las bellezas de ese génio con quien nos unen lazos tan íntimos y tan tiernas simpatías. Pero á nuestros inútiles deseos solo responde la historia con un sensible silencio. Nos dirá únicamente que su gran virtud y su ciencia prodigiosa le hicieron acreedor á ocupar en su sagrado Orden cargos honoríficos y puestos eminentes, siempre empero luchando con su humildad profunda, y oponiendo la mas decidida resistencia á la aceptacion de semejantes distinciones. Nos le mostrará reformando con su prudente celo la disciplina monástica, haciendo revivir con su ejemplo el primitivo

fervor de los claústros, reanimando con sus acertadas disposiciones la purísima llama de la caridad y demás virtudes que forman la suma de la perfeccion evangélica, y obrando una revolucion feliz en los hábitos y costumbres de una época que se resentia y no poco del movimiento que en todo imprimian la ignorancia y demás pasiones reinantes. Nos manifestará cuán gratos debieron ser sus servicios al sumo Pontifice Juan XVIII, puesto que no satisfecho con elevarle á la silla episcopal de Ostia, le honró con la púrpura cardenalicia en el primer año de su Pontificado.

Allí brillaba Gregorio como un astro luminoso, uniendo á sus trabajos episcopales los no menos importantes de bibliotecario apostólico que continuára desempeñando bajo cuatro sucesivos Papas, mostrando en ambos cargos la mas esquisita vigilancia, el talento mas extraordinario, y el mas fino tacto en los árduos negocios de la Iglesia, cuando la voz del cielo le llamó á nuestra peninsula á ser el ángel tutelar, el génio consolador de algunas de sus provincias sumidas en la afliccion á consecuencia de graves calamidades. La pesada mano de Dios cayera sobre España. Semejante á la culpable Jerusalem en los dias de su mayor desventura, su fértil suelo convirtiérase en un campo devastado por el cruel insecto de la langosta, que la justicia del Señor irritada eligiera por ministro de sus venganzas; pues sabido es que cuando se propone corregir ó castigar á un pueblo, llama en su auxilio el granizo, la nieve, la escarcha, el espíritu de tempestad, ó cualquiera otro sér animado ó inanimado, y todos segun el Profeta escuchan su voz y están dispuestos á ejecutar sus órdenes (1). Las provincias de Rioja y Navarra eran entre todas en donde mas se hacian sentir las consecuencias del azote: y el aspecto tristisimo que presentaban reducidas á la mas extrema indigencia escede á toda ponderacion. ¿A quién, pues, dirigirán sus miradas en tan angustioso conflicto? ¿A dónde irán á implorar auxilio tantos séres desgraciados que gimen víctimas del hambre? ¡Oh! Harto conocian que solo del cielo podia venir el socorro que en vano pedian á la tierra. En esta persuasion, ya fuese por un instintivo

(1) Psalm. CXLVIII. 8.

presentimiento, ya por una inspiracion de la gracia, ello es que viéndose destituidas de toda esperanza, recurrén á Roma, y demandan al Sumo Pontífice que como á hijos de aquella Iglesia que cobija en su seno á todos los pueblos de la tierra, les preste su paternal auxilio en tan grave conflicto, é implore en favor suyo las misericordias de lo alto. ¿Cómo podia mostrarse indiferente el Vaticano á los ruegos de un pais que en su acendrada fé buscaba en el centro de la unidad católica los elementos de dicha y bienestar que en ninguna otra parte pueden hallarse? ¿Cómo ensordecen á los gritos del corazon humano que tan elocuentemente manifestaba sus hondas convicciones de que en la Silla del sucesor de Pedro residen los tesoros de verdad, de gracia y de salvacion que en ella depositára el Salvador, para distribuirlos por la mano de su representante en toda la redondez del globo? No era posible que una manifestacion tan espresa de los sentimientos católicos de los españoles dejase de herir vivamente los oidos y commover las entrañas paternales del supremo Pastor del rebaño de Jesucristo. Apresúrase á hacer en Roma públicas rogativas; impone un ayuno general para aplacar la divina justicia; él mismo en persona va á postrarse sobre el sepulcro de los santos apóstoles, y derrama amargo llanto en favor de la afligida España. El cielo no tarda en mostrarse propicio; bien presto asoma por el horizonte el crepúsculo de un nuevo dia de paz y de bonanza. Gregorio de Ostia es el génio tutelar que la Providencia designa para ir á llevar la buena nueva á un pais postrado en la desgracia; es el iris que debe aparecer en el azulado cielo de la Iberia para anunciarla la cesacion de aquel diluvio de males en que se encuentra sumergido; es la paloma mensajera del mas fausto acontecimiento para los restos de una raza fiel envueltos en la proscripcion comun provocada por los crímenes de la humanidad.

Cuéntase que un ángel revelára al Sumo Pontífice que cesarian las calamidades de España, si enviase á ella al virtuosísimo obispo de Ostia, y que no dudando un punto de aquella promesa le envió en cualidad de legado apostólico para que en su alta capacidad providenciase lo que juzgára mas á propósito para el remedio de tan graves conflictos. No os pondré como incuestionable esta tradi-

cion, ni lo necesito tampoco á mi propósito. Bástame saber, y esto no admite duda, pues está consignado en monumentos harto respetables, que Gregorio aceptó esta gran misión; que ardiendo en santo celo y en caridad heroica voló á España á procurar por cuantos medios estuviesen á su alcance el consuelo de sus habitantes; que se presentó en nuestras provincias de Rioja y Navarra como un apóstol, mejor diré, como un ángel portador de la nueva alianza de misericordia y de amor que el Señor se proponía hacer con los hijos de este suelo desventurado. Salidle al encuentro, dichosos y bienhadados Riojanos. La Providencia os envía ese nuevo José para ser vuestro paño de lágrimas en los días angustiosos de la esterilidad, y proporcionaros la abundancia apetecida. Entonad festivos himnos, felices Navarros: el cielo es quien os depara ese nuevo Moisés para ahuyentar con su portentosa vara las plagas malélicas que dejan yermos vuestros campos abriéndoos el sepulcro allí donde esperábais hallar los tesoros de la vida.

Nada en efecto es tan grato para nuestros reconocidos corazones, como el recordar los eminentes servicios que ese heraldo del Dios de toda bondad prestára á nuestro país en la época á que aludimos. Viérasele á su llegada postrarse sobre su agostado suelo, regarle con sus lágrimas, elevar sus manos suplicantes al Señor, conjurarle que se apiadase de tanta desdicha, y ofrecerse como víctima espiatoria, como una hostia de propiciación por los pecados que motiváran tan horribles castigos. Viérasele correr de Calaborra á Logroño, de allí á los pueblos de Navarra, predicando donde quiera penitencia, arma poderosísima para triunfar de la justicia divina, exhortar fervorosamente á la enmienda de las costumbres, instituir públicas plegarias y austeridades, llamar al arrepentimiento á las almas rebeldes ú obstinadas, recogiendo en todas partes los mas abundantes y sazoados frutos. Viérasele ya en el confesonario, ya en el púlpito, ora en los templos, ora en las calles, cuándo en las poblaciones, cuándo en los campos, armada su diestra de la Cruz regeneradora, enseñando al ignorante, instruyendo al rústico, catequizando al niño, convenciendo al sábio, refutando al incrédulo, haciéndose todo á todos á manera del Apóstol, y esto por espacio de cinco años sin el

menor descanso, sin dar la mas leve tregua á su inquieto celo, persuadido como estaba de que solo una renovacion completa en las costumbres harto relajadas de los pueblos que evangelizaba, podia operar una revolucion feliz en su porvenir y mejorar su suerte. No se engañaba por cierto Gregorio cuando así discurría: los resultados vinieron á confirmar sus previsiones. En proporcion que la moral iba adquiriendo su imperio, y cesaban los vicios, y se reformaban las costumbres, disminuía progresivamente el azote, cesaban los efectos de la calamidad reinante, y huía el voraz insecto hasta desaparecer completamente, tornando la abundancia á llevar el consuelo á tanto corazones ulcerados.

Ved pues, M. A. O., si tuve razon para deciros que nuestra patria ha contraido con el insigne Obispo de Ostia, compromisos de gratitud que nunca podrá olvidar, puesto que vino á desempeñar entre nosotros una mision providencial, un ministerio de caridad y de celo, tan fecundo en beneficiosos resultados para la religion y la moral, como abundante en elementos de dicha y prosperidad pública. ¡Y qué! ¿Pudiera desentenderse España de un hombre que fué á la vez su apóstol, su regenerador, su ángel tutelar, y su génio benéfico en los dias del infortunio? ¿Qué no hicieron los pueblos del antiguo Egipto para mostrar su agradecimiento á aquel extranjero á quien la Providencia condujo á su seno para ser despues el salvador de un pais á quien amagaba la calamidad mas espantosa? ¡Ah! No diré yo, señores, que como ellos á Joseph levantemos un trono á Gregorio, le proclamemos príncipe de nuestra patria y le tributemos honores reales. Empero ¿no será justo que en nuestros corazones le erijamos un monumento imperecedero, que viva en nuestras almas constantemente el recuerdo de sus beneficios, que perpetuemos su nombre en nuestros fastos nacionales al lado de nuestras celebridades religiosas, que sepa por nosotros la posteridad cuánto debe España al héroe de Ostia, y que donde quiera se eleven acentos de gratitud y de entusiasmo en obsequio del que solo atraído por su celo y por el deseo de favorecernos, aceptó una mision tan penosa? ¿No será acreedor á que le consagremos nuestros homenajes, celebremos su festividad, y le honremos con un culto cordial y entu-

siasta, ya que él, abrasado en caridad, lleno de compasion por nuestras miserias, se ofreció con abnegacion tan heroica á remediarnos? ¿Será mucho que procuremos immortalizar su memoria, grabando en páginas de oro sus ilustres hechos, cuando él no contento con visitarnos como el suave rocío de la aurora en épocas tan afflictivas y tristes, quiso dedicarnos el resto de su vida, fijar en nuestro suelo su residencia, consagrarnos sus sudores y fatigas, enriquecernos con su doctrina y beneficios, morir en esta tierra que tan cara era á su corazon, y legarnos sus sagrados restos como un testimonio de amor, como prenda de proteccion y amparo, como antídoto eficaz contra los azotes del cielo, como vena fecundísima de bienes y gracias en las épocas calamitosas?

¡Ah! España por dicha ha comprendido perfectamente los vínculos que la estrechan con su insigne bienhechor. Las provincias mas directamente favorecidas por él han correspondido cual debian á sus eminentes servicios. Navarra, sobre todo, depositaria de las venerables reliquias de San Gregorio, se considera dichosa con su posesion, que tambien debió á un suceso providencial. Allí cerca de Estella, entre el monasterio de Irache y la villa de Arcos, levántase un modesto templo donde si no con la pompa y ostentacion dignas de tan ilustre Santo, venéranse sus restos mortales con un afecto cordial engendrado por la mas sincera é ilustrada piedad. Allí acuden los pueblos vecinos y otros distantes á implorar por su intercesion la misericordia del cielo contra el voraz insecto que tala sus campiñas, y rara vez dejan de obtener los mas felices resultados en tales ocasiones.

Plegue al Señor, oh ilustre prelado, prolongar por vuestra mediacion los beneficios que España debió á vuestro celo y feliz influencia en sus destinos. Continudad, os rogamos, vuestra vigilancia sobre un pais que tanto se honró con vuestra presencia, y que no se juzga menos dichoso en poseer vuestro sepulcro, de donde fluyen incesantemente copiosísimos raudales de bendicion. Corresponded á nuestra confianza con vuestra decidida proteccion en los dias calamitosos, y haced que nosotros correspondamos á vuestros favores con una exacta fidelidad en llenar los deberes de cristianos, única que nos

hará acreedores á experimentar siempre las bondades del cielo. Admitid los homenajes de nuestra piedad; aceptad los cultos que consagramos á vuestra memoria; no desdeñeis los públicos testimonios que hoy venimos á ofrecer de nuestra sincera gratitud. Nuestra única ambicion en la tierra es no desmerecer nunca vuestro valimiento, con el que esperamos un día vivir y reinar por siglos y siglos en vuestra compañía en la mansion de la inmortalidad.

SERMON PANEGÍRICO

PARA EL DIA DE SAN JUAN NEPOMUCENO.

Dabit ori meo custodiam, et super labia mea signaculum certum, ut non cadam ab ipsis, et lingua mea perdat me.

Pondrá el Señor un candado en mi boca, y sobre mis labios un sello inviolable, para que no me deslice, y sea victima de mi propia lengua.

ECCI. XXII. 23.

LA dignidad del sacerdocio católico no es solamente un título de honor como malamente se ha creído por ciertos espíritus superficiales; es á la vez una pesada carga que lleva consigo gravísimos deberes, funciones comprometidas, ministerios espinosos y una tremenda responsabilidad. Hombre de Dios, hombre de la sociedad, hombre del pueblo, el ministro del santuario en sus relaciones con el mundo en que vive, debe ser el faro que dirija la humanidad hácia sus verdaderos destinos, la antorcha que la ilumine, la misteriosa columna que en la negra noche de las pasiones la indique el camino de la tierra prometida, el Moisés que la sostenga á través de su difícil peregrinacion, el Aaron que ofrezca por ella el sacrificio propiciatorio, el Josué que la defienda contra sus enemigos, el génio benéfico que vele por su porvenir. A su múltiple mision en el tiempo, van envueltos caracteres tan sublimes como peligrosos en su fiel desempeño. Apóstol de la eterna verdad, heraldo de las voluntades del cielo, nuncio de la justicia de Dios, representante de su misericordia, eco de sus promesas, depositario de sus esperanzas, tiene por enemigos natos el vicio, la corrupcion, la mentira, el error, la ignorancia, las preocupaciones, y mil otros elementos que

en el hombre luchan constantemente contra su dicha. Propugnador de los derechos de la divinidad, baluarte de la religion, centinela avanzado de la militante Jerusalem, defensor natural del dogma católico y de la moral evangélica, frecuentemente se ve obligado á combatir el libertinage, la incredulidad, la desmoralizacion, el despotismo arbitrario de los gobiernos que se intrusan en el vedado campo de la revelacion divina, las invasiones injustas de los príncipes que usurpan á la Iglesia sus inviolables privilegios, la osadía de los magnates que intentan avasallar tiránicamente las creencias de los pueblos con exigencias absurdas é inmotivadas, y otros mil desórdenes que á la sombra de una politica capciosa tienden á destruir por sus cimientos el órden admirable establecido por Dios para deslindar los diversos poderes llamados á mantener en la tierra la armonía entre la Iglesia y el Estado. Y para todo esto, no hay duda que necesita el sacerdocio de una rara prudencia, de un tacto especial, de un valor heróico, de grandes sacrificios, y de una abnegacion sublime hasta el martirio.

Si me he estendido quizá mas de lo justo en estos preliminares, no ha sido sino para presentaros trazado ya en un solo punto de vista el carácter especial, el génio dominante del héroe á quien hoy solemnizamos. ¿Quién no ve retratado al insigne Juan Nepomuceno en esa pintura fiel, aunque tosca, que acabo de bosquejar del sacerdocio católico? ¿Quién mejor llenó todas sus funciones, desempeñó todos sus cargos, reprodujo todas sus bellezas, y fué el tipo acabado de cuanto en él hay de mas augusto y sublime? Apóstol intrépido, pastor celosísimo, apologista constante, defensor invencible, firme antemural colocado en la casa de Dios para sostener á todo trance los derechos de la verdad contra el error, de la virtud contra el vicio, de la justicia contra la arbitrariedad, de la moral contra la corrupcion, de los fueros del Evangelio contra la violencia de la impiedad, supo confundir con su irrepreensible conducta y con su sábio proceder á un siglo preñado de elementos de desórden, triunfar heroicamente de los halagos seductores de una corte prostituida y de los fieros y amenazas de un príncipe desacordado, y dejar con su sublime silencio, no menos que con su elocuente lenguaje, un monu-

mento imperecedero de gloria que acompaña á su nombre á través de los siglos. Mártir de un nuevo género desconocido hasta entonces, víctima ilustre de un deber que le arrastró á sacrificar ante sus aras una existencia llena de merecimientos, ha conquistado en los anales del catolicismo una página brillante que leerán entusiasmadas las mas remotas generaciones: puesto que si desarrollando en defensa de los eternos principios del Evangelio una elocuencia y un celo admirables, mereció los honores del apostolado, envolviendo en el inviolable secreto del silencio sacramental el depósito que su ministerio le prohibía revelar, hizose acreedor á ceñir la aureola del mas glorioso martirio; verificándose en Juan Nepomuceno aquellas misteriosas palabras del libro del Eclesiástico con que encabecé mi discurso: *Dabit ori meo custodiam, et super labia mea signaculum certum, ut non cadam ab ipsis et lingua mea perdat me.*

Teneis, pues, trazado ya el elogio de Juan Nepomuceno. En él vereis la personificación exacta del sacerdocio católico en sus relaciones con la Iglesia y con la sociedad. Con ambas se mostró digno representante del que en la tierra le confiara tan augusta misión. «Con su palabra se elevó á la altura del apóstol; con su silencio conquistó los laureles del mártir; aquella le preparó el camino de la gloria, éste consumó y puso el sello á su heroísmo.» ¡Dichoso yo si acertase á interpretar dignamente tan elevado asunto para honra de Dios, loa de la religion, y prez eterna de Juan Nepomuceno, etc...

AVE MARÍA.

PRIMERA REFLEXION.

La gran victoria de la Cruz sobre los poderes de la tierra estaba vinculada á la palabra divina, arma irresistible que el fundador del nuevo culto pusiera á disposicion de sus enviados para hacer frente á los enemigos de la verdad. En todas épocas se han visto los prodigios obrados por ese elemento de regeneracion social; donde quiera su influencia ha producido los resultados mas beneficiosos; el mundo

la debe sus mas preciosas conquistas, su civilizacion, su cultura, sus adelantos, y sobre todo la reforma de sus costumbres, la modificacion de sus erróneas ideas, el mejoramiento de sus hábitos viciados, el sentimiento de la dignidad humana, la conciencia de sus deberes, la ciencia de sus legítimos derechos, y cuanto tiende á hacer la felicidad de los pueblos y de los individuos en el tiempo y mas allá del tiempo. Así que, no hay gloria comparable á la del apóstol que consagrando su vida de pensamiento y de accion al desenvolvimiento de esa preciosa semilla, consigue ver recompensados abundantamente sus afanes, recogiendo copiosos frutos de moralizacion y de virtud, siquiera sea á costa de sangrientos y dolorosos sacrificios.

No pequeña parte de esta gloria cupo á Juan Nepomuceno en el desempeño del ministerio de la palabra divina á que le destinára el cielo para honra y prez de su patria y edificacion de su siglo. Pasad rápidamente los primeros años de su vida. Recuerde nora buena la Bohemia con justo entusiasmo los prodigios que en su infancia la hicieron vislumbrar en él el gran génio que la Providencia enviaba á aquel pais desconcertado y fraccionado, para reconstruir los cimientos de su antigua grandeza, salvando las reliquias de la moral olvidada, levantando la ciencia de la postracion en que la sumieran los hábitos de una generacion indolente, y haciendo revivir el imperio de la verdad servilmente prostituida al capricho de los príncipes. Celébre Praga y su antigua universidad los lauros que el jóven de Nepomuk supo conquistar con su talento desde los primeros pasos de su carrera literaria, tanto mas atendibles, cuanto que en su humilde condicion social, y sin favor ni recomendacion alguna, necesitábase descollar muy alto para no pasar ignorado y desapercibido en medio de lo mas ilustre y noble de la juventud alemana. Nada de esto, empero, ni los progresos casi fabulosos que hiciera en los diversos ramos del humano saber que cultivó con esmero, ni la reputacion de sábio que adquirió entre sus contemporáneos, ni el empeño con que varias escuelas solicitaron incorporarle en sus respectivos cláustros, ni la vasta erudicion que desplegó en sus actos universitarios, colocándose al nivel de los primeros génios de su siglo,

constituyen para mí el mérito esencial de mi héroe. En el santuario, ejerciendo las altas funciones del sacerdocio católico, predicando en el púlpito las eternas verdades de la religion, haciendo resonar su voz autorizada y elocuente en el seno de una sociedad muelle y corrompida, combatiendo el vicio y la sensualidad en una corte inmoral y afeminada, he ahí el terreno en que debo considerar á Juan Nepomuceno, ciñendo los laureles de un apostolado tanto mas admirable y heroico, cuanto las circunstancias en que lo ejercia eran mas difíciles, y mas comprometido su desempeño. Praga, primer teatro de sus triunfos, le ve poco despues de su ascenso á la dignidad sacerdotal presentarse como un nuevo Elías, lleno de un celo prudente, caritativo, ilustrado, insinuante, pero á la vez fogoso é incapaz de contemporizar con el error, ni de plegarse ante las exigencias del vicio. Teas encendidas son sus palabras, que llevan el convencimiento y el terror á la conciencias culpables; dardos punzadores son sus espresiones, que hieren en lo vivo la fibra delicada de las almas familiarizadas con el crimen. No importa: su ministerio le impone este doloroso deber, y le cumple, siquiera á veces una susceptibilidad exagerada se irrite contra él, incapaz de escuchar el severo lenguaje de la verdad desnuda de toda lisonja. La sociedad en que vive necesita reorganizarse: porque merced á los falsos profetas que como en los tiempos del antiguo morador del Carmelo, han lisongeado muellemente los oidos de una multitud ávida de novedades frívolas, la predicacion se halla prostituida, la moral de Jesucristo desfigurada, el dogma menospreciado, y las costumbres representando el cuadro mas repugnante y desconsolador. Fuerza era dar una direccion diametralmente opuesta á la marcha generalmente seguida hasta entonces, y solo un génio como el de Juan Nepomuceno podia acometer tamaña empresa. Propónese de hecho conseguirlo, y al efecto redoblando su celo, trabajando incansable en derramar la semilla fecundante del Evangelio, poseyendo el raro talento de acomodarse á todas las condiciones y estados, hablando á todos segun su capacidad, logra en breve hacer renacer una sociedad enteramente nueva en sus costumbres, en sus hábitos y en sus aspiraciones. Praga admira en él un hombre enviado de Dios, para echar

los cimientos de su regeneracion. El ignorante le venera, el sábio le honra, el poderoso le respeta: donde quiera síguenle en pos la gloria y las alabanzas de un pueblo justo apreciador de su virtud y de su ciencia, con tanta mayor razon, cuanto con mayor empeño se le ve huir de los aplausos mundanales, despreciar el aura popular, sobreponerse á los elogios de la multitud, desdeñar los inciensos de la lisonja, y aspirar únicamente al honor de los verdaderos apóstoles de Jesucristo, á convertir las almas, á desterrar los vicios, á derrocar el imperio de las pasiones, y á hacer triunfar en todas partes la virtud, origen fecundo de todo bien y de la verdadera felicidad.

Con estas mismas miras entra Nepomuceno en la corte de Bohemia, llamado por el rey Wenceslao, á cuyos oidos llegára la fama de su elocuencia, celo apostólico y profundo saber. ¡Mision comprometida y espinosa es la que el cielo le confia! Pero el mismo que le conduce al seno de la corrupcion y de la inmoralidad, le revestirá como á Moisés del valor necesario para no intimidarse ante el nuevo Faraon; dará uncion á sus lábios como á otro Jeremías, para que sepa sostener con dignidad su ministerio ante los príncipes, arrancando, destruyendo y anonadando el imperio del error, y levantando y consolidando el reinado de la verdad en los corazones menos dispuestos á aceptarla. No temais, no, que á Juan Nepomuceno puedan deslumbrar los resplandores del trono para que deje ver las cosas en su verdadero punto de vista; no receleis que el imponente aparato de la régia majestad sea bastante á convertirle en servil adulator de los vicios que encubre la púrpura; no esperéis que su palabra sea menos elocuente y animada tratándose de vindicar los sagrados derechos de la religion, á pesar de los abusos autorizados por el mismo monarca. Quédese esto únicamente para los que mendigando el favor de los áulicos se introducen en las cortes con miras ambiciosas, deseosos de medrar á la sombra de la lisonja, por lo que no vacilan en hacerse los apologistas de los mas repugnantes desórdenes, toda vez que su venalidad pueda proporcionarles el logro de sus deseos. Estos que por desgracia abundaban en la corte de Wenceslao son los mas encarnizados enemigos del nuevo apóstol, que se presenta en ella sin otras pretensiones que las de servir fielmente

á su rey, y conducirle por el camino del bien para que haga la felicidad de sus estados. En vano, empero, se agitan en derredor del trono, intrigando sin cesar contra el virtuoso sacerdote, para derribarle del honroso puesto que ocupa con el título de limosnero mayor de Wenceslao; inútilmente ponen en juego todas las malas pasiones para hacerle caer de su gracia. La estimacion hácia su persona, auméntase en proporcion á la virtud y sabiduría que en él resplandecen; y su mismo celo, si bien desagrada altamente á los que tienen un interés conocido en sostener y fomentar á todo trance las debilidades y excesos del monarca, porque á su sombra esperan labrar su porvenir, no puede menos de conquistarle la mas profunda veneracion respecto de los que solo escuchan la voz del deber y aspiran á ver próspero y feliz el reino de Bohemia. Asunto de un interesante discurso seria lo que Juan Nepomuceno trabajó en su destino para lograr la reorganizacion de aquella monarquía envuelta en mil elementos de ruina y disolucion, merced á la indolencia de un monarca que, entregado á satisfacer sus pasiones, descuidára completamente los negocios de su corona. ¡Oh! ¿Qué hubiera sido de aquel desgraciado pais si el ilustrado y celoso Nepomuceno, á quien estaban confiados los mas caros intereses de Bohemia, siendo el alma de todos los asuntos graves, el consejero nato en las dudas, el mediador en las cuestiones de dificil solucion, y el faro luminoso del monarca, cual otro Joseph en la corte de Egipto, no hubiese desplegado una prudencia consumada, una actividad incansable, una habilidad nada comun, un discernimiento y un tacto admirables en la direccion de los negocios públicos? Y mientras tanta gloria adquiria en este terreno, desempeñando á satisfaccion de Wenceslao los graves cargos que sobre él pesaban, ¿creéis que olvidase la principal mision del sacerdocio católico en la predicacion de la palabra divina? No: el consejero de los reyes es á la vez su apóstol incorruptible; el fiel servidor de la corte de Bohemia, es al mismo tiempo el censor severo de sus vicios. Tan comedido y discreto para no herir imprudentemente la dignidad de su príncipe, como franco y veraz para descubrirle con cordura el origen de sus extravíos, sabe captarse la benevolencia de aquel monarca desacordado, y ha-

cerse escuchar de él á pesar de su carácter irritable y colérico. Estudiar su génio, conocer á fondo sus inclinaciones, sondear los secretos de su alma, para poner el dedo en la llaga sin exasperar su temperamento, es el principal estudio de Juan Nepomuceno; y de este modo lo que nunca hubiera conseguido un celo exagerado, lo logra á veces una insinuante dulzura. Ciertó que aquel hombre dotado de fuertes pasiones y víctima de una volubilidad estremada, perdía en breves momentos lo que el incansable apóstol adelantára á fuerza de una paciencia heróica; empero ¿habrán de considerarse por eso menos dignos de aprecio los sacrificios hechos por él para atraerle al camino de la prudencia y de la virtud? Basta para formar la mas bella aureola de Juan Nepomuceno, la revolucion moral operada en la corte de Bohemia y en todo el reino: puesto que á él se debió que cesasen los escándalos, que se disminuyesen los vicios, que se enfrenasen los crímenes, que las costumbres públicas se modificasen prodigiosamente, que la verdad reconquistase su antiguo imperio, que el sacerdocio recobrase su dignidad colocándose á la altura de su mision, que la nobleza abandonase sus hábitos de orgullosa tiranía, que el pueblo fuese mas morigerado, la juventud menos procaz y altiva, y que en todas las clases, condiciones y estados se advirtiese un cambio radical y un feliz impulso hácia el bien.

Solo en el corazon del príncipe estrelláranse como en una firme roca la solicitud y celo de Juan Nepomuceno, permitiéndolo así la Providencia en sus adorables designios, para labrarle la diadema del martirio, allí mismo donde conquistó los laureles tan justos como merecidos del apostolado. Habeis visto en efecto, cómo su palabra le preparó el camino de la gloria; veamos, pues, brevemente cómo su silencio consumó y puso el sello á su heroismo.

SEGUNDA REFLEXION.

En ninguna parte como en el ministerio de la penitencia sacramental, se muestra el sacerdote católico á la altura de su dignidad

incomprensible. Allí es donde ejerce en toda su plenitud la autoridad y el poder del mismo Jesucristo; allí en su nombre dispone á su arbitrio de los infinitos tesoros de la misericordia divina; allí rompe los lazos del criminal devolviendo á Dios puras y regeneradas las almas poco antes esclavas del infierno; allí se deja ver la mágica influencia que ejerce en los eternos destinos de la humanidad. ¡Cuán brillantes conquistas, qué de admirables triunfos no reportára Juan Nepomuceno en el desempeño de esta mision sublime! ¡A cuántos no habia estraído del cenagoso fango del vicio! ¡A cuántos no habia dirigido por el camino de la mas alta perfeccion! Harto públicos eran en la corte de Bohemia los prodigios de virtud obrados por el prudente y sábio confesor, cuando la misma emperatriz esposa de Wenceslao quiso confiarle la direccion de su conciencia, como lo verificó con la régia aprobacion de su consorte. Mas ¡ay! ¿Quién hubiese dicho á Juan Nepomuceno que esta honra envolvia para él el secreto de sus destinos y el misterio de su martirio? Nunca hasta entonces, al decir de un sábio orador, habíase visto que ese sacramento cuya inviolabilidad fuera siempre respetada, suministrase víctimas á la fé católica. Reservado estaba esto para el reinado de aquel monarca, cuya sacrilega audacia debia hacerle figurar en la ensangrentada historia de los tiranos, marcado con un nuevo é inaudito estigma de reprobacion.

Un cambio repentino, una súbita revolucion opérase en el ánimo de Wenceslao, que hasta entonces venia distinguiendo á Juan Nepomuceno con las mas visibles demostraciones de cordial aprecio. Afable, cariñoso, apasionado antes hasta el exceso con la reina su esposa, muéstrase ahora suspicaz, receloso y sombrío. Franco, respetuoso, sincero y familiar en su trato poco há con el director espiritual de aquella virtuosa señora, manifiéstase súbitamente frio, indiferente y reservado. Dificil era adivinar la causa de tamaña transformacion, y coger el hilo de este misterio. ¿Qué astro maléfico preside á la conducta de Wenceslao? ¿Es por ventura que sospecha de la lealtad de su fiel vasallo? ¿Ha llegado á imaginar por ventura que éste, abusando torpemente de los secretos de la reina, conspira contra él, ó mina sordamente los cimientos de su trono?

Mas nada de esto es lo que anubla la imaginacion del monarca. La reina misma es el objeto de su desconfianza y el motivo de su negro despecho. Los celos abrasan sus entrañas; las dudas mas ofensivas acerca de la fidelidad de su consorte han hecho huir de sus párpados el sueño; cree ver mancillado su tálamo por una mujer indigna; imaginase ver arrastrada su honra por el suelo, víctima de una decepcion cruel; figurásele ver marcada su frente con un padron de ignominia; y en su frenético delirio concibe el horrendo proyecto de arrancar á Juan Nepomuceno los secretos de su esposa, habidos en el sacramento de la penitencia. Ello es hecho: de grado ó por fuerza, preciso es que el virtuoso confesor le revele lo que desea saber. La lucha comienza: Wenceslao, abusando de su autoridad, exige de Juan un sacrificio que condena su conciencia, su religion, su fé, y el inviolable sigilo de su ministerio. Preciso es obedecer ó incurrir en la desgracia del príncipe. Pero en vano pone éste en juego el artificio, la amistad, el cariño, las súplicas, las insinuaciones, las dádivas, y cuantos resortes considera á propósito para expugnar aquel corazon sin violencia.... Guarda para ti, desacordado príncipe, ó para los que están acostumbrados á sufrir el yugo de tus arbitrariedades, ese oro, esas honras, esa amistad, esos favores con que pretendes seducir al incorruptible confesor. ¿Pensas hacer plegar á tu capricho con esas frivolidades despreciables un alma mas grande y noble que todas ellas? ¿Esperas ver ceder ante tus exigencias injustas con el brillo deslumbrador de una gloria mundanal, al que no reconoce otra gloria que la de ser justo, recto y virtuoso? ¿No le has ofrecido mil veces las primeras dignidades de la Iglesia y del Estado sin que hayas conseguido de él la menor condescendencia? ¿No le has visto renunciar generosamente los títulos mas honoríficos, los puestos mas codiciados, los mas pingües beneficios, y aun la condecoracion de canciller hereditario de tu imperio? Y cuándo te atrevas á poner en lucha abierta los intereses de su fé y de su alma con los caprichos de una pasion que te enloquece, ¿piensas que ésta pueda triunfar de su valor heróico y de su sublime abnegacion?

Poco tarda Wenceslao en experimentar cuán inútiles son estos

medios para vencer la resistencia de Juan Nepomuceno. Con intrepidez igual á la del Bautista contesta al príncipe que no le es lícito complacerle sin ser perjuro á Dios, y que por lo tanto dispuesto está á tolerar hasta la muerte misma, si es necesario, antes que faltar á sus sagrados compromisos. Nada le afecta el verse tachado de rebelde y como tal cargado de hierros, oprimido, vejado y lanzado en una oscura prision. Allí yacerá sepultado experimentando todo género de privaciones y sufrimientos; pero en proporcion que sus fuerzas se debilitan adquiere su espíritu un nuevo temple y una fortaleza divina. Ni una sola voz se interesará por su suerte en aquella horrenda mansion del crimen; ni un solo grito se levantará para protestar contra tan injustificable abuso del poder; ni siquiera un sér compasivo tomará á su cargo la defensa de su inocencia ante el moderno Faraon: y entre tanto la víctima continuará apurando la copa del dolor con la resignacion mas sublime. Si los ruegos de una segunda Esther consiguen momentáneamente la libertad de Nepomuceno, no será sino para verse de nuevo espuesto á mas duros y terribles combates. Wenceslao no ha desistido de su propósito; su calma afectada era el signo precursor de una tormenta que en breve estallaria con mas furia sobre la cabeza del invicto confesor. Abrigando aun la esperanza de atraerle á sus sacrilegas miras, devuélvele aparentemente su antigua confianza, cólmale de caricias, le expresa de todas maneras su cordial estimacion, y nada omite de cuanto puede contribuir al logro de sus deseos. Mas ¡ay! Nada de esto es bastante á ablandar aquel corazon magnánimo, dispuesto ya de antemano á inmolarsé ante las aras de un silencio tan sagrado como inviolable. A través de aquellas demostraciones de simulado afecto, ve Nepomuceno alzarse como una negra sombra la deforme figura de las iras del sacrilego príncipe; escucha á lo lejos el sordo ruido del trueno; apercibe el rayo que amenaza sus dias; oye rugir el huracan en el desierto; presiente su próximo fin; predícelo anticipadamente en el púlpito; y sin abandonar un punto su ministerio, antes bien redoblando su celo y su fervor, prepárase con nuevos ejercicios de piedad á consumir el sacrificio comenzado. El instante llega; Wenceslao le intima de nuevo que le revele los secretos de la reina, ó

se disponga á morir en pena de su rebeldía; pero el incorruptible confesor se niega abiertamente á cometer tamaño atentado. Aquel persiste, éste persevera en su silencio; y ni las amenazas, ni los tormentos, ni las súplicas y lágrimas de la misma reina bastan á quebrantar su constancia. ¿Qué esperas, pues, oh monarca sacrilego? Sacrifica á tu venganza esa víctima inocente; haz correr su sangre pura é intachable ante el altar de tus detestables pasiones; de ella subirá al cielo un grito de misericordia y perdón para ese reino sobre quien con tu crimen conjuras las iras del Eterno; pero ese grito no será escuchado, y bien presto te verás envuelto con él en los horrores de una espacion terrible como lo ha predicho el ilustre mártir.

Así se verificó, M. A. O. Juan Nepomuceno, arrojado á las ondas del Molnaw, consume un martirio sin ejemplo hasta entonces en los anales de la historia. La noche ocultó con su negro manto ese crimen inaudito; pero una luz celestial descubre la gloria del héroe, y las mismas aguas que le recibieron en su seno, arrójanle de él para que el catolicismo tenga la dicha de poseer sus preciosos restos y tributarlos los mas sinceros homenajes, como de hecho viene haciéndolo á través de los siglos. Bohemia le honra como el protector de sus estados, restaurador de su fé, y génio tutelar de sus creencias; la Iglesia entera celebra sus grandezas, publica sus virtudes y preconiza su heroica constancia; el mundo todo venera su memoria, acude á su sepulcro á solicitar los favores del cielo, contempla entusiasmado su lengua preservada de la corrupcion, y su sangre fresca y líquida en testimonio de su heroismo. Donde quiera su nombre es pronunciado con gloria, porque en él se halla personificado exactamente el sacerdocio católico, en sus relaciones con la Iglesia y con la sociedad, bajo cuyo doble respecto se mostró digno representante del fundador augusto del catolicismo, elevándose con su elocuente palabra á la altura del apostolado, y conquistando con su sublime silencio los laureles del martirio.

A vos, Señor, que tan grande y digno hicisteis á Juan Nepomuceno, os suplicamos os digneis propagar su espíritu en los que estamos llamados á llenar una mision idéntica. Hoy con especiali-

dad, cuando por desgracia se ve invadido el santuario de la conciencia por las arbitrariedades de unos poderes que aspiran á usurpar los inviolables derechos del sacerdocio en lo que tiene de mas sagrado y respetable, necesitamos de una fortaleza á toda prueba para no plegar ante las exigencias que pugnan de frente con los mas altos deberes de nuestro ministerio. Concedednos ese valor heróico que caracterizó á vuestro siervo, para que como él sepamos sobreponernos al terror y á las amenazas, dispuestos á sacrificarnos en las aras de la fé antes que faltar á nuestros juramentos y compromisos. A vivir fieles y constantes en vuestro servicio aspiramos únicamente durante nuestra peregrinacion en este mundo, á fin de merecer en otro mejor la eterna recompensa de la bienaventuranza.

Las de las enseñanzas que nos honran al catolicismo y recomentan su doctrina, es ese carácter de universalidad que se acomoda á todos los estados, conserva las mismas condiciones de la vida, abraza todas las categorías, se identifica con todos los géneros, y no excluye á nadie de la participacion de sus beneficios. Cuando en las inteligencias, mal avenidas con las enseñanzas de esa religion salvadora, han proclamado el exclusivismo de sus maximas para ciertas y determinadas clases, cual si en todas ellas no se pudiese aspirar á la santidad y perfeccion cristiana, han pronunciado una blasfemia, han cometido un error de suma trascendencia, han pretendido someter un espíritu tan infinito á las ataduras de toda virtud, como perteneciese á la humanidad, hablando á practica para llevar á sus efectos habituales.

Por dicha nuestra sobre los monumentos que atestiguan lo contrario, y en el hecho católico de esas justas que en la historia del cristianismo han alcanzado una celebridad universal, véase figurar personas de todos estados, sexos y condiciones, que han sabido sustituir cada cual en su respectiva esfera, siguiendo los principios elementales de ese gran código escrito para todos sin exclusion de ninguna especie. No obstante ser uno esencialmente el espíritu del

SERMON PANEGÍRICO

PARA EL DÍA DE SANTA RITA DE CASIA.

Gratia super gratiam mulier sancta et pudorata..... Sicut sol oriens mundo in altissimis Dei, sic mulieris bonae species.

Gracia es sobre gracia la mujer santa y pudorosa. Ella es para el mundo con sus virtudes lo que el sol con su benéfica luz al nacer en el Oriente.

ECCI. XXVI. 19, 21.

UNA de las cualidades que mas honran al catolicismo y recomiendan su doctrina, es ese carácter de universalidad que se acomoda á todos los estados, consagra las diversas condiciones de la vida, abraza todas las categorías, se identifica con todos los génius, y no escluye á nadie de la participacion de sus beneficios. Cuando ciertas inteligencias, mal avenidas con las enseñanzas de esa religion salvadora, han proclamado el exclusivismo de sus máximas para ciertas y determinadas clases, cual si en todas ellas no se pudiese aspirar á la santidad y perfeccion cristiana, han pronunciado una blasfemia, han enseñado un error de suma trascendencia, han pretendido sancionar un absurdo tan injurioso á Dios autor de toda virtud, como pernicioso á la humanidad llamada á practicarla para llegar á sus eternos destinos.

Por dicha nuestra sobran los monumentos que atestiguan lo contrario; y en el largo catálogo de almas justas que en la historia del cristianismo han alcanzado una celebridad universal, véanse figurar personas de todos estados, sexos y condiciones, que han sabido santificarse cada cual en su respectiva esfera, siguiendo los principios eternos de ese gran código escrito para todos sin exclusion de ninguna especie. No obstante ser uno esencialmente el espíritu del

Señor, sus efectos son múltiples, y admite una variedad de caracteres que forma el mas bello y armónico conjunto. A cada cual inspira de distinto modo, y aquí forma los apóstoles, allí los mártires, mas allá las vírgenes, en otra parte los doctores, ora los penitentes, ora las viudas, edificando al mundo con las virtudes modestas del artesano no menos que con las heróicas empresas del sábio apologista, con los edificantes ejemplos del matrimonio, bien así que con las prodigiosas austeridades del cláustro; porque donde quiera puede ser honrado Dios y ensalzada su religion augusta, gérmen fecundísimo de todo bien; en todas partes puede la criatura elevarse á su Criador, servirle dignamente, y conquistar una corona de inmortalidad.

Testimonio admirable de esta verdad consoladora es la ilustre Santa Rita de Casia, á quien la Iglesia nos muestra hoy glorificada y hecha el objeto de un culto universal, porque en las diversas fases de su vida, lo mismo en el estado de virginidad que en el del matrimonio y en el de la viudez, supo corresponder á la vocacion del cielo, y llenar su mision con el ejercicio de virtudes tanto mas dignas de elogio, cuanto mas difícil se presentaba su práctica, atendidas las circunstancias especiales de una existencia trabajosa sembrada de escollos, abundante en amarguras y sinsabores, no escasa de padecimientos que hubieran bastado á triunfar de un corazon menos heróico que el suyo. En medio de un mundo que no la dió en cambio de su resignacion mas que crueles desengaños y harto sensibles martirios, atesoró riquezas inmensas de virtud, y un cúmulo de merecimientos que la colocan al nivel de las primeras heroínas del catolicismo. En ella se vió realizado el oráculo de los santos libros, que consigna como el mayor prodigio de la gracia á la mujer santa y pudorosa, asemejando la influencia benéfica de sus virtudes con relacion al mundo moral, á los brillantes rayos del sol cuando desde las elevadas cumbres del Oriente derrama su luz y su calor vivificante sobre el mundo fisico: *Gratia super gratiam mulier sancta et pudorata... Sicut sol oriens mundo in altissimis Dei, sic mulieris bonae species.* Y de hecho, ¿á quién mejor que á Rita de Casia puede apropiarse esta bella alegoria? Cuando bajo el hogar paterno era el modelo del pudor virginal, cuando asociada á un hombre

con los vínculos del matrimonio cumplía con edificacion extraordinaria los deberes de su estado, cuando en su viudez se consagraba á los ejercicios de la mas fervorosa piedad, cuando en el retiro de un claustro vivia como sepultada con Jesucristo anhelando á la mas íntima union con él; en todas estas circunstancias, ¿no brilló Rita como un sol, dando á su siglo ejemplos altísimos de perfeccion cristiana que produjeron los mas abundantes frutos de virtud?

Tal voy á presentarla á vuestra consideracion, para confusion y vergüenza de los que pretenden sincerar sus errores y sus vicios á la sombra de esa supuesta imposibilidad de santificarse en el mundo, en que se encastillan frecuentemente á falta de razones plausibles capaces de apoyar sus preocupaciones ridiculas. En nuestra Santa verán estos y los sistemáticos detractores de la religion «un alma grande, un corazon heróico, un espíritu elevado que sobreponiéndose á la natural flaqueza del sexo débil, supo conservarse en todos los estados á la altura de los sublimes principios del Evangelio.» Hed aquí todo el plan de mi discurso, etc.

AVE MARÍA.

REFLEXION UNICA.

Que la gracia de Dios es el principio y fuente de todo lo bueno en el órden moral, puesto que sin ella nada puede hacer la criatura que sea meritorio y digno de una eterna recompensa, es un dogma incontrovertible de nuestra fé. Pero no es menos cierto que sin la cooperacion del hombre á esa misma gracia sería ella muchas veces estéril é infecunda, atendida la libertad en que el Criador supremo dejó á todos los séres racionales para seguir el camino de la virtud ó lanzarse en los abismos del vicio; siendo por consiguiente una verdad de la mas alta importancia y de consecuencias inmensas, que el que no necesitó del hombre para criarle, necesita sin embargo de él para justificarle y salvarle, segun la profunda y sabia sentencia de San Agustin. Me ha parecido muy oportuno consignar estos prin-

cipios, para prevenir las falsas teorías de los que pretenden desvirtuar todo el mérito de la santidad cristiana, atribuyéndola única y exclusivamente á la accion de Dios en sus criaturas, cual si éstas nada pusieran de suyo, y se hubiesen como unos seres meramente pasivos, lo cual envolvería un absurdo que echaría por tierra todo el sistema de la religion.

De poco ó nada hubiera servido que el Señor, eligiendo desde luego á Rita para sí, prendado de su alma inocente y candorosa, hubiese manifestado con prodigiosas señales sus futuros destinos, si ella desde los primeros pasos en la carrera de la vida no hubiese desarrollado la mas fiel y exacta correspondencia á los dones con que se halló enriquecida. Cuando los habitantes de las cercanías de Casia, vieron con asombro posar sobre los lábios de la tierna niña un enjambre de cándidas abejas, sin duda pudieron presentir en vista de este fenómeno, que aquella inocente criatura tan favorecida de Dios en su misma cuna estaba llamada á un gran porvenir, y que el cielo tenia sobre ella designios de amor y de benevolencia. Mas ¿quién duda que ella hubiera podido anular estas predicciones y dejar sin efecto estos brillantes precedentes, si llegada á la edad del raciocinio no hubiese sabido utilizar los dones de la gracia, y conservar cuidadosa el rico depósito que atesoraba su corazón? Felizmente Rita jamás desmintió las ideas y conjeturas que acerca de su futura virtud formara el suelo que la vió nacer. La correspondencia á la gracia del Señor fué en ella tan precoz como el desenvolvimiento de su inteligencia. Viósele horripilarse y estremecerse convulsiva á la simple idea del pecado, cuando apenas podia comprender lo que esta expresion anunciaba. Admirósele en su infancia llena de candor y de modestia, formando sus mas puras delicias de la asistencia al templo y de la práctica de las obras de piedad. Leíase en su semblante bello como el de un ángel la invisible hermosura de su alma sencilla y á la par sublime. ¿Quién jamás la contempló sin quedar prendado de su carácter dulce, insinuante y simpático?

Peligrosas en sumo grado hubieran sido para Rita estas mismas dotes físicas y morales, á no haber velado sobre sí propia con el mayor esmero, y previniéndose contra los lazos de la seduccion. Pero

antes que esta pudiese tomar sobre ella el menor ascendiente, ya con prevision admirable habia levantado un muro de separacion entre sí y el mundo, temerosa de aspirar sus envenenados miasmas. La edad que en las demás de su sexo marca la época de las ilusiones y de los placeres, tan naturales en un sér esencialmente frívolo é impresionable, encontró á Rita parapetada contra los encantos del lujo y de la vanidad, ocultando las gracias de su hermosura bajo el áspero cilicio, enfrenando con la dura disciplina una carne en que no se iniciára aun el mudo lenguaje de las pasiones, mortificando con ayunos y abstinencias una naturaleza que todavía no habia experimentado las impresiones de la sensualidad, huyendo todo trato y comunicacion con un siglo que miraba con invencible repugnancia, conversando continuamente con Dios en la oracion, y hecha el modelo de las mas austeras virtudes en la primavera de la adolescencia. Bello y embelesador espectáculo era ver á la jóven vírgen de Casia practicando á los catorce años, bajo el hogar doméstico, todas esas bellezas evangélicas que tanto asombro causan en los antiguos ángeles del desierto. Era un Samuel siempre vigilante para escuchar la voz de su Dios y ejecutar sus mandatos. Era un Bautista alimentándose de amargas raices y privándose de cuanto pudiera halagar el sensualismo. Era un Gerónimo llorando en la soledad los errores y extravíos de una multitud ciega y obstinada. Era Magdalena gozando á los piés del Salvador de los indefinibles éxtasis del amor mas ardiente. El pesebre y el Calvario, objetos preferentes de sus meditaciones, ofrecianla un anchuroso campo que recorria con frecuencia, absorta en contemplar los excesos de la caridad de un Dios-Hombre que iniciára en el primero el mayor prodigio de su misericordia, para consumir en el segundo el rasgo mas sublime de su ternura.

No era, empero, este el único terreno en que la Providencia queria mostrar á Rita á la altura de los principios evangélicos. Cuando mas embelesada se halla en las ideas de una perfeccion que aspira á consumir en el retiro de un cláustro; cuando ya se encuentra decidida á dar un eterno adios al siglo para huir cual cándida paloma á la concavidad de la misteriosa piedra Cristo, buscándole en el

asilo de las esposas del Cordero inmaculado, una voluntad superior la detiene en su carrera, trastorna sus planes, desconcierta sus proyectos, disipa sus bellas ilusiones, y ve operarse un cambio repentino y una sorprendente trasformacion en sus destinos. Sus padres la tienen concertado un ventajoso enlace, y es forzoso resignarse á aceptar el estado del matrimonio. No hiere tan dolorosamente el pecho del atleta el dardo envenenado, no impresiona tan vivamente al descuidado viajero la súbita explosion de un próximo volcan, como á Rita la decisión inesperada de los autores de su sér. Mil veces hubiera preferido una muerte prolongada á aquel sacrificio para ella tan sensible de su virginidad. Gustosa hubiera apurado las heces del cáliz repugnante de un eterno martirio, á trueque de que sus labios no hubiesen gustado la copa de himeneo. Las cadenas de la esclavitud mas insoportable hubiéralas considerado suaves, si con ellas hubiese podido comprar la libertad de vivir y morir pura é incontaminada. Mas ¿á qué resistir á la voluntad del cielo, que es quien así lo dispone para mostrar al mundo que la santidad no está exclusivamente vinculada á un estado, sino que en todos puede llegarse á la mas alta cumbre de la perfeccion cristiana? No resistirá Rita, cuya virtud está cimentada en la abnegacion mas profunda y en la identidad omnimoda de su voluntad con la de Dios, que ve representada en la de sus padres. Luchando con sus ideas, combatiendo sus aspiraciones, inmolando su existencia ante las aras de un deber harto amargo, irá á ofrecer el sacrificio de sí misma, dando su mano á un hombre terreno, ella que reconcentraba toda su ambicion, y cifraba su encanto y su dicha en unirse inviolablemente á un esposo celestial. ¡Oblacion sublime! Ve, víctima preciosa, ve á cumplir tu destino al lado del mortal que la Providencia te deparó para labrar la corona de tus merecimientos. Ingratas mas que el ajeno y la hiel, serán para tí las dulzuras de una union que en otros séres forma el lleno de su felicidad. Harto habrás de sufrir bajo el dominio de un hombre que como á vil sierva te tratará, cual tirano y verdugo de tus dias. Pero eso mismo te proporcionará una ocasion brillante de depurar tu virtud, y manifestarte en todos conceptos digna de Dios, que te eligió para desarrollar en tí las magnificencias de su religion.

Tal fué, en efecto, Rita en el estado del matrimonio, un dechado perfecto de todas las virtudes conyugales consignadas en el Evangelio. Cierta que desde los primeros dias de su union hubo de sufrir cuanto de mas intolerable y humillante puede discurrirse de parte de aquel hombre de carácter duro, de indomable genial, de hábitos feroces, que lejos de corresponder á la dulzura y encantos de una esposa tan digna en todos conceptos de ser amada, ejerció con ella las crueldades mas inauditas y las mas atroces violencias. ¿Mas creéis que esto lo conceptuase Rita un pretesto plausible para faltar en lo mas leve á sus deberes? Antes por el contrario, cuanto mas graves y sensibles eran sus sufrimientos, tanto era mayor el esmero con que procuraba atraerse la benevolencia de su esposo, respondiendo á su aversion inmotivada con un cariño insinuante, pagando con los mas oficiosos servicios los desvíos y menosprecios que de él recibia, devolviéndole lágrimas y plegarias por los inhumanos tratamientos de que era víctima, respetándole tanto como él la ultrajaba, amándole tanto como él la aborrecia, y no oponiendo otras armas á sus desapiadados golpes que la paciencia, la resignacion, el silencio, hasta el punto de ignorar sus mismos padres los amargos sufrimientos que devoraba. Hed ahí, señores, el Evangelio en accion; ahí teneis lo mas perfecto y sublime de ese código escrito para todos y que á todos indistintamente impone severos deberes. Olvidad las Saras, Rebecas, Anas, Raqueles y demás mujeres ilustres del antiguo testamento, tipos oscuros de la fidelidad y demás virtudes conyugales. Ante el heroismo de Rita todas esas grandes figuras no son mas que sombras imperceptibles de una perfeccion que solo el cristianismo podia prescribir, y únicamente en sus altísimos principios era dable practicar. En ella admiro yo la sublimidad de ideas, la elevacion de sentimientos, la grandeza de alma y demas cualidades que es capaz de inspirar esa religion, dada al hombre para prepararle, mediante una vida de abnegacion y sacrificio, una dicha perdurable y una bienandanza infinita. Ella supo practicar en medio de tantos elementos de contradiccion y de disgusto, todas esas virtudes que inmortalizaron el nombre de las primeras celebridades del mundo católico. Ella realizó la alegoria de la mujer fuerte que como

un fenómeno buscaba el mas sábio de los reyes, sin faltar en un ápice á los mas escrupulosos deberes de esposa prudente y de madre celosa. Ella, en fin, verificó la admirable sentencia del Espiritu divino, cuando por boca del Eclesiástico dice ser la mujer santa y pudorosa, la mayor gracia con que Dios puede enriquecer al hombre, una joya de inestimable valor, antorcha que resplandece bajo el hogar doméstico, sol que con sus virtudes es para la sociedad lo que para el mundo son los rayos benéficos del gran planeta que ilumina el horizonte: *Gratia super gratiam mulier sancta et pudorata, Sicut sol oriens mundo, sic mulieris bonæ species in ornamentum domus ejus. Lucerna splendens super candelabrum sanctum, et species faciei super civitatem stabilem.*

Faltábala únicamente brillar en el estado de viudez, y un acontecimiento harto triste y doloroso la puso en el caso de desarrollar en ese nuevo campo el heroismo de su grande alma. Corto tiempo pasára tranquila, formando el corazon de sus hijos y las delicias de un esposo, prodigiosamente trocado por las virtudes de su consorte en el mas tierno y cariñoso compañero, cuando un dia ve entrar por sus puertas su ensangrentado cadáver conducido por cuatro hombres. ¡Oh espada del Señor! ¡Cuál te cebas en esa mujer virtuosa que no aspira sino á complacer á su Dios y servirle! Pero adoremos los incomprensibles decretos del cielo, y no intentemos sondear los abismos de la Providencia. Hacíase preciso mostrar al mundo el mas brillante rasgo de resignacion y de magnanimidad evangélica en un sexo delicado y débil, haciéndole presenciar el espectáculo de una mujer prosternada ante la Cruz del que murió perdonando á sus verdugos, llorando á su vez é implorando misericordia por los asesinos de su esposo que la han reducido á una triste viudez; triunfando heroicamente de los mas legítimos sentimientos de la naturaleza, ahogando en su pecho el menor impulso de resentimiento, y lo que todavía es mas admirable, oponiéndose á los proyectos de unos hijos que juran vengar la muerte de su padre, y pidiendo al cielo que antes les haga descender con él al polvo de la tumba, que consentir incurran en tamaño crimen. Y de hecho la oracion de Rita llega al cielo; sus hijos mueren en breve; ella queda en la tierra

triste y solitaria; pero su virtud ha triunfado, su caridad ha podido mas que las pasiones, su religion la ha hecho superior á sus afectos maternales. Ha sacrificado, es verdad, unos seres queridos: pero este sacrificio ha salvado su corazon de crueles angustias y libertádole de crueles remordimientos, ha salvado su virtud y realizado su dignidad, y esto la basta para consolarse de tan sensible pérdida.

Visto este rasgo de inconcebible heroismo, ¿qué pudiera ya entusiasmaros en las ulteriores fases de la vida de Rita de Casia? Decir que llenó cumplidamente los deberes que el Apóstol prescribe á las viudas, viviendo en el mundo y usando de él cual si morase en el cielo, entregada únicamente á las prácticas de la piedad, á los ejercicios de la beneficencia, á la contemplacion de las perfecciones divinas, y á los rigores de la mas austera penitencia; decir que el trabajo fué su ocupacion constante, el ayuno su pasion favorita, el cilicio su perpétuo traje, el alivio del infortunio su delicioso placer, seria lo mismo que dar al acaso una tosca pincelada sobre un lienzo en que se quiere representar un gran cuadro. Seguidla vosotros si os place al asilo de las vírgenes cristianas, donde en vano pretende hallar un oscuro rincon en que sepultarse para siempre lejos del bullicio del siglo. Allí la vereis sufrir repetidas y sensibles repulsas, cerrándose para ella en consideracion á su estado, aquel albergue do solo pueden hallar cabida las que han conservado el cándido ropaje de las esposas del Cordero. Allí se os presentará reiterando sus instancias y sus lágrimas, como otra Cananea, para que se la permita al menos en la condicion mas humilde, alimentarse de las migajas que caen de la mesa del Padre celestial. Allí la vereis por último introducida prodigiosamente en el monasterio de Agustinas de la ciudad de Casia, por mano de San Agustin y de San Nicolás de Tolentino, manifestando el cielo por medio de este acontecimiento sorprendente su voluntad soberana de que en él fuese admitida, á fin de que resplandeciese en el estado religioso no menos que en los demas por su rara virtud y santidad.

Pero, ¿quién será capaz de reducir á los estrechos limites del tiempo que me es concedido, los heroicos ejemplos de perfeccion evangélica que Rita dió en el claústro, la altura á que se elevó en

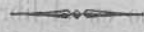
la observancia de las reglas de su Orden, los favores con que la distinguió el cielo, su trato familiar con Dios, y demás dones con que la enriqueció la liberalidad de su divino esposo? Nada diré de esto, M. A. O.; pues vale mas callar que referir superficialmente lo que bastaria por sí solo á formar el mas bello elogio de nuestra Santa. Calculad, nó obstante, cuán pura debió ser su alma, y á qué grado de perfeccion se elevaria en este punto, la que fué digna de ver en misteriosa aparicion á Jesucristo en la estremidad de una escala semejante á la del antiguo Jacob, por la que subian y bajaban innumerable multitud de espíritus bienaventurados, y oir la voz del divino esposo que la llamaba á unirse á él con un indisoluble lazo. Inferid cuánto debió ser el heroismo de su amor, cuando deseosa de experimentar por Jesucristo los dolores todos de su pasion, fué digna de que éste ciñese sus sienes con una corona de agudas espinas, que hasta la muerte la ocasionó dolores vivísimos y penetrantes. Deducid hasta dónde rayaria su abnegacion y obediencia, puesto que solo el deseo de ejecutar una órden superior que la destinaba á pasar á la capital del mundo católico, bastó á obrar en ella la instantánea curacion de una úlcera incancerada que á través de quince años venia aquejándola, reduciendo su semblante á la mas espantosa deformidad. Añadid á lo dicho los arrobamientos frecuentes en que como otro Pablo se vió trasladada á la region de los espíritus, presenciando allí cosas que jamás viera el ojo mortal, aprendiendo los arcanos de una ciencia superior á cuanto puede alcanzar el entendimiento humano, gustando anticipadamente de los indefinibles éxtasis de la vision beatífica, con otros mil rasgos de liberalidad con que plugo al Señor recompensar aun en la tierra sus altos merecimientos; y nada os sorprenderá que la intensidad del amor divino, mas bien que la violencia del dolor humano, fuese la que inmolase ante las aras de Jesucristo esa victima tan grata á sus ojos, trasladando á su seno aquella alma grande, aquel corazon heróico, aquel espíritu elevado, que sobreponiéndose á las flaquezas de un sexo débil, supo conservarse en todos los estados á la altura de los sublimes principios del Evangelio.

Pluguiese á vos, Señor, que tan admirablemente hicisteis brillar

las magnificencias de vuestra religion en esa mujer fuerte y virtuosa, comunicarnos su fervor para vivir en nuestro respectivo estado, cual cumplé al carácter de cristianos que recibimos en las fuentes regeneradoras! Allí os prometimos solemnemente renunciar al mundo y á sus falsos encantos, enfrenar nuestras pasiones, huir del vicio, y caminar constantemente por las sendas de la virtud y del deber. No obstante esto, cual si fuese imposible observar vuestros divinos preceptos, los miramos como una carga enorme y como un insoponible yugo, sin atender á que todo lo facilita vuestra gracia mediante nuestra cooperacion. Haced, pues, que aprendamos de la ilustre Rita de Casia á santificarnos cada cual en la condicion que plugo á vuestra Providencia colocarnos, puesto que en todos sin exclusion alguna se puede llegar á la perfeccion del Evangelio. Logremos vencer nuestra cobardía, sepamos triunfar de nuestras antipatias y repugnancias; y la práctica del bien nos será grata, y en la virtud aunque austera de suyo encontraremos delicias inefables, y su ejercicio labrando aqui nuestra positiva dicha, nos proporcionará despues una corona inmarcesible de inmortalidad.

SERMON PANEGÍRICO

PARA EL DIA DE SAN FELIPE NERI.



Curavit gentem suam, et liberavit eam à perditione.... Adeptus est gloriam in conversatione gentis, et ingressum domus et atrii amplificavit.

Cuidó bien de su pueblo, y le libró de la perdition.... Grangeóse una gloria imperecedera en medio de su nacion, y ensanchó la entrada del templo y átrio del Señor.

ECCI. L. 4, 5.

FECUNDA como el suave rocío de la aurora, la religion católica viene produciendo en todas épocas para bien del mundo los mas preciosos gérmenes de virtud y santidad, que al par de los beneficiosos resultados que proporcionan al corazon humano agostado por el soplo de las pasiones, fomentan en mil maneras los elementos de sólida bienandanza á que instintivamente aspira la humanidad. No son estériles, no, pese á las modernas escuelas racionalistas, los trabajos del Sacerdocio, espresion viviente de esa religion reparadora, cuya mision fué, es y será siempre salvar al hombre de sí mismo rehabilitándole en la primitiva dignidad de su origen, curar las heridas que los vicios y los errores abren en el corazon de los pueblos, cicatrizándolas con el bálsamo vivificante de la moral cristiana, y estender y fomentar juntamente con el culto de Dios los dominios de la verdadera fé, principio fundamental de las positivas conquistas de la civilizacion en su legítimo sentido. Haya en mal hora hombres indignos de una mision que tan mal cumplen, haya ministros del culto que prostituyan su elevado carácter, haya en fin desórdenes y excesos en la raza Aarónida, como no puede menos de haberlos do quiera se encuentre el hombre con su degradacion y sus

miserias; el catolicismo por eso no sufrirá el mas leve menoscabo, ni se marchitarán los laureles que tan justa como merecidamente adornan su diadema. Al lado de esas ligeras nubes, brillarán mas bellas y radiantes las grandes virtudes de los Helis celosos, de los justos Samueles, de los intachables Finees, de los Elias incorruptibles, de los emprendedores Zorobabels: y siempre podrá decirse del sacerdocio católico lo que en elogio del ilustre Onías dejó consignado el Espíritu divino en el libro del Eclesiástico: «Cuidó bien de su pueblo, y le libró de la perdicion..... Grangeóse una gloria impercedera en el seno de su nacion, y fomentó y estendió en todas partes las magnificencias del santuario del Señor: *Curavit gentem suam, et liberavit eam à perditione... Adeptus est gloriam in conversatione gentis, et ingressum domus et atrii amplificavit.*

Si en los innumerables héroes que con justo orgullo presenta en sus anales la historia del sacerdocio, no se hallase perfectamente caracterizada esa augusta mision, Felipe Neri, objeto de los presentes cultos, seria por sí solo bastante á satisfacer las exigencias de la mas severa y escrupulosa crítica. ¿Qué otro móvil determinó desde luego su heroico celo, sino el único y noble deseo de contribuir por todos los medios posibles á reformar los hábitos viciados y las harto relajadas costumbres de su siglo, para abrirle un porvenir mejor y procurarle una dicha de que se alejaba adoptando una marcha peligrosa? *Curavit gentem suam, et liberavit eam à perditione.* ¿Qué otro fin se propuso en cuantas empresas proyectó en el seno de una sociedad donde viviera relacionado con toda clase de gentes, rozándose indistintamente con todas las condiciones y clases desde la mas elevada hasta la mas modesta, y popularizándose cuanto en los limites de la prudencia mas consumada podia hacerlo, sino ganar á todos para Jesucristo, y atraerlos á la práctica del bien mediante un trato dulce, afable, condescendiente y simpático, que conquistándole una gloria que no apetecia, le facilitó el camino para realizar sus únicas miras de cristiana edificacion? *Adeptus est gloriam in conversatione gentis.* Por último, toda su vida de pensamiento y de accion, ¿no tuvo por principal objeto restaurar las ruinas del Santuario, fomentar el culto católico, y estender cuanto pudo las con-

quistas de la religion? *Et ingressum domus et atrii amplificavit.*

Bajo este triple carácter cúmplenos considerar hoy á Felipe Neri, tipo el mas acabado del sacerdocio en sus mas importantes funciones, y demostracion viviente de la beneficosa influencia que viene ejerciendo en el mundo. Sin necesidad de grandes esfuerzos de imaginacion, y solo con reproducir algunos hechos de su laboriosa vida, tendremos lo bastante para evidenciar que fué un celoso ministro de Dios, un hombre verdaderamente amigo de la sociedad, y una columna firmísima de la Iglesia. «Lo primero lo acreditó consagrándose á extirpar el vicio, y á sembrar en todos los corazones la fecunda semilla de la virtud; lo segundo dedicándose á promover todos los elementos que constituyen el bienestar de los pueblos, fundándole en el debido respeto y constante práctica de las divinas leyes; y lo tercero trabajando incesantemente en formar dignos y fervorosos operarios, que llevasen á cabo la mision regeneradora encomendada por Jesucristo á sus sucesores en la tierra.» Ayudadme á implorar los divinos auxilios para esplanar cuan brevemente pueda esta idea, etc.

AVE MARIA.

REFLEXION UNICA.

Presentarse en un mundo embriagado de riquezas y de placeres á enseñar con la palabra y el ejemplo la abnegacion, el desinterés y el sacrificio, empresa es digna de almas dotadas de un temple especial, y llamadas espresamente por Dios á esta obra dificil de regeneracion religiosa. Tal se muestra en la historia del siglo XVI San Felipe Neri, ministro celosísimo de Dios llamado á operar la mas feliz revolucion en las costumbres y en los hábitos de aquella época. Fiel imitador de Jesucristo, inaugura su mision con la práctica de las virtudes que un dia debia enseñar, haciendo preceder el ejercicio del bien á la elocuencia de la doctrina, verdadero camino que con-

duce á la positiva grandeza de los héroes cristianos (1). Florencia su patria, le honra desde muy niño con el dictado de «Felipe el bueno.» Nápoles primer teatro de sus triunfos religiosos, le ve rasgar su ilustre árbol genealógico, renunciando así á las esperanzas alucinadoras del mundanal orgullo, y aceptando en cambio de un porvenir brillante la pobreza y humildad de la Cruz. Roma terreno designado á sus glorias literarias, le admira á la vez consiguiendo contra la disolucion, el libertinage y la seduccion, laureles que embellecen su casta frente, y siendo en el foco de las pasiones y de los vicios un perfecto dechado de las virtudes que coronan en otros una larga carrera de luchas y combates. Bien jóven era aun, cuando cual otro David desquijaraba los osos y leones de los bosques, destrozando los mónstruos de la lubricidad, cuyos asaltos hubo de resistir con frecuencia saliendo de todos ellos vencedor. Jóven era como el hijo de Esái cuando al impulso, no de la honda, sino de la oracion y de la austeridad, hacia caer yertos cadáveres los gigantes de la corrupcion con quienes entró en singular pelea. Jóven huia como Loth de las ruinas de Sodoma, y se refugiaba en la misteriosa montaña del Santuario para no contaminarse con los execrables excesos que manchaban una generacion réproba y maldecida. Era, en efecto, el Tobías de su siglo en cuyo corazon jamás penetró el humo pestilencial de un mundo idólatra de los placeres sensuales. Era el Daniel de su época constante y fiel en el servicio del Señor, á pesar de las defecciones continuas de una sociedad que corria desvandada á ofrecer inciensos sacrilegos al oro deslumbrador, á los goces materiales, á la desmesurada ambicion de los honores y demas frivolidades que tan funesto ascendiente ejercen sobre las almas vulgares. Y cuando en los momentos que le dejaban libre sus tareas literarias se veia á Felipe sentado bajo los pórticos de San Pedro y San Juan de Letrán esplicando á los pobres la doctrina cristiana, cualquiera le hubiese confundido con Esdras leyendo á su pueblo los libros de la ley, y esplanándole los preceptos del Altisimo.

Con no menos oportunidad que el Salvador hablando á las turbas

(1) Qui fecerit et docuerit, hic magnus vocabitur. (Matth. V. 19.)

del Bautista, pudiera yo deciros hoy de Felipe Neri: ¿Qué habeis venido á ver en ese nuevo precursor evangélico? ¿Acaso un habitante de los desiertos, que lejos del trato humano se santifica con el ejercicio de las virtudes oscuras de los Pablos y Pacomios? ¿Por ventura un hombre que divorciado del mundo tiene por único testigo de su heroismo las rocas de una montaña, y busca un abrigo contra los peligros que amenazan su inocencia en el perpétuo silencio de los bosques? No, M. A. O., Felipe representa el bello ideal de la perfeccion cristiana en sus íntimas relaciones con un mundo á quien busca para edificarle, á quien se adhiere para conquistarle, viviendo inseparable de él para modificar sus costumbres, rectificar sus ideas, cambiar sus aspiraciones, y conducirle á sus destinos mediante la práctica del bien que desconoce. Este nuevo género de heroismo debia brillar muy particularmente en aquel que desde luego estaba llamado por Dios para hacer surgir la luz del seno mismo de las tinieblas, para plantar las mas hermosas virtudes en medio de la corrupcion mas espantosa, y salvar su siglo de la degradacion profunda en que le sumieran las pasiones, arrancando de raiz las malas semillas que en él crecieran, y sustituyendo en su lugar gérmenes preciosos de moral cristiana. Nadie mas á propósito para esta mision difícil que Felipe Neri. Él que entre el bullicio de Roma supiera sostener una vida de retiro y oracion, que nada tenia que envidiar á los primitivos moradores de la Tebaida; él que sin interrumpir sus relaciones con una poblacion animada y frívola por carácter, acertára á conciliar con las justas conveniencias del hombre de mundo los rígidos deberes del discípulo del Evangelio; él en fin que sin esquivar la concurrencia á las reuniones científicas, llevaba á ellas un corazon abrasado de amor divino y el mas ardiente deseo de comunicar su llama á todos sus semejantes, podia presentarse donde quiera, seguro de ver respetada su mision y honrado su ministerio por los mismos que distaban mucho de convenir con él en sus ideas. ¿Cómo no habian de ejercer un ascendiente poderoso sus palabras autorizadas con tan ilustres ejemplos? ¿Quién hubiera podido rechazar sus enseñanzas cuando iban precedidas de una conducta tan edificante? ¿Cómo no serian eficaces sus exhortaciones,

siendo sus obras la mas elocuente apologia de su doctrina? Mal pudiera hincar su venenoso diente la detraction ó la calumnia en un hombre que pudiendo tener una mesa opipara y abundante, solo se alimentaba de pan y agua, ó tal vez de algunas silvestres yerbas; que trocára los opulentos palacios por una habitacion mezquina é incómoda; que cambiára su mullido lecho por una pobre estera tendida sobre el desnudo suelo; que contaba entre sus mayores amigos á los mas necesitados; que vivia continuamente velando en los hospitales al lado del enfermo, ú orando en la oscuridad de las Catacumbas sobre los sepulcros de los mártires; que de noche, de dia, á todas horas y en todo lugar mostrábase un celoso ministro de Dios atento á estirpar el vicio, á enseñar la virtud, á combatir el libertinaje, á morigerar al pueblo, á instruir y catequizar la juventud degradada por la ignorancia: y todo ello con el mas fino tacto, con la prudencia mas consumada, con un talento especial, sin herir susceptibilidades, sin personalizar las cuestiones, sin traer al peligroso terreno de la polémica lo que podia conseguir con la dulce persuasion. Hed ahí el primer carácter que distinguió el celo de Felipe Neri, y que tantas y tan preciosas adquisiciones le facilitó en el desempeño de su mision sacerdotal. *Curavit gentem suam, et liberavit eam à perditione.* Pero esto lo veremos mas detalladamente considerándole en sus relaciones ulteriores con una sociedad de que se manifiesta verdadero amigo y bienhechor, promoviendo en ella todos los elementos que constituyen su bienestar, fundados en la práctica constante de las divinas leyes: *Adeptus est gloriam in conversatione gentis.*

Quando en una sociedad flaquea el principio religioso, cimiento sólido de todo orden y de positiva ventura, vanas son é impotentes las tentativas de los gobiernos y las teorías de la ciencia para evitar una disolucion completa, consecuencia lógica de la desmoralizacion que mina sordamente las bases del edificio. Los planes mas hábilmente combinados estréllanse contra el poder creciente de las pasiones, tanto mas audaces é indomables, cuanto mayor es el ascendiente que han adquirido, merced á la relajacion de los únicos vínculos que pudieran en tiempo oportuno contener su desbordamiento.

Esta verdad de suma trascendencia comprendióla, cual pocos, Felipe Neri, y de aquí aquella incansable laboriosidad con que se dedicó á crear gérmenes fecundos de moralidad en las diversas clases sociales, adoptando al efecto los medios mas oportunos para insinuarse en la inteligencia, y ganar el corazon de todos sin exclusion de condiciones y estados. ¡Cuán ingenioso se muestra en buscar ocasiones oportunas para ejercer su ministerio regenerador! Nunca se vió puesto en accion con tan esquisito tino aquel gran principio del Apóstol: «Deudor soy al sábio y al ignorante, al literato y al rústico, al rico y al pobre, al anciano y al niño; todo me debo á todos, porque á todos desco conquistarlos para Jesucristo.» Aquí se transforma en pedagogo de la infancia, á la cual instruye en los rudimientos de la fé con admirable paciencia, para formar los tiernos corazones en la virtud y prevenirlos contra las asechanzas del vicio. Allí es un pastor solícito que no vacila en aceptar todo linaje de privaciones y fatigas, por correr tras los pecadores extraviados, y hacerles tornar al aprisco del Salvador. Mas allá se presenta como un centinela vigilante de la casa de Israel, que espía las circunstancias favorables de hacer el bien posible á cuantos se encuentran en peligro de ofender á Dios. No esquiva el trato con la gente de negocios, sino que antes bien introdúcese en las tiendas y establecimientos públicos, para tener oportunidad de sembrar la fecunda semilla de la divina palabra allí donde solo se trata de asuntos lucrativos y de puro interés material. Se sienta como Jesucristo en la mesa del opulento, no para satisfacer la intemperante gula, sino para mezclar entre los manjares que alimentan el cuerpo, aquel alimento espiritual que proporciona al que le come la vida del alma. Acepta si es necesario los obsequios del magnate, le acompaña en su coche, toma parte en sus distracciones; pero su pensamiento predominante es servirse de estas mismas demostraciones de confianza y afecto para facilitar la conquista de un corazon dominado por el vicio, y llamarle industriosamente á la vía del deber. En suma, Felipe sabe ejercer su ministerio sacerdotal con singular fruto, donde menos probabilidades de éxito parecen ofrecer las circunstancias; todos los sitios son para él iguales: porque donde quiera lleva un alma hen-

chida de celo y de amor divino que no se satisface sino cuando logra comunicar su llama á cuantos le rodean. En las calles, donde conversa familiarmente con toda clase de personas; en las plazas, en donde con frecuencia se reúne á los vagos y distraídos; en las casas, donde va á buscar á los que olvidados de su porvenir viven ennegados en el lodo del crimen; en el templo, donde se encuentra á todas horas fomentando los ejercicios de piedad; en los asilos del dolor, en donde mora de continuo vertiendo sobre las llagas morales el bálsamo vivificante de la religion, á la vez que cura las heridas materiales con la mas expansiva caridad; en el púlpito, donde resuena incesantemente su estruendosa voz combatiendo los excesos públicos; en el confesonario, donde pasa dias y noches enteras purificando con las aguas regeneradoras las conciencias culpables, y aun en los festines y paseos de la muelle y opulenta sociedad romana, Felipe, cual otro Jeremías, conságrase á desarraigar los hábitos viciosos, á destruir los baluartes del error, á desarrollar las semillas de la moral evangélica, y á reedificar los muros de la Sion militante sobre los sólidos fundamentos de la ley de Dios, sin los cuales la sociedad cruge, se cimbra y viene á tierra, por mas que para evitar su ruina se adopten todas las precauciones humanas.

¿Os asombrareis que en vista de esto el gran Ignacio de Loyola afirmase que con solo Felipe bastaría para llevar á cabo la conquista de todo el mundo? ¿Os admirareis de que sus discípulos se multiplicasen como la posteridad del antiguo padre de los creyentes, reuniéndose en torno suyo lo mas florido y notable de una sociedad poco antes desmoralizada y corrompida? ¿Os maravillareis de que los personajes mas santos y notables de su época tuviesen á singular honra asociarse á sus apostólicas tareas y le eligiesen por maestro en el camino de la perfeccion? ¡Oh! Era un héroe que en cien combates supiera humillar el poder del infierno, empeñado en uncirle á su carro victorioso. Era un atleta que en multiplicados lances peligrosos saliera ileso de los terribles tiros que le asestó la lubricidad bajo mil seductoras formas. Era un gigante cuya virtud probada en el agua y en el fuego de las mas violentas tentaciones, conservárase á una altura de donde jamás descendió un solo ápice. Habíasele visto

dar pruebas inequívocas de una inalterable paciencia en ocasiones en que émulos, mal avenidos con su vida y doctrina, se propusieron triunfar de ella á toda costa. Habíasele visto devorar con una tranquilidad sobrehumana la amarga calumnia, la maledicencia envenenada, el ódio sangriento, la tenaz persecucion, sin que en todas estas circunstancias bastantes á quebrantar el alma de mas fino temple, diese la mas leve muestra de debilidad ó flaqueza. Habíasele visto, en fin, mortificado, humilde, lleno de abnegacion heróica, trabajar por espacio de muchos años en bien de una sociedad descreida que le devolvía injurias por beneficios, baldones por obsequios, ingratitude por servicios, menosprecio por amor, indiferencia por celo, antipatías por sacrificios, olvidado de sí propio, y atento únicamente á ser el génio consolador de todos los infortunios, el ángel de paz de todas las desgracias, el remedio universal de todas las necesidades, el amigo constante de todos los menesterosos, el compañero inseparable del enfermo, el padre cariñoso del huérfano, el amparo comun de la viuda, á la par que el desinteresado y acérrimo defensor de la justicia contra el crimen, del derecho contra la arbitrariedad, de la ley contra la violencia, pues á todo se estendía su mision reparadora; y de consiguiente no es de estrañar que tan fecundos fuesen sus trabajos, y que Roma llegase á cambiar completamente de faz, merced al celo de un hombre que por tantas vias y por tan ingeniosos medios se consagró á fomentar en ella los elementos que constituyen el bienestar social de los individuos y de los pueblos: *Adeptus est gloriam in conversatione gentis.*

Solo, pues, faltaba á Felipe para completar la mas exacta personificacion del ilustre Onias, ser el restaurador del santuario, estendiendo los dominios de la Iglesia y haciéndose el eco de su doctrina en las futuras edades; y esto lo realizó formando dignos y fervorosos operarios que despues de su muerte llevasen á cabo la mision regeneradora que él comenzára: *Et ingressum domus et atrii amplificavit.* Con este designio, despues de una madura reflexion, y no sin haber tenido que vencer grandes dificultades, funda nuestro héroe la Congregacion de presbíteros seculares del Oratorio, plantel fecundísimo de sábios y virtuosos sacerdotes que desde entonces

vienen prestando al mundo los mas eminentes servicios, y siendo uno de los mas firmes baluartes de la religion y de la moral cristiana en sus relaciones con la sociedad. Si me propusiese formar el elogio de esa Congregacion insigne, pocas palabras me bastarian para llenar cumplidamente mi objeto. Su rápida y prodigiosa estension por todo el globo, su acrecentamiento simultáneo en Italia, Francia, España, Portugal, Nápoles, Cerdeña, Alemania, Polonia, y hasta en los mas remotos países de Europa; su propagacion en las islas de Ceilan y en los reinos de Candia, Nigumbo y Columbo, serian la mas palpable demostracion del justo y universal aprecio que á ese sublime instituto conquistáran sus relevantes hechos. No anduvo desacertado el Papa Sisto V, cuando ansiando verle establecido en Ancona su patria, cifraba en la realizacion de este deseo la ventura y el porvenir de aquel país que tanto amaba. Si no fuesen tantas las glorias que eslabonan la larga vida de Felipe Neri, solo el pensamiento de fundar la Congregacion del Oratorio hubiera sido suficiente á inmortalizar su nombre. Los que no comprenden las bellezas de esa idea de regeneracion religioso-social; los que no han tenido ocasion de admirar el heroismo de unos sacerdotes tan edificantes como celosos, y no menos caritativos que ilustrados, cuya mision es sembrar donde quiera esos gérmenes de moralidad que llevan al hogar doméstico la paz y la concordia, é inician en el seno de la familia el culto de la divinidad para trasladarle de allí á todos los estados y condiciones, juntamente con los mas importantes deberes del hombre público; los que desconocen cuán eficazmente influye en el porvenir de los pueblos la mision modesta de unos hombres que, ora predicando con admirable uncion las eternas verdades del catolicismo, ora dirigiendo las conciencias por el camino de la virtud, ya oponiéndose á los desórdenes que corroen el principio vital de un estado bien organizado, ya estirpando las malas pasiones que se sublevan contra toda legislacion, impotente por si sola para enfrenar sus desmanes, solo buscan y ambicionan el bien y la dicha de un mundo del que nada esperan; estos tales, digo, no están en el caso de dar al instituto fundado por Felipe Neri la alta importancia que bajo ambos aspectos tiene, ni menos son capaces de concebir el

heroismo con que se consagró á fomentarle, siendo el primero en el trabajo, el mas constante en las vigiliass, el mas perseverante en todos los ejercicios de su ministerio. No bastaba á ese corazon abrasado en celo y amor divino ver convertidas á millares almas rebeldes y contumaces; no le satisfacian las innumerables conquistas que diariamente hacia para Jesucristo; poco era que la mayor parte de la poblacion romana abandonando sus hábitos de sensualismo, se modificase por completo en virtud de sus predicaciones. Quisiera ver el universo entero postrado á los piés de la Cruz, y formando un coro de alabanzas al vencedor del vicio y al dominador del pecado. Quisiera que en ninguna parte se ofendiese á la majestad suprema, y que donde quiera reinase en los corazones la ley del Señor. Quisiera que ni una sola alma dejase de participar de los beneficios de la sangre preciosa de Jesucristo. Por eso se le vió siempre incansable en perfeccionar su obra, enviando operarios celosos á la viña del gran padre de familias, creando nuevos cooperadores á quienes parecia transmitir su espíritu todo entero sin perder nada de su asombrosa actividad, y teniendo constantemente á sus órdenes sacerdotes emprendedores, prontos á volar á donde la necesidad les llamaba. Por eso hasta el dia mismo de su tránsito feliz se le vió continuar en su mision regeneradora, predicando y confesando con idéntico fervor que en los mejores dias de su vida; fiel y vigilante soldado de Cristo, á quien ni las dolencias, ni las desgracias, ni las fatigas, ni cosa alguna del mundo le hizo faltar jamás de su puesto, sobrecogiéndole el supremo momento de la muerte con las armas espirituales en la mano, luchando contra el infierno y contra todos los enemigos de la virtud y de la verdad, cuya defensa fué la grande idea que se propuso llevar á cabo como ministro de Dios, como hombre verdaderamente amigo de la sociedad, y como firme columna de la Iglesia. *Curavit gentem suam et liberavit eam à perditione.... Adeptus est gloriam in conversatione gentis, et ingressum domus et atrii amplificavit.*

Ya no me admira que su amor hácia Dios fuese bastante á ocasionar una especie de esplosion volcánica, que rebentando en su pecho le produjese la fractura de dos costillas, como nos lo demuestra la

historia de su vida. Tampoco me asombra que el cielo le favoreciese tan extraordinariamente con el dón de profecía, haciéndole leer el porvenir en repetidas ocasiones. Menos aun me llama la atención que en el olor, ó en el color de los semblantes, adivinase el estado de las conciencias de los penitentes que llegaban á sus piés, y otros mil rasgos de bondad con que el Señor plugo mostrarle cuán satisfecho estaba de sus servicios. Si algo hay que pueda maravillarme, es únicamente la rara humildad, la modestia incomparable, el desprendimiento heroico con que en medio de tantos y tan brillantes dones supo menospreciar las honras del mundo, renunciar las dignidades que le ofreciera la Silla apostólica, rehusar la púrpura cardenalicia que con insistencia quisieron obligarle á aceptar Gregorio XIV y Clemente VIII, y negarse hasta á recibir el título de general y fundador de su insigne instituto.

Mas grande y digno que todo esto era tu virtud y santidad, oh ilustre Felipe; y la gloria que ha cabido á tu nombre en el mundo católico, escede sin comparacion á cuanto puede ambicionar el hombre en la tierra. Recibe nuestros parabienes, y no desdeñes los elogios que á tu grata memoria consagra nuestra piedad y devocion. Harto hemos experimentado el beneficioso influjo de tus virtudes; demasiado hemos palpado los felices resultados que tu sagrado instituto ha dado donde quiera que tus hijos han sido los géneos tutelares de los pueblos envilecidos por la degradacion de las pasiones, para que dejemos de pagar este justo tributo de reconocimiento á tus servicios. ¡Ojalá tu doctrina y ejemplos se grabasen de un modo indeleble en nuestros corazones! Entonces si que podríamos estar seguros de conseguir aquí esa bienandanza que vanamente buscamos en las falaces promesas de un siglo impostor, y contar con aquella otra dicha perdurable que es la recompensa destinada á la virtud y al heroismo por los siglos de los siglos.

SERMON PANEGÍRICO

PARA EL DIA DE SAN ANTONIO DE PADUA.

In vita sua fecit monstra, et in morte mirabilia operatus est.

En su vida hizo prodigios, y su muerte fué fecunda en portentos.

ECCI. XLVIII. 15.

CUANDO las pasiones del mundo braman con mas furor, cuando los escesos de todo género cunden con mayor osadía, cuando los errores toman proporciones mas alarmantes, y todo hace presentir convulsiones horribles y ruina inevitable, entonces es el momento en que Dios manifiesta mas visiblemente su poder, y hace brillar su amorosa y solícita providencia, ocurriendo al remedio de los males que afligen á la humanidad. Del fondo inagotable de sus eternas piedades estrae tesoros de luz y de verdad que, sobreponiéndose á las tinieblas esparecidas en la atmósfera intelectual por el génio de la mentira, hagan tornar la aurora esplendorosa del dia grande de la reparacion. Los siglos vienen contando las espantosas revoluciones que minaron los cimientos de la Iglesia, por las robustas columnas que el cielo suscitára para sostener ese augusto edificio. Al lado de los Edomitas que juraron el esterminio del Santuario, figuran victoriosos los Zorobabeles llamados á restaurar las brechas que en él abrieran sus porfiados émulos. A los Arrianos, Nestorios, Eutiques y demas mónstruos que inundaron el catolicismo para sofocarle en su cuna, opuso el Señor los Atanasios, Justinos, Ireneos, Gerónimos, Crisóstomos, Agustinos, y otros mil génios que con harta gloria para ellos y tanto bien para el mundo, hicieron menudos pedazos aquellos colosos del error. Pero cuando en el siglo XIII resucitáran en

cierta manera todas las antiguas herejías, y los Guillemos de Santo Amore, y los Fraticellos y los Flagelantes, y Olivario, y Stadingo, y Circuncelion, y Raimundo de Tarraga, y Arnaldo de Villanueva, y Guialdo y Marsilio, con toda esa falange de dogmatizantes que abortó el infierno en aquella época infanda, hicieron el mas desesperado esfuerzo para desmentir las promesas del cielo consignadas en apoyo de la nave del pescador, entonces, digo, un solo héroe bastó á combatir, humillar y hacer trizas tantos y tan temibles elementos de destruccion.

¿Y quién es ese génio singular y casi único en la historia de las grandes vicisitudes de la Iglesia católica? ¿Quién ese campeón aguerrido, enviado por la Providencia á luchar cuerpo á cuerpo con los gigantes del error? ¿Quién ese sér fenomenal, destinado á reproducir en su persona los mas preciosos tipos de la antigua ley en defensa del dogma evangélico? ¡Oh! No necesitaria yo nombrar á Antonio, denominado el Paduano, para haceros comprender desde luego ser él el aludido con tan brillantes rasgos. No pediré á la pintura imágenes sorprendentes para trazaros su carácter; no recurriré á las bellezas de la poesía para ensalzar sus eminentes cualidades; tampoco necesito buscar en la historia ideales de lo hermoso, grande y heroico, para elogiar unos hechos cuya sola enunciacion basta á colocar á nuestro héroe entre las primeras celebridades religiosas del mundo. Llamárale precursor insigne de Jesucristo, imperturbable ante una raza de vívoras ponzoñosas que corroen el seno de la Iglesia, contra quienes fulmina las venganzas celestiales; dijérale Moisés intrépido, dispuesto siempre á luchar con los protervos Faraones de su época y anonadarlos con los prodigios de la omnipotencia divina; apellidárale Macabeo aguerrido, defensor incansable de las cristianas tradiciones holladas por Antíocos sacrílegos; todas las personalidades típicas de la primitiva historia reuniría en Antonio de Pádua, y todavía no habria llenado cumplidamente el vasto cuadro que á mi vista ofrecen los hechos extraordinarios, las virtudes heroicas, los grandes merecimientos, los servicios sin cuento que brotan, digámoslo así, de la vida de ese inmortal hijo de San Francisco. ¿Qué hacer, pues, en la incertidumbre en que me coloca

la dificultad de la eleccion? Cuento, M. A. O., con vuestra indulgencia, cuento con vuestro buen criterio y recto juicio para acometer lo que franca y lealmente reconozco superior á mis escasas luces. Vosotros sabreis suplir lo que á mí no me sea dable esponer dignamente; vuestra piedad bastará á llenar el vacio que de seguro dejará mi insuficiencia. Mi elogio se concretará únicamente á presentaros en Antonio de Pádua «EL ELÍAS DEL SIGLO XIII, cuya vida fecunda en prodigios de virtud y de heroismo, bien asi como su muerte rica en rasgos portentosos de proteccion, hácenle acreedor á una página inmortal en los anales del mundo católico.» Ni mas sencilla ni mas lacónica puede ser la enunciacion de mi idea. ¡Quiera el cielo que su desenvolvimiento corresponda á lo grandioso del objeto! Etc.

AVE MARÍA.

REFLEXION UNICA.

El Espíritu divino, como dijera elocuentemente el sábio prelado de Milan, no reconoce tardanzas ni sigue la marcha paulatina de la naturaleza en sus creaciones, sino que cuando se propone sublimar á un justo á la altura de los héroes, desenvuelve en él desde luego el tesoro de sus gracias y magnificencias, y en su misma cuna hace brillar las dotes que anuncian su futura grandeza. El Elias del siglo XIII no podia menos de aparecer como un fenómeno, llamado como estaba á mostrar al mundo henchido de corrupcion y de errores monstruosos, las sublimes bellezas de la moral y de la fé católica. Por eso desde su cuna arranca esa série de portentosos hechos que debian caracterizar toda su vida y coronar su preciosa muerte. Prodigios de virtud, prodigios de celo, prodigios de sabiduría, prodigios de heroismo, forman la cadena de su historia, cadena preciosísima cuyo primero y último eslabon es Dios á quien consagrara sus afectos, sus aspiraciones, sus ideas, sus deseos, sus trabajos y toda su existencia.

Prodigios de virtud. Ni aun las lágrimas que en los demas mortales anuncian su entrada en el mundo, han lugar en el niño Antonio. Su celestial sonrisa, manifiéstale apenas nacido como exento de las miserias que forman el patrimonio de los herederos de un padre rebelde y criminal. Menos todavía pudieran afectarle los elementos de seduccion con que el mundo disfraza sus lazos para corromper los corazones tiernos y hacerlos víctimas de la culpa. Sangre ilustre, nobleza hereditaria, blasones seculares, oro, riquezas, placeres, bellas esperanzas, halagüño porvenir, todo se apiña en torno de aquel ilustre portugués al abrir sus ojos á la luz. Pero el primer acto de su razon cuando llega á desarrollarse, es reconocer la frivolidad de todos esos objetos, despreciarlos como vil lodo, hollarlos con heróica generosidad, y renunciar á su posesion como incapaces de llenar el vacío inmenso de un alma para quien solo es digno de ambicion lo eterno, lo inmensurable, lo infinito, lo eterno. Hacia Dios, pues, resúmen de todas estas perfecciones, dirige Antonio su vuelo, y cual paloma fugitiva que no quiere contaminarse con el fango de un siglo infecto, remóntase sobre él, mira con horror sus caricias, búrlase de sus falsas promesas, hace cesion de sus bienes, y va á abrazarse con la pobreza, con la abnegacion, con el dolor, con el sacrificio, entre los hijos del grande Agustino. Sáciate abí, corazon magnánimo, de las puras delicias que manan á torrentes de esa misteriosa piedra. Bebe hasta embriagarte del vino que engendra almas vírgenes en esa bodega del esposo inmortal. Entrégate sin reserva á la contemplacion del cielo, do está todo tu tesoro, tu riqueza y tu porvenir. Humíllate hasta el abismo de la nada y ora sin cesar, pues que en el ejercicio de esa saludable práctica encuentras tu mas indefinible éstasis. Sacrifica tu carne y reduce todos tus miembros al mas doloroso martirio, ya que para tí rosas fragantes son las agudas espinas de la penitencia. Tal en efecto se muestra nuestro jóven Antonio en los cláustros: y tan gigantescos son sus primeros pasos en la carrera de la perfeccion, que bien presto es mirado como un objeto de asombro y de imitacion por los hombres encanecidos en aquella vida austera y fervorosa. Hasta los mismos ángeles, como envidiosos de tanta santidad, honrábanle frecuente-

mente con su compañía, asociándose á él cuando en el coro entonaba las divinas alabanzas, cuando en su estrecho y desmantelado aposento ocupábase en la lectura de los sagrados libros, ó cuando ante las sagradas aras arrebatado en divinos éstasis, dejábase ver encendido el semblante á manera de serafín, elevado en el aire, rodeado de brillantes ráfagas de luz, y arrojando de su pecho inflamado torrentes de amoroso fuego.

Y si tales eran los prodigios de su virtud, ¿cuáles pensais serian los prodigios de su celo? ¡Ah! Aquí quisiera yo poseer la elocuencia de los Demóstenes, para trazaros con vivos coloridos un hecho que en la vida de Antonio inició los brillantes triunfos de su mision apostólica. El monasterio de Santa Cruz de Coimbra ve llegar providencialmente los preciosos restos de cinco mártires ilustres que en las arenosas playas de Africa acababan de dar el mas brillante testimonio de su fé. Antonio, morador de aquella casa, contempla con entusiasmo las reliquias de aquellos defensores heróicos de la verdad. Su sangre fresca aún, habla al corazon de nuestro jóven un lenguaje tan patético, tan elocuente y persuasivo, que desde aquel instante su idea acariciada, su bello ideal, su ilusion, su sueño dorado es volar á buscar bajo la cuchilla infiel del Mahometismo, la palma de un martirio, para él mas seductor y halagüeño que los cetros, las coronas y los reinos todos del universo. No importa que los mares le presenten horrendos abismos; poco es que el despotismo sarraceno le amenace con todo linaje de crueldades y tormentos; tampoco le detienen las dificultades insuperables que sus lazos con el instituto agustiniano oponen á la realizacion de sus deseos. Por todo rompe Antonio, cual torrente que ha salvado sus diques. Si bajo el hábito del célebre obispo de Hipona no le es dable llevar á cabo sus aspiraciones, inspirado divinamente le trocará por el sayal del seráfico Francisco. Con la Cruz del Redentor en la mano volará hácia las costas africanas; saludará estático las cercanas arenas de un suelo que piensa regar con su sangre heróica; ya su imaginacion le presentará como un hecho lo que en el delirio de su fervoroso celo por la gloria de Dios ansiára; ya... Mas ¡ay! ¡Cuán presto ve marchitarse en sus manos ese conquistador intrépido los laureles de

su soñado triunfo! ¡Qué amargos desengaños vienen á mostrarle que no es ese el terreno que depara el cielo á sus futuros combates! No lo era, en efecto, M. A. O. Éralo sí la Italia, combatida á la sazón mas que ningun otro pais por los mónstruos de la herejia, del cisma y de la impiedad; éralo Francia, España, Portugal, la Europa entera, cuyo estado de anarquía en el órden religioso-social reclamaba un génio que la regenerase con el ascendiente de la doctrina católica. Por eso la divina Providencia prepara los sucesos de modo, que Antonio, llamado á otras grandes empresas del servicio de Dios, haya de abandonar su primitivo proyecto para ir á llevar la luz del Evangelio, y con él la verdadera civilizacion, la paz y la dicha á unos pueblos desventurados que veian oscurecido el brillo de la fé y hollados los sagrados derechos de la Iglesia. Hed á nuestro héroe inaugurando en Italia su obra de restauracion con un éxito que desde luego pone en movimiento á todo aquel pais. Cual relámpago que saliendo del Oriente se dirige á Occidente, retrocede, gira en distintas direcciones, se oculta, torna á brillar, y aquí abate el añoso roble, allí troncha la encina secular, mas allá desgaja el corpulento cedro, en otra parte horada las rocas, y do quiera va dejando la huella de su instantánea carrera, no de otro modo Antonio recorre las provincias, entra en los pueblos, se introduce en las aldeas, predicando las altas verdades del Evangelio con una uncion que admira, con una elocuencia que persuade, con un fervor que convence, con una inspiracion á que no es posible resistir. Oyen su voz autorizada y poderosa Génova, Ferrara, Milán, Bretaña, Venecia, el Languedoc, Florencia. Los templos son pequeños para contener el inmenso auditorio que en pos de sí arrastra el nuevo conquistador; llénanse las plazas; apiñanse en los campos hombres, mujeres, niños, personas de todas clases y condiciones; multiplicanse los prodigios de su celo. Aquí Magdalenas licenciosas lloran sus extravíos: allí Levis codiciosos abandonan sus torpes tráfico y se apresuran á restituir lo mal habido; ora Jonás indiferentes despiertan del letargo de la incredulidad y abrazan las prácticas de la piedad cristiana: ora Manassés protervos se convierten al Señor y se humillan ante el poder comunicado á su siervo. ¿A dónde voy? Por

mas que intente epilogar muchos hechos en breves palabras, no es posible decir ni una mínima parte de los triunfos de ese predicador evangélico, que parece tener en sus manos los corazones, y disponer á su grado de los elementos. Las clases todas de la sociedad rinden vasallaje al enviado del cielo; respétanle los reyes, témenle los magnates, admiranle los sábios. Estos deponen su orgullosa arrogancia, y buscan en la ciencia de la Cruz el principio de la verdadera sabiduría: aquellos abandonan el fausto y la ostentacion del siglo, y corren en pos de la pobreza del Evangelio: los otros modifican sus hábitos de tiranía, y rigen á sus pueblos con justicia y amor paternal. No es esto todo: Antonio se biloca prodigiosamente, y hácese escuchar á distancias considerables de donde predica. ¿Es necesario un testimonio que libre á su padre de una sentencia injusta que le condena á morir en un patibulo? Antonio vuela de Pádua á Lisboa, resucita un difunto que testifique la inocencia del acusado, y torna á Pádua con la agilidad propia de los espíritus bienaventurados. ¿Se hace preciso enfrenar la maledicencia de ciertas lenguas envenenadas, que atribuyen calumniosamente sus prodigios á malas artes mañosamente combinadas para sorprender la credulidad del vulgo ignorante? Antonio dispone á su grado de las dolencias, y á uno deja instantáneamente ciego para que escarmiente de su incredulidad, y á otro hiere con una asquerosa lepra en justa espiacion de su malicia. ¿Acéchanle asesinos pagados para darle una muerte aleve? Antonio, sabedor de los lazos que le tiende la venganza, preséntase á los sicarios y con una sola palabra háceles caer por tierra sin movimiento, renovando el hecho portentoso del Salvador con los amotinados del huerto de Gethsemani.

Y todos estos prodigios de celo, ¿qué otra cosa son mas que las consecuencias de otros prodigios de sabiduría con que al cielo plugo honrar á su siervo? Cuando el Señor le enviara como á otro Jeremías á restaurar las ruinas de su religion, arrancando los vicios, plantando las virtudes, destruyendo el error, y edificando de nuevo los cimientos de la Iglesia socabados por la heregia, Antonio, bien así como aquel profeta, podia decir que era un niño y no sabia hablar, puesto que su humildad profunda habia logrado ocultar cuidadosa-

mente los tesoros de ciencia celestial que enriquecian su espíritu. Llega, empero, el momento en que la Providencia se propone descubrirlos al mundo para gran gloria de Dios y ventura de la humanidad. Sus superiores le mandan hablar en unas conferencias, en que siempre rehusára tomar parte encastillado en su presunta ignorancia. La obediencia desata sus lábios, y de ellos fluyen torrentes tan fecundos de vasta erudicion, que deja llenos de asombro á los génios mas eminentes de su siglo. Donde quiera no se habla mas que de este singular fenómeno. A Antonio se llevan las cuestiones de mas difícil solucion, y él las resuelve, dilucida y desmenuza con sin igual maestría. Abraza en toda su estension el dogma, la moral, la Teología espositiva y mística, la Patrología, y todos los ramos de la ciencia religiosa. Posee el fuego de los Atanasios, el nervioso raciocinio de los Atenógoras, la dialéctica contundente de los Justinos, la dición persuasiva de los Ciprianos, la profundidad de los Gerónimos, la universalidad de los Agustinos. Le es familiar la historia; maneja con destreza la tradicion; las Escrituras Santas las interpreta con tal facilidad, que el Papa Gregorio IX le denomina «ARCA DEL TESTAMENTO» en quien se hubieran encontrado sin faltar un ápice todos los libros canónicos si hubiesen llegado á estraviarse. ¿Pero no habla mucho mas alto en este punto esa obra magistral de las *Concordancias de la Biblia*, que viene sirviendo de libro de consulta á todo el mundo sábio, y que elogios tan entusiastas ha merecido de los hombres científicos de todos los tiempos? En vista de ese gran monumento levantado por Antonio á la literatura cristiana, ya no me asombra que haya merecido los dictados mas lisongeros que jamás se han dado á hombre alguno. Cuando el sábio abad de Verceli le denominaba *Antorcha resplandeciente* del mundo católico; cuando Bolonia, Montpellier, Florencia y otras célebres escuelas de Italia y Francia, le tributaban los mas sinceros elogios como al primer génio de su época; cuando talentos tan competentes como desapasionados le llamaban *sagrario de la Teología, mente angelica, padre de familias* que estrae sus tesoros de la ciencia increada; cuando el Serafin de Asís complaciase en nombrarle su teólogo por excelencia, todos ellos no hacian sino pagar un justo homenaje

de admiracion al que sin pretensiones de ninguna especie supo sublimarse á la mayor altura del saber humano, preparando el camino á los Buenaventuras, Escotos, Alejandros, Mairones, Mastrios y demas inteligencias privilegiadas que en los siglos posteriores han formado la mas bella corona del Orden Seráfico. En la ciencia de Antonio, mas bien infusa que adquirida, veíanse reproducidos los portentos del Cenáculo en el gran dia de Pentecostés. Si los primeros heraldos del Evangelio hablan diversos idiomas, ó se hacen entender en el suyo propio de naciones y razas tan distintas como el Cretense, el Elemita, el Parto, el Medo, el Arabe, el habitante de Mesopotamia y Pamfilia, tambien Antonio predicando en España, Francia, Portugal, Italia y otros puntos del globo, es igualmente comprendido de todos, y á su voz de trueno no se resisten ni los orgullosos cedros que se enseñorean en el Libano, ni las robustas encinas que coronan las crestas del Basan: porque hasta las almas mas empedernidas en el error, hasta los corazones mas familiarizados con el crimen, no pueden menos de conmoverse y ceder antes los prodigios de heroismo de aquel apóstol de la religion.

Prodigios de heroismo, dije; ¿y quién será capaz de enumerarlos? No bien el eco de la fé perseguida hiere sus oidos, cuando á manera de vigoroso atleta se presenta en la arena, dispuesto á luchar á cuerpo descubierto con el áspid de la herejía, que serpeando por el florido campo de la Iglesia, todo lo corrompe é inficiona con su hálito venenoso. Francia en especial gime bajo la presion de innumerables errores, que atacando los principios fundamentales del dogma, hacen presentir la anarquía mas espantosa y una disolucion inevitable. Mas no temas, suelo desventurado; hácia tí vuela el Angel del gran consejo; ya se dirige hácia tí el génio protector de tus creencias; presto verás en tu seno al martillo de la herejía bajo el cual quedará aplastada la cabeza del dragon infernal. Ved, en efecto, á Antonio trepar animoso los Alpes, salvar las enormes cordilleras que separan la Italia de la Francia, correr de ciudad en ciudad, de pueblo en pueblo, persiguiendo como el profeta del Carmelo á los falsos adivinos que corrompen la pureza de la religion, pulverizando las máximas disolventes del error dominante, siguiendo en todas

direcciones la tortuosa marcha del libertinaje enmascarado con el antifaz de una piedad simulada, y no dejando un momento de descanso á los dogmatizantes que con especiosos sofismas sorprenden la buena fé de las almas incautas para enredarlas en los lazos de la incredulidad. Aquí le vereis entrar en liza con el impio sacramentario Guialdo, á quien confunde, aterra, anonada, hasta obligarle á confesar el dogma de la real presencia de Jesucristo en la Eucaristía, valiéndose del instrumento de una bestia hambrienta que adora al divino Sacramento abandonando el pesebre, para completar el triunfo de la verdad sobre la herejía. Allí le admirareis convenciendo á los heresiarcas de Tolon, Arimini y Milan, hasta el punto de recibir de ellos una abjuracion solemne de sus falsas doctrinas. ¿Qué importa haya hombres obstinados como el tristemente célebre Bombilio, que desprecien las enseñanzas de Antonio y se resistan á escucharle? Él se dirigirá á los peces del mar: estos saldrán á la superficie á oír su predicacion, y el arrogante filósofo á quien no fuera bastante á persuadir la fuerza de la verdad, se someterá á ella humilde y se confesará vencido por los irracionales dóciles á la voz del cielo. Tampoco afectan á Antonio los planes homicidas fraguados contra su vida en los tenebrosos clubs del error. Prepare la herejía despechada el veneno, eche mano del puñal del sicario, apele á la traicion y al cohecho, arme contra él el brazo del asesino.... Todo es inútil, porque el cielo le guarda para empresas mayores de su gloria, y son muy impotentes todos los elementos humanos para triunfar del poder divino.

no Mas ¿qué es lo que veo? Verona gime bajo el yugo de un tirano implacable. Regadas están las calles y las plazas de aquella ciudad con la sangre inocente de innumerables víctimas sacrificadas á su sañudo encono. Once mil paduanos yacen yertos cadáveres; la cuchilla del verdugo no se cansa, y por do quiera cunde el luto, acreciéntase el terror, reina el espanto, y se oyen los quejidos dolorosos de un pueblo incapaz de hacer frente á tan desmesurada crueldad. Jamás la historia presentó un cuadro tan triste de execrable malicia y de feroz barbarie. Ezzelino ha jurado esterminar completamente á Verona, y su brazo no descansará hasta haber segado la

cabeza del último de sus habitantes, para reinar solo sobre un trono de ruínas. Pero no, que todavía hay en la tierra Samueles esforzados que se atreven á hablar á los príncipes protervos el lenguaje severo del deber; aún existen Moisés intrépidos que defiendan ante los terribles Faraones las libertades de los pueblos oprimidos; no faltan Elías fogosos que hagan temblar á los Achabs sanguinarios en su mismo sólio. Está todavía Antonio en el mundo para correr en auxilio de la verdad y de la justicia que reclaman su apoyo contra la arbitrariedad y la venganza. Él es el Leon valiente destinado á detener los agigantados pasos del Atila de su siglo; él el Ambrosio inquebrantable llamado á oponer un muro de bronce á la inhumanidad de los modernos Teodosios; él el Bernardo esforzado elegido para resistir con firmeza á la arrogancia de los duques de Aquitania. Hablemos sin figuras: Antonio es el héroe que Dios tiene reservado en los tesoros de su providencia para triunfar del mónstruo Veronense, y postrar á sus piés al implacable Ezzelino. Vedle atravesar el campamento del tirano, ponerse en su presencia cual Pablo ante el procónsul Sergio, manifestarle sin rebozo sus maldades, reproducirle sus injusticias, darle en rostro con su inhumanidad, intimarle en nombre de Dios que cese de perseguir á la Iglesia y de sacrificar víctimas inocentes, ó se prepare á experimentar la cólera del cielo que amenaza de cerca su cabeza. Ezzelino se turba, tiembla, estremécese convulso á la voz del apóstol de la Italia: y ¡gloria al Señor! reconocido instantáneamente, confiesa sus iniquidades, las llora amargamente, ofrece una satisfaccion condigna, implora la clemencia de Dios como el adúltero David apostrofado por el profeta Nathan, y se somete á una pública penitencia.

Triunfaste, insigne Antonio, y tiempo es ya de que pases á ceñir los laureles de tantas y tan ilustres victorias. No se verificará, empero, esto sin haber antes multiplicado los prodigios de su heroismo en defensa de los derechos de su sagrado instituto. Si surgen seudopropetas perversos que con sus relajaciones pretenden empañar el brillo de la nueva Sion, la religion Seráfica, Antonio sabrá oponer una resistencia tan laudable como beneficiosa. Impotentes serán los insultos, los denuestos, las persecuciones, los grillos, las cadenas y

cuanto de mas duro é inhumano invente contra él la venganza de los partidarios del libertinaje. Roma escuchará la voz autorizada del propugnador acérrimo de la observancia religiosa; el Vaticano se convencerá de la justicia en que Antonio funda sus reclamaciones; la verdad se esclarecerá, el sofisma quedará confundido, los autores del desórden serán castigados, y el fiel sucesor de Francisco verá con gozo indefinible restablecida la disciplina primitiva, allí donde el mónstruo del vicio intentára introducir la perturbacion y el caos.

Tales son, M. A. O., los prodigios en que tan fecunda se muestra la vida del insigne Paduano: prodigios de virtud, prodigios de celo, prodigios de sabiduría, prodigios de heroismo, que representan en él el tipo mas acabado del profeta, del apóstol, del doctor, del apologista, del Elias del siglo XIII, de quien, con no menos razon que del antiguo, puede escribirse sobre su sepulcro: *In vita sua fecit monstra, et in morte mirabilia operatus est.*

La tumba de Antonio es el altar en donde recibe los primeros homenajes de un culto que en breve debia propagarse en todo el orbe. No bien ha espirado, cuando por las calles y plazas de Pádua, el anciano, el jóven, el niño, todos gritan á voz en cuello: «¡El santo ha muerto!» Y en prueba de que este grito es el eco del cielo que celebra las glorias de Antonio, los milagros se multiplican en derredor de su tumba, convertida en una piscina saludable en donde el ciego recobra la vista, el tullido el uso de sus miembros, cesa todo género de dolencias, arroja la muerte sus víctimas, se amansan los elementos, ahuyéntanse los espíritus malignos, y se obra toda clase de maravillas. Así que, las ciudades de Italia solicitan con empeño su canonizacion, cuando todavía estaban espuestos al público sus sagrados restos. Gregorio IX, accediendó á los unánimes votos del orbe católico, no tarda en satisfacerlos escribiendo el nombre de Antonio en el catálogo de los bienaventurados. Su culto se propaga como una chispa eléctrica. Acéptanle gustosas Alemania, Ungría, Polonia, Rusia, Francia, España, Portugal y otras regiones de donde á competencia corren los fieles á visitar el sepulcro del Paduano y á admirar la incorruptibilidad de su lengua, monumento

admirable de los triunfos que reportára sobre el vicio, la incredulidad, el error y la tiranía. Disputáanse la posesion de sus reliquias, las coronas, las púrpuras, los cetros, las tiaras y cuanto de mas noble y grande hay en la esfera social. ¿Y qué mucho que tantas honras y homenajes tan sinceros recibiese de todos los estados, clases y condiciones, aquel que mejor que Abraham mereció tratar familiarmente con el mismo Dios, quien frecuentemente se le apareció en forma de un hermoso niño, permitiéndole estrecharle contra su seno, prodigarle sus caricias, y desahogar con él los incendios de su amor? Díjéralo el monte Alverno, teatro de las mas íntimas comunicaciones entre ambos; dijéranlo los querubines que mas de una vez asistieron como testigos presenciales de estas bellisimas escenas; dijéralo el mismo Antonio que en tantas ocasiones experimentó anticipadamente los efectos de la vision beatífica....

Sí, glorioso y sin par objeto de nuestros cultos; impotentes de todo punto son nuestros lábios para referir ni la mas pequeña parte de tus glorias y escelencias. Tampoco aspiramos á conocerlas; porque estamos convencidos de que mas fácil nos seria contar las estrellas del firmamento, que enumerar los dones con que te favoreció el cielo. Tu vida y tu muerte son un prodigio continuado. Muéstrate con nosotros tan grande y benéfico, como heróico te manifestaste con el siglo que tuvo la dicha de poseerte. No menos necesitamos hoy de tus saludables enseñanzas, ni nos es menos precisa é indispensable tu proteccion. Dígnate dispensárnosla cumplida, para que huyendo de nuestros hogares el error, la impiedad, el vicio y demas elementos de ruina que nos cercan, merezcamos vivir dichosos en el tiempo, y gozar despues contigo las inefables delicias de la eternidad.

SERMON

PARA EL PRIMER DIA DE LA NOVENA DE SAN ANTONIO DE PÁDUA.

NOVENA

DE SAN ANTONIO DE PÁDUA.

NOVELA

DE SAN ANTONIO DE PADUA.

SERMON

PARÁ EL PRIMER DIA DE LA NOVENA DE SAN ANTONIO DE PADUA.

Vidi Angelum volantem per medium cæli, habentem Evangelium æternum, ut evangelizaret sedentibus super terram, et super omnem gentem, et tribum, et populum, et linguam.

Vi un Angel que volaba por medio del cielo, llevando el Evangelio eterno para predicarle á los moradores de la tierra, en todas las naciones, tribus, lenguas y pueblos.

Apoc. XIV. 6.

¡CUÁN poderoso y elocuente es el idioma de la religion! ¡Cuán fuertemente vibra su voz en los pechos cristianos, dando un mentís solemne á los que creen muerto al catolicismo é impotente ya para hacerse escuchar en medio de la perturbacion y de las pasiones del siglo! Mas de quinientos años han trasecurrido desde que una ciudad de Italia proclamaba á voces la santidad de un héroe que la inmortalizára con sus virtudes, prodigios y sabiduría, canonizándole en su misma tumba; y hoy como siempre al nombre del insigne Antonio de Pádua, levántase como un solo hombre la cristiandad entera, y corre entusiasmada á esparcir sobre sus altares las misteriosas flores de una devocion nunca amenguada, cada dia mas tierna, y tan universal y generalizada, que con dificultad hallaríase un solo pueblo, siquier misero é insignificante, donde no se le tributen los honores y homenages debidos al positivo heroismo.

¿Y por qué así espresa el mundo católico los sentimientos de su afectuosa simpatia hácia el oscuro y humilde hijo del patriarca seráfico? ¿Fuera acaso uno de esos génios que, como el antiguo Alejandro, imponen su yugo al orbe estremecido, abarcan en sus

vastos dominios los mares, y se hacen obedecer de cuanto hay mas temible en la tierra? ¿Figura por ventura su nombre entre los Confucios, Solones, Licurgos y demas legisladores afamados á quienes las naciones deben los primeros elementos que sirvieron de base á la constitucion social y politica de los estados? ¿Se enlaza quizás su historia con la de aquellas inteligencias emprendedoras que como Hernan-Cortés y Colon se propusieron descubrir mundos desconocidos á través de los profundos abismos del Océano? ¿Dirigió armadas, mandó ejércitos, conquistó reinos, cambió dinastías, hizo ruidosas revoluciones, ó fué autor de alguno de esos inventos útiles y beneficiosos que forman época en los anales de la ciencia? Si así fuese, harto justificado estaria el entusiasmo que por do quiera se advierte hácia el héroe Paduano que motiva las presentes demostraciones de júbilo, atendida la innata propension del siglo actual á rendir un culto casi divino á todo cuanto se relaciona con el progreso y los adelantos de la moderna civilizacion. Empero, cuando nada de esto veo personificado en Antonio de Pádua, cuando observo que tanta honra, tan cordiales obsequios, un culto tan sublime, y homenajes tan sinceros tienen por objeto á un pobre y desvalido religioso de San Francisco, y que estos se reproducen sin cesar, tomando parte en ellos las clases todas de la sociedad, desde el monarca hasta el rústico aldeano, mis ideas toman distinto giro, y busco en una esfera superior á todas las grandezas y frivolidades humanas el origen de una gloria que no puede esplicar la simple razon por sí sola, ni justificarse por los principios dominantes en el presente siglo.

La virtud, pues, el mérito, la santidad, los servicios prestados á la Iglesia y á la humanidad, hed ahí el sólido é indestructible fundamento en que descansa el templo de la inmortalidad que al insigne Paduano vienen alzando las generaciones. Todas á competencia le han consagrado monumentos destinados á sobrevivir á las soberbias pirámides y á las gigantescas columnas que Egipto levantó un dia á sus génius, Grecia á sus héroes, Roma á sus emperadores: puesto que reconocen en él una preeminencia especial sobre todos ellos, y títulos mas dignos á la gratitud, al aprecio y á las bendiciones del mundo ilustrado por la brillante antorcha del cristianismo. Apóstol,

profeta, apologista, doctor, mártir, virgen, conquistador evangélico, campeón aguerrido de los ejércitos de Sabaoth, propugnador incansable de los derechos de la verdad, luz brillantísima de la casa de Israel, antemural inespugnable de la Sion militante, martillo del error, azote de la herejía, perseguidor constante del vicio, centinela avanzado de la moral católica; todos estos dictados reasume el nombre de Antonio, con harta gloria suya y no escaso beneficio para el mundo, á quien plugo al cielo enviarle como uno de sus mas preciosos dones.

En la imposibilidad de metodizar tantas escelencias y grandezas, fecundas todas en saludables enseñanzas, he creído muy oportuno seguir en mis discursos durante esta Novena el orden de muy antiguo establecido, y segun una creencia tradicional revelado por el mismo San Antonio, tomando por asunto en cada dia una de las magnificencias correspondientes á cada cual de los nueve coros angélicos, de quienes se complació el Señor en comunicarle sus respectivas virtudes y propiedades, haciéndole semejante á los Angeles en la pureza, no menos que en el fervor para anunciar á los hombres la gloria del Señor; á los Arcángeles en el celo para acometer grandes empresas; á los Principados en la intimidad con Dios para recibir y ejecutar en beneficio de los hombres sus altísimas disposiciones; á las Potestades en la superioridad que ejercen sobre las gerarquías inferiores; á las Virtudes en el poder omnimodo de obrar portentosos milagros; á las Dominaciones en el predominio sobre las cosas visibles é invisibles; á los Tronos en la comunicacion familiar con la divinidad; á los Querubines en la sabiduría celestial con que penetran en el abismo de las infinitas perfecciones de su Criador; á los Serafines en el abrasado amor con que incesantemente le sirven y adoran.

Hé aquí detallado el método que me propongo adoptar. En este concepto, cúmplenos considerar hoy á San Antonio «como un Angel del nuevo testamento enviado por Dios á los mortales en una de las épocas mas calamitosas, para evangelizarlos las eternas verdades del catolicismo, y conducirlos por medio de ellas á la posesion de sus inmortales destinos.» *Vidi Angelum volantem per medium cæli,*

habentem Evangelium aeternum, ut evangelizaret sedentibus super terram, et super omnem gentem, et tribum, et populum, et linguam. Propiedad admirable que llenó con una constancia heroica en predicar á la tierra, como nuncio del cielo, las verdades que forman la dicha del hombre en el tiempo y en la eternidad. Saludemos ante todo á la gloriosa Virgen, á quien otro espíritu soberano anunció su maternidad inefable, etc.

AVE MARÍA.

REFLEXION UNICA.

Tan propia y característica de los Angeles fué siempre la mision de conducir á los hombres por el camino del bien, y de servirles en la tierra de mensajeros de la suprema voluntad del Eterno, que desde el génesis del mundo se les encuentra donde quiera cumpliendo este altísimo encargo en provecho de la humanidad. Aquí se les ve acompañando en su peregrinacion al fiel Abraham, allí revelando á Jacob los destinos que están reservados á su descendencia, mas allá protegiendo la inocencia de Tobias y salvando su vida en los peligros, en otra parte avisando á Loth el próximo esterminio de las ciudades nefandas. Si en Egipto gime el pueblo escogido bajo el duro yugo de los tiranos, el Angel del Señor es quien ejecuta los decretos del cielo en venganza de las injusticias y violencias cometidas contra una raza indefensa y desgraciada. Si en Babilonia la virtud de los Danieles se ve espuesta á las arbitrariedades de un monarca sacrilego que aspira á usurpar los honores de la divinidad, el Angel del Señor es quien vuela en socorro del oprimido, sacándole ileso de las garras de los leones. ¿Atenta el bárbaro Senaquerib contra las creencias y libertades de la nacion predilecta de Jehová, aprestando numerosos ejércitos para realizar sus impíos planes? El Angel del Señor no tarda en empuñar su igneo alfange, y en una sola jornada destroza las huestes del tirano, dejando yertos cadáveres ciento ochenta mil combatientes.

Esta misma mision, si bien distinta en los medios de ejecucion, idéntica empero en los fines, fué la que nuestro insigne Antonio de Pádua estaba llamado á cumplir en su siglo. Era, á no dudarlo, el Angel de la buena nueva, que surgia del suelo portugués en una de las épocas mas azarosas de la historia, para anunciar á una generacion envuelta en horribles luchas la paz del cielo, producto de los sublimes principios de una religion de caridad y de amor fraternal. Era el Angel del buen consejo, que se dejaba ver á través de un horizonte preñado de horribles tempestades condensadas por la corrupcion de un siglo immoral y descreido en que fermentaban todas las malas pasiones, para llevar como el del Apocalipsi por todas partes el Evangelio eterno de Dios, predicando sus tremendos juicios á innumerables pueblos, tribus y lenguas, y exhortando á todos los mortales á temer y adorar al Señor. Era el Angel de la victoria, que cuando mas cundian el error y la herejia en el seno de la Iglesia, amenazada en todas direcciones por los agentes del averno, levantábase como aquel otro que vió San Juan en Pathmos, para luchar con la asquerosa Babilonia madre de todas las prostituciones y blasfemias de la tierra, y decapitar al mónstruo de siete cabezas con la espada flamigera de la palabra divina.

Puro é intachable, tanto como esas sublimes inteligencias, debia ser el héroe destinado á reemplazarlas en el difícil cuanto honroso ministerio de promover la gloria de Dios, fomentar la práctica de sus preceptos, sustituir su culto y su doctrina al culto de las pasiones y á las enseñanzas del libertinage, y conducir á sus inmortales destinos por la senda estrecha y escabrosa del deber unos pueblos bastardeados en sus instintos, corrompidos en sus creencias, olvidados de sí mismos y de las eternas máximas que forman la dicha del hombre en el tiempo y le preparan para la eternidad un porvenir venturoso. Debia ser el Rafael sábio, prudente, caritativo, tolerante y celoso, que dirigiese la torcida marcha de un siglo que de absurdo en absurdo, de aberracion en aberracion, venia de largo tiempo corriendo al abismo de la impiedad y tocaba ya al borde de su ruina. ¿Y qué cualidades tan brillantes no eran necesarias en el génio á quien estaba reservada esta empresa? Justamente las que

desde su misma cuna revela el gran Antonio de Pádua. Observadle de cerca, y vereis que su inocencia le hace émulo de los celestiales espíritus; su modestia es un trasunto fiel de la de aquel sér anunciado por Isaías para establecer en la tierra la paz y la justicia; su precoz piedad le presenta á una altura superior á sus años; y todo en él indica que la Providencia tiene acerca de su persona las mas altas miras y los proyectos mas beneficiosos. ¿Cómo habia de participar de las humanas miserias de la edad primera, el que venia á reproducir los antiguos tipos de los Sansones y Davides en la lucha que desde muy tempreno iba á acometer con un mundo enemigo de la verdad? Por eso se le ve consagrar una juventud que otros dedican al placer y á los goces materiales, á las tareas del estudio y á las austeridades de la mortificacion. Por eso corre á encerrarse en la arca misteriosa de la religion, huyendo del diluvio de las pasiones que arrastra en su corriente á los incautos descendientes del hombre criminal. Por eso bajo la techumbre del Santuario se forma en las robustas virtudes que producen los héroes, y se prepara á ser un dia digno embajador del cielo en sus relaciones con la tierra. Por eso... Mas ya asoma en el horizonte el crepúsculo de un nuevo astro precursor de dias serenos y bonancibles; ya se deja ver el bello iris que proyecta en las nubes la señal infalible de confederacion y alianza entre el hombre y Dios; ya se prepara á salir de su retiro la paloma que ha de llevar á los restos de una raza afligida el verde ramo de oliva, simbolo de calma y de bonanza. ¿A dónde va Antonio trocado repentinamente en hijo del seráfico Francisco, con el báculo del viajero y la cruz del Apóstol? ¿Qué espíritu le conduce á prodigar en las estériles playas del Africa, una sangre generosa que hierve y fermenta con el fuego del amor divino? ¿Por qué así abandona el suelo que le vió nacer, y se dirige á través de los mares al suelo conquistado por el alfange Ismaelita? Dejadle, no le detengais en su heroica marcha. Ve en hora buena, Angel del Señor, y anuncia á un pueblo descreido y obstinado que ha llegado la hora de reemplazar la media luna con el lábaro vencedor de la Cruz; ve á despertar del sueño de la muerte una nacion envuelta en la eterna noche del error mahometano; ve á despedazar el ignominioso yugo

que pesa sobre unos séres á quienes Satanás tiene aprisionados á su carro vencedor.

— Pero en tanto, la Europa cristiana gime desconsolada pidiendo al cielo la envíe un génio capaz de obrar en ella una revolucion feliz; la Iglesia de Jesucristo cercada de furiosos enemigos, demanda un defensor que sostenga sus menoscabados derechos; la religion católica, cuyo majestuoso manto rasga en cien girones la herejia y el cisma dominantes, suspira por un héroe que humille y escarmiente la osadía de sus insolentes profanadores; la humanidad entera, victima de horrores sin cuento, necesita un Angel benéfico que vierta el bálsamo del consuelo sobre sus hondas y cancerosas heridas. No temas, oh virgen hija de Sion; cese tu llanto, oh afligida Israel; cerca está quien ha de curar las llagas que en tu seno abrieran hijos ingratos y desnaturalizados; ya viene á tí el que ha de restituir á tu pálido semblante la antigua belleza de que te despojaron manos profanas; no se hará esperar mucho el que es llamado á resucitar en breve los tiempos de tu pasada gloria, cuando eras el embeleso y el asombro de todas las naciones del orbe. Antonio es el siervo amado de Dios, en quien descansa el espíritu de verdad y de justicia para hacerle revivir en la tierra: es el Angel de Malaquías que preparará los caminos del Señor, y tras él verás aparecer en el templo de tu gloria al gran dominador que con tanta ánsia anhelas, purgando con el fuego de su doctrina la escoria de los hijos de Leví (1), abillantando el oro de la moral cristiana en el crisol del Evangelio, y apagando la impura llama de las pasiones y de los errores que cunden en un siglo corrompido por el mas repugnante sensualismo.

— En efecto: desde las arenosas llanuras africanas vuela Antonio como un Angel de Dios á Italia, de allí á Francia; luego á España, mas tarde á Portugal, despues á Sicilia; y siempre en continuo movimiento, recorre el Languedoc, la Bretaña, la Champagne, la Aubernia; y ya se le ve en Milan, ya en Cremona, ora en Ferrara, ora en Génova; tan pronto aparece sobre las cordilleras de los Alpes, como

(1) Malach. III.

se presenta en Pádua, Berri, Orvilio, Verceli, Asís, Mesina, Emilia.... No me es posible seguir el vuelo de ese génio que cual fugaz meteoro gira por do quiera con una rapidez estupenda, haciéndose visible allí donde le llaman los intereses de Dios ó de su Iglesia, y llevando á todas partes la palabra de Dios y la esplendorosa luz del Evangelio. Como Angel emisario del Rey celestial, anuncia á todas las condiciones y estados las magnificencias de su gloria, los rigores de su justicia, y los tesoros de su bondad. Como Angel de paz y de concordia, reconcilia los corazones enemistados, devuelve á la gracia las almas obstinadas en el crimen, desata los fuertes lazos que aprisionan las conciencias culpables, y logra las mas insignes y preciosas conquistas en el órden moral. Como Angel de fuerza y de virtud truena fuertemente contra los excesos de los poderosos, reprende las arbitrariedades de los magnates, se opone á las demasías del rico, enfrena los ímpetus ambiciosos del pobre, resiste á la violencia de los tiranos, contiene los arranques imprudentes de los oprimidos: y en los lances mas comprometidos para la religion ó la sociedad, su celo ardiente pero mesurado y conciliador, sabe hacer entrar en el deber á los extraviados sin dejar de respetar todos los derechos legítimos; propiedad admirable del catolicismo, á la que es debida su benefícosa influencia en los destinos del mundo civilizado. Como Angel defensor de la honra de la mística esposa del Cordero, ni un momento cesa de velar sobre las murallas del amenazado Israel: y donde quiera que brota un error, allí donde germina una doctrina contraria al dogma, en cualquier lado donde se oye un grito de rebelion ó una voz de alarma dada por los incansables enemigos de la unidad católica, Antonio es el primero en el combate; y esgrimiendo la espada de la divina palabra con denodado valor, rinde, humilla, abate, huella, postra, escarmienta y anonada á los gigantes que á insultar se atreven al Dios de las batallas. Viéronse en los dias del Paduano como en los del caudillo del pueblo hebreo, caer al golpe de su palabra irresistible los principales jefes de la herejía, cual bajo el robusto brazo del Angel esterminador caian en otro tiempo los primogénitos del idólatra Egipto. Viéronse huir precipitados ante su prodigiosa doc-

trina los corifeos del cisma y de la impiedad, como delante del Angel enviado á Israel corrian en confusa y precipitada fuga las terribles huestes de los Asirios. Testigos de los triunfos del Angel de la Italia los Guialdos, Bombilios, Ezzelinos y otros géneos funestos que en aquella época abortára el infierno para desdicha de la humanidad y azote de la Europa. ¿Y á cuántas almas no guió Antonio por los rectos senderos de la virtud, siendo para ellas el Angel benéfico que acompañó al jóven de Nephtali en su peregrinacion al pais de los Medos? ¿A cuántas inteligencias privadas de la luz de la verdadera doctrina, y sumergidas en la negra noche de la incredulidad, no las devolvió la vista espiritual, como el Angel protector del cautivo de Salmanasar abrió los ojos de aquel venerable anciano con el contacto del pez cogido en las playas del Tigris? ¿A cuántos pecadores no salvó de la muerte eterna arrancándoles de las garras del vicio, como el Angel del viajero de Rages libró á éste de las horrendas fauces del mónstruo que amagaba su existencia? ¿A cuántos corazones afligidos no consoló en sus mas crueles tribulaciones, á manera del Angel que anunció á Magdalena la resurreccion de su amado Salvador indicándola dónde podria hallarle?

¡Oh! Dijéranlo por mí tantos como por el ministerio de ese Angel bienhechor encontraron la calma de su espíritu despues de muchos años de una vida azarosa y agitada. Dijéranlo los que por él tornaron al seno de la religion salvadora de Jesucristo, á vuelta de una larga série de aberraciones y excesos que veces mil los precipitaron en el abismo de la desgracia. Dijéranlo los que mediante su predicacion y milagros lograron ver de nuevo la luz resplandeciente de unos dogmas que en momentos de delirante frenesí abandonáran, poniendo en horrible compromiso sus mas caros intereses. Dijéranlo los pueblos que, merced á su heroico é infatigable celo, modificaron sus hábitos, costumbres y aspiraciones, las ciudades que al eco imperioso de su voz apóstolica vieron desaparecer los elementos de disolucion y ruina en que se hallaban envueltas, los paises que á su influencia regeneradora debieron ver resucitar sus antiguas creencias, respetadas sus tradiciones religiosas, y rehabilitado el culto en su primitivo esplendor. Dijéranlo en una palabra, tantos

millares de personas convertidas ó preservadas de la culpa por la incansable vigilancia de ese ilustre mensajero del Dios de las eternidades, que jamás cesó de pregonar sus grandezas, de intimar sus voluntades, de anunciar sus venganzas, de convidar con su clemencia, de atemorizar á los rebeldes con sus amenazas, de alentar á los débiles con sus promesas, y de guiar á todos por los caminos de la justicia y de la salvacion, á manera de Angel del nuevo testamento, cuya mision fué conducir á los mortales á la posesion de sus altos destinos, desenvolviendo los sublimes principios en que estriba la positiva bienandanza del hombre en el tiempo y en la eternidad, contra las falsas teorías de un mundo empeñado en constituir la suprema dicha de la humanidad en los goces de un sensualismo brutal, tan impropios de séres reservados para lo inmenso é infinito, como repugnantes y opuestos á su grandeza y dignidad.

Tal fué efectivamente el héroe Paduano; tal la gloria que le cupo en el desempeño de su angélica mision para con su siglo. En su prodigiosa vida vióse realizada la misteriosa vision del apóstol de Pathmos. Donde quiera se le halló como aquel Angel que volaba por los aires llevando en sus manos el testamento eterno de Dios, y predicando su Evangelio á todas las naciones, pueblos y razas de la tierra, gritando sin cesar: Temed y honrad al Señor, pues la hora de su juicio se acerca. En él se vió representado el Angel de la paz, el Angel de la buena nueva, el Angel del consuelo, el Angel portador de las promesas de Dios y dispensador de sus misericordias, el Angel conductor de los extraviados, el Angel protector de los oprimidos, el Angel encargado de anunciar la ruina de la gran Babilonia enemiga de Cristo y de sus Santos, el Angel destinado á derramar el vino de la cólera celestial sobre los adoradores de la bestia, cuyas frentes estaban marcadas con su infame sello, el Angel exterminador de la raza maldecida empeñada en perpetuar en el mundo el imperio de Satanás. ¡Plugiuese al cielo que nosotros fuésemos á nuestra vez los ángeles tutelares de nuestra sociedad y de nuestro siglo, llenando respecto de ambos la sublime mision que Antonio de Pádua desempeñó tan cumplidamente en su respectiva época!

Por tu intercesion, oh ilustre Paduano, esperamos conseguir lo que nos falta de virtud y heroismo para imitar tus preciosos ejemplos. Bien sabes cuánto necesitamos al presente de ese celo apostólico que tanto te distinguió para poder dōminar los innumerables elementos que hoy luchan contra el catolicismo corrompiendo el dogma y la moral santa del Evangelio. No ignoras cuán poderosos enemigos se oponen al desarrollo de ese gērmen regenerador, sembrando doctrinas de muerte que sofocan en los corazones la buena semilla que nuestras manos esparcen en el campo del padre de familias. Para conducir, pues, á sus verdaderos destinos á una generacion voluptuosa, incrédula, materializada y hondamente degradada merced á los deletéreos principios de la ciencia racionalista, preciso es ser como tú verdaderos ángeles del Señor, dispuestos siempre á luchar, á combatir y á hacer los mas heróicos sacrificios. Consíguenos pues de Dios, ante quien tan poderoso es tu valimiento, las gracias necesarias para ser aquí tus fieles imitadores, por cuyo medio mereceremos despues ceñir en el cielo los laureles del triunfo, y gozar de tu propia inmortalidad,

SERMON

PARA EL SEGUNDO DIA DE LA NOVENA DE SAN ANTONIO DE PADUA.

In voce Archangeli et in tuba Dei descendet de caelo: et mortui qui in Christo sunt resurgent.

Bajará del cielo el Señor, y á la voz de su Arcángel y al sonido de su trompeta resucitarán los que estuvieron muertos en Cristo.

I. AD THESSAL. IV. 15.

DONDE quiera que peligran los intereses de la religion, allí donde la verdad se ve espuesta á los importunos y rudos asaltos del error, en cualquiera parte que la impiedad aspira á usurpar los derechos de la Iglesia, la Providencia, que nunca duerme ni dormita en frase de los sagrados libros, muéstrase solícita y celosa, acudiendo oportunamente al remedio de los males que afligen á su caro Israel el pueblo cristiano. Jamás desmintió el Señor su vigilancia y paternal cuidado respecto de aquella mística Esposa, que él mismo enriqueciera con los tesoros de la sangre de su Unigénito; en las circunstancias mas críticas y apremiantes, ni un solo dia la abandonó al capricho de los malignos escarneadores de su celestial belleza. Pura y radiante de juventud y gracias, salió siempre de los mas peligrosos combates; pero en el siglo XIII sus triunfos fueron tanto mas brillantes, quanto mayores parecían las probabilidades de un resultado desfavorable y funesto. ¡Cuántos elementos de disolucion y ruina hacináranse en derredor del catolicismo! ¡Qué de gémenes de combustion y anarquía corroian las entrañas de la sociedad! Aquí el celibato monástico es objeto de las burlas y apóstrofes de los discipulos de Guillermo de Sancto Amore; allí la continencia conyugal y

la santidad del matrimonio se ven atacadas por las doctrinas disolventes del tristemente célebre Hermanno; mas allá impugnan la penitencia sacramental los fanáticos flagelantes; en otra parte la obscenidad y los crímenes mas nefandos encuentran ardientes panegiristas en Olivario y sus adeptos. Tras de estos vienen á engruesar las falanges del averno Stadingo, Circuncelion, Raimundo de Tarraga, y Arnaldo, y Guialdo, y Marsilio y otros cien mónstruos, cuyas bocas vomitan la blasfemia, y cuyas plumas, empapadas en la ponzoña de la herejía, derraman la muerte en el corazon de los pueblos. Añádase á ese cuadro desconsolador el claro-oscuro de luchas intestinas, de sangrientas guerras, de facciones incendiarias, de escenas de horror y de sangre que por do quiera marcaban las huellas de aquel siglo de funestos recuerdos, y podrá formarse una idea aproximada de lo que eran la religion, la Iglesia, la familia, la sociedad bajo un trastorno tan general de todos los principios conservadores.

¿Y quién podia dar vida á ese gran cadáver? ¿Dónde estaba el nuevo Ezequiel, cuyo soplo vivificante fuese harto poderoso á reanimar las frios despojos de la muerte moral en que envuelta yacia una no pequeña parte de Europa? Vosotros mismos, M. A. O., lo estais ya diciendo: vuestros lábios están pronunciando el nombre de aquel Antonio, á quien cupo no escasa parte de gloria en la resurreccion religioso-social operada en la época á que aludimos. Quizá os habrá parecido atrevida mi idea, cuando tomando por testo de mi discurso las palabras con que el Apóstol anuncia la futura resurreccion del mundo en el último dia de los tiempos, las he acomodado al héroe Paduano, asemejándole en sus relaciones con la época que acabo de pintaros en un estado de muerte moral, al sublime Arcángel cuya poderosa voz y penetrante trompeta despertará un dia del eterno sueño á la humanidad entera: *In voce Archangeli et in tuba Dei descendet de caelo, et mortui qui in Christo sunt resurgent.* Osado es por cierto el pensamiento, no lo desconozco; empero tampoco veo en él nada que repugne á las mas severas leyes de la verdad católica y de la severa crítica en un sentido moral y acomodaticio. ¿No es á los celestiales espíritus llamados ARCÁNGELES á quienes el Supremo Monarca del cielo y de la tierra confia las empresas árduas y

las mas importantes misiones de su servicio? ¿No son ellos los que están encargados de representar su divina autoridad en el mundo, cuando ella es desconocida y conculcada por los miserables hijos del polvo? ¿No es de ellos de quien se valió para hacer frente á la rebelion de los ángeles apóstatas, y se sirve donde quiera para cohibir y tener á raya los impetuosos arranques del enemigo comun de los hombres? Todo ello consta en las sagradas páginas, y escusado sería reproducir los testimonios en que esta verdad se halla consignada. Pues bien, esa propiedad esencial de los citados espíritus, que necesita de la accion material del hombre para hacerse visible al mundo, es una de las que mas brillan en la persona de Antonio de Pádua, verdadero Arcángel del rey de reyes Jesucristo, á quien este se dignó conferir el mas árduo ministerio de su servicio, enviándole á despertar del profundo sueño de la culpa á una sociedad aletargada con el venenoso licor de la prostituida Babilonia, y á resucitar de la muerte del error y del crimen con el eco potente de su predicacion á un siglo cadavérico y hediondo: *In voce Archangeli et in tuba Dei descendet de cælo, et mortui qui in Christo sunt resurgent.* El asunto no puede ser mas interesante ni mas digno de vuestra religiosa atencion. Con ella cuento, no menos que con vuestra indulgencia: y para su mejor desempeño imploremos ante todo los auxilios divinos, etc.

AVE MARIA.

REFLEXION UNICA.

«Hijo del hombre, ¿piensas que podrán tornar á la vida esos huesos descarnados?» De esta manera hablára un dia el Señor á su profeta en las llanuras de Sennaar, á vista de un vasto campo cubierto de frios despojos de la muerte. Dudoso y vacilante el profeta, responde: Señor, vos lo sabeis. Entonces le manda que profetice acerca de aquellos huesos áridos y les intime que escuchen la divina palabra; y mientras así lo hacia, óyese un ruido y una conmocion grande, y advierte que los huesos se unian unos con otros cubriéndose de piel,

y tornando el espíritu á aquellos inanimados cadáveres, levantóse una multitud numerosa de hombres milagrosamente resucitados. «Estos huesos, repone el Señor, representan la gran familia de Israel. Sus hijos habian dicho: Secáronse nuestros huesos, pereció nuestra esperanza, y somos como las ramas del árbol seco cortadas por el robusto brazo del podador. Mas yo dije: Mi mano omnipotente abrirá vuestros sepuleros, os sacaré fuera de ellos, os conduciré de nuevo á la tierra de vuestros padres, y así conoceréis que yo soy única y esclusivamente vuestro Dios (1).»

Esta brillante alegoría en que tan visiblemente se halla marcada la espiritual resurreccion de las almas muertas á consecuencia del pecado, operada por el ministerio de la palabra divina, nunca tal vez se vió realizada con caractéres tan prodigiosos como en los dias del ilustre Paduano. ¿Qué otra cosa representaba entonces la mayor parte de la Europa, sino un vastísimo cementerio donde hacinados unos sobre otros veíanse los descarnados restos del error y del vicio, los cuales con su afilada segur cortáran las ramas agostadas del antes majestuoso árbol de la religion católica? ¿Qué esperanza podia abrigar una sociedad minada por sus cimientos, hedionda, cadavérica, llena de infeccion, de cuyo seno levantábanse fétidos miasmas de pasiones impuras, de escesos repugnantes, y de todo género de libertinaje y disolucion? Y sin embargo, el Señor en sus decretos misericordiosos tenia reservado un nuevo profeta, á cuya poderosa voz debia volver á la vida espiritual aquel siglo cadavérico. Antonio de Pádua era el Ezequiel de la gracia por cuyo ministerio iba á verificarse el antiguo prodigio de Sennaar, el Arcangel de la resurreccion de un mundo muerto para Jesucristo: puesto que olvidados sus dogmas, postergada su doctrina, menospreciadas sus leyes, hollado su Evangelio, el siglo XIII solo vivia una vida material, la vida del sensualismo, la vida de los goces brutales, la vida de la carne, sin aspiraciones sobrenaturales, sin ideas de un eterno porvenir, sin pensamiento alguno de inmortalidad.

Tal era el espectáculo que á los ojos de la fé ofrecia el suelo eu-

(1) Ezech. XXXVII. 1, et seq.

ropeo cuando nuestro héroe recibió del cielo la gran misión de regenerarle con el ascendiente de su predicación y doctrina. Otro espíritu menos esforzado que el suyo hubiera retrocedido indudablemente ante un proyecto tan difícil y casi imposible; pero mayor todavía que el mal era el celo de aquel hombre divinizado; mayor que todos los peligros que podían retraerle de acometer tan arriesgada empresa, era su amor hacia Dios y su vehemente deseo de salvar á sus semejantes. Urgíale como á San Pablo la caridad de Cristo que le arrastraba á ser anatema por sus hermanos; solicitábanle apremiantemente los gemidos de la Esposa del Cordero, cuyas manos suplicantes parecían llamarle en su auxilio; importunábanle altamente los gritos de la humanidad desgraciada, víctima de tantos desastres é infortunios. Ya en el silencio de los claustros embriagárase Antonio de aquel licor sagrado que forma los héroes y crea los mártires; ya en el constante ejercicio de la oración y del estudio nutriérase de aquel misterioso manjar que vigoriza el alma y la dá un temple sobrehumano para hacer frente á todas las contingencias del apostolado. ¿Qué podía, pues, acobardarle? ¿Qué podía detenerle en su rápido vuelo? La muerte, la vida, el hambre, la sed, las cadenas, los tormentos, la luchas interiores, los combates exteriores, lo presente, el porvenir, todo lo había previsto Antonio, y á todo se hallaba preparado desde que con resolución heroica hiciera el generoso sacrificio de su existencia en las aras de la religión y de la verdad. La sangre de los héroes franciscanos que viera en Santa Cruz de Coimbra, fué para él como la chispa eléctrica que puso en movimiento y agitación todos sus espíritus. Desde entonces, ni un solo instante cesára de resonar en su alma el grito de la fé que le llamaba á la pelea. Ciertamente que el cielo no se dignó aceptar la ofrenda de su corazón magnánimo que le arrastraba á los países infieles á buscar los laureles de un triunfo sangriento bajo el alfanje mahometano; pero en cambio dírale un campo más vasto aun para ejercer su misión y mostrar su heroísmo. Este campo era la Italia, la Francia, España y otras naciones, las cuales estaba llamado á evangelizar para realizar en ellas los prodigios de una resurrección, tanto más importante y beneficiosa, cuanto eran más en número los elementos de

muerte multiplicados allí por la accion devastadora de la impiedad. ¡Qué de gérmenes de disolucion fermentaban en aquel siglo mal aventurado! ¡Cuántos errores disputábanse el triunfo sobre las palpitantes entrañas de una sociedad herida mortalmente en sus dogmas, en sus creencias, en su moral, en sus costumbres y en su civilizacion misma! Dijérase que la Europa era en aquellos momentos solemnes el tipo horrible de aquella infame ramera descrita en el Apocalipsi, con cuyo vino se hallaban embriagados los reyes, los principes, los sábios, la nobleza y el pueblo todo: puesto que donde quiera no se veian sino los signos característicos de profanacion y de blasfemia con que pinta á la gran madre de las deshonestidades y abominaciones la pluma del apóstol de Pathmos (1). Con ella debia entrar en singular pelea el héroe Paduano; su brazo robusto debia postrarla y anonadarla para siempre; y al eco de su voz portentosa debia levantarse del sueño voluptuoso de las pasiones, y surgir del sepulcro de los errores y de los vicios reinantes, un siglo que hedia ya como el cadáver de Lázaro en completa descomposicion.

Ved, en efecto, á ese nuevo Arcangel del Dios de las eternidades volando por toda la Europa, haciendo resonar donde quiera el agudo eco de la trompeta del Señor, evocando á un juicio de misericordia y de esperanza á cuantos yacen en las sombrías mansiones de la muerte moral. Admirad cuál penetra, conmueve y aterra su palabra autorizada en todas partes donde llega á oirse; y aqui las almas indiferentes á todo sentimiento de religion, buscan en ella un asilo contra la ira del cielo que las amenaza con sus venganzas; y allí los corazones insensibles á los llamamientos de la gracia corren á purificarse en sus fuentes regeneradoras; y el hombre esclavo del placer sensual abraza las austeridades de la penitencia; y el sábio arrastrado por el orgullo de un saber superficial, depone su arrogancia y se hace discipulo del Dios del Calvario; y el libertino conviértese en morigerado y casto; y el impio mofador de los sagrados misterios se torna en panegirista entusiasta de las eternas verdades del Evangelio; y el impudor que antes se mostraba erguido é insultante,

(1) Apoc. XVII. 1, et seq.

huye á ocultar su repugnante aspecto; y todo se renueva moralmente allí do poco há parecia imposible una modificacion que rechazaban fuertemente hábitos de inmoralidad hondamente arraigados, costumbres seculares de disolucion, ejemplos perniciosos de escándalo siempre crecientes, y cada vez mas encarnados en el corazon de un siglo que no conocia á Dios mas que para escarnecerle é insultarle.

No era fácil resistir la influencia de la palabra divina predicada por Antonio. Era el génio enviado por la Providencia á la conquista moral de la tierra, cual en otro tiempo los apóstoles del cenáculo llenos del Espíritu Santificador. Como ellos hablaba un idioma universal, inteligible á todas las naciones y razas; como ellos dominaba los elementos y se hacia superior á la naturaleza; como ellos estaba dotado de una firmeza inalterable y de un valor sobrehumano para insultar los peligros y la muerte; como ellos, en fin, hallábase abrasado de un celo que le consumia y devoraba. Por eso se le vé siempre inquieto correr de pueblo en pueblo, de ciudad en ciudad, de pais en pais llenando las altas funciones de Arcangel de la resurreccion, promoviendo y fomentando la gloria del Señor, ejecutando sus órdenes, y llevando á cabo las empresas mas árduas de su servicio. Tan pronto como Gabriel, vuela en auxilio de los nuevos Danielés tiranizados por los impios monarcas, y les descubre los ocultos arcanos relativos al porvenir de la Iglesia de Jesucristo; tan pronto como Rafael, se encuentra alentando con sus consejos y doctrina á los tímidos Tobías que caminan por la áspera senda de los divinos preceptos á la patria de los predestinados; unas veces es Miguel, que armado de la reluciente espada del Dios de las batallas, lucha contra Luzbel y sus huestes, que osan temerarios escalar el cielo, y aspiran á derrocar de su eternal sόlio al que habita sobre las estrellas del firmamento; otras es aquel otro espíritu que segun San Juan tenia en sus manos la copa de la ira divina para derramarla sobre los pueblos blasfemos que adoraban al gran dragon enemigo de Cristo. Y pruebas inequívocas son del poder que se le ha dado sobre los destinos de un mundo descreido y vicioso, el instantáneo cambio que se nota allí donde la voz de ese nuevo Arcangel anuncia el próximo advenimiento del supremo Juez á los que aletargados

con el vino de la infame Babilonia, duermen tranquilos al borde del abismo.

Si en confirmacion de estas verdades hubiera de citar hechos, cansaria ciertamente vuestra atencion, y tal vez sin éxito, puesto que harto sabidos son los abundantes frutos que recogió Antonio de su apostólico celo. No es pues á vosotros á quienes yo debo encarecer la influencia prodigiosa de su palabra, no es á las almas creyentes á las que es necesario presentar esos fenómenos de resurreccion moral operados por el héroe de Pádua. A los que á vuelta de tantos y tan repetidos ensayos hechos para reorganizar las sociedades con los tan gastados resortes de una politica impotente, empéñanse todavía en sostener que no es la religion católica la que encierra los únicos gérmenes de regeneracion social; á los que sin tener en cuenta las lecciones de la esperiencia y de la historia, obstínanse aun en disputar á las doctrinas evangélicas su benefícosa accion en los destinos de los pueblos; á los que no contentos con negar esta gloria á los principios altamente conservadores de la moral cristiana, se atreven, lo que es mas, á hacer responsables á los que la predicán de los desmanes y escesos que ponen el mundo al borde de su ruina; á estos, si, conviene repetirles una y mil veces lo que por repetido ya parece han olvidado; á estos les convidaremos á leer con calma y sesuda reflexion la historia de aquel Antonio que fué en sus dias el Arcángel enviado por Dios á los hombres en representacion de su persona y voluntad suprema, para verificar en medio de un siglo hondamente minado por tantos principios disolventes la mas feliz revolucion que jamás se viera. Estudien, si es que quieren convencerse, los hechos admirables de ese hombre, sus trabajos, sus conquistas, sus triunfos, y hallarán el origen de todo ello en el elemento católico dignamente desarrollado en beneficio de la humanidad. Verán que si los mas indomables tiranos se rinden á la voz del Paduano cual mansos corderos deponiendo sus arraigados instintos de ferocidad; si los mas desalmados foragidos caen á sus piés convertidos y llorosos; si el hereje procaz tiembla en su presencia y abjura sus errores; si el cinico incrédulo se confiesa vencido y queda prisionero en los dulces lazos de la religion

que antes escarnecía; si la prostitucion desaparece á su vista; si el desbordamiento de las pasiones es atajado; si el desórden cesa, y donde quiera se ven renacer juntamente con las ideas cristianas las ideas de reorganizacion social, todo es debido á esa influencia mágica de la religion, llamada á ser el elemento salvador de los individuos y de los pueblos que en ella buscan la razon de su existencia, la regla de sus deberes, y el código de sus derechos.

Y ¡ay de las sociedades que sordas á la voz del catolicismo, y desentendiéndose de sus eternos principios de órden, de moralidad, de union y de caridad mútua, continuaren marchando por la tortuosa senda que les trazára un racionalismo insensato! De éstas sí que podrá decirse lo que el Señor á su profeta: «Hijo del hombre, ¿crees que podrán volver á la vida esos huesos áridos y descarnados?» Mucho lo dudo, M. A. O.; porque una resurreccion de esta clase, es un prodigio que no se verifica todos los dias, siquiera haya en el mundo héroes como el de Pádua llenos de celo y caridad, génios emprendedores capaces de acometer los mas arriesgados proyectos, Arcángeles en carne prontos á poner en ejecucion las órdenes supremas del Altísimo. ¿No resuena diariamente en nuestros tēplos el eco de la misteriosa trompeta que llama á los hombres al juicio misericordioso de un Dios empeñado en hacerles revivir de la muerte moral? ¿No se oye incesantemente la voz de nuevos Antonios, que con el mas laudable celo, si no con un fondo tan admirable de virtud y santidad, trabajan por reorganizar una sociedad fraccionada, disuelta, victima de mil errores y vicios que la empujan al abismo de la desgracia? Y sin embargo, ella marcha y no cambia de rumbo, se precipita de esceso en esceso, y busca ávida de una felicidad quimérica, nuevos goces que la corrompen y matan, y soñando ilusiones que nunca llega á ver realizadas, encuéntrase cada vez mas distante del término de sus destinos.

No esperen otro porvenir los pueblos desacordados que se han trazado la linea de su conducta fuera del círculo de la unidad católica. En las doctrinas que predicó Antonio de Pádua, en el Evangelio que cual emisario del cielo anunció á la tierra, en los principios que desarrolló con tanto celo y perseverancia, en las enseñanzas que

con tan admirable fruto sembró en todas las clases y condiciones sociales, ahí, y no en otra parte, radica el origen de la moral resurreccion del mundo. Los tiempos lo han confirmado con harto severas y tristes esperiencias; la historia lo ha consignado de una manera bien palpable con hechos irrefragables; delante de nosotros tenemos pruebas palpitantes que hacen brotar sangre de nuestros corazones. Elijamos pues: á tiempo estamos; todavía el catolicismo nos convida con su influencia regeneradora. ¡Desgraciados si ensordecemos á su llamamiento supremo!

Glorioso Antonio, tú que cual digno Arcángel del Rey de los cielos supiste operar una resurreccion tan general en un siglo henchido de monstruosas aberraciones y de vicios repugnantes, influye ante el trono del Señor para que á la voz de la religion y al eco potente de su trompeta, despierten los que hoy se hallan adormidos en el profundo sueño de una muerte que les ocasionó su loca incredulidad. Interesa tu valimiento y tus plegarias para que nuestro siglo escuche esa palabra que reanima los frios despojos del sepulcro, y une los elementos dispersos de la humanidad, y vivifica con su soplo creador lo que carece de movimiento y de vida. Logre por tu intercesion nuestra sociedad destrozada rehabilitarse, en virtud de un pronto retorno á los principios tutelares que un dia nos hicieran tan grandes y poderosos á la faz de la culta Europa. Y ya que hoy tenemos la satisfaccion de admirar tus merecimientos y grandezas, tengamos despues la dicha de disfrutar contigo tu misma felicidad en la gloria.

SERMON

PARA EL TERCER DIA DE LA NOVENA DE SAN ANTONIO
DE PADUA.

Mihi data est gratia hæc: in gentibus evangelizare investigabiles divitias Christi, et illuminare omnes... ut innotescat Principatibus per ecclesiam multiformis sapientia Dei.

A mí se me ha conferido la mision de evangelizar en las naciones las investigables riquezas de Cristo, y de iluminar á todos, para que conozcan los Principados la multiforme sabiduría de Dios.

AD EPHES. III. 8, 9, 10.

EN las épocas de turbulencia y de trastorno, en los siglos de lucha intelectual y material, cuando se desconocen los principios fundamentales del orden social, basados en los eternos é invariables dogmas del catolicismo que inició en la tierra el reinado de la verdad única llamada á sobreexistir á las ruinas del mundo físico, solo esa religion salvadora es capaz de restaurar y reorganizar lo que el error y el vicio destruyeran, con la saludable influencia de sus doctrinas y con la práctica de sus divinos preceptos. Ella fué siempre la que en esos períodos calamitosos de la historia enjugó el llanto de la humanidad, vertió sobre sus llagas el bálsamo consolador de la esperanza, cicatrizó sus heridas, y restituyó la calma, y dominó los acontecimientos adversos que causaban su afliccion y su desgracia, valiéndose del ministerio de los hombres á quienes la Providencia destinára á ser sus fieles representantes en el tiempo.

Génio de paz y de consuelo en el siglo quizá mas azaroso y turbulento, el insigne Antonio de Pádua fué para la sociedad cristiana en el orden de los eternos decretos, lo que en la celestial gerarquía son esos espíritus denominados por el Apóstol PRINCIPADOS; puesto

que así como estos reciben inmediatamente de Dios las órdenes que deben ejecutar en bien del mundo, del mismo modo nuestro héroe en sus íntimas comunicaciones con la Divinidad, recibió de ella la gran misión de evangelizar á muchas naciones las riquezas inestimables que encierra la doctrina de Jesucristo, y de llevar á los hombres y á los pueblos sumergidos en la sombría noche de las pasiones y de los errores, la luz esplendente de la verdad y de la moral evangélica, sobre cuyas firmes basas se alza el edificio social, pérfidamente socabado por los que desconocen los ocultos misterios de la divina Sabiduría respecto de los que fueron criados para su gloria. Hed aquí lo que de sí mismo escribía San Pablo en su tiempo, diciendo á los fieles de Efeso: *Mihi data est gratia hæc: in gentibus evangelizare investigabiles divitias Christi, et illuminare omnes... ut innotescat Principatibus per ecclesiam multiformis sapientia Dei.* ¿Y quién no admira en Antonio la personificación mas exacta de ese ministerio regenerador, desempeñado con el mas heróico celo, y coronado del éxito mas feliz? ¿Dónde surgió un peligro, una necesidad grave, un suceso funesto á los intereses de la gloria de Dios ó de su Iglesia, sin que se viese allí al Angel de Pádua desplegando una actividad prodigiosa en hacer respetar y cumplir las disposiciones del Supremo Monarca, bien fuese predicando con sobrehumana elocuencia los atributos y perfecciones del Altísimo, bien presentando el formidable cuadro de sus iras, bien, en fin, desarrollando la bella perspectiva de sus promesas misericordiosas, para retraer al criminal del camino del vicio, para contener al extraviado en la carrera de la impiedad, para arrancar de los ojos del ciego libertino la venda que le impedía ver la claridad del Sol de justicia, para enfrenar los ímpetus de las pasiones turbulentas que conspiraban contra la verdad, é ilustrar con las sublimes enseñanzas del Evangelio á cuantos ignorantes ó preocupados se deslizaban por la pendiente del mal?

Pocos ó ninguno podrán disputar al héroe Paduano esa gloria, que le coloca en cierto modo en la esfera de los Principados, cuyas propiedades participó en gran manera, y cuya misión le fué característica respecto de los pueblos á quienes, como embajador de Jesucristo, anunció la divina palabra. Bajo este punto de vista cümple-

nos considerar hoy al grandioso objeto de nuestros cultos. Su historia nos suministrará pruebas auténticas é irrecusables de la íntima comunicacion en que vivió con Dios, de las altísimas inspiraciones que de él recibió en provecho de la humanidad, y de la exactitud, preserteza y fervor con que las puso en práctica, consagrándose todo á promover donde quiera la honra de su Soberano, á defender sus derechos é intereses, á estender cuanto le fué dable los dominios de su reinado, dispensando á los hombres y á los pueblos los tesoros inapreciables de la doctrina católica, y sembrando en todas partes la esplendorosa luz de sus dogmas reparadores: *Mihi data est gratia hæc: in gentibus evangelizare investigabiles divitias Christi, et illuminare omnes... ut innotescat Principatibus per ecclesiam multiformis sapientia Dei.* Hé aquí el punto sobre que deben girar nuestras reflexiones en el presente rato. Invoquemos la gracia del Dios de los Principados para el buen desempeño de mi mision, interponiendo el valimiento de la augusta Virgen-Madre, á cuyo efecto repetiremos la salutacion angélica.

AVE MARÍA.

REFLEXION UNICA.

En todos tiempos se ha servido el Señor del ministerio de los hombres para anunciar á la tierra sus órdenes supremas. Desde la antigüedad mas remota se le ve establecer un orden de comunicaciones que va estrechando cada vez mas en proporcion que se acerca el plazo prefijado al desenvolvimiento del plan que concibiera en bien de la humanidad. Hablónos primeramente por medio de los patriarcas, á quienes ya en figuras simbólicas, ya de viva voz, ó por el conducto intermediario de sus ángeles, les daba á conocer su voluntad. Descubrió despues sus magnificencias á los profetas, inspirándoles lo que debian enseñar á los pueblos para mantener en ellos vivo el sentimiento de la fé y la idea de la espectacion mesiánica. Ultimamente, como escribe el Apóstol, desarrolló los inmensos

tesoros de su doctrina por medio de su mismo Unigénito, á quien constituyera heredero universal de sus promesas á través de los siglos. Este á su vez, despues de haber echado los robustos cimientos de su Iglesia, y afianzádolos con su sangre preciosa, continúa desde el cielo hablándonos por el órgano infalible de su Esposa inmortal, de cuyo seno hace surgir constantemente dignos representantes de su autoridad divina, apóstoles y doctores á quienes ilustra con sus soberanas luces para que sean en el mundo los dispensadores de esa gracia multiforme que está llamada á regenerar á la humanidad y á conducirla á sus altos destinos.

Esta mision de que justamente hacia San Pablo uno de los principales motivos de su gloria, cúpole en alto grado al héroe de Pádua, uno de los génios mas favorecidos de Dios con sus intimas comunicaciones, y cuya prontitud en ejecutar en beneficio de los pueblos las órdenes del supremo Rey de reyes, bien así como su inquiescente celo en promover y fomentar en todas partes la honra y el culto de su Soberano, le ha valido un eterno renombre en los anales del catolicismo. Bien pudo en efecto aquel Apóstol gloriarse de haber sido entre todos los mortales el elegido para presenciar en las regiones de lo inmenso é infinito escenas que jamás alcanzó á ver el ojo humano, y escuchar arcanos tan impenetrables que esceden á la mas rica inteligencia. Harto se desprende de sus sublimes páginas que bebió los raudales de su profundo saber en aquellas fuentes inagotables que brotan perennemente del seno de la divinidad. Empero, sin que se crea que intento entablar comparaciones exageradas, ni menos amenguar la reconocida superioridad de ese génio fenomenal que el universo entero no puede menos de admirar, ¿no podré decir que Antonio de Pádua fué en su respectiva época, lo que aquel en los primeros tiempos del naciente cristianismo, por la profusion de dones con que el cielo se dignó enriquecer su alma, por los altísimos secretos que plugo revelarle, y por la intimidación con que el Señor le trató para hacerle digno intérprete de sus eternas verdades?

Los sagrados libros forman el mas lisonjero elogio de aquel Noé justísimo á quien Jehová engrandeció sobre todos sus antepasados, dignándose revelarle por sí propio las promesas de una alianza im-

perecedera (1); ponderan la dicha de Abraham, á quien ninguno igualó en gloria, habiendo merecido por su fé ser declarado por Dios padre de una descendencia que debia multiplicarse como el polvo de la tierra (2); encomian la bienandanza de Jacob, á quien los ángeles servian de compañeros, conversando con ellos familiarmente y recibiendo por su ministerio la confirmacion de las seguridades dadas á sus padres (3); estasiase en el encomio de Moisés, á quien habló Dios en medio de la nube, y dióle cara á cara los preceptos de vida que debia intimar á su pueblo (4). Empero, ¡cuánto distan estas comunicaciones de las que obtuvo Antonio de Pádua de la divina Majestad encarnada! Mucho era ya haberle regalado con la visita de los espíritus bienaventurados que con frecuencia se le hacian visibles en medio de sus ocupaciones; no poco el haberle favorecido con los melodiosos conciertos de los Querubines, con quienes mas de una vez se le oyera desahogar los incendios de su amante corazon. ¡Ah! Restábale aun recibir pruebas mas inequívocas de intimidad con el mismo Rey de los Angeles; debia escuchar, como los Principados, de los lábios del monarca inmortal los impenetrables misterios de su bondad que estaba destinado á descubrir al mundo. Mas no seré yo quien pretenda pintar un cuadro que excede incomparablemente á mi menguada inteligencia; no será mi tosca lengua la que intente reproducir aquellas escenas de intimo trato que pasaron entre Jesucristo y su fidelísimo siervo. Hable si es posible aquel solitario monte que fué para Antonio el nuevo Oreb donde se desplegaron á su vista las inefables magnificencias del cielo; díganos si puede lo que presencié aquel misterioso Sinai, en donde el Moisés del siglo XIII tuvo la incomparable dicha de oír, no ya entre el horrisono fragor del trueno, ni á través de deslumbradores relámpagos, sino en medio de las expansiones del mas indefinible éxtasis, la voz de aquel que forma el embeleso de la corte celestial, y ver sin nubes ni celages la radiante faz del Hijo del Escelso. ¿No fué

(1) Eccí. XLIV. 19.

(2) Ib. 22.

(3) Ib. 27.

(4) Ib. XLV. 5, 6.

allí sobre las cumbres del monte Alberno, donde el enamorado Antonio, no una sino muchas veces, tuvo la honra indecible de recibir en sus brazos á Jesus en la encantadora forma de un niño de estremada belleza, de estrecharle contra su seno, de conversar con él, de aceptar y prodigarle las mas tiernas caricias? ¡Oh! Apresurémonos á correr un velo sobre ese espectáculo que en nuestros lábios no haria sino perder su mérito, porque no es dado al hombre interpretar dignamente las maravillas de la divinidad. Lenguas angélicas no serian quizás harto competentes para bosquejar tan elevada escena. Un Dios concediendo á un puro mortal tales demostraciones de amor, hasta el punto de familiarizarse con él de una manera tan insólita, es un fenómeno que no puede comprenderse, menos aun espresarse, siquiera se evoquen en auxilio de la humana ignorancia las bellezas todas de la elocuencia y de la poesía. ¡Antonio abrazando á Jesus niño! ¡Jesus aceptando los amplexos de Antonio! ¡Ambos en íntimo coloquio departiendo como de igual á igual! ¿Es creible semejante maravilla? Ciertamente dejaría de serlo á no hallarse apoyada en autoridades tan fidedignas y en testimonios tan respetables. Enmudezcan, pues, Noé, Abraham, Jacob, Moisés y todas esas celebridades del antiguo testamento antes citadas, cuyas glorias quedan oscurecidas ante las del insigne Paduano. Ninguno rayó tan alto como él en este punto; ninguno mereció tan justamente el dictado de familiar divino con que el sábio Tertuliano caracterizó al padre de los creyentes; ninguno, en fin, con tanta razon pudo decir, si no ya como San Pablo, que fué arrebatado al cielo para estraer de allí las riquezas de la infinita bondad de Jesucristo, que el cielo descendió á él para traerle todos sus tesoros y depositar en su corazon el inmenso cúmulo de sus dones. Cierto que Antonio en su profundísima modestia jamás hizo mérito de semejantes prodigios; ni una sola vez se desplegaron sus lábios para revelar los ocultos misterios de familiaridad con que fué favorecido, y siempre tuvo oculto en el fondo de su alma esa dignacion que le colocára al nivel de los Principados. Mas ¿qué importa que el hombre se abata y anonade, cuando Dios se propone engrandecerle y glorificarle? ¿De qué sirvió que Antonio envolvese sus magnificencias en el velo del mas inviolable

silencio, cuando plugo al Señor descubrirlas y manifestarlas para su propia gloria y en beneficio del mundo?

Así lo verificó de hecho, y demasiado se dejaba traslucir que Antonio había recibido inmediatamente de la divinidad las mas altas revelaciones, en la presteza, exactitud y fervor con que saliendo de su retiro se consagrara á poner en planta sus proyectos apostólicos, promoviendo y fomentando con incansable celo los intereses de la gloria de Dios, y procurando por todos los medios posibles y á costa de inmensos sacrificios hacer participantes á todos los hombres de las riquezas de la gracia, cuya dispensacion se le habia encomendado. Al verle dedicar todos los momentos de su existencia al gran negocio de salvar las almas de la esclavitud del pecado; al observar la inquietante solicitud con que á todas horas se halla dispuesto á acudir al llamamiento de cuantos solicitan su ministerio de paz y reconciliacion; al contemplarle multiplicándose prodigiosamente por ofrecer sus servicios á los que por razon de las distancias ú otro cualquier motivo no podian participar de sus beneficios; ¿quién no reconoceria en él aquel Espíritu de Dios que obrando en su alma de mil maneras diversas, haciale digno instrumento de sus misericordias para reengendrar una sociedad dislocada, y reorganizar un siglo que á su vez hiciérase el eco de todas las pasiones y de todos los errores? Inmensa era la mies que á los ojos del nuevo evangelizador presentábase en aquel campo esterilizado por la herejía. Muchos brazos hubieran sido necesarios en el órden natural de las cosas para hacerle fecundo y productivo, y recoger de él los ópimos frutos de la semilla evangélica. Sin embargo, solo Antonio basta á realizar aquel colosal proyecto; porque inspirado por Dios, ayudado con su gracia, y auxiliado con todo género de dones sobrenaturales, todo lo prevee, á todo atiende, en todas partes se encuentra. Las cordilleras de los Alpes no le detienen; los abismos del mar no entorpecen su marcha; no hay para Antonio distancias, no hay peligros, no hay dificultades que no salve en su ardiente anhelo de ser útil á todos los hombres y á todos los pueblos. Su patria es el mundo entero; los límites de su apostolado son los de la tierra; do quiera que hay pecadores que convertir, corazones afligidos que consolar,

almas débiles que fortalecer en la virtud, entendimientos obstinados que convencer, escesos que corregir, vicios que estirpar, enseñanzas erróneas que combatir, elementos de discordia que calmar, principios de escision que desarraigar, ejemplos funestos que impedir; en una palabra, allí donde se levanta una sola voz que dispute á Dios sus derechos, ó surge una doctrina contraria al dogma católico, ó sale al estadio un enemigo de la verdad, Antonio se presenta incontinenti como una sombra que persigue al vicio y á la impiedad en todas direcciones sin darles el menor descanso. Unas veces se le vé luchando á brazo partido con el heresiarca procaz hasta obligarle á abjurar sus errores: otras desengañando á los incautos que en momentos de irreflexion se dejaron seducir por las lisonjeras teorías de la incredulidad; ora afianzando en sus creencias á los que ha conquistado con el ascendiente de la divina palabra: ora proyectando nuevas conquistas y sembrando al efecto los preciosos gérmenes de la moral cristiana; aquí como piadoso Samaritano cicatriza con el suave bálsamo de la religion las hondas heridas que el crimen abriera en las almas redimidas por Jesucristo: allí como pastor vigilante previene las sorpresas del lobo infernal que intenta arrebatarle las ovejas de su aprisco; con una mano sostiene el desmoronado edificio de la unidad religiosa oponiéndose con valor á los importunos ataques del cisma: con otra amenaza á los soberbios Antiocos, y con el invisible dedo de la Providencia marca en las murallas de sus palacios el término de sus profanaciones, juntamente con el de su reinado.

De esta suerte llena Antonio la gran mision del cielo, corriendo á manera de los Principados á llevar á toda la tierra las órdenes del Rey supremo. Si para dar mayor autoridad á su persona y sancionar su doctrina, le es necesario el concurso de las criaturas inferiores, todas ellas le sirven de ecos para anunciar las grandezas del Dios que le envía. No os diré, por no ser hoy del caso, que á semejanza del libertador del pueblo hebreo, dispuso el Paduano de todos los elementos de la divina Omnipotencia para obligar con ellos á plegar ante la majestad del Señor los mas endurecidos corazones; no os diré que el agua le obedeció, el fuego se prestó á sus exigencias,

los vientos se mostraron dóciles á su voz, y cuando quiso, la creacion entera pareció dispuesta á coadyuvar á sus intentos en orden á la regeneracion religioso-social que acometiera. Básteos saber que el cielo se manifestó con Antonio tan pródigo de sus favores y portentos, como éste celoso de que no hubiese en el mundo un solo corazon que no amase á Jesucristo, una sola voz que no celebrase sus grandezas, una sola alma que no se le rindiese, un solo sér que no le tributase culto y adoracion.

Hablad vosotros, paises bienhadados, que fuísteis testigos de la infatigable solicitud de ese ángel que Dios os envió á evangelizaros las riquezas de la gracia, y á desarrollar en vuestro seno tesoros de luz celestial que jamás sabreis apreciar lo bastante. Dilo tú, siglo desgraciado, que viste á Antonio levantarse en el horizonte como un génio bienhechor, enviado á operar en tí una revolucion importantísima, cuyas felices consecuencias palpaste, saliendo de la tenebrosa noche del error á la admirable luz de la verdad. Diganlo cuantos por el ministerio de ese hombre fenomenal y extraordinario consiguieron ver abrirese para ellos y para su descendencia un porvenir venturoso, que jamás hubieran podido esperar en lo humano. Mas ya que ellos no puedan responder á nuestra voz, por ellos hablará la historia, fiel depositaria de las grandezas y hechos heróicos de nuestro inmortal Antonio. Ahí están sus páginas proclamando los triunfos que consiguió, los laureles con que adornó sus sienes, los servicios que prestó á la religion, los gérmenes de dicha que legó á la sociedad, los beneficios de todo género que produjo su predicacion, las pacíficas conquistas con que enriqueció á la Iglesia, y cuanto hizo en bien de su siglo y de los venideros. Solo un cinismo tan repugnante como sistemático pudiera desconocer verdades tan patentes y ostensibles; solo un ódio no menos injusto que irritante seria capaz de poner en duda lo que todos los hombres de sano criterio han reconocido y confesado, y obstinarse en arrojar puñados de polvo á los ojos de la sana razon, para impedirle ver las glorias del catolicismo personificadas en el héroe de Pádua. Por lo demas, barto impotentes son semejantes medios para lograr el resultado apetecido. La memoria del Santo portugués sobrenadará siempre

radiante y venerada en la superficie del gran diluvio de errores y sofismas aglomerados por los siglos para anegar si pudiesen las magnificencias de una religion que tan bella se ostenta en sus dignos apóstoles. A través de los gritos del racionalismo impío, fuertemente empeñado en sobreponerse á la voz de la razon católica, un eco universal de todos los pueblos y naciones se levantará á protestar contra él; y cuando faltasen otras pruebas para demostrar la benéfica influencia de ese principio reparador, mostrarian á Antonio de Pádua como un monumento bastante por si solo á evidenciar cuán grande es y cuán amable una doctrina, que sabe inspirar tanto valor, tanto heroismo, abnegacion tan sublime, caridad tan ardiente, celo tan desinteresado, y obrar tantos prodigios de virtud y de positiva ilustración.

Pliegue á tí, insigne Antonio, que estas ideas grandiosas, que por dicha nuestra abrigamos, se propaguen en todas partes para honra tuya y esplendor del catolicismo, única áncora de salvacion en que pueden fundar su porvenir los hombres y los pueblos. Tú, que semejante á los Principados tan fielmente cumpliste las órdenes del supremo Monarca, llevando á tantos ciegos la brillante antorcha del Evangelio, é intimando al pobre, al rico, al sábio, al ignorante, al rey y al vasallo los preceptos del Señor; comunicanos ese celo ardiente que te fué característico, para que llenando cada cual nuestra respectiva mision en el tiempo, merezcamos despues brillar como tú en perpetuas eternidades en el seno de la inmortalidad.

SERMON

PARA EL CUARTO DIA DE LA NOVENA DE SAN ANTONIO DE PADUA.



Vidi alium Angelum descendentem de caelo, habentem potestatem magnam, et terra illuminata est à gloria ejus.

Vi otro Angel descender del cielo investido de potestad grande, y la tierra quedó iluminada con su claridad.

APOC. XVIII. 1.

El establecimiento y propagacion de la Iglesia de Jesucristo en todos los ámbitos del orbe, era obra esclusiva de la divinidad. Con su poder habíase fundado á despecho de la tenaz resistencia de la Sinagoga; con el mismo triunfára de las persecuciones de los tiranos y de la porfiada oposicion de los cultos idólatras; y apoyada en él viene atravesando épocas de horrenda lucha, siglos de sangre y de esterminio. Las promesas hechas por el Hombre-Dios no han fallado un solo dia: y sus ministros destinados á continuar la gran mision inaugurada por él en el Calvario, han experimentado sin cesar los efectos de aquella potestad omnimoda que confirió á los primeros heraldos del Evangelio al enviarles á la conquista moral de la tierra. Con ellos juró permanecer inseparable hasta la consumacion de los tiempos mediante la comunicacion de sus dones y celestiales auxilios: y harto palpablemente se han visto los resultados de esa asistencia amorosa y providencial, contra la que inútilmente vienen estrellándose los proyectos de los enemigos de la verdad.

Hay, empero, ciertas personalidades, dignas de admiracion en la historia de los triunfos del catolicismo, en las que parece haberse complacido el cielo en mostrar con rasgos mas visibles y característi-

cos ese poder divino que es esencial á Dios, y del que han usado de una manera extraordinaria en beneficio de los hombres. Desde luego se presenta en primera línea en este punto el héroe Paduano, objeto de la presente solemnidad. Semejante á esos espíritus, que forman una de las escalas de la angélica gerarquía, denominados por el apóstol POTESTADES, bien sea porque en ellos resplandece muy particularmente la autoridad de su Soberano con relacion á los demás ángeles, bien por el esencial imperio que ejercen sobre los malignos génios, Antonio de Pádua ofrécese á nuestra consideracion investido de un poder tan universal sobre los corazones rebeldes, de un ascendiente tan irresistible sobre las inteligencias obstinadas, de una energía de accion tan prodigiosa sobre todos los elementos conjurados contra el desarrollo y propagacion de la doctrina católica, que bien pudiera decirse haberse escrito de él aquellas sublimes palabras del Apocalipsi: «Vi otro Angel descender del cielo investido de potestad grande, y la tierra quedó iluminada con su claridad.» *Vidi alium Angelum descendentem de cælo, habentem potestatem magnam, et terra illuminata est à gloria ejus.*

Viósele de hecho, donde quiera que ejerció su ministerio regenerador, desplegando una autoridad tal, que de sus lábios parecían pendientes los personajes mas autorizados, los prelados de mayor nombradía, los nobles, los purpurados, y hasta los mismos monarcas, que por ceñir corona y empuñar cetro, se consideran á una altura á donde no puede llegar ningun otro poder extraño. Viósele tener encadenadas en sus manos las voluntades de muchos pueblos que le escuchaban como su oráculo, le respetaban como enviado del cielo, le acataban como hombre de prodigios, y en su presencia se humillaban cual si en él viesen una imágen fiel de la divinidad. Viósele, en suma, obedecido por todas las criaturas, aun por las insensibles é incapaces de racionalidad, no de otra manera que á la voz del Criador las estrellas rinden homenaje al que las fijó en el firmamento, giran los planetas en derredor de su órbita, y los mundos continúan incesantemente la marcha que les trazára, segun la brillante metáfora de los libros proféticos. ¿Cómo, pues, no admirar tantas magnificencias reunidas en la persona de nuestro insigne Antonio de

Pádua, por el Dios que se dignó elegirle para ser en el mundo un monumento patente de su poder ilimitado? Sin embargo, dificilísimo si no imposible sería abarcar todas las escelencias de su vida relativas al punto en cuestión, sin tener que quebrantar las leyes más esenciales de un breve discurso. En este concepto, y á fin de metodizar cuanto sea posible los asuntos que desde luego nos propusimos desenvolver en el curso de esta Novena, nos limitaremos por hoy á considerar el ejercicio de esa potestad conferida por Dios á nuestro héroe en la esfera de su influencia moral en la conversión de los culpables, en la moralización de las costumbres públicas, y en el desenvolvimiento de los más preciosos gérmenes de civilización cristiana. Hed ya trazado el plan de mi oración, etc.

AVE MARÍA.

REFLEXION UNICA.

«Al que venciere y observare hasta el fin mis preceptos, le daré una gran potestad sobre las naciones, y en sus manos serán desmenuzadas como el barro del alfarero, conforme al poder que yo mismo recibí de mi Padre (1).» De esta manera habló el Señor al Angel de Thiatira por medio del Apóstol de Pathmos, cuyas palabras son una confirmación explícita de lo que el Salvador dijera á sus enviados próximo á dejar el mundo. «Me ha sido dada una potestad omnimoda en el cielo y en la tierra. Id, pues, y enseñad á todas las gentes á observar cuanto os he mandado, seguros de que con vosotros estaré hasta el fin de los siglos (2).» Nadie hasta ahora ha podido dudar racionalmente de la presencia de Jesucristo en su Iglesia, harto visible y demostrada en el uso de ese poder que se dignó conferir á los ministros de su Evangelio, y que tan maravillo-

(1) Apoc. II. 26, 27, 28.

(2) Matth. XXVIII. 18 et seq.

samente hizo brillar en algunos héroes cristianos elegidos para ser monumentos vivientes de la majestad, grandeza y divinidad de la religion católica.

Tan prodigioso se muestra en este concepto el gran Antonio de Pádua, que al leer las brillantes páginas de su historia, no parece sino que se halla uno trasladado á los primeros dias del naciente cristianismo, cuando al salir del cenáculo los apóstoles para repartirse la conquista del mundo moral, iban dejando por do quiera la luminosa huella de unos hechos tan portentosos que bastaban por sí solos á autorizar su doctrina. Si yo hubiese de desenvolver hoy á vuestra vista el gran cuadro de las maravillas que en esta línea obró el héroe Paduano, os le mostraria como aquel ángel del Apocalipsi, de quien dice el amado discípulo que tenia en sus manos la llave del abismo y una fuerte cadena con la cual aherrojó al gran dragon Satanás, y lo lanzó en lo mas profundo del averno para que no sedujese á las naciones (1). Ninguna otra alegoría nos pintaria con mas propiedad la accion poderosa, la influencia moral que Antonio ejerciera en los pueblos y personas á quienes evangelizó, ora se considere bajo el punto de vista de la conversion de las almas culpables, ora bajo el de los triunfos que consiguió sobre la obstinacion del espíritu del error, ora, en fin, por los que en bien de las sociedades logró contra la arbitrariedad y tiranía de los génios enemigos de Dios y de la humanidad. Pocos hechos bastarán á poner en evidencia esa potestad admirable de nuestro Santo.

No hay cosa en que mas resplandezca el poder divino que en la transformacion espiritual de un alma culpable, de enemiga que era de Dios, en objeto de sus complacencias. La resurreccion material de un cadáver dista mucho de la resurreccion moral de un pecador. En la primera, la muerte obedece sin violencia al que la dominó y postuló en la Cruz, encadenándola á sus piés: en la segunda, la voluntad del hombre no siempre se halla dispuesta á obedecer á Dios, y frecuentemente se resiste á las emociones de su gracia. Lo mismo sucede respecto de la creacion. La nada, de la cual el Omnipotente produce

(1) Apoc. XX. 1, 2, 3.

sus obras, nunca se rebela contra su potestad omnimoda; pero para justificar un alma esclava de la culpa, necesita de la cooperacion de ella misma, sin la que todo el poder divino fracasaria, segun aquel dicho de San Agustin: *Deus fecit nescientem, justificat volentem.*

Si pues la conversion de los pecadores es la mas visible manifestacion de una potestad sobrehumana, concebid si os es posible en qué grado participaria Antonio de esa prerogativa, al verle hecho en cierta manera árbitro universal de las conciencias, y dueño de todos los corazones, bastándole á veces una sola palabra para reducir á los mas obstinados en el crimen, no necesitando frecuentemente mas que de una simple exhortacion para llevar el convencimiento mas intimo al seno del delincuente. ¡Tal era el fuego que arrojaban sus lábios cuando se proponia pintar el estado de un alma en desgracia de Dios! ¡Tan vehemente y persuasiva su elocuencia cuando pintaba la fealdad horrible del pecado! ¡Tan aterradora su palabra cuando anunciaba los castigos de la eternal justicia! ¡Tan dulce é insinuante su voz cuando desenvolvía la bella perspectiva de las bondades y misericordias del que, por salvar á un mundo réprobo, vertió hasta la última gota de su sangre en un infame patíbulo! A algunos quizás parecerán difciles de creer ciertos rasgos característicos de la influencia poderosa de nuestro Santo, que nos han trasmitido sus cronistas é historiadores. Al leer que veintidos malhechores, dispuestos á ridiculizar la doctrina del predicador y á mofarse de sus invectivas, con solo verle y escuchar su voz quedan instantáneamente transformados en sus mas ardientes apologistas y decididos discipulos; al oír que una turba de frenéticos herejes armados del puñal asesino para acabar con la vida de Antonio, cuyas virtudes y enseñanzas les eran intolerables, sin mas que pronunciar su nombre queda inerte y postrada en su presencia, como en la del Salvador quedaron yertos los emisarios de la deicida Sinagoga; al escuchar que un jóven paduano que osára levantar alevoso su pié contra el autor de sus dias, á una mera espresion de Antonio que le reprende tamaño atentado, se decide á cortarse aquel miembro instrumento de su delito, y lo ejecuta sin la menor tardanza; todos estos hechos, repito, y otros muchos en que tanto abunda la historia del héroe

portugués, no han podido menos de chocar, por lo extraordinario, á ciertas inteligencias poco dispuestas á reconocer y adorar el poder de Dios manifestado en sus siervos. Empero para mí, señores, todo ello es mucho menos digno de atención, y por consiguiente lo encuentro menos difícil y heroico, que esos otros sucesos en que con los mas marcados caractéres se vió reproducida en Antonio la potestad sobrenatural y evidentemente divina que Jesucristo comunicó á sus enviados, para llevar á feliz término la grande y árdua mision de regenerar moralmente á un mundo esclavo vil de las pasiones, dominado por los vicios, y víctima de aberraciones y excesos sin cuento. Cuando trayendo á mi memoria las conquistas espirituales de ese infatigable evangelizador del Dios de la paz, obsérvole seguido por do quiera de toda clase de personas, que, atraidas por los irresistibles lazos de su predicacion poderosa, forman un pueblo de adquisicion y la mas brillante diadema de su cabeza; cuando aquí veo sábios que antes blasfemaban audaces de los misterios de nuestra religion, y ahora son los primeros en proclamar su origen divino: allí epulones soberbios que poco há no reconocian mas Dios que su vientre, segun la frase de un apóstol, miserables esclavos de los placeres y goces materiales, y al presente se manifiestan sóbrios, humanos, caritativos y dignos dispensadores de los bienes de la Providencia; ya Magdalenas disolutas y procaces transformadas en modelos de pudor y de austeridad: ya traficantes codiciosos que acostumbrados á especular con el sudor del pobre y con la sangre del menestral, abandonan sus fenerarios tratos y se apresuran á indemnizar sus pasadas injusticias; entonces sí que lleno de admiracion y pasmo no puedo menos de esclamar: ¿Quién es ese que tan irresistiblemente arrastra en pos de sí á todo un siglo preñado de elementos de inmoralidad y escándalo? ¿Quién es el que así despoja al infierno de sus víctimas, y enriquece al cielo con tantas y tan maravillosas conquistas? ¿Quién es ese á quien todos obedecen, á quien nadie se resiste, cuya palabra somete al imperio de la religion lo que le era mas opuesto, cuyo eco quebranta los empedernidos corazones ante los cuales estrelláranse antes todos los proyectos de la gracia, cuyos lábios hacen estremer las encinas del Basan y los

erguidos cedros del Libano, puesto que desde los mas elevados personajes hasta los que mas humilde posicion ocupan en la escala social, apenas hay quien no se convierta al Señor mediante la influencia regeneradora de su ministerio? ¡Ah! No es posible dudarlo. Antonio es el verdadero Angel de Pathmos á quien el Omnipotente ha confiado la llave del abismo para arrebatárle los despojos de su victoria, y la cadena con que debe quedar aprisionado aquel áspid venenoso que con su infernal aliento inficionára y corrompiera toda la tierra. Él es el Angel del gran poder destinado á realizar los designios de Dios sobre la infanda Babilonia madre de todas las abominaciones, y á cantar el estermínio y la ruina de su imperio. ¿No veis cómo donde quiera que ese génio se presenta, los vicios disminuyen, las pasiones se calmañ, cesan las injusticias, comienzan las reparaciones, renace la virtud, la verdad reconquista sus derechos, huye el error á ocultarse en sus tenebrosos antros, el libertinaje no osa mostrar su repugnante faz, despiertan las almas adormidas en una indiferencia funesta, modificanse instantáneamente las costumbres, á la relajacion reemplaza el fervor, al sensualismo la penitencia, á la disolucion la piedad, y de todos los ámbitos de la tierra levántase un grito que dice: «Cayó, cayó Babilonia la grande, morada de demonios, guarida de todo espíritu inmundo, albergue de todas las monstruosidades (1)?

Tal es la victoria conseguida por Antonio con la influencia de su palabra, en uso de la potestad maravillosa que se dignó concederle el cielo en provecho de los hombres; potestad que ofrece caracteres tan prodigiosos y rasgos tan inauditos, que apenas pudieran parecer creibles á no estar consignados por autoridades dignas de todo crédito. Al escuchar los sábios de Israel á Jesucristo cuando en cierta ocasion dijera á un paralítico: «Hijo, te son perdonados tus pecados,» aquellos hombres acusaron al Salvador de blasfemo; porque no siendo en concepto de ellos mas que un mero mortal, arrogábase una potestad esclusiva de la divina Omnipotencia. «¿Quién, esclaman todos á la vez, quién á no ser un Dios puede perdonar peca-

(1) Apoc. XVIII, 2.

dos (1)?» Pues bien, este poder tan propio y característico de la divinidad, conferido por el Hombre-Dios á sus representantes en la tierra, vióse personificado en Antonio de una manera especialísima, fenomenal, inaudita hasta entonces. No bastára que nuestro héroe hiciese uso de él como los demas ministros de Jesucristo en el Sacramento de la penitencia; cual si fuese poco esto para evidenciar la augusta mision que habia recibido, plugo al Señor obrar por su siervo en esta línea prodigios que esceden á todo cálculo humano. Preséntase á Antonio un pecador dispuesto á confesar sus culpas. El hondo y veheméntísimo dolor de su corazon manifestado visiblemente con sus lágrimas y suspiros, anuda su lengua, aboga su voz, y no le permite articular palabra. Mándale Antonio que escriba en un papel sus culpas; verificalo el penitente; pone el papel en manos del confesor, y en el mismo instante ¡portento sin igual! todos los caracteres quedan borrados, y el papel aparece blanco como si en él nada se hubiese escrito.

No seré yo, M. A. O., quien pretenda disputar aquí si este prodigio fué debido á los merecimientos de Antonio, ó al intenso dolor de aquella alma verdaderamente arrepentida. Nada nos interesa ni á mí ni á vosotros resolver esta cuestion agena de todo punto á nuestro propósito. ¿No es, empero, evidente que de todas maneras, el cielo quiso legar al mundo en la persona de ese insigne paduano un monumento ilustre de su divino poder, de su soberanía absoluta, y de su infinita grandeza? Jamás hasta entonces viérase que un hombre fuese el instrumento de un fenómeno tan prodigioso. Nunca un simple mortal se constituyera en cierto modo acreedor divino para perdonar de esta suerte, lo que solo Dios con su infinita autoridad pudiera condonar á un deudor suyo, segun el pensamiento del sábio Orígenes (2). Nadie mas que aquel Mediador eterno, que tomó á su cargo el rescate de la humanidad, fué capaz, dice el Apóstol, de anular y cancelar la cédula que nuestros mismos crímenes firmáran,

(1) Marc. II, 7.

(2) Unusquisque nostrum in his quæ deliquit, efficitur debitor et peccati sui litteras scribit. (Orig. Homil. 23 in Genes.)

clavándola en el leño de la espacion, desarmando á los principados y potestades, y triunfando de ellos con su muerte (1). Si, pues, en Antonio de Pádua se vió, sin ejemplar, un portento tan admirable, digno es de figurar en la historia del catolicismo este suceso, como prueba evidéntísima de la influencia que plugo al Señor comunicar en todos conceptos al que destinára á ser su embajador, su vicejeren- te, su enviado extraordinario cerca del siglo mas corrompido, im- moral é impío, para desarrollar en él las magnificencias de su palabra regeneradora.

¿Y qué decir de esa misma influencia considerada bajo el punto de vista de los triunfos que obtuvo Antonio sobre los génios enemigos de Dios y de la humanidad? Mucho pudiéramos estendernos en tan ancho campo, si por una parte no debiésemos ocuparnos de este asunto en uno de los siguientes discursos, y si por otra el presente no hubiese absorbido ya una gran parte del tiempo que me es con- cedido. ¿Quién no sabe, empero, cuán grande fué el ascendiente del Paduano para con todas las gerarquías sociales, á las que diri- gió su palabra animada sin temor de ninguna especie, impulsado únicamente por el celo de la gloria de Dios que le abrasaba, hacién- dose superior á las dificultades, á los peligros, á la animadversion, al ódio, á las asechanzas ocultas, á las antipatías manifiestas, á las contrariedades de los gobiernos, á las persecuciones de los magna- tes, á la oposicion sistemática de los príncipes? ¿No habló á todos el lenguaje severo de la verdad, á riesgo de su libertad y de su misma existencia, reprendiendo á los monarcas sus injusticias, á los potentados sus arbitrariedades, á los ministros el abuso de un poder que debieran ejercer únicamente en bien de los pueblos, á los ricos su soberbia arrogancia, defendiendo constantemente la causa del pobre, del desvalido, del inocente, del oprimido, del huérfano, y haciéndose el eco de sus necesidades y de sus derechos? Si los que por su alta posicion se creen á cubierto de toda responsabilidad humana, atrévense á insultar en su necio orgullo á la Majestad divina, no tarda Antonio en presentarse á ellos cual otro Daniel pre-

(1) Ad Colos. II. 14, 15.

dicándoles que hay un Rey por quien dominan, y á cuyo nombre deben gobernar los que visten púrpura. Si los encargados de representar la ley y aplicarla con escrupulosa equidad, se convierten en jueces venales dejándose corromper por el oro y las dádivas del poderoso, allí está Antonio como un nuevo Isaías echándoles en rostro su venalidad, y preguntándoles dónde está la balanza en que deben pesarse los derechos de los pueblos. Donde quiera, en fin, á semejanza del grande Apóstol, sin distincion de clases ni aceptacion de personas, á todos exhorta, reprende, arguye, inspirado por un amor vehemente y por un deseo eficaz de conquistar á todos para Jesucristo. Y este noble é ilustrado celo, ¡qué de victorias no le valió! ¡cuántos triunfos no le proporcionó! Baste decir que su influencia fué universal; que las clases todas aun las mas elevadas respetaban á Antonio como á un enviado de Dios, obedecíanle como á un mensajero del cielo, rendíanse á él como á un representante del Rey de los reyes, acataban sus órdenes como emanadas de la autoridad suprema; y con estas disposiciones, nuestro héroe, que en todo llevaba siempre la idea culminante de estender y fomentar el culto y la religion de Jesucristo, á la par que de moralizar y reorganizar con ella los pueblos, lograba ver satisfechas sus aspiraciones y compensados con usura sus desvelos. De este modo se manifestó visiblemente en Antonio la accion irresistible, fecunda y benefica del principio católico en el ejercicio de aquel poder que le fué conferido por el Señor de las celestes Potestades, y de la que tan admirablemente usó en bien de la religion y de la humanidad, convirtiendo á los pecadores, moralizando las costumbres, y desenvolviendo los mas preciosos gérmenes de civilizacion cristiana: *Vidi Angelum descendentem de cælo, habentem potestatem magnam, et terra illuminata est à gloria ejus.*

A tí, oh glorioso Antonio, cumple continuar desde la pacífica mansion do habitas en compañía de las angélicas Potestades, la mision que en la tierra llenaste con tanta gloria. Mucho puedes hacer en favor nuestro, si es que te interesan nuestras desgracias y te afectan nuestras necesidades. No dudamos, no, que el pais donde tanto trabajaste por hacer germinar en él la semilla evangélica, debe

serte harto grato para que no le olvides ahora que victorioso descansas en el s6lio que te conquistaron tus merecimientos y virtudes. Por eso imploramos tu intercesion para que seas el 6ngel tutelar de nuestros hogares, el g6nio protector de nuestro suelo, que tambien lo fu6 tuyo, puesto que una misma corona abraz6 un dia los dos reinos que ahora se hallan divididos 6 independientes. Escucha, pues, benigno nuestras plegarias, acepta nuestros ruegos, y veamos en el tiempo un vislumbre de aquella paz y bienandanza que debe coronar nuestros deseos en la region de la inmortalidad.

SERMON

PARA EL QUINTO DIA DE LA NOVENA DE SAN ANTONIO DE PADUA.

Factus sum minister (Christi) secundum donum gratiæ Dei, quæ data est mihi secundum operationem virtutis ejus.

He sido constituido ministro de Jesucristo, segun la donacion de la divina gracia que se me ha comunicado para obrar sus virtudes y prodigios.

AD. EPHES. III.

Lo que de sí dijera un dia el gran Apóstol de las naciones refiriendo á los fieles de la Iglesia de Epheso los abundantes frutos de su predicacion, y los dones con que el Señor se habia dignado enriquecerle para el mejor desempeño de su ministerio, puede decirlo indudablemente el ilustre apóstol del siglo XIII que hoy nos reúne en torno de sus altares. Bien pudo gloriarse aquel de haber experimentado con largueza los efectos de la virtud divina en la operacion de todo linage de maravillas y portentos, con los que demostró y confirmó á la par que la veracidad de la doctrina que predicaba, el legítimo origen de su mision con respecto al mundo. «Si acaso habeis oido ponderar, les decia, las riquezas de la gracia que al Señor plugo atesorar en mí para vuestro bien, revelándome los mas ocultos misterios de su misericordiosa bondad que en los siglos anteriores permanecieron ocultos en los insondables abismos de la ciencia infinita de Dios, no ha sido sino para hacer mas patentes sus promesas y realizar las grandiosas ideas que en provecho de la humanidad se propusiera verificar Jesucristo por medio de su Evangelio, cuyo ministro soy segun la donacion de su gracia, para obrar sus virtudes y prodigios»: *Cujus factus sum minister secundum donum*

:

gratiæ Dei, quæ data est mihi secundum operationem virtutis ejus.

Estas palabras trazan maravillosamente uno de los caracteres esenciales del héroe Paduano. Donde quiera se presentó como un hombre dotado de la gracia de hacer milagros; y tan popular se hiciera la fama de su nombre en este punto, que sin temor de incurrir en una exageracion punible, pudiera decirse de él como del mismo Salvador consignára ante el pueblo de Jerusalem el príncipe del apostolado, que en todas partes por donde pasó dejó marcada la huella de sus prodigiosos hechos, testimonios indelebles de su santidad, y monumentos imperecederos de las divinas enseñanzas que predicaba. De este modo plugo al Señor hacer brillar en su siervo la propiedad peculiar de las celestiales inteligencias denominadas VIRTUDES, las cuales se distinguen de los demas coros angélicos en la realizacion de toda clase de portentos, segun cumple á los eternos designios de la majestad divina con relacion á sus criaturas. ¿Y en quién se vió jamás desarrollarse tanto esa propiedad característica de la divinidad, como en aquel Antonio de quien es pública voz y fama que se hacia respetar del fuego, del agua, de los vientos, de los mares, que encadenaba á su beneplácito el infierno, la muerte, las dolencias, lo pasado, el porvenir, que salvaba las distancias, se multiplicaba en distintos sitios á la vez, imponia su voluntad á los séres inanimados, hablaba á los irracionales, y hasta de los mismos espíritus malignos se sirviera en ocasiones para testificar la verdad de su doctrina, cual si la creacion entera estuviese á las órdenes de ese insigne taumaturgo?

No anticipemos, empero, ideas que deben formar el fondo del discurso. Como quiera que tampoco me propongo hoy hacer una fria y desnuda narracion de los milagros de nuestro Santo, sino considerar los mas importantes y principales con relacion á los fines que se propuso la divina Providencia al concederle este don en tan alto grado, mi asunto se limitará á establecer con ellos una prueba incontestable de la mision apostólica y reparadora de Antonio de Pádua. Así que, á la vez que llamaré vuestra atencion hácia la prodigiosa liberalidad que el cielo usó con él dándole una virtud omnimoda y casi ilimitada para obrar todo género de hechos sobre-

naturales, os haré notar que todos ellos tuvieron el alto é importantísimo objeto de demostrar la incontestable verdad de la doctrina católica, de dar una sancion solemne á sus enseñanzas, y de evocar por su medio el convencimiento de las inteligencias rebeldes y obstinadas. Tal es la gran gloria que cupo al nuevo Pablo, quien como el antiguo fué constituido ministro de Jesucristo segun la donacion de la gracia que le fué comunicada para obrar sus virtudes y prodigios, consiguiendo de este modo las mas preciosas conquistas para la fé, para la Iglesia y para la sociedad: *Factus sum minister (Christi) secundum donum gratiæ Dei, quæ data est mihi secundum operationem virtutis ejus.* Tengo propuesto.

AVE MARÍA.

REFLEXION UNICA.

«Preguntar si Dios puede hacer milagros, seria, sobre impio, el colmo del absurdo: ha dicho en un momento lúcido uno de los principales corifeos de la escuela llamada malamente filosófica; y al que tal inquiriese, bastaria encerrarle como demente, mas bien que castigarle como culpable (1).» Jamás á un sér infinitamente santo, justo, benéfico, á la vez que omnipotente y sábio, pueden faltarle las mas altas razones para ejercer su poder omnimodo contra el curso ordinario de los agentes físicos, sobre todo cuando esto tiende directamente á establecer, afianzar y sancionar las pruebas en que se apoya la divinidad de nuestra religion. Con este designio fué comunicada á Jesucristo en toda su plenitud y escelencia esa virtud sobrenatural, ya para demostrar con ella la altísima mision que recibiera de su Padre celestial, ya para confirmar su doctrina, ya para hacer mas visible su santidad, ya, en fin, para evidenciar su divino origen. Del mismo modo plugo al Señor hacer participante de ella á sus escogidos, y entre estos á algunos con particularidad, á

(1) J. J. Rousseau. Let. de la Montaign. p. 94.

quienes parece se complació en constituir dueños y árbitros de la naturaleza, para que disponiendo de ella á su beneplácito, obrando todo linage de prodigios, ostentasen en sus personas las incomprensibles magnificencias de la divinidad.

Sin el menor temor de ser desmentidos, podemos asegurar que Antonio de Pádua figura en este concepto en una esfera superior á la mayor parte de los héroes cristianos. De ningun otro recuerdo que haya sido mas favorecido del cielo con ese don singularísimo, siendo tan prodigiosa la liberalidad de Dios con su siervo, que parecia haber puesto á sus órdenes la creacion entera para que obedeciendo á su voluntad y sometiéndose á sus órdenes, fuese en sus manos el principal elemento de su mision regeneradora. Y es de notar, como ya antes dije, que en los portentosos hechos obrados por el Paduano, brilla un elevado designio, siendo todos motivados por razones de alta conveniencia, puesto que su objeto culminante fué fomentar la doctrina católica, dar una autoridad incontestable á su predicacion, sancionar solemnemente los dogmas que defendia, convencer á los entendimientos carnales con el testimonio de sus propios sentidos, ya que no les bastaba la luz de la revelacion divina, demostrar con verdaderos prodigios las falsas astucias del espiritu de mentira; en una palabra, propagar poderosamente la gloria de Dios, su Evangelio, su culto, sus enseñanzas, su fé, sus preceptos, contribuyendo así á la salvacion de sus semejantes y al mayor bien de la humanidad. Dios y el hombre, la honra de aquel, y la felicidad temporal y eterna de éste: hed ahí los dos grandiosos objetos que descuellan en los milagros con que plugo al cielo manifestar la divina Omnipotencia en el héroe de Pádua. Ambos marchan inseparables, los dos obran en consonancia, uno y otro brillan á la par en nuestro Santo. Interroguemos su historia, evoquemos algunos de los mas importantes acontecimientos de su vida, examinemos sus obras, veamos lo que nos dicen sus prodigios, y si todos ellos no son, en frase de San Agustín, otras tantas lenguas que con elocuente idioma predicán las grandezas de Cristo, proclaman su divinidad, declaran los misterios de su fé, y ponen en evidencia las bellezas del catolicismo: *Interrogemus ipsa miracula, quid nobis loquantur de Christo; habent enim si*

intelligentur linguam suam (1). Si como Moisés divide los mares para franquear el paso á un pueblo perseguido, ó rompe con su vara los peñascos para abrevarle en el desierto; si cual otro Isaías es el nuncio de Dios para asegurar la curacion portentosa de nuevos Ezequías arrepentidos de sus maldades; si á manera del habitante del Carmelo arranca del sepulcro á las victimas de la muerte; si á imitacion del príncipe de los apóstoles manda en nombre de Jesucristo á los paralíticos que se levanten y corran presurosos á dar gloria al autor de su dicha; ¿qué otro motivo le impulsa á hacer uso de esa virtud sobrenatural, sino el de dar á conocer al mundo la necesidad de una religion única capaz de obrar tales maravillas, y facilitar á los hombres el camino de sus eternos destinos, proporcionándoles en el tiempo una bienandanza que inútilmente buscarian fuera del círculo de la doctrina católica?

Seamos aun mas esplicitos, y veamos cómo los milagros de Antonio son las señales infalibles de su apostolado, y do quiera marchan, digámoslo así, delante de él para confirmar sus enseñanzas. ¿Le veis en Roma predicando á un auditorio inmenso compuesto de personas de distintos paises y razas, haciéndose comprender de todas ellas en su propio idioma, cual si á cada una hablase el suyo respectivo? Sin duda os maravillará ver reproducido en el Paduano el gran fenómeno operado en Jerusalem por los apóstoles el dia de Pentecostés. Pero observad, y vereis que á la manera que entonces plugo al Señor dar á sus enviados aquel don de lenguas, para que el Latino, el Griego, el Judío, el Bárbaro, y todas las naciones allí representadas se convenciesen mediante un prodigio tan inusitado de la veracidad de la doctrina que ellos predicaban, no de otra suerte quiso renovar este suceso en la persona de su nuevo apóstol, á fin de que el Italiano, el Francés, el Español, el habitante del Támesis, el morador de las orillas del Rhin, y cuantos pueblos le escuchaban, se persuadiesen de que era Dios quien hablaba por boca de aquel hombre portentoso. ¿Le veis acercarse á las riberas del mar, llamar á los peces á escuchar su palabra, obedecer éstos á la voz de Antonio,

(1) S. Aug Tract. 24 in Joan.

y desaparecer despues concluido el discurso y recibida su bendicion? No juzgueis producto de una piadosa ilusion este suceso apoyado en testimonios de la mayor autoridad, ni menos le creais inoportuno ó sin motivo harto fundado. Tratábase de confutar la incredulidad sistemática, de hacer enmudecer el error insultante, de confundir la herejía procaz, que se negaban á oír la verdad catolica; y con tan visible prodigio tuvo Dios por conveniente dar á entender á unas inteligencias obstinadas, cuán malamente intentar resistir y hacer frente al convencimiento que resulta de la revelacion, en vista de la docilidad con que unos séres irracionales se prestan á obedecer las órdenes de su Criador. ¿Le veis trasladarse instantáneamente de Pádua á Lisboa, á manera de aquel profeta que fué llevado por el Angel del Señor desde Jerusalem á Babilonia? No os sorprenda tamaño fenómeno. Allá vuela el nuevo Habacuc á prestar sus servicios á un Daniel calumniado y oprimido, y á libertar de la venganza de un rey desacordado la virtud y la inocencia acusadas de un crimen que jamás cometieran. El padre de Antonio, víctima de falsas imputaciones, mírase reducido á dura prision, y á ser juzgado como reo de hurto. Su hijo, sabedor del suceso por inspiracion divina, desea favorecerle en tan critico trance; su caridad obra el mas estupendo milagro; hácese presente en aquel momento á los jueces, descubre la verdad de los hechos, ofrece pruebas inequívocas de la atroz calumnia que pesa sobre el autor de sus dias, arranca en favor de él un fallo absolutorio, desaparece, torna con igual presteza á Pádua, y todo ello sin advertirse su ausencia. ¿Le veis reiterar por segunda vez este mismo milagro y por idéntico motivo? Mas aun que el hecho deben maravillaros sus circunstancias. Hacíase preciso evocar un testimonio imposible en lo humano para salvar los dias de su padre próximo á morir con afrenta en un suplicio. Era un difunto quien debia y podia evidenciar la inculpabilidad del sentenciado. Antonio, pues, se dirige á la hoya en que yace sepultado; intímale que se levante; sale aquel del sepulcro; preséntase á prestar su declaracion delante de los testigos, sin revelar empero el verdadero autor del crimen; la victima queda libre, y el Paduano se encuentra instantáneamente en el punto de donde partiera.

Bien conoceis, M. A. O., cuán imposible y aun enojosa tarea seria el hacer una enumeracion circunstanciada de los milagros obrados por nuestro Santo. Sobre que apenas hay persona que veces mil no haya escuchado su relato, habiendo llegado á adquirir una especie de popularidad que en ningun otro se encuentra, ¿á qué conduciria un trabajo tan ímprobo, mas que á fatigar vuestra atencion con una historia que vosotros sabeis tan bien como yo mismo? ¿Hay quien ignore que Antonio dominó los elementos, apaciguó las tempestades, contuvo el furor de las olas del Occéano, evitó repetidas veces los naufragios, salvó incólume las llamas, se hizo insensible á los venenos, enfrenó la violencia de las enfermedades, y tuvo encadenada á sus órdenes la naturaleza entera? Diríanlo si hablar pudiesen tantos baldados á quienes curó con la señal de la cruz, tantos ciegos que con el contacto de sus manos recibieron la vista, tantos sordos que vieron cesar por su intercesion el impedimento que les affigia, tantos mudos cuya lengua quedó espedita por su mandato. Diríanlo los que en una horrorosa tormenta suscitada por el espíritu de tinieblas para impedir su predicacion, vieron desgajarse las nubes en una copiosa lluvia mezclada de truenos y relámpagos, sin que á ninguno de sus oyentes les alcanzasen sus efectos, cual si estuviesen bajo la techumbre del templo. Diríalo aquella mujer piadosa que no pudiendo ir á oír á nuestro Santo predicador por impedirselo sus deberes domésticos, mereció escuchar su voz á dos millas de distancia. Diríalo aquel jóven que habiéndose amputado inconsideradamente el pié que sirviera de instrumento á su delito, le halló momentáneamente colocado en su sitio por la oracion del siervo de Dios. Diríalo, en fin, él mismo, que viéndose acometido por las huestes del averno, con solo entonar el himno *O gloriosa Domina*, consiguió ahuyentarlas de su presencia llenas de confusion é ignominia.

Y en todos estos rasgos característicos de la virtud sobrenatural con que Dios enriqueciera á Antonio, ¿cuán visiblemente no brillan los sapientísimos designios de la Providencia con relacion al plan que se propusiera mediante la mision de nuestro apóstol! A los primeros heraldos del naciente Evangelio, dijéralos su augusto fundador al

enviarles á propagar la luz de su doctrina en todos los confines de la tierra: «Hed aquí las señales que autorizarán la palabra de los que en mí creyeren. En mi nombre lanzarán los demonios, hablarán nuevos idiomas, manosearán las serpientes, beberán sin peligro alguno los licores ponzoñosos, y sanarán toda clase de dolencias (1).» ¿Y no fueron estos mismos los signos que donde quiera acompañaron al Paduano, dando auténtico testimonio de que era el enviado del Eterno á llevar á todas partes la luminosa antorcha de la doctrina católica, única verdadera de cuya aceptación y práctica pendía la salvación del mundo? Cuando en Arimini, Tolosa, Milan y otros puntos donde evangelizó, se le vió sobreponerse á la acción del tósigo que le propináran los herejes, embotar el afilado acero dirigido sobre su cabeza, descubrir las ocultas emboscadas de sus enemigos, inutilizar sus planes homicidas, contener con una palabra el puñal del sicario, y triunfar en mil ocasiones de una muerte inevitable, ¿pensais por ventura que tamaños prodigios no tuviesen un fin marcado, una razón determinada, y un objeto plausible relativamente á la gloria de Dios y al provecho del hombre? Con ellos corroboraba Antonio los fundamentos de la fé vacilante y mal segura; con ellos afianzaba las creencias de los débiles, y robustecía el convencimiento de los fervorosos; con ellos confundía la impiedad y fomentaba los principios católicos; con ellos hacia patentes los sofismas del error, y daba nuevo brillo á la verdad; con ellos apoyaba sobre inquebrantables cimientos los dogmas, la moral, los preceptos de la religion, y destruía el reinado de la inmoralidad, de las pasiones, de la disolución y del libertinage; con ellos confundaba á Guialdo, triunfaba de Bombilio, desarmaba á Ezzelino, rendía á los corifeos de la herejía y el cisma, y obligaba á los jefes del error á confesarse vencidos ante el poder del Dios á quien insultaban; con ellos, en fin, despoja al infierno de sus conquistas, arrebató al vicio sus víctimas, arranca al pecado sus esclavos, despoja al mundo de sus despojos, y sobre las ruinas de un siglo procaz, cínico, descreído, turbulento y bastardeado en sus instintos,

(1) Marc. XVI. 17, 18.

en sus ideas, en sus hábitos, en sus aspiraciones, logra formar una sociedad nueva, creyente, morigerada, piadosa, de costumbres depuradas, de firmes creencias, de convicciones robustas, tal cual se propusiera al acometer la gran misión que recibió de Jesucristo, de quien fué digno ministro, tanto por el celo con que llenó su cometido, cuanto por el uso legítimo y beneficioso que hizo de la gracia sobrenatural que le fué comunicada para obrar grandes prodigios. *Factus sum minister (Christi) secundum donum gratiæ Dei, quæ data est mihi secundum operationem virtutis ejus.*

Ved pues, M. A. O., demostrado lo que desde luego me propuse probar, cuando os dije en el principio de mi discurso, que los milagros de Antonio de Pádua no debían considerarse aisladamente, y como unos meros rasgos de la liberalidad de Dios para con su siervo, sino con relación á los importantísimos fines que en la mente divina presidieron á la misión de ese insigne apóstol llamado á ser el génio regenerador de su siglo; puesto que al concederle en grado tan extraordinario y nunca visto la virtud casi ilimitada de obrar toda clase de hechos portentosos, su idea dominante fué demostrar con ellos la incontestable verdad de la doctrina católica, sancionando sus divinas enseñanzas, y evocando por su medio el convencimiento de las inteligencias rebeldes y obstinadas. Nadie de hecho con más razón que el Paduano pudo decir con el Apóstol de las gentes en vista de los triunfos conseguidos con su predicación autorizada con todo linaje de prodigios: «Vosotros sois las señales infalibles de mi apostolado; los monumentos visibles de mi misión, las pruebas convincentes de mi doctrina, y la demostración más irresistible y palpable de que mis enseñanzas no son mías, sino de aquel á quien plugo hacerme, respecto del mundo, el eco de su suprema autoridad: *Signa apostolatus mei facta sunt super vos* (1).» Y si á un mortal es dado arrogarse el lenguaje de un Dios-Hombre, dudo quién como Antonio tuviese derecho á decir á los incrédulos de su tiempo, lo que Jesucristo á los del suyo: «Si no quereis dar crédito á mis palabras, convenceos al menos por mis obras: *Si mihi non vultis credere,*

(1) II. Cor. XII. 12.

operibus credite (1). Ahí están; examinadlas bien; observad escrupulosamente los milagros obrados en confirmacion de mi doctrina; sometedlos si os place al severo crisol de la crítica; no rehuyo la luz, porque la verdad busca siempre el dia; seguro de que ellos serán bastantes á convenceros de que quien así obra, quien tales maravillas es capaz de hacer, no puede menos de ser el representante del Padre celestial, Dios infalible en sus palabras, verdad esencial y eterna: *Operibus credite, ut cognoscatis, et credatis quia Pater in me est, et ego in Patre* (2).

Gloria sea dada, oh prodigioso Antonio, al que tan admirable y liberal se dignó mostrarse contigo, comunicándote la propiedad de los espíritus angélicos denominados Virtudes, para confirmar tu mision, propagar en la tierra por tu ministerio las magnificencias del poder divino, y fomentar los mas preciosos elementos de dicha temporal y eterna, únicos objetos que tuviste siempre presentes en tus apostólicas tareas. Continúa desde el cielo haciendo brillar las maravillas del Altísimo en beneficio de los que en la tierra invocamos tu poderoso valimiento. Renueva constantemente los rasgos de tu proteccion en favor de un mundo harto necesitado por desgracia de esos testimonios que ponen en evidencia la divinidad, santidad y demas caracteres de una religion, cuyos solos principios deberian bastar para hacerla amable y respetable. Mas ya que así no sucede, aprenda la incredulidad á conocer á Dios en sus obras, y á adorarle en los portentos de su diestra. ¡Ojalá que al menos en vista de ellos toda inteligencia se sometiese, todo corazón se rindiese, y todos los hombres se apresurasen á caminar por la senda de la verdad y de la virtud, para llegar á sus verdaderos destinos en la patria de los predestinados!

(1) Joan. X. 38.

(2) Ib.

SERMON

PARA EL SESTO DIA DE LA NOVENA DE SAN ANTONIO DE PADUA.

Laudemus viros gloriosos in generatione sua... Dominantes in potestatibus suis... et nuntiantes in prophetis dignitatem prophetarum.

Dignos son de loa los ilustres varones que en su siglo domiaron con el ascendiente de su poderio, é hicieron revivir las glorias de los tiempos proféticos.

ECCI. XLIV. 1, 3.

HAY en la virtud de los héroes del cristianismo un secreto poder que no puede menos de hacer honda impresion en los corazones, aun en los menos dispuestos á abrazar su práctica. Un no sé qué de divino y extraordinario manifiéstase en las obras de los hombres escogidos por la Providencia para las elevadas empresas de su servicio, que hasta los mas apáticos é indiferentes se ven forzados á respetar instintivamente. Podrán estos, si se quiere, afectar menosprecio y hacer alarde de una artificiosa impasibilidad ante la vida irreprochable y edificante de los siervos de Dios; podrán apostrofar irónicamente la santidad de los que son unos censores tácitos de la inmoralidad y del vicio; podrán acoger con sarcástico desden unos ejemplos que no quieren ó se reconocen incapaces de imitar; mas á vuelta de esas ficticias demostraciones de repugnante cinismo, es incontestable que en su interior, pese á los esfuerzos que hacen por ahogar el sordo grito de una conciencia alarmada, sienten la accion inevitable de ese oculto principio, que donde quiera lleva consigo el cruel remordimiento inherente al mal obrar. Es que sobre todas las resistencias de un alma esclava del vicio y de las pasiones, pre-

domina siempre el elemento del bien, invulnerable á los tiros de la maledicencia, superior á los calculados sofismas del error, victorioso en todas partes de los ataques del libertinage.

Si no fuesen tan visibles las pruebas que de esta verdad nos ofrece la esperiencia diaria, si la historia no nos hubiese legado monumentos tan incontestables, bastarianos reproducir el nombre de Antonio de Pádua, y á su sola enunciacion veríamos brotar á millares testimonios los mas convincentes y demostrativos de esa propiedad, que, segun la doctrina católica, es peculiar en la esfera sobrenatural á uno de los nueve coros angélicos, cuyos espíritus denomina San Pablo DOMINACIONES, porque están destinados á presidir y dominar sobre las cosas inferiores en el órden de la naturaleza y de la gracia; propiedad que plugo al cielo comunicar en alto grado al objeto de nuestros cultos, y de la cual tan admirables ejemplos nos suministra la historia de su vida. ¿Quién como el Paduano ejerció en mas vasta escala ese predominio que á las palabras y acciones del hombre justo les dá su propia virtud y santidad? ¿Quién supo influir mas poderosamente en el corazon humano y conseguir de él triunfos mas insignes? ¿Quién obtuvo resultados mas beneficiosos con su predicacion y consejos? ¿Quién dispuso mas á su grado de los destinos y del porvenir de sus semejantes?

No se crea que al espresarme así intente rebajar en lo mas mínimo la gloria de los demas héroes cristianos, ni establecer odiosas comparaciones ajenas de este sitio, y no menos impropias de la mision que soy llamado á desempeñar entre vosotros. «Dignos son de loa, como escribe el autor del libro del Eclesiástico, todos esos insignes varones que en sus respectivos siglos supieron dominar con el ascendiente de sus heróicas virtudes á la generalidad de los hombres que con ellos vivieran, haciendo revivir con la santidad de sus costumbres los tiempos proféticos.» *Laudemus viros gloriosos in generatione sua... Dominantes in potestatibus suis... et nuntiantes in prophetis dignitatem prophetarum.* Empero, ¿no podré asegurar, sin incurrir por ello en una punible hipérbole, que en Antonio de Pádua brilló de una manera singularísima esa prerogativa con que el Señor quiso distinguirlé para su mayor gloria, bien fuese por

exigirlo así las circunstancias de la mision que estaba llamado á llenar en un siglo descreido y discolo, ó bien por cualquiera otra de las altísimas razones que la Providencia no ha tenido por conveniente revelar á los mortales? Como quiera, y sin prejuzgar cuestiones que no nos es licito abordar, ello es que en nuestro ilustre Santo se encuentra en grado heróico esa cualidad característica de las Dominaciones, que va á suministrar la materia del presente discurso. En él me propongo manifestaros «cuán grande y universal fué el dominio que ejerció su palabra y su accion en los destinos de su época, cuyas tendencias y aspiraciones logró modificar completamente, operando en ellas la mas feliz revolucion moral.» Invoquemos ante todo las celestiales luces por la intercesion de la Reina de los Angeles, etc.

AVE MARÍA.

REFLEXION UNICA.

Quando un hombre es destinado por Dios para una empresa árdua é importantísima de su servicio, es incontestable que desde luego le dota con todas aquellas cualidades necesarias al feliz desempeño de su mision. Es esta una regla infalible en el orden de los eternos decretos que vemos confirmada en todos tiempos. A Moisés, llamado á quebrantar las cadenas de la esclavitud que pesan sobre el oprimido Israel, comunicale una fuerza y una energía de alma bastantes á hacer frente á la obstinacion de los mas implacables tiranos. A Joseph, elegido para ser el génio protector de un pais desgraciado, enriquecéle con una ciencia superior á la de todos los génios sus contemporáneos. A Elías, designado para humillar la soberbia impiedad de monarcas procaces, y destruir el imperio de la idolatría en la nacion santa, le dá un corazon diamantino incapaz de doblegarse ante los fieros y amenazas de unos poderes despóticos. Y así en todas las demas grandes figuras del antiguo testamento véense resplandecer dotes proporcionadas á la vocacion que recibieran del cielo.

No se advierte menos esa misma ley providencial en los célebrea

personajes que vienen figurando en la historia del cristianismo, como instrumentos de esa regeneracion religioso-social reservada á la influencia de la doctrina católica. Sin necesidad de mencionar tantos nombres ilustres como pudieran citarse en confirmacion de nuestro aserto, basta nombrar á Antonio de Pádua para quedar desde luego convencidos de esa verdad tan trascendental como consoladora. A él cupiera en suerte la alta y dificil mision de restaurar en su siglo las ruinas hacinadas donde quiera por la incredulidad, el vicio y el error: y al efecto distinguióle el cielo con todas las cualidades propias á dominar las inteligencias arrogantes, los corazones rebeldes, los espíritus obstinados, y cuantos elementos oponíanse á la realizacion de los altos designios de la Providencia. ¡Y cuán visiblemente no se manifestó en el Paduano ese predominio, ese ascendiente casi universal, que su palabra y accion ejercieran en el porvenir de los individuos y de los pueblos á quienes evangelizó! Equivócanse, y no poco, los que juzgan que nuestro héroe no tuvo que vencer grandes dificultades, salvar obstáculos al parecer insuperables, y luchar con todo linage de contrariedades para llevar á cabo su obra. Su virtud reconocida y su eminente santidad no fueron suficientes á impedir que le mordiese la calumnia, que la malevolencia le persiguiese, que la envidia hincase en él su venenoso diente, que el ódio le asesase sus certeros tiros, y que las pasiones mas innobles se conjurasen para impedir su marcha reparadora. ¡Hubo de luchar con las antipatías de los génios díscolos, con las repugnancias de los viciosos, con las oposiciones del libertinaje, con las exigencias del poder, con la influencia del oro, con el ascendiente del mal ejemplo, y mas que todo con la resistencia tenaz de los que tenian un interés conocido en sostener una situacion favorable al desenvolvimiento de sus erróneos principios y á la propagacion de sus perversas doctrinas. Pero no es menos cierto que en medio de tantos elementos de contradiccion, Antonio los dominó todos, logrando triunfar victoriosamente de ellos, no con la fuerza material de unas armas para él prohibidas, sino con el moral influjo de su predicacion, con el irresistible atractivo de sus ejemplos, con la insinuante dulzura de su caridad, dotes bellisimas que poseyó en grado heróico, y con las

cuales como con un imán misterioso sabia atraer y encadenar á cuantos llegaban á él y escuchaban su doctrina.

Cierto que el Señor se complació en comunicar á Antonio la gracia de leer los mas ocultos misterios del corazon humano, abriendo á sus ojos el gran libro del porvenir y descubriéndole sus impenetrables abismos. ¡Cuántas veces penetrando en ese inextricable laberinto que á Dios solo es dado abordar, se le oyó anunciar acontecimientos que distaban mucho de verse realizados, sin que ninguna señal en lo humano pudiese motivar su prevision! ¡Cuántas sin el menor antecedente habló de cosas que únicamente podia saberlas la persona á quien afectaban, cual si hubiese sido el íntimo confidente de sus secretos! Aquí es un jóven á quien descubre la lucha interior de su alma y los designios que abriga de abandonar la vida religiosa, consiguiendo con esta revelacion impedir la ruina espiritual de aquel desgraciado y hacerle perseverar en sus primeros propósitos. Allí es una mujer á quien manifiesta las malas artes del enemigo comun, que bajo el traje de caminante intenta con sofisticas astucias apartarla de la predicacion del Santo. Mas allá es un curial de costumbres relajadas, á quien predice que ha de verter un día su sangre en defensa de la misma religion que entonces tan poco respetaba. En otra parte es una opulenta señora, á quien vaticina que con el tiempo seria madre de un gran santo y mártir ilustre. Donde quiera parece que Antonio es el dueño y árbitro de todos los corazones, puesto que revelando á cada cual lo que pasa en su interior, sondeando sus mas íntimos pliegues, y penetrando á través de sus mas ocultas intenciones, obtiene sobre ellos triunfos admirables, y logra con facilidad ver convertidos y transformados los mas indiferentes y endurecidos.

No es, empero, en estos hechos donde mas brilla el dominio universal de su palabra y accion. En los combates que le presentó la herejia, en las luchas á que le provocó la impiedad, en las batallas á que le citó el libertinaje, en los comprometidos lances que le proporcionó la relajacion, y en las arriesgadas empresas que le obligó á acometer la tiranía y la inhumanidad, allí es donde se mostró Antonio á la altura de su mision, dominando situaciones dificilissimas, y

haciéndose superior á cuanto el mundo, el infierno, los hombres, las pasiones, el error, el cisma, la política, la preocupacion, la ignorancia, el falso celo y otros mil enemigos de la verdadera religion de Jesucristo pusieron en juego, para neutralizar los efectos de su predicacion y desvirtuar la accion de su apostolado. En todas partes halló como Pablo elementos de repulsion y gérmenes de ruina; en todas tropezó con escollos y riesgos imprevistos. De la tierra, del mar, de las grandes poblaciones, de las mas insignificantes aldeas, del santuario mismo, del seno de su religion, de entré sus propios hermanos, surgen dificultades inmensas, oposiciones sistemáticas, peligros, amenazas, traiciones, emboscadas, émulos que le acechan, contrarios que le persiguen, sicarios que le buscan, asesinos que le esperan.... ¡Gran Dios! ¿Es posible que Antonio pueda sobreponerse á tantos y tan poderosos elementos de resistencia, bastante cada cual de ellos á acobardar el ánimo mas esforzado? ¡Ah! No será el Paduano quien retroceda tímido á vista del peligro; no será él quien abandone el campo al enemigo. Solo hará frente á tan numerosas huestes, y solo triunfará de ellas; porque es el Angel del Dios de las victorias, el enviado del Señor de las celestes Dominaciones, cuyas propiedades le ha comunicado para manifestar en él sus grandezas.

Y así sucede de hecho. Qué la herejía apreste sus falanges, que la impiedad refuerce sus filas, que el vicio evoque en su auxilio la influencia de los altos poderes, que los Achabs protervos se rodeen de falsos profetas, que todo á la vez se conjure y forme en masa para hacer frente á ese heraldo del Evangelio. No importa: Antonio emprende la lucha, acomete, pelea, resiste, hiere con la espada espiritual de la divina palabra, y tanta es la uncion que brota de sus lábios, tan irresistible el ascendiente de su elocuencia, tan poderosa la atraccion de su doctrina, y tal la mágica persuasion de sus virtudes y ejemplos, que no hay fortaleza que no se le rinda, ni resistencia que al fin no ceda ante la conviccion profunda engendrada por las verdades que predica. Podrá haber sacramentarios renitentes que se obstinen en hacer prevalecer sus principios heterodoxos; pero Antonio se servirá de un irracional para obligarles á adorar á Jesucristo en la divina Eucaristia. Podrá haber

famosos libertinos que hagan gala de un cinismo insensato, menospreciando con estóica impasibilidad los dogmas y la moral santa del Evangelio; pero Antonio, dirigiéndose á los habitantes del agua, confundirá con su ejemplo la impía tenacidad de sus émulos y los conquistará al imperio de la religion. Podrá haber hombres de perdicion que con sus relajadas costumbres introduzcan en el santuario el escándalo, y siembren la zizaña en el campo del gran padre de familias; pero Antonio, desarrollando el mas heróico celo, conseguirá evitar que el espíritu de indisciplina se sobreponga al primitivo fervor de los cláustros. ¿Quién no admiró el valor y la constancia con que por mucho tiempo se opuso á las innovaciones perniciosas introducidas en ellos á la sombra de aquel prelado de funesta memoria, que en tiempo de nuestro Santo fué el génio maléfico de su sagrado Orden? Por mas que este obrando subrepticamente gane en daño de Antonio breves apostólicos; siquiera los partidarios del innovador usen contra él de toda clase de armas aun las mas prohibidas, y le destierren, y le encarcelen, y le maltraten, y huellen su fama, y calumnien su intachable honra, no por eso se doblega su corazon magnánimo. Sin temor alguno descubre sus malas artes, revela sus intrigas, reprende sus vicios, le exhorta, aconseja, ruega, y no bastando esto, vuela á Roma, habla al sucesor de Pedro, y sometido el negocio á un maduro exámen, logra ver convencido y depuesto al autor de tantos males, floreciente la observancia regular, y la verdad victoriosa. ¡Tan grande era el ascendiente de su palabra! ¡Tanta la influencia de su virtud! ¡Tan admirable el dominio que ejercia sobre toda clase de personas en los mas graves acontecimientos!

Hay, sin embargo, en la vida del héroe de Pádua un rasgo característico, que mejor que ningun otro pone de manifiesto esa cualidad que en él venimos admirando. Me refiero al domino que ejerció sobre la persona del famoso Ezzelino, y al triunfo que de él reportó con su palabra y accion. Era éste jefe de los ejércitos del cismático Federico, hombre feroz y vengativo que invadiendo á sangre y fuego las floridas provincias de Italia, marchaba por do quiera dejando tras sí hondas huellas de luto y esterminio. Pádua y Verona fueran los principales teatros de la inhumanidad de aquel tirano.

Viéronse millares de ciudadanos pasados á cuchillo; las calles y las plazas teñidas en sangre de inocentes vírgenes, de virtuosas madres de familia, de jóvenes indefensos, ofreciendo el espectáculo mas horrible y lastimoso. Los Atilas, Narseles, Belisarios, Godos, Hunos, Longobardos y demas plagas de bárbaros que en otro tiempo cayeron sobre aquel pais, como gavilanes sobre la inocente presa, no fueran mas que un pálido bosquejo del orgulloso y feroz Ezzelino. Estraño á todo sentimiento de humanidad, ni le conmovian las lágrimas, ni las súplicas le enternecian, ni los ayes y gemidos de sus víctimas afectaban en lo mas mínimo su alma empedernida. Enemigo de toda ley y de toda verdad, la religion no le merecia el menor respeto. Aquí profanaba los altares, allí incendiaba los templos, mas allá profanaba con mano sacrilega el santuario robando los vasos sagrados.... ¿Y es posible, Señor, que vuestra Iglesia llore sin consuelo, que la sociedad sufra sin recurso, que la religion reciba tan profundas heridas sin que haya una mano benéfica capaz de cicatrizarlas? ¿Qué se ha hecho de vuestro antiguo poderio? Veis los males que afligen á vuestra esposa, y pareceis dormido; escuchais los lamentos de sus hijos, y permanecéis indiferente. ¿Es por ventura que llegó la hora de vuestras iras, y habeis decretado el triunfo de los sacrilegos Edomitas?

Mas no hay por qué temer. Cerca está el que Dios ha designado para dominar una situacion tan angustiosa, triunfando de la tiranía de Ezzelino y solazando las desgracias de la hija de Sion. Antonio de Pádua es el Angel enviado del cielo á hacer renacer en la tierra dias de prez y de ventura. Vedle en presencia del Faraon del siglo XIII, hablándole con igual valor y fortaleza que Moisés al opresor del pueblo escogido. «¿Hasta cuándo, le dice, ha de durar tu insano furor? ¿Hasta cuándo cual venenosa vívora has de despedazar y roer las entrañas de la madre que te dió á luz? Séante en buen hora indiferentes sus gemidos, no te conmuevan si se quiere sus lágrimas; ¿pero será posible que permanezcas insensible á los castigos que amenazan tu cabeza? ¿Ignoras que la sangre vertida por tí injustamente pide á gritos una venganza horrorosa? Depon, pues, esas armas que empuñaron tus manos contra el Omnipotente,

cese tu furor, acábese tu inhumanidad, ó de lo contrario disponte á ser triste víctima de la eternal justicia.»

Viérais á Ezzelino temblar delante de Antonio; viéraisle palidecer á medida que el nuevo Pablo esforzaba sus reprensiones llenas de santa severidad; viéraisle prosternarse á sus piés, gemir, sollozar, echarse al cuello una soga en señal de penitencia, prometer la enmienda de su vida, y suplicar al siervo de Dios interpusiese sus ruegos para obtener el perdon de sus culpas. ¡Oh insigne Paduano! La religion no menos que la humanidad te son deudas de un beneficio que jamás podrán olvidar. De hoy mas tu memoria será bendita en toda Italia. Ella te aclamará su libertador, te llamará su Angel tutelar, y no cesará de cantar tus alabanzas grabando tu nombre en páginas de oro en los fastos de su historia. Tú reprodujiste los mas bellos siglos de la Iglesia; tú como Moisés y Elías quebrantaste el orgullo de príncipes protervos; tú como Pablo hiciste temblar á los Cónsules impíos; tú como Leon contuviste el furor de los Atilas; tú como Ambrosio te opusiste á la arbitrariedad de los Teodosios; tú como Bernardo triunfaste de la arrogancia de los Guillemos de Aquitania; tú en suma á manera de una de esas inteligencias celestes llamadas Dominaciones ejerciste un ascendiente maravilloso, y un dominio irresistible con tu palabra y accion poderosas, influyendo en gran manera en los destinos de tu siglo, y obrando en él la mas feliz y beneficosa revolucion en el órden moral.

A vos, Señor y monarca de las Dominaciones, se debe la honra, la gloria, la bendicion y la victoria, por tantos y tan prodigiosos sucesos con que plugo á vuestra bondad coronar la vida de Antonio de Pádua. Disfruta tú en buen hora, oh ilustre héroe, de la bienandanza suprema que te conquistaron tus triunfos. Mas no por eso echés en olvido á los que todavía en este estadio tenemos que luchar con mil prepotentes enemigos. Domina nuestros corazones y hazlos dóciles á la virtud; domina nuestras inteligencias y fortalécelas para defender la verdad; domina nuestras ideas y aspiraciones, para que únicamente se dirijan al cielo. Y pues tan entusiastas admiradores nos mostramos hoy de tus glorias, llegue un dia en que gocemos en la eternidad de tu misma recompensa.

SERMON

PARA EL SÉTIMO DIA DE LA NOVENA DE SAN ANTONIO DE PADUA.

Thronus ejus-sicut sol in conspectu meo... et testis in caelo fidelis.

A manera de un sol brillará su trono en mi presencia, y será en el cielo un testigo fiel de mis grandezas.

PSALM. LXXXVIII. 38.

Ni el ojo vió, ni escuchó el oído, ni la mas perspicaz de las humanas inteligencias pudo comprender jamás la gloria y majestad infinita de Dios en el cielo. En aquella Jerusalem triunfante, donde no se experimentan las transiciones periódicas de los tiempos, donde constantemente luce un día perpétuo, sin necesidad de sol ni luna que la alumbren, porque el Cordero divino es el astro que todo lo llena con sus eternos resplandores, bajo cuyas bóvedas resuenan sin cesar las celestiales armonías de los ángeles, que cantan loor, victoria, prez, bendicion é inmortalidad al que es, al que era y al que ha de ser, en donde el gozo es inalterable, la alegría inamisible, la dicha imperecedera, la bienandanza siempre nueva, porque de aquella mansión de paz se hallan desterrados el dolor, las lágrimas, la pesadumbre, el sufrimiento, el temor y demas pasiones que forman en la tierra la cadena no interrumpida de las humanas desdichas, allí es donde la Divinidad se muestra á los bienaventurados en toda la plenitud de su invisible majestad. Las nubes, apiñadas en torno suyo, sirvenle de escabel, y su sólio hállase sostenido por numerosos grupos de espíritus denominados Tronos, sobre quienes descansa como en su real silla el Monarca inmortal, á quien compete la honra, la gloria y el imperio en los siglos de los siglos.

Triste sobre manera es tener que renunciar á un espectáculo, que solo podemos vislumbrar en la tierra á través de sombrías nubes y de conjeturas mas ó menos fundadas. Solo quien, como el Apóstol de Patmos, hubiese sido arrebatado en maravilloso éstasis á aquella region de las inteligencias, pudiera trazar un bosquejo, si no completo, al menos aproximado de tanta gloria. Sin embargo, hay tambien aquí en este lugar de destierro un cielo místico, en donde plugo al Señor manifestarnos una parte de sus magnificencias. El alma del justo es el trono de la divinidad: en ella reside por la gracia tan rico de bellezas y tan fecundo en incomprensibles dones, aquel Sér sin principio ni término, infinito, inmensurable, eterno, invisible, que en la mansion de la perdurable bienandanza forma el embeleso y la felicidad de los espíritus. Y en este concepto brilla majestuosamente el insigne y nunca bien elogiado Antonio de Pádua como un sol en la presencia del Señor, siendo hoy dia en el cielo, como lo fué en la tierra, un fiel testigo y un monumento imperecedero de sus grandezas: *Thronus ejus sicut sol in conspectu meo... et testis in celo fidelis*. ¡Cuánto no se complació Dios de habitar en el corazon de su siervo, enriquecido con tan inapreciables tesoros de inocencia y candor! ¡Cuántas veces tuvo la dignacion de dejarse ver de él bajo las mas embelesadoras formas, aceptando las caricias de aquel dichoso mortal, que parecia transformarse en ángel de luz, de cuyo semblante brotaban rayos deslumbradores de celestial claridad! ¡Con cuánta frecuencia se vió á Jesucristo descansar en sus brazos como en un trono digno de su majestad, llegando en el órden de sus íntimas comunicaciones con Antonio á un grado que jamás se hubiera creido posible, á no constar por testimonios tan autorizados!

Pero advierto, A. O. M., que involuntariamente, y arrastrado por mi entusiasmo, he anticipado ideas que hubiera debido reservar para el fondo de mi discurso, en vez de limitarme á los preliminares de un exordio. Convencido, aunque tarde, de esta inadvertencia, bien disimulable por cierto, voy á ceñirme á proponeros el asunto que, siguiendo el órden establecido en esta santa Novena, cúmplesenos desenvolver en este dia. No prejuzgueis, os ruego, mis palabras, cuando, por lo que habeis visto, suponeis quizás en mi cierto ca-

rácter de hipérbole en que estoy muy lejos de incurrir. He dicho, y no me pesa, que nuestro ilustre Santo se asemejó en cierto modo á los Tronos angélicos, que sirven como de basamento y sosten al sòlio del Rey de las eternidades; y voy á demostrar esta proposicion, manifestándoos que fué de hecho un Trono místico, no solamente por las virtudes y altísimos dones que hicieron á su alma digna morada de Dios, si que tambien por cuanto con ellas, y con los favores que mereció recibir, dió al mundo un testimonio brillantísimo de la grandeza y majestad divinas: *Thronus ejus sicut sol in conspectu meo... et testis in cælo fidelis*. Antes de entrar en materia, justo es invoquemos los divinos auxilios de la gracia, etc.

AVE MARIA.

REFLEXION UNICA.

El Señor, bueno y santo por escelencia, y en quien reside esencialmente el principio de toda perfeccion, complácese en hacer participantes de estos atributos á ciertas almas en quienes halla las necesarias disposiciones para recibirlos. Así que, las virtudes de los justos no son mas que unos destellos de aquella bondad increada, de aquella justicia sin límites y sin medida, que brota, digámoslo así, del seno de la divinidad, las cuales resplandecen con tanto mayor brillo en los escogidos, cuanto es mas fiel y constante la correspondencia de estos á las mociones del Espiritu Santo, que es el vehiculo por donde les son comunicados los dones de la gracia. Por eso son llamados en los santos libros templos vivos de Dios, y tronos de ese Espiritu divino: por cuanto á la manera que éste mora personalmente en el seno del Padre y del Hijo de quienes procede, así tambien habita de un modo inefable en los corazones puros é inocentes, inspirándolos, purificándolos, santificándolos y enriqueciéndolos con todo género de virtudes.

Esta verdad, apoyada en la doctrina de San Pablo, encuéntrase altamente evidenciada en la persona de Antonio de Pádua. ¿En quién

concurrieron mejor que en él todas esas dotes que trasforman el alma en trono digno de la divinidad? Bondad ingénita ó natural, bondad moral ó adquirida, bondad benéfica, cuanto puede concebirse de mas candoroso y puro, cuanto de mas bello y encantador puede imaginarse, se halla en Antonio desde la aurora misma de su sér. Todo en él anuncia prematuramente que aquel niño, nacido en un siglo preñado de errores, henchido de impiedad, do fermenta el crimen, y rebosa el vicio, y hierve la disolución, y reina el libertinage mas deseocado é insultante, está destinado á ser en medio de tantas tinieblas una antorcha resplandeciente que deslumbre al mundo con la claridad de sus virtudes. Bien podia decir de sí Antonio mejor que Salomon, que le habia tocado en suerte un alma buena (1), un natural privilegiado, una índole dispuesta á recibir las impresiones de la virtud; puesto que desde sus mas tiernos años muéstrase superior á todas las frivolidades que comunmente fascinan los ojos de los mortales y los arrastran á su ruina. Nada es para él la nobleza de un nacimiento que le entronca con las familias de los duques de Saboya, de los reyes de Castilla, Aragon, Navarra, Asturias y Jerusalem, cuya sangre circula por sus venas; nada el oro y las riquezas que con profusion rodean su cuna; nada los placeres, las honras, los títulos, las distinciones y cuanto de mas alucinador le presenta el mundo, ofreciendo á sus ojos un porvenir rico de esperanzas. Su corazon mas grande que todo eso, lo desprecia; sus ideas y aspiraciones se elevan á lo eterno, á lo imperecedero é infinito; y nada es bastante á satisfacer su noble ambicion fuera de Dios, en quien encuentra el tipo de toda grandeza, el bello ideal de toda felicidad, la gloria que nunca fenece, el esplendor que jamás pierde su brillo, los laureles que no se marchitan, el sér verdadero y esencial que no tiene término.

¿Cómo, pues, no habia de elegir por trono la infinita Majestad del Señor, un alma en quien anidaban pensamientos tan dignos, ideas tan elevadas, sentimientos tan generosos? ¿Cómo no habia de complacerse en habitar por la gracia en un corazon que atesoraba

(1) Sap. VIII. 19.

riquezas tantas de virtud, cuando otros desconocen su nombre? ¿Cómo no habia de tener sus delicias en comunicarse á Antonio, derramando profusamente en él sus altísimos dones y prodigándole los testimonios de su liberalidad? ¡Ah! No era posible que el cielo dejase de fomentar tan bellas disposiciones, y por eso le prepara muy luego un terreno mucho mas vasto en que poder desarrollar el gran cúmulo de virtudes con las que estaba destinado á brillar en su siglo á manera de un sol, y á ser un monumento visible de las grandezas del Señor: *Thronus ejus sicut sol in conspectu meo... et testis in cælo fidelis*. Ya en su niñez diérase en espectáculo de inocencia, candor y rectitud nada comun, desconociendo como Tobias las puerilidades de la edad infantil. Ya en el templo de San Vicente de Lisboa mostrárase como el antiguo profeta de Silo, recogido y silencioso bajo la techumbre del Santuario, instruyéndose en las voluntades del Eterno, y preparándose á ser un dia su digno ministro. Ya bajo la direccion de aquella que es llamada por antonomasia Estrella del mar, surcára con felicidad el mar proceloso de las pasiones, dominando las tormentas que le suscitára la carne, salvando los arenosos vagíos que le presentára el mal ejemplo de sus coetáneos, y pasando á pié enjuto el insondable océano de errores, vicios, inmoralidad y escándalos que veces tantas intentáran hacerle naufragar. Ya, en fin, habia llegado al puerto apetecido entrando en el religioso Orden de San Agustin, donde estaba llamado á iniciarse en un nuevo género de perfeccion, que andando el tiempo debia transformar su alma en el templo mas bello de la divinidad, en un sagrario de todas las virtudes, en un trono donde la Majestad suprema se complaceria en habitar de la manera mas visible y prodigiosa.

Y de hecho, M. A. O.: ¿qué progresos tan rápidos no hizo Antonio en aquel sagrado asilo desde los primeros dias de su nuevo estado! ¿Cuán presto no se elevó de virtud en virtud hasta el grado mas sublime de la perfeccion evangélica! ¿No es proverbial que tan luego como dió principio á la vida monástica, fué ya admirado como un cumplido dechado de observancia religiosa por los mismos que habian encanecido en ella? ¿No aseguran sus cronistas é historia-

dores, que su oracion fué continua, su recogimiento y abstraccion incomparables, profundísima su humildad, perfectísima su obediencia, casi angélica su castidad, prodigiosa su abnegacion, y sin limites su caridad? ¿No le han llamado gigante, coloso, fenómeno, milagro de santidad, con otros dictados que demuestran indudablemente haber sido en sus tiempos una cosa extraordinaria y nunca vista? Harto conocia aquel Orden insigne el tesoro que perdía, cuando tan tenaz oposicion hizo á que Antonio dejase el hábito agustiniano para trocarle por el tosco sayal de San Francisco. Demasiado convencido estaba de que con él iba á faltar una de las principales y mas firmes columnas de aquel sagrado instituto, cuando tantas lágrimas le costó desprenderse de tan preciosa adquisicion. Pero era Dios quien inspiraba á nuestro héroe una resolucion que hubiera podido calificarse de irreflexiva é impremeditada; era la Providencia quien guiaba sus pasos para conducirle á otros destinos más altos. Y dijérase á la verdad que Antonio penetrára en aquellos momentos el misterio de su porvenir, cuando apostrofado por uno de sus hermanos con estas irónicas palabras: «Anda en buen hora al Orden de los menores, que sin duda serás pronto santo;» aquel le contestó: «Hermano, cuando oyeres decir que soy santo, dá gracias al Señor, pues suya será la gloria.» Los sucesos han manifestado la verdad de esta especie de vaticinio. Colocado Antonio entre dos luminosos orbes del mundo moral, hijo de Agustino y de Francisco, amamantado por el primero con el suave néctar de la celestial sabiduria, y embriagado por el segundo con el licor sagrado de las llagas de Jesucristo, pudo decir como en otro tiempo aquel gran génio africano viéndose entre los virginales pechos de María y las divinas heridas del Crucificado: *Positus in medio, quo me vertar nescio; hic lactor ab ubere, hinc pascor à vulnere.* En ambos órdenes vivió Antonio como un modelo acabado de la mas acendrada virtud: en el uno echó los cimientos del edificio de la perfeccion evangélica: en el otro colocó la cúpula que coronó el majestuoso templo de su santidad.

Seguid vosotros, si podeis, sus agigantados pasos en esa carrera que emprende bajo la direccion del serafin de Asís. Admirad las riquezas de virtud que atesora de dia en dia aquel corazon insacia-

ble á quien todo parecia poco para agradar y servir á su Dios. Contempladle cuál se eleva instantáneamente á la altura de los héroes, comenzando por donde estos acaban, y hallándose desde luego transformado en un trono do mora visiblemente la divinidad con todos los rasgos característicos de la mas consumada perfeccion. Por mi parte, me confieso incapaz de desenvolver el gran cuadro de tantas maravillas y prodigios, porque prodigiosa es y maravillosa la vida de Antonio como quiera que se considere. Bien pudiera reasumir bajo un solo punto de vista las eminentes cualidades que inmortalizarán un dia á Abraham, Jacob, Isaac, Moisés, Elias, Joseph, Tobías, Finées y demas grandes figuras del antiguo testamento, y deciros: «hed ahí al Paduano.» Pero despues de todo, todavía no quedaria satisfecho, y me veria obligado á reconocer que mi elogio, al parecer hiperbólico, no llegaba ni con mucho á trazar dignamente el carácter de universalidad que brilla en Antonio. Sin embargo, creo que desluciria el cuadro, si me atreviese á dar en él algunas pinceladas individualizando las virtudes del héroe Portugués. ¿Os hablaria de su silencio y retiro? No: preguntádselo á aquel monte misterioso donde por largo tiempo vivió ocupado únicamente en la oracion y en el ejercicio de la austeridad mas asombrosa, comunicando estrechamente con Dios y sus ángeles, y mereciendo de ellos testimonios inefables de la mas íntima familiaridad. ¿Os diria algo de su abnegacion humildisima? Tampoco: mejor que yo pudieran referiros sus mas minuciosas circunstancias aquellos ángeles de paz que con él vivieron, admirados de verle disputar siempre los destinos mas repugnantes, los oficios mas viles, las ocupaciones mas penosas, despreciándose á sí propio cual si fuese el menor de todos, hasta el punto de ocultar bajo las apariencias de una estupidez consumada los tesoros de la mas elevada sabiduría. ¿Me ocuparia de su paciencia y sufrimiento? Nada menos: cuenten en buen hora sus portentosos rasgos los que en mil ocasiones fueron testigos de sus crueles dolores, de sus padecimientos insufribles, de las amargas contradicciones que toleró, de los sinsabores sin cuento que devoró, sin que jamás se vislumbrase ni en sus palabras, ni en sus acciones, ni aun en su semblante, la menor señal de inquietud ó de pesar.

Y de su pureza, ¿qué pudiera deciros? Nada: dijéranlo acaso aquellas celestiales inteligencias que se complacian en rodearle constantemente, contemplándole estáticos en la oracion, formando coro á su lado cuando celebraba los divinos oficios, sirviéndole á veces el alimento, guiándole en los caminos, custodiándole en sus peregrinaciones, y siendo sus inseparables compañeros. Quien tanta honra merecia, preciso era que fuese semejante á ellos en esa virtud angelical. Por lo que respecta á las demas, harto habeis oido ya en los discursos anteriores, y seria escusado, sobre enojoso, volver á reproducir su relato. Bástenos decir, que su mortificacion rayó en lo sobrehumano, que su penitencia llegó á ser estremada, que su celo no conoció limites, que su beneficencia con el prójimo fué universal. Él fué quien obtuvo que los Paduanos perdonáran sus créditos á deudores intachables; él fué quien protestó contra la tiranía en nombre de la religion y de la libertad humana; él... Mas ¿qué intento? ¿No está ya harto acreditada la sublime perfeccion de nuestro héroe para que así nos empeñemos en demostrarla? Cuando fué tempranamente llamado por Dios á las celestiales bodas, ¿no se vió á los niños correr desvandados por las calles de Pádua gritando: «San Antonio ha muerto?» Si: el Santo es el único nombre bajo el cual le designa esa ciudad, donde pareció como si renacieran las artes para adornar á porfia los altares elevados á su memoria.

Ved, pues, si en vista de esto os parece demasiado decir que Antonio fué un trono donde plugo ostentar al Rey de los cielos todas las magnificencias de su divinidad, todas las grandezas de su poder, todos los carismas de su amor, para que resplandeciese como un sol en la Iglesia católica, y fuese un testimonio imperecedero de las glorias de esa religion que tantas maravillas obra en el hombre. Ved si no considerais muy lógico que en proporcion de la fidelidad con que Antonio supo corresponder á los dones de la gracia, se empeñase el cielo en recompensarle aun en este mundo con favores tan señalados, derramando en su alma á manos llenas las riquezas de su liberalidad. ¡Oh! Cesad de sorprenderos en vista de un hombre que llega á conversar confidencialmente con los espíritus bienaventurados; que merece ver en la tierra un destello anticipado

de aquella inefable bienandanza reservada para coronar el triunfo de los héroes más allá del tiempo; que oye frecuentemente la armoniosa melodía de los celestes coros que entonan el himno de bendición é inmortalidad al Cordero inmaculado; que obtiene de Dios confidencias más íntimas que Moisés en Oreb, Abraham en Mambre, Jacob en Haran, hasta el punto de recibir en sus brazos á Jesus glorificado, y contemplar en indefinible éstasis aquel semblante que hace felices á los habitantes del empiro; sorpréndaos mas bien ver un hombre que en este suelo se muestra émulo de las mismas inteligencias incorpóreas, cuya pureza le eleva á la altura de los ángeles, cuyo perfecto amor le nivela casi con los serafines, cuyas virtudes todas hácenle majestuoso y digno sólio del Espíritu Santo, adornado con todos sus carismas, enriquecido con todos sus tesoros, embellecido con todos sus dones, puesto que la sabiduria, la inteligencia, el consejo, la fortaleza, la ciencia, la piedad y el temor de Dios fueron en él como las siete columnas sobre que descansó el templo del Salomon divino, los siete ángulos del trono de Sabaoth representado en Antonio de Pádua: *Thronus ejus sicut sol in conspectu meo, et testis in cælo fidelis.*

No cesemos, M. A. O., de engrandecer y glorificar al Señor que tantas magnificencias se dignó reunir en su fiel servidor, encumbrándole á tanta altura, y haciéndole tan semejante á los Tronos angélicos, ya por las eminentes virtudes y perfecciones que atesoró su alma, y ya por los caracteres de santidad universal con que brilló en el horizonte católico, á manera de un sol luminoso, cuyos resplandores han proyectado en toda la tierra, demostrando donde quiera la divinidad y demas atributos de esa religion que nos fué dada para nuestra dicha en el tiempo presente y en la eternidad que esperamos. Mas como quiera que de nada nos aprovecharia una estéril admiracion sin la práctica de esas mismas virtudes, aspiremos ante todo á imitar al héroe Paduano, para ser dignos tronos de Dios y templos vivos del Espíritu Santo; procuremos enriquecer nuestras almas con esos preciosos dones que se nos infunden con la gracia mediante una constante fidelidad á sus inspiraciones; optemos con preferencia á amar al Señor, servirle y

agradarle, seguros de experimentar los efectos de su liberalidad benéfica.

Y tú, Antonio insigne, á quien hoy festejamos llenos de justo entusiasmo, suple por nosotros lo que de merecimientos nos falta, para conseguir del cielo el objeto de nuestras súplicas. Tus plegarias serán mejor admitidas ante aquel Dios de bondad, que las de unos seres miserables é indignos por mil conceptos de las misericordias del cielo. Como tú, deseamos ser todos suyos, sin que en nosotros haya cosa alguna que no le pertenezca. Si algo ambicionamos en este mundo de hoy mas, es únicamente el llegar á ser tronos dignos de la majestad divina por la gracia, para despues vivir y reinar sin fin en derredor del trono de su gloria.

SERMON

PARA EL OCTAVO DIA DE LA NOVENA DE SAN ANTONIO DE PADUA.

Ascendit super Cherubim, et volavit super pennas ventorum. Et posuit tenebras latibulum suum.

Remontóse sobre los Querubines, voló en alas de los vientos, y puso su asiento en medio de las tinieblas.

PSALM. XVII. 44, 42.

EL Señor, que prometió solemnemente confundir la falsa sabiduría del mundo con la elevada ciencia de la Cruz, proponiéndose enfrenar el orgullo de ciertas inteligencias arrogantes, empeñadas en someter á sus menguados cálculos los incomprensibles dogmas del cristianismo, ha suscitado en todas épocas héroes á propósito para llevar á cabo esta grandiosa idea, comunicándoles un saber sobrehumano, con el que inútilmente han pretendido rivalizar los géneos mas eminentes en sus respectivos siglos. Roma, Atenas, Alejandría y todas las célebres escuelas de la antigüedad, que fueron el núcleo y como el baluarte de las aberraciones paganas, lo mismo que las que en los tiempos posteriores se convirtieron en arsenales de los mil absurdos inventados por la herejía, el cisma, el filosofismo y demas sectas enemigas de la verdad católica, han visto surgir en torno de ella millares de ilustrados apologistas, de doctores insignes, de profundos escritores, de celebridades literarias en los diversos ramos de la ciencia de la religion, que al paso que afianzaban sobre sólidos cimientos el indestructible edificio fundado por Jesucristo, hacian mas visible la decadencia de aquellos sistemas, admirados en días de vértigo y de ignorancia. Fácil me seria sobre manera citar nombres ilustres,

tales como los de los Ireneos, Lactancios, Orígenes, Tertulianos, Ciprianos, Gerónimos, Agustinos, Crisóstomos, Ambrosios, y otros mil y mil mas que forman el innumerable catálogo de génius eminentes cuyas producciones inmortales han pasado con gloria á la mas remota posteridad. Empero como quiera que esto no es conducente ni necesario á mi objeto, bástame por hoy reproducir el solo nombre de Antonio de Pádua, en quien hallo reasumidas todas las magnificencias de esa sabiduria celestial que tan brillantes triunfos viene reportando sobre la carnal y presuntuosa ciencia del mundo.

Cierto que en nuestro héroe hay que notar la circunstancia especialísima de no haber sido sus conocimientos producto único del estudio humano, puesto que los debió en gran parte á una gracia del cielo, que se complació en infundirle una ciencia sobrenatural y ostensiblemente divina, tal cual en los altos designios de la Providencia érale necesaria para llenar la difícil mision que se le confiára. Pero esto mismo, bien al contrario de establecer una prueba capaz de debilitar su gloria, acrécela mas bien en alto grado, pues que supone de parte de quien tan favorecido fué por Dios, tesoros inmensos de virtudes y merecimientos. ¡Oh! Grandes debieron ser estos para que tan pródiga se mostrase la divinidad en la infusion de sus eternas luces. Probablemente os habrá chocado que en el encabezamiento de mi discurso haya apropiado al Paduano aquellas palabras del Salmista: «Remontóse sobre los Querubines, y voló en alas de los vientos hasta dominar las tinieblas que le rodeaban hollándolas con sus pies.» *Ascendit super Cherubim, et volavit super pennas ventorum. Et posuit tenebras latibulum suum.* Mas no creais voy á arrepentirme de haberlo hecho. ¿Por qué no me ha de ser licito aplicar con las debidas salvedades al gran génio del siglo XIII ese testo, que, si bien solo conviene esencialmente al que en la eternidad reside en un sólio sostenido por esas inteligencias celestes llamadas QUERUBINES, puede muy bien convenir en sentido místico al objeto de nuestros cultos, sin que en nada repugne al dogma católico? ¿No está representada en esos espíritus la ciencia altísima de los divinos misterios, segun el unánime sentir de los sagrados espositores? ¿No han simbolizado estos en el vuelo de sus alas el impulso del alma que, remontándose

sobre la esfera de lo humano, va á saciarse de aquella sabiduría in-creada que brota á torrentes de la divina esencia? Y en este concepto, ¿á quién con mas propiedad pudiéramos atribuir el dictado de Querubin, por la prodigiosa participacion que el cielo se dignó concederle en los sublimes arcanos de la ciencia infinita, habiendo llegado en este punto á donde puede ser sublimado un puro mortal?

Esto es justamente lo que me propongo patentizar; y en su consecuencia, todo el fondo de mi discurso se reducirá á mostraros en Antonio de Pádua atesoradas las mas inefables riquezas de la divina sabiduría, que él supo utilizar dignamente en bien del mundo, promoviendo y fomentando con ella la gloria de Dios y los intereses de su religion. Tengo propuesto, etc.

AVE MARÍA.

REFLEXION UNICA.

Para poder apreciar debidamente los tesoros de ciencia que el cielo tuvo á bien depositar en el objeto de nuestros cultos, no estará de mas reproducir aquí las propiedades que deben concurrir en un hombre verdaderamente sábio segun el espíritu de Dios. Hedlas aquí extractadas del libro del Eclesiástico: «El sábio, dice, indagará los monumentos de la antigüedad histórica, hará un estudio concienzudo de los profetas, recogerá cuidadosamente las elucubraciones de los grandes génios, investigará el sentido oculto de los proverbios y alegorías, y tratará de conocer cuanto de bueno y malo hay entre los hombres. Dirigirá desde luego su corazon al Dios que le crió orando en su presencia. El Altísimo le llenará del espíritu de inteligencia, y él derramará, como una lluvia beneficosa, las máximas de su sabiduría. Espondrá públicamente la doctrina que hubiere aprendido, y cifrará su gloria en la ley del Señor. No perecerá su memoria: las naciones pregonarán su sabiduría, y la Iglesia celebrará sus alabanzas (1).»

(1) Ecci. XXXIX. 4 et seq.

Veamos ahora si en Antonio de Pádua se hallan estas propiedades características del hombre sábio. Y en primer lugar, ¿quién puede dudar que el Paduano poseyó en un grado eminente los vastísimos conocimientos que admiramos en los mas ilustres génios de la antigüedad? ¿Quién no observa en él el mas profundo estudio de la tradicion, de la historia, de las sagradas escrituras, y en especial de los libros sapienciales y proféticos, cuyo uso le es tan familiar en sus sermones y escritos? No me preguntéis dónde y cuándo pudo adquirir ese hombre prodigioso la vastísima erudicion de que estuvo adornado. Dificilísimo, si no imposible, me seria satisfacer vuestra curiosidad. Lo único que podré deciros es que Verceli fué el principal teatro de sus tareas literarias; que allí, bajo la direccion de uno de los mas célebres ingénios de aquella época, se dedicó con ardor al estudio; que bebió en las puras fuentes de la revelacion los mas elevados conocimientos acerca del dogma, de la moral y de todos los demas ramos que abraza la ciencia religiosa; que salió aventajadísimo en la teología espositiva, en la mística, en la pastoral, reasumiendo en su persona cuantas bellezas vemos esparcidas en las altas capacidades de los pasados siglos, pudiéndose decir que se habia apropiado las cualidades de los Lactancios, Justinos, Atanasios, Hilarios, Basilio, Crisóstomos, Ambrosios, Gerónimos, Agustinos y demas lumbreras del orbe católico, tomando de unos la facilidad en el decir, de otros la correccion y pureza de estilo, de estos el nérvio del raciocinio, de aquellos lo sublime de los pensamientos, de quiénes la dulzura y fluidez, de quiénes la valentía y el ardor, y de todos cuanto puede contribuir á formar un hombre verdaderamente científico y universal: *Sapientiam omnium antiquorum exquiret sapiens, et in prophetis vacabit. Narrationem virorum nominatorum conservabit, et in versutias parabolarum simul introibit* (1). Por lo demas, si insistis en inquirir el tiempo en que Antonio pudo sublimarse á tanta altura, me obligareis á confesaros que tambien para mí es un enigma indescifrable, un misterio incomprensible, un problema á que no hallo solucion. Quizás no erraria diciéndoos que el Señor,

(1) Eccí. XXXIX. 4, 2.

para mostrar al mundo que no era de Antonio, sino suyo, aquel caudal de conocimientos que en tiempo oportuno estaba llamado á desarrollar en el desempeño de la gran mision que le reservaba, quiso renovar con él el prodigio obrado con el Apóstol de los naciones, arrebatándole á la cumbre del cielo, donde aprendió aquellos altisimos arcanos, cuya comprension escede á la simple inteligencia humana.

Y de hecho, ¿cómo concebir que el Paduano pudiese en tan breve tiempo como consagró al estudio de las letras, adquirir todo ese fondo de sabiduría que despues desplegó, con asombro de los mas ilustres ingenios de su siglo? ¡Ah! Es que Antonio sabiendo que Dios es el Señor de las ciencias (1), y que en él reside el manantial inagotable de las luces que ilustran el humano entendimiento, desde muy temprano levantó hácia él su corazon, buscando allí por medio de la oracion y de las lágrimas aquella caridad que edifica, no la orgullosa sabiduría que hincha; y el cielo, á quien tanto agrada la modesta humildad del hombre virtuoso, complacióse en derramar á torrentes en su siervo el espíritu de inteligencia, descubriéndole los mas insondables secretos de su inmenso sér, mostrándole sus infinitas perfecciones, desenvolviendo á su vista los misterios mas profundos de la divinidad, y haciéndole estraer en su misma esencia los inapreciables tesoros de la ciencia de los Querubines: *Cor suum tradet ad vigilandum diluculo ad Dominum, et in conspectu Altissimi deprecabitur. Si enim Dominus magnus voluerit, Spiritu intelligente replebit illum* (2). Nada, por cierto, de esto apereibreis en aquel hombre, dedicado únicamente al mas silencioso retiro y á la práctica constante de la mas austera penitencia. En vano buscareis el menor indicio de su raro talento y vasta erudicion en ese fervoroso hijo del seráfico Francisco, cuyo único libro es la cruz del Salvador y sus divinas llagas, en donde sin cesar lee escritos los bellos rasgos de su infinito amor hácia la humanidad. ¿Y qué pudiérais esperar en este concepto de ese Antonio que generalmente es tenido por rudo é ignorante, merced al inviolable silencio que ob-

(1) I. Reg. II. 3.

(2) Eccí. XXXIX. 6, 8.

serva, sin mezclarse jamás en cuestiones literarias, esquivando con cuidado todas las ocasiones de tener que hablar en público, y envolviéndose en el manto de una afectada estupidez que llega á proporcionarle los mas sangrientos apóstrofes? ¡Oh! Dejadle en buen hora que como Pablo proteste que nada sabe ni aspira á saber mas que á Jesucristo crucificado (1). Dejadle que cifre toda su gloria y su riqueza en vivir siempre adherido á la cruz de ese divino Redentor, muerto con él al mundo, hollando como vil escoria todo lo que éste idolatra, y despreciando cuanto no sea las humillaciones y la ignorancia del Calvario (2). Tiempo vendrá, en que la obediencia, virtud para él tan favorita, opere el gran prodigio de desenvolver el gran tesoro que abriga en sus entrañas esa tierra al parecer estéril; y entonces vereis salir perlas inestimables de esa concha oculta entre el cieno, y brotar á torrentes de esa tosca piedra los raudales de una sabiduria con la que á manera de beneficosa lluvia ha de fertilizar al mundo: *Et ipse tanquam imbres mittet eloquia sapientiæ suæ* (3).

El momento llega. Antonio es obligado por sus superiores á hablar en unas conferencias teológicas que se tenian en la comunidad. El que por tanto tiempo observára el mas inviolable silencio despliega sus lábios, habla, espone con claridad las cuestiones mas difíciles, resuelve fácilmente los puntos mas metafísicos, deshace con maestria las mas poderosas objeciones, y tal es la fuerza de sus argumentos, y tan irrefutables las razones en que apoya sus principios, y tan vastos, en fin, y universales los conocimientos que manifiesta, que toda la concurrencia queda asombrada y estática en presencia de tal fenómeno. ¡Oh gran Dios! Gracias infinitas os sean dadas porque ocultando vuestros inefables arcanos á los entendimientos arrogantes y á los sábios segun el mundo, os complacéis en revelarlos á los pequeñuelos y de corazon humilde. El Orden Seráfico puede gloriarse de haber hecho una adquisicion importantísima; pues que sin saberlo abriga en su seno al genio quizá mas sublime y grande del

(1) I. Cor. II. 2.

(2) Ad Galat. VI. 14.

(3) Eccli. XXXIX. 9.

siglo XIII. Desde entonces es mirado el Paduano como un portento de sabiduría; su religion le confia los mas árduos negocios; y fuera de ella es el consultor nato de todos los hombres de génio, que en sus dudas y resoluciones parecen pender de los lábios de aquel á quien poco antes miraban como la mas completa nulidad. ¡Y cuál se estienden por todas partes los raudales copiosos de la sabiduría de Antonio! ¡Cómo se desprende de sus lábios á manera de celestial rocío que fecundiza la estéril tierra del corazon humano! Aquí se derrama suavemente en la esposicion de la doctrina católica, cuando esplica á los pueblos los principios de la moral evangélica; allí corre victoriosamente en sus disputas y conferencias dogmáticas contra los errores reinantes; ora parece manso arroyuelo desentrañando en la cátedra con sorprendente habilidad y metódica erudicion las cuestiones de la escuela; ora se asemeja á un impetuoso torrente, toda vez que en el púlpito truena contra el vicio, confuta la herejía, reprende el libertinage y reproduce las amenazas del cielo. Si argumenta, su palabra arranca el mas hondo convencimiento aun de las mas obstinadas inteligencias; si enseña, su voz se insinúa poderosamente en los corazones mas obstinados; si escribe, su pluma corre veloz y crea prodigios de una ciencia hasta entonces desconocida. Elegido por el seráfico Padre primer Lector de su Orden, su sabiduría es la beneficosa lluvia que fertiliza los mas brillantes talentos que en su dia deben embellecer el mundo católico. Ella hace brotar aquel árbol majestuoso cuyo follage presta fresca sombra á mil ingenios eminentes que llegan á ser los restauradores de la ciencia religiosa. Digan si no los Buenaventuras, Alejandros de Alés, Bernardinos de Sena, Scotos, Aureolos, Mairones, Ocamos, Mastrios, Macedos y otros que seria largo enumerar, en dónde bebieron las puras aguas de aquel saber prodigioso que despues vertieron en sus inmortales producciones. Digan las mas célebres universidades de Europa de dónde tomaron los materiales con que fabricaron esos inespugnables baluartes que han defendido en los siguientes siglos los intereses de Dios y de su Iglesia. Digan.... Pero dejemos á los luminosos escritos de Antonio que hagan su apologia, ya que mi lengua no alcanza á ponderar la vastisima erudición de su

singular ingénio. ¿Os citaré sus *Elogios de la Virgen*, en los que se hallan estampados los mas tiernos rasgos de un corazon enamorado, en los que creeríais leer el lenguaje de un Salomon encareciendo la sobrehumana beldad de la Esposa de los Cánticos, sin echar de menos la solidez, la dulzura, el fuego y el entusiasmo de los Bernardos, Anselmos, Ildefonsos Villanuevas y demas génios que se han inmortalizado en este ramo de la literatura cristiana? ¿Os mencionaré sus sermones dominicales, cuadregesimales y panegíricos, en los que un historiador contemporáneo nuestro (1) ha encontrado lo mas precioso, esquisito y sublime de aquella predicacion animada y elocuente, que tan feliz influencia ejercia en tiempos antiguos en la suerte y porvenir de las sociedades? Solo os presentaré como leve muestra de ella un pasage en que Antonio parecia pintarse á sí mismo, ó mejor dicho la fuerza y energia irresistible de su palabra regeneradora. «El predicador (decia) debe ser el hijo de la memoria del Señor. Constantemente debe tener presente á Jesucristo, » soñar con él en la noche de la adversidad, despertarse con él en » la mañana de la prosperidad, y entonces el Verbo de Dios bajará » á su corazon; Verbo de paz y de vida, Verbo de gracia y de ver- » dad. ¡Oh palabra que no destroza los corazones, sino que los em- » briaga! ¡Oh palabra llena de dulzura, que derrama la bienaventu- » rada esperanza en el fondo de las almas afligidas! ¡Oh palabra que » refrigera á todos cuantos están sedientos de inmortalidad (2)!» ¿Y que os diré de esa produccion singular, única en su clase, las *Concordancias morales de la Santa Biblia*, bastante por sí sola para eternizar la memoria de un hombre? Mas no me es posible continuar, porque el tiempo urge, y debo esponer á vuestra consideracion la justa celebridad que á Antonio conquistó su vasto saber, verificándose en él lo que dice el Eclesiástico: *Collaudabunt multi sapientiam ejus, et usque in sæculum, non delebitur. Non recedet memoria ejus.... Sapientiam ejus enarrabunt gentes, et laudem ejus enuntiabit Ecclesia* (3).

(1) César Cantú, Hist. univ. Epoc. XII, c. 6.

(2) Serm. S. Antoni. Paris edit. 1644, pág. 195.

(3) Loc. cit. 42, 43, 44.

No habrá muchos que hayan alcanzado en sus dias una celebridad tan universal, un renombre tan preclaro, y una ovacion tan entusiasta como el Paduano. Italia le mira como su oráculo, Francia le acata como un fenómeno, España le aclama sábio de primer orden, Portugal se estasia en sus alabanzas, Montpellier, Bolonia, Florencia y otras ilustres universidades le decretan los mas brillantes triunfos, y todos los paises á la vez disputanse la posesion de ese gran tesoro, y rinden culto á sus talentos y sabiduría sin igual. Si por mandato del Obispo de Forli habla delante de un inmenso concurso de sábios, todos ellos asombrados de tanta erudicion, se hacen lenguas y no cesan de celebrar la rara fecundidad de su ingenio. Si el Concilio de Roma presidido por Gregorio IX exige su presencia, Antonio despliega sus lábios, y de ellos brotan raudales tan copiosos de sabiduría, que el soberano Pontífice sin poder contener su entusiasmo, le apellida ARCA DEL TESTAMENTO en donde se hallaban encerrados los libros santos; tanto que si la Biblia se hubiese perdido, hubiérase encontrado sin faltar un ápice en la prodigiosa memoria de nuestro héroe. Vicente de Verceli denominale ANTORCHA RESPLANDECIENTE enviada al mundo para iluminarle. Mente angélica, sagrario de la Teología, órgano del Espíritu Santo, padre de familias que todo lo estrae del tesoro de la ciencia divina, doctor insigne, sábio consumado, son los epítetos honoríficos con que le han celebrado varias plumas, y entre ellas la de un profundo historiador del Orden del Cister. ¿Qué extraño es que el cielo preservase de la corrupcion del sepulcro aquella lengua que fué el vehículo por donde se derramaron en la tierra tantas y tan inapreciables riquezas de ciencia verdadera, de positiva sabiduría? Con razon el seráfico P. San Buenaventura, al ver aquella lengua fresca, incorruptible y rubicunda cuando se verificó la traslacion de los restos de Antonio, treinta y dos años despues de su muerte, la tomó en sus manos lleno de respetuosa veneracion, y derramando lágrimas de gozo, exclamó: «¡Oh lengua bendita, que siempre te ocupaste en alabar al Señor y hacer que todos le alabasen! Bien se demuestra en esto cuán grandes merecimientos adquiriste delante de Dios.» Ella fué, en efecto, un instrumento constante de la verdad contra el error, de la virtud

contra el vicio, de la religion contra la impiedad, el martillo contundente de todas las herejias que osaron levantarse un dia contra el dogma católico, como denominó á nuestro Santo el citado Pontífice, las cuales desmenuzó con la virtud de su ciencia, de la que tan digno uso hiciera promoviendo y fomentando con ella la gloria de Dios y los intereses de su Iglesia.

Honra á tí, escelso Antonio, verdadero Querubin del Rey de reyes, que remontando tu vuelo en alas de los vientos, hollaste con tu pié victorioso las tinieblas de la ignorancia, de la corrupcion, de la inmoralidad y de las malas pasiones de un siglo disoluto y procaz, haciendo lucir en él la antorcha refulgente de tu sabiduría, y logrando obrar con ella la mas feliz revolucion moral. Tambien nuestro siglo, á pesar de sus alardes de ilustracion y ciencia, se encuentra sumido en el caos de mil escesos y aberraciones que le degradan y envilecen. Disipa, pues, estos nublados que rodean la atmósfera intelectual en que vivimos, á fin de que viendo la luz de la verdad que ahora se nos oculta, aspiremos únicamente á poseer esa ciencia que hace á los hombres virtuosos en el tiempo, y les prepara una perdurable dicha en el seno de la eternidad.

SERMON

PARA EL ÚLTIMO DIA DE LA NOVENA DE SAN ANTONIO DE PADUA.

Volavit ad me unus de Seraphim, et in manu ejus calculus quem forcipe tulerat de altari. Et tetigit os meum, et dixit: ecce tetigit hoc labia tua, et auferetur iniquitas tua.

Voló hácia mi un Serafin que traía en su mano un ascua encendida en el altar. Y tocó con ella mi boca, diciendo: con esto quedarán purificados tus lábios, y limpio tu corazon de toda iniquidad.

ISAIE VI. 6, 7.

Al terminar hoy estos solemnes cultos consagrados á celebrar las prerogativas y escelencias del héroe de Pádua, mi corazon rebosando júbilo, y llena mi alma del mas justo entusiasmo, elévanse sobre la esfera de lo humano á admirar en él el mas alto, el mas precioso, el mas imponderable de los dones con que se dignára enriquecerle el cielo. Poco es haberle presentado á vuestra consideracion participando de las propiedades de los celestiales coros que forman la gerarquía angélica, enviado al mundo como Angel del nuevo testamento á anunciar á los hombres la grandeza de Dios, ejecutando como un Arcángel las mas árduas empresas de su gloria, emulando la prontitud de los Principados en el desempeño de las divinas órdenes en beneficio de los mortales, ejerciendo como las Potestedes una superioridad omnímoda sobre los pueblos á quienes predicára la eterna verdad, obrando como las Virtudes inauditos portentos en confirmacion de su doctrina, ejerciendo como las Dominaciones el mas maravilloso ascendiente en los humanos destinos, sirviendo como los Tronos de sólio augusto al que habita en el seno de lo inmenso é infinito, y desplegando como los Querubines los tesoros de una sabiduria su-

perior á cuanto puede alcanzar la menguada inteligencia humana. ¡Ah! Todo ello debe pareceros una ligera sombra al lado del amor en que á manera de los SERAFINES ardió constantemente su pecho, volcan inmenso en donde sin cesar recibió nuevo incremento la misteriosa llama con que se propusiera incendiar á toda la tierra.

¿Qué otra cosa fué Antonio para su siglo y para la sociedad en que vivió, sino la espresion viva, la realidad de aquella vision maravillosa que en sus tiempos tuvo el profeta Isaias, cuando le pareció ver al Señor sentado sobre el escelso trono de su grandeza, del cual desprendiéndose uno de los Serafines que le rodeaban, acercóse á él, tocó su boca con un ascua encendida en el hogar de la divinidad, y le purificó de todas sus imperfecciones, dejando espeditos sus lábios para celebrar las esclencias del tres veces Santo? *Volavit ad me unus de Seraphim, et in manu ejus calculus quem forcipe tulerat de altari. Et tetigit os meum, et dixit: ecce tetigit hoc labia tua, et auferetur iniquitas tua.* Si hay alguna alegoría profética que se haya visto realizada en todas sus partes en los tiempos evangélicos, ninguna tal vez lo ha sido con caractéres tan marcados como ésta en la persona del insigne Paduano. Verdadero Serafin por el abrasado amor divino que consumió su corazon mientras vivió en el mundo, ni un instante cesó de trabajar por hacer á los hombres participantes de este mismo fuego celestial. Embrazando esa tea de la divina palabra encendida en el inestinguible altar de la religion donde el soplo del Espiritu Santo fomenta de continuo la llama de la caridad, viósele correr por todas partes á manera del Angel que vió San Juan en Pathmos abrasando cuanto encontraba á su paso, ó como el Serafin de Isaias reduciendo á cenizas las impurezas que manchaban la tierra, y desterrando de ella el vicio y la iniquidad: *Ecce tetigit hoc labia tua, et auferetur iniquitas tua.*

Pruebas evidéntisimas de este hecho son los admirables frutos que consiguiera su elocuente y animada voz, los triunfos que con su ejemplo reportó de los corazones mas frios, apáticos é indiferentes, las conquistas que hizo para la virtud, y otros mil rasgos característicos de su prodigiosa vida, que la historia ha recogido solícita para inmortalizar su nombre. Mucho, pues, pudiera estenderme en

el dilatado campo que hoy se me presenta, si no temiese incurrir en repeticiones molestas que fatigarían vuestra atención. Para no abusar de la indulgencia que venis dispensándome, procuraré ceñirme todo lo posible á mi asunto, presentándoos á Antonio de Pádua «abra- sado en el amor de los Serafines, y procurando comunicar á todos este mismo amor divino, para consumir con él el fuego de las pasio- nes, ahuyentar las tinieblas de los errores dominantes, y modificar los viciados instintos de su siglo.» Hed aquí la importantísima ma- teria que va á coronár la série de mis discursos, etc.

AVE MARÍA.

REFLEXION UNICA.

— Es el amor un sentimiento que engendra y fomenta en el corazon humano el gérmen mas fecundo de todo lo bello, de todo lo grande y heroico. Él inspira las ideas elevadas, los pensamientos generosos, los sacrificios sublimes, la abnegacion y el heroismo. No hay em- presa árdua, ni proyecto dificil, ni plan al parecer irrealizable que él no acometa por el objeto amado. Es una llama que consume, un fuégo que devora, un volcan que comprimido en el pecho rebienta por cien bocas y causa los mayores estragos. Bajo su accion, ni los peligros acobardan, ni los dolores se sienten, ni afflige el infortunio, ni la adversidad debilita el ánimo, ni la misma muerte basta á inti- midar á quien de él se halla poseido, porque mas fuerte que ella es el imperio del amor. *Fortis est ut mors dilectio* (1). Y si en lo humano se ve realizada con frecuencia esta verdad, en el amor divino brillan con rasgos mucho mas sublimes esos caractéres que acabo de describir, por cuanto nada hay en él que no esté depurado de la escoria de las pasiones; y tanto por el principio de donde arranca, como por el objeto á que se dirige, es mas á propósito para crear cosas grandes y para inspirar acciones heroicas.

(1) Cant. VIII. 6.

¿Qué no hizo en Antonio de Pádua ese sentimiento inefable? ¿Qué ideas tan sublimes no le inspiró? ¿A qué empresas tan árduas no le arrastró? ¿Qué género de sacrificios no aceptó impulsado por él? ¿A qué grado de heroísmo no le sublimó? ¡Ah! Él con no menos motivo que el Apóstol pudo decir: «¿Quién será capaz de separarme del amor de Jesucristo? ¿Acaso la tribulación? ¿Quizás la angustia? ¿Por ventura los lances arriesgados? ¿Tal vez las persecuciones crueles de émulos envidiosos? ¿O bien la espada de los tiranos? ¿O por último la calumnia envenenada, el odio implacable, el frío, la desnudez, el hambre, la sed, las privaciones de todo género? Nunca. Seguro estoy de que ni la muerte, ni la vida, ni los Angeles, ni los Principados, ni las Virtudes, ni el presente, ni el porvenir, ni la violencia, ni cuanto hay en lo mas alto del cielo, ó en lo mas profundo del abismo, ni criatura alguna será bastante á arrancarme ese divino amor que arde en mi pecho (1).»

Y en efecto, M. A. O.; esto no es una simple suposicion, ni una mera figura retórica. Hechos harto visibles demuestran que el amor divino era en el Paduano un sentimiento superior á todos los afectos humanos, y el origen de todo cuanto en él admiramos de grandioso y heroico. ¿No se le vió impulsado por ese amor, renunciar desde sus tiernos años al cariño maternal, sobreponerse á los mas tiernos lazos de la naturaleza, menospreciar con noble abnegacion la fortuna que le sonreia, y las mas bellas esperanzas de un porvenir halagüeño con que le brindaba su ilustre alcurnia? ¿No se le vió trocar muy temprano por el tosco sayal los sedosos trajes, los palacios del potentado por la estrecha celda del monge, la opípara mesa del rico por la abstinencia del claústro, y las comodidades todas de una vida muelle y deliciosa por las amargas privaciones de una existencia penitente y austera? ¿No se le vió correr intrépido en busca de una muerte cierta á países infieles, anhelando la corona de un doloroso martirio, para él infinitamente mas preciosa y estimable que las doradas diademas que adornan los régias sienes de los monarcas? Y todos estos rasgos de sublime heroísmo con que se inició en la

(1) Ad Rom. VIII. 35 et seq.

gran carrera del apostolado que le reservaba el cielo, no eran mas que los preliminares de otros mucho mas admirables que con el tiempo debia producir en Antonio el amor divino; eran las primeras chispas de aquel fuego celestial que ardia en su pecho, las primeras conmociones eléctricas de aquel volcan que en su dia, abriendo un ancho cráter, derramaria por do quiera la lava encendida de su predicacion, virtudes y ejemplos, con los que incendiaria una no pequeña parte del mundo.

No os detengais á observar los efectos interiores de esa llama misteriosa. Dejad á Antonio que en la oracion, donde se prepara á la realizacion de los grandes designios que sobre él medita la divina Providencia, se entregue á su placer á las inefables delicias de un amor sosegado y pacífico; no le impidais la fruicion de esas celestes comunicaciones que producen en su alma el arrobamiento y el éxtasis; desahogue en buen hora con Jesucristo y sus ángeles, testigos inseparables de su dicha, aquellos afectos que le sacan fuera de sí haciéndole en la tierra morador de la Sion bienaventurada; dadle tiempo á que se sácie su corazon de aquellos torrentes de luz en que se halla como inundado su espíritu, bebiendo en las llagas del Salvador las aguas purísimas de la gracia, embriagándose en la bodega del Rey celestial con el vino que engendra la virginidad, estrechándose en su seno, y esclamando como la mística esposa de Salomon: «Todo es para mí mi amado, y yo soy todo para él.» Poco tardareis en verle levantarse intrépido, abandonar esa vida de quietismo, prepararse á correr á manera de gigante una larga carrera de trabajos y sacrificios, y presentarse do quiera diciendo como el Salvador, de quien está destinado á ser nuncio y embajador para con los hombres: «Fuego he venido á traer á la tierra: ¿y qué otra cosa anhela mi corazon abrasado, sino encender y propagar su llama en todas partes?» *Ignem veni mittere in terram: ¿et quid volo nisi ut accendantur?* (1)

Asi habla Antonio, y diciendo, vedle cuál sale de su silencioso retiro como un atleta preparado al combate, y recorre la Italia, y

(1) Luc. XII. 49.

(1) *Luc. XII. 49.*

penetra en Sicilia, y salva los Alpes, y atraviesa la Francia, y se presenta en España llevando en sus manos aquella tea misteriosa con la cual propaga rápidamente el incendio de su amante pecho, purificando las almas, consumiendo el ardor funesto de las malas pasiones, apagando las llamaradas del vicio, y dejando á su paso la honda huella de la virtud. ¡Oh! ¿Quién es ese que vuela semejante á las nubes empujadas por un fuerte viento? Es el génio de la salvacion que como aquel otro del Apocalipsi, marcha entre torrentes de fuego á abrasar una tierra manchada con los impuros escesos de Babilonia. Es el nuevo Elias que arrebatado en una ignea carroza y embrazando en su diestra la flamígera espada del Dios de las batallas, corre á incendiar los bosques donde se guarece el libertinage y el error. Es el Serafin de Isaías, que con el ascua encendida en el hogar de Sabaoth vá á cauterizar los lábios impíos, y á limpiar de sus horrruras los corazones amancillados. Es Antonio que ha jurado no descansar ni dar sueño á sus párpados, hasta comunicar á todos los hombres el amor divino que de su pecho rebosa, á manera de un torrente que ha roto los diques que antes le contenian.

El amor divino le lleva al seno de la corrupcion y de la inmoralidad, á combatir contra ambas hasta levantar sobre sus ruinas el grandioso edificio de la moral cristiana y de las buenas costumbres. El amor le impulsa, le urge, le apremia para que vuele á los paisés infestados por la herejía, y luche con ella á brazo partido hasta decapitar el informe mónstruo, y entonar sobre sus mutilados restos el triunfo de la verdad católica. El amor le obliga á hacer frente á la tiranía de príncipes desacordados é impíos, interponiéndose entre ellos y sus víctimas, hasta conseguir que la justicia y el derecho queden victoriosos de la arbitrariedad y de la venganza. El amor arma su brazo para resistir con la espada de la palabra evangélica los impetuosos embates de tantos y tan poderosos elementos, conjurados contra la doctrina de Jesucristo, en aquella época calamitosa preñada de gérmenes de escision, y fecunda cual ninguna otra en aberraciones y escesos. ¿Y qué otro principio sino el amor divino obraba en Antonio tantos portentos de caridad y de celo que han quedado consignados en su historia como un recuerdo indeleble

de su heroísmo fenomenal? Fruto era de ese amor insaciable aquel ardor con que se consagraba de día y de noche á buscar las almas ulceradas por el crimen para verter sobre ellas el suave bálsamo de la misericordia; aquella incansable solicitud con que se dedicaba á sacar los pecadores del fango de la culpa para vestirlos el bello ropaje de la gracia; aquella insinuante dulzura con que procuraba atraer á todos al camino del bien para conducirles por las sendas de la inmortalidad. Efecto de aquel fuego abrasador era su inquieto anhelo por acudir á remediar todas las necesidades, á evitar todos los peligros, á consolar todos los infortunios, á socorrer todas las desgracias, á calmar todas las desdichas, á suavizar todos los quebrantos de la humanidad menesterosa ó afligida. Cabe el lecho del moribundo, al lado del enfermo, en los albergues del dolor, en los asilos de la miseria, y en los tenebrosos antros do el crimen oculta toda su repugnancia, y en las miserables viviendas donde la naturaleza se ve vilmente profanada, y en los sitios donde espían sus delitos unos seres degradados y cubiertos de infamia, allí desplegaba Antonio los quilates de aquel amor ante el cual callan todas las pasiones, cesan todas las antipatías, desaparecen todas las distinciones, y no hay rico ni pobre, grande ni pequeño, pecador ni justo, porque todos son hombres redimidos con la sangre de Jesucristo, todos hermanos, y con idénticos derechos á la herencia del Padre celestial.

Ni se piense que este amor de nuestro héroe estuviese libre de contrariedades ni exento de sacrificios. No: la contradicción, el sufrimiento, la lucha, la abnegación, el martirio del alma, son los caracteres inseparables de ese sentimiento puesto en acción. Mal puede decir que ama quien no sabe tolerar por el objeto amado cuanto hay de más amargo y costoso; porque amar es sufrir, amar es cargar con todo el peso de los deberes que impone la mútua unión de dos corazones apasionados; amar es abnegarse, renunciarse á sí mismo, y sacrificar cuanto de más caro se conoce, sin escluir la existencia si necesario fuese, en las aras de la religión. Así nos amó el Señor dándonos su propio Unigénito para que no pereiésemos víctimas de nuestras maldades; así nos amó Jesucristo comprándonos la vida eterna á costa de su vida temporal; y de este modo amó

Antonio á Dios, inmolando ante las aras de la caridad mas heróica en obsequio de sus prójimos todo cuanto su corazon podia estimar mas en el mundo. ¡Qué de oposiciones no toleró en el ejercicio de su ministerio! ¡Cuántas amarguras hubo de devorar en sus apostólicas tareas! ¡Qué de veces corrió riesgo su vida, cuando llevado de la generosa idea de atraer al redil del divino Pastor las inteligencias extraviadas y los corazones corrompidos, llamaba al hereje y corria desalado en pos del libertino! ¡Cómo se cebó en él la envenenada calumnia, la vil envidia, el ódio inmotivado, la tenaz aversion y todas las malas pasiones de un siglo cínico, avieso, imprudente y descreído! ¿Y quién podria enumerar las privaciones, sinsabores, angustias y males de todo género que en su trabajosa existencia experimentó el héroe de Pádua? Empero, superior á todo por amor de aquel que tan infinitamente nos amó, la calumnia pierde sobre el diamantino pecho de Antonio su punzante aguijon; la envidia se estrella contra su intachable inocencia; el ódio no penetra en su alma grande y generosa; y cuanto de aflictivo y doloroso hacinan en su daño el mundo, el infierno, los hombres y todas las criaturas, es impotente para amenguar en lo mas leve su amor, y para entibiar la llama que Dios ha encendido en su corazon. Si algun sentimiento tiene, si algo le acongoja y aflige, es únicamente el no poder hacer de todos los corazones humanos un solo corazon para consumirle en aquel misterioso fuego, y ofrecerle en holocausto al cielo en olor de suavidad.

Y cierto que no fué estéril é infecundo ese amor del Paduano. Monumentos mil de su prodigiosa fecundidad quedaron en la tierra al trasladarse á la patria de los bienaventurados. A millares se cuentan las conquistas que hizo, las almas que convirtió, los herejes que obligó á confesar los dogmas católicos, los triunfos que consiguió del error, las ventajas que obtuvo del libertinage, las batallas en que postró al infierno, los combates en que la inmoralidad quedó vencida, las virtudes que supo crear en el seno de la corrupcion, los gérmenes de moralidad que sembró en un siglo altamente desmoralizado, los escándalos que desarraigó, los vicios que estirpó, los hábitos de tiranía y despotismo que logró modificar, con otros

importantísimos servicios que prestó á la religion, á la sociedad, al mundo todo, beneficios que no se limitan á su época, sino que se estienden á todos los tiempos y á todas las edades.

Hed ahí los prodigios que el amor divino obró en el héroe de Pádua. No os he presentado mas que toscas pinceladas, un boceto ligero é imperfectísimo de un gran cuadro á que la historia se ha encargado de dar la última mano. Consultadla, y en ella leereis lo que ni aun me seria posible decir en un breve discurso. Sin embargo, creo lo dicho suficiente para demostraros que Antonio fué un verdadero Serafin en carne humana, que emulando el amor de aquellos celestiales espíritus que adoran incensantemente al Señor en torno de su régio sólio, procuró comunicar á todos esa misma misteriosa llama, consumiendo con ella el fuego impuro de las malas pasiones, disipando las tinieblas del error dominante, y modificando los viciados instintos de su siglo.

Ahora bien, M. A. O., terminada ya mi mision cerca de vosotros, nada me resta sino exhortaros á no recibir en vano la palabra del Señor que os he dirigido durante esta Santa Novena. ¡Oh! Haga el cielo que al despedirme de vosotros, que con tanta benevolencia me habeis escuchado, pueda llevar el íntimo convencimiento de que mis trabajos no han sido estériles, y de que la preciosa semilla que he arrojado en vuestras almas, si bien en mis lábios tosca y desaliñada, ha empezado ya á dar los frutos de salud y de vida eterna que yo deseo. Ojalá que al separarnos todos de este augusto templo conservemos constantemente la grata memoria de las virtudes de Antonio de Padua, y nos estimulemos á imitarlas. Ningun otro móvil ha dirigido mis palabras, Dios lo sabe, y éste ha sido la única ambición, el único anhelo, la aspiracion esclusiva de mi alma. No queden, pues, defraudadas mis esperanzas, no tenga yo que llorar algun dia la infecundidad de mis tareas. Antes bien, M. A. O., tenga la satisfaccion de poder decir con el Apóstol, que vosotros sois mi gozo y mi corona, el objeto de mi satisfaccion y el mas bello triunfo de mi vida.

Y tú, glorioso é insigne Antonio, honra de Portugal, orgullo de Italia, prez de Francia, gloria de nuestro suelo, columna firmísima

Mucho debió sin duda agradecer al Señor aquel sér que en su seno llevaba la ilustre marquesa de Castellon, Marta Santena de Chieri en el Piamonte, cuando tan visiblemente plúgole demostrar en su nacimiento que su existencia solo era debida á un rasgo de su misericordiosa bondad. Las leyes todas de la naturaleza hallábanse acordes para oponerse á que saliese á luz aquel tierno vástago de la noble casa de los duques de Mántua. Todo presagiaba un suceso funesto al hijo y á la madre; ambos se hallaban en igual peligro; contra la vida de uno y otro fallaban las reglas de la ciencia, y de un momento á otro esperábase ver dos victimas de la muerte. Mas hé aquí que apresurándose á socorrer al tierno infante, que comenzaba á salir con trabajo del cláustro materno, con las aguas regeneradoras del bautismo, aunque sin esperanza de salvar sus dias, no bien ha caído sobre su cabeza la misteriosa ablucion, cuando instantáneamente el niño parece renacer á una nueva vida, y la moribunda marquesa se encuentra libre de todo riesgo, verificándose su alumbramiento con toda felicidad. Así, oh Dios protector del inocente Luis Gonzaga, quisiste hacer ver al mundo que no le pertenecía aquel tesoro; que era propiedad tuya esclusiva, y que nadie podria disputarte su posesion. Bien pudiste decir que le amaste con caridad perpétua; que le escogiste para complacerte en él como en un bello conjunto de todas las virtudes y perfecciones que pueden caber en lo humano; que te apresuraste á arrebatár á un siglo inmoral y corrompido aquella alma en que debian brillar á la par cuantas preciosidades encierra el Evangelio, consumando en breve tiempo una larga carrera de merecimientos que la elevarian á la altura del mas asombroso heroismo.

Y es tanto mas digna de loa la virtud de Luis Gonzaga, cuanto que supo practicarla en el seno mismo del libertinage y de la dissolution, en las cortes de los príncipes, en los palacios de los magnates, en medio de la voluptuosa molicie y de la intemperante sensualidad de una aristocracia viciosa por hábito y por costumbre, rodeado de cuantos elementos de seduccion pueden imaginarse, allí donde el lujo mas vituperable se considera un deber de conveniencia, donde las mas ilícitas conexiones se miran sin repugnancia escudadas

con el nombre de rasgos de buena sociedad, donde se califican de inocentes pasatiempos los mas punibles actos de desvergüenza é impudor, donde por do quiera que se fije la vista, todo presenta el feo y repugnante aspecto de las pasiones llevadas hasta el refinamiento y del libertinage erigido en dogma. Pero, ¡cuán admirablemente supo triunfar Luis desde sus mas tiernos años de todos esos lazos tendidos á su intachable inocencia! Dijérase que habia resucitado en él aquel antiguo profeta de Babilonia, tan puro, tan incontaminado, tan frugal, y sobre todo tan fervoroso y santo, en una corte idólatra en que todo respiraba sensualidad y crímenes de diversa especie. Dijérase que se habia trasladado á Italia aquel Helí tan célebre en las sagradas páginas por su precoz fidelidad y cuidadoso esmero en practicar los preceptos del Señor. ¡Tan ejemplar era la conducta de Luis á la edad en que la generalidad de los demas niños no conocen otros instintos ni mas aspiraciones que las del juego y del placer! ¡Tan severo se mostraba consigo mismo para no permitirse la menor condescendencia que no fuese ajustada á las reglas de la mas austera virtud! ¡Tan frecuente era su asistencia al templo, donde pasaba la mayor parte del día, abismada su tierna alma en la contemplacion de los sagrados misterios del culto católico! ¡Tan esquisita la vigilancia sobre sí mismo para no dejarse sorprender por los malos ejemplos y prevenirse contra los seductores halagos del vicio! No corromperán, no, ese corazon angelical los fétidos miasmas que se levantan de un suelo apestando por tantos gérmenes de disolucion; en medio de una atmósfera preñada de numerosos elementos deletéreos, conservarás fresca y lozana como una rosa la inocencia de su alma; en nada le afectará el espectáculo de una juventud ávida de placeres que corre desalada á satisfacer sus ansias de gozar en los amenos prados del sensualismo. Tal vez, arrastrado por la necesidad ó por la obediencia á los preceptos paternos, se verá forzado á tomar parte en las visitas, diversiones y torneos de la corte, sin que su repugnancia y marcado disgusto sean razones suficientes para dispensarse de hacer un sacrificio para él harto costoso. Mas allí donde otros encuentran todas las condiciones de una dicha quimérica, Luis solo hallará motivos de sufrimiento y de

pesar: su corazón padecerá horriblemente al verse abligado á presenciar lo que tan de frente pugna con sus ideas impregnadas todas de amor celestial; ni siquiera se dignará fijar su vista en unos objetos que solo inspiran el mas alto desprecio á su alma grande y generosa; permanecerá en medio del ruido estrepitoso de un mundo frenético, cual si se hallase en la soledad de los yermos; y en tanto que una muchedumbre enloquecida apura á grandes tragos la copa de Babilonia, él, á semejanza del jóven de Nephtali, tendrá fijos sus pensamientos en Dios, único objeto capaz de satisfacerlos.

¿Deseais mayor heroismo en un sér tan tierno que apenas tiene la suficiente edad para penetrar lo que es el mundo, ni la influencia que pueden ejercer sus máximas en el corazón humano? Pues contempladle en Florencia, y le vereis correr al templo de Nuestra Señora de la Anunciata, y postrado ante sus aras, consagrar á la Virgen de vírgenes en precioso y perpétuo holocausto la bellísima flor de su inocencia virginal; le vereis manifestando en sus palabras y acciones el mas profundo horror á la culpa, sin embargo de desconocer lo que es, bastándole su nombre para inspirarle un terror involuntario; le vereis hacer un pacto con sus ojos, á manera del antiguo Job, jurando no fijarlos jamás en el semblante de ninguna mujer, y cumplir con tal rigor su juramento, que ni la Emperatriz de Austria, á quien tan de cerca y familiarmente hubo de tratar, ni lo que mas es, la misma marquesa madre de nuestro Santo, pudiesen jamás gloriarse de haber encontrado sus ojos una sola vez con los del pudoroso Luis. ¿Y es ese aquel noble jóven descendiente de reyes y emperadores, enlazado con estrechos vinculos á las casas mas ilustres de Europa, y heredero presunto de pingües y vastos dominios? ¡Ah! No os asombre tanta abnegacion en el insigne vástago de los Gonzagas; no os maravilleis de verle menospreciar con dignidad, pero sin orgullo, tantos timbres y blasones como adornan su árbol genealógico; no os sorprenda contemplarle superior á todas esas humanas frivolidades que tan poderosamente deslumbran y tan irresistible accion ejercen en las almas vulgares. Si sobreponiéndose á los incienso de una servil adulacion y á los resplandores de una gloria efímera, le hallais tratando indistintamente á toda clase de

personas con idéntica afabilidad, sin tener jamás una palabra dura para sus inferiores, ni una espresion amarga para sus criados, ni la menor señal de arrogancia ó predominio, es que Luis cifra la verdadera y sólida grandeza en ser condescendiente, cariñoso, insinuante, dulce, tolerante con todos, y solo goza en abrir con largueza su mano en favor del indigente, en ser el protector nato de todas las desgracias, en declararse el amparo universal de todos los desvalidos, en rodearse de todas las miserias para consolarlas, y en que no haya á su lado ninguna lágrima, ni dolor, ni necesidad que no encuentre alivio y consuelo.

Concebid ahora si os es posible al lado de tan rara inocencia, y de una virtud tan depurada y sublime, el exceso de rigor con que ese ángel humanado crucificó una carne nunca amancillada con el menor defecto. ¿Mas qué digo? ¿No es cierto que Luis en sus tiernos años incurriera en dos graves faltas? ¡Ay de mi, M. A. O.! Os confieso que al recordar este período de la historia de mi héroe, yo no puedo menos de ruborizarme y llenarme de confusion. Dos graves faltas llamaba aquel niño el haber tomado en una ocasion sin permiso un poco de pólvora para cargar un cañoncito, y el haber pronunciado en otra algunas palabras malsonantes, cuyo sentido estaba muy distante de comprender, repitiéndolas maquinalmente al oirlas á los soldados, como puede hacerlo una de esas aves parleras que por instinto reproducen ciertos sonidos articulados. ¡Y á esto calificaba Luis de enomes crímenes! ¡Y esto era lo que ocasionaba en su alma aquel dolor profundo que le hacia deshacerse en amargo llanto y perder el uso de los sentidos á los piés de su director espiritual! ¡Y esto motivaba aquellos rigores con que castigaba su inocente cuerpo, cual si en él quisiese espiar una larga vida de atroces delitos! ¡Y esto armaba su diestra del acerado azote que desgarraba inclemente sus miembros, haciendo correr de ellos torrentes de sangre! Si, católicos; tal fué el origen de la penitencia estremada de Luis, en cuya linea dejó muy atrás á los antiguos héroes de la Tebaida y Egipto. Por eso ayunaba frecuentemente hasta el punto de no probar en muchos dias el menor alimento. Por eso, ansiando vivir crucificado con Jesucristo, ceñía sus carnes virginales con un áspero cilicio de

cerdas, ó en su defecto se servia de espuelas aceradas que le ocasionaban un dolor intolerable. Por eso no tenia otro lecho que el duro suelo, añadiendo para mayor mortificacion cascotes de barro, pedazos de madera, trozos de hierro, fragmentos de piedra, abrojos, espinas; y cuanto á la mano encontraba, para redoblar sus padecimientos. Por eso en la estacion mas cruda perseveraba yerto de frio en la oracion noches enteras, amaneciendo á veces en un estado lastimoso y casi cadavérico. Por eso, en fin, parecia constantemente ocupado en inventar cuanto una ingeniosa crueldad era capaz de inspirar contra un cuerpo á quien miraba como el mas aborrecible enemigo; él que nunca sintiera el menor movimiento desordenado en su naturaleza; él que ni una sola vez experimentó el rebelde aguijon de la carne; él cuya imaginacion estuvo siempre libre de todo pensamiento que no fuese puro y casto; él que en la tierra podia causar envidia á los mismos ángeles! ¿Qué estraño, pues, que como tal fuese mirado y respetado Luis de toda clase de personas, y que el jóven y el anciano, el magnate y el noble, y cuantos tenian ocasion de admirar tanto heroismo en edad tan temprana, le escuchasen estáticos, enmudeciendo en su presencia, y diciendo de él como los sábios hebreos del antiguo Daniel: Ven, siéntate en medio de nosotros, é instrúyenos; pues el Señor te ha dado la honra y la corona de la ancianidad? *Veni, et sede in medio nostrum, et indica nobis, quia tibi Deus dedit coronam senectutis.*

Pero no era en el siglo donde debia consumarse esa coronacion de Luis Gonzaga. Era demasiado grata á Dios su alma inocentísima, para que no se apresurase á sacarla del seno de la corrupcion y de la iniquidad. De una manera ostensible llámale por medio de su Santísima Madre á la Compañía de Jesus; y él, que como paloma candorosa nada anhelaba tanto como volar á esconderse en la misteriosa piedra del santuario, rompe con heróica resolucion los fuertes vínculos de la carne y de la sangre; y como el jóven de Silo, apenas oye la voz del cielo, levántase presuroso y dice: «Héme aquí, Señor; pues que me habeis llamado.» Poco es que contra su propósito se alce un terrible valladar de oposiciones á cual mas fuertes é insuperables. ¿Qué pueden contra un alma abrasada en el amor divino, y casi

divinizada, ni las caricias maternas, ni las lágrimas de sus hermanos, ni las importunas instancias de sus deudos y amigos, ni promesas, ni amenazas, ni castigos, ni halagos seductores, ni hábiles ardidés, ni cuanto el amor, la pasión, el despecho y el dolor juntos pueden inventar contra Luis? Bien podrá su padre en un arrebato de cólera arrojarle de su casa y ejercer con él los mas duros tratamientos; bien podrá su madre rogar, suplicar, gemir, desesperarse y recurrir á todos los resortes inspirados por la ternura; la corte en masa podrá tambien oponerse decididamente á la resolución del jóven Gonzaga, tachándola de volubilidad, de ilusion, de fanatismo, de inesperienza, ó como mejor plazca á las aspiraciones ó intereses de las personas que toman parte en el asunto. ¿Pero qué consiguen al cabo de tres años de tenaz resistencia y de decidida oposicion las mas poderosas influencias? Que su vocacion se vigorice mas y mas; que su constancia adquiera nuevos quilates probada en el crisol de la tribulacion; que decidido al fin á llevar á cabo su propósito, se arme de un valor y de una energía en él nunca vistos, y conteste á cuantos pretenden impedirle el logro de sus deseos: «No os conseis inútilmente. Dios me quiere para la Compañía; la Santísima Virgen me llama á ella; y por consiguiente, el mundo y el infierno juntos no bastarán á hacerme faltar á mi deber.»

El nuevo Pablo ha triunfado. Ni la muerte, ni la vida, ni el cielo, ni la tierra, ni lo presente, ni el porvenir, nada ha sido capaz de separarle del amor de Jesucristo. Vedle ya en aquella mansion de la virtud por que tanto habia suspirado. Vedle vestido del traje de los hijos de Loyola, por el que ha trocado la púrpura ducal con que le brindaba su ilustre cuna, y mas contento y gozoso con él que Salomon en los dias de su mayor gloria. Vedle á manera de un gigante recorrer á grandes pasos la larga carrera de la perfeccion evangélica, llegando á la cúspide de la santa montaña, cuando los mas comienzan á trepar su escarpada cima. ¡Oh! No seré yo, M. A. O., quien pretenda emprender una enumeracion circunstanciada de las heroicas virtudes que practicó, de los altos merecimientos que adquirió, de la vida mas angélica que humana que hizo durante su cortisima mansion en aquel paraiso, do todo respiraba inocencia,

candor, abnegacion, amor y martirio espiritual. ¿Visteis un torrente que ha roto la valla que le contenia, y desprendiéndose de la alta montaña, se estiende por la llanura inundando cuanto encuentra á su paso? ¿Visteis un incendio que propagándose rápidamente á beneficio del furioso huracan, en breves momentos reduce á cenizas los bosques, ó deja yermas las mas populosas ciudades? ¿Visteis?... Mas ¿qué digo! ¿Intento pintar con imágenes brillantes lo que se resiste al mas hábil pincel? ¿Qué no haria en la Compañía el que en las cortes y palacios supo levantar á tan inmensa altura el edificio de su espiritual perfeccionamiento? Renuncio, pues, á una empresa que reconozco superior á mis fuerzas. Cuenten lenguas de ángeles, si de ello son capaces, los prodigios de heroismo de aquel que en la tierra fué su compañero, y émulo de su inocencia y candor. Para mí, un alma que pudo decir no haber infringido jamás en lo mas leve ninguna de las reglas de su Instituto, calificadas por los hombres mas eminentes de una perfeccion tal, que su simple observancia bastaria á elevar á cualquiera al mayor grado de santidad, es un fenómeno que solo acierto á admirar, pero en cuya presencia mi lengua no sabe mas que balbucir. Y esa alma tan sublime y perfecta, y ese espíritu tan angelical que de sí mismo confesó no haber pensado jamás sino lo que queria, y ese corazon tan puro que ni una sola vez supo lo que eran las impresiones de la sensualidad, é ignoró de todo punto los desórdenes tan inherentes á la naturaleza, y ese jóven que á la edad de veinte y tres años habia dejado tras sí una inmensa huella de perfeccion, bastante á asombrar á los mas robustos cedros del místico Libano de la Compañía de Jesus, todavia anhela satisfacer sus ánsias de penitencia y austeridad en el lecho mismo de su dolor; y á pesar de la ardiente fiebre que le devora, próximo á abandonar este suelo, víctima de su celo en asistir á los apestados, y en los últimos momentos de su vida, cual si de nada sirviera y fuese el miembro mas inútil de aquel Orden ilustre, esclama lleno de humildad profunda: ¿Para qué me quiere á mí la Compañía?

¡Oh insigne Luis Gonzaga! ¡Oh ángel humanado! ¡Oh jóven heroico! ¿Para qué te quiere la Compañía de Jesus, dices? Te quiere para presentarte á los siglos venideros como un monumento de per-

feccion cristiana digno de los mejores tiempos de la Iglesia. Te quiere para mostrarte al mundo como un epílogo de todas las bellezas evangélicas, y el trasunto fiel de sus mas sublimes enseñanzas en una edad apenas bastante en otros para iniciarse en el conocimiento de Dios. Te quiere para oponerte á la inmoralidad, á la corrupcion y al libertinage de unas sociedades bastardas, olvidadas de sus deberes, y locamente pagadas de sus ficticios derechos, como un diáfano espejo de las mas heróicas virtudes. Te quiere para proponerte por norma y modelo, á la vez que por fiscal severo de una juventud licenciosa, que camina desbordada á la muerte por la ancha via del vicio, herida en su inteligencia, y con el corazon llagado por las perniciosas máximas de una ciencia que la ha inoculado su éinica perversidad. Te quiere para que en el mundo seas uno de los principales florones de la augusta diadema de la religion católica, y en el cielo uno de los mas poderosos intercesores de la humanidad desgraciada. ¿Qué hará de tí, preguntas, la Compañía? Ella escribirá tu nombre en los fastos de sus varones ilustres; ella perpetuará tu memoria en páginas de oro; ella te erigirá templos, te dedicará altares, multiplicará donde quiera tus imágenes en los museos, en las casas, en las galerías y en los templos; ella te ofrecerá un culto tierno, majestuoso y simpático, te declarará protector nato de la estudiosa juventud, y se complacerá en proclamar tus glorias en toda la redondez del globo; ella conservará tus cenizas en preciosas urnas; orará ante ellas buscando alivio y consuelo en todas las necesidades; invocará tu valimiento para con Dios, y tú harás ostensible tu proteccion benéfica en mil rasgos de liberalidad que te conquistarán un renombre universal.

Así viene verificándose á través de las edades. Las glorias de Luis Gonzaga ni un solo día se han visto marchitas, desde aquel en que, cual tierno arbusto cortado en flor, pasó á unirse en el cielo con el que le criára. La Compañía de Jesus, rica con tan precioso tesoro, muéstrale justamente envanecida como el tipo de la perfeccion mas sublime, de la pureza mas angelical y del mas consumado heroismo, embellecido en sus mas tiernos años con la aureola de la mas venerable ancianidad. *Tibi Deus dedit coronam senectutis.* El cristia-

nismo entero, que á la par de sus virtudes ha admirado sus prodigios, y aqui le vió dominando el voraz incendio, allí deteniendo las corrientes del Ticino, unas veces pacificando á manera de iris celestial las enemistades de los príncipes de Mántua y Castellon, otras dando en Sena vista á los ciegos, ó arrancando en Polonia á la muerte sus víctimas, y siempre pronto á acudir á las plegarias de cuantos imploraron su auxilio, tribútale un homenaje de gratitud y admiracion, celebrando su festividad con el mas cordial entusiasmo.

Haz tú, angélico Jóven, que no sean perdidas para nosotros las lecciones de tu prodigiosa vida. Vela solícito desde el cielo por una juventud en que la sociedad funda sus esperanzas para el porvenir. Instrúyela con tus enseñanzas, é inspírala tus ideas para que no se estravíe ciega por el peligroso sendero de la incredulidad, de la indiferencia ó del vicio. Nunca como al presente necesita de tus auxilios una generacion nacida en medio de tantos elementos de ruina, y que crece á la sombra maléfica del funesto árbol de una mal entendida libertad, que, abultando sus pretendidos derechos, prescinde de todo deber. Ven, te diremos como los sábios de Israel, fija tu asiento en medio de nosotros, é instrúyenos, ya que al Señor plugo honrarte en edad tan temprana con la corona de la ancianidad. Bajo tu protectorado pongo, oh sin par Gonzaga, esos verdes renuevos de la sociedad española, para que con tu direccion puedan ser un dia robustas columnas de un edificio que cruje y se bambolea empujado por tan violentas tempestades. Y ¡ojalá tengamos aqui la dicha de ver realizados nuestros deseos, para que nuestra bienandanza sea mas cumplida en la mansion de la inmortalidad!

SERMON PANEGÍRICO

PARA EL DÍA DE SAN JUAN BAUTISTA.

Non surrexit inter natos mulierum major Joanne Baptista.

Entre los nacidos de mujer ninguno hubo mayor que Juan Bautista.

MATTH. XI. 11.

¡Cuán menguados son y cuán pobres todos los elogios que el hombre puede dedicar á otro hombre, por rica que sea su imaginación, y fecunda su inteligencia para atesorar bellezas y rasgos elocuentes con que adornar su palabra! Pensamientos atrevidos, frases ingeniosas, figuras brillantes, arranques oportunos, pinturas hábilmente trazadas, ved á todo lo que está reducido el arte oratorio, débiles elementos que tenemos que tomar prestados para pagar al heroísmo un tributo siempre leve de nuestra admiracion y gratitud. ¿Y qué otra cosa nos seria dado ofrecer hoy al insigne precursor de Cristo Juan Bautista? Mas no es así, A. O. M. Hed aquí un personaje cuyo panegirico se halla trazado muchos siglos ha por una mano maestra, cuyo elogio no es obra del hombre ni necesita de nuestros miserables recursos, puesto que el mismo Salvador del mundo le hizo ya de antemano, epilogando en una sola frase mucho mas incomparablemente que todo cuanto en largos discursos pudiéramos decir nosotros. ¡Fenómeno singular! Solo á San Juan Bautista cupo la honra incomprendible de que el Hombre-Dios se constituyese su encomiador y panegirista. Solo él mereció que el bueno, el santo, el sábio por esencia, dejase consignado con sus propios lábios este elogio nunca oido: «Ninguno entre los nacidos de mujer surgió jamás mayor que

Juan Bautista. » *Non surrexit inter natos mulierum major Joanne Baptista.*

Despues de esto, y en presencia de semejante testimonio, nuestra misión deberia reducirse á admirar en silencio la profundidad de unas espresiones que en vano se empeñaria en comprender á fondo el entendimiento humano. Yo bien sé cuánto han trabajado los mas eminentes ingenios en esponer este pasage, comentándole de diversas maneras y en sentido no siempre acorde. No ignoro tampoco que, arrastrados quizás mas de lo justo por el ardor de la imaginacion, algunos talentos se han estralimitado, estableciendo paralelos y comparaciones siempre peligrosas entre la santidad del gran objeto de nuestros cultos y la de los otros héroes cristianos. Nada de esto me permitiré yo en este momento, tanto por el convencimiento que tengo del riesgo que lleva consigo semejante método de elogiar á los Santos, cuanto porque lo conceptúo, sobre poco prudente, innecesario é inútil. ¿Qué necesidad pudiera haber de vanos é ingeniosos discursos para loar al insigne Precursor de Jesucristo, habiendo éste trazado un rasgo tan brillante de sus merecimientos y virtudes? ¿A qué conducirian las sutilezas del arte oratorio alli donde el mismo Verbo increado ha probado ya la grandeza sobrehumana del que le precedió como una antorcha brillantísima para darle á conocer al mundo?

Así que, ni siquiera me propongo hacer mérito de los monumentos tradicionales de los bellos siglos de la literatura cristiana para formar el elogio de Juan Bautista. Ancho campo prestaríanme sin duda las inmortales producciones de los Doctores de la Iglesia católica, si en ese ameno vergel quisiese recoger las preciosas flores con que han tejido la guirnalda del grandioso objeto de mis alabanzas. Temeria, empero, incurrir en un exceso de hipérbole, si con San Cirilo me atreviese á consignar que el Precursor llegó á la altura de la santidad á que puede llegar, y de donde no es dado pasar á un simple mortal (1). No temeria menos merecer esta nota, declarando con San Agustin inferior á Juan Bautista todo cuanto ha nacido del seno de

(1) S. Cyr. L. 2. Thes. 24.

mujer (1). Apelaré, pues, únicamente á los testimonios del mismo Salvador, consignados en las páginas evangélicas. En ellas encontraremos los elogios mas brillantes del Santo Precursor, al lado de los sublimes rasgos con que el Espíritu de verdad trazó las magnificencias del enviado del Padre celestial. La misma mano, la misma pluma inspirada que nos legó ese grandioso monumento levantado á la divinidad de Jesucristo, nos mostrará enlazadas con las pruebas que evidencian el origen eterno del Hijo del Altísimo, las de la sobrehumana grandeza de aquel que le sirvió de nuncio para darle á conocer á los mortales. Ligadas íntimamente se hallan en ese inmortal código las glorias de ambos; uno y otro ofrecen entre sí los caracteres mas sorprendentes de semejanza; circunstancia que realza sobre manera la grandeza personal del Bautista, tanto mas, cuanto que ningun otro personaje del antiguo y nuevo testamento ha merecido elogios tan sublimes de los lábios del Salvador.

Hed aquí lo que va á formar el asunto de mi discurso: « Identidad de caracteres entre Jesucristo y su Precursor, que llega á veces á confundirlos recíprocamente en la opinion de los hombres: sancion inefable de las escelencias de Juan Bautista dada por los lábios del que es verdad por esencia.» Todo concurre á demostrar en él la grandeza mas singular y positiva que pudo haber en un hombre mortal: *Non surrexit inter natos mulierum major Joanne Baptista.* Tengo propuesto, etc.

AVE MARIA.

PRIMERA REFLEXION.

Siquiera en todos los escogidos resplandezcan ciertos rasgos característicos de asimilacion con aquel Hombre-Dios, sobre cuya imágen perfectísima plugo al Señor modelar la obra mas escelente de su mano creadora, en ninguno empero como en el Bautista há-

(1) S. Aug. Serm. 21 de Sanctis.

llase reunido un conjunto de circunstancias tales, que casi llegan á identificar en cierta manera la copia con el original. Una simple esposicion de varios pasages del Evangelio, una ligera confrontacion de hechos en él consignados, bastará para elevar mi proposicion al mas luminoso grado de evidencia. Comencemos por examinar el nacimiento del Bautista y las circunstancias que le precedieron, y no podremos menos de asombrarnos al observar en él los mismos é idénticos sucesos que antecedieron y acompañaron al nacimiento de Jesucristo. La madre de este, Virgen incontaminada, ve presentarse en su modesta estancia de Nazareth el ángel del Señor, que la anuncia su futuro alumbramiento con estas palabras: «No temas María: tú » concebirás y darás á luz un hijo, á quien pondrás por nombre Jesus, » el cual será grande y se denominará hijo del Altísimo (1).» Ese mismo emisario celestial fué el que poco antes descendiera del Empíreo á anunciar al sacerdote Zacarias, ocupado á la sazón en su alto ministerio, el próximo nacimiento del Bautista, diciéndole: «Tu » esposa Elisabeth te parirá un hijo, á quien pondrás por nombre » Juan; él será para tí un objeto de gozo, y muchos se regocijarán » al verle nacer, porque ha de ser grande en la presencia del Señor, » y será lleno del Espiritu Santo desde el seno mismo de su madre (2).» Allí la pudorosa doncella, al verse hecha madre de un Dios-Hombre, prorumpe estática en un misterioso cántico, en que epiloga las magnificencias del Salvador de Israel (3). Aquí el sucesor de los Aarónidas, al contemplarse padre del Precursor del Mesías, inspirado por el mismo Espiritu, entona un himno sublime, que compendia las futuras grandezas del que ha de ser llamado profeta del Altísimo, y marchar delante del Señor para prepararle sus caminos (4). En Bethleem de Judá los ángeles celebran el nacimiento de su Rey, y los rústicos pastores de aquellos contornos corren presurosos á admirar el gran prodigio y á festejar al recién nacido

(1) Luc. 1. 31, 32.

(2) Luc. 1. 43 et seq.

(3) Ib. 46.

(4) Ib. 67 et seq.

infante (1). En las montañas de Judea todas las gentes comarcanas disputan el honor de felicitar á los padres del Bautista, y llenas de pasmo preguntan unas á otras: «¿Quién pensais será este niño?» (2) Ved, pues, si es posible imaginar una asimilacion mas perfecta de caracteres, una identidad mas asombrosa de circunstancias en ambos nacimientos. ¡Ah! «No: esclama á este propósito el P. San Agustin. Aquí se confunden maravillosamente el nuncio y el juez, la antorcha y el dia, el eco y la palabra, el siervo y el señor, porque en uno y otro los precedentes son iguales, los sucesos idénticos, las consecuencias las mismas (3).»

A este primer rasgo de semejanza que eleva al Precursor á un grado de grandeza la mas singular, y única entre los demas nacidos de mujer, reúnen otros no menos sorprendentes. Continuemos el exámen de los textos evangélicos. ¿Veis ese hombre que en los desiertos de la Judea y en las riberas de los rios predica penitencia á todos los mortales, anunciándoles el próximo advenimiento del reino de Dios? Quizá os maravillará verle en un traje austero, seguido por do quiera de una multitud de personas que solicitan instruirse con sus enseñanzas; y no os chocará menos observar la avidez con que el publicano, el militar, el potentado, el menesterozo, y las clases todas confundidas, se le acercan preguntándole á la vez: «¿Qué haremos para conseguir la salvacion?» (4) Tal vez habreis pensado que el motivo de tan extraordinaria afluencia y de un entusiasmo tan marcado, fuesen los portentosos hechos de aquel hombre privilegiado. Mas ¿cómo podia ser esto, cuando el mismo testo evangélico afirma que Juan Bautista no obró en su vida ningun prodigio? (5) Habia, empero, un motivo mucho mas poderoso, á saber, la opinion comun, la general persuasion en que todo el pueblo estaba de que Juan era Jesucristo (6). Y vehementes debian ser las

(1) Luc. II. 15.

(2) Ib. I. 65.

(3) Ambo mirabiliter nati: præco, et Judex; lucerna, et dies; Vox, et Verbum; Servus et Dominus. (S. Aug.)

(4) Luc. III. 12.

(5) Joan. X. 44.

(6) Luc. III. 15.

sospechas, y muy marcados los caracteres de asimilacion entre el Precursor y aquel á quien precedia, cuando no solo el vulgo ignorante, si que tambien los príncipes, los sacerdotes, los pontífices y los ancianos de Israel, envíanle comisiones, y por medio de sus delegados le preguntan: «¿Quién eres tú? ¿Eres por ventura Elías? ¿Eres el Profeta? ¿O quién eres, finalmente, para que podamos dar razon á los que nos han enviado?» (1) Aquí, M. A. O., yo no sé qué admirar más, si la santidad y pureza de costumbres de aquel ángel del desierto que llegó á verse confundido con el Mesías, ó la modestia y humildad profundísima con que rebate unas sospechas para él tan honrosas, y se apresura á disipar las dudas, poniendo en claro su procedencia para que no le tengan por Cristo. Ninguna ocasion más favorable para un impostor que hubiese querido captarse una popularidad inmerecida y usurpar los honores divinos. Una sola palabra hubiérale bastado para hacerse recibir en triunfo en la ciudad santa, entre los aplausos de la multitud entusiasta y las ovaciones de la Sinagoga. Bien presto se habria visto hecho objeto del mas profundo acatamiento y de los mas sinceros homenajes. Mas no: el Bautista, bien lejos de semejantes ideas, porque era en realidad grande y virtuoso, no solamente protesta que no es el Cristo, ni Elías, ni Profeta, sino que, anonadándose hasta donde puede hacerlo un hombre, esclama: «Yo no soy mas que una voz, un eco del » que clama en el desierto... En medio de vosotros está ese á quien » no conoceis. Él es el que ha de venir en pos de mí, el cual fué hecho » antes que yo, y á quien ni siquiera soy digno de desatar la correa » de su sandalia (2).»

Buscad en toda la historia sagrada y profana un rasgo mas sublime de abnegacion y de heroismo. ¡Ah! Quizás encontrareis un Licurgo, de quien se refiere que habiendo sido proclamado rey por el voto unánime del pueblo, á la muerte de su hermano, lejos de aceptar una corona que no le pertenecia, toma por su cuenta la defensa de los derechos del legítimo sucesor al trono, que aun estaba

(1) Joan. I. 19 et seq.

(2) Ib. 25.

(1) Ib. 36.
(2) Ib. 18.
(3) Math. III. 12.

en mantillas, y cogiéndole en sus manos, le muestra al Senado, diciendo: «No soy yo vuestro rey; hé aquí vuestro legítimo soberano.» Pero entre este suceso, y lo que el Bautista hizo en el caso á que aludimos, la diferencia es enorme. Aquel pudo renunciar una diadema fragil y quebradiza: este renuncia á una gloria sin semejante; allí solo se trataba de los honores de una brillante monarquía; aquí se interesaban las hónras y las adoraciones de la divinidad. Y sin embargo, cual si fuese poco manifestar paladinamente que no es él, á quien buscan, que está muy distante de ser el Cristo prometido en los profetas, que ni siquiera es un hombre que merezca las menores muestras de atencion y deferencia, insistiendo en disipar todas las preocupaciones que pudieran inducir al pueblo hebreo á equivocarle con su maestro, todavía trabaja por dar los mas irrecusables testimonios del origen divino de aquel, declarando que él es el verdadero Esposo de la Iglesia (1), el enviado de Dios para enseñar á los hombres su doctrina (2), el que atesora todas las riquezas del cielo (3), cuya fé es indispensable para conseguir la vida eterna (4) la fuente de la gracia de cuya plenitud participan todas las criaturas (5), el juez universal de vivos y muertos (6). No es esto solo; los discípulos del Bautista arrastrados por la general preocupacion de las masas, y participando del comun entusiasmo que donde quiera reinaba por el Precursor, no pueden llevar á bien la gloria de Jesucristo que ya comenzaba á manifestarse. Ignorantes de los divinos misterios, y escuchando únicamente la voz de sus propias pasiones, no saben contener los movimientos de una mal disimulada rivalidad y de un enojo que rayaba en emulacion imprudente. Acércanse, pues á él, y en tono resentido y envidioso le dicen: «Maestro, aquel que estaba contigo á la parte opuesta del Jordán de quien diste un testimonio tan honorífico, se ha puesto á bautizar, y todos se van

(1) Joan. III. 29.

(2) Ib. 31. 34.

(3) Ib. 35.

(4) Ib. 36.

(5) Ib. I. 16.

(6) Matth. III. 12.

(1) Joan. I. 19 et seq.
(2) Ib. 32.

en pos de él (1). En efecto, poco tiempo hacia que el Bautista viendo á Jesus acercarse á él, aprovechó esta ocasion para demostrar su divinidad á sus desacordados discípulos, diciéndoles: «Hed ahí el Cordero de Dios, que quita los pecados del mundo. Ved aquel de quien yo os decia: Tras de mí viene un varon que ha sido preferido á mí, porque antes que yo existia. Yo no le conocia personalmente, pero he venido á bautizar con agua para que él sea reconocido por Mesias en Israel. Ahora que ya le he visto doy testimonio de que él es el verdadero hijo de Dios (2).» Sin embargo, ni esto bastára á desimpresionar aquellas inteligencias de la idea que acerca del Precursor concibieran; todavía á despecho de una manifestacion tan solemne, y de cuanto hiciera para desarraigar de los espíritus la ventajosa opinion que de su propia persona se tenia con menoscabo de la gloria de Jesucristo, permanecia en ellos entrañado aquel erróneo sentimiento, efecto de la perfecta asimilacion, de la identidad omnimoda que en él se observaba, atendidos los caracteres con que los videntes pintáran al futuro Reparador. Y tanto crecia esa opinion, y tales proporciones y tan desmesurado incremento iba adquiriendo en Israel, que al ver á sus discípulos obstinados todavía en ella como se desprende de aquel tono misterioso con que le espresaban su disgusto por haber visto á Cristo bautizando, mirábase obligado á aducir nuevas pruebas de la divinidad de este, para acabar de convencerlos, y de hecho les habla de esta suerte: «Testigos me sois de lo que ya antes os he dicho, y vuelvo á repetir: Yo no soy el Cristo, sino que he sido enviado delante de él para prepararle el camino. El esposo es aquel que tiene la esposa; pero el amigo del esposo que está para asistirle y escucharle, llenase de gozo al oír su voz. Mi gozo, pues, es ahora colmado. Conviene que él crezca y que yo mengüe (3).» ;Tanto como esto le fué preciso hacer á Juan Bautista para no ser tenido por el Mesias esperado!

(1) Joan III. 26.

(2) Joan I. 28 et seq.

(3) Ib. III. 28 et seq.

Y en vista de lo dicho, ¿necesitaríais ya otras pruebas para convenceros de la grandeza sobre humana de ese hombre singular en quien brillan tantos y tan bellos rasgos de asimilacion é identidad con Jesucristo? ¿Os será posible concebir cosa mas digna de asombro que un personaje cuya concepcion anuncia el mismo embajador celestial que anunciára la del Salvador; cuyo nombre es dictado por el cielo no menos que el del Salvador; de quien se vaticina que será grande con las mismas palabras y por igual conducto que del Salvador; en cuyo nacimiento se regocijan los hombres como en el del Salvador; cuyo padre profetiza á la vez que la madre del Salvador? ¿Habrà en el mundo magnificencias mas positivas que las de un hombre que llega á ser tenido generalmente por el Cristo; á quien acuden de todas partes con idéntica avidez que á Cristo; de quien la Sinagoga, el sacerdocio y el pueblo todo de Israel espera saber si es el Cristo; á quien es forzoso declarar solemnemente que no es el Cristo, y protestar una y otra vez que no es mas que el eco, la voz, el precursor del Cristo, costándole no poco desimpresionar á la multitud de aquella idea, teniendo que agotar todos los recursos humanos, para hacer creer á sus discípulos que el Cristo verdadero era aquel que les mostrará como el Cordero de Dios, enviado á lavar al mundo de sus pecados? ¿Y qué mucho fuese así, cuando el mismo Herodes, su asesino, creyó verle resucitado en la persona de Cristo al oír las maravillas que de este se referian (1)? Ahora bien, á estos rasgos brillantísimos de semejanza que acabamos de admirar, añádase la sublime sancion dada por el mismo Jesucristo á las escelencias de su precursor, y esto acabará de evidenciar, con cuánta razon se ha escrito: que no hay en el mundo gloria mas positiva, ni grandeza mayor que la de Juan Bautista: *Non surrexit inter natos mulierum major Joanne Baptista.*

(1) Marc. VI. 16.

(1) Joan III. 28
(2) Joan I. 28 et seq.
(3) Ib. III. 28 et seq.

SEGUNDA REFLEXION.

Varios son los personajes del antiguo testamento que merecieron tener por encomiador de sus altos hechos y heroicas virtudes una pluma inspirada por el Espíritu divino. Noé fué llamado varon justo y perfecto (1). Moisés fué alabado como el hombre mas suave y pacifico de toda la tierra y fidelisimo en la casa del Señor (2). De Job se dijo que era un varon sencillo, recto y temeroso de Dios (3). Escribióse de Sadoc que su corazon habia sido cortado á medida del corazon de Dios (4). Sabidos son en suma los encomios que en los libros sapienciales se hallan consignados de un Josué, de un Aaron, de un Loth, de un Jacob, de un Elias, y otros ilustres héroes cuya memoria se ha perpetuado en todos los siglos. Empero, ¿hay ninguno de quien el mismo Unigénito de Dios, sabiduría increada, se constituyese en panegirista? No: solo el Precursor mereció esta honra: y ved con qué espresiones tan sublimes traza su elogio. Aherrojado en dura prision hallábase Juan Bautista, á consecuencia del santo celo y valerosa intrepidez con que se opusiera á las escandalosas relaciones que Herodes venia manteniendo con la mujer de su hermano Filipo (5). Desde allí enviára sus discípulos á enterarse de las maravillas que oia de Cristo. Y éste que á la sazón estaba rodeado de un inmenso concurso, aprovecha aquel momento para elogiar á su Precursor, diciendo á las turbas: «¿Qué es lo que salisteis á ver en el desierto? ¿Tal vez alguna caña que á todo viento se mueve? ¿Acaso á un hombre vestido con afectacion y molicie? ¿Por ventura á un simple profeta? Pues yo os digo que es aun MAS QUE PROFETA; él es de quien está escrito: Mira que yo te envío mi

(1) Gen. VI. 9.

(2) Num. XII. 3, 7.

(3) Job. I. 4.

(4) I. Reg. II. 35.

(5) Luc. III. 49.

(1) Matth. XI. 7 et seq.
(2) Ecol. XLVIII. 1.
(3) Joan. V. 38.
(4) Joan. I. 8.

» ANGEL, el cual irá delante de tí preparándote el camino. Ninguno
» ha salido á luz mayor que él entre los nacidos de mujer... Los
» profetas todos, y la ley hasta el advenimiento de Juan, predijeron
» lo futuro: y si quereis entenderlo, él mismo es aquel Elias que
» debia venir (1).»

Hed ahí, M. A. O., á Juan Bautista declarado por los lábios del mismo Jesucristo MAS QUE PROFETA, por cuanto su mision no se limitó á anunciar la venida del Mesías, sino que fué designado para señalar con el dedo al deseado de los siglos y á mostrarle con todos sus caractéres. Vedle proclamado ANGEL del testamento, puesto que en su cualidad de Precursor de Cristo, solo á él fué dado precederle en sus caminos, demostrar su divinidad á los mortales, y decirles: ahí teneis el verdadero Cordero de Dios, el anunciado por los profetas, el deseado por los patriarcas, el que con su sangre debe cancelar el pacto concluido entre la muerte y el infierno, y borrar para siempre la mancha del pecado de origen. Vedle en suma, preconizado por el verdadero *Elias*, pues si el antiguo morador del Carmelo fué por su celo semejante á un fuego abrasador, segun el testimonio de los divinos libros (2), Juan Bautista en lenguaje del Salvador mismo, «era una antorcha que ardia y resplandecia (3).» ¡Cuánta grandeza, qué cúmulo de santidad y de virtud revelan estas palabras en sentir del P. San Bernardo! «Iluminar, dice, es solamente un efecto pasajero y momentáneo: arder sin resplandecer, es un efecto de escasa utilidad; pero arder y resplandecer á la vez, es lo sumo de la perfeccion.» ¿Y quién como el Bautista produjo en el mundo esos dos efectos maravillosos? Lució tanto, que á fin de que el pueblo Judío, deslumbrado con su claridad, no le confundiese con el Verbo humanado, fué preciso que él mismo protestase no ser quien creian, y que una mano inspirada consignase terminantemente en el Evangelio que Juan no era la luz, sino el que de ella venia á dar testimonio (4). Fué tal el ardor de esa misteriosa antorcha, que no

(1) Matth. XI. 7 et seq.

(2) Eccí. XLVIII. 4.

(3) Joan. V. 35.

(4) Joan. I. 8.

(1) Gen. VI. 9.
(2) Num. XII. 3. 7.
(3) Job. I. 4.
(4) I. Reg. H. 35.
(5) Luc. III. 19.

satisfecho con obligar al pueblo judío á reconocer y confesar la divinidad del Mesías, le proporcionó innumerables discípulos, le conquistó sus dos primeros apóstoles, y como de él se dice en el sagrado testo, «reconcilió los corazones de los padres con los hijos, condujo »los incrédulos á la fê y prudencia de los antiguos justos, y preparó »al Señor un pueblo perfecto (1).»

Poco importaba que el Bautista, á pesar de su reconocida virtud y santidad, tuviese émulos envidiosos que intentasen amenguar su prestigio é influencia universal. El mismo Salvador, no contento con haber elogiado á su Precursor de palabra, sanciona con los hechos sus alabanzas, haciéndose ademas de su apologista su mas decidido defensor. Visto que á la comision que le enviáran los judíos habia contestado no ser él por quien preguntaban, los emisarios, pertenecientes á la secta de los Fariseos, toman de aquí ocasion para reconvenirle y apostrofarle, diciendo: «Puesto que no eres el Cristo, ni Elías, ni profeta, ¿por qué bautizas?» (2) Tal fué en efecto el origen de aquella division de partidos, de los cuales, el uno, de que formaban parte los publicanos, aceptaban gustosos el bautismo de Juan; y el otro, á que pertenecian los doctores de la ley, le menospreciaban como inútil (3). Para cortar semejantes disputas, y dar á la vez un relevante testimonio del santo Precursor, Jesucristo se dirige á los últimos, y despues de haber consignado la superioridad de Juan respecto de todos los profetas, apostrofa ágríamente á sus émulos con estas palabras: ¿A quién compararé esa raza de hombres? Parécense á los muchachos sentados en la plaza, y que hablando con los de enfrente, les dicen: «Os cantamos al son de la »flauta, y no habeis danzado; entonamos lamentaciones, y no habeis »llorado. Vino Juan Bautista, que ni comia pan, ni bebia vino, y »habeis dicho: está endemoniado. Ha venido el hijo del hombre, que »come y bebe, y decís: hé ahí un hombre gloton y bebedor (4).»

(1) Luc. I. 17.

(2) Joan. I. 25.

(3) Luc. VII. 29. 30.

(4) Ib. 34.

(1) Mat. III. 14.
(2) Ib. 18.
(3) Ib. 18.

Todo esto, empero, es nada si se compara con el testimonio personal dado por Cristo al Precursor, sometiéndose á ser bautizado por él. Nada hay que realce mas las glorias y magnificencias del Bautista. El mismo Salvador va á buscarle á las riberas del Jordan á solicitar de él el bautismo. En vano abismado en su humildad profundísima, se resiste aquel á aceptar tamaña honra, y esclama: «¡Cómo! Señor: ¿Yo soy quien por vos debo ser bautizado, y venís á mí á que os bautice?» (1) Una y mil veces os he confesado Cristo, Mesías, hijo de Dios vivo, Cordero reparador, Maestro celestial, cuya sandalia soy indigno de desatar, Luz increada, Palabra eterna de la cual no soy mas que un simple eco: ¿y yo he de verter sobre vuestra augusta cabeza las aguas regeneradoras? Pero toda resistencia es inútil, y va necesariamente á estrellarse contra la voluntad de Dios. «Déjame hacer, le dice Cristo, pues conviene que así cumplamos toda justicia (2).» Y diciendo póstrase para recibir el bautismo de mano de su Precursor. Este obedece, y en el acto rásganse las azuladas bóvedas, el Espíritu santificador bajo la forma de cándida paloma desciende al Jordan y se posa sobre la cabeza de Cristo, y una voz celestial dice: «Este es mi Hijo querido, en quien tengo todas mis delicias (3);» palabras misteriosas que á la vez que publican las magnificencias del Unigénito del Padre, sancionan admirablemente la mision del enviado á prepararle el camino, mostrando en él una grandeza singular, única, esclusiva, y superior de todo punto á la de todos los nacidos de mujer; grandeza fundada en la mas perfecta identificacion de caracteres con el Mesías esperado, y autorizada con los mas brillantes testimonios del que es verdad esencial é infalible: *Non surrexit inter natos mulierum major Joanne Baptista.*

Salud, oh Precursor esclonso, mas que Profeta, Angel del nuevo testamento, antorcha resplandeciente y abrasadora, grande y sin par sobre todos los humanos, puesto que ninguno como tú pudo ser

(1) Matth. III. 14.

(2) Ib. 15.

(3) Ib. 16.

(1) Luc. I. 17.

(2) Joan. I. 33.

(3) Luc. VII. 33. 30.

(4) Ib. 31.

confundido con el que venias á preceder, ninguno como tú fué digno de tener por apologista al mismo hijo del Eterno, ninguno, en suma, fué elegido para verter sobre la cabeza del Unigénito del Padre las aguas purificadoras del Jordan. Precédenos con tu intercesion y con la influencia de tu valimiento en los ásperos caminos de esta vida, para que siendo á imitacion tuya, no unas cañas frágiles mecidas por el viento de las pasiones, sino unas almas constantes é invariables en el servicio del Señor, tengamos la indefinible dicha de llegar felizmente al término de nuestros destinos, y gozar de una eterna recompensa en la region de la inmortalidad.

FIN DEL TOMO OCTAVO.

INDICE

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE TOMO OCTAVO.

	<u>Páginas.</u>
ADVERTENCIA A LOS SUSCRITORES.	4
I. Sermon panegírico para el día de San Hilario, Obispo de Poitiers.	5
II. Id. para el día de San Antonio Abad.	17
III. Id. para el día del establecimiento de la Cátedra de San Pedro en Roma.	33
IV. Id. para el día de San Sebastian mártir.	45
V. Id. para el día de San Francisco de Sales.	67
VI. Id. para el día de San Blas, Obispo y mártir.	72
VII. Id. para el día de San Juan de Mata, fundador del Orden de la Santísima Trinidad.	86
VIII. Id. para el día de San Matías Apóstol.	102
IX. Id. para el día del angélico doctor Santo Tomás de Aquino.	111
X. Id. para el día de San Juan de Dios.	124
XI. Id. para el día del Patriarca San José, Esposo de María Santísima.	136
XII. NOVENA AL ESCELSO PATRIARCA SAN JOSÉ. Sermon para el primer día de la Novena.	149
XIII. Id. para el segundo día de la Novena.	159
XIV. Id. para el tercer día de la Novena.	169
XV. Id. para el cuarto día de la Novena.	179
XVI. Id. para el quinto día de la Novena.	189
XVII. Id. para el sexto día de la Novena.	199
XVIII. Id. para el sétimo día de la Novena.	209
XIX. Id. para el octavo día de la Novena.	219
XX. Id. para el último día de la Novena.	229

XXI. Sermon panegirico para el dia de San Benito Abad y Fundador.	240
XXII. Id. para el dia de San Francisco de Paula.	254
XXIII. Id. para el dia de San Jorge Soldado y mártir.	265
XXIV. Id. para el dia de San Pedro mártir de Verona.	275
XXV. Id. para el dia de Santa Catalina de Sena.	287
XXVI. Id. para el dia de San Gregorio Obispo de Ostia.	299
XXVII. Id. para el dia de San Juan Nepomuceno.	309
XXVIII. Id. para el dia de Santa Rita de Casia.	322
XXIX. Id. para el dia de San Felipe Neri.	333
XXX. Id. para el dia de San Antonio de Pádua.	345
XXXI. NOVENA DE SAN ANTONIO DE PÁDUA. Sermon para el primer dia de la Novena.	361
XXXII. Id. para el segundo dia de la Novena.	372
XXXIII. Id. para el tercer dia de la Novena.	382
XXXIV. Id. para el cuarto dia de la Novena.	392
XXXV. Id. para el quinto dia de la Novena.	403
XXXVI. Id. para el sexto dia de la Novena.	413
XXXVII. Id. para el sétimo dia de la Novena.	422
XXXVIII. Id. para el octavo dia de la Novena.	432
XXXIX. Id. para el último dia de la Novena.	442
XL. Sermon panegirico para el dia de San Luis Gonzaga.	452
XLI. Id. para el dia de S. Juan Bautista.	464





TRANCOSO

SERMONES



1159

